

---

# Rodolfo Cerdas Cruz

---

Una vida costarricense  
Obras completas

*Tomo II*

La realidad nacional y  
regional desde  
otra mirada

María del Mar Cerdas-Ross, editora  
Marjorie Ross González, compiladora



# Rodolfo Cerdas Cruz

Una vida costarricense  
Obras completas

Tomo II

La realidad nacional y regional desde otra mirada

María del Mar Cerdas-Ross, editora  
Marjorie Ross González, compiladora



# Una vida costarricense

Obras completas

Rodolfo Cerdas Cruz





Tomo II

La realidad nacional y regional  
desde otra mirada

CC.SIBDI.UCR - CIP/4023

Nombres: Cerdas Cruz, Rodolfo, 1939-2011, autor. | Cerdas Ross, María del Mar, editora. | Ross González, Marjorie, compiladora.

Título: Rodolfo Cerdas Cruz : una vida costarricense, obras completas / María del Mar Cerdas-Ross, editora ; Marjorie Ross González, compiladora.

Descripción: [San José, Costa Rica] : Universidad de Costa Rica, Centro de Investigación y Estudios Políticos, [2023?]. | Contenido: Tomo II. La realidad nacional y regional desde otra mirada

Identificadores: ISBN 978-9930-9585-4-4 (obra completa : PDF) | ISBN 978-9930-9809-1-0 (tomo II : PDF)

Materias: SIBDI.UCR: Cerdas Cruz, Rodolfo, 1939-2011 – Colecciones de escritos. | Cerdas Cruz, Rodolfo, 1939-2011 – Pensamiento político.

Clasificación: CDD 320.972.86 --ed. 23

#### **Comisión editorial**

Felipe Alpízar Rodríguez – *Universidad de Costa Rica*  
Alberto Cortés Ramos – *Universidad de Costa Rica*  
Edgar Gutiérrez Espeleta – *Universidad de Costa Rica*  
Juany Guzmán León – *Universidad de Costa Rica*  
Yolanda Rojas Rodríguez – *Universidad de Costa Rica*  
Marjorie Ross González – *Universidad de Costa Rica*  
Luis Guillermo Solís Rivera – *Universidad de Costa Rica*  
Constantino Urcuyo Fournier – *Universidad de Costa Rica*  
Armando Vargas Araya – *Universidad de Costa Rica*



#### **Coordinación del proyecto**

Armando Vargas Araya – *Universidad de Costa Rica*  
Marjorie Ross González – *Universidad de Costa Rica*  
Felipe Alpízar Rodríguez – *Universidad de Costa Rica*  
María del Mar Cerdas Ross – *Universidad de Costa Rica*  
Alonso Ramírez Cover – *Universidad de Costa Rica*



#### **Financiamiento de la edición e impresión**

Universidad de Costa Rica

#### **Diseño y diagramación**

Karen Pérez Camacho

#### **Revisión filológica**

Hillary Badilla Gómez  
Daniella Carranza Zamora

# Contenido

Abreviaturas y siglas	x
Miembros de la Comisión Editorial	xii
Han colaborado en este tomo	xii
Criterio editorial	xiii
Prólogo	xv
El viaje extraordinario de Rodolfo Cerdas	xvii

## Los textos

<b>1 La crisis de la democracia liberal en Costa Rica: Interpretación y perspectiva</b>	23
Introducción	25
Primera parte	27
Segunda parte	37
Tercera parte	59
Cuarta parte	93
<b>2 Sandino, el APRA y la Internacional Comunista. Antecedentes Históricos de la Nicaragua de Hoy</b>	101
A manera de prólogo	103
I. Trasfondo de la lucha sandinista	105
II. El movimiento sandinista: Naturaleza política y social; objetivos y límites	115
III. El papel de la Liga Antiimperialista	127
<b>Artículos periodísticos</b>	149
La política como ciencia	151
La crisis de los partidos políticos	153
Por una patria nueva, por una nueva democracia	155
Las consignas no son una moda	159

Polémica con el Dr. Álvaro Montero Mejía en Semanario Universidad	161
Todos los partidos son de clase. A propósito de modas y consignas	163
Respuesta al Movimiento Socialista a la JUS y al Dr. Montero. Rodolfo Cerdas C.	167
La nueva democracia y el socialismo. Álvaro Montero M.	171
El confusionismo de Don Álvaro. Rodolfo Cerdas C.	175
Nuestra tarea histórica: construir el socialismo. Respuesta al Lic. Cerdas. Álvaro Montero M.	179
El monólogo de Don Álvaro. Rodolfo Cerdas C.	183
Una necesidad	185
Compañías extranjeras ahogan a empresarios nacionales	187
La única salida a la crisis	189
Somoza, terremoto, etc.	191
Le tienen miedo al pueblo	193
Poder organizado del pueblo primero – Constitución nueva después	195
Editorial sobre la Guardia Rural	197
El partido innecesario	199
Socialistas de palabra, contrarrevolucionarios de hecho	203
Respuesta al Paso	205
Respuesta al Semanario Libertad	207
Los verdaderos cambios en Europa	209
La crisis política. La verdad sobre los partidos burgueses	211
Ningún empresario de la Unidad financió nuestra campaña	215
Partidas específicas se pagarán con bonos depreciados	219
La educación nacional: entre el zapallo y lo medular	221
La verdadera cara del comunismo soviético se muestra en Polonia	225
<b>Artículos en revistas</b>	227
Libertad y necesidad en la concepción materialista de la historia	229
La dictadura de Braulio Carrillo: su significado político-institucional	235
El derecho y el desarrollo	247
Para una crítica al manual de Marta Harnecker	263
Del Estado intervencionista al Estado empresario. Notas para el estudio del Estado en Costa Rica	303
<b>Ensayos</b>	323
Costa Rica: problemas actuales de una revolución democrática. Ensayo de interpretación	325
La crisis política nacional. Origen y perspectivas	351
<b>Entrevistas</b>	363
Mi tesis es la del camino propio. Entrevista de Wilmer Murillo	365
Aclaraciones sobre la naturaleza del Frente Popular. Entrevista de Gina Polini	369
Pensamiento político del Dr. Rodolfo Cerdas. Entrevista de Armando Vargas Araya	373

<b>Artículos y ensayos – otros autores</b>	<b>383</b>
Tríptico político. Enrique Benavides	385
La Columna. Enrique Benavides	387
La Columna. Enrique Benavides	389
La Columna. Enrique Benavides	391
El Estado y la social democracia costarricense. Mario Fernández Lobo	393
Cómo ve un político nuestra educación. Mario Fernández Lobo	395
Political Power in Contemporary Costa Rica. John Patrick Bell	397
<b>Dossier</b>	
1. Dos intervenciones en su carácter de diputado	407
La Crisis Política en Costa Rica. Hacia una nueva alternativa	409
Mi posición ante la elección del directorio, del Gobierno de la República y la crisis nacional	421
2. Carta a Eduardo Ulibarri, 23 de setiembre de 1980	425
3. Fotografías del período 1968-1981	427
<b>Bibliografía general</b>	<b>437</b>
Cartas y documentos	439
Tesis de grado	439
Ensayos y artículos	439
Libros	441
Revistas	445
Periódicos	446
<b>Cronología 1968-1981</b>	<b>447</b>
<b>Índice analítico, geográfico y onomástico</b>	<b>465</b>

# Abreviaturas y siglas

A.R.C.O.	Acción Revolucionaria Costarricense
ACOGE	Asociación Costarricense de Gerentes y Empresarios
AD	Acción Democrática
ALCOA	Aluminum Company of America
ALUNASA	Aluminios Nacionales, S.A.
AMC	Alianza de Mujeres Costarricenses
APRA	Alianza Popular Revolucionaria Americana
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BIRF	Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento
CATSA	Central Azucarera Tempisque, S.A.
CCTD	Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CGTC	Confederación General de Trabajadores Costarricenses
CIA	Agencia Central de Inteligencia (por sus siglas en inglés, Central Intelligence Agency)
CIAPA	Centro de Investigación y Adiestramiento Político y Administrativo
CIEP	Centro de Investigación y Estudios Políticos
COCC	Confederación de Obreros y Campesinos Cristianos
CODESA	Corporación Costarricense de Desarrollo
COFISA	Corporación Costarricense de Financiamiento Industrial
CROM	Confederación Regional Obrera Mexicana
EDUCA	Editorial Universitaria Centroamericana
FAENA	Frente Amplio Estudiantil Nacional
FETRABA	Federación de Trabajadores Bananeros
FEUCR	Federación de Estudiantes de la Universidad de Costa Rica
FMI	Fondo Monetario Internacional
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
FOB	Franco a Bordo (por sus siglas en inglés, Free On Board)



FOBA	Federación de Obreros Bananeros
IC	Internacional Comunista
ICE	Instituto Costarricense de Electricidad
ICG	Instituto Centroamericano de Gobernabilidad
IIDH	Instituto Interamericano de Derechos Humanos
ILPES	Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social
INVU	Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo
JUS	Juventud Universitaria Socialista
OEA	Organización de Estados Americanos
OLAS	Organización Latinoamericana de Solidaridad
ONU	Organización de las Naciones Unidas
ORIT	Organización Regional Interamericana de Trabajadores
PASO	Partido Acción Socialista
PLN	Partido Liberación Nacional
POUM	Partido Obrero Unido Marxista
SIECA	Secretaría de Integración Económica Centroamericana
UNCTAD	Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (por sus siglas en inglés, United Nations Conference on Trade and Development)
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (por sus siglas en inglés, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization)
UPE	Unidad de Policía Especial
U.R.S.S.	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

# Miembros de la Comisión Editorial

Felipe Alpízar Rodríguez

Marjorie Ross González

Edgar Gutiérrez Espeleta

Armando Vargas Araya

## Han colaborado en este tomo

Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta. Rector, Universidad de Costa Rica.

Felipe Alpízar Rodríguez. Vicerrector de Docencia, Universidad de Costa Rica.

Jaime Ordóñez Chacón. Director del Instituto Centroamericano de Gobernabilidad (ICG).

Alonso Ramírez Cover. Director del Centro de Investigación y Estudios Políticos (CIEP).

Marjorie Ross González. Compiladora.

María del Mar Cerdas Ross. Editora.

Daniella Carranza Zamora. Revisión filológica.

Hillary Badilla Gómez. Revisión filológica.

Karen Pérez Camacho. Diagramadora.

# Criterio editorial

En la edición de estas *Obras Completas* se han actualizado –en buena medida– la ortografía, los nombres geográficos y propios, así como los términos extranjeros. En contados casos, se ha depurado el texto de algunas frases, ordenando sus elementos. Las obras de referencia utilizadas en este proceso son el Diccionario, la Gramática y la Ortografía de la Lengua Española aparecidos en 2010 y 2014, así como el Diccionario Geográfico Universal de 1997.

Los errores tipográficos han sido corregidos.

Se ha uniformado la presentación de las referencias como notas al pie de página y las bibliografías adjuntas a distintos trabajos han sido consolidadas en una sola bibliografía general.



# Prólogo

Felipe Alpízar Rodríguez

*Vicerrector de Docencia, Universidad de Costa Rica*  
*Ex-Director del Centro de Investigación y Estudios Políticos*  
*Profesor Catedrático de la Universidad de Costa Rica*

El Centro de Investigación y Estudios Políticos (CIEP) ha recibido, del Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica, la honrosa tarea de coordinar la publicación de las obras completas de nuestro querido Profesor Rodolfo Cerdas Cruz. Se trata para nosotros de una doble oportunidad.

Lo primero y obvio es la posibilidad de recuperar el pensamiento político de un científico social e intelectual como pocos ha visto Costa Rica. Esto debería facilitar que las personas estudiosas de la filosofía y las ciencias sociales puedan realizar la tarea pendiente de abordar, en toda su complejidad, la herencia intelectual de Cerdas Cruz y ponderarla a la luz del tiempo transcurrido, que borra algunos contornos, pero aclara y retoca otros, los que más importan.

Pero también es una puerta para nuestra propia reflexión sobre los temas que interesaron a don Rodolfo. En esa línea, el pensamiento y la acción política del profesor Cerdas son consustanciales para el CIEP, cuyo compromiso central es el mejoramiento de las prácticas políticas y el desarrollo democrático por medio de la investigación, el análisis político y la divulgación del conocimiento generado, así como la búsqueda de una cultura política inclusiva, reflexiva, crítica y solidaria. Como director del CIEP, siento como una responsabilidad hacia don Rodolfo de perseguir ese ideal y llevarlo al lugar tantas veces soñado en su vida.

El período que abarca este Tomo II va del significativo año de 1968 a 1981. Como lo reflejan sus textos, fueron 13 años de mucha intensidad en los acontecimientos mundiales, pero también en la evolución de su pensamiento y acción. Algunos elementos de esa época, sin embargo, se han mantenido a lo largo de

su vida y nos alumbran el camino incluso más allá de su muerte.

En *La Crisis de la democracia liberal en Costa Rica: interpretación y perspectiva*, Cerdas ensaya una explicación del desarrollo nacional a partir de una lectura desde la economía política, la identificación y caracterización de actores del desarrollo, al señalar, con especial atención, el problema de la burguesía transnacional. Más allá de la vigencia de su explicación, me interesa destacar su método, pues es, de alguna forma, heredero del análisis de coyuntura esbozado por Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, pero llevado a un período mucho más extenso. Sospecho que este ejercicio metodológico sería para Cerdas de interés similar al de sus conclusiones.

Precisamente, una de sus conclusiones me parece vigente hoy en 2018 y pertenece al campo del estudio de las élites que, si bien no nombra explícitamente, sí aborda de manera detallada. Para Cerdas, uno de los problemas de Costa Rica era la existencia de una fracción dominante de la burguesía con una vocación transnacionalizada y alienada del desarrollo nacional. Esa idea, quizás incipiente a inicios de la década de 1970, no ha hecho más que reforzarse con el paso del tiempo, la apertura económica y la globalización. Es ese problema, el de esas élites y su representación política e institucional, el que tiene al Estado y la economía costarricense como un monstruo de dos cabezas: una que mira hacia adentro y muere de inanición y otra que mira afuera, pero tiene sus pies en una zona franca, y no quiere ni enterarse del revoloteo ni de la crisis de la otra parte de su cuerpo.

Lo anterior me lleva a rescatar otras ideas centrales de don Rodolfo publicadas en este tomo. Desde la

década de 1979 nos decía “...en política, donde menos se espera, aparecen lecciones que no debemos olvidar”<sup>1</sup>. Ya anticipaba la crisis de los partidos políticos (¡sí, en 1975!) a partir de su incapacidad para aprender y entender los problemas del país. A luz de la recién pasada campaña electoral del 2018 y el terremoto político que han sufrido los partidos políticos, vendría bien volver a la apertura intelectual del Profesor Cerdas para abrir la mente y el corazón a las lecciones que nos da la sociedad y recordar la importancia, no solo para las y los colegas politólogos, sino para las personas activas en política, de intentar al menos comprender los acontecimientos nacionales y los problemas que enfrentamos como sociedad.

En este tomo también se retoma un texto sobre Sandino y su relación con el aprismo, con Farabundo Martí y otros actores de la década de 1920 y 1930 en Centroamérica. Allí, además de la riqueza de su pluma, encontramos un debate en torno a la lucha por las libertades individuales y civiles en Nicaragua y la tensión con la intromisión externa para forzar la revolución social. Hoy, Nicaragua sufre, pues casi cien años después de los hechos que narra Cerdas, ni es libre el pueblo nicaragüense ni se cumplieron los ideales sociales que inspiraron tanto a Sandino como a Farabundo Martí en Centroamérica.

Quisiera cerrar este prólogo con la referencia a los textos que más me han llamado la atención en este Tomo II. En particular, me interesa la entrevista que le realiza Armando Vargas, Director de Noticias Monumental, a don Rodolfo en 1980. En ella, Cerdas Cruz le cuenta al público el cambio en su afiliación política pues declara que ya no se considera marxista leninista. Para ello, aduce que para él ser marxista leninista significa la interpretación y práctica política de la Unión Soviética, es “...adoptar como propia una filosofía, una práctica política y una política de expansión territorial, económica y militar de esa gran potencia que es la U.R.S.S. ...” Afirma que él encuentra una contradicción en las atrocidades perpetradas por la U.R.S.S. al menos desde la época de Stalin con sus valores más preciados: “...los valores de la libertad individual, de la defensa del ser humano y sus derechos...”. Cuando el periodista Armando Vargas le pregunta sobre la razón del cambio, Cerdas explica que se deriva del estudio

de las ciencias sociales y de la realidad costarricense, así como de su reflexión en torno a esos valores y la posibilidad de vivir de acuerdo a ellos en Costa Rica.

Es un cambio y un reconocimiento de enorme valentía y osadía en esa época convulsa de 1980 y que le traerá numerosas críticas de los sectores más duros de la izquierda, pero también de la derecha costarricense. Otras personas, como, por ejemplo, don Enrique Benavides, le reconocerán a don Rodolfo las virtudes de sus declaraciones: “...es desde esta profunda y viscosa cueva espiritual e ideológica de donde solamente con un esfuerzo enorme a base de una íntima y absoluta sinceridad con uno mismo se puede salir. Tal es a mi juicio la hazaña de Rodolfo Cerdas” (La Nación, 13 de noviembre de 1980). En la monolítica expansión ideológica, política y militar de la U.R.S.S. había, por supuesto, grietas por donde don Rodolfo dejó entrar la claridad para anticipar la debacle soviética. Sospecho que esa hazaña venía acompañada de una herida, pues como decía el poeta persa Rumi “...la herida es el lugar por donde entra la luz?”.

---

1 Rodolfo Cerdas, “Socialista de palabra, contrarrevolucionario de hecho”, *Prensa Política* (1975).

# El viaje extraordinario de Rodolfo Cerdas

Jaime Ordóñez Chacón

*Director del Instituto Centroamericano de Gobernabilidad  
(ICG)*

Conocí a Rodolfo Cerdas siendo yo apenas un adolescente, allá por 1974 o 75. Un buen día fue invitado a dar una conferencia a los jóvenes muchachos que nos educábamos en el Colegio La Salle de aquellos años, en el viejo y hermoso edificio de La Sabana que, luego, deformado y afeado, alberga hoy al MAG. Habló de política y economía y del nuevo orden mundial que se estaba gestando después de la gran crisis petrolera del 72-73. Bastaron pocos minutos para que la mayoría de mis compañeros de aula quedásemos impresionados por ese intelectual profundamente inteligente, de una facilidad verbal pasmosa, capaz de generar interés y pasión por conceptos como distribución, plusvalía, equidad, bien común, libertad y democracia. El tiempo juega sus trampas. He hecho las sumas y restas del caso y me he percatado que Rodolfo era, en ese momento, un hombre de apenas 34 o 35 años, pero su presencia era ya decisiva, capaz de generar un liderazgo ideológico profundo y contagiante, casi febril. Y lo demostraría pocos años después, y de varias maneras.

Hacia 1978, cuando mi generación entró a la Universidad de Costa Rica, Rodolfo era ya una personalidad realmente célebre por varias razones. Como intelectual, se sabía del excepcional debate que había sostenido 18 años antes (siendo apenas él un estudiante) con el Rector Rodrigo Facio, un debate sobre economía política que se había convertido en una de las leyendas urbanas de nuestro mundo académico. Pero la leyenda era, además, cierta. Un pequeño pero poderoso libro, *Formación del Estado en Costa Rica* todavía texto en muchos cursos universitarios hoy día, y escrito a sus 22 años como tesis de licenciatura en Derecho, estaba allí para atestiguarlo.

Adicionalmente, era la figura más novedosa y creativa de la política costarricense de aquellos años. Habiendo enfrentado y roto con el marxismo, Rodolfo creó hacia fines de esa década el Frente Popular Costarricense, una tercera vía política que marcó, directa o indirectamente, a buena parte de los jóvenes de aquel entonces que hoy influyen en nuestra clase política y en nuestra tecnocracia de Estado. Fue de los primeros en esta región del mundo en pensar el planeta fuera del lenguaje bipolar de la poderosa Guerra Fría de aquellos duros años.

**Palabra y acción.** Y el tiempo pasó. Durante la década de los 80 y 90, Rodolfo Cerdas no solo escribió algunos libros esenciales que ayudaron a jalonar el debate ideológico y político de la Costa Rica de ese momento, sino se convirtió en un académico de reconocimiento internacional. Doctorado en París, en la Universidad de la Sorbona Paris IV, Rodolfo fue incorporado, hacia fines de la década del 80, en varias ocasiones, como *Visiting Fellow* de la Universidad de Oxford, en Inglaterra, y uno de los pocos latinoamericanos de tener reconocimientos de varios de sus centros académicos como ser nombrado *Fellow* de Wolfson College y Simón Bolívar *Professor* de Cambridge. Con el paso de las décadas se convirtió, a mi juicio, en lo más cercano que ha tenido la Costa Rica de las últimas décadas al intelectual orgánico que reclama Gramsci, es decir, en alguien capaz de conjugar palabra y acción. Reflexión teórica y propuesta de acción práctica. Su columna “Ojo Crítico” en el periódico La Nación se convirtió por dos décadas en una de las conciencias más críticas y lúcidas de esta sociedad. Uno de los pocos que le hablaba sin miedo al poder.



Cuando la comunidad académica e intelectual del país le otorgó, en el año 2010 –por medio de la Cátedra de Teoría del Estado de la Universidad de Costa Rica–, el Premio Alfonso Carro Zúñiga por sus contribuciones a la Teoría del Estado y a la Ciencia Política del país, dije lo siguiente:

“Las figuras de los intelectuales independientes (en la tradición de Malraux, de Camus, o la gran Hannah Arendt; o, bien, a la manera de W. B. Yeats en la naciente Irlanda de 1920, o viejos luchadores como Pertini y Bobbio en los ardores de la guerra y posguerra) son vitales para las sociedades. Hay una función en la vida de las democracias que no la pueden ejercer los partidos políticos; los grupos económicos o gremiales; ni los grupos de interés de ninguna índole. Es la función de conciencia crítica de la nación, la cual solo ejercen algunos pensadores en forma autónoma (y, generalmente, solitaria) ante los posibles desvaríos o las trampas políticas o ideológicas en que las sociedades o sus gobernantes pueden caer. Costa Rica ha tenido varios intelectuales independientes que marcaron su historia: Omar Dengo, Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge en la primera mitad del siglo XX. En la segunda mitad, Rodrigo Facio hasta sus épocas de Rector; Benavides, y dos o tres más. A esa tradición pertenece, sin duda, Rodolfo Cerdas Cruz”.

Esa noche del año 2010, en el Auditorio del Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH) en el Barrio Los Yoses de San José Costa Rica, Rodolfo Cerdas recibió ese premio de la mano de quien había sido justamente uno de sus maestros, Alfonso Carro, quien llegó a entregárselo con su silla de ruedas y sus fatigados 90 años de edad a cuestas. Fue una noche extraordinaria. Más de 400 personas aplaudieron de pie, en honor a su obra de toda una vida y a su solidez intelectual y humana, y también a la de su profesor. Otros varios cientos de personas ni siquiera pudieron ingresar al Auditorio, y se quedaron en la calle, un hecho absolutamente inusual para una actividad académica en casi cualquier lugar del mundo. Más parecía el homenaje a estrellas musicales o del espectáculo que a intelectuales rigurosos, que dedicaron su vida a las palabras y a los conceptos. El tiempo pasa y hoy ninguno de los dos está ya con nosotros.

Una cierta sensación de vacío y orfandad vive Costa Rica en los últimos tiempos con la desaparición de

esos intelectuales integrales y gramscianos como lo eran Rodolfo Cerdas y Alfonso Carro. El ambiente mediocre y malsano de nuestra política de hoy (marcado por la mediocridad ramplona y vulgar de la mayoría de sus actores, la fragmentación partidaria, la desideologización de las agrupaciones políticas, el confesionalismo religioso y la beatería chata metida en política, un ambiente tóxico donde la agresión personal sustituyó al debate de las ideas) requeriría intelectuales independientes y de alto fuste como lo fueron ellos, que alertaran de tanta estupidez y desvarío en la vida pública. Sus figuras, sin embargo, no han sido, claramente, reemplazadas. Muchos de los comentaristas y analistas actuales de la realidad política carecen de la rigurosidad intelectual de aquellos, o bien de su independencia de criterio. Muchos años de estudios, rigurosidad académica y valentía deben ir de la mano de aquellos que quieran realmente aportar y hacer cambios en la vida social y política de sus países.

**La aventura de la libertad.** Durante los últimos lustros de su vida tuve el honor de ser amigo de Rodolfo y compartir con él muchas aventuras académicas e intelectuales. Recorrimos juntos muchos países de América Latina durante casi una década promoviendo la democracia y los derechos humanos y guardo decenas de anécdotas de nuestro trabajo en los lugares más complejos y difíciles de nuestro continente. En el Triángulo Ixil de Guatemala, con grupos mayas, en las negociaciones de los Acuerdos de Paz de Ciudad Guatemala en 1996. En el altiplano boliviano, en reuniones con grupos aymaras y quechuas y el ejército de ese país, en un diálogo difícil, complejo, con muchos lastres y dolores históricos. En Managua, en las épocas de Violeta Chamorro, cuando terceros caminos parecían posibles para ese pequeño y bravío país. Y en muchos otros lugares más. En cuanta reunión había, en cuanto proyecto le tocaba echar adelante, siempre se caracterizó por su extraordinaria agudeza, por su análisis siempre certero, acompañado de una gran calidad humana, una gran sensibilidad social y, además, de un gran sentido del humor y entendimiento de la condición humana. Con Rodolfo, se confirmaba el viejo aserto de que el sentido del humor es una confirmación de la inteligencia y el buen hacer.

Varios años han pasado después de la muerte de Rodolfo Cerdas y su vacío no ha sido posible llenarlo y será difícil hacerlo en los próximos años. La razón es simple: por encima, incluso, de su excepcional brillantez intelectual, creo que la mayor herencia de Rodolfo fue su valentía a toda prueba, su libertad de pensamiento y su independencia de criterio. El libre-pensador que propugnaba Camus, cuya autonomía de pensamiento y acción le otorga dignidad ética a la vida.

La publicación de estas *Obras Completas*, más que una deuda pendiente con el propio Rodolfo Cerdas, es una deuda con la sociedad costarricense, quien merece conocer la producción de quien fue no solo fue uno de sus mejores intelectuales, sino, además, uno de los mejores hijos de la Patria.



Los textos



La crisis de la democracia liberal en  
Costa Rica: Interpretación y perspectiva





# Introducción

Participando de lleno en los procesos integracionistas del área, que han sido los promotores principales de la transformación de las estructuras productivas de Costa Rica, hemos sido testigos de un cambio profundo y sustancial de nuestro desarrollo económico y social tradicional, pero del cual solo nos llegan las manifestaciones externas del proceso, tras de las cuales se nos muestra, en claroscuro, la esencia del mismo.

La transformación operada es mucho más profunda de lo que puede percibirse a simple vista.

Sobre todo esa transformación es rica en la producción de efectos decisivos en la conformación tradicional de las clases sociales del país, de la estructura del poder político y de la participación de las clases en este. Destacan, de manera decisiva, las consecuencias históricas que se derivan de la coincidente aparición de una nueva clase obrera y un nuevo grupo de burguesía gerencial, como respuesta a una necesidad económica específica de la economía norteamericana, y la proyección continental que ha venido siguiendo la política exterior de los Estados Unidos, en América Latina particularmente, orientada a utilizar a este sector gerencial como nuevo punto de apoyo social.

En efecto: como la sociología política latinoamericana ha podido constatar, la relación de dependencia de nuestros países lleva consigo una determinada estructuración del poder político y las clases sociales a nivel interno. Los desplazamientos de clases en el interior y las modificaciones consecuentes en el poder político traen consigo la modificación de las orientaciones de dependencia en el exterior, y viceversa.

En nuestros países se ha venido produciendo, débilmente primero —por las necesidades del desarrollo

autóctono—, pero después vigorosamente, por las propias necesidades internas del capital monopolista norteamericano, un desplazamiento de la participación de los sectores agropecuarios en la formación del producto bruto interno, las importaciones, las exportaciones, etc.

Este fenómeno ha ido acompañado de una nueva política exterior de los Estados Unidos, que busca nueva base de apoyo social que no se asiente en la resentida y desprestigiada estructura agraria tradicional de estos países, sometida a todo tipo de embates, sino que sea agilizada, sobre el fundamento de un nuevo sector social, directa y esencialmente vinculado y dependiente de la estructura económica de los grandes consorcios internacionales.

Más que los tradicionales enclaves en territorio latinoamericano, aislados y aislantes —United Fruit Co., Anaconda, Alcoa, etc.—; y más que la desviación a manera de embudo del comercio exterior de estos países, para monopolizar los mecanismos de su intercambio y el flujo de divisas hacia los mismos, y con ello limitar su capacidad de compra en el exterior, orientada a un eventual desarrollo industrial independiente, la nueva orientación económica norteamericana se dirige al dominio de las estructuras productivas mismas de la zona.

Con ello se consigue reafirmar una división del trabajo a escala internacional que nos hace más dependientes y vulnerables: a la ya tradicional de productores de materias primas, se le agrega la de una producción industrial de simple complementación de la norteamericana, de mera transformación o ensamblaje, pero en todo caso basada en las materias primas, bienes de capital, repuestos y tecnología extranjeras. Como si esto fuera poco, se halla el hecho de que la mayoría de las industrias activas del desarrollo eco-

nómico y del proceso integracionista son propiedad de capital extranjero, con simples gerentes a sueldo directo del inversionista norteamericano.

La creciente participación de estos sectores en el producto bruto interno, en las importaciones y exportaciones, así como en la contribución fiscal para el mantenimiento del Estado —amén de otras características psico-sociales propias de un grupo industrial de ese tipo— ha originado en muy corto tiempo un nuevo sector social de “burguesía gerencial”, que está reclamando, cada vez más, el poder político para sí, y que pretende, de manera más o menos consecuente y consciente, el desplazamiento de la burguesía agropecuaria tradicional, que sin empobrecerse y más bien en proceso de enriquecimiento individual, ha perdido el grado de importancia que tradicionalmente le incumbía en el país, para dejar, en la esfera económica, por ahora, un campo de influencia creciente al nuevo sector de burguesía gerencial integracionista.

Estos cambios profundos en la estructura productiva ameritan un análisis concienzudo y científico de los mismos. Hacen imperiosa su racionalización política y la interpretación de sus tendencias sociales, económicas y políticas, a corto, mediano y largo plazo.

Las esperanzas de dulces y rápidas redenciones de los hombres y sociedades del tercer mundo, deben dejar paso y marchar detrás del análisis científico de la realidad social e histórica existente —análisis concreto de estructuras—, para fundamentar un accionar político consciente, orientado al cambio y modificación de esa estructura, mediante la determinación de los factores y agentes sociales y políticos de tal cambio —análisis dinámico.

Es claro que, por la naturaleza del método utilizado en la investigación, resultó indispensable el estudio y análisis de la formación histórica de nuestro Estado, clases sociales y estructura económico-social. Por ello, nuestro punto de partida ha sido el período colonial.

# Primera parte

## La formación del Estado nacional

### 1. La Colonia y el proceso independentista

Aunque algunos autores modernos han negado, en la interpretación de la economía y sociedades coloniales, el trasplante desde España de las instituciones y formas productivas imperantes en el Continente en ese período, es lo cierto que, al margen de esa polémica, en nuestro país tal trasplante, adaptado desde luego a las condiciones criollas, sí fue bastante claro y operante. Nuestros colonos siguieron el modelo importado de España, tanto por lo que hace a la configuración de ciudades como a la distribución de tierras, jerarquización social etc. Es cierto que aquí operaron importantes modificaciones en las circunstancias demográficas y territoriales, así como la ausencia de metales preciosos, que determinaron una densidad de población por área cultivable, verdaderamente reducida, lo que más tarde se orientó hacia la pequeña propiedad<sup>2</sup>.

En todo caso, la estructura productiva creada en el país con una población indígena en riesgo de desaparición, sin más actividad que la agrícola y ciertas formas avanzadas de trabajo en cerámica y piedra, solo pudo originar una economía natural de subsistencia.

Esta economía de subsistencia se prolongará a lo largo de la Colonia y configurará un tipo de producción que describió muy bien el gobernador de la Haya y Fernández, en el año 1719, al decir que en Cartago "... no se halla barbero, cirujano, médico, botica ni que en la ciudad capital ni en las demás poblaciones se vende por las calles ni en las plazas o tiendas género alguno comestible; razón porque cada vecino es preciso haya de sembrar o criar lo que ha de gastar

y consumir en su casa al año, habiendo de ejecutar lo mismo el gobernador porque de lo contrario pereciera"<sup>3</sup>.

Este texto ha querido verse como una demostración palpable de la "pobreza" de la provincia, en la cual hasta el gobernador debía labrar la tierra. Lo cual es correcto, ya que, efectivamente, tal afirmación se desprende del texto citado. Sin embargo, no es lo más importante.

Lo que en realidad interesa aquí es precisamente la frase anterior subrayada por el autor. En efecto: dicha frase lo que revela es que cada vecino debía —y en consecuencia de hecho lo hacía— producir, sembrar y criar, lo que debía consumir al año.

Esto configura precisamente una economía de tipo doméstico o cerrado, autosuficiente, que excluye, en un margen económicamente decisivo, un comercio real, una división del trabajo y un dinamismo de la economía capaz de estructurar, a no ser por razones de índole social, una verdadera diferenciación social.

No es de extrañar, entonces, que en una carta de contestación del Cabildo de Cartago a la Real Cédula de 19 de setiembre de 1800, fechada en Cartago el 1 de octubre de 1802, bajo la gobernación de Tomás de Acosta, se dijera: "Que como todos sin excepción hacen plantíos de lo que han de consumir en el año, cada uno se surte de su misma cosecha. Si esta es abundante, no hay quien compre lo superfluo, si mediana, cada cual tiene lo que necesita, y si escasea, nadie puede vender, para que no le falte a su familia"<sup>4</sup>.

2 Para un interesante estudio de este punto, ver Carlos Meléndez, "Orígenes de la propiedad territorial en C.R. en el Siglo XVI", *Revista de la Universidad de C.R.* n.º 23 (1970).

3 León Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*, T. VIII (París: Imprenta Pablo Dupont, 1886), 482.

4 *Revista Archivos Nacionales*, n.º 1-6 (1956): 49.

El tipo de economía que indica esta descripción es justamente un tipo de economía cerrada, autosuficiente, doméstica. Se planta lo que se ha de consumir en el año. El eventual excedente no puede venderse porque los posibles compradores han producido lo propio; y la ausencia de excedentes no origina una demanda, sino que restringe aún más el consumo a lo auto-producido.

Tal estructura productiva, solo podía variar con la introducción de productos no ligados directamente al consumo del productor; o si se encuentran ligados a este, con una demanda individual limitada e inferior a la necesariamente producida.

El cultivo del cacao en la zona de Matina no pudo jugar ese papel, pues razones de índole social –los productores quedaron radicados en Cartago y lo que hubo fue una simple delegación administrativa–, económica –como intervención directa e inseguridad productiva derivada de las depredaciones piráticas de los zambos-mosquitos–, coadyuvaron para que este producto no fuera la base para una modificación económica y social de la actividad productiva del país, de naturaleza cerrada o doméstica.

Serán precisamente la caña de azúcar y el tabaco, pero en particular este último, los que jugarán un papel decisivo y determinante para la configuración social y económica del país. No es casual que ambos constituyeran la fuente principal de ingresos del naciente Estado y que sobre ambos se instituyera los dos principales estancos o monopolios de la colonia y de la independencia.

La modificación esencial radica en que ambos productos no podían ser destinados exclusivamente para el auto-consumo, por su propio uso estaban destinados al comercio. En cuanto al tabaco, gracias al monopolio colonial y estatal; en cuanto a la caña de azúcar, gracias al monopolio del aguardiente.

Pero esto convertía tanto a uno como a otro, de meros productos –bienes producidos para el consumo directo y personal del producto–, en mercancías –bienes producidos para el mercado.

La existencia del mercado resulta determinante para configurar todo un universo de transformaciones socio-económicas eslabonadas e inevitables, distintivas de lo que sociológicamente se denomina –siguiendo a Weber– como ciudad, esto es cuando “... la población local satisface una parte económicamente esencial de su demanda diaria en el mercado local y, en parte esencial también, mediante productos que los habitantes de la localidad y la población de los alrededores producen o adquieren para colocarlos en el mercado. Toda ciudad en el sentido que aquí damos a la palabra es una “localidad de mercado”, es decir, que cuenta como centro económico del asentamiento con un mercado local, en el cual, en virtud de una especialización permanente de la producción económica, también la población no urbana se abastece de productos industriales o de artículos de comercio o de ambos, y, como es natural, los habitantes intercambian los productos especiales de sus economías respectivas y satisfacen de este modo sus necesidades”<sup>5</sup>.

Es claro que la totalidad de esta tipología weberiana no puede encontrarse paso a paso en nuestra realidad. Pero los rasgos fundamentales, si es posible localizarlos y marcan la orientación en el sentido apuntado por Weber.

En todo caso, es importante señalar que el germen de un tipo de economía distinto estaba dado, y que las transformaciones no tardarían en cobrar fuerza y manifestación.

La producción de caña de azúcar y tabaco supone, socialmente –máxime si se toma en cuenta su eventual exportación–, una creciente división del trabajo, comercialización y carácter dinerario de la economía.

Por otra parte, dadas las condiciones productivas de entonces y la naturaleza misma del tabaco, que se siembra en pequeñas vegas a la orilla de los ríos y, la especial circunstancia de que el tabaco durante el reinado de Carlos III, se convirtió en monopolio del gobierno, cuya base “consistía en adelantar a los labradores a cuenta de la cosecha, que precisamente debían vender al Rey, al precio que se estipulaba”<sup>6</sup>,

5 Max Weber, *Economía y sociedad*, T. II (México: F.C.E., 1969), 939.

6 Roland T. Ely, *La Economía Cubana entre las dos Isabeles (1492-1832)* (Bogotá: Aedita Ltda., 1962), 31.

determinó un reforzamiento a la pequeña propiedad. Sobre todo, máxime en nuestro país, donde en 1787 se había establecido el estanco único de tabaco para todo el área —con el fin de combatir el contrabando que se hacía—, prohibiendo cultivarlo en la región comprendida entre Chiapas y Honduras. Es justamente de este estanco, y del de aguardiente, de los que se nutrirá la burocracia colonial y, en su oportunidad, la republicana<sup>7</sup>.

El dinamismo propio de una economía estructurada sobre una base naciémente mercantil, de las características apuntadas, generó en el país un tipo de economía, ya no la doméstica tradicional, de tipo cerrado, sino una economía abierta, naciémente mercantil-burguesa.

Es así, entonces, como al terminar la colonia y acercarse la independencia, existen en nuestro país dos tipos de economía perfectamente definibles, que son las que marcarán la evolución posterior del país hasta la dictadura de Carrillo.

Es importante señalar que socialmente hablando, la versión clasista que se deriva de un tipo y otro de economía, es sustancialmente distinta. Mientras que en la economía cerrada la familia pasa a jugar un papel determinante, y con ella el jefe de familia, adquiriendo el rango familiar un carácter marcadamente aristocratizante; en la economía abierta se da una diferencia cualitativa, orientándose la importancia al productor-comerciante y, aunque inicialmente cuenta el abolengo, no es ello lo principal, sino la participación de cada quien en la producción.

La versión social de un tipo u otro de economía estará constituida, entonces por una pseudo-aristocracia de origen y vinculación colonial en el caso de la economía cerrada, y una naciente burguesía agro-comercial, en el de la economía abierta.

La apertura social conlleva una apertura mental, cultural y política. Y la estrechez de la condición económica y social, produce una versión similar en el ámbito de la cultura, la política y la concepción del mundo.

No es de extrañar que frente el ambiente anodino y frívolulo de Cartago, donde predominaba la economía cerrada, se abriera el horizonte agresivo de San José, que por suscripción de sus vecinos fundó ya en 1814 a la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, a cuyo frente puso al bachiller Osejo, liberal que tan gran papel jugará en la independencia.

Como es lógico, tal estructura base tenía que reflejarse en la versión institucional de entonces.

Desde luego que en esto no hay fechas definidas ni absolutizaciones invariables. Se trata de la creación de un modelo de explicación de la realidad que, como todo modelo, supone la prescindencia de elementos secundarios no determinantes.

Pero en cualquier caso, la llegada de la Declaración de independencia será decisiva para precipitar el proceso institucional y, actuando como catalizador agudo, traer a primer plano todas las contradicciones y, en particular, las referentes a la superestructura, esto es las instituciones políticas y sociales existentes entonces.

Se ha hablado indiferenciadamente del carácter democrático de los ayuntamientos. Pero esto no es estrictamente cierto. Es preciso hacer finas distinciones, para poder asir con claridad los fenómenos políticos e institucionales que se gestarán durante la Colonia con relación a los ayuntamientos.

En el caso concreto de nuestro país, donde la economía cerrada colonial había predominado, la familia y su jefe habían pasado a ser la fuente principal de poder. El rango y la condición aristocratizante de la estructura base, hizo posible que bajo la forma democrática se estableciera un verdadero poder aristocrático. Más tarde, el fenómeno tenderá a repetirse con el binomio parlamento-poder ejecutivo.

La confusión de quienes han querido ver, siempre y en todas partes, una institución democrática en el Cabildo, ha sido denunciada desde mucho tiempo atrás por Ingenieros, quien observó que a pesar de la copiosa literatura apologética de que ha sido objeto el

<sup>7</sup> Cfr. Carlos Meléndez, *Costa Rica: evolución histórica de sus problemas más destacados* (San José: Atenea, 1953), 31. Hernán G. Peralta, *Don José María Peralta* (San José: Trejos Hnos., 1956), 31 y ss.

cabildo colonial, no es cierto que este fuera un verdadero reducto democrático, pues ha habido un vicio de modernismo en la apreciación histórica del mismo, y se ha confundido con el municipio democrático que concibe y desarrolla el derecho político moderno<sup>8</sup>.

Es precisamente esta condición de predominio familiar, con vinculación estrecha, ideológica e institucional con la metrópoli, la que facilitará el predominio de pequeñas oligarquías que encontrarán el mejor vehículo de manifestación, en los órganos de poder político-administrativos locales, esto es en los ayuntamientos.

Y es aquí, y no en otro lugar, donde se concentrará la vida política de la colonia durante los tres siglos, con predominio indiscutido de esas pequeñas oligarquías<sup>9</sup>.

La aparición de una estructura productiva naciente burguesa, de carácter agrario-mercantil, no modificará el carácter oligárquico —en cuanto grupo reducido y exclusivo de poder—, pero otorgará un sentido democrático, de participación popular notable, más que todo originada en nuestro país por la común condición de pequeños propietarios de sus habitantes.

Consecuentemente, surgen dos instituciones de poder político durante fines de la Colonia e inicios del período independentista: el ayuntamiento democrático —para llamarlo de algún modo—, y el ayuntamiento pseudo-aristocrático<sup>10</sup>.

Al producirse la independencia, las diversas fuerzas sociales encontrarán, en uno u otro tipo de ayuntamiento, el receptáculo indispensable para proyectar sus concepciones político-institucionales.

Esto fue así justamente por la desaparición del núcleo central de poder político colonial, y por la debilidad del que, por reciente y por reflejar una transacción, se

configuró al desaparecer aquél, con la creación de las Juntas Superiores Gubernativas y Jefaturas del Estado que les siguieron.

Las condiciones productivas de las diversas localidades existentes en el país por entonces, en punto a la producción de tabaco y caña de azúcar; así como el predominio de patrones culturales aristocratizantes en mayor o menor medida en uno u otro lugar, originó una localización geográfica de todo el fenómeno.

Esta localización geográfica se manifestó en un predominio de la economía cerrada o doméstica, y su versión pseudo-aristocratizante, en las ciudades de Cartago y, detrás de ésta, de Heredia. Y, por lo que hace a la economía abierta, y su versión agro-comercial naciéramente burguesa, en la de San José principalmente, y, en menor medida, en la de Alajuela.

Desde luego, no quiere decir que existiera una homogeneidad política y social, que determinaría de manera igual e invariable, la conducta de todos los habitantes, haciendo liberales los unos y conservadores los otros, etc.

Esto no podría ser, por la sencilla razón de que no existe una determinación mecánica, automática, de la base social y la condición política, sino que se dan innumerables mediaciones que influyen y modifican la tendencia que, con todo, encuentra una manifestación principal y determinante.

El que existieran liberales, en Cartago y en Heredia, no quiere decir que la tendencia principal de ambas ciudades no se orientara hacia un conservadurismo que no era, precisamente, la tendencia dominante de las ciudades liberales de San José y Alajuela.

Si alguno absolutiza estos términos —como ya ha sucedido con relación a trabajos anteriores—, debe rectificarlo. Porque bajo ningún concepto ha sido esa la intención y lo expresado por el autor.

8 José Ingenieros, *La Evolución de las Ideas Argentinas*. Tomo I (Buenos Aires: El Ateneo, 1951): 34.

9 Ingenieros, *La Evolución de las Ideas Argentinas*, 35. Además, Rodolfo Puigrós, *De la Colonia a la Revolución* (Buenos Aires: Ed. Futuro, 1957), 112: “Siendo —dice— la raíz social del cabildo la unidad familiar —afirmada en la servidumbre, la esclavitud y el monopolio de tierras y demás medios de producción e intercambio— su contenido de clase no podía ser sino oligárquico”.

10 Uso el término “seudoaristocrático” por la sugerencia del Prof. Rafael Obregón, quien con justa razón me señaló que el término “aristocrático” tenía connotaciones precisas en el resto de América, que podían crear una imagen errónea del carácter de nuestra empuobrecida, raquíta e injustificadamente pretenciosa “aristocracia”. (Esto, desde luego, lo digo yo. No don Rafael).

En todo caso, es lo cierto que al momento de la independencia coexistían esos dos modos o tipos de economía; que se encontraban geográficamente localizadas; y que, a pesar de diversas alternativas, las tendencias políticas que lograron imponerse reflejaron la propia estructura socioeconómica. Estas les servían de base, en las ciudades de Cartago y Heredia, de un lado; y de San José y Alajuela, de otro.

Las razones para tal polarización geográfica, a pesar de ser fácilmente deducibles, han sido mal comprendidas. Quizás por ello es conveniente insistir en este punto.

Tanto San José como Alajuela, resultaron especialmente aptas para el desarrollo de la actividad agrícola que tanto influiría en la estructuración agraria y económica del país. Aún hoy, Alajuela continúa produciendo de manera notable caña de azúcar y tabaco.

Cartago, en cambio, para usar las palabras de Rodrigo Facio, "...subsistió como base política y administrativa de la Colonia, y asiento de la burocracia peninsular, pero... nunca adquirió razón de ser económica"<sup>11</sup>.

Los elementos constitutivos de Cartago, entonces, son tipificadores de lo que hemos dicho: una economía de subsistencia, autosuficiente, sin comercio y sin producción mercantil; asiento de la burocracia peninsular y base política y administrativa de la Colonia. Nuestra calificación de pseudo-aristocrática a su gestión postindependentista encuentra una justificación plena y real en su condición objetiva.

La gestión política de Heredia, luego de la independencia, su configuración social<sup>12</sup> y participación al lado de Cartago, evidencian el predominio social de un grupo íntimamente vinculado con la metrópoli.

La circunstancia de no haberse podido beneficiar con la producción de caña de azúcar y tabaco<sup>13</sup>; y

el aprisionamiento geográfico en que se encontró, dado que la Cordillera Volcánica del Centro le impidió extenderse hasta las amplias llanuras de Sarapiquí<sup>14</sup>, fueron los factores determinantes para que esta ciudad se asimilara plenamente al grupo conservador pseudo-aristocrático, que impuso su línea en Cartago.

No debe olvidarse a este efecto, la importancia decisiva que la configuración hidrográfica de la zona central tuvo para el desarrollo o estancamiento de las diversas ciudades. Porque como recuerdan tanto Hernán G. Peralta como Vincenzi, la distribución de los ríos en este lado de la meseta fue realmente "milagrosa", siendo tal la importancia de este factor, que el propio Peralta debió recordar en su obra, que "... a la distancia comprendida entre las poblaciones principales y las corrientes de agua más cercanas, según Anastasio Alfaro, se debieron la caída de Barba en cuanto a la importancia de su población y el relativo estancamiento que en 1821 tenían Cartago y Heredia en relación con San José y Alajuela<sup>15</sup>.

Ello es confirmación, por otra parte, de la polarización geográfica señalada y la existencia de una causa fundamental que determinó el desarrollo de San José y Alajuela, de un lado; y el estancamiento de Cartago y Heredia, de otro.

¿Podían, en estas circunstancias, ser distintas las orientaciones políticas e institucionales?

Tenemos, pues, que al producirse la independencia, cobraron fuerza y se manifestaron claramente estas contradicciones esenciales.

- a. A nivel de la estructura económica: economía cerrada o doméstica, de tipo colonial, de una parte; economía abierta, agromercantil y de naciente burguesía, de otro. Sin embargo, debe señalarse que ambas son de tipo local.

11 Rodrigo Facio, *Estudio sobre Economía Costarricense* (San José: Editorial Soley y Valverde, 1942), 16. Para una crítica de la posición de Facio, ver Rodolfo Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica* (San José: Depto. de Publicaciones Universidad de Costa Rica, 1967), 82. Además, ver Peralta, *Don José María Peralta*, 199.

12 "Nobles y plebeyos", reza un documento de la época, citado por Carlos Monge en *Historia de Costa Rica*, 7ª Ed. (San José: Imprenta Las Américas, 1956), 130.

13 Cfr. Hernán G. Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica* (San José: Soley y Valverde, 1944), 199-200.

14 Cfr. Luis Dobles Segreda, *La provincia de Heredia* (San José: Imprenta y Librería Lehmann, 1934), 11.

15 Dobles Segreda, *La provincia de Heredia*, 200.



- b. A nivel de la estructura social: surgimiento de una naciente burguesía y existencia de un sector pseudo-aristocrático tradicional, íntimamente vinculado a la administración y la política de la metrópoli.
- c. A nivel de la estructura institucional: ayuntamiento pseudo-aristocrático de un lado y ayuntamiento democrático-burgués de otro. Sustitución del débil poder central colonial, por un débil poder gubernativo, representado por las Juntas Superiores Gubernativas de escaso poder real, que se encuentra, como se dijo, realmente en los ayuntamientos.
- d. A nivel de la estructura geográfica: polarización del grupo conservador en las ciudades de Cartago y Heredia, correspondientes al tipo de economía cerrada; y del grupo liberal, en las ciudades de San José y Alajuela, correspondientes al tipo de economía abierta.

En estas condiciones, la cuestión de la capitalidad no era “una simple porfía de campanario” como se ha querido hacer ver<sup>16</sup>. Detrás de esto había razones profundas, de carácter social, económico y político, que empujaban objetivamente a que la capitalidad se convirtiera en todo un objetivo político para la orientación misma del país y un complemento indispensable a un hecho social cierto, el cual era el predominio indiscutido, ya en ese entonces, gracias al cultivo del tabaco de la ciudad de San José<sup>17</sup>.

Este hecho resultaba, entonces, no de una cuestión regionalista y localista simple, que más bien fue una manifestación externa de un profundo y complejo proceso social interior, sino de una tendencia objetiva incontrastable, en las condiciones sociales y económicas de entonces.

Esto, por lo demás, ha sido señalado por varios autores, entre ellos el propio Hernán G. Peralta, quien citando a Jorge León, señala refiriéndose a Cartago

y San José, que “... los terrenos que rodean ambas ciudades son muy diferentes en cuanto a extensión y fertilidad (de donde se comprende) por qué al iniciarse la república la vida nacional giraba ya alrededor de San José. Cuando llegó la independencia, fue marcadamente republicana y la revolución de 1823, al darle la capitalidad del Estado no hizo sino confirmar un hecho definido”<sup>18</sup>.

La cuestión de la capitalidad, entonces, encierra un trasfondo mucho más importante que la simple cuestión localista del prestigio inherente a ésta. Por las condiciones de presión popular, directa y de masas, la localización de las armas y la orientación política misma, que debían corresponder al verdadero contenido del centro económico principal, la decisión acerca de la capitalidad implicaba mucho más que una simple cuestión de titularidad. Decía de la orientación socio-política del nuevo orden instituido con la llegada de la independencia.

## 2. La Dictadura de Braulio Carrillo y la formación del Estado Nacional

La llegada de la independencia planteaba al país toda una alternativa histórica de suma gravedad. Inicialmente, dando tumbos de un lado a otro, con una oscuridad relativa en los objetivos, se produjo una polarización de fuerzas y orientaciones, respondiendo a la estructura base que las sustentaba.

Tal polarización introdujo claridad en los problemas, definición en los grupos y decisión en las orientaciones. No fue más un esfuerzo colectivo teñido por las diferencias de apreciación, sino una bifurcación de caminos, resoluble únicamente por las revolucionarias acciones y decisiones políticas impuestas.

Este proceso de independencia, entonces, mal puede concebirse como una simple comunicación llegada de Guatemala, por la cual no habíamos combatido,

16 Así Hernán G. Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 4. En carta que precede a la publicación *Formación del Estado en Costa Rica*.

17 Para la importancia de San José y la decadencia de Cartago, Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 126, 199, 200, 201. Ricardo Fernández Guardia, *La independencia y otros episodios* (San José: Trejos Hnos., 1928): 12. Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica*, 86 y ss.

18 Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 201.

y que en definitiva se resuelve en el punto de si fue en setiembre o en octubre cuando fuimos en verdad independientes. No. El proceso de nuestra independencia, que cuenta con antecedentes como los de Pablo de Alvarado –costarricense a quien ciertamente se debe una biografía y un monumento, como primer americano que lanzó el grito de la independencia en el continente–, es mucho más complejo y multifacético. Cubre todo un período de alternativas, enfrentamientos, ensayos y rectificaciones, que culminan, en un proceso necesario, con la dictadura de Carrillo.

Nuestra independencia marcó un cambio profundo en los ideales generales de nuestro pueblo, pues los renovó y los proyectó con fuerza hacia la búsqueda de un ordenamiento distinto y progresista; encontró un sustento real en las condiciones socio-económicas imperantes por entonces y afirmó, a tientes y a oscuras, la soberanía popular como única fuente legítima de poder político, no como versión simplemente formal, sino sobre la base del contenido mismo del postulado.

En 1821 se inició una verdadera revolución. Y no es posible comprender la hondura del período, sin tener en cuenta las fuerzas sociales profundas que se esconden detrás de las manifestaciones externas del proceso. En efecto:

(..) dos filosofías políticas inconciliables serpeñean bajo la historia externa, encarnadas en dos partidos antagonicos: el que intenta realizar la Revolución, concibiéndola como cambio de régimen liberal y democrático, y el que procura impedir la, limitándose a desear una secesión administrativa respetuosa de los intereses creados por el antiguo régimen colonial.

La crisis revolucionaria no fue una convergencia de energías afines, sino una lucha convulsiva entre fuerzas heterogéneas que no encontraban su nuevo estado de equilibrio. Detrás de las pasiones personales y localistas estaban en conflicto dos sistemas de ideas incompatibles, dos regímenes, dos filosofías: la Revolución y la Contrarrevolución<sup>19</sup>.

No hay que olvidar que el impulso revolucionario lo promovía una minoría –numéricamente hablando–, que encontraba una resistencia conservadora mayoritaria.

Es en esta contradicción entre minoría revolucionaria; representante del progreso histórico real, pero minoría al fin, y mayoría conservadora, representante del estancamiento histórico, pero mayoría al fin; en que se debatirá políticamente nuestra organización social en los primeros 21 años de vida independiente, pues paradójicamente la primera –minoritaria–, representaba, frente a la segunda –mayoritaria–, la única alternativa realmente democrática.

No obstante que, por lo que hace al sector conservador criollo, no hubo ciertamente una influencia filosófica cartesiana del siglo XVII, como sí la hubo en otras partes más avanzadas del continente. En cuanto adaptación de la vieja filosofía a las nuevas necesidades, sí puede decirse que en el caso de Carrillo la influencia francesa correspondiente al siglo XVIII, encontró una manifestación específica.

Detengámonos un poco en esto.

La ilustración francesa del siglo XVIII, y más específicamente el materialismo francés, no fue solamente una lucha orientada contra las ilustraciones políticas vigentes, la religión y la teología imperante, sino también contra la metafísica del siglo XVII y contra toda metafísica, en especial contra la de Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibniz. Se oponía la filosofía a la metafísica. Esta, derrotada por el materialismo francés del siglo XVIII, encontrará restauración en la filosofía clásica alemana y, posteriormente, en la especulativa del siglo XIX.

En todo caso, el materialismo francés presenta dos direcciones: una proveniente de Descartes, que desemboca en el materialismo mecánico, y que se confunde con las ciencias naturales; y, otra proveniente de Locke, que se constituye como elemento de la cultura francesa y desemboca, directamente, en el socialismo.

19 Ingenieros, *La Evolución de las ideas argentinas*, 194.

El materialismo francés mecánico siguió el camino de la física cartesiana, en contraposición con su metafísica. Como anti-metafísicos sus discípulos eran físicos. Destacan aquí el médico Leroy, Cabanis y Lamettrie.

La metafísica cartesiana encontró una oposición directa en su propia cuna, personalmente representada por Gassendi, quien restauró el materialismo epicúreo. Asimismo, se le enfrentó otro materialista, inglés en este caso, que es Hobbes. Ambos materialistas, el inglés y el francés, estuvieron ligados a Demócrito y Epicuro.

Al morir los últimos grandes metafísicos franceses del siglo XVII, venían al mundo Helvetius y Condillac.

Este fue el discípulo directo e intérprete francés de Locke, quien a su vez desarrolló la tendencia materialista inglesa que, a partir de Juan Duns Scoto, siguiendo por Bacon y pasando por la versión unilateral de Hobbes, desemboca en Locke, que sistematiza y fundamenta el principio de los dos últimos.

En su obra Condillac desarrolló los pensamientos de Locke y demostró que el hábito y la experiencia, el alma y los sentidos, el arte de hacer ideas y el arte de captación sensorial, eran las verdaderas fuentes del conocimiento humano. Y, en consecuencia, que el desarrollo del hombre dependía de la educación y las circunstancias externas.

Helvetius, por su parte, confirió al materialismo su carácter específicamente francés, y lo remitió directamente a la vida social, en su obra *Del hombre*. Aquí, se ponen como fundamento de toda moral, las cualidades sensibles, el amor propio, el goce y el interés personal bien entendido. La igualdad de las inteligencias, la unidad del progreso de la razón y del proceso de la industria, la bondad natural del hombre y la omnipotencia de la educación, son elementos sustanciales de su sistema.

Esta tendencia es la que va a desembocar, directamente, en el socialismo y el comunismo. Cuestión por lo demás que no debe sorprender a nadie, habida

cuenta de la conexión íntima entre los planteamientos de estas doctrinas y la noción de bondad original del hombre, capacidad intelectual igual, potencialidad de la experiencia, los hábitos, la educación, la influencia de las circunstancias externas, etc.<sup>20</sup>

Braulio Carrillo, estructurador del Estado nacional, se nutrió precisamente en esta fuente. Es él quien, a su vez, le dará el verdadero impulso al cultivo del café, pero con una orientación y sentido especiales, hacia la pequeña propiedad, sentando así las bases de nuestro futuro desarrollo social, económico y cultural. No en vano se ha señalado que el café no es tanto un producto como una cultura.

En cualquier caso, esto demuestra que el arquitecto de la nacionalidad costarricense es justamente una de las figuras históricas menos comprendidas en nuestro país hasta hace algunos años, lo que se evidencia con el odio irracional de algunos pseudo-liberales trasnochados, que todavía deambulan como sonámbulos a finales del siglo XX.

Cuando Carrillo cita a Helvetius y a Condillac, o cuando guarda doble ejemplar de las obras de Rousseau, no estamos frente a citas de erudición innecesarias, sino ante una influencia cultural y filosófica decisiva para la concepción suya de los problemas políticos que debía afrontar.

No podemos concebir a Carrillo, entonces, como un simple político pragmático, que en un acontecer lleno de vaivenes, logró impulsar positivamente al país hacia el progreso.

Carrillo, ni fue un déspota que hizo y deshizo como le vino en gana, y que de su sola voluntad de hierro —que la tenía— construyó la nacionalidad costarricense ni fue un simple objeto ciego de las condiciones sociales objetivas de entonces. Por el contrario, y ahí es donde radica toda su grandeza, Carrillo fue un agente consciente, que supo cumplir a cabalidad su cometido histórico.

Su preparación cultural y su filosofía no fueron improvisadas. Partieron de lo más avanzado del pensamiento de entonces y, se orientaban, paradó-

20 Para un estudio detallado de las ideas que aquí resumimos, ver C. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia*, (México: Editorial Grijalbo, 1959): 215 y ss.

jicamente, hacia situaciones mucho más avanzadas, socialmente hablando, que las que el propio Carrillo debía afrontar.

No es de extrañar, entonces, su radicalismo frente a la religión, los municipios y la propiedad privada, que restringió, fijando en tan temprana fecha salarios mínimos para mujeres y niños, y facultando a los pobres para tomar los frutos no utilizados por los propietarios en las haciendas.

Carrillo, hombre de formación legalista, había tenido que abandonar sus ilusiones jurídicas. Con paso firme, tomó el camino de la dictadura liberal revolucionaria.

Antes, cuando había acusado a Juan Mora por la expulsión de su hermano a la prisión de El Salvador, alegando que había violado la Constitución; cuando agotó todas las posibilidades de transacción para evitar el derramamiento de sangre en la Guerra de la Liga; cuando después de esta se vio ante la imposición de una mayoría conservadora y localista que lo sacaba del poder y, como si el sacrificio no hubiera tenido importancia, volvía a poner a la orden del día la cuestión decisiva de la capitalidad; Carrillo llegó a la conclusión de que era necesario constituir una dictadura capaz de liquidar, social y políticamente, a los grupos conservadores que todavía atentaban contra el nuevo orden, aunque el establecimiento de tal dictadura implicara el empleo de métodos no legales, sino revolucionarios.

Ante la constelación de contradicciones imperantes, entonces, Carrillo presenta la única solución posible:

- Frente a la economía abierta y la economía cerrada, desarrolla y consolida una economía nacional, de la cual ciertamente sienta las bases.
- Frente al ayuntamiento naciientemente burgués y el ayuntamiento pseudoaristocrático, desarrolla y consolida el Estado nacional, como fuente única de poder legítimo, susceptible de una acción y decisión eficaces sobre todo el territorio nacional.

Ambas tareas se suponían recíprocamente y formaban el vértice histórico que Carrillo, con plena conciencia, une y proyecta hacia el futuro. Al decidir la

cuestión de la capitalidad, no estaba decidiendo el problema planteado; pero, estaba determinando un elemento fundamental para su solución. Sí resolvía definitivamente el problema, cuando consolidaba la economía y el Estado nacionales como factores recíprocos esenciales para poder hablar de una auténtica nacionalidad costarricense.

Esto lo logró liquidando los poderes internos que disgregaban al poder central: la Iglesia, los municipios, el aislamiento, etc. Consolidando por afirmación soberana, nacida de la negación de interferencias externas, la fisonomía internacional de nuestro pueblo: incorporando a Guanacaste a nuestro país, frente a las pretensiones de Nicaragua; oponiéndose a las reclamaciones anglo-mosquitas sobre Moín y Salt Creek; y, reclamando respeto internacional, con disposición plena al combate por ese respeto, como se puso en evidencia con las maniobras de Morazán desde Panamá y la carta que originó esa situación.

Pero, por sobre todo, lo consiguió por su conciencia del grado en que había avanzado en su labor. Porque cuando Morazán es traído a Costa Rica por los elementos conservadores, para enfrentarlos al caudillo liberal que era Carrillo, este prefiere dejar el poder, antes de suscitar un combate que dividiría por muchos años al país. Recuérdese que tres mil josefinos le juraron fidelidad y le ofrecieron su vida para combatir al invasor.

Por lo que hace al Estado y su creación, la labor de Carrillo estaba cumplida. Porque por encima de las pasiones del momento, que han mostrado tener larga vida, la entidad del Estado había adquirido carta de ciudadanía en la conciencia de sus compatriotas.

La acción política ya no sería a favor o en contra del poder central. La lucha se había desplazado hasta llegar a ser una lucha por el poder del Estado. Esto refleja que el poder central había adquirido una plena eficacia y una total legitimidad en la conciencia de los hombres de entonces, y que nada, ni nadie, podía modificar esa orientación institucional.

Carrillo, en este sentido, con su dictadura positiva, democrática y constitutiva, logró consolidar la nacionalidad costarricense y estructurar, como arquitecto inmejorable, la fisonomía de nuestra sociedad y nues-

tro Estado. Es él, justamente, quien sobre las bases particulares de nuestra estructuración agraria de pequeños propietarios, nacida del cultivo del tabaco y la caña de azúcar, principalmente, impulsa el cultivo del café, que marcará los rasgos fisonómicos de nuestro pueblo hasta años recientes.

La legalidad de su gestión gubernativa fue revolucionaria. Radicó en el hecho de que no obstante constituir una minoría, devino en una auténtica mayoría, al asistirle la razón histórica.

Carrillo, sin embargo, no podía paradójicamente culminar su obra con la elaboración y promulgación de una verdadera Constitución Política, en sentido jurídico.

En efecto: si bien es cierto que Carrillo había operado la resolución de las principales contradicciones suscitadas en el campo económico, social, geográfico e institucional, no es menos cierto que la estructuración clasista del país, los procesos de diferenciación social y económica, apenas estaban en gestión.

La Constitución, en sentido jurídico, no solo nace del rompimiento de un orden tradicional que funda su legitimidad en una herencia institucional y política consagrada por el tiempo. Nace también, y básicamente, como reflejo de un orden social real, objetivo, relativamente consolidado, que ha alcanzado un cierto nivel de equilibrio y estabilidad.

En este caso, el antecedente directo indispensable para poder legislar constitucionalmente de manera eficaz estaba ausente. Los procesos sociales reales, objetivos, necesarios, que podían facultar un comportamiento colectivo e individual susceptible de expresarse en normatividad, una alta previsibilidad de conducta y, lo principal, una estructura específica de poder social y político, nacida de una regularidad en las relaciones sociales subyacentes, todavía no se daban con claridad. Es más: apenas se estaban dando los gérmenes, con el desarrollo de la actividad cafetalera.

En una palabra: los procesos de formación de la constitución del Estado, apenas se iniciaban con la actividad cafetalera. Habría que esperar todo un de-

sarrollo económico y social para poder plantearse siquiera la posibilidad efectiva de una conformación constitucional estable y duradera.

Este proceso socio-económico de formación de nuestra sociedad cubrirá un largo período. Desde que Carrillo consolida políticamente al Estado en 1841, hasta el ascenso de Guardia al poder y la promulgación de la Constitución de 1871.

Carrillo, sin embargo, impulsó un tipo de desarrollo económico y social particular, orientado a la proliferación de la pequeña propiedad, impulsando la producción desde el Estado.

Su gestión, con ser término de una serie de procesos políticos que hemos analizado en su contexto social y económico, es al mismo tiempo, punto de partida para la nacionalidad costarricense.

Sobre las tendencias y estructuras dadas en nuestro país, en base a la actividad productora del tabaco y caña de azúcar, el cultivo de café fue concebido como una actividad propia de pequeños propietarios. Con ello, se garantizó la existencia de un amplio sector social que, con participación directa o indirecta, con representación real o supuesta, va a ser una fuente de presión y un invitado de piedra en la vida política y en los convivios de los grupos dominantes, que surgirán con el cultivo del café y la vinculación de nuestro país con el mercado mundial.

Esta etapa, pues, no solo es un momento crucial en la vida de nuestro país. No se agota solo en la existencia ya de un gobierno de dictadura que deja de cumplir con ciertas formalidades. Es mucho más que eso. Es la resolución del problema político de la estructuración y vigencia del Estado Nacional. Es la conformación del país, en su esfera social y productiva, como una nación de pequeños agricultores. Y es el establecimiento de la función, estructura y dinámica del Estado, como esencialmente sometidas al imperio de la ley.

Por esto, a pesar de su dictadura, y precisamente por ella, es que se puede concluir que, con Carrillo, se sentaron las bases de la democracia liberal costarricense.

## Segunda parte

### La consolidación del bloque agro-exportador y mercantil-importador

#### 1. El café y la diferenciación clasista en Costa Rica

Con Carrillo se produce el incremento constante del cultivo del café como producto de exportación. Es a partir de ese momento que el país se vincula al mercado inglés. En relación con esto, su gobierno propició los cultivos, que proliferaron hasta en los patios de las casas. La producción se orientó sobre la estructura de propiedad pre-existente, hacia fincas pequeñas y grandes, aunque con predominio de las primeras, y se consolidó así la tendencia surgida con la producción tabaquera y de caña de azúcar. El beneficio y la exportación quedaron en manos de nacionales<sup>21</sup> y eso permitió orientar la ampliación de sus capitales no tanto en la absorción de tierra para la producción como en el laboreo o beneficio y exportación del grano. A diferencia de otros casos –en que los productores tuvieron que ampliar su actividad en el ensanchamiento mismo de la producción y el área propia de cultivo, originando la gran plantación– en nuestro país ocurrió de manera diferente, dando lugar al resurgimiento de un sector oligárquico-cafetalero, pero sin la característica plena del latifundismo.

Por otra parte, desde un comienzo nuestra naciente burguesía tuvo una preocupación constante por la educación. En 1814, por suscripción de los vecinos de San José, se fundó la Casa de Enseñanza de Santo Tomás. Más tarde, por la intervención de diversas personalidades vinculadas a la producción cafetalera y al ejercicio del poder –como Julián Volio, José

María Castro, Jesús Jiménez, etc.–, se impulsó la enseñanza a los más amplios sectores, sin discriminar a la mujer.

La educación fue vista por los liberales de la época como una condición esencial para hacer efectivos los derechos ciudadanos, que se sentían vacíos e ineficaces sin la luz de la cultura, usando una expresión que cito de memoria, del Dr. José María Castro Madriz.

Si bien en cierto que en el año 1856 se produjo una cruenta lucha, cuyas secuelas demográficas y económicas no fueron menos graves, pues “... el cólera y la guerra de 1856-1857 devoraron por lo menos 10.000 habitantes, al paso que los años 1862 y 1863 a causa de la epidemia de sarampión y de la tos ferina muestran un equilibrio entre los nacidos y los muertos”<sup>22</sup>; a pesar de todo ello, la configuración económica y nacional no se modificó sustancialmente, sino que siguió su marcha. La nacionalidad, fortalecida por el esfuerzo militar de la lucha contra Walker, tendió a consolidarse más, particularmente, en el aspecto psicológico y cultural.

Recíprocamente, el café se convirtió en el centro principal y prácticamente único de la actividad económica de exportación. En el año 1844 se exportaron 4 millones de kilogramos, que en 1856 –esto es 12 años más tarde– se duplicaron. De ahí se mantuvo un ritmo ascendente hasta 1884, cuando se llegó a una cifra cercana a 17 millones de kilogramos<sup>23</sup>.

21 Inicialmente. Luego el asunto varió. Los beneficiadores, pero en especial los exportadores, habrían “de ser los verdaderos dueños del negocio”, dice Rodrigo Facio en Facio, *Estudio de Economía Costarricense*, 28. Es interesante agregar que, en la actualidad, hay un total de 108 beneficiadores inscritos, de los cuales son de claro origen extranjero 22; y los 86 restantes, nacionales. En cambio, de los 23 exportadores inscritos, 20 son de origen extranjero y solo tres nacionales.

22 Cfr. Fernando Estreber, *Informe al Censo General de la República de Costa Rica*, (1864), XVI.

23 Tomás Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II (San José, Costa Rica: Edit. Universitaria, 1949), 10.



De acuerdo con las cifras de entonces, la actividad cafetalera permitió financiar, al producir en 1856 setecientos veinte mil pesos por la exportación del grano, los gastos bélicos y, después, cubrir los gastos por el préstamo peruano para combatir a Walker.

Esto condujo a que entre 1864 y 1868, pudiera decirse que,

la división del trabajo no ha llegado entre nosotros al grado que alcanza en las sociedades antiguas, donde se acostumbra a vivir de una sola profesión. Aquí, la mayor parte hace cuando a manos viene y bien o mal puede hacerse. Hay pocos, relativamente hablando, que no se ocupen en la agricultura, juntamente con otro oficio; y entre las mujeres, solteras o casadas, son raras las que no fabriquen puros o cigarros, amasen pan, revendan comestibles o ejerzan alguna otra industria al par de sus ocupaciones domésticas, sin mencionar las que bajo la industria que han manifestado al anotador, tratan de ocultar la verdadera... Los peones y jornaleros ayudan al albañil; al carpintero, al agricultor y en cuantas otras ocupaciones mecánicas se les ofrece... Por otra parte, hay pocas industrias, en el sentido estricto de la palabra, como por ejemplo, la fabricación de sombreros y otros objetos de paja y palma. No hay fábricas ni obradores, ni más que una fundición<sup>24</sup>.

Es claro el tipo de sociedad que se desprende de una descripción como la que antecede. En realidad, se trata de una población entera girando alrededor de un cultivo básico y prácticamente único: el café<sup>25</sup>.

Sin aceptar plenamente los datos que a continuación se consignan, tomados de la misma fuente oficial, me atrevería a decir que la división social de Costa Rica durante el período correspondiente a 1861-1864, podría hacerse más o menos del siguiente modo: Unos 2000 dos mil grandes capitalistas, mezcla de hacen-

dados y comerciantes; unos 12.000 pequeños agricultores; unos 20.000 trabajadores asalariados; cerca de 6.500 artesanos; 14.500 jornaleros; una pequeña burguesía urbana de servicios y sector estatal de aproximadamente unos 2000 individuos; unos 120 lumpen proletarios.

La población total de Costa Rica en este período es de unos 120.000 habitantes, cuyo 18.75 % habita en la ciudad y el resto —sea el 81.25 %— en el campo. Si disminuimos las personas mayores de 60 años y menores de 15 años, para obtener una población laboral, tendremos que esta estaba constituida por 63.733 individuos<sup>26</sup>.

Como se puede imaginar, fácilmente, Costa Rica no pasaba de ser una sociedad agraria, de tipo tradicional, dedicada a un intercambio con la metrópoli —en este caso, principalmente Londres—, enviando allá su producto de exportación, el café y recibiendo, en cambio, el grueso de sus artículos elaborados para su consumo. Así, por ejemplo, en el año 1867, de un total de exportaciones efectuadas a través del puerto de Puntarenas, por un monto de \$ 2.372.421.76 ½, correspondió al café nada menos que un total de \$ 2.300.520.87, restando a los otros productos apenas un monto de \$ 71.900.89 ½<sup>27</sup>.

Es interesante señalar que ya en este período surge como un destinatario importante de nuestro café, no solo Londres, sino las ciudades alemanas y San Francisco de California, lo mismo que Panamá, aunque, desde luego, en un monto inferior al del mercado londinense. Sin embargo, el grueso de nuestro comercio de importación y exportación se realiza por medio de la marina mercante de bandera norteamericana. Viendo las entradas y las salidas de los barcos con carga a los puertos norteamericanos, durante los años de 1865 y 1866, encontramos ya una clara supremacía de la bandera norteamericana, sobre cualquier otra:

24 Estreber, *Informe al Censo General de la República de Costa Rica*, XXV.

25 Para un estudio particularmente detallado y estricto del proceso de diferenciación política en Costa Rica a partir del café y desde la Colonia, ver Samuel Stone, *Los cafetaleros* (San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Facultad de Derecho, 1971).

26 Estreber, *Informe al Censo General de la República de Costa Rica*, 86-99. Es de notar que, en cualquier caso, se trata de una mera aproximación, basada en los datos explícitamente fragmentarios de lo que fue el primer censo en la República, y en la interpretación y clasificación del autor.

27 Estreber, *Informe al Censo General de la República de Costa Rica*, 18-19.

**Entradas y salidas de barcos hacia EEUU  
(1865-1866)**

Año		EEUU	Inglés	Alemán
1865	Entrada	54	6	6
	Salida	49	6	6
1866	Entrada	47	8	6
	Salida	45	7	7

Interpretación personal del autor con base en el primer censo de la República de Costa Rica (ver nota 26).

La superioridad no es solo numérica sino también en cuanto al tonelaje de las naves. Fácilmente puede colegirse, por los datos de aduana consignados, que el grueso de los sacos del café —aunque en porción importante fueron a San Francisco de California, Alemania y Panamá—, seguían la ruta directa a Londres<sup>28</sup>.

El fenómeno típico de la deformación de la economía nacional, el cierre de otras actividades económicas y la unilateralización del proceso productivo, se manifestó aquí con toda crudeza. En primer lugar, originando la desaparición de una serie de actividades económicas que satisfacían las necesidades del consumo interno, y que se vieron completamente desprotegidas por la orientación de los recursos financieros y humanos hacia la producción de café. Ya en el año de 1890, "... comenzaron a aparecer en Costa Rica las crisis de subsistencia, como un efecto directo del desplazamiento de los productos de consumo interno, inmediato e indispensable, por el café, nuestro producto único de lucrativa colocación internacional"<sup>29</sup>. El fenómeno, lejos de preocupar a los sectores dominantes de entonces, los impulsaba más y más por la pendiente de la dependencia y el incremento del monocultivo, fuente prácticamente exclusiva de divisas.

En segundo lugar, la deformación económica anterior, se vino a sumar luego la del banano y, más tarde, la del cacao. El cuadro resultante lo destaca el economista liberal Tomás Soley, del siguiente modo:

Nuestro intercambio de mercaderías había subido de 4 millones en 1893 a 10 millones en 1896. Todo el movimiento descansaba casi exclusivamente en un solo producto: el café, y en los últimos años en los bananos, además, cuya exportación iniciada en 1883 con 110 mil racimos alcanzaba a 1 millón 700 mil en 1896. En cambio, habían desaparecido de nuestro comercio exterior, y aun algunos del mercado interior, casi todos los artículos que nos legara la colonia. Nuestra producción minera siempre fue pobre; tan pobre, que puede dudarse que llegase a devolver los capitales de inversión. El sebo, el trigo, la vainilla, la zarza, los mulos dejaron de exportarse y poco tiempo después, de producirse. Las exportaciones de tabaco a Nicaragua cesaron por completo y nuestra producción llegó a ser insuficiente para el consumo interno. El monopolio fiscal del tabaco tuvo que surtirse del exterior. En cuanto al cacao, primera de nuestras riquezas... durante algunos años de la Colonia, principió a decaer durante la misma..., y a los pocos años de constituida nuestra nacionalidad, dejó de alimentar la exportación... Aun los artículos de primera necesidad, que fácilmente producía nuestra tierra, venían del exterior, por insuficiencia de la producción interna... En cuanto a los artículos de vestir, sin excepción, todos venían confeccionados o semiconfeccionados. Y otro tanto pudiera decirse de los materiales para edificar nuestras habitaciones. Éramos una agrupación europea que para sostener su vida material dependía, casi por completo del exterior<sup>30</sup>.

Así, pues, Costa Rica, en virtud de su vinculación al comercio internacional cafetalero, habíase convertido en una economía de monocultivo, dependiente de la economía central: Londres. Tanto por lo que hace a la colocación de su mercancía como por lo que se refiere a la obtención de sus productos para el consumo interno, en este aspecto el origen de la mercancía sí era un poco vario, pero con predominio del mercado inglés.

28 Estreber, *Informe al Censo General de la República de Costa Rica*, 12-19. Para los años 1843, 1845 y 1846, ver Stone, *Los cafetaleros*, 214 y ss.

29 Rodrigo Facio, *La moneda y la Banca Central en Costa Rica* (México: F.C.E., 1947), 148.

30 Soley, *Historia Económica y Hacendaria de Costa Rica*, T. II, 27-28.



Es sintomático el hecho de que Soley califique a la sociedad costarricense de “agrupación europea”<sup>31</sup> y subraye ese aspecto. Cabe decir que es importante recordarlo, porque la Gran Guerra se avecinaba y sus efectos se harían sentir sobre nuestra economía con características bastante particulares.

Como no podía ser de otro modo, este tipo de economía surgido sobre la base de una relación exportación-importación originó un predominio incuestionable del sector agroexportador cafetalero, y de un grupo de burguesía comercial íntimamente ligado al comercio importador. Se trata, entonces, de un bloque de fuerzas que no simplemente se unen en el poder, sino que se mezclan comercial y familiarmente. Los encontraremos en la banca, el comercio, la producción cafetalera, la exportación, etc., erigidos como grupo dominante sobre una masa importante de pequeños productores de café, pequeños agricultores diversos, un grupo artesanal y laboral numéricamente importante, que constituye un foco de preocupación y presión sobre el grupo dominante.

El mantenimiento del dominio tranquilo de este sector, el equilibrio entre las aspiraciones de uno u otro grupo y el interés general de clase, originará fricciones y contradicciones entre los grupos dominantes, pero se resolverá siempre a través de una cuidadosa dirección política que, sin excesos innecesarios, va a saber guardar los intereses fundamentales del grupo dominante.

En relación con el comercio, es lógico pensar que la intensidad y variedad de la importación hacían extenderse a aquél con una velocidad y diversidad que superaba el límite de lo necesario. Se daba un ciclo completo.

Las casas comerciales proliferaban y a esto ayudaban sus corresponsales metropolitanas que otorgaban créditos amplios que permitían a los almacenes criollos vender en condiciones muy favorables a los detallistas. El gobierno, por su parte, contribuía en ese mismo sentido, permitiendo el pago de derechos aduaneros a plazo y prorrogando también, tales plazos<sup>32</sup>.

Se evidencia aquí, una vez más, la característica del dominio de clase ejercido en el país, el cual se ve complementado por la ausencia de un grupo social fuerte con conciencia de clase y con una base objetiva de cohesión. Nótese a este respecto, la circunstancia de existir una gran dispersión territorial-poblacional; un predominio incuestionado de la producción cafetalera, distribuida entre unas pocas grandes haciendas y una gran cantidad de pequeños productores, en un ambiente típicamente patriarcal; la ausencia de una clase obrera agrupada y aglutinada con una conciencia de clase y una condición laboral objetiva capaz de constituirla en un adversario temible del grupo dominante. El trabajo que predomina es a destajo, en una gran atomización laboral, y el trabajo artesanal.

Solo quizá la pequeña burguesía —o sectores medios— podían ofrecer una tendencia más coherente y politizada en el país. Pero en las condiciones imperantes, era obvio que existían medios suficientes para mantenerla contenta y atada al carro dominante.

Diversas circunstancias contribuían, aun en los momentos de crisis, a facilitar una solución. Como se verá, ni siquiera en el período de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, hubo razones suficientes, de índole económica, para ocasionar agudas crisis. Estas, por lo general, han tenido su origen inicial en cuestiones fiscales que o han impedido beneficiarse de ciertas situaciones, o han agudizado otras que, en las condiciones prevalecientes, pudieron ser menudadas en sus efectos negativos. En pocas palabras, históricamente, han existido magníficas condiciones, para lograr avanzar a través de un reformismo burgués, conservador y mazizapero, sin crisis profundas y sin situaciones desesperadas; las excepciones más bien confirman esta regla. Así, no obstante, entre los años de 1856 y 1896, el país había alcanzado un comercio exterior per cápita superior al de la mayoría de las otras naciones del continente, las rentas descansaban, todas, en tributos indirectos y en monopolios fiscales.

Semejante estructura fiscal solo revela la distribución de poder o, para decirlo más claramente: la concentración del mismo en un único sector.

31 Soley, *Historia Económica y Hacendaria de Costa Rica*, T. II, 27-28.

32 Fácio, *La moneda y la Banca Central en Costa Rica*, 28.

Es significativo a este respecto, señalar que la construcción del Teatro Nacional –que incluso ha sido atribuido a los cafetaleros por algunos escritores sedicentemente revolucionarios– revela esa realidad social y política. Porque si bien es cierto que el impulso inicial nació de un impuesto a la exportación de café, que pagaban directamente los cafetaleros; muy poco tiempo después, y bajo varios pretextos, fue sustituida lisa y llenamente por un aumento en los impuestos de importación, que necesariamente se trasladaban directamente a los bolsillos del consumidor. El Teatro Nacional simboliza, entonces, el poder de los cafetaleros y el sacrificio del pueblo para la gloria de ellos.

Durante la administración de don Rafael Iglesias (1894-1902), la situación no encuentra variante alguna. El valor de la producción cafetalera en la economía nacional y en la Hacienda Pública, sigue siendo decisivo. Al sostenerse el precio del café, y al crecer la producción –pasa de 11 millones de kilogramos en 1895 a 19.5 millones en 1898–, la entrada a este siglo se hace bajo la influencia decisiva del mercado mundial y con una configuración social e histórica ya definida. Así Costa Rica se forma como país agro-exportador, dependiente y con una economía deformada monocultivista.

Las crisis internacionales, desde luego, encuentran una honda repercusión en el ámbito nacional, con el agravante de coincidir en esos años con una baja del precio del café. Así, al descender la producción en 1899 a 15.3 millones de kilogramos, a 16 y a 16.5 millones en los dos años siguientes, y llegar a 14 millones en 1902, se produjo una situación muy difícil.

Esa crisis no pudo salvarla, ni siquiera suavizarla, el crecimiento de la producción bananera, que en ese mismo período pasa de 1.7 millones de racimos en 1895 a 2.3 millones en 1898, a casi 3 millones en 1899 y a 4.2 millones en 1902<sup>33</sup>. Para utilizar la expresión de Soley, “dada la práctica comercial y financiera existente, lo que se dio fue una cadena de ruina”<sup>34</sup>.

En los cuatro años siguientes, bajo la administración de Aniceto Esquivel (1902-1904), la estructura productiva continúa con meras variaciones cuantitativas de los productos principales de exportación: el café y el banano. La balanza comercial sigue siendo favorable, pues mientras que las importaciones pasaban de 10 a 16 millones en los 4 años de esa administración, las exportaciones suben de 12 a 19 millones. Es de notar que el incremento de la exportación encuentra su razón de ser en el incremento de los cultivos bananeros, que de 4 millones de racimos de 1902, pasa a 8.8 millones en 1906.

Los resultados de esa balanza comercial favorable, lejos de orientarse a financiar el desarrollo de actividades manufactureras internas, o a la diversificación de los cultivos y exportaciones, tiende a ahondar más la tendencia al monocultivo, pues se invierte directamente en la ampliación de los cultivos cafetaleros.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, la cosecha 1913-1914, ya había sido embarcada y negociada, siendo dicha cosecha una de las más valiosas que tuvo el país<sup>35</sup>. Durante los años anteriores a la guerra, el promedio anual a favor de las exportaciones ascendió a ₡2.240.181.00; y durante los años siguientes al conflicto también se dio un notable exceso de las exportaciones sobre las importaciones<sup>36</sup>.

33 Cfr. Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 48.

34 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 39-40.

35 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 109.

36 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 115. Este autor, da las siguientes cifras:

Año	Imp.	Exp.	Saldo
1914	16.240.170.00	23.358.598.00	-7.118.428
1915	9.631.790.00	21.444.261.00	-11.812.471
1916	14.201.990.00	23.916.498.00	9.714.508
1917	12.032.775.00	24.477.776.00	12.445.001
1918	8.032.307.00	20.696.503.00	12.664.196
1919	16.167.718.00	38.169.537.00	22.001.819
TOTAL	76.306.750.00	152.063.173.00	38.894.626

Lo cual significa que antes de la guerra, un año con otro, nuestro comercio internacional dejaba un saldo favorable de dos millones de colones. Saldo que durante la guerra se sextuplicó, elevándose a 12 millones de pesos anuales. La deuda interna, durante los 30 primeros meses de la guerra, se cuadruplicó, pasando de ₡3.829.783,17 en 1913, a ₡6.508.815,26 en 1914, ₡10.262.659,61 en 1915 y a ₡13.870.815,88 en 1916<sup>37</sup>.

Esta situación, particularmente el exceso de exportaciones sobre las importaciones, contribuyó, junto con la circunstancia de que no se registrara un solo año en que el comercio no pudiera obtener los giros en el exterior para importación, en la cuantía necesaria, a que desapareciera la urgencia de un proceso sustitutivo de importaciones orientado a facilitar la importación de maquinaria y materia prima, que garantizara un cierto nivel de empleo y un desarrollo de la población manufacturera, en base a una utilización diversificadora del excedente invertible generado por la producción cafetalera.

Al no ser así, la inversión se canalizó justamente por donde se agudizaba más la dependencia con el mercado internacional: la producción cafetalera y por razones distintas, el banano.

Haciendo énfasis en esta situación, la crisis originada por el conflicto mundial, demostró la existencia de un sector agro-exportador nacional, el cafetalero. Este grupo había centrado prácticamente la totalidad de las actividades en el cultivo, elaboración y exportación del café; y orientado el comercio a una actividad de importación de mercancías manufacturadas. Estos dos grupos, exportador e importador íntimamente vinculados a la metrópoli, determinaron una política económica nefasta para nuestro país: los cafetaleros, la política de dirigir el excedente invertible a ampliar los cultivos cafetaleros; los comerciantes importadores, a lograr a través de sus corresponsales metropolitanos, el crédito y mercancía necesarios para satisfacer el mercado interno.

Al emplear de este modo el excedente invertible, se perdió la oportunidad surgida con la Primera Guerra Mundial de desarrollar una actividad industrial ma-

nufacturera, susceptible de satisfacer las necesidades internas, diversificar la economía y atenuar la dependencia con la metrópoli.

Al seguir el Estado una política en ese otro sentido, demostraba la influencia decisiva que en las esferas gubernativas tenían ambos grupos de la clase dominante. Finalmente, hay que resaltar cómo en esas circunstancias, ya Costa Rica se había convertido en un receptáculo de las depresiones crónicas de la economía de los países capitalistas desarrollados. La quiebra en estos implicaba una cadena de ruina que se extendía hasta lo más recóndito de nuestro territorio.

Con ello, Costa Rica se había incorporado definitivamente a una correlación mundial de fuerzas y ya nada, que afectara al mundo metropolitano, podría ser ajeno a los destinos nacionales, y viceversa.

De otro lado, esta vinculación con los centros metropolitanos determinó la orientación a través de las estructuras de poder predominantes en el país. Y así, por ejemplo, la penetración de la *Electric Bond and Share*, se vincula estrechamente a la campaña política de 1931. Durante ese período, Ricardo Jiménez Ore-muno encuentra el apoyo directo y decidido de importantes cafetaleros como Oscar Rohrmoser, Juan José Montealegre, Carlos Gutiérrez y Juan Dent, a quienes se les demostró su participación directa y económicamente interesada, como socios, en el monopolio eléctrico<sup>38</sup>.

Esta práctica se consolidará cada vez que algún gran consorcio internacional se acerque a la vida económica del país. Será a través del grupo agro-exportador y mercantil-importador, que esa penetración se irá produciendo a lo largo de nuestra historia. Consecuentemente con ello, la clase agro-exportadora y comercial importadora, y en particular los cafetaleros, se convertirán en la base tradicional de apoyo del capital y la política de los grandes consorcios y fuerzas internacionales.

No obstante, era imposible evitar el proceso diferenciador interno, que complejizaba la sociedad costarricense. Tanto por razones de índole ocupacional,

37 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 127.

38 Jorge Volio, "Hechos, no palabras", *Diario de Costa Rica*, 23 de julio de 1931.

como por los sucesivos repartos de la tierra —centro fundamental de actividad económica-social del país—, en las sucesiones y testamentarias, la clase dominante fue escindiéndose y dando cabida a importantes modificaciones en la estructura de poder.

Surgen así corrientes nacionalistas, no solo por un proceso de diferenciación política de los grupos dominantes, sino por la aparición de estratos bajos, de artesanos y asalariados, tanto urbanos como agrícolas, que tienden a intervenir en los procesos sociales y políticos.

Es así como en la campaña política de 1910, Ricardo Jiménez busca salir de los conciliábulos propios de las elecciones de segundo grado imperantes entonces, para orientarse a buscar un apoyo popular por medio de mítines públicos que él pone en práctica en el país. Además, es sintomático a ese respecto, el hecho de que, al aceptar su candidatura por el Partido Republicano, la condicione a la formulación de un programa político<sup>39</sup>. Sobre ese apoyo es que deben explicarse sus orientaciones a arreglar la deuda inglesa y terminar con el magnífico negocio de los grupos mercantil-financieros en su relación con el Estado. Y explica también, aunque por razones inversas, su repudio a todo programa, en base a su nuevo apoyo político en el grupo cafetalero tradicional, cuando en la campaña de 1931 postula que lo que importa es el hombre. Será nuevamente, para seguir con este ejemplo que, simboliza muy bien esa situación, en la última campaña de los años 1939-1940 frente a Rafael Ángel Calderón Guardia, que tenderá a hacer una alianza con sectores populares y de pequeños propietarios, por medio de los comunistas.

Es importante señalar el papel jugado por los pequeños productores de café y pequeños propietarios en general, sustento democrático básico de nuestra institucionalidad tradicional. En efecto: su predominio

numérico jugará un papel decisivo en la conformación y consolidación democrático-liberal de nuestras instituciones. Sin embargo, dada la estructuración política predominante entonces, en cuanto a su forma específica, es lógico entender que no era en las instituciones propiamente parlamentarias donde podía este sector encontrar un apoyo y una representación eficaz. Esas formas políticas tendían más bien a convertirse en reducto de los grupos oligárquicos.

Así las cosas, no es de extrañar la tendencia de estos pequeños propietarios a encontrar en el ejecutivo fuerte por lo menos un remedo de representación de sus intereses, dado que su característica predominante es su desorganización y atomización. Contrariamente a la cohesión y organización que presentan los grandes agro-exportadores y comerciantes importadores.

Esto permite entender los aspectos democráticos de las dictaduras de Juan Rafael Mora Porras y el General Tomás Guardia, que constituyen una especie de bonapartismo a nivel nacional. No a otra cuestión se refirió Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852), al señalar que: “el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la más numerosa de la sociedad francesa: la de los pequeños propietarios parcelarios”<sup>40</sup>. Estos, precisamente por su falta de cohesión, se ven inhibidos a “hacer valer su interés de clase en su propio nombre ya sea por medio de un Parlamento, o por medio de una convención”<sup>41</sup>, por lo que se ven urgidos a buscar un representante “que tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y distribuya desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política del campesino, parcelario, encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo someta bajo su mando a la sociedad”<sup>42</sup>. Lo

39 Cfr. Aida Montiel, “Historia del Poder Ejecutivo en Costa Rica” (tesis de grado, Universidad de Costa Rica, 1970). Carlos Ramírez Mata, “Las ideas políticas de Ricardo Jiménez y su influencia en la vida política nacional” (tesis de grado, Universidad de Costa Rica, 1971). Jorge A. Tristán, “Historia del Poder Ejecutivo en Costa Rica 1821-1902” (tesis de grado, Universidad de Costa Rica, 1970).

40 Op. cit., obr. cit. en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas* (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1959), 216.

41 Marx y Engels, *Obras escogidas*, 217.

42 Marx y Engels, *Obras escogidas*, 221. No obstante, es bueno recordar que los intereses entre los pequeños propietarios “no crea entre ellos una comunidad, un vínculo nacional, una organización política, de modo que “no forman una clase”. Ibid. pág. 216. En todo caso es sintomático que Juan Rafael Mora, en el momento más difícil para el país, por la intervención de los filibusteros jefeados por William Walker, use en sus proclamas expresiones tales como “hijos míos” y “os hablo como un padre”, etc. Se trata de algo más que paternalismo.

que no significa en modo alguno una supuesta neutralidad del poder político. Por el contrario: significa que su existencia y creación, obedece a “la finalidad de mantener y reforzar el orden social existente y el dominio del capital sobre el trabajo”<sup>43</sup>. Solo que en Francia, “el bonapartismo y el imperio ... sucedieron a la república burguesa, precisamente porque “eran la única forma de gobierno posible en una época en que la burguesía había perdido ya la capacidad para gobernar a la nación y la clase obrera no la había conquistado todavía”<sup>44</sup>. Mientras que, en Costa Rica, de lo que se trataba era de facilitar una transacción de clases que le diera una cierta fisonomía a la estructura estatal, social y política en general, garantizado de una nueva manera, acorde con los principios liberales —que reflejaban muy bien el clima social y político existente—, el predominio indiscutible en la vida del país, los grupos agro-exportador y mercantil-importador, ahora aliados al capital extranjero, como clases o grupos dominantes.

Esto es lo que trata de reflejar Juan Bosch, cuando afirma que “con don Tomás Guardia culminó un proceso de organización social que había comenzado tal vez hacia los años 1820-1830; el de la formación de grupos económicamente poderosos en un país que había saludado el principio del siglo XIX establecido sobre la base de pequeños propietarios rurales igualados en la pobreza y en el ejercicio de sus derechos”<sup>45</sup>.

La ausencia de un sector industrial era palpable en ese período de consolidación del bloque social en el poder. Ya en 1924, el alemán Karl Sapper, de visita en el país, había señalado que: “La industria está en Costa Rica en pañales como en las otras repúblicas de Centroamérica, pero hay, como en el resto de Centroamérica, luz eléctrica, plantas de fuerza, talleres de reparaciones, construcciones de carros, fábricas de objetos de hierro, fábricas de velas y jabones, además confiterías, ebanisterías, fábricas de calzado y de

telas de algodón lo mismo que grandes ingenios de azúcar y establecimientos para beneficiar el café”<sup>46</sup>.

En ese mismo período, el trabajo agrícola, que continuaba siendo el fundamental en la vida económica del país, conocía todavía el uso de instrumentos notablemente primitivos, al extremo de que “en muchos lugares del país, se continuaba sembrando con macana, sin arado previo alguno”<sup>47</sup>.

Sin embargo, es de particular significado el hecho apuntado por Bosch, al señalar que fue “la lucha por el poder entre los dos grupos dominantes” la que “parece haber sido la razón del gobierno de Don Tomás Guardia. Después de algunos vaivenes, don Tomás Guardia se impuso a comerciantes y cafetaleros, y tuvo la buena fortuna de que la economía de exportación —sostenida a base de café— se estabilizara de manera casi increíble”<sup>48</sup>. Fenómeno que, por lo demás, ya habían señalado autores costarricenses como Rodrigo Facio y Ricardo Fernández Guardia, entre otros.

El primero, Rodrigo Facio, señala cómo en el período de 1858-1868, la oligarquía cafetalera ejerció dictatorialmente el poder. Con la dictadura de Guardia se produce una ampliación democrática, en el campo social, y liberal, en el político y económico. Tales cambios, dice Facio, con relación a la burguesía agro-exportadora, “**más bien le son impuestas por la autoridad estatal independizada**”<sup>49</sup>.

En cuanto a Fernández Guardia, como bien recuerda el propio Facio, señaló en su *Cartilla Histórica* como el fenómeno de monopolización política y económica de la oligarquía cafetalera fue roto por Guardia<sup>50</sup>.

Claro está que es erróneo hablar de una *autoridad estatal independizada*. Interpretándolo como la posibilidad para el Estado de jugar un papel por encima de las clases o al margen de ellas. Como se ha analizado,

43 Ralph Miliband, *Marx y el Estado* (Barcelona: Colección Libros Tau, 1969), 60 y ss., quien discute detalladamente el concepto de “bonapartismo” en Marx, a efecto de dilucidar el papel no neutral aquél en la lucha de clases.

44 Miliband, *Marx y el Estado*, 62.

45 Op. cit. Juan Bosch, *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica* (San José: Editorial Eloy Morúa Carrillo, 1963), 29.

46 Op. cit. Karl Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924* (San José: Imprenta Universal, 1943), 108.

47 Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924*, 107 y 108.

48 Op. cit., loc. cit., Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924*, 28.

49 Op. cit., obr. cit., Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924*, 50. Destacado mío.

50 Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924*, 51.



esta autonomía relativa que el poder ejecutivo exhibe en estos casos, no le impide, sino más bien le hace posible, jugar el papel decisivo de defensor de los intereses de la clase dominante, solo que en su conjunto. O, como dice Facio, de lo que en realidad se trataba con la dictadura de Guardia era de “(...) estructurar un Estado netamente civil, sin interferencias eclesiásticas, religiosas ni de otro orden capaz de servir sin tropiezos los intereses de la aristocracia”<sup>51</sup>.

En este punto, se expresa una faceta temprana de la crisis de nuestro liberalismo: la debilidad socioeconómica del país se mostró como una debilidad orgánica de los sectores populares que, sin organizaciones en las cuales encuadrarse para presionar por sus objetivos específicos, facilitaron la orientación ilustrada de nuestro liberalismo. Así, manifestaron un paternalismo que escondía, detrás de sus blancas barbas, el dominio de una clase.

Este despotismo liberal ilustrado viene desde arriba, en un pacto social que consolida un determinado bloque de fuerzas sociales en el poder. A pesar de que actúan bajo formas jurídicas —y políticas democrático-liberales— avanzadas, que garantizan una paz social, en cuanto reflejan una situación real del país, no trascendió propiamente al pueblo. Al no trascender a él, al no hacerlo partícipe organizado en la decisión y orientación del Estado, convirtió a ese liberalismo paternalista en “una fórmula abstracta alejada de la realidad nacional, y por allí a desprestigiarse totalmente”<sup>52</sup>.

Lo que no quiere decir que ese liberalismo no impregnó sustancialmente la mentalidad del costarricense. De ahí nacerá su orientación anti-clerical, aunque católica; anti-militarista pero disciplinada; legalista y pacífica. Por el contrario, significa que no facilitó —como por lo demás no podía hacer— una

incorporación organizada del pueblo en los destinos públicos.

No obstante, sí sentó, de manera firme, las bases para una evolución de corte liberal, que permitirá afirmar que en Costa Rica, la revolución democrático-burguesa, desde el ángulo político, fue realizada. No —como no podía ser de otro modo—, la económico-nacional. Sencillamente, el mundo había entrado en una etapa de desarrollo que quitaba esa posibilidad, al menos en manos del agente histórico tradicional.

Que ello fue así, se manifiesta, además, en el hecho elocuente de que es a través precisamente del gobierno de Guardia, que se hace presente en nuestro país el capital financiero internacional, con los empréstitos ingleses para la construcción del ferrocarril primero; y con las concesiones a Minor Keith y la formación de la United Fruit Co., después, en lo que significan de penetración del capital norteamericano<sup>53</sup>. Esto marcará un momento de cambio importante, ya que “mientras la penetración del capital inglés asume una forma simplemente financiera (de financiación del negocio), la del americano es francamente económica (de organización del negocio) y es así natural que los efectos de una y otra tengan características del todo diferentes”<sup>54</sup>.

Con ello, en cualquier caso, nuestro país adquiriría una nueva dimensión de dependencia: la del enclave bananero, con todas sus consecuencias económicas y políticas.

La existencia de un sector específicamente financiero, que supuestamente pasaría a ejercer el dominio en el país a raíz de la muerte de Guardia, no es sino expresión de una correlación principal de fuerzas sociales en el país: la existente entre el grupo mercantil-importador y el cafetalero agro-exportador.

51 Sapper, *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica. 1899-1924*, 52.

52 Aldo Ferrer, “Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales”, *La dependencia político-económica de América Latina* (México: Ed. Siglo XXI S.A., 1969): 101.

53 “... el señor Keith obtenía una concesión por noventa y nueve años para explotar el ferrocarril y ochocientos mil acres de tierra que iba a destinar a la siembra de bananos, precio que pagaba Costa Rica por el arreglo que había hecho el señor Keith con los acreedores ingleses, que redujeron sus acreencias a dos millones de libras esterlinas. Originalmente la deuda había sido de tres millones cuatrocientas mil libras, pero Costa Rica solo había recibido en verdad un millón”. Obr. cit., Juan Bosch, *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica*, 30. Para un estudio detallado de los empréstitos ingleses ver Cleto González Víquez, *Historia financiera de Costa Rica* (Editorial Costa Rica, Capítulos de un libro), 89 y ss.

54 Facio, *La moneda y la Banca Central en Costa Rica*, 41.

El caso del gobierno de González Flores marca una tendencia a enfrentarse a estos grupos fundamentales, tratando de sufragar los gastos del Estado mediante la contribución directa –no indirecta–, con la enajenación consiguiente de los grupos mercantil-importadores; y el freno a las contrataciones petroleras que se han revelado como de decisiva importancia en la caída de su gobierno.

Si recordamos la fecha en que dirige los destinos del país Alfredo González Flores, esto es en el período de la crisis de 1914, veremos que sus pasos se orientaban a la conformación de un proceso sustitutivo de importaciones. Ese intento había de fracasar también, tanto por la unión inmediata de la burguesía agro-exportadora con la mercantil-importadora, como por la ausencia de un apoyo organizado que sustentara su poder<sup>55</sup>. Aquí también se apreciará el papel *interno* del capital internacional; petróleo en este caso. Pues la caída de González Flores se vinculó a intereses petroleros frustrados por él en el país.

Es sintomático el hecho de que la asamblea constituyente, que se reunió después de la caída de González Flores, se centrara en dos temas fundamentales: la pena de muerte, que abolió en su gobierno el General Guardia; y la estructura bicameral, como régimen parlamentario.

Nuevamente, aquí se trata de socavar la orientación paradójicamente democrática del régimen presidencialista instaurado por Guardia, para forzar un régimen parlamentario más apto para reflejar “la aristocracia en correcto sentido, la del pensamiento”, según dijera en la constituyente de entonces el Sr. Fabio Baudrit, con el agregado hecho por el Lic. José Astúa Aguilar, de que “a la hora presente no hay más ducados ni marquesados que la estrecha parcela de tierra donde cante el labrador su himno jocundo al trabajo”, por lo que opinaba que “el senado nunca podrá –como se piensa– destruir el arraigado y tradicional cariño de *bermaníticos* que liga a todas las clases de familias costarricenses”<sup>56</sup>.

Y señala Jiménez que la actitud nació debido al “resentimiento por las actuaciones del anterior Congreso, el cual había delegado sus facultades en el Presidente destituido”<sup>57</sup>. Y observa, con justa razón, que en 1859, “el resentimiento en contra del Congreso sumiso fue una de las más poderosas razones para el derrocamiento de Mora. El mismo resentimiento se hizo sentir cuando el derrocamiento de González Flores en 1917. Y en 1948, también sería la actitud sumisa del Congreso la que precipitaría la revolución”<sup>58</sup>.

Lo que no observa el autor, en todos esos casos, e incluso en el último citado por él, es que se produjo, de una parte, una política de corte popular desde el Ejecutivo; y, de otra, una pérdida de control del órgano legislativo, reducto principal de los grupos dominantes.

Paradójicamente, aunque esperable, el parlamento se pretenderá defender por los grupos pertenecientes al bloque dominante. La única diferencia consistió en que, durante 1948, entre ese bloque y jugando un papel relativamente independiente, se abrió campo y triunfó un grupo de orientación populista que pretendía impulsar un desarrollo industrial en el país.

Entre estos embates, en que las presiones del poder ejecutivo se orientaban a un populismo bastante particular, frente a un parlamentarismo que resumía los intereses de los grupos dominantes tradicionales, se fue propiciando una forma particular de equilibrio político. Lo que permitió ir fortaleciendo las instituciones jurídicas y democrático-liberales como medio de mantener el *statu quo*, establecer reglas previsibles de juego en la vida política e institucional del país; además, crear condiciones que correspondieran a un estado real, tanto cultural como social de nuestro país en ese entonces.

Fenómeno por lo demás con características obvias, que harían decir a Karl Sapper que

55 Obr. cit., Bosch, *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica*, 32.

56 Cfr. Mario Alberto Jiménez, *Desarrollo Constitucional de Costa Rica*, Obras completas T. II (San José: Edit. Costa Rica, 1962), 236 y 238.

57 Jiménez, *Desarrollo Constitucional de Costa Rica*, Obras completas T. II, 239.

58 Jiménez, *Desarrollo Constitucional de Costa Rica*, Obras completas T. II, 240.

la repartición relativamente igual de la propiedad, unida a una alta inteligencia política desde hace largo tiempo cultivada, ha preservado a la población de este pequeño país de la peor enfermedad de los pueblos latinoamericanos: la manía revolucionaria, y ha llevado con eso a la República a un desarrollo tranquilo y proporcionalmente constante. En verdad no faltan, a pesar de ello, ciertos retrocesos que en parte se deben a causas extranjeras<sup>59</sup>.

Ya por entonces se hacían evidentes los aspectos políticamente negativos de la influencia del capitalismo monopolista internacional, aun para un extranjero en tránsito. Más adelante se evidenciará hasta dónde ha conducido esa influencia, en referencia a las instituciones democrático-liberales del país.

Sin embargo, internamente, la vinculación de dependencia había producido sus efectos negativos en la estructura económica misma. A partir de los años 1856-1857, en que se empezaron a utilizar ciertos instrumentos y maquinarias en el cultivo de café, se produce un proceso de desaparición de la pequeña propiedad. La diferenciación social que trajo la actividad cafetalera manifestaba una división interna del trabajo que, con el tiempo, forzó la aparición de otra:

el crédito otorgado por las casas exportadoras nacionales a los pequeños propietarios para la financiación de sus cultivos, provoca, en muchos casos, por el incumplimiento involuntario de los deudores, la pérdida de sus haciendas, que pasan de engrosar el dominio territorial de los prestamistas. Así comienza a formarse, al lado de la pequeña propiedad o hacienda cafetalera, el latifundio, y a aparecer bajo el exportador y el agricultor, el peón, antiguo pequeño propietario, ahora desposeído. Este es, desde luego, un tipo completamente nuevo de trabajador: no se trata ya del trabajador familiar de la hacienda, sino del hombre sin arraigo, cuya fuerza de trabajo se cotiza sencillamente por la ley de la oferta y la demanda<sup>60</sup>.

Lo anterior reafirma el argumento de que dependencia y estructura interna no son sino manifestaciones directas de un solo proceso. Este se inserta en un todo único, recíprocamente condicionado por las partes que lo integran: la estructura socioeconómica interna y la dependencia externa.

## 2. Regularidades político-institucionales en la composición clasista del país

La formación del Estado Nacional, que plasma con Carrillo, no pudo encontrar, propiamente hablando, un sustento jurídico-constitucional, que hubiera conseguido fácilmente si las bases económico-sociales que lo sustentaban hubieran permanecido las mismas. Pero, al desarrollarse la producción cafetalera, se dio inicio a una serie seguida de procesos sociales de diferenciación y reacomodamiento de los grupos a las nuevas realidades económicas y comerciales, que introdujeron un factor socio-económico de inestabilidad política y social<sup>61</sup>.

Es, justamente en el proceso de búsqueda de un nuevo equilibrio entre los grupos que, apenas se diferencian, que se produce todo un largo proceso de búsqueda constitucional. Dicho proceso, en realidad no podía plasmar hasta tanto no se encontrara una conformación estable y relativamente sólida de la situación social de que iba a ser reflejo.

La Constitución política, en cuanto carta jurídica destacada, supone la existencia de procesos reales que debe reflejar. En pocas palabras, supone la existencia, relativamente consolidada, de una constitución real, en cuanto a conducta normal de individuos, de un lado; —y lo que especialmente nos interesa aquí—, en cuanto a estructura de poder. Este, por su parte, nace de las condiciones sociales objetivas de la sociedad concreta en que se encuentra, reflejando el predominio de determinadas relaciones sociales de producción, que determinan, a su vez, relaciones concretas de poder económico-social y, por ende, de poder político.

59 Jiménez, *Desarrollo Constitucional de Costa Rica*, Obras completas T. II, 106-107.

60 Facio, *La moneda y la Banca Central en Costa Rica*, 28-29.

61 Ver Stone, *Los cafetaleros*, 202 y ss.



Pero el Estado no es nunca simple reducción a las clases. En cuanto fuerza ilegítima, supone no solo cumplimientos formales de coberturas jurídicas, sino también una admisión psicológica y social, de parte de los diferentes grupos que integran la sociedad. De algún modo, pues, debe el Estado reflejar los intereses de esos diversos grupos, a fin de cubrirse del hábito de legitimidad indispensable, a los ojos de esas mismas clases que va a mantener dentro de la estructura de poder existente.

Esto se refleja en las transacciones alternativas entre los grupos que se disputan el poder de la sociedad y en la configuración de bloques específicos de poder, que muestran en su dinámica una complejidad especial. Por una parte, reflejan una estructura de poder interna y, por la otra, a su vez dicen de una orientación económico-política externa y viceversa.

Guardia consagra toda una transacción de clases y constituye un bloque de poder, que reflejará notablemente la estructura social real del país. Esto explica la tendencia relativamente anti-oligárquica de Guardia, de una parte; y la permanencia y proyección histórico-jurídica, de la Constitución de 1871, de otra, que con reformas es la que nos rige en la actualidad.

“Don Cleto González Víquez ha dicho de ella con gracia –recuerda Mario Alberto Jiménez– que había demostrado tener vida de gato, característica que permite definirla como el documento de nuestra estabilidad constitucional”<sup>62</sup>. Y agrega: “(...) la carta del 71 puede explicar por sí misma su longevidad, si se toma en cuenta que no era una constitución que se la habían sacado de la cabeza como diría un español, sino que era el producto de una lenta elaboración nacional” que había conducido hasta “un presidencialismo muy acentuado”<sup>63</sup>.

No quiere decir esto que la burguesía cafetalera y comercial instaurada sobre la base de la dependencia externa con el mercado, la financiación y el comercio inglés, perdieron su poder. Lejos de ello, más bien lo consolidó, aunque sobre bases que facilitaron el desarrollo democrático burgués de las instituciones políticas del país.

Reflejo típico de este predominio ya indiscutido de la clase dominante y del bloque de poder, la promulgación del “Código Civil” de 1888, monumento-documento del dominio de la burguesía. La legislación liberal de 1884 no será sino un efluvio más de este predominio indiscutido de la burguesía agrario-mercantil.

La conformación de esta república liberal, democrático-burguesa, conoce, antes de terminar el siglo, la crisis que le impone el desarrollo de ciertas fuerzas sociales que se habían gestado en su seno. Cuando el presbítero Francisco Calvo, alias Ganganella –como era conocido en los medios de la masonería– recibe el desfile de artesanos, solo está anticipando el desarrollo de una fuerza social nueva, que empieza a tener diversas manifestaciones.

En efecto, en 1886 se constituyó la “Sociedad Mutualista de Artesanos de Panadería”, aunque sin un verdadero sentido gremial, ya que, en ella participaban también patronos. En 1900 fue disuelta, siendo sustituida por una “Sociedad de Socorros Mutuos”, siempre de trabajadores de panadería.

En 1889, en la campaña electoral entre Ascensión Esquivel y José Joaquín Rodríguez, el surgimiento del Partido Unión Católica tuvo vinculación con una actitud de relativo interés sobre los problemas de los grupos asalariados. Durante el año 1893, la Iglesia Católica, dentro de esta orientación, publicó una Pastoral “Sobre el justo salario de los jornaleros y artesanos, y otros puntos de actualidad que se relacionan con la situación de los destituidos de bienes de fortuna”, con lo que evidentemente buscaba un apoyo social para sus intereses políticos.

El proceso, desde luego, no se detiene. Es así como en 1905 surge la “Federación de artesanos, panaderos, construcción y carpinteros”, y en 1908 la “Sociedad Mutualista de Tipógrafos”. Esa sociedad, sin afiliarse a la Federación, limitó su actividad prácticamente a la ciudad de San José.

En el mismo período se produce una inmigración de panaderos españoles de orientación anarquista, que

62 Op. cit. Obr. cit. Stone, *Los cafetaleros*, 224.

63 Stone, *Los cafetaleros*, 226.

jugarán un papel importante en la huelga general que se da en marzo de 1921, a través de la cual se logra una importante alza de salarios de un 35-40 % en todo el país y la limitación de la jornada de trabajo a ocho horas. Es interesante señalar que se produce en esta huelga un primer atentado de corte terrorista, fruto legítimo de la influencia anarquista española en el movimiento.

Un papel destacado jugará el Reformismo con el General Jorge Volio a la cabeza, el cual promovió una importante agitación obrera y social del país, bajo una mezcla de lemas cristianos —el jefe mismo era un sacerdote apartado de la iglesia—, socialistas, etc. Ya en el campo de la legislación, se recalca la primera ley contra accidentes de trabajo y ciertas normas legales, de relativa precisión acerca de la jornada de trabajo de ocho horas.

El desarrollo creciente de estos sectores, y los procesos de urbanización aparejados a la translación de la crisis mundial del capitalismo con la Primera Guerra Mundial; las secuelas sociales de la Revolución Rusa y la penetración de corrientes confusas de socialismo, que traerá el movimiento Reformista, impulsarán el desarrollo político y la cohesión de grupos de asalariados, con la formación de asociaciones artesanales que ejercerán una función un tanto confusa.

En general, se han presentado solo los antecedentes de lo que vendrá a simbolizar a escala nacional, tanto la inserción plena de nuestro país en la estructura económico social del mundo capitalista como la diferenciación social creciente en el interior del país. Contraste que hace explícita la formación de grupos de asalariados y artesanos pobres urbanos que se proletarizan, no tanto por el desarrollo de actividades industriales que los marginen del mercado, como

por una política suicida de importaciones indiferenciadas, que expresa el predominio en el Estado, del bloque agro-exportador y mercantil-importador. Pero que explicita también la formación de un proletariado agrícola —típicamente capitalista—, en las zonas del enclave agrícola bananero.

Con los antecedentes pues, de las asociaciones artesanales, las pastorales de la Iglesia y el Partido Católico, la huelga de los panaderos, el Partido Reformista, etc., la periodización de la historia nacional conoce un nuevo hito con la formación del Partido Comunista, el 16 de junio de 1931, fundado por Manuel Mora Valverde, Luis Carballo y Jaime Cerdas Mora; así como con la huelga bananera de 1934 —a la que nos referiremos luego— dirigida por Cerdas y, en forma principal, por Carlos Luis Fallas.

En este período se produce, además de este proceso diferenciador interno, un momento crítico de la estructura capitalista mundial. Es el período de la Gran Depresión de los años 1929 y 1930, lo que facilita, desde el punto de vista ideológico y político, el cuestionamiento del orden existente. A partir de estos años y hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los renglones de comercio exterior, y la participación del banano y el café en los mismos, continúa expresando una participación y una tendencia que dice muy bien de la estructura productiva de nuestro país por entonces, y, lógico es, del peso específico de los diversos grupos en la orientación de la política estatal, financiera y comercial de nuestra economía.

Observemos esa situación en el cuadro que aparece en la página 68, el cual incluye datos globales para efectos comparativos y para una comprensión cabal de la situación.

#### **Exportación-importación 1929-1940 (Participación: café, banano \$)**

Año	Exportación	Importación	Café	%	Banano	%	Población	Cambio
1929	15.752.767	20.163.936	9.780.574.00	53.75	4.584.127.00	25.19	503.856	400%
1930	14.246.715	10.846.590	8.335.557.00	51.04	4.375.534.00	26.79	527.690	400%
1931	12.256.094	8.680.781	8.092.512.00	56.67	3.174.965.00	28.72	527.690	400%
1932	7.451.854	5.453.479	4.316.056.00	50.59	2.450.784.00	18.56	539.654	440%

(Continúa)

1933	9.080.892	6.346.149	6.376.894.00	59.74	1.981.561.00	18.42	551.541	455%
1934	8.696.151	8.720.382	6.013.168.00	69.15	1.602.106.00	18.10	565.427	425%
1935	7.712.188	7.161.763	5.003.076.00	60.64	1.493.512.00	23.49	577.833	594%
1936	8.309.256	8.397.135	4.573.824.00	51.83	2.073.163.00	26.49	591.862	613%
1937	11.512.097	11.878.547	6.106.026.00	53.04	3.049.969.00	27.66	606.581	561%
1938	10.145.614	12.620.721	4.938.053.00	48.67	2.806.547.00	21.03	623.414	561%
1939	9.086.498	16.884.962	4.644.301.00	51.11	1.911.084.00	22.23	639.197	561%
1940	7.483.907	16.840.423	3.989.310.00	53.31	1.904.870.00	25.45	656.129	561%

Fuente: Tomás Soley. *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II.<sup>64</sup>

Es de observar que existen algunas diferencias en el renglón de exportación que da Soley, especialmente de los años entre 1929 a 1933, inclusive. Se han tomado las cifras dadas por él en la página 354 y no las de la página 324, por parecer más reales, por los problemas de devaluación, etc., y por coincidir con las cifras que, del Dr. Mertz, cita el autor en la página 264 *ibídem*<sup>65</sup>. En todo caso, lo que interesa es la visión de conjunto del problema. Las cifras de importación, en cambio, son plenamente coincidentes.

Otro dato importante de tener en cuenta, es que la producción de banano tendió a disminuir a partir del año 1925, así:

#### Producción de banano 1925-1936

Año	Racimos
1925	8.348.972
1926	8.560.910
1927	7.869.175
1928	7.323.481
1929	6.112.170
1930	5.834.045
1931	5.079.944
1932	4.313.379
1933	4.293.383
1934	3.210.169
1935	2.908.836
1936	3.887.677

Fuente: Tomás Soley. *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II.<sup>66</sup>

En cambio el café, en el período de la crisis del 29, tendió a aumentar su producción, lo que compensó la baja del precio, fenómeno por lo demás casualmente frecuente en nuestra historia, pero de incalculables consecuencias sociales y políticas.

Así, en 1929 la exportación de café alcanzó a 301.401 sacos; en 1930, llegó a un total de 361.328 sacos. Lo que significa un aumento apreciable del 20 % con respecto a la cosecha anterior.

Desde luego, esto se reflejó en la balanza comercial correspondiente.

#### Exportación de café 1929-1935

Año	Monto en \$
1929	-\$44.411.169.00
1930	3.400.124.00
1931	3.575.313.00
1932	1.998.375.00
1933	2.734.743.00
1934	-24.231.00
1935	569.438.00

Fuente: Tomás Soley. *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II.<sup>67</sup>

Como bien apunta Soley, “con excepción del primer año del cuadro, que señala un saldo negativo, lo mismo que el de 1934, en los 6 años –1930 a 1935–, la

64 Op. cit. Obr.cit. Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 324, 354 y 264.

65 Op. cit. Obr. cit., Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 324, 354 y 264.

66 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 298.

67 Op. cit. Loc. cit. Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 264-265.

suma de saldos favorables excede de 12 millones de \$, cifra que triplica los 4 y resto millones de balanza adversa”<sup>68</sup>.

Fenómeno que, como hemos visto, presenta una intermitencia notable, expresiva de una estructura interna que lejos de orientarse a un proceso de desarrollo industrial, mediante la sustitución de importaciones, tiende a mantener un comercio internacional que sustenta a uno de los pilares básicos del bloque social en el poder. En el resguardo de este tipo de intereses, va a encontrarse la explicación de la ausencia a escala nacional, de procesos sustitutivos de importaciones, que generan una burguesía industrial nacional, como sí ocurrió en la América del Sur.

Es así como en 1933 se celebra por primera vez el Primero de Mayo. Además, en 1934 estalla la huelga de trabajadores bananeros del Atlántico, primera que se ganará a la Compañía en toda la zona del Caribe. El número de huelguistas pasó de 10.000, viéndose compelida la Compañía a un arreglo que luego incumplió. Sin embargo, pese al estallido y represión de la segunda parte de la huelga, lo cierto del caso es que las conquistas de los trabajadores se consolidaron, particularmente en el campo de la lucha sindical. En ese mismo año, se dan las huelgas de zapateros en San José y otras en diversos períodos, como la de los trabajadores del azúcar en Turrialba. Asimismo, en 1936 se lleva a cabo una importante huelga de los zapateros en Cartago; y, con el traslado al Pacífico de la Compañía Bananera en 1938, se produce en 1939 la huelga de Parrita, que se levanta contra las condiciones inhumanas en que tenían que laborar los trabajadores de la Compañía.

La inquietud laboral continuará intermitente, bajo el aliento y dirección del Partido Comunista, que por razones electorales usará diversos nombres –Bloque de Obreros y Campesinos, Vanguardia Popular, etc.–, produciéndose en 1943 la primera Huelga General del Pacífico, en la cual el Dr. Calderón Guardia, a la sazón Presidente de la República, propuso una fórmula de solución a los problemas planteados. En los años 1945 y 1946 se produce una huelga de los Ferrocarriles de la Northern. Además, se dan huelgas entre las telefonistas y empleados de las Compañías Eléc-

tricas, movimientos populares de maestros en busca de aumento de salarios, que facilitan la promulgación de la Ley de Impuesto sobre la Renta, etc. Pero el principal logro de este período será la legislación laboral y la seguridad social.

En este mismo período, es que se funda la Central sindical *Rerum Novarum*, de orientación cristiano-católica, que jugará un papel general de organización anticomunista y divisionista.

Los grupos asalariados, y la débil clase obrera, lo mismo que los sectores artesanales, tenderán a encontrar expresión en la lucha política del recién creado Partido Comunista. Esto se reflejará en su programa y en su accionar político, que pese a algunos excesos sectarios de los primeros días, trató de amoldarse a una situación tan particular como la que se daba en nuestro país por entonces.

Es con base en un tipo de reivindicación economicista, en alianza con sectores de la burguesía pequeña y media, que el movimiento toma fuerza en los años 40, a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Se producen una serie de cambios de superestructura, que pueden sintetizarse, desde el punto de vista jurídico-institucional, en la adición constitucional de las Garantías Sociales y en la promulgación del Código de Trabajo.

El carácter esencialmente pequeño-burgués democrático del movimiento se reflejó en las orientaciones de la reforma social de entonces. Fue así, tanto por lo que hace a medidas concretas en la restricción de la propiedad privada, altamente positivas, como lo referente al plan de Casas Baratas y al pago de prestaciones legales –indemnización pecuniaria con base en el tiempo trabajado, en el caso de despido injustificado. Esto propició el desarrollo de tendencias típicamente pequeño-burguesas, sustentadas en las ilusiones gestadas en virtud del acceso a un pequeño capital. Además, repercutió de doble modo, muy poco tiempo después de promulgada la legislación y en cuanto se produjo el proceso de reflujo. Por un lado, debilitó al movimiento sindical, ante el peligro para el trabajador de verse perseguido y privado de sus prestaciones en el evento de huelgas ilegales; y

68 Op. cit. Loc. cit. Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II, 264-265.

por otro, se vio el surgimiento esporádico de pequeños talleres y artesanías marginales, que en muy poco tiempo se veían expelidas del mercado, con la ruina consiguiente para el empresario, sus empleados y sus respectivas familias.

El fenómeno adquirió fuerza, justamente por la naturaleza de las relaciones prevalecientes entonces en el país, y la debilidad de las relaciones capitalistas, dada la ausencia de verdaderas estructuras empresariales de ese tipo, tanto industrial como agrícola. En consecuencia, sí era factible hacerse el planteamiento de una posibilidad de desarrollo con éxito, en base a un acopio mínimo de capital, originado en prestaciones laborales.

En definitiva, esto coadyuvó a fortalecer el carácter pequeño-burgués del movimiento obrero, las presiones individualistas en la solución de problemas colectivos como el de la habitación, etc. Y, como no podía ser de otra manera, adquirió un reflejo importante en la estructuración y funcionamiento del movimiento obrero, tanto por lo que hace a los sindicatos como por lo que hace al Partido Comunista.

Era imposible, entonces, ver lo que queda señalado. Tanto porque no se actuaba con base en un análisis sistemático de la realidad nacional, a no ser apuntamiento de hechos sobre la marcha y al amparo de pequeñas treguas en la actividad diaria; como porque no era probable, entonces, adelantar las consecuencias que se conocen en la actualidad.

Dicho esto, la situación tuvo sus reflejos trágicos en las jornadas en 1948, cuando los problemas políticos siguieron planteándose en términos estrictamente nacionales. Inexplicable de otro modo, se dejó en el olvido la existencia de “fuerzas internacionales incontrastables” (eufemismo usado por el Presidente Teodoro Picado para explicar su capitulación ante las presiones del departamento de Estado de los Estados Unidos<sup>69</sup>), y en el error político de haber cimentado toda la transformación social en un caudillismo cuyo precio no termina de pagar el país.

La caída del gobierno de Picado en el año 1948 marcó la irrupción de sectores propiamente medios —de

inspiración, más que socialdemócrata, desarrollista—, con José Figueres Ferrer a la cabeza. De esta manera, se forzó un proceso de diferenciación dentro de las propias fuerzas opositoras al régimen de Picado que acababan de derrocar. Resulta importante recordar dos hechos elocuentes en sí mismos: de un lado, la entrega forzada del poder por Figueres al señor Ulate, junto con el fracaso de que la constituyente conociera el proyecto de constitución elaborado por el grupo socialdemócrata; y de otro, la exigua cantidad de votos que obtuvieron los candidatos de este grupo en las elecciones a la Constituyente, no obstante ser los indiscutibles triunfadores militares en la guerra civil.

Nuevamente, quedó en el poder el bloque agro-exportador y comercial-importador; solo que ahora se daba la presencia de sectores medios que representaban las corrientes que, con motivo de la Segunda Guerra Mundial, habían iniciado un tenue proceso sustitutivo de importaciones. Se produjo un impulso desarrollista típico, tanto por las nuevas condiciones sociales aparecidas en el país, como por las orientaciones internacionales, a las que eran muy atentos ciertos sectores dirigentes del que sería luego el Partido Liberación Nacional.

Estas corrientes, que habían nacido en los años 40, en el llamado Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, importaron y exageraron la problemática de nuestro desarrollo, a la luz de la experiencia internacional latinoamericana, especialmente la populista. Pero se olvidaron de la necesidad de un apoyo social concreto, de que se requería un sector industrial que sustentara esa orientación nueva en la política del Estado. Al fallar ese apoyo, la perspectiva no tuvo opción de adquirir la condición de posibilidad real.

Paradójicamente también aquí, a los comunistas criollos les faltó el obrero, y a los del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, les faltó el industrial.

Situación por lo demás ya apuntada por Bosch, al señalar que “entre 1938 y 1948, ambos años incluidos, Costa Rica importó por valor de \$264.770.772.00 y

---

69 Carta de Teodoro Picado a Rafael Ángel Calderón Guardia y Manuel Mora Valverde, 18 de abril de 1948.

exportó por valor de \$151.295.448.00. Esto quiere decir que el país importó en once años \$113.475.324.00 más de lo que exportó<sup>70</sup>.

Es pertinente traer a colación lo sucedido en el período de la Primera Guerra Mundial, cuando el excedente invertible tampoco fue destinado a un proceso de sustitución de importaciones. Tanto en este caso, como en el de la ausencia del sector industrial, la razón estribó en el predominio de un bloque social constituido por una burguesía agro-exportadora en el poder del Estado, íntimamente vinculada –incluso familiarmente– a un sector mercantil-importador.

Como bien recuerda Bosch, “en los años 1939, 1940, 1944, 1945, 1946 y 1947, las exportaciones no llegaron a la mitad de lo importado”<sup>71</sup>. Lo que mostraba una necesidad urgente de iniciar una producción interna de por lo menos algunos de esos productos, dando comienzo a una etapa industrial.

La posibilidad de una reorientación en este sentido, dada la correlación de fuerzas, y el peso de ellas en el aparato político y financiero del Estado, se hacía prácticamente inexistente. Los créditos bancarios, y el apoyo estatal, estaban orientados a satisfacer las necesidades del bloque en el poder.

De modo característico, son hoy frecuentes las quejas de ser el sector industrial el más controlado y gravado por el Estado, contrariamente a la situación agraria y comercial, que según se dice, continúa teniendo una situación de privilegio.

Es cierta la aseveración de que fueron sectores de mediana y pequeña burguesía intelectual los que jugaron un papel importante en el proceso de la Guerra Civil de 1948 y en los antecedentes ideológico-políticos de la década del 40, en el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales.

Empero debe recordarse que la Guerra Civil no surgió como una alternativa política para el desarrollo industrial del país, como plantea Bosch, sino como una mezcla política de fuerzas que llevaban orientaciones muy distintas, pero en la cual prevaleció –como no podía ser de otro modo–, el tradicional bloque de poder. Si bien es cierto que también jugó un papel decisivo la intervención política norteamericana, no lo es menos que el impulso y orientación fundamental del nuevo movimiento político no podía ir más allá de los límites concretos que –histórica y socialmente–, le imponía la situación nacional.

Dichos límites estaban constituidos por una necesidad populista de mejoramiento de los sectores medios<sup>72</sup>, como base de apoyo político y social del movimiento; por un condicionamiento internacional, político-geográfico, muy determinado; así como por un bloque de fuerzas todavía intacto en la cúspide del poder social y político del país. Todo lo cual formaba una única unidad, que habría de obligar al nuevo grupo a seguir una política por lo demás bien conocida en América Latina.

Efectivamente, sin desarrollar una industria nacional en la escala adecuada; (puesto que eso implicaba, necesariamente, la modificación de las estructuras agrarias de un lado y el rompimiento de la dependencia con el mercado internacional, dominado por los grandes consorcios extranjeros), el único camino que quedó fue el de impulsar un crecimiento desorbitado del sector burocrático-estatal<sup>73</sup>.

Sin una clase industrial nacional que apoyara el ataque al bloque tradicional en el poder y permitiera la modificación en el agro, los intentos del grupo quedaron en una nacionalización bancaria que volvió a caer en manos de la vieja clase dominante, en una reforma agraria que no llegó ni a colonización. Sin un apoyo social o político organizado, y en condiciones

70 Op. cit. Obr. cit. Bosch, *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica*, 33.

71 Bosch, *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica*, 34.

72 “El ideal que se persigue ahora es que todas las clases sociales –dice Figueres–, al impulso de la técnica económica, se vayan fundiendo en una gran clase media que goce ampliamente de las comodidades y oportunidades culturales de la época”. Cfr. Constantino Láscaris C., *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1964), 317 ss. Ver asimismo, Facio, *La moneda y la Banca Central en Costa Rica*, 323 y ss.

73 Así por ejemplo Daniel Oduber dijo “Donde el conservatismo costarricense ve burocracia, nosotros vemos acción”. Cfr., Daniel Oduber, *De dónde venimos* (San José: Editorial Eloy Morúa Carrillo, 1965), 16.



internacionales particularmente difíciles, el rompimiento de la dependencia –que ni siquiera se planteó nunca–, tampoco era posible.

Consecuentemente, el grupo de políticos que integraban el Partido Liberación Nacional, se veían arrojados al poder sin perspectivas históricas reales de encontrar un camino adecuado para el desarrollo. A la frustración inherente a este cuadro, siguió un proceso sensible de corrupción política y administrativa, y gigantismo burocrático en el aparato del Estado. Así, se originó la contradicción institucional de un Estado crecientemente fuerte, con un gobierno crecientemente débil. Fenómeno por lo demás con claras manifestaciones en la historia de los gobiernos de Liberación Nacional que, entrando con un notable apoyo popular, salen desprestigiados por la inacción o las acusaciones de corrupción.

Sea lo que sea, lo decisivo en este punto es que el problema se deslizó no tanto a un no querer como a un no poder. Y, al no poder hacer lo que en algunos casos sí quería sinceramente hacerse, se evidenció que lo que hasta ahora había faltado, era un sector social que pudiera sustentar a escala nacional, las reformas estructurales –sociales y políticas–, indispensables para poder abordar eficazmente los problemas del subdesarrollo.

Ese apoyo social, como veremos luego, no se dio. No se modificó la estructura productiva misma del país y se sentaron las bases –aceleradas con la caída internacional de los precios del café, fuente principal de origen de nuestro excedente invertible– para una reacción circular de déficit fiscal, problemas monetarios, etc.

La solución intentada por los gobiernos que desde el 48 ocuparon el poder, particularmente por lo que se refiere a la inversión extranjera, más bien forzaron el proceso y lo llevaron a la alternativa de la integración, bajo la égida del capital monopolista norteamericano. Y con ello, a la imposibilidad histórica de su resolución dentro de los marcos de la sociedad capitalista y de la democracia burguesa.

De aquí, principalmente, nace la frustración política, cultural, social e histórica, de la llamada Generación del 48. Pero ese seudosocialismo que se le ha impu-

tado, nace también del que se quiere presentar como escandaloso ejemplo: la nacionalización bancaria. Esta medida, de enorme valor político y de gran trascendencia institucional y económica no llegó, por el cúmulo de circunstancias internas y externas que rodearon el paso, ni siquiera a jugar el papel de un intervencionismo estatal indispensable para satisfacer las necesidades financieras de un país subdesarrollado, como compensación a la ausencia de capital, ahorro insuficiente e inversión inadecuada. Claro que este ha sido un importante logro del grupo político referido, de gran valor y significado. Pero, en sí mismo encierra, tanto en sus limitaciones como en sus deformaciones y desvíos, la frustración general de la acción política de esa llamada Generación del 48.

La situación internacional, especialmente, contribuyó a agudizar las ya difíciles condiciones existentes internamente en el país. El desarrollo de la Guerra Fría y la política de Dulles, coincidían internamente con la derrota de importantes sectores populares en la Guerra Civil del 48, la proscripción política del Partido Comunista y la disolución de las Centrales Sindicales, sindicatos y organizaciones obreras radicales, amén del asesinato y encarcelamiento de dirigentes obreros. Es el período de la X Conferencia de Caracas, de la caída de Jacobo Arbenz en Guatemala y del asesinato del Codo del Diablo en Costa Rica.

Sin embargo, a pesar de ello, el movimiento popular y obrero empezó a tratar de rehacerse. En realidad, no lo lograría. Golpeado y diezmado, tanto el Partido Comunista como el movimiento obrero no pudieron recuperar el terreno perdido, y la realidad nacional mostró una aceleración que los dejó definitivamente atrás.

En el año siguiente a la Guerra Civil, 1949, se produjo una segunda huelga general en la zona del Pacífico Sur, que abarcó desde el puerto de Quepos hasta Golfito. Dirigida por un nicaragüense de apellido Mejía, pues los sindicatos habían sido disueltos, movilizó a 12 mil huelguistas. La Confederación Rerum Novarum quiso ponerse al frente, pero ante las amenazas de represión, y con la ausencia de una verdadera dirección sindical, la huelga fracasó. Cientos de trabajadores guanacastecos y nicaragüenses, sobre todo, fueron sacados a la fuerza de sus casas, metidos en lanchas y sacados de la zona, sin siquiera tener

oportunidad de recoger sus haberes, ni mucho menos reclamar sus salarios o prestaciones.

El fracaso hundió la influencia de la *Rerum Novarum* en el lugar, dando paso a sindicatos independientes: la Federación de Trabajadores Bananeros (FETRABA) y la Federación de Obreros Bananeros (FOBA).

En 1953, se levantan en huelga los trabajadores de la División de Golfito, participando en ella casi diez mil trabajadores, a raíz del despido masivo de más de 100 obreros de máquinas que habían participado en el desfile del Primero de Mayo en Puerto Cortés. Los huelguistas hicieron una serie de peticiones que recibieron como respuesta una brutal embestida de las fuerzas del gobierno, que desplegó importantes efectivos militares que no tardaron en chocar con los trabajadores dando muerte a uno de ellos fallecido en Coto. Durante once días los trabajadores estuvieron en huelga, mientras los dirigentes sindicales y los integrantes del Comité de huelga estaban detenidos y encarcelados en San José. La firmeza de los trabajadores forzó a la empresa a un arreglo, que conquistó para los bananeros el derecho de atención hospitalaria gratuita para todos los casos en que el salario fuera menos de ₡500.00 mensuales; y el derecho de seguro contra riesgos profesionales, pasando a ser los únicos trabajadores agrícolas propiamente dichos, en el país, protegidos por un seguro de esa naturaleza. En honor al huelguista muerto, los bananeros conocen esa norma como Ley Juárez. Se pagaron prestaciones y se aumentaron los salarios.

Al año siguiente, en 1954, 1.500 trabajadores fueron a la huelga. Su causa unió en la lucha a las dos Federaciones sindicales de la zona (FOBA y FETRABA), que formaron un Comité de Huelga único y presentaron un pliego de peticiones también común. Sin embargo, la unidad se rompió al cabo de 11 días, y la huelga fue derrotada.

El año siguiente, se dio un conflicto colectivo que se convirtió en huelga en Puerto González Víquez, forzándose nuevamente una unidad de lucha entre las dos federaciones sindicales. Bajo la dirección de Isaías Marchena, se llegó a un arreglo mínimo, que fue catalogado como traición y determinó la expulsión del dirigente sindical del Partido Comunista.

Más tarde, sin embargo, la reacción injusta contra él determinó su reincorporación al movimiento sindical y también al político, pasando a convertirse en la actualidad en uno de los dirigentes más conocidos de la zona. Sin embargo, tampoco se lograron las peticiones fundamentales de los trabajadores, entre las que destacaban dos: aumento de salarios y fuero sindical.

Ese mismo año de 1955, hubo un paro general de trabajadores en la Sección bananera de Coto. En 1958, hay huelga de cacaoteros en Limón y de Muellers en ese puerto.

Lo más importante, sin embargo, fue la huelga general del año 1959-1960, en reclamo de aguinaldo, que la United Fruit Co. no quiso pagar. La participación unida de las Federaciones obreras FOBA y FETRABA, permitió sostenerla por un mes. Los procedimientos de la huelga no estuvieron bien llevados por la dirección sindical, que se vio forzada a pactar antes de que se produjera un desastre. El gobierno, temeroso del cauce que empezaban a tomar los acontecimientos, optó por cubrir él el aguinaldo, cargando simbólicamente, así, sobre los hombros de todo el pueblo costarricense, el pago de la mejora laboral a los trabajadores bananeros.

Aparte de otros acontecimientos a que luego nos referiremos, la vida propiamente sindical y obrera en el país ha girado desde el año 1934 alrededor de las actividades huelguísticas de los trabajadores bananeros. Esta situación, que se ha tratado de paliar en los últimos años, no ha podido superar algo que proviene de la estructura social real del país, y que se refleja directamente en la composición misma de los sindicatos y federaciones y confederaciones obreras.

En la actualidad existen tres principales confederaciones: la Confederación de Obreros y Campesinos Cristianos (COCC), de orientación democristiana; la Confederación General de Trabajadores Costarricenses (CGTC), de orientación comunista; y, la Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos (CCTD), vinculada a la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), de tendencia amarillista y anticomunista. Es interesante, en cualquier caso, anotar que a la primera se le atribuyen, en su constitución, según datos oficiales de 1970, 2.890 trabajadores; a la segunda, 3.680; y, a la tercera, 7.325.



Desde entonces, al parecer, la situación ha cambiado un poco, mejorando la situación de la CGTC (comunista), aunque en detrimento de la CCTD. Pero en todo caso, el monto total de sindicalizados en el país, sumadas las tres centrales principales, no llega a 15.000 trabajadores sindicalizados, incluidos en una estructura sindical que en muchos casos apenas existe en el papel. Si a eso se suma la orientación estrechamente economicista, tradeunionista, de las reivindicaciones de los sectores más importantes desde el punto de vista real y organizativo (los bananeros), el cuadro resultante de todo este período es bastante claro y justifica desde ya lo que observaremos más adelante al analizar la nueva clase obrera.

La Primera Conferencia Nacional Campesina, que se reunió y se terminó sin mayor pena ni gloria, tuvo que esperar hasta después de la Revolución Cubana y su reforma agraria para planearse y llevarse a cabo. Es este acontecimiento clave en la historia contemporánea de la América Latina, el que marca una nueva etapa en el desarrollo histórico de nuestro país.

Como se dijo, las reivindicaciones propiamente campesinas, habían sido significativamente olvidadas por las luchas sociales de los años 40. La reforma agraria —excepción hecha de algunas leyes paliativas que se habían podido pasar, compensadas con la exclusión de los obreros agrícolas de la protección del seguro de riesgos profesionales—, ni siquiera figuraba en los programas de los movimientos políticos, incluido el Partido Comunista.

La Revolución Cubana puso a la orden del día la cuestión y aceleró los procesos desarrollistas en toda el área, como eventual alternativa no revolucionaria a los procesos que operaban ya con fuerza en Latinoamérica y el resto del mundo. Pero todos los intentos hechos en esa dirección tendrían que encontrarse con que estaban destinados al fracaso, en la medida en que se quisiera evitar el rompimiento revolucionario de la dependencia y el subdesarrollo.

En nuestro país, este intento desarrollista conoció dos pasos básicos: primeramente, un intento frustrado de modificar la estructura agraria, al amparo de las orientaciones de la Alianza para el Progreso; y segundo, el proceso integracionista centroamericano de los años 60. Por lo que hace al primero, el resul-

tado ha sido prácticamente nulo, pues las estructuras agrarias permanecieron intactas. En consecuencia, el segundo no pudo resolver, sino que ahondó el problema histórico básico de nuestro país: la dependencia y el subdesarrollo.

El viejo bloque de fuerzas en el poder se encontró con que en el seno de la sociedad costarricense se habían gestado diversas fuerzas sociales que impugnaban su dominio. Por su medio, se había venido ejerciendo la penetración y la influencia del capitalismo mundial, y en especial del norteamericano de quien aparecía como seguro socio. Sin embargo, su dominio estaba lleno de fisuras. Enfrente aparecía la posibilidad de una coalición de fuerzas sociales que podían quebrar su poder tradicional. Sus amplias capacidades de concesión le habían deparado buenos dividendos sociales y políticos; pero, ahora la presión por el desarrollo y la industrialización, ponían en juego su papel social de clase dominante.

Optó el bloque, en cambio, por el aislacionismo. La perspectiva era un desarrollo lento, controlado, a nivel nacional, factible de una buena transacción entre el grupo industrial nacional que había de generarse y el bloque tradicional en el poder. A pesar de algunos desgarres, sería posible un reacomodamiento.

Solo que los factores internacionales pujaban en sentido contrario. Las presiones internas por una solución, impulsaron un paso que modificó, sustancialmente, la composición de clases en el interior, las tendencias del desarrollo, la participación del capital internacional en el país, la homogeneidad del bloque tradicional y, como parte de una nueva política continental, una reorientación en cuanto a la base social de apoyo del capital norteamericano.

Así como en la Colonia y en la independencia el tabaco y la caña de azúcar impulsaron un proceso de cambio y diferenciación social y política, a partir de los años 40 del siglo pasado, hasta prácticamente el triunfo de la Revolución cubana, el café marcó la característica esencial de nuestra economía y sociedad; así, en igual forma, el proceso integracionista originó una serie de modificaciones sustanciales tanto en la actividad productiva del país, como en su diferenciación social y política.

La integración marcará, pues, un momento nacional de profunda transformación. Ya no estaremos en presencia de una simple economía de enclave, con la intervención del capital extranjero en el transporte aéreo y ferrocarrilero, sino que estaremos en presencia de un proceso de absorción creciente de nuestras estructuras productivas, financieras, comerciales e industriales.

Eso permitirá definir a nuestro país, en la etapa actual, como un país de capitalismo dependiente, subdesarrollado, en rápido proceso de integración industrial, comercial y financiero con el capital monopolista norteamericano en particular, y mundial en general<sup>74</sup>.

Tenemos, entonces, que en nuestro país se había consolidado un bloque social de fuerzas en el poder: el grupo agroexportador tradicional, estrechamente ligado al mercantil-importador. Nuestra vinculación al mercado internacional se hacía básicamente a través del café y el cacao. Y, desde el punto de vista del capital extranjero, este operaba en un caso típico de economía de enclave —el enclave bananero— y dominaba la mayor parte del transporte ferrocarrilero y aéreo<sup>75</sup>.

La gestación lenta de un pequeño impulso industrial, no había producido todavía el surgimiento de una verdadera clase obrera industrial, manifestándose ya en nuestro país, la clásica deformación del gigantismo del sector terciario.

El proceso integracionista nos sumergiría, justamente, en una dimensión completamente nueva, por ello más eficaz y nociva, de dependencia con el capital extranjero y en particular con el norteamericano. Es preciso, entonces, proceder a un análisis de los cambios operados en nuestro país, a raíz de la integración económica centroamericana.

---

74 Definición formulada por el Ing. Miguel A. Murillo, en un trabajo inédito suyo, acerca de la realidad económica social y política de nuestro país.

75 Inicialmente. Luego el asunto varió. Los beneficiadores, pero en especial los exportadores, habrían “de ser los verdaderos dueños del negocio”, dice Rodrigo Facio en su *Estudio de Economía Costarricense*, pág. 28, edic. citada. Es interesante agregar que, en la actualidad, hay un total de 108 beneficiadores inscritos, de los cuales son de claro origen extranjero 22; y los 86 restantes, nacionales. En cambio, de los 23 exportadores inscritos, 20 son de origen extranjero, y solo tres nacionales.



# Tercera parte

## La integración centroamericana en Costa Rica. Su dinámica socio-histórica

En Costa Rica, con motivo de la integración centroamericana, ha aparecido una nueva fuerza social en la estructura productiva del país, con una participación creciente y dominante.

Se trata de un grupo social con una fuerza económica en pleno desarrollo, por el propio mecanismo de la producción. La ampliación de la producción, la conquista del mercado, las posibilidades de la inversión, etc., determinan que este sector tenga como cualidades típicas de su carácter, personalidad y gestión, las del joven capitalismo en desarrollo. Sus pretensiones, con base en el apoyo económico que los sustenta, no se limitan a una simple actividad económica, sino que se extiendan a la esfera de lo político y lo social. De ahí la insistencia de este nuevo sector de burguesía gerencial de mayor participación en el poder político y en las estructuras estatales, en protección de las necesidades de la *industria* (que identifican con las del país), y el nuevo ordenamiento en la jerarquía social, que les dé un lugar adecuado a su importancia económica real.

El aspecto más decisivo es, desde luego, la pretensión de este sector gerencial del poder político para sí. Contribuye a sustentar su pretensión, la fuerza económica de este grupo, puesta de relieve en su participación en la vida económica del país.

En realidad, dado el mecanismo que opera en los procesos industriales de un país dependiente como el costarricense, las perspectivas son de un incremento constante del poder económico del sector industrial y de su influencia en la economía del país, con el correlativo detrimento, en términos relativos, del sector agropecuario. Lo que significa, en el plano social y político, un desplazamiento de grupos de la burguesía y una modificación de la estructura de poder político en el país.

Este fenómeno, así considerado, no es nuevo. Siempre y en todas partes, en cuanto el sector industrial supera ciertos niveles y se convierte en el factor dinámico de la economía, se produce el desplazamiento de los grupos sociales tradicionales, que expresan las estructuras productivas agropecuarias. Si simplemente se tratara de una lucha por el poder político entre dos grupos de burguesía nacional, uno agropecuario y otro industrial, resultaría obvio el resultado y fácil la escogencia.

No obstante, eso no es necesariamente de esa manera. Lo que ha aparecido con base en la integración económica de Centroamérica, no ha sido un simple grupo de burguesía industrial. Es, más bien, un grupo social con características económicas, sociales, políticas, y psicológicas, absolutamente específicas, que lo convierten en el enemigo principal del desarrollo económico independiente de Costa Rica, y la principal amenaza a las tradiciones democráticas y civilistas y de conciencia de la nacionalidad de nuestro pueblo.

Por ello, es interesante detenerse a señalar algunas de sus características principales.

### **1. Surgimiento y características de la burguesía gerencial integracionista**

Se puede afirmar que esta burguesía tiene las siguientes características: ausencia de poder económico independiente, tendencias entreguistas y antinacionales (agresividad económica), tendencia autoritaria y policial (agresividad política), nueva base de apoyo del capital extranjero y la dependencia. Además, no es una burguesía auténticamente nacional.

Cada una de estas características puede desarrollarse con el detalle que merecen como se hará seguidamente.

*a) Ausencia de poder económico independiente.*

Hemos dicho que este grupo tiene gran fuerza económica. Sin embargo, esa fuerza económica no le pertenece, pues el verdadero dueño de ese capital es el inversionista norteamericano que se encuentra detrás de cada industria. Carece por ello de poder independiente. Se trata de un grupo de burguesía gerencial, directamente a sueldo y dependiente del capital extranjero, que domina más del 85 % de las nuevas industrias integracionistas<sup>76</sup>.

El carácter dependiente de esa relación se acentúa si se toma en consideración no solo el origen de los ingresos económicos del grupo gerencial, sino también el origen de los recursos financieros de la empresa, los factores técnicos que intervienen y, lo que es usual, las materias primas con las cuales trabaja. Todo ello testimonia la independencia técnica, financiera, de materias primas y de franca subordinación laboral, de este sector de burguesía gerencial aparecido con el proceso integracionista. Esto nos conduce a la segunda característica que señalábamos del grupo social dicho.

*b) Tendencias entreguistas y antinacionales. Agresividad económica.*

Tratándose de un sector industrial de tipo capitalista, muestra la agresividad económica del empresario. Busca activamente la ampliación del mercado, el fortalecimiento de la influencia del capital extranjero en la vida económica y política del país, del cual depende esencialmente su subsistencia como clase.

Vinculado al capital norteamericano, busca la ampliación de la esfera de actividades de la empresa para la cual trabaja, en las mejores condiciones posibles. De ahí que toda política de protección a los intereses nacionales sea entendida como esencialmente perjudicial a sus intereses de servidor del capital extranjero.

Por ello, toda política suya de defensa de la empresa, ya sea en la consecución de más mercado, exoneración de impuestos, privilegios etc., va en detrimento directo de los intereses nacionales verdaderos. El fortalecimiento suyo como clase y de su empresa como inversión, es el fortalecimiento —dadas las características y objetivos de esa inversión— de la dependencia nacional del capital extranjero, y una garantía de descapitalización real futura, en cuanto a que a corto o mediano plazo, esas empresas empiezan a recuperar su inversión aceleradamente y a exonerar, en divisas, sus dividendos. También, por este lado, se pone en evidencia el verdadero aspecto negativo del asunto, ya que confirman así la dependencia y el subdesarrollo, cuya superación era el justificativo básico para la admisión de tales inversiones extranjeras.

*c) Tendencia autoritaria y policial. Agresividad política.*

A la agresividad económica típica del empresario capitalista, este grupo gerencial suma la agresividad política, una mayor cohesión y conciencia de clase. Sabedor de que es un innovador por excelencia, dentro del cuadro tradicional del país, pretende configurar el mundo político y social a su imagen y semejanza. Identifica al Estado con una empresa gigantesca, gobernada por gerentes, juntas directivas y, desde luego, sumisos obreros, que deben ejecutar, sin discutir, las órdenes superiores. En ese cuadro, como dijo en un discurso un personero de ACOGE —Asociación

<sup>76</sup> Estimación personal del autor. Para indicaciones sobre el problema del estudio de la inversión extranjera en América Latina y en nuestros países en particular, ver Miguel S. Wionczek, “La inversión privada norteamericana y el desarrollo de Mesoamérica”, *Revista de Comercio Exterior*, n.º 9 (1970): 671 y ss.; Wionczek, “Posibilidades de efectuar estudios empíricos sobre la inversión extranjera en América Latina”, *Revista de Comercio Exterior*, n.º 8 (1969): 618 y ss. Wionczek, “Nacionalismo mexicano e inversión extranjera”, *Revista de Comercio Exterior*, n.º 12 (1967): 980 y ss. Michael Brower, “La función de la inversión extranjera en el desarrollo de América Latina y el Caribe”, *Revista de Comercio Exterior*, n.º 8 (1968): 692 y ss. En Costa Rica, según informe del Banco Central en su publicación *Balanza de pagos Costa Rica 1967*, del Departamento de Estudios Económicos, “(...) del valor de 23.4 millones de dólares a que ascendió la inversión bruta total, 21.1 millones correspondieron a ese tipo de firmas, en tanto que el grupo constituido por empresas independientes que operan con capital extranjero, no obstante ser mayor su número, aportaron solo 2.3 millones. Las asignaciones para depreciación de activos por el sector inversionista alcanzaron 6.2 millones, con lo cual las inversiones líquidas totalizaron 17.2 millones, agregadas a esta cifra las utilidades no distribuidas del período, 3.8 millones y 1.4 millones, en su orden, se obtuvo el monto de 16.2 millones registrado como inversiones directas extranjeras del período” (página 54).

Costarricense de Gerentes y Empresarios— los intelectuales, profesores, etc., no tienen que hacer mayor cosa, como no sea la de enseñar en colegios y universidades y servir al desarrollo industrial del país como servidores suyos. Porque el gobierno y el Estado deben estar en manos de quienes producen; y claro está, para este grupo quienes producen no son los obreros ni los profesionales, ni los campesinos, ni los agricultores. Quienes producen son ellos, los empresarios.

Las tradiciones democráticas, civilistas y liberales de nuestro pueblo —en un enfoque consecuente con esta concepción del poder político, del Estado y de la sociedad—, aparecen como trabas para la creación de un estado dinámico y efectivo, al servicio del nuevo becerro de oro: la industria y el industrial. Vinculado al proceso integracionista y al capital extranjero, carente de otra nacionalidad que no sea la del centro mismo de donde proviene, busca solucionar sus problemas institucionales a través de un fortalecimiento de los centros de decisión, extrapolando a la esfera política y estatal, las experiencias y ventajas que para la empresa privada tiene el ejecutivo o gerente. Con la experiencia y perspectiva de un adversario poderoso, una nueva clase obrera, y surgido de una tranquilidad social e institucional adecuada para su desarrollo, pone en los mecanismos policiales toda su esperanza de seguridad y orden.

Por otra parte, este grupo vive y se nutre de la experiencia laboral, industrial, cultural y política de otros países, particularmente del país de donde es originario el capital que dio vida a la empresa para la cual trabaja. Durante estos años de luchas obreras nacionales e internacionales, el resultado ha sido un fortalecimiento de las tendencias represivas del aparato estatal, y de su participación creciente al lado de los grupos industriales predominantes. Inclusive, la política de concesiones seguida por algunos de estos Estados ha sido promovida por tales grupos, en atención a sus intereses directos.

Eso sí, conforme con los intereses del grupo industrial, pasa a ser un objetivo político inmediato y vital la adaptación de todo lo nacional, para alcanzar el objetivo último de ser lo más parecido posible a la estructura del país de donde proviene la empresa y conseguir un Estado de decisiones rápidas y directas.

Las deliberaciones y participación de otros grupos de manera activa —particularmente los sectores populares a quienes se tacha de *no conocer* o de *ignorar*, con pleno sentido peyorativo, los problemas del país—, son considerados retrasos innecesarios que deben eliminarse; la publicidad y la consideración a grupos marginales en la tramitación de proyectos y leyes, es vista como productora de dificultades innecesarias y dañinas.

Con ello, se renuncian y repudian los aspectos democráticos de nuestro Estado, en cuanto conocimiento y participación —ya muy relativizados y con notorios límites— de los sectores populares, agrarios y culturales, en la decisión de los destinos del país.

El proceso de modernización de nuestro Estado se concibe como una modificación precisamente de aquello que de democrático, liberal y civilista tiene nuestra organización política. Impulsados por la necesidad de garantizar a su patrono verdadero una seguridad social y política a escala nacional, no dudan en recurrir a la fuerza militar.

Resulta así, bastante sintomático el hecho de que es de estos grupos de donde parte, usualmente y de modo más extremo, la presión política para que el gobierno actúe de manera directa, inmediata y represiva, contra los huelguistas, los *invasores* de tierras incultas o lares urbanos desocupados. Es notable que sea de aquí —más que de los sectores agropecuarios tradicionales— de donde surja, con mayor virulencia, esta agitada y alarmista defensa de la *propiedad privada*; y que al final sean estos mismos grupos los que, después de supuestamente *apoyar* —verbo que usan como sinónimo de *exigir*— al gobierno por las medidas represivas contra los que alteren el orden establecido, sean ellos mismos quienes protesten por la solución que se le diera al problema —cualquiera otro que no fuera represión— y lo acusen de debilidad y falta de autoridad.

Al ser su mercado a escala centroamericana y viva su necesidad de garantizar la tranquilidad de todo el istmo, es explicable su tendencia a impulsar la absorción de nuestro país por la entidad informe centroamericana; de concebir gobiernos fuertes, apoyados firmemente en las armas y ejércitos, orientados al servicio del capital que ellos representan —extranjero,

desde luego—, y crear formas dinámicas supranacionales a la mayor brevedad, que faciliten la solución de los problemas que se les presentan en el camino.

Mientras que las modificaciones posibles para el resto de Centroamérica, donde las tradiciones democráticas y civilistas brillan por su ausencia, son de un tipo distinto a las de nuestro país, aquí las mismas tienden, por cualquier lado que se les mire, a cambiar negativamente tales tradiciones. Las sustituyen por una política de represión, gobierno y cultura, abiertamente orientadas al servicio del proceso de industrialización que ellos representan, por esencia contraria a una verdadera liberación de la economía del país. Esto, dados sus vínculos y orientaciones últimos, en el contexto de la política económica, militar e histórica de los Estados Unidos en la América Latina y en Centroamérica en particular.

La limitación a sectores reducidos de la población de los beneficios del Mercado Común Centroamericano y de la producción, en virtud de un proceso creciente de marginación por la ausencia de una modificación estructural en el istmo, ha determinado un incremento de la tensión social en todo Centroamérica, y la importación de prácticas represivas —gustosa y gratuitamente exportadas— desde la metrópoli. Lo que aquí en Costa Rica se llama *guardia de Asistencia Rural* tiene su homónimo en El Salvador, en Guatemala, Honduras y Nicaragua. Es claro que, tal guardia —como las llamadas *patrullas cantonales* salvadoreñas, o los *comisionados militares* guatemaltecos— es parte una forma de control de la población no directamente represiva. A pesar de que su finalidad y, eventual convertibilidad es obvia, no hace sino ineludible su inclusión en el plan general anti-popular, que conlleva entrenamiento contra *motines*, *guerrillas*, y asesinatos políticos puros y simples.

Desde luego, todo esto no hace sino simbolizar brutalmente lo endeble de la legitimidad del orden establecido, la crisis e insuficiencia del modelo autoritario-desarrollista. Por otro lado, muestra la ausencia de alternativas viables, en el momento actual, a mediano y mucho menos a corto plazo para las fuerzas democráticas y avanzadas de Centroamérica. Todo

ello conduce directamente, a una de las causas de la crisis aguda en los partidos políticos tradicionales.

*d) Nueva base de apoyo del capital extranjero y la dependencia.*

Para comprender el nuevo fenómeno que interesa destacar, es conveniente detenerse en el análisis —breve y fragmentario, necesariamente, por la finalidad de esta investigación—, de las raíces y desenvolvimiento histórico de la dialéctica desarrollo-subdesarrollo, y colonialismo y dependencia. Se intentará resumir aquellas cuestiones principales para nuestro objeto, a fin de esclarecer nuestras tareas políticas concretas.

En primer lugar, las explicaciones tradicionales de estos problemas deben ceder el paso a las nuevas concepciones que, desde el ángulo latinoamericano, han tratado de integrar los aportes científicos venidos desde los países desarrollados.

Como punto de partida, y vinculado estrechamente a la parte final de este trabajo, no es posible seguir explicándose la situación actual del mundo dividido entre naciones ricas y naciones pobres, como una especie de dos compartimientos estancos que apenas se comunican por la *presión externa* que uno de ellos ejerce sobre el otro.

En el orto del capitalismo se inserta la formación de un sistema colonial, cuya existencia y desarrollo, no puede explicarse sin hacer referencia directa al desarrollo del capitalismo mismo.

La explotación de los países de ultramar, de manera sistemática o esporádica, pero constante, determinó una fuente de riqueza inagotable a partir de la cual pudo desarrollarse, junto con otros factores, no solo el capitalismo industrial en Inglaterra, sino en toda Europa. Si bien los *yeomen* constituyeron una base decisiva para la acumulación originaria de capital, de que nos habla Marx en su Tomo I de *El capital*<sup>77</sup>, no es menos cierto que la acumulación originaria tuvo un factor externo, constituido por la explotación del mundo colonial.

77 Op. cit.. Karl Marx, “La llamada acumulación originaria de capital”, capítulo XXIV en *El Capital*, Tomo I, (México: F.C.E., 1959), 108.



El descubrimiento de América, a fines del siglo XV, coincide con el resurgir del primer capitalismo abortado entre las rebeliones campesinas, el retroceso del impulso inicial y la consolidación de un feudalismo en franco estado de descomposición. Específicamente, coincide con la formación, en los siglos XVI y XVIII, del mercado mundial y, con ella, de la historia mundial, resultado de una larga evolución histórico-social.

Estos años conocerán un saqueo sistemático de nuestros países y un enriquecimiento correlativo de las jóvenes potencias capitalistas europeas. Así como las rutas comerciales determinaron florecimientos y ruinas, de lo que las repúblicas italianas del norte son claro testimonio; así también, el resurgimiento del mercado capitalista mundial hizo que la mayor parte de la producción de los países sometidos al dominio colonial —agrícola, minera, etc.—, se viera arrastrada en el torbellino del comercio y la especulación internacional. Situación que se verá agudizada con el surgimiento de la etapa monopolista.

No obstante, en dicha etapa se enfatiza en la exportación de capitales, por ello deja de tener una importancia crucial la adquisición de mercancías en el mundo colonial, en condiciones tales, que apenas se paga a estos pueblos lo suficiente para que un sector de la población pueda sobrevivir.

Las condiciones económicas requeridas para el desarrollo definitivo del capitalismo, en cuanto *capital dinero* y *capital comercial*, van a ser suplidas por las exacciones de riqueza natural y humana que estos pueblos van a padecer en manos de sus dominadores coloniales. La Revolución industrial encuentra su explicación en una parte muy importante de su sustrato económico, en la existencia de los grandes imperios coloniales.

Solo de América Latina se exportaron, entre 1503 y 1660, más de 500 millones de pesos oro, en oro y plata. Sumado esto a lo extraído de otras zonas sometidas al dominio colonial, resulta que “la suma total se eleva a más de 1000 millones de libras esterlinas

oro, es decir, más que el capital de todas las empresas industriales movidas a vapor que existían hacia 1800 en toda Europa”<sup>78</sup>.

Esto hace posible afirmar, como lo hace el referido autor, que “(..) el auge industrial sin límites del mundo occidental solo ha podido efectuarse a expensas del mundo llamado subdesarrollado, condenándolo al estancamiento y retroceso”<sup>79</sup>.

De lo que resulta incongruente el seguir sosteniendo, como lo hacen aún algunos en nuestras universidades y gran prensa, que las razones de nuestro subdesarrollo radican en la poca disposición laboral de mestizos e indios, y argumentos por el estilo.

Aparte de los actos propiamente bandidescos perpetrados contra nuestros pueblos —de lo que no se exceptúan las invasiones piráticas de zambos-mosquitos y de Morgan, además del dominio español, en nuestro caso— la forma de ejercicio del dominio de las grandes potencias sobre las zonas atrasadas del planeta conoce los más variados cursos: el halago, la promesa, el chantaje, etc.

La política exterior de las potencias coloniales, particularmente de Inglaterra, ha sido reiteradamente señalada como negativa a todo lo que no fueran sus intereses exclusivos. El proteccionismo a ultranza seguido frente a China y la India, y la política inversa que se obligaba a seguir a éstas, facilitaron la imposición de la industria metropolitana sobre la colonial, y la ruina acelerada de estas<sup>80</sup>. En la actualidad, los Estados Unidos de Norteamérica siguen una política similar, estableciendo todo tipo de limitaciones a las importaciones provenientes de nuestros países. Pero ¡ay! del país que quiera proteger lo suyo. Los manes sagrados del libre comercio, de la libertad de empresa y de los supremos intereses del mundo occidental, despertarán para liquidar al descarriado.

No puede llamar a engaño la circunstancia de que ciertos estratos de la burguesía se mostraran partidarios del libre cambio y contrarios al colonialismo. Esta situación se vincula directamente a las necesida-

78 Ernest. Mandel, *Tratado de economía marxista*, T. II (México: Editorial ERA, 1962), 60.

79 Mandel, *Tratado de economía marxista*, T. II, 58.

80 J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas* (Madrid: Editorial Guadarrama, 1964), 54 y ss., 205 y ss. También, Mandel, *Tratado de economía marxista*, T. II, 63-64.



des de capital que resentía la economía de las grandes potencias para ampliar los marcos de su producción, particularmente, por la circunstancia de que Inglaterra ostentaba un monopolio de productividad y adelanto de más de 100 años con relación al resto de Europa.

Como bien se ha recordado por diversos autores, el movimiento de la Pequeña Inglaterra y la llamada de Bentham para emancipar las colonias se sitúa en este contexto. En 1860 el gobierno británico empezó a retirar tropas imperiales de las colonias. Asimismo, en 1862 los liberales desencadenaron el movimiento. Los conservadores lo continuaron y los liberales lo concluyeron en 1871, propiamente en el momento en que Bismarck fundaba su imperio y se ahogaba en sangre la Comuna de París<sup>81</sup>.

En buena parte, esto explica el carácter de nuestra dependencia y las consecuencias políticas y sociales que la misma tuvo, del mercado cafetalero inglés, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, que prácticamente ejerció un monopolio comercial libre, externo, con nuestro país.

El desarrollo de la producción y la concentración de la misma, alcanzan un grado tal al llegar el último tercio del siglo pasado, que en los países económicamente desarrollados se llega al nivel del monopolio, y con ello al problema del excedente de capitales. La solución resultó inherente a la revolución que desde tiempo atrás se había venido operando en los medios de transporte, que facilitaron la emigración de capitales al exterior.

Al período expansivo inicial del capitalismo, que encontró expresión en una filosofía confiada en la razón y en el proceso histórico sin límites, siguió un período de estabilización que, desde el punto de vista filosófico y político, concentró la actividad en las universidades y en la explicación de un statu quo considerado como óptimo. Y a este, siguió el período de expansión imperialista, de notable agresividad en cuanto representaba la conservación de las colonias obtenidas y la lucha por un nuevo reparto del mundo. La búsqueda de *super ganancias* espolea a la burguesía internacional. La exclusividad de la productividad ha

desaparecido y en el mundo de los negocios existen múltiples capitales dispuestos a emigrar a las partes más diversas del planeta.

El riesgo económico ha cambiado de naturaleza. Como veremos más adelante, ya no se tratará del problema de un pago único por la operación única, sino una ola ininterrumpida de entregas de dividendos y amortizaciones, que exigen, en las nuevas condiciones dichas, un grado mayor de agresividad y nuevas formas de ataduras para nuestros países.

Lógicamente, el sistema colonial del *capitalismo de libre competencia* cambia de carácter y surge la necesidad de un sistema colonial apto para la nueva etapa monopolística. La lucha por un nuevo reparto del mundo, por asegurarse una participación en el mismo, la más amplia posible; por excluir la competencia ajena y establecer cuando menos zonas definidas de influencia, pasa a ser una de las tareas político-económicas principales de las potencias imperialistas. No en vano la historia de Alemania es la de un país que llegó tarde al reparto del mundo, en la etapa imperialista y, por esa razón, se vio obligado a recurrir a la vía de la guerra para intentar un nuevo reparto.

Bajo este signo es que se explica toda la política extranjera de las grandes potencias. Y bajo este signo es que hay que situar la lucha de nuestros pueblos por el desarrollo y la independencia nacional.

Es importante detenerse alrededor del significado de la *exportación de capitales* más que mercancías, como características del nuevo estadio del desarrollo del capitalismo. Esto es más urgente, cuanto más amplia es la cantidad de literatura apologética que inunda nuestros países, a pesar de ser obvia, no siempre es bien comprendida.

Un ejemplo, sencillo y claro, contribuirá a una comprensión mejor y definitiva del problema. Supongamos que se invierten \$5.000 millones anuales, obteniendo por cada \$5.000 millones, \$10.000 de producto (sea \$2 de producto manufacturado por cada \$1 de inversión en plantas y equipo). Ver el resultado en la tabla siguiente.

---

81 Cfr. Mandel, *Tratado de economía marxista*, T. II, 67-68.

## Flujo de capital y rendimiento anual

Año	Flujo capt. inv. en extranj.	Exist. acumulada al fin de año	Rend. anual
1	5	5	10
2	10	10	20
3	15	15	30
•	•	••	••
•	•	••	••
10	5	50	100

Fuente: Harry Magdoff, *La era del Imperialismo*<sup>82</sup>.

El ejemplo resulta elocuente por sí mismo. Igualmente, resalta la diferencia sustancial entre esta etapa de *exportación de capitales* y la anterior de libre competencia y de colocación de mercancías en el exterior.

América Latina, en este proceso global, tuvo su papel de entidad periférica de un centro metropolitano: primero europeo y luego norteamericano. No pudo escapar, como no podía, de lo que era una fuerza mundial objetiva. Los lazos de dependencia se desarrollaron a pesar de la conquista formal de su independencia política a principios del siglo pasado.

Sin caer en la discusión todavía no resuelta del concepto de dependencia, surgida ante el fracaso del desarrollismo y como complemento directo de las concepciones sobre el desarrollo de los países industrializados (teoría del capitalismo y del imperialismo), motivado por no ser pertinente esa discusión aquí, trataremos de adecuar, a la luz de nuestras propias experiencias nacionales concretas, esa importante categoría en plena elaboración y proceso de delimitación por los nuevos economistas y sociólogos latinoamericanos<sup>83</sup>.

Es preciso dejar de lado la concepción de que el subdesarrollo es un estado anterior al capitalismo, para entenderlo como una consecuencia y, más que tal: condición del desarrollo de este. En sí, consiste en una forma particular de su desarrollo; es capitalismo dependiente. No se trata de una *satelización* —como lo cree G. Frank—, sino, de la conformación de un cierto tipo de estructuras internas que están condicionadas por la situación internacional de la dependencia. Sencillamente, la economía de un cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, situándoseles así en retraso y explotación. Esta relación se funda en definitiva, en una división internacional del trabajo estructurada de manera tal, que otorga a unos un predominio tecnológico y comercial, socio-político y de capital<sup>84</sup>.

La dependencia, pues, no puede verse como un fenómeno externo a una realidad interna independiente. Su existencia condiciona una cierta estructura interna que, a su vez, la redefine en consideración a las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales. Se trata de un proceso dialéctico: la dependencia surge en virtud de cierto condicionamiento interno que se orienta al exterior; y la presencia de este factor en la vida interna, repercute fortaleciendo, impulsando o, en cualquier caso, estructurando las relaciones internas en virtud del condicionamiento externo.

O, como bien señalan Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto,

(..) En cada uno de los tipos de vinculación posibles, según esos factores, las dimensiones esenciales que caracterizan la dependencia se reflejará sobre las condiciones de integración del sistema económico y del sistema político. Así, la relación entre las clases, muy especialmente, asu-

82 Harry Magdoff, *La era del imperialismo* (México: Ed. Nuestro Tiempo, 1969), 13.

83 Cfr. Theotonio Dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, en Helio Jaguaribe et. al., eds., *La dependencia político-económica de América Latina* (México: Siglo XXI Editores, 1969), 174-175 y ss.

84 Dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, 180. Op. cit., obr. cit. Cfr., además. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México: Edit. Siglo XXI, 1969), 23: “En todo caso, la situación de subdesarrollo se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial y luego del capitalismo industrial vinculó a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista. De ahí que entre las economías desarrolladas y subdesarrolladas no solo exista una simple diferencia de etapa o estado productivo, sino también de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución. Ello supone, por otro lado, una estructura definida de relaciones de dominación”.

me en América Latina formas y funciones por completo diferentes a las de los países centrales. En rápido bosquejo podría decirse que cada forma histórica de dependencia produjo un acuerdo determinado entre las clases, no estático, sino de carácter dinámico. El paso de uno a otro modo de dependencia, considerado siempre en una perspectiva histórica, debió fundarse en un sistema de relaciones entre clases o grupos generado en la situación anterior<sup>85</sup>.

Aunque en algunos casos se han hecho ciertas generalizaciones que en el análisis concreto de nuestras sociedades pierden todo valor, acentuándose por razones metodológicas obvias los aspectos novedosos de la categoría. Es lo cierto que el concepto de dependencia ha revitalizado el planteamiento de la problemática latinoamericana en general y, con ello, la nuestra en particular.

Sin embargo, no debe olvidarse que se tiende a señalar de manera un tanto exagerada, el carácter *capitalista* del fenómeno colonial. No se ahonda en las diferencias entre el *capitalismo pre-monopolista* y el *capitalismo monopolista*. Se tiende a identificar los colonialismos capitalista e imperialista, sobre el sustrato histórico erróneo de suponer un desarrollo continuado e ininterrumpido del capitalismo a partir del siglo XVI.

A este respecto, es bueno recordar que en Europa se dio un primer capitalismo que se frustró, entre otras razones, por la ausencia de objetivos comunes y falta de unidad de los grupos oprimidos en las viejas estructuras feudales. Sumado al temor suscitado entre los mismos burgueses ante la participación con reivindicaciones independientes de los sectores populares.

Cuando este primer capitalismo fracasó, se produjo un proceso de corrupción de las ciudades mismas, alemanas, italianas, españolas y francesas, con la excepción única de París que se mantendrá como centro de una nación en transformación. Como dice Jürgen Kuczinski,

hay un período en el cual el feudalismo muestra numerosos síntomas de disolución, sobre todo durante los siglos XIV y XV. En el seno de esta sociedad, en disolución surge una nueva: la sociedad capitalista que se impone hasta llegar a ser la forma económica que imprimirá su propio carácter a toda la sociedad. Luego acaece una reacción que dura siglos, y que en gran parte destruye las nuevas relaciones de producción, anula el progreso económico y da nuevamente auge al feudalismo. Durante siglos desaparece en el continente –exceptuando sus restos– una forma económica a la que pertenece el futuro y que resurgió solo más tarde y de modo distinto<sup>86</sup>.

A excepción de Inglaterra, que es el único país europeo que presenta un desarrollo continuo, desde el primer capitalismo hasta el capitalismo monopolista, en todos los demás tal desarrollo se interrumpió durante un largo período, ocupado por una decadencia del feudalismo que no terminaba y marcado por la ausencia de un empuje revolucionario que no se producía. Sin embargo, es de notar que este desarrollo continuado del capitalismo inglés tuvo la característica adicional de ser el más tardío, pues data del siglo XVI<sup>87</sup>.

Esta situación particular será la que permitirá a Inglaterra adquirir una ventaja de más de un siglo en relación con sus vecinos del Continente. Por lo que refiere a España –que es la que directamente nos atañe– la situación es especialmente característica para justificar el aserto de que Conquista y Colonia fueron en más de un sentido esencial, traslación de instituciones feudales.

En España, primero que, en ninguna otra parte, se dio un intento revolucionario burgués para modificar la estructura feudal; intento que data del propio siglo XV. Pero, como recuerda Aníbal Ponce, “a pesar de que la burguesía española fue cronológicamente unas de las primeras de Europa... lo cierto es que en las luchas que el establecimiento de la monarquía trajo consigo le tocó la peor parte”<sup>88</sup>. Debilitada por

85 Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, 35. Cfr., además, Thetonio Dos Santos, obr. cit., loc. cit., págs. 183 ss.

86 Op. cit., Jürgen Kuczinski, *Breve historia de la economía* (Buenos Aires: Editorial Platina, 1965), 168.

87 Kuczinski, *Breve historia de la economía*, 172.

88 Op. cit., Aníbal Ponce, *Humanismo y revolución* (México: Edit. Siglo XXI, 1970), 146.

la caída de Granada que liquidó buena parte de la producción mercantil en poder de musulmanes, y por la expulsión de los judíos, fue presa fácil de la alianza entre la monarquía y los señores del Reino. Sin mencionar el terror organizado que representó la Santa Inquisición.

Con lo que puede concluirse con Ponce que: “La primera entre todas las burguesías revolucionarias, la española, se lanzó precozmente a desfechar el yugo. Sin la adecuada madurez, quedó más acá de sus propósitos. A remolque del feudalismo, del Rey y de la Iglesia, la extenuada burguesía llevó desde entonces una vida lánguida y marchita”<sup>89</sup>. Esta clase encontraría reflejo no solo en el particular desarrollo histórico español, sino en la estructuración y funcionamiento, tanto institucional y económico, como social e ideológico, de las colonias.

Como se puede observar, existe el peligro de una simplificación histórica en el caso específico de la situación internacional en que surgen a la vida las colonias españolas de América. Simplificación que podría conducir, y de hecho ya ha conducido en algunos casos, a forzar la realidad histórica del período en cuestión para la América Latina.

Por otra lado, algunos autores han tendido a olvidar que el carácter feudal o capitalista de un modo de producción no nace de la forma en que se realiza la plusvalía, pues no es el comercio o no de lo producido donde se encuentra la existencia del capitalismo (ya en la antigüedad la producción de mercancías tuvo una importancia notable). El carácter feudal o no de las relaciones internas de producción debe determinarse a partir de una herencia específica y concreta: el traslado a América de la Edad Media castellana, en punto a estructuración de ciudades, reparto de tierra, utilización de la misma, jerarquización social e ideología. Pero, en cualquier caso, sobre la base de cómo se produce, sobre qué relaciones sociales, etc., y no de la finalidad a que se destine esa producción.

El carácter de las relaciones sociales de producción se localiza –para decirlo de un modo radical que, como tal, no es exacto–, no en la distribución, sino en la producción<sup>90</sup>.

Pese a todo ello, la contribución de la categoría de *dependencia* y del replanteamiento hecho por la vanguardia de la ciencia social latinoamericana, a la teoría del desarrollo y el subdesarrollo, así como a las tareas prácticas mismas de la emancipación nacional, tiene una relevancia indiscutible. Es un magnífico principio heurístico para el desentrañamiento de nuestra realidad y para el ejercicio de una verdadera iniciativa histórica.

Puede decirse que, la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial. Por tanto, es necesario para comprender esta historia, estudiar aquella y viceversa. Solo la comprensión segura de la evolución, y de los mecanismos que caracterizan a la economía capitalista mundial, proporcionan el marco adecuado para ubicar y analizar la problemática de América Latina<sup>91</sup>.

Para tal efecto, América Latina surge como tal al incorporarse al sistema capitalista en formación. Pero al concentrarse el capital a un grado muy elevado, alrededor de 1875, surge el monopolio y aparece la necesidad objetiva de aplicar los capitales fuera de las fronteras nacionales. A diferencia de los créditos externos anteriores, que se movían en operaciones comerciales compensatorias, la función del capital extranjero en América Latina, ha sido la de sustraer, abiertamente, una parte de la plusvalía generada en la economía nacional. Con ello, se incrementa la concentración de capital en las economías metropolitanas o centrales y se alimenta el proceso de expansión imperialista. De otra parte, la aceleración de la industrialización y la urbanización en los países centrales infló la demanda mundial de materias primas y alimentos, dando auge a la economía exportadora latinoamericana. Sin embargo, este auge aseguró una

89 Ponce, *Humanismo y revolución*, 153.

90 Es interesante recordar aquí la polémica entre Paul M. Sweezy, Maurice Dobb y otros acerca del tránsito del feudalismo al capitalismo. Cfr.: Sweezy, Paul et al., *La transición del feudalismo al capitalismo* (Madrid: Edit. Ciencia Nueva, 1967).

91 Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución* (México: Edit. Siglo XXI, S.A., 1969), 3 y ss. Resumimos aquí, algunas de sus tesis fundamentales, por coincidir con nuestro modo de enfocar el problema y por estar plasmadas de manera particularmente concisa y clara.

integración particular al mercado mundial de naturaleza dependiente. Así también, originó la tendencia a asegurar el sector principal de exportación por el capital extranjero, mediante inversiones directas, dejando en poder de las clases dominantes criollas, actividades secundarias de explotación o de explotación del mercado interno.

A diferencia de los países centrales, en los subdesarrollados el mecanismo económico básico deriva de la relación exportación-importación. Aunque obtenida en la economía interna, la plusvalía se realiza en el mercado externo, mediante la exportación y se traduce en ingresos que se aplican, en su mayor parte, en importaciones. El excedente invertible sufre la acción directa de factores externos a la economía nacional.

Si la actividad exportadora está en manos de las clases dominantes locales, esto da cierta autonomía condicionada –por el mercado mundial evidentemente–, en cuanto a las decisiones de inversión. Pero, por lo general, se aplica a las esferas más productivas que son precisamente aquellas que la originan. Con ello se incrementa la tendencia a la monoproducción.

En los casos en que el producto de exportación está en manos del capital extranjero, la plusvalía realizada en el comercio mundial pertenece a capitalistas foráneos. Solo una parte de ella –que varía con el grado de entreguismo de los gobiernos y grupos dominantes de turno– pasa a la economía nacional, por derechos e impuestos. Usualmente esta parte de la plusvalía se gasta en importaciones, gracias a la redistribución entre las clases dominantes, reduciéndose así también el excedente invertible.

La parte que queda en poder del capital extranjero solo se reinvierte en el país, si las condiciones de la economía central lo exigen. Con ello, no solo se susstraen partes sustanciales de la plusvalía, sino que, en los ciclos de depresión de la metrópoli, los efectos de ésta fluyen directamente, en toda su negatividad, hacia la economía periférica.

Con ella, se han producido las siguientes consecuencias básicas:

- a. Se ha creado una economía latinoamericana –a fines del siglo XIX y principios del actual– de índole exportadora, especializada en la producción de unos cuantos bienes primarios.
- b. Una gran parte de la plusvalía creada es drenada hacia las economías centrales –mediante el sistema de precios en el mercado mundial, prácticas financieras impuestas, o por la exportación de beneficios del inversionista extranjero–.
- c. Las clases dominantes locales, tratan de resarcirse la pérdida aumentando el valor absoluto de la plusvalía creada por los trabajadores agrícolas y mineros; esto es, los someten a un régimen de *superexplotación*.
- d. La *superexplotación* del trabajo constituye así el principio fundamental de la economía subdesarrollada, con lo que eso implica, en cuanto a bajos salarios, desempleo, analfabetismo, desnutrición y represión policíaca<sup>92</sup>.

Socialmente, el fenómeno ha encontrado expresión nacional, a lo largo de nuestra historia. Primero el cacao; luego el tabaco y la caña de azúcar; y, sobre la estructura de propiedad creada por estos, el café. Este grano hasta la Segunda Guerra Mundial, y más claramente hasta el proceso integracionista de los años 60, continuó siendo la forma principal de conexión de nuestro país con el mercado internacional; junto con el banano vino a constituir el doble eslabón de nuestra dependencia.

Sin embargo, a partir de la integración centroamericana y coincidiendo con las condiciones histórico-políticas que determinaron las directrices de la llamada Alianza para el Progreso, la tendencia adquirió una manifestación nueva y particular. De hecho, se vio el intento del capital internacional de modificar la base social de su apoyo tradicional en el continente. Fue

---

92 Cfr. Marini, *Subdesarrollo y revolución*. Hemos reproducido in extenso los conceptos de dicho autor no solo por el mérito de su concreción y claridad, sino porque al lector nacional y centroamericano no le será fácil tener acceso, en general, a dichos autores no oficializados en lenguaje esotérico, ni ajenos a la praxis.



sustituida por una nueva que reflejara mejor el nuevo lazo de dependencia creado, ya no a nivel del mercado internacional y de la economía de enclave, sino al de la estructura productiva misma del país y, en general, del área centroamericana.

Ya la Alianza para el Progreso, como se dijo, había expresado sintomáticamente esa tendencia de la política exterior norteamericana, orientada a establecer su apoyo social en el hemisferio, ya no en los grupos agropecuarios tradicionales, sino en un sector nuevo, dinámico y moderno, capaz de encabezar el proceso de *modernización* de estos países. Estos elementos, jóvenes y activos de las sociedades latinoamericanas, fueron conscientemente concebidos por la política exterior estadounidense como un objetivo político, sin que ello implique en modo alguno renunciaciones prematuras al apoyo social tradicional, ni a intentar alguna simbiosis política entre ambos estratos sociales<sup>93</sup>.

El fenómeno, sin embargo, tiene raíces históricas más profundas, que dicen de la expansión del capital norteamericano en todo el mundo, particularmente en América Latina a partir de la postguerra.

En ese período, el incremento en el capital norteamericano resulta evidente como se muestra en la siguiente tabla de inversiones en el extranjero:

**Inversiones en el extranjero  
(millones de dólares)**

Año	Inversión	Año	Inversión
1940	12.275	1957	54.388
1945	16.818	1958	59.335
1950	32.844	1959	64.852
1955	44.947	1960	71.497

Fuente: Claude Julien, *El imperio americano* (México: Grijalbo S.A., 1969), 232<sup>94</sup>.

Nótese cómo en el período 1945-1950 se duplicó el nivel anterior de inversión extranjera. Junto con

otros factores, explica que la *renta anual* neta media pasara de \$1.000 en 1929 a \$1.500 en 1952. Conforme el hecho histórico de que las dos guerras mundiales han sido un magnífico negocio-medicina para la economía estadounidense, que antes, durante y después de cada conflicto bélico, ha mantenido las economías latinoamericanas atadas a su carro económico y militar, como fácil receptáculo donde trasladar los vaivenes de la situación internacional.

Esa nueva política del capital norteamericano más que a una confabulación consciente —lo que no excluye, sino que más bien cimenta una racionalización del asunto, manifestada en planificación política y económica—, obedece a factores objetivos propios de la estructura productiva de los Estados Unidos.

En ese sentido, después de la Segunda Guerra Mundial, el capital norteamericano inició un período de expansión creciente que, con diversas alternancias, no solo se mantiene en la actualidad, sino que se ha incrementado. Ha invadido las zonas subdesarrolladas de todo el globo, sin detenerse en el desplazamiento de sus socios imperialistas, y también penetrando las ciudadelas de esos viejos imperios coloniales de capitalismo tardío (Inglaterra, Europa en general, etc.). El libro de Jean-Jacques Servan-Schreiber<sup>95</sup> tiende a reflejar, periodísticamente, dicho fenómeno.

Sin embargo, esa expansión, con ser universal, adquiere características propias al entrar en contacto con las zonas subdesarrolladas. Tanto por lo que hace a los dividendos que obtienen tales inversiones, como por lo que se refiere al destino de los mismos (en su mayor parte financian la inversión norteamericana en Europa), aunado al significado de la inversión norteamericana en el contexto del desarrollo económico latinoamericano.

Respecto a ese aspecto, se tiene que:

a. El volumen de la inversión norteamericana en América Latina, ha tenido un incremento extraordinario, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Pero tal expansión no se limita exclusivamente a

93 M. F. Millikan y D.L. M. Blackmer, ed., *Las naciones que surgen. Su desarrollo y la política de los Estados Unidos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1961).

94 Claude Julien, *El imperio americano* (México: Grijalbo S.A., 1969), 232.

95 Op. cit. Jean-Jacques Servan-Schreiber, *El desafío americano* (Barcelona: Plaza & Janés S.A., 1968).

Hispanoamérica, sino que se ha proyectado a Asia, Oceanía, África y Europa, dentro de una estrategia mundial de inversión, provocando una importante contracción de sus competidores internacionales.

La tabla siguiente pone en evidencia tal situación, en un factor tan esencial como la industria petrolera y el control de reservas en el Medio Oriente:

**Reservas petroleras en Medio Oriente**  
**Estimación reservas controladas**  
**(miles millones barriles)**

Países	1940	% total	1967	% total
	Cantidad		Cantidad	
Gran Bretaña	4.3	72.0	73.0	29.3
Estados Unidos	0.6	9.8	146.0	58.6

Fuentes: 1940: A Financial Analysis of Middle Eastern Oil Concessions, N.Y. 1966-1967?, *Oil and Gas Journal*, 25 de diciembre, 1967<sup>96</sup>.

Esto se ve mejor, en una tabla comparativa de las inversiones extranjeras de los países capitalistas más desarrollados y la participación de los Estados Unidos en tal inversión global. Veamos:

**Inversión extranjera de países capitalistas desarrollados**

Países	Año	Año	Año
	(por cientos del total)		
	1914	1930	1960
Reino Unido	50.3	43.8	24.5
Francia	22.2	8.4	4.7
Alemania	17.3	2.6	1.1
EE.UU.	6.3	35.3	59.1

Fuente: W. Woodruff, *Impact of Western Man*, New York 1966<sup>97</sup>.

Si se toma en cuenta que la exportación de capitales (sinónimo de inversión extranjera) determina la etapa actual del capitalismo y conlleva toda una orientación política, social e histórica, se comprenderá la trascendencia del cuadro que antecede para los países subdesarrollados, que somos los que suplimos “Las tres cuartas partes de los materiales importados incluidos en el programa de almacenamiento” del gobierno de los Estados Unidos<sup>98</sup>.

b. Aparte del volumen mismo de la inversión, se da el hecho de gran significado económico e histórico (que demuestra, de otro lado, lo utópico de la concepción de algunos políticos de nuestros países, que cifran la esperanza del desarrollo en una modificación de ciertas prácticas económicas internacionales), el cual consiste, como ocurrió con el período colonial, en las exacciones en oro y plata físicos, sacadas de la América Latina para Europa. La financiación de la inversión norteamericana en el continente europeo, África y Oceanía, proviene de los beneficios obtenidos de América Latina y Asia, según se desprende de la tabla siguiente:

**Inversiones y beneficios de EE.UU.**  
**en otros continentes**  
**(en millones de dólares)<sup>99</sup>**

Inv. y benef.	Continente				
	Europa	África	Oceanía	Amér. Lat.	Asia
Inv. Nuev.	8.571	1.071	932	1.251	1.374
Benef.	3.748	657	398	5.297	6.528
	-4.823	-414	-534	4.046	5.154
	-5.771			9.200	

Como se ve, las superganancias que Estados Unidos obtienen en Asia y América Latina, los facultan para penetrar económicamente y allegar a su dominio, la economía europea y la de África y Oceanía.

96 Cit. por Magdoff, *La era del imperialismo*, 51.

97 Magdoff, *La era del imperialismo*, 67.

98 Magdoff, *La era del imperialismo*, 60.

99 Julien, *El imperio americano*, 252.

“Según el *Economic Survey of Latin América* de 1951-1952, página 107, las inversiones de capitales extranjeros experimentaron en América Latina, de 1945 a 1951-1952, un incremento neto de dos mil millones de dólares. Esto, a los impulsores de la tesis de que la inversión del exterior es el único camino para alcanzar el desarrollo puede parecerles beneficioso e indispensable. Solo que, como contra partida, según señala dicho informe, la repatriación de dividendos, intereses, etc., se elevó a 5.800 millones de dólares”<sup>100</sup>.

¿Acumulación de capital, desarrollo económico, excedente productivo sobre esas bases? Si a eso se suma el comercio inequivalente y las pérdidas de la región por los precios internacionales de sus productos básicos de exportación, se verá lo intransitable de ese camino para quien quiera en verdad desarrollar económicamente y liquidar la dependencia endémica de nuestros pueblos.

No es de extrañar, entonces, que entre “1955-1965, el endeudamiento externo de América Latina pasara de 4.300 millones a 11.600 millones de dólares y la incidencia de los servicios de la deuda sobre las exportaciones (pasara) del 5% al 15%”<sup>101</sup>.

Es interesante señalar que ese proceso general de Latinoamérica, ha tenido particular fuerza en el caso centroamericano. James D. Cochrane estimaba que la nueva inversión directa extranjera en América Central, incluyendo la reinversión de utilidades, antes de poderse sentir los efectos del Mercado Común en el año 1960, fue de un monto ligeramente superior a \$17 millones. En 1965-1966 las estimaciones situaban la afluencia anual en alrededor de \$50 millones<sup>102</sup>. El grueso de la inversión privada extranjera se ha concentrado en el industrial centroamericano. La inversión privada local parece seguir abundando, en su mayor parte, en operaciones industriales de pequeñas a medianas proporciones y de naturaleza tradicional, según opina Roger H. Hansen<sup>103</sup>, citado por Miguel S. Wionczek<sup>104</sup>.

Es interesante y necesario insistir en ese punto. Para ello, basta ver la tabla siguiente sobre las inversiones directas norteamericanas en Centroamérica –valor en libros en millones de dólares U.S.–, durante los años 1960-1965-1968. Esto con la advertencia de que se trata de valor inferiores a los reales y, que se excluye otras formas encubiertas de penetración económica norteamericana, como es el caso de los préstamos atados, etc.

**Centroamérica: valor en libros de las inversiones directas norteamericanas 1960-1965-1968. Millones de US\$**

Concepto	Año		
	1960	1965	1968
TOTAL	342	453	593
Minería y fund.	6	5	6
Petróleo, incl. Refin.	59	117	151
Manufactura	12	49	103
Serv. Públicos	136	136	129
Comercio	16	28	42
Agricult. y otras activ.	124	18	162

Fuente: U.S. Department of Commerce. Office of Business Economics<sup>105</sup>

c. Aparte de otras consideraciones en las que no podemos entrar aquí, resalta el hecho de que tal volumen de beneficios, unidos a los producidos internamente, haya determinado modificaciones importantes en el funcionamiento del capital monopolista norteamericano, entre las que conviene subrayar el grado de liquidez alcanzado por las grandes corporaciones.

Tal liquidez ha dado origen a un fenómeno que nos perjudica directamente: la aparición del llamado conglomerado geográfico-funcional. Es claro que no se puede entrar en un análisis detallado de ese fenómeno, porque es materia que sale del propósito de esta

100 Cfr. Mandel, *Tratado de economía marxista*, T. II, 97, nota.

101 Ferrer, “Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales”, 91.

102 James D. Cochrane, “The Politics of Regional Integration: The Central American Case”, *Tulane Studies in Political Science*, n.º 12, (1969): 261-262.

103 Roger H. Hansen, “Central America: Regional Integration and Economic Development”, *Studies in Development Progress*. National Planning Association, n.º 1 (1967): 42-43.

104 Cit. por Wionczek, “La inversión privada norteamericana y el desarrollo de Mesoamérica”, 754.

105 Cit. por Wionczek, “La inversión privada norteamericana y el desarrollo de Mesoamérica”, 754.



investigación y que requiere, por sí misma, un análisis ulterior. Por ahora, bastará con consignar algunos conceptos esenciales de la cuestión, que clarifiquen su significado en la política exterior norteamericana para la América Latina. Estos términos deben de servir de elemento de juicio para comprender, en toda su hondura, nuestra afirmación, que es hecho real, comprobable empíricamente, y propósito político claramente enunciado: que el nuevo sector gerencial, ejecutivo o asociado minoritario, en la producción manufacturera, es la base social sobre la cual pretende asentarse el dominio del capital estadounidense. Ya no es en enclaves aislados y en el comercio exterior, sino directamente —además y básicamente—, en la estructura productiva en América Latina.

La liquidez creciente alcanzada por las grandes corporaciones después de los años 50, permitió al grupo más importante de ellos invertir en aquellos renglones más productivos, formaran parte o no —horizontal o verticalmente— del campo de acción de la empresa. La adquisición, pues, de las empresas más rentables, en un momento dado, aunque su objeto fuese sustancialmente disímil, facilitó una inversión segura, eficaz, ventajosa y susceptible de compensar deterioros en otras inversiones de la gran corporación. Surge así, con esta modalidad de inversión, una organización que aglomera diversas empresas, en virtud de su capacidad financiera y exceso de liquidez, de actividades económicas diversas —de ahí su diversificación—, pero fuertemente concentradas en un centro único de poder de decisión y planificación: la dirección suprema del conglomerado o empresa.

Hay diferenciación funcional, es cierto. Estamos en presencia de entidades que invierten en los más diversos campos y que se adueñan de las empresas o negocios más prósperos. Pero, el centro supremo de decisión económica y política sigue siendo uno.

Ahora bien, a la diferenciación funcional —que da múltiples ventajas, entre las que destaca su flexibilidad—, en el caso de América Latina, se viene a agregar la dispersión geográfica. Con ello surge una gran unidad multifuncional y multigeográfica, que expre-

sa un nuevo grado superior de concentración económica y política capitalista<sup>106</sup>.

Si ya la diversificación funcional del conglomerado implicaba una agravación de los aspectos negativos del monopolio, el agregado de *dispersión geográfica* con que se reviste en América Latina, hace más agudo el problema y más trascendentes sus consecuencias, puesto que permite aplicar en zonas geográficas amplias, la experiencia alcanzada en un determinado país, etc.

A lo anterior, que ya de por sí es notablemente grave para nuestros países, por el descabezamiento constante que implica de las industrias nacionales que se perfilan como exitosas (el llamado *takeover* del que en repetidas ocasiones, con notable timidez, se han ocupado los economistas burgueses en Centroamérica), se viene a sumar el aspecto cuantitativo del fenómeno, que acentúa su gravedad y trascendencia.

En efecto, en 1962, las 1000 empresas industriales más grandes de los Estados Unidos controlaban las tres cuartas partes de las ventas totales; en América Latina —hacia 1950— las 300 empresas norteamericanas más grandes, participan del 90 % de las inversiones hechas por los grupos de empresas pertenecientes a ciudadanos norteamericanos.

Actualmente, las empresas extranjeras, que dominan en su mayoría los conglomerados norteamericanos, controlan hasta el 75 % —en Centroamérica se calcula el 85 %— de las industrias que encabezan el proceso de desarrollo en América Latina. Esas industrias dinámicas, crecen de dos a cuatro veces más rápidamente que el conjunto de la economía de la zona<sup>107</sup>.

Como ha señalado Aldo Ferrer, director del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), el papel de las corporaciones internacionales en el desarrollo de los países en que operan, comporta diversos grupos de problemas que inciden negativamente en el desarrollo:

106 Cfr. Celso Furtado, "La Concentración del poder económico en Estados Unidos y sus repercusiones en América Latina", *Revista Comercio Exterior*, n.º 8 (1969): 606 y ss.

107 Furtado, "La Concentración del poder económico en Estados Unidos y sus repercusiones en América Latina", 607.

- a. Restricciones impuestas por las casas matrices a las exportaciones de sus subsidiarias.
- b. Papel de estas últimas esencialmente pasivos en la generación de nuevas técnicas.
- c. Incidencia negativa en la distribución del ingreso. Pero principalmente
- d. La cuestión es “si cada comunidad nacional tendrá la capacidad y el poder suficiente para decidir acerca del rumbo de su desarrollo o si, por el contrario, las decisiones correspondientes a los principales sectores industriales serán tomadas por centros de poder económico ubicados fuera de las fronteras de cada país. Este problema de la enajenación de los centros de decisión se plantea con real vigencia a partir del momento en que comienza a debilitarse el proceso de sustitución de importaciones y se presenta la necesidad ineludible de exportar manufacturas para superar el estrangulamiento externo y facilitar la continua integración de los perfiles industriales. Es vital saber, pues, quién tomará esas decisiones y atendiendo a qué motivaciones. Si serán los núcleos responsables de cada país buscando promover las aspiraciones de su comunidad nacional, o centros de decisión colocados fuera de sus fronteras que deciden en respuesta a su estrategia global de desarrollo”<sup>108</sup>.

La respuesta, en el caso centroamericano, ha sido bastante adelantada, por lo que a nuestro país se refiere. Las decisiones básicas, la política fundamental, etc., evidentemente no son tomadas por nuestros grupos responsables, sino por las casas matrices.

El desarrollo de estas gigantescas corporaciones internacionales compromete seriamente todo el esfuerzo integracionista en nuestros países, dada la importancia predominante que las mismas adquirirían en el mercado regional, lo que comportaría, como se dijo, una pérdida de control sobre cuestiones básicas de la economía nacional. Con ello, se agudiza la tendencia a convertir el desarrollo industrial —como

es prácticamente el caso en Centroamérica—, en una actividad periférica dependiente de un centro de desarrollo ubicado en el exterior.

El proceso integracionista, se ha dicho, favorece esa tendencia al fortalecimiento de las grandes corporaciones internacionales del área. Pero, aunque ello es cierto, y es dable esperar tal fortalecimiento con la creación del mercado latinoamericano, eso no debe llevarnos a un rechazo simplista del proceso integracionista. Como dice Aldo Ferrer:

La experiencia latinoamericana y el comportamiento de las corporaciones internacionales otorgan sólidos fundamentos a este tipo de análisis. Sin embargo, éste no tiene suficientemente en cuenta la significación dinámica de la integración regional para el desarrollo de nuestros países, y, sobre todo, la posibilidad, al menos en el plano técnico, de ejecutar un proceso de integración conducido por los latinoamericanos y que compatibilice las aspiraciones de desarrollo nacional de cada país con la formación del mercado regional<sup>109</sup>.

Para ello, es preciso la existencia de por lo menos cierto sector industrial nacional que sustente de algún modo esa posibilidad. En nuestro caso —y me atrevería a generalizar mucho más allá—, resulta obvio que la integración económica, bajo la égida de los grandes consorcios internacionales, no tiene futuro ni perspectiva. El problema de la integración se ha mostrado más que técnico, político. En cuanto a ello, es problema de un nuevo bloque de fuerzas en el poder que impulse el mismo por una ruta de desarrollo independiente y de consolidación nacional. Esto es, por un camino completamente diferente al seguido hasta ahora, por lo menos a nivel centroamericano.

Surge así un proceso de penetración del capital norteamericano, que va a afectar directamente a la estructura productiva misma de América Latina, susceptible de crear en un plazo relativamente corto, una modalidad de integración con la economía norteamericana, nefasta para la perduración de nuestros pueblos y Estados, como entidades con fisonomía,

108 Ferrer, “Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales”, 101.

109 Ferrer, “Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales”, 89.

perspectivas y estructuración propias. Baste pensar que las decisiones económicas que tomen tales conglomerados, afectarán directamente a varios países o zonas geográficas y a industrias dinámicas que encabezan el desarrollo económico. Tales decisiones se harán atendiendo las necesidades y perspectivas totales del conglomerado, vistas y sentidas desde y como metrópoli, al margen de las necesidades y planes del sector periférico donde se pondrán en práctica. Un factor esencial que, con ello, tiende a escapar del ámbito político-económico nacional. En ese sentido, de manera fundamental, se amenaza la ya muy quebrantada independencia y soberanía nacionales.

Por ese camino, en todo caso, no puede estar la solución a la dependencia y el subdesarrollo de América Latina, máxime que, la industrialización del área tiende a consagrar una división internacional. Esta, no obstante estar localizada en el campo de la manufactura, perpetúa bajo esta nueva forma nuestra dependencia. Tal división nos condenaría a una producción manufacturera liviana y a una importación de bienes industriales básicos, que nos hará depender aún más del mercado internacional y profundizaría las causas de nuestra dependencia.

Queda claro, entonces, que la política exterior de los Estados Unidos, como no podía ser de otra manera,

tiende a satisfacer las necesidades de esos conglomerados y requiere, ahora que sí se necesitan mercados crecientes en América Latina, una nueva base de apoyo social. Esta no puede ser el sector agropecuario tradicional, que sustenta su poder en una estructura agraria perimida, ni tampoco los sectores industriales independientes y criollos, que a nivel de competencia con el conglomerado —dado los problemas financieros y otros que existen—, solo cuentan con la alternativa de la ruina o la absorción.

Con ello, el grupo de la burguesía gerencial, asociada o ejecutiva, pasa a ser el objetivo político principal del capital extranjero para cimentar una base social que sustente sus intereses en toda el área, identificándolos, siempre y en todas partes, con el supremo interés nacional.

En Costa Rica, ese fenómeno ha quedado más que evidenciado en cuanto a la importancia del nuevo grado gerencial en la economía del país. Si vemos la composición del valor bruto de la producción industrial en los años 1960-1965-1968-1969-1970, se demuestra la participación aplastante de capital extranjero, con el norteamericano a la cabeza. De esta manera, se logra divisar con claridad la gravedad del problema para Costa Rica.

Veamos la tabla siguiente:

**Valor bruto producción industrial  
(millones de colones)**

Industria	Año				
	1960	1965	1968	1969	1970
Total valor bruto	1.256.3	1.803.8	2.557.3	2.796.0	3.188.1
Manufac. prod. alimenticios	741.6	858.1	1.228.6	1.317.3	1.571.3
Ind. bebidas	78.7	113.9	132.7	156.3	183.0
Ind. sustancias y productos químicos	55.4	154.7	204.7	229.4	247.7
Construcción maquinaria, aparatos y accesorios eléctricos	4.8	14.2	34.4	40.0	43.0
Prod. papel	4.8	26.9	47.7	47.8	58.7

Fuente: Banco Central de Costa Rica. Los datos de 1970 son preliminares<sup>110</sup>.

110 Cfr. *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1.020 (San José, 12 de junio de 1970) e *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1.065 (San José: 5 de 29 de abril de 1971).

En 1969 el valor de la producción industrial creció en 9.4 % con relación al año precedente, el cual es “ligeramente superior” al observado en el período 1960-1968, e inferior al de 1968. Por un lado, en ese año se logró un aumento del 14.5 % en el cotejo anual. Por otro lado, la tasa promedio de crecimiento en el lapso 1960-1965 fue de 7.5 % en tanto la del lapso 1965-1969 fue de 11.6 %. La razón que se indica en el informe para esta situación, no puede ser más elocuente: en primer término, la promulgación de la Ley de Protección y Desarrollo Industrial —causa fundamental del desbalance fiscal del país—; y, en segundo término, la apertura del Mercado Común Centroamericano.

En el informe se señala la modificación sustancial en la estructura productiva industrial, debida, dice, “al rápido desarrollo de algunas actividades no tradicionales, como por ejemplo, la de productos químicos que ha cuadruplicado su producción entre 1960 y 1969, y el inicio de la producción nacional de artículos tales como cemento, derivados del petróleo —que resultó, agregó yo, ser negocio escondido de la Allied Chemical—, plásticos, artefactos eléctricos, llantas, medicinas, etc.”<sup>111</sup>.

Para entender apropiadamente lo que indica el informe al que estamos haciendo referencia, y situarlo en el contexto social que nos interesa, se debe vincular con el dato que se indica a continuación y que aclara bastante todo. Según información del Banco Central de Costa Rica, de enero de 1970, el año anterior —1969—, un total de 76 empresas industriales iniciaron la producción o ampliaron sus instalaciones. Entre las primeras destaca la planta de la firma Scott Paper de Costa Rica S.A., que instaló un moderno molino para producir rollos gigantes de papel, papel higiénico, toallas y servilletas. Dicha empresa destinará gran parte de su producción hacia el exterior. En el mismo documento, se señala: “La firma Merck Sharp and Dohme inauguró sus modernas plantas para producir medicinas, las que se expenderán tanto en el mercado local como en Centroamérica y otros mercados”. Y se añade más adelante: “Entre las que ampliaron sus instalaciones industriales, cabe citar a

las firmas Costa Rica Cocoa Products, Polymer, Atlas Eléctrica, Yoshida de Costa Rica Ltda., National Centroamericana, etc.”<sup>112</sup>.

Si a esto sumamos la absorción de la Panadería Schmidt, Numar y Polymer pertenecientes a la United Fruit Co., Pfizer, Pozuelo (absorbida por la Grace), Firestone, Crown Cork, la Refinadora de Petróleo que resultó ser una propiedad *discretamente velada* de la Allied Chemical, según se indicó líneas atrás, podemos tener un cuadro completo de la evidente sucursalización de nuestra economía y del incremento de nuestra dependencia externa.

Nótese cómo ninguna de estas industrias faculta la menor posibilidad de un desarrollo independiente; ya no solo por la propiedad de las empresas, sino por la actividad económica de tales industrias. En cualquier caso, es demostrativo del papel y lugar que en ese contexto corresponde al nuevo sector gerencial directamente a sueldo del capital extranjero.

Un año después, el Banco Central informó, al adelantar los datos preliminares al año 1970 —que se incluyen en la tabla “Valor bruto de la producción industrial”—, que el valor bruto de la producción del sector manufacturero en el último año citado se expandió a una tasa del 14.0 % con respecto al año anterior. Para ello, afirma el Banco, influyó el inicio de operaciones de importantes productoras de artículos alimenticios, bebidas y papel. Sumado al hecho de haber alcanzado el nivel normal de operación nuevas plantas e importantes ampliaciones terminadas a fines del año 1969. Esto último provocó en 1970 un incremento en la oferta de productos medicinales y farmacéuticos, desinfectantes para el hogar, cementos, plásticos y refrigeradoras.

Desde el punto de vista del mercado, el Banco atribuye el rápido desarrollo de la industria en los últimos cinco años, a la ampliación del mercado centroamericano, lo que necesariamente encontró un reflejo directo en la participación de las ventas industriales en el sector externo. Señala cómo mientras en 1962 el volumen exportado alcanzó \$2 millones, con un por-

111 Cfr. *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1.020 (San José, 12 de junio de 1970).

112 *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1000 (San José: 19 de enero de 1970).

centaje de solo el 3 % del total de las exportaciones nacionales, se elevó a \$53 millones, con una participación total del 23 %. Claro que si observamos que la construcción de maquinaria y de aparatos eléctricos fue entre 1960-1970, nueve veces mayor, al igual que las ramas dedicadas a la fabricación de productos metálicos, construcción de maquinaria no eléctrica e industrias diversas; asimismo, que la fabricación de productos químicos y de caucho se cuadruplicaron y quintuplicaron, respectivamente, en el decenio, si salta la pregunta sobre la participación de los consorcios internacionales en tales industrias, veremos que la tesis aquí sustentada se encuentra plenamente justificada por los datos económicos mismos<sup>113</sup>.

Por otro lado, la política de endeudamiento externo, orientada a satisfacer el desequilibrio fiscal —originado en la política suicida de exoneraciones de aduana e incentivos fiscales a la industria, etc., y al crecimiento burocrático, que absorbe una clientela política sin perspectiva en la estructura productiva del país— ha determinado una dependencia angustiante y amenazadora. Ha sido un factor económico-político más, para fortalecer las posiciones del nuevo grupo gerencial. Durante los últimos años, el saldo de la deuda pública ha mostrado un constante ascenso. Del 31 de diciembre de 1963 a igual fecha de 1967, el saldo de la deuda aumentó en 494.0 millones de colones, al situarse en el último año en 1.236.0 millones<sup>114</sup>.

De este aumento el 14.7 % correspondió a la deuda externa, crecimiento que “se vio influido, principalmente, por el rubro empréstitos, que mantuvo una tendencia ascendente, sobresaliendo el cambio de 29.3 millones entre los años 1964-1965, el cual contribuyó al ascenso promedio anual que fue de 20.1 millones. Esto hizo que el servicio de la deuda absorbiera el 10.3 % del presupuesto nacional ordinario de 1968<sup>115</sup>.”

La existencia del nuevo grupo gerencial hace gravitar sobre el país, no solo su peso específico de grupo ascendente al servicio del capital extranjero, sino el lastre total de las relaciones de dependencia en el

nivel nuevo y superior en que se proyectan sobre el continente en general y Centroamérica en particular.

No solo se le abre la perspectiva histórica real de un cierto desarrollo industrial —no importa su significado global, sus limitaciones, etc.—, sino que la política de empréstitos, las crisis fiscales, el fortalecimiento de la influencia de los conglomerados en América Latina, etc., coadyuva a su desarrollo y a hacer más onerosa su vigencia en la vida social y política del país.

Pero, de otro lado, lo hace aparecer como el grupo clasista más seguro como aliado, para los grandes intereses políticos, económicos y financieros, internacionales. Lejos de presentar las deficiencias de las viejas clases agro-exportadoras, vinculadas a estructuras agrarias perimidas, luchando por la conservación de privilegios sociales y políticos, etc., este nuevo grupo impulsa un tipo de modernización que constituye, literalmente, la ancha vía que requiere el gran capital internacional para terminar de penetrar nuestras economías.

*e) No es una burguesía auténticamente nacional.*

Esta característica de la nueva burguesía gerencial resulta inevitable para ella. Ni su asiento económico, ni la trayectoria de la empresa, ni las perspectivas de la misma, ni la filosofía que impulsa su gestión, encuentran una raigambre nacional verdadera. Su existencia y aparición en el país, es casual en cuanto al sitio donde surgió y el titular que la representa, aunque necesaria en el contexto más amplio de los requerimientos económicos del desarrollo industrial financiero de los Estados Unidos. Lejos de expresar un desarrollo a partir de fuentes criollas, constituye una irrupción que forma parte de un proceso más amplio, de distinta naturaleza y una etapa muy diferente de crecimiento.

Los problemas referentes a una auténtica economía nacional, base de una fisonomía propia, le son ajenos por naturaleza. La protección de una economía y de unos rasgos nacionales propios, constituyen *per se* un

113 Cfr. *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1065 (29 abril de 1971).

114 *Memoria Anual del Banco Central de Costa Rica* (San José: Imprenta Antonio Lehmann, 1968), 99 y 100.

115 *Memoria Anual del Banco Central de Costa Rica* (San José: Imprenta Antonio Lehmann, 1968), 99 y 100.

enfrentamiento originario con los intereses extranjeros. Una burguesía así no puede jugar –y de hecho no juega– más que un solo papel: la de avanzada social del adversario histórico de nuestra nacionalidad. Sobre esas bases, la herencia cultural, política y jurídica de nuestro país, no es más que una rémora inservible a la que hay que mantener bien enterrada bajo las fuertes baldosas de la ignorancia y bien sellada con la argamasa de los lirismos de la demagogia.

Una burguesía nacional, por su naturaleza, demuestra cuando menos cierta manifestación económica de la territorialidad. En el caso del sector gerencial no es que la *territorialidad*—concebida como defensa excluyente de un coto concreto de actividad— no exista. Solo que existe completamente marginada de la herencia cultural-social nacional.

En la competencia de los grandes consorcios extranjeros con sucursales en el país, ese acervo rico y actual, no tiene ningún papel que jugar. Ni en el pasado, ni en el futuro. Por lo que hace al presente, ¿no es cierto que casi se le ha llegado a mirar como el gran vicio o pecado que no terminamos de purgar las generaciones actuales?

El desarrollo industrial que en otras partes cimentó el fortalecimiento de las instituciones democrático-burguesas, en el caso concreto de Costa Rica, donde hubo ese desarrollo bastante avanzado, atenta contra él, en la medida en que no facilita una participación popular en las instituciones nacionales, por un desarrollo económico independiente, por una configuración auténtica de nuestra nacionalidad.

Por eso la conclusión es irrefutable: estamos ante un sector burgués que ni es burguesía propiamente dicha ni es nacional, ni logrará nunca un desarrollo económico para nuestro pueblo, que supere la dependencia y el subdesarrollo.

Es el camino y la gestión social frustrada a que ha conducido a nuestro pueblo el gran capital internacional. Camino que –¡Oh paradoja de paradojas!– reúne en un solo haz de corazones, a algún burgués

reformista y a más de un revolucionario frustrado, que cree que es de ahí de donde surgirá la clase obrera que, como “último” elemento, le hace falta para aplicar su mal aprendida receta.

Otros sectores de la burguesía criolla, toman el camino abierto del servicio al creciente y renovado poder neo-colonial. Adquieren, así, las características sintetizadas por Frantz Fanon:

Exigirán ocupar los puestos visibles y figurativos. Su misión histórica se descubre como la de ser intermediario. No se trata de transformar la nación sino de servir de correo de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje. Se complacerán con jugar, sin complejos y con alarde de dignidad, el papel de agente de negocios de la burguesía metropolitana. Su estrechez de visión, su ausencia de ambición nacional, su espíritu ganancioso, mazizapero y pequeño, simbolizan su incapacidad para cumplir el papel histórico de burguesía. No aparece por ningún lado el mérito de la burguesía metropolitana. Papel de adelantado, de inventor, de descubridor de mundos. Los domina el espíritu de disfrute, asimilándose, psicológicamente, a la burguesía metropolitana, cuyas enseñanzas han absorbido en sus aspectos negativos y decadentes. Con ello, se inician en donde terminan las burguesías metropolitanas. No por saltar etapas, sino porque comienzan por el final. Son seniles y caducas, sin haber pasado por la intrepidez y energía de la adolescencia. Su decadencia la acentúa la burguesía metropolitana al presentarse como turista enamorada de lo exótico, lo que mueve a más de un criollo a organizarle centros de descanso y diversión, llamando a esta actividad turismo, y asignándole pomposamente el calificativo de “industria”. Con todo ello, estos elementos extremos de la burguesía entreguista criolla, se transforman en organizadores de fiestas para la burguesía metropolitana y se reducen a gerentes de disfrute de los señores de las empresas imperiales<sup>116</sup>.

---

116 Op. cit., Frantz Fanon. *Los condenados de la tierra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1965), 139 y 141.



A pesar de ello, este sector solo es expresión caricaturizada –o hiper gigante– de las características subyacentes en el *socio* criollo del capital extranjero. No es más que un anticipo de todo un destino histórico, en virtud del desarrollo objetivo mismo de su actividad económica y social.

Esto hace crucial el problema del eventual triunfo socio político de esta clase, de su enfrentamiento con el sector agropecuario tradicional y, más que todo, de las tareas políticas de las fuerzas democráticas.

## 2. Encrucijada histórica de la burguesía agro-exportadora tradicional

La burguesía agroexportadora tradicional se encuentra cerca de una disyuntiva que cada vez tenderá a agudizarse más. En primer lugar, ha demostrado un agotamiento total en el campo ideológico. Desde este ángulo, el sector agro-exportador liquidó su arsenal desde hace muchos años. Subsiste lo que de auténtico legó al liberalismo criollo, pero más que todo como parte de una cultura universal y de una situación política que tiende a convertirse en indeseable para toda la clase dominante en su conjunto. No se da, en absoluto, una estructuración sistemática de ideas, que refleje aproximadamente la situación económica y social del país y le dé una interpretación coherente, con algún sentido determinado.

También aquí la pobreza es sorprendente, aunque el ansia de la búsqueda –por lo menos en algunos– es auténtica. “Si de veras hubiera liberalismo”; “si de verdad funcionara una economía de mercado”, etc., reflejan la inconsistencia esencial del planteamiento, que mira las cosas como si estuviéramos años antes de la Revolución Francesa.

Es claro que buena parte de los problemas de nuestros países nacen no a consecuencia del capitalismo, sino de la falta de un desarrollo capitalista pleno, no deforme y dependiente como el que tenemos. Es claro, también, que el contenido de nuestra revolución

continúa siendo, en esta etapa, burgués-nacional. Pero de eso, a pasar a creer que es posible en la época de los grandes conglomerados internacionales y de su penetración de las estructuras productivas nacionales, llegar a desarrollar el capitalismo de libre competencia y liberal, es ingenuidad y utopía en el mejor de los casos.

Olvidan lo que es un hecho histórico real. No ven que en nuestra época

caducó la noción de mercado competitivo, que sobrevive hoy en los manuales a título de mero caso excepcional. Ya se admite como cosa manifiesta que la gran empresa controla sus precios y su producto, lo que quiere decir que dispone del poder asociado con el vendedor único, o monopolio, con un grupo reducido de vendedores, u oligopolio, o con algún rasgo único de su producto o el servicio que suministra, rasgo que lo protege de la competición en el mercado. Solo los defensores profesionales del sistema de la libre empresa, miembros de un gremio decadente y pobremente pagado, siguen argumentando el valor y la existencia de la regla de la competición en el mercado, prueba, dicho sea de paso, a la que sus clientes no se someten nunca<sup>117</sup>.

No menos significativo es el hecho de que este sector trata de remozarse con experiencias en un todo ajenas a nuestro medio y omitiendo factores reales que determinaron la vigencia de las mismas.

En todo caso, es necesario decir que siempre se pretende la protección de intereses muy concretos aunque más bien particularizados.

Esto nos lleva al otro aspecto de la crisis de este sector: el programático.

A falta de una ideología existente y actual, este sector ha caído en una cotidianeidad absoluta, que ha terminado por hundirlo en una plena casuística ideológica. Derivado de ello, presenta una ausencia plena de programa.

---

117 J.K. Gailbraith, *El nuevo Estado industrial* (Barcelona: Ed. Ariel S.A., 1968), 67.

Políticamente, eso ha tomado expresión en la ineptitud de tales grupos de llevar adelante ningún plan ni programa efectivo al acercarse al poder. Ni siquiera plantearlo. Sus representantes más típicos, por eso, han tendido a convertir la cuestión electoral en un torneo de insulto y bravatas, o de superficialidades demagógicas que han terminado por agotar completamente su función de dirigentes sociales reales del país, representativos conscientes de un sector con necesidades y perspectivas propias.

La crisis política deriva, pues, no de la incapacidad de uno u otro candidato, sino del hecho real histórico del agotamiento ideológico y programático de este sector, que en nuestro país sigue siendo, todavía, el principal.

La apatía social por lo político, que solo cede por la atracción deportiva del torneo, deriva de este hecho, que a su vez proviene de la particular circunstancia histórica de que es imposible hoy, en el último tercio del siglo XX, y en un país subdesarrollado, no contar con una visión universal y, más que ideológica, consciente de la realidad nacional que sirva de base a un plano racional, operante y concreto de desarrollo nacional.

Su absoluta imposibilidad de aventurarse en el campo industrial, hace a este sector dedicar su excedente productivo, a gastos superfluos que contrastan con la miseria de las ciudades y hacen más irritante su dominación. Con todo, no obstante ser lo más irritante desde el punto de vista social, no son los verdaderamente peligrosos para nuestra nacionalidad. Al menos en el contexto general indicado.

Como si los elementos en crisis de este sector fueran pocos y carentes de importancia, la aparición del sector gerencial, con aspiraciones políticas concretas, que implican su desplazamiento, hace más agudo el problema y más inminente su enfrentamiento<sup>118</sup>.

Esta amenaza se produce en momentos en que el sector agropecuario carece de una ideología real y operante y de planes concretos susceptibles de aplicación nacional, en la resolución de las cuestiones básicas del desarrollo.

Además, coincide con un creciente desplazamiento de su función de base social de apoyo de la política exterior norteamericana en el continente, en favor de su adversario eventual, todo lo cual garantiza que los intentos de lograr una simbiosis de ambos sectores, solo determinará la garantía de un total desplazamiento de todos los reductos de poder político y social del sector agroexportador por el nuevo grupo gerencial a sueldo directo del capital extranjero.

Su enfrentamiento es, pues, real e inminente. El sector agroexportador tiene en juego no sus propiedades —al menos por ahora—, sino su poder.

Posteriormente, y en la medida en que el nuevo grupo gerencial lo requiera, entrará en juego su forma de propiedad, que deberá ceder a las necesidades primarias de una industria que, aunque esencialmente extranjera y ajena, necesita una reestructuración del agro, que garantice mercado y mano de obra. No son nada tranquilizadoras las perspectivas que se abren a este sector agropecuario. Y con él, aunque por razones distintas, bueno es decirlo, al país mismo.

Las tendencias al desplazamiento económico, social y político de este sector se muestran palpablemente en las obras estadísticas y coadyuva en el mismo sentido, la situación internacional de precios, según se desprende del cuadro siguiente:

---

118 “La pregunta que cabe hacerse —dice Samuel Stone— es si la clase política que siempre ha existido y que tuvo como actividad el cacao y luego el café, mantendrá su preponderancia económica a través de la industria. Y si esta preponderancia se debilita ¿podrá o no mantenerse en lo que se refiere a clase política?”. Stone, *Los cafetaleros*, 213.



## Composición porcentual de la exportación de bienes

	Composición			Índice de precios		
	Años			Años		
	1950-1958	1959-1963	1964-1968	1950-1958	1959-1963	1964-1968
<b>Agropecuario</b>						
Café	42.9	51.0	38.1	149.7	103.4	104.4
Banano	43.1	25.9	23.6	105.7	96.4	91.1
Cacao	5.7	6.2	2.3	148.3	119.7	101.5
Otros	5.0	3.2	3.6	115.6	98.5	94.3
Total	96.7	86.3	67.6	124.6	102.0	98.7
<b>Industrial</b>						
Otros	1.8	11.2	31.4	96.0	96.1	104.2
	1.5	2.5	1.0	125.1	103.7	102.0

Fuente: *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1.012 de abril de 1970.

El nivel de precios de los bienes agropecuarios tuvo en el lapso 1959-1963 una notoria disminución (22.1 %) con respecto al de casi 125 % registrado como promedio en los nueve años comprendidos entre 1950 y 1958. Durante el período 1950-1968, el sector agropecuario contribuyó con casi un 97 % del total de exportaciones. En el período 1959-1963 su participación disminuyó a un 86.3 %, para disminuir aún más en el período siguiente 1963-1968, en que la exportación de bienes de origen industrial, representó un 31.4 % del total de ventas al exterior.

Queda por resaltar el hecho de que mientras el índice de precios de los productos agropecuarios pasó de 124.6 en el período 1950-1958, a 98.7 en el período 1964-1968, el de bienes industriales pasó de 96.0 en el primero, a 104.2 en el último.

El café de una participación en las exportaciones totales, en 1950-1959 de 42.9 % y de 51.0 % en el período 1959-1963, descendió al 38.1 % en el período 1964-1968. Porcentaje relativamente cercano al 31.4 % del sector industrial en este último período.

Observando el fenómeno en el campo específico de las exportaciones de Costa Rica, se reafirma y evidencia aún más la tesis sustentada.

Exportaciones de Costa Rica (Princ. productos)  
(FOB. Millones \$)

Producto	1966	1967	1968	1969
Café	52.6	54.8	55.3	55.8
Banano	29.2	30.9	42.8	51.5
Ganado y carne	6.9	9.5	12.3	15.1
Azúcar	8.7	8.4	8.7	9.1
Cacao	3.1	3.1	2.9	7.1
Otros productos	35.0	37.0	48.8	51.1
Total	135.5	143.7	170.8	189.7
Aumento		6.1 %	18.9 %	11.1 %

Fuente: Banco Central de Costa Rica<sup>119</sup>.

El informe señala el hecho harto significativo de que el café continuó ocupando el primer lugar dentro de los productos exportables de Costa Rica, aun cuando su participación disminuyó del 32 % al 29 %. En el rubro "otros productos" se incluyen los productos manufacturados que aumentaron en su exportación para Centroamérica, solo un 4.7% en virtud de la crisis Honduras-El Salvador. Pero es bueno recordar que el año anterior, el mismo grupo obtuvo un crecimiento del 31.9 %.

119 *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1034 (16 de setiembre de 1970).

Es necesario observar que este sector agropecuario seguirá por mucho tiempo jugando un papel básico en la economía nacional, como productor de divisas con que se financiará en definitiva la intervención extranjera, y el pago de créditos y dividendos al exterior.

Este papel económico prolongará, necesariamente, su vigencia política y social. Pero no evitará, sino que hará eventualmente y con la ayuda de otros factores políticos, más aguda y prolongada su contradicción y enfrentamiento con el nuevo grupo gerencial.

Será necesario recordar, en cualquier caso, que estamos en presencia de leyes tendenciales, histórico-sociales, y por ello carentes de la fatalidad o voluntariedad que dogmáticos e idealistas gustan de atribuir a los fenómenos sociales.

Pero la tendencia es clara, constante y real: la burguesía agropecuaria —y en particular la cafetalera—, cede el campo y pierde importancia frente a la industria-gerencial.

Eso se confirma también en los ingresos de divisas por exportaciones, tabla que se incluye a continuación.

**Ingresos divisas oficiales por exportaciones  
Enero-marzo 1970  
(miles de dólares)**

Productos	Año		Variación
	1969	1970	
Café	19.830	22.327	2.497
Bananos	6.487	8.726	2.239
Carne ganado vacuno	3.759	7.844	4.085
Cacao	1.066	924	-142
Azúcar	1.005	1.573	568
Otros productos	10.820	15.723	4.903
TOTAL	57.117	42.967	14.150

Fuente: Banco Central de Costa Rica<sup>120</sup>.

El mayor incremento se localizó, dice el informe, en el grupo *Otros productos*, que en el trimestre generaron 15.7 millones para marcar un incremento de 4.9 sobresaliendo las exportaciones manufactureras que representaron casi la totalidad del movimiento registrado en esta categoría.

Todo este fenómeno encuentra máxima expresión en la participación de los diversos sectores en la formación del Producto Interno Bruto de los años 1969-1970, que pasó de 5.653.9 millones de colones, a 6.254.1 millones —con un crecimiento de 10.6 %— aunque un tanto inflado por el aumento en el índice de precios en el año.

La industria se incrementó en un 13.0 % y tuvo una participación de 1.076.5 millones para 1969 y de 1.216.7 millones para 1970; lo que ciertamente se acerca mucho a los 1.388.7 millones para 1969 y 1.450.3 millones para 1970 del sector agropecuario<sup>121</sup>.

Es sintomático que la participación del grupo cafetalero muestra oscilaciones importantes que se reflejan en lo social y lo político, al extremo de que uno de sus más sagaces representantes ha hablado ya de que hay que irse olvidando del café como actividad básica en nuestro país.

A continuación se muestran los siguientes datos, que reflejan su participación oscilante en la producción agropecuaria nacional y, de paso, el carácter totalmente dependiente de nuestra agricultura.

**Valor global producción agropecuaria  
(miles de colones)**

Artículo	Año		
	1965	1969	1970
Café	289.601.3	432.143.3	401.831.3
Banano	195.256.8	351.785.5	438.228.4
Ganado vacuno	143.980.7	272.688.2	313.821.7

(Continúa)

120 *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1019 (sin fecha).

121 Cfr. *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1057 (4 de marzo de 1971). Los datos de 1970 son preliminares.

Leche	125.396.8	138.988.4	145.186.3
Valor global			
prod. agro-pecuaria	1.274.189.6	1.833.961.0	1.916.061.0

Fuente: Banco Central de Costa Rica<sup>122</sup>.

Desde luego, a pesar de estos datos decisivos, estamos muy lejos de una concepción “escatológica” o “catastrófica” de las relaciones y enfrentamientos entre la nueva burguesía gerencial y la tradicional agro-exportadora, tanto en la cuestión agraria como en la cuestión del poder.

Se trata, empero, de contradicciones latentes y ya operantes en muchos sentidos, de naturaleza no antagonica, susceptibles por ello de superarse en una simbiosis clasista. Pero susceptibles, también de transformarse en el devenir de una acción política de masas, en contradicciones eventualmente tan profundas, que permitan una verdadera proyección revolucionaria de las masas populares.

Faculta lo primero la tendencia señorial —grandes residencias, etc.—, en que coinciden ambos sectores, subrayando con ello la evidencia del ahondamiento clasista de nuestra sociedad, de la desigual distribución del ingreso y del contraste creciente con la marginalidad de nuestras zonas urbanas, semiurbanas y campesinas. Coadyuva también, en este proceso, el origen de muchos de los integrantes del nuevo grupo social —que es agrario-mercantil—, y su condición subordinada a un capital extranjero con compromisos con el tradicional sector agro-exportador. Asimismo, siendo un factor principal, un mismo miedo los tiende a unificar. El miedo a la participación democrática de los amplios sectores del pueblo.

Esto es correcto. Pero está lejos de ser fatal ni de borrar las diferencias, en cuanto al carácter, función social e histórica, contradicciones, etc., entre ambos grupos. Lejos de ello, más bien su distinción y el análisis de sus fisuras y la racionalización de sus intereses y perspectivas, son tarea esencial para no reducir a una masa reaccionaria y negativa, grupos que lo son

en diferente medida y de manera también distinta. Lo contrario no es sino un simplismo socio-político imperdonable.

Por otra parte, la integración no resolvió, sino más bien retardó, la cuestión urgente del mercado que, como se sabe, no es una cuestión de población sino de capacidad de consumo. Esto es, de una mejor redistribución del ingreso; lo que supone, necesariamente en toda el área, la incorporación del campesinado a la economía como fuente de producción y consumo. Pero, para ello, era indispensable una modificación de la estructura agraria, que jamás se intentó siquiera.

Lo que se dio, entonces, fue más bien la suma de cinco raquíticos mercados; en términos relativos, el mercado aumentó para cada país; en términos absolutos permaneció igual para toda el área. Aquí sí resultó cierto que el todo es igual a la suma de sus partes. Estas, en el caso de la integración, eran pequeñas y limitadas.

Esto imponía, desde sus orígenes, límites precisos a la integración, concebida como un proceso de sustitución de importaciones y libre comercio.

La alternativa es clara: o se incorpora a nuevos socios o se modifica la estructura agraria para ampliar el mercado interno. Es evidente que esto se intentará del mejor modo posible y tratando de no perjudicar a sus colegas de clase. Pero ello ya no dependerá de solo ese sector.

Recuérdese que a pesar de todo, la situación en el agro permanece la misma, desde que se informara que “del total de 16 millones de hectáreas censadas en el estudio de la Secretaría de Integración Económica Centroamericana (SIECA), solo el 6.9 % está destinado a cultivos de tipo permanente, el 14.8 % del total está dedicado a cultivos temporales y el 30 % está constituido por bosques y montes”<sup>123</sup>.

Debido a lo anterior y como veremos más adelante, en Costa Rica la situación agraria ofrece una serie de particularidades indispensables de tomar en consideración para poder valorar la acción política de los

122 *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1068 (20 de mayo de 1971). Los datos de 1970 son preliminares.

123 “Informe de la SIECA”, citado por *Revista de Comercio Exterior*, n.º 3, (1968): 239.

diversos sectores del país. Pero, en cualquier caso, marca un estancamiento en el ingreso y participación de los amplios sectores del agro y un peso muerto en la economía nacional en punto a mercado.

De allí que ya en este momento se presente la interesante situación de que, según una encuesta industrial llevada a cabo entre las 250 principales industrias manufactureras, un 81 % de ellas declararon aumentos en las ventas locales, mientras que solo un 42 % registraron aumentos en las exportaciones. Como se ve, el mercado local comienza a ser básico para este tipo de producción; y las limitaciones estructurales de ese mercado, son obstáculos serios ya no a su expansión, sino a la utilización de su capacidad productiva plena, pues como resulta de dicha encuesta, el 55 % de las empresas principales –con más de 30 obreros– tuvieron capacidad ociosa de producción.

Sumado a lo anterior –según los datos de esa encuesta– que el 76 % de esas empresas aumentaron su producción, con aumentos superiores al 10 % en el 46 % de éstas, y de 1 % a un 10 % en las restantes, se verá que la estructura socio-económica tradicional no puede continuar escudada en el Mercomún para preservarse intacta, máxime que las empresas que crecieron y ampliaron su producción, son las más grandes, con más de 30 obreros, representando un 61 % del total de empresas. Constituye este, además, un importante factor para el mantenimiento –y, al mismo tiempo, la crisis– del mercado común. Para su mantenimiento, en cuanto estas empresas forzarán el proceso integracionista a su favor. Para su crisis, porque se manifestarán tendencias para asegurarse el coto propio con exclusividad. Ese movimiento pendular se ha convertido en una característica típica del proceso integracionista en Centroamérica.

Es interesante señalar que las perspectivas para el período abril-setiembre de 1970, indican que la producción aumentará en el 67 % de ellas, previéndose un aumento de las ventas externas de solo 38 %. Y, como si esto fuera poco, resulta que en cuanto a “planes de expansión, se destaca un monto de 101 millones de colones, correspondiente a las inversio-

nes programadas para el semestre; de esa suma 73 millones se destinarán a la compra de maquinaria, adquisición de terrenos y construcción de edificios y el resto, sean 28 millones de colones, a capital de trabajo”<sup>124</sup>.

En todo caso, aun en el supuesto de que se diera una apertura en el mercado para nuestros productos manufacturados, dada la línea que los mismos cubren –es, esencialmente, industria liviana–, y la división internacional del trabajo de los países desarrollados entre sí –centro- y entre éstos y los nuestros –periferia–, tampoco este camino, como se dijo antes, presenta alternativa histórica para la relación dependencia-subdesarrollo. Lo que interesa destacar para mostrar cómo el progresismo que en cualquier caso este sector gerencial puede generar, conlleva esencialmente un factor negativo para nuestra nacionalidad e independencia. Cerrar los ojos a esta característica, y decir –como lo han hecho algunos– que lo importante es que se ha ido desarrollando un capitalismo que va a modificar la vieja y atrasada estructura agraria, es ver el sendero de hormigas en el camino de los elefantes.

Veamos esto más de cerca.

Como lo señala Aldo Ferrer en su ponencia en la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, celebrado en Lima, Perú, que ya hemos citado, “las tendencias del comercio mundial de manufacturas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial parecen apuntar hacia una creciente especialización intraindustrial entre los países desarrollados y hacia una incipiente división del trabajo entre países desarrollados y en desarrollo a nivel del comercio de manufacturas”. Un informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés, United Nations Conference on Trade and Development), señala que “el grado de complementariedad es mayor entre países con estructuras industriales altamente diferenciadas (definidas como especialización intraindustrial)”<sup>125</sup>.

124 Cfr. *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1033 (8 de setiembre de 1970). Datos similares se desprenden de la encuesta de octubre de 1969, según *Información Económica Semanal del Banco Central de Costa Rica*, n.º 1018 (marzo de 1970): 1 punto 5. 125 Op. cit., obr.cit. UNCTAD, “Study of World Trade and Development” (informe de conferencia, Nueva York, 1966): 94 y 95.

Pero esta creciente especialización industrial de los países desarrollados, es complementada por una producción manufacturera liviana proveniente de los países en desarrollo. Así, las importaciones de éstos están constituidas en dos terceras partes por bienes industriales terminados, mientras que solo un tercio de los bienes manufacturados que exporta son bienes terminados.

Esto parece insinuar “a nivel del intercambio de bienes industriales, una progresiva división internacional del trabajo, según la cual la periferia se especializa en productos industriales sencillos, de bajo grado de transformación y los centros industriales en manufactura de base”<sup>126</sup>.

También por aquí se adivina, pues, una forma subrepticia de integración económica con las metrópolis, esta vez por un ángulo diferente: la producción industrial: nosotros productores de bienes manufacturados livianos, ellos, bienes industriales básicos. Y ambos, un fortalecimiento de los lazos de dependencia-subdesarrollo, pero en una escala potenciada, ya que a la tradicional subordinación de los productos primarios, se viene a sumar la de los bienes industriales, con similares si no idénticas consecuencias: dependencia del mercado exterior, desequilibrio crónico, intercambio inequivalente, etc.<sup>127</sup> Cautamente el autor refleja el fenómeno así:

Las consecuencias potenciales de estas tendencias para los países en desarrollo son graves. En efecto, podría estar reproduciendo a nivel del intercambio de manufacturas, un proceso de especialización de la periferia, cuyas consecuencias serían probablemente similares a las derivadas de la tradicional especialización en la producción primaria: bajas tasas relativas de crecimiento de las exportaciones, desequilibrio externo crónico, limitaciones a la absorción del proceso tecnológico, deterioro de los términos de intercambio, etc.” El problema radica, según el autor, en la especialización predominante en productos primarios y, eventualmente, en bienes industriales

sencillos, y no en la exportación misma de esa clase de bienes<sup>128</sup>.

Así, aun en el caso de una actitud subjetiva diferente, este sector gerencial contribuye objetivamente a un reforzamiento de la dependencia, por más aportes que se quiera encontrar en su carácter dinámico y moderno, frente al sector agropecuario tradicional, no es posible olvidar nunca estas facetas negativas esenciales de su papel histórico-político.

Por otro lado, en nuestro caso, a la contribución objetiva de la actividad, se suma la predisposición subjetiva del nuevo grupo, nacida de su condición de servidor directo y a sueldo de la corporación internacional con sucursal en el país. Al fin, los vaivenes del mercado internacional los afectan de modo muy distinto que como afectan a la burguesía agro-exportadora. Y, aunque tenues, también aquí surgen motivos de fisura entre ambos sectores de burguesía y los intereses nacionales.

Es necesario, aunque sea de pasada mencionar que, al agotarse la sustitución de importaciones en el área, la política de las casas matrices restringe el acceso de los productos de sus sucursales al mercado internacional, impidiendo así a nuestros países el disminuir el agudo estrangulamiento externo. Al ser meras sucursales las aquí establecidas, no hay posibilidad de un desarrollo tecnológico y científico, que se recibe, hecho y definido de manera pasiva desde la metrópoli y la casa matriz. En estas condiciones no es posible el desarrollo de verdaderas actividades científicas en nuestros países y universidades, que se limitarán, a lo sumo, a divulgar lo que a bien tengan publicar los científicos de las metrópolis.

En todo caso, estas pequeñas y grandes fisuras entre los grupos dominantes, deben ser utilizadas por las fuerzas democráticas del país. Agudizarlas, impulsarlas y transformarlas en contradicciones profundas, insertas en el contexto global de contradicciones que dinamizan las relaciones actuales de nuestras clases: he ahí la principal y más urgente tarea de una

126 UNCTAD, “Study of World Trade and Development”, 96.

127 UNCTAD, “Study of World Trade and Development”, 97.

128 UNCTAD, “Study of World Trade and Development”, 97.



verdadera dirección política. No la de jugar con slogans y frases hechas, sobre una sola masa reaccionaria, sobre las formas de lucha, etc., que permite suplir con libros ajenos, el esfuerzo propio y la verdadera creación y desarrollo teórico.

Teniendo en cuenta lo expuesto anteriormente, podemos afirmar que estamos en presencia de un desgarramiento inicial del bloque de fuerzas que ejerce el poder en Costa Rica. Frente al mismo, no existe, al menos por ahora, ninguna organización popular suficientemente apta y prestigiosa, capaz de impulsar una solución democrática al problema. Al contrario, la política indiscriminada de relaciones comerciales y ayuda financiera del campo socialista, concebida con una enorme sobre-simplificación por sus propulsores a nivel nacional —para no aludir a otras razones que para el caso no interesan, facilitan una solución favorable para el nuevo sector, al posponer indefinidamente la agudización crítica del problema.

Además, si la participación del sector agropecuario había mostrado una disminución en su participación relativa en el producto nacional bruto, pero su participación absoluta aumentó, con lo que su ingreso, sus condiciones de vida y trabajo no variaron, gracias a la ayuda del campo socialista mediante la compra en dólares de sus productos esa situación tiende a perpetuarse. Y podría convertirse —dado el carácter indiscriminado, ajeno al problema clasista de ese tipo de operaciones, tal y como han operado en Costa Rica—, en el burladero de contradicciones que, de otro modo, acercaría a las fuerzas democráticas al poder. Lo que no quiere decir que esas relaciones sean nocivas por sí mismas, sino que deben verse siempre a la luz de las necesidades de nuestra revolución. Resta ver, sin embargo, los efectos sociales positivos compensatorios de tal comercio.

De todas formas, esto ha permitido que se perfilen grupos con características políticas, sociales y psicológicas diferentes. También, que sus diversas orientaciones marquen rumbos que marchan en distinto sentido y han lanzado al país a una honda crisis histórica, que donde más claramente se manifiesta es en su vida política.

### **3. Dos orientaciones distintas y una sola crisis**

Es interesante, aunque de valor limitado, el hacer una tipología comparativa de los sectores empresariales y oligárquico-tradicionales.

Dentro de una concepción teórica que quiera coadyuvar a una acción política concreta, es conveniente incluirla, aunque su eficacia sea más bien inmediata y de superestructura. Por tanto, más táctica que estratégica.

Es necesario apuntar que el proceso de diferenciación entre ambos sectores de burguesía no es exclusivo de nuestro país. En términos generales, resulta ser un proceso común a toda Latinoamérica, que ha merecido estudios incisivos que han permitido el establecimiento de toda una tipología sociológica. No es un problema inédito. Se han señalado, denominando al sector tradicional agropecuario “oligarquía”, y al nuevo sector emergente “élite”, una serie de contrastes empíricamente comprobables. Por ejemplo, el sector oligárquico se dedica básicamente a la producción primaria, mientras que el grupo “élite” se dedica al sector secundario y terciario de la economía.

Dentro de este marco los miembros de la oligarquía tienen un reclutamiento más cerrado, basado en parentesco, relaciones de amistad, etc., presenta una gran descentralización de sus decisiones políticas, predominando en él la importancia del parlamento; la concentración del poder es baja, y se estructura y origina en el agro, a través de la propiedad territorial. Su poder es fuerte, basado en la posición de propiedad en el sector primario, etc.

Mientras que el cuadro que corresponde a la élite difiere sustancialmente. La élite tiene como base de poder el sector urbano, no el rural. El control ejercido es impersonal y funcionalizado, su influencia se orienta más que por la influencia personal, por los medios de masa e ideológicos; sus decisiones políticas son más centralizadas, predominando el ejecutivo y la administración. El modelo externo opera con más fuerza en cuanto métodos y fines, su estructura social es abierta, basada en criterios racionales y funcionales, para la admisión de nuevos miembros. La participación política masiva es amplia, como limita-

da es en el sector oligárquico. Su composición clasista es heterogénea, contrariamente a la homogeneidad del grupo oligárquico, etc.<sup>129</sup>

A pesar de la forma en que el fenómeno ha quedado establecido anteriormente, nuestro caso es distinto. Nosotros estamos en presencia de un sector totalmente dependiente del capital extranjero, a sueldo suyo; que coloca su producción en el mercado centroamericano y que garantiza la perpetuación de la dependencia con la economía y la política norteamericanas. Y aunque es posible encontrar similitudes con los dos partidos tradicionales —Liberación Nacional, elitista; Unificación, oligárquico—, la situación es diferente y no debe llamarnos a engaño. Lo característico aquí es que, la base social “elitista” es tardía, nacida más que todo al socaire de la integración y a sueldo directo del capital extranjero.

Siguiendo con la idea anterior, los partidos políticos, y en particular Liberación Nacional, no han reflejado a estos sectores y sus intereses, ni han tenido una conciencia clara de estas diferencias tipológicas, políticamente importantes y disociadoras.

Ya que queriendo capitalizar para sí tales sectores, ambos grupos han terminado “nadando entre dos aguas”, de corrientes contrarias, con lo que —especialmente por lo que hace a Liberación Nacional—, han caído en un impasse insatisfactorio para ambos sectores principales.

Y la crisis abarca a la izquierda misma. Bástenos, por ahora, señalar que la importación de modelos, unida a la dependencia ideológica, política y económica, ha reproducido a escala nacional la crisis aguda del movimiento comunista internacional, no susceptible de paliarse con el tono falsamente triunfalista de sus documentos. Pero, le ha agregado dosis importantes de problemas nacionales, con lo que la crisis, inicialmente ideológica y política, a escala internacional, devino en una crisis total a nivel nacional.

El Partido Liberación Nacional no ofrece alternativa al nuevo grupo gerencial integracionista. Esto es así, dadas las concesiones que debe hacer a los sectores

populares en que se apoya, a su propia imagen demagógica, y al hecho de que —económicamente— el grupo agropecuario tradicional sigue siendo un factor socio-político básico al que el P.L.N. no puede enfrentar del todo, por más que su actuación y configuración se le presente como un disvalor. Esto ocurre, en buena parte, por su imposibilidad de acceder a su seno —recuérdese su característica estructural clasista cerrada—, por falta de linaje o parentesco.

Menos puede encontrar asidero en el viejo partido de la oligarquía agropecuaria, garante de una influencia política que trata de sustituir.

A su vez el sector oligárquico tradicional presenta honda insatisfacción con su aparato político, a quien imputa las deficiencias propias de una estructura socioeconómica que ya dio de sí todo lo que podía, convirtiéndose en freno de todo ulterior desarrollo. Ambos partidos, sin aprehender la esencia del cambio profundo operado, continúan disputando entre sí, con una perspectiva de realización y una audiencia histórico-social francamente decrecientes.

No obstante, la crisis no podrán salvarla los intentos de crear una “clase política”. Aparte de que los candidatos a integrarla, se han mostrado mediocres e ineptos, está un hecho incontrovertible: no es una crisis de personas, candidatos o alianzas. Ni es de gobierno. Es una crisis de la estructura socioeconómica e institucional. En otras palabras: es una crisis histórica total de nuestra economía, nuestra sociedad y nuestro Estado.

#### **4. Desplazamiento y ruina de la burguesía nacional**

La penetración del capital extranjero, particularmente a raíz del proceso integracionista, en un monto del 85 % de la inversión total industrial en Centroamérica, ha creado una amenaza latente de absorción de la industria propiamente nacional, por lo demás con claras manifestaciones concretas, como lo evidencia el caso de Pozuelo-Grace. Pero, además ha

---

129 Un estudio detallado de la tipología correspondiente a la sociedad elitista y oligárquica, mismo utilizado aquí, puede verse en Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en América Latina* (Buenos Aires, Argentina: Editorial Paídos, 1967).

creado un verdadero techo que impide un crecimiento más allá de lo que los consorcios internacionales crean económicamente conveniente dejar crecer. El *takeover* se ha señalado insistentemente en las publicaciones oficiales, como uno de los graves problemas que afronta la empresa nacional en el proceso integracionista. De hecho, con contadas excepciones, la integración estableció un régimen de monopolio sobre el mercado centroamericano que, al abrirse a una competencia y a una ausencia de planificación, que regionalizara la producción manufacturera, quedó librado a la acción indiscriminada de los grandes consorcios internacionales.

Estos, con una financiación, tecnología y experiencia internacional en modo alguno alcanzado por el inversionista criollo, simplemente marginaron en unos casos, absorbieron en otros y, finalmente, redujeron nuevamente al mercado interno con incursiones tímidas y económicamente intrascendentes al mercado centroamericano, a las industrias criollas que entraron en competencia con ellos. Más bien, la batalla ha sido entre los mismos consorcios y no entre estos y una industria nacional, que apenas se hallaba en un estado raquítico. Los industriales nacionales, dependientes de los excedentes de inversión originados en el sector agropecuario, anduvieron siempre económica, social y políticamente, tras éste. Y ahora, cuando el grupo gerencial integracionista reclama para sí el poder político y una condición social de alta jerarquía, la perspectiva tampoco se abre para el sector industrial nacional.

Siguiendo este orden de ideas, el anterior ha sido un grupo históricamente marginado, al que se le pasó la hora sin siquiera haberle llegado. Sin embargo, el sector industrial nacional tiene la oportunidad de jugar un papel económico e histórico decisivo, si suple su relativa debilidad económica-financiera con una participación audaz al lado del pueblo.

¿En qué sentido al lado del pueblo? No estamos hablando de una renuncia a su condición de burguesía industrial, que necesita resolver su problema de financiación, mercado y ganancia. Se trata de que este grupo debe adquirir conciencia de que, el único medio de garantizarse una proyección económica con real perspectiva de desarrollo es, justamente, estableciendo una clara delimitación de dominio e influen-

cia territorial excluyente, que le garantice un apoyo financiero, tecnológico y estatal general, susceptible de hacer de cada industria nacional un establecimiento moderno y rentable, con un mercado propio asegurado. Es claro que, por el interés mismo de garantizar una productividad y eficiencia justificativas del sacrificio político que implicarían tales medidas, estas deben compensarse con correctivos políticos que impiden los efectos nocivos de una situación de monopolio y relativa exclusividad.

Pero, es esta la única perspectiva para el industrial nacional; o participa en una modificación de la estructura que impide una redistribución más racional y amplia del ingreso, con lo que aumenta el consumo y garantiza su mercado; ayuda a una orientación nacionalista de la política económica del Estado, bajo la dirección de un nuevo bloque de fuerzas sociales en el poder; y dirige su esfuerzo, de manera agresiva y audaz, a una nueva visión de la actividad económica y social en nuestro país, o se verá colocado entre dos fuegos cruzados: de una parte, gigantes que lo absorben o reducen a su mínima expresión; de otra, fuerzas históricas que lo empujan a un puesto de combate del cual solo puede huir a precio de desertor.

Por lo cual, se considera que la industria nacional debe aprestarse a ocupar su puesto en el nuevo bloque de fuerzas que actualmente configura la única perspectiva viable, histórica, económica y políticamente hablando, en nuestro país.

## 5. La nueva clase obrera

Con el desarrollo industrial sietemesino, complementario y sucursalizado, que operó a raíz de la integración, ha surgido una nueva clase obrera, que presenta ciertas características bastante peculiares, y que, en definitiva, será la que explicará el desarrollo notable que el reformismo ha tenido en nuestro país en los últimos años, refiriéndose a la izquierda.

En efecto: la nueva clase obrera participa en un proceso productivo, en el cual la tecnología aplicada permite una relativamente fácil sustitución del trabajador, lo que da una situación de inestabilidad notable. Además, desde el punto de vista de su origen, no se



trata de grupos provenientes del campesinado, sino más bien de sectores urbanos de hijos de artesanos y, en general, de grupos de pequeña burguesía. Es claro que existen, y de manera numerosa, obreros provenientes de familias campesinas.

Sin embargo, lo más característico es que, desde el punto de vista de su nivel de salarios y condiciones de trabajo, se encuentra muy por encima del nivel medio de sus compañeros de fábricas nacionales y, desde luego, de sus propios familiares. Tanto así que una de las empresas típicamente extranjeras, ha promovido de manera consciente, para combatir el extremismo, la idea de la participación de los obreros en la empresa, concebida como una participación en las ganancias de acuerdo con las acciones que hayan adquirido en tal empresa los obreros.

La política observada por este sector gerencial ha sido notablemente engañosa: de una parte, una política de concesiones orientadas bajo una estrategia muy clara a corromper el sentido de clase de este nuevo grupo social. De otra, una política orientada a fortalecer el aparato represivo del Estado.

De hecho ha empezado a operar una *seudoaristocracia* obrera, satisfecha y hundida en los peores detritus de una sociedad de consumo subdesarrollada. O, dicho de otro modo, inmersos en la enajenación potenciada de participar en las deformaciones sociales y humanas de una sociedad de consumo, en una sociedad consumida en el subdesarrollo.

Lo peor es que, en esto, como en tantas cosas, la estrechez y el reformismo, han contribuido de manera notable a impulsar a los nuevos sectores obreros por el espejismo de una *seudoaristocracia* obrera de país

subdesarrollado. Incluso un dirigente obrero, en la celebración del quinto aniversario de la asociación que reúne a los gerentes y empresarios a sueldo del capital extranjero, alabó la “política audaz y flexible”, prácticamente progresista, de este sector, por lo que hace ¡a su política sindical!

Desde luego, sobre el papel histórico definitivamente antinacional de este grupo, probablemente por *táctica*, no dijo absolutamente nada.

Estamos, pues, muy lejos de esperar que el viejo movimiento obrero realmente pueda ayudar a este grupo, en esas condiciones, a advenir a su conciencia de clase y a participar como actor de primera fila en la gran batalla nacional. La entrada de este sector, de producirse, deberá ser por otro lado, no por el puente del economismo estrecho y romo.

Pero el reformismo tradicional en la vieja clase obrera, no ha podido salvar el abismo entre las reivindicaciones puramente económicas y la conciencia propiamente proletaria. No es de extrañar, entonces, que sea en las zonas bananeras donde la izquierda tradicional es más débil, desde el punto de vista orgánico, no obstante situarse ahí las luchas sindicales más agudas. Lo característico aquí, es que las reivindicaciones propuestas, de realizarse, prácticamente liquidarían a ese mismo movimiento sindical, creando una verdadera aristocracia obrera en la zona, en cuanto a sus condiciones económicas. Si se recuerda las limitaciones políticas de esa lucha, exclusivamente economicista, la ausencia de reivindicaciones de tipo nacional<sup>130</sup>, que unan esas luchas con la lucha contra la dependencia, se concluye que se está garantizando de antemano, en relativamente pocos años, un serio problema social, pleno de contradicciones

130 Cuando estaba escrito lo anterior, luego de varias semanas de negociaciones, se llegó a un acuerdo entre la Frutera y los trabajadores. Con ese motivo el Presidente Figueres, que estuvo presente en la firma del convenio, pronunció un discurso del cual entresacamos las siguientes significativas frases: “Es grave el peligro de que algunas clases de trabajadores mejor organizadas —como el trabajador bananero— se vayan desligando de la base de la población y que no consideren que tenemos que tomar ciertas medidas de carácter igualitario con respecto a otras actividades cuyo sueldo mínimo legal es la mitad, y que aún esto no se les paga... y que no tienen ninguna otra prestación. Y creo que cualquier clase social que se disocie, que pierda el sentido de solidaridad con las otras, a la larga se está condenando también a sí misma. Es evidente que quienes hacen las grandes decisiones se dan poca cuenta de estos asuntos, es casi perdonable pero no excusable que las clases más distanciadas del trabajador se desliguen del que está más mal, pero me parece que los trabajadores agrícolas organizados, sindicalizados, sobre todo los del banano que tienen los ingresos más altos en esta actividad, a ellos, yo les ruego que se acuerden de que la lucha no es solamente por los miembros de sus sindicatos, sino por toda una gran clase marginada, abandonada, que tiene Costa Rica (...).” Cfr. Diario *La República*, 28 de agosto de 1971, 1-16. Es notable que sea el Presidente Figueres quien haga estas observaciones a las bananeras, comandados por la actual dirección del Partido Comunista. Huelgan los comentarios.

y susceptible, por ello, de ser muy bien aprovechado por determinadas fuerzas, en el instante mismo en que se linden los intereses de las compañías bananeras y se incorpore a esos sectores económicos a la vida nacional. La dicotomía caricaturesca, de la tesis sobre el movimiento sindical, y el movimiento político, que implica esta versión de la lucha sindical en nuestro país, es un ejemplo más de la fosilización de una teoría.

Es preciso, entonces, no guardar ilusiones al respecto. Si el movimiento obrero sigue actuando como un doble compartimento estanco y sus vinculaciones no se producen naturalmente en el proceso mismo de la liberación nacional —y otro tanto puede decirse del movimiento estudiantil, el de juventudes, etc.—, jamás podrá salirse del círculo vicioso que impide, objetivamente hablando, acumular ningún tipo de fuerzas. Lejos de ello, lo que se produce es un desgaste constante, sin acumulación de ninguna clase. Es ir de un punto a otro, de una reivindicación a otra, depender de la cotidianidad más absoluta, sin ensamblar, en un único puño de acero estratégico, las diversas acciones que se intentan y que por lo general, quedan a medio camino.

Urge, entonces, replantearse la cuestión obrera y sindical en Costa Rica. Clarificar su papel en el proceso nacional-liberador, de manera concreta, a la luz de las condiciones específicas y características de nuestro país. Decir que la clase obrera es la que debe encabezar el proceso, con su partido de vanguardia a la cabeza, como consigna que vanamente repite cierta propaganda, así, sin más, no solo es irrelevante, sino que paraliza toda acción. En el fondo, lo que existe es una visión apocalíptica del proceso político, del todo o nada. La característica, justamente, es esta expectativa de una crisis, un hundimiento y un asalto, electoral o armado.

Para ejemplificar tenemos el caso de la experiencia chilena, que para los grupos electoristas, se ha convertido en su respectiva trampa histórica, como lo fue en su tiempo la experiencia cubana para los extremistas de izquierda. Estos identificaban la estructura productiva similar de toda América Latina, y eso les bastaba para identificar un solo, único e idéntico proceso revolucionario continental. Aquellos identifican ciertos rasgos superestructurales y hacen lo

mismo con grupos de países, pero olvidando las diferencias sustanciales de infraestructura. Ambos han dejado de lado el enfoque científico que exige una visión global de la realidad concreta de cada medio, también concreto, en que va a actuarse, que es una conexión dialéctica, recíprocamente condicionante y, esencialmente, dinámica de infraestructura y superestructura.

Debido a la ausencia de ese análisis científico, que fundamente una acción política revolucionaria, ha convertido en una carlanca, no por falsa sino por mal comprendida y peor aplicada, la versión burocrática de la tesis de que la Revolución se produce cuando “los de abajo no quieren y los de arriba no pueden” seguir gobernando con los métodos tradicionales. Porque ha dado lugar a una espera que jamás podrá ser satisfecha por tal camino. En nuestro país, con nuestras características, en la séptima década del siglo XX, bajo el predominio de conglomerados y monopolios, con una clase obrera y una burguesía con las especificidades de las nuestras, etc., el camino debe ser otro muy distinto.

No se trata de si hay que esperar o no, de si guerrillas, vía armada, electoral o pacífica. Es algo más profundo y serio. Se trata de recrear, en las condiciones nacionales e internacionales concretas, los nuevos métodos, organizativos y políticos, estratégicos y tácticos, a partir de una experiencia histórica mundial, que hay que digerir y traducir a los términos nacionales, en virtud de nuestras características propias y específicas, pero también generales y hasta universales.

Asimismo, se trata de replantearse el problema de nuestra revolución. De su estrategia y su táctica. Porque es, y no podía ser de otra manera, un problema inédito, aunque con antecedentes históricos concretos. Profundamente particular, pero engarzado en un proceso universal. Pues al fin y al cabo, se trata de una verdadera revolución. Y no hay nada más universal y más particular, que una revolución auténtica.

No basta, en este contexto, entonces, con proclamar que la clase obrera es la clase más revolucionaria, que es el destacamento de vanguardia, la clase revolucionaria hasta el fin. Que es, en fin, el grupo social que debe encabezar el movimiento de Liberación Nacional.

Por lo tanto, semejante concepción del papel de la clase obrera, en el proceso de la revolución nacional, se limita a postular, sin siquiera llegar a plantear, y, mucho menos, resolver la cuestión de cómo incorporar al sector obrero, nacido y criado en las condiciones de un capitalismo dependiente y subdesarrollado, en las vastas tareas de la lucha contra la dependencia y el subdesarrollo. Y, esto que digo de la clase obrera, lo es por igual con la pequeña burguesía, con el movimiento estudiantil, los intelectuales, etc. Porque habiendo reducido todo a un molde que se postula como resultado final ineluctable, invariable y fatal, lo único que hay que hacer son pequeños ajustes y acopio de paciencia para cuando las cosas “maduren”. Porque madurarán y de una sola manera, según esta concepción. Pero este fatalismo, en el que “lo que será en el alba del juicio final fue escrito en la aurora del primer día”, no es materialismo, ni dialéctica. El camino de la Revolución costarricense pasa muy lejos de esas tiendas.

## 6. La pequeña burguesía y los diversos grupos del agro

Nuestro país, se ha dicho, es un país de pequeña burguesía. Pero, se ha hecho poco por dilucidar el significado de semejante afirmación. No es aquí el sitio donde podemos hacer ni siquiera un esbozo histórico del significado de ese sector en la vida nacional. Lo que nos interesa es señalar, en términos generales la situación y perspectivas de ese sector, en las diversas manifestaciones que tiene en la vida nacional.

Además, tanto los grupos propiamente de pequeña burguesía, como los artesanos, la nueva intelectualidad, así como sectores que constituyen las nuevas masas urbanas y los diferentes grupos del agro, presentan la común característica de presionar, de manera creciente, sobre todo el complejo institucional, económico y social, en busca de nuevas perspectivas económicas y políticas.

Por un lado, tenemos la solución intentada por los partidos políticos tradicionales, de satisfacer estos sectores en la medida que constituyen su clientela política, con acciones orientadas a desarrollar una especie de gigantesca beneficiencia pública institucio-

nalizada, que resulta del todo inoperante y más bien agudiza la gravedad de los problemas. Incrementar la burocracia estatal y hacer proliferar el número de instituciones autónomas y *semi-autónomas*; crear una entidad cimentada en principios de caridad pública para resolver el problema de la miseria extrema y los cinturones de hambre y marginación que rodean nuestras ciudades principales, y que son triste cotidianeidad en todo el campo; es afilar los dientes de un mayor subdesarrollo y de una creciente dependencia.

Mientras que, un desarrollo industrial, deforme y dependiente, sometido en lo nacional a una competencia extranjera aplastante, líquida y sume en la ruina al sector artesanal, la estructura agraria del país, estática y altamente improductiva, continúa asegurando su cuota, constantemente en aumento, a las poblaciones marginales que forman nuestros tugurios.

La nueva intelectualidad pequeño burguesa, sufre a su vez de dificultades crecientes para educarse y serias limitaciones para proyectarse positivamente en la vida nacional. Por ejemplo, la presión que en ese sentido hace la juventud sobre las estructuras universitarias es bastante sintomática.

Dado el lugar que en la estructura sociocultural ocupa el sector universitario, su papel social y político deviene de primera importancia. No es posible satisfacer los requerimientos que hace este sector aisladamente. Más que nunca, salta a la vista el condicionamiento esencial que el subdesarrollo y la dependencia imponen a la universidad y, en general, a la cultura superior.

Tanto por lo que hace al acceso a esa cultura, como por lo que se refiere a las perspectivas del desarrollo práctico-profesional, las limitaciones son asfixiantes.

Las tesis desarrollistas simples, que todavía están en boga en nuestro país, tienden a convertir la consigna de “una universidad para el desarrollo”, en una universidad que produzca los profesionales y técnicos que la industria y el comercio y la inversión extranjera, necesitan en el país. La política académica —para llamar de algún modo lo que existe—, se orienta a enfocar los problemas de la educación superior a la luz de una problemática de equilibrio que considere, básicamente, las necesidades de la clase dominante.

Se graduarán tantos técnicos y profesionales, en tales carreras, con tal currículum, de acuerdo a las necesidades del mercado de trabajo.

Es evidente que es preciso incorporar en un solo contexto el problema de las perspectivas de la juventud estudiantil universitaria y la pequeña burguesía intelectual en general, con el problema de la Reforma Universitaria y la adaptación de la Universidad a las tareas de un desarrollo independiente, a la construcción de una Nueva Cultura y de una Nueva Democracia. Tratar de resolver aisladamente cada uno de esos problemas, o limitarse simplemente a enunciarlos a lo sumo de manera yuxtapuesta, constituye garantizarse un fracaso *ad portas* y, en el mejor de los casos, caer en un reformismo inconsecuente y sin perspectiva real.

Aquí también surge la cuestión de cómo combinar las reivindicaciones específicas de este sector, con las tareas generales de la lucha por la revolución en nuestro país. Se dice que hay que tomar en cuenta las necesidades de los diferentes grupos y en particular los de la pequeña burguesía intelectual. Pero esto se ha mirado, tradicionalmente como problemas que se colocan al lado unos de otros, sin una vinculación esencial que garantice la continuidad efectiva de los planteamientos, la organización y las soluciones de ambos. Este es un problema ciertamente viejo que ha merecido la atención de todas las corrientes políticas y que a la fecha no ha podido encontrar una solución satisfactoria general.

Y es que la solución debe ser concreta. Con ese carácter y en este caso, la única forma de combinar las reivindicaciones de los grupos estudiantiles universitarios y de los intelectuales en general, es propiciando el cumplimiento de una serie de tareas a partir de un modelo propio de ideal de universidad, conforme a las necesidades económicas, sociales y políticas de nuestro desarrollo independiente. Insertar en este modelo, y en la consecución parcial de los elementos esenciales que lo constituyen, las diversas reivindicaciones concretas del movimiento estudiantil; por ejemplo, hará que las luchas por estas no devenga en simple agitación o reforma, sino en contribución eficaz a la transformación positiva de la Universidad y la participación de ésta en el desarrollo nacional, a la luz del nuevo contexto global que se pretende.

Lo cierto es que las perspectivas de desarrollo de estos sectores no pueden ser peores. Por lo que hace al grupo artesanal, más que ningún otro ha visto amenazada su existencia. A lo más, ha quedado reducido a la fabricación de artículos para el turismo, que pasan, desde luego, por el tamiz del comerciante, que deja para sí la tajada del león. Pero la vieja estructura artesanal del país —el sastre, el zapatero, etc.—, ha tenido que dejar paso a una industria que no es fruto del desarrollo de las actividades económicamente limitadas que la precedieron, sino que es irrupción y rompimiento de todo el proceso económico nacional. Ningún movimiento político pudo ni siquiera plantearse el problema que ello representaba. De un modo u otro, operó un fatalismo históricamente injustificado pues, no obstante las diferencias ideológicas, las diversas corrientes políticas únicamente se limitaron a comprobar que frente a la moderna industria no era posible hacer enfrentamiento alguno a ese sector artesanal. No vieron que lo que teníamos por delante era un proceso de ruina de uno de los sectores más importantes de la vida tradicional de nuestro país, sustento, en más de un sentido, de importantes corrientes democráticas.

No es de extrañar, entonces, que con el surgimiento de una clase obrera constitutiva de una pseudo-aristocracia, en el contexto de la realidad laboral nacional, de un lado; y con el proceso de ruina y desaparición de importantes sectores de pequeña burguesía artesanal, del otro, surgieran corrientes que explican muy bien, ciertamente, tanto las posiciones ultraizquierdistas que intermitentemente alzan la cabeza para expresar débiles gritos, y las posiciones simplemente reformistas, que encuentran en la defensa del *statu quo*, prácticamente su razón de existir.

En cuanto al agro, es indudable que se ha producido una penetración de las relaciones capitalistas. A ese efecto es bueno recordar que el grueso fundamental de la producción agrícola se orienta a la satisfacción de las necesidades del mercado. Esto es, se orienta a la comercialización. Las producciones para el auto-consumo son prácticamente insignificantes, en el contexto de la producción nacional, aunque continúan produciéndose las concentraciones agrarias típicas de un país subdesarrollado. Es bueno, sin embargo, hacer notar que, a pesar de las mismas, el grueso de las relaciones que predominan en el cam-

po, son de índole capitalista deformado y los resabios que pudiéramos calificar de propiamente feudales, no tienen, ni mucho menos, el peso que copiando problemáticas extranjeras muchos movimientos políticos han querido encontrar en nuestra realidad.

Con base en lo anterior considero útil, aunque sea brevemente, indicar que, por lo que hace a nuestro país, las conclusiones sobre el problema agrario no pueden basarse en ese método de copiar lo ajeno.

De cualquier manera, es importante recalcar que la estructura agraria tradicional del país, es fruto de una inestabilidad constante, que entre otras manifestaciones, encuentra expresión en el incremento inusitado del desarrollo urbano, y en el crecimiento de los cinturones de miseria en nuestras ciudades. El alto porcentaje de fincas que durante ciertas épocas del año permanecen incomunicadas; el papel del intermediario expoliador del pequeño productor, y el alto grado de comercialización del producto, son índices significativos para comprender que el problema agrario, por sí y en relación con el contexto del desarrollo nacional y del proceso integracionista, requiere un planteamiento global de nuevo tipo<sup>131</sup>.

Como se ve, el problema económico, social y político costarricense, constituye una totalidad intrínsecamente contradictoria, desgarrada y, paradójicamente, recubierta con un régimen burgués-liberal avanzado. Desde el punto de vista sociopolítico, nuestro país es presa de convulsas fuerzas contradictorias que empujan en una doble dirección. O bien, a una dictadura de *derecha neofascista*, o bien, a una real superación de las crisis.

En el intermedio oscilan las corrientes que creen poder saltar etapas y pasar al socialismo, con lo que juegan a una anarquía favorecedora del neofascismo; o creen poder apuntalar lo existente; no obstante, un proceso social objetivo que corroe los cimientos de lo mejor de nuestra institucionalidad.

El planteamiento correcto a nuestro juicio de la cuestión, y la sugerencia de un camino para su solución, necesariamente política, es cosa que haremos en seguida, ya que ha sido la finalidad básica de este trabajo. No será posible entrar en detalles porque, como ahí mismo se dice, esa es tarea de una acción política concreta —programática, ideológica y organizativa—, que se sale de los marcos de esta investigación.

---

131 Existe un magnífico trabajo todavía inédito sobre el sector agropecuario, efectuado por el Ing. Miguel Ángel Murillo, que ahonda todo este problema. Cuando se publique será, a no dudarlo, una verdadera contribución al conocimiento de las relaciones agrarias en el campo costarricense, del desarrollo del capitalismo en la agricultura, y de la estructuración de clases subsiguiente. Por eso omito toda referencia de detalle aquí.

## Cuarta parte

### Por una nueva democracia. Por un Estado de democracia nacional

Hemos visto a lo largo de este trabajo que, la crisis que vive nuestro país es una crisis que abarca la totalidad de su existencia. No es simplemente una crisis de liderazgo, partidos políticos o valores. Es, como ya se dijo, una crisis total de su economía, su estructura social y su Estado.

Hablar de crisis en Costa Rica, es cuestión que por repetida, ya no nos dice nada.

Los cambios cuantitativos originados a partir de la Segunda Guerra Mundial, acelerados y desviados con el proceso integracionista, han originado una serie de cambios cualitativos fundamentales, que han puesto en hondo entredicho el importante acervo de valores políticos, institucionales y culturales de nuestro pueblo. Pero este problema, que pareciera atañe exclusivamente a Costa Rica, no es un problema exclusivamente interno. Más que interno es, propiamente hablando, un problema internacional. Es manifestación de una honda corriente histórica, de la cual no podía escapar nuestro país.

En esa tesitura, podemos decir que un grave peligro se cierne sobre el futuro histórico de Costa Rica. No tanto por un proceso convulso de revoluciones y contrarrevoluciones, sino por uno anárquico y posiblemente susceptible de resolver en una dictadura neofascista más de la zona del Caribe.

Veamos por qué.

En Centroamérica han existido dos corrientes históricas no solo disímiles sino inversas. Las razones socio-económicas para tal situación, serán objeto de un análisis posterior, que no podemos intentar aquí. Lo cierto de todo es que ese tipo de corrientes encontradas, que a lo largo de su existencia han operado en

el ámbito del Istmo y del Caribe, permitieron el desarrollo de Costa Rica como un país de democracia burguesa avanzada.

Como ya lo he dicho en otras oportunidades, y tomando una justa observación de nuestro historiador don Hernán G. Peralta, los liberales costarricenses eran separatistas, mientras que los liberales centroamericanos eran unionistas. Los conservadores centroamericanos eran separatistas, mientras que los costarricenses eran unionistas. El símbolo trágico de esta notable contradicción, que expresa a su vez la existencia de corrientes profundas, es la muerte por fusilamiento del General Morazán. El liberal centroamericano se apoyó en el conservatismo costarricense para derrocar al liberal más progresista, avanzado y visionario de la época, el Lic. Braulio Carrillo. Y serán los liberales josefinos, quienes tendrán que fusilar al general hondureño. Morazán fue víctima, no de las balas costarricenses, sino de una mortal trampa histórica.

Pues bien, bajo la estructura de propiedad creada en nuestro país por el tabaco y la caña de azúcar primero; y sobre esta por el café, después, fue posible desarrollar un tipo de pequeño productor directamente interesado en el desarrollo de la vida institucional y política del país. Una serie de elementos se conjugarán desde los últimos años de la colonia y los primeros de la independencia, para crear una fisonomía nacional típica, particularmente, por lo que se refiere a los procesos institucionales, educativos, civilistas y democráticos, en claro contraste con lo que ocurría en el resto del área.

Con el advenimiento del café se producirán una serie de modificaciones que mostrarán una clara tendencia a la formación de una oligarquía cafetalera que, sin



que eso signifique más de lo que directamente quiere decirse, encontrará importantes limitaciones para su vigencia irrestricta.

Se ha de tener en cuenta que si con el tabaco nuestra vinculación al mercado internacional había sido de enorme trascendencia para la modificación de la estructura económica colonial, con el café las consecuencias no se hicieron esperar. El desarrollo del monocultivo y la atadura con el capital inglés, van a originar en nuestro país dos grupos de burguesía íntimamente ligados entre sí y con el exterior, con todo lo que eso significa.

En primer lugar, la burguesía propiamente cafetalera; en segundo lugar, el grupo comercial-importador. Las consecuencias económicas de este proceso, sus implicaciones sociales y políticas, son objeto de un estudio posterior sobre el desarrollo de la dependencia en Costa Rica, desde la colonia a nuestros días. Por ahora, bástenos observar que será ese bloque de fuerzas principal, el que determinará la orientación del Estado costarricense, usufructuará el poder y obstaculizará hasta fecha reciente todo proceso de industrialización nacional.

Sin embargo, como ocurrió con la dictadura de Carrillo, serán las dictaduras embozadas o abiertas de Mora y Guardia, como expresión de un bonapartismo sustentado aquí en el pequeño productor que no podía encontrar en las condiciones de entonces expresión política propia en el poder legislativo, las que impondrán a aquel bloque de fuerzas fundamentales, una serie de limitaciones que servirán de punto de partida para un desarrollo democrático-liberal de incalculables consecuencias para la vida nacional.

Es importante decir que, la alianza entre la burguesía agro-exportadora y la comercial-importadora, unidas incluso por lazos familiares, constituyó un factor importante para que el proceso de sustitución de importación —que operó en otros países de la América del Sur ya durante la Primera Guerra Mundial—, no generara el mismo efecto en nuestro país.

Es interesante observar que la cosecha más grande de café fue precisamente la producida en el año mismo en que estalló la Guerra del 14 y que la misma fue negociada y embarcada el día antes del rompimien-

to de hostilidades, a precios notablemente elevados. Durante el período bélico, no dejaron de conseguirse las letras y giros, las corresponsalías y mercancías que tradicionalmente se necesitaban en el país, por parte de los comerciantes importadores, ni de venderse y colocarse en el exterior nuestro producto principal.

Pero el balance de nuestro comercio —notablemente favorable durante esos años—, se vio menguado en sus efectos por una crisis fiscal originada por precipitación, temores e ignorancia de nuestros gobiernos de entonces, y por la política clara de los comerciantes importadores que impidieron, objetivamente hablando, que se diera en el país un proceso sustitutivo de importaciones que originara un nuevo sector de burguesía industrial nacional.

Esto, que sí sucedió en América del Sur, sustrajo de nuestra realidad social un factor socio-económico particularmente importante. Allá sirvió para sustentar las corrientes desarrollistas e integracionistas, la formación de élites industriales nacionales en abierta competencia con los grupos agroexportadores tradicionales y, con el desarrollo de una irregularmente creciente clase obrera, movimientos de diverso tipo, desde socialistas y comunistas, hasta populistas.

Es interesante señalar que las corrientes desarrollistas tuvieron un importante sustento en este nuevo grupo social, que apoyó también las tendencias integracionistas de la zona. En Costa Rica, en cambio, ese nuevo grupo industrial, comenzará a desarrollarse tardíamente, prácticamente en el proceso de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces lo que había existido, más que todo, era una producción básicamente artesanal.

De igual forma, la debilidad propia de esa naciente industria nacional le impedirá realmente jugar ningún papel social y político importante. En la constelación de todo ese período, dominará la brillante luz de la alianza del grupo agro-exportador cafetalero con el grupo comercial-importador, bajo el mando sagrado de los grandes intereses internacionales, que simbolizan en nuestro país la United Fruit Co., y la Electric Bond and Share, la Northern y la Panamericana, los ejércitos centroamericanos al norte y la Zona del Canal al sur.



Como lógica consecuencia, los intereses sociales y políticos básicos de la sociedad costarricense, seguían estando al lado del grupo agro-exportador. No es de extrañar, entonces, que cuando los precios del café tuvieron el alza de los años 50, se diera un incremento inusitado de la importación y la condición favorable de nuestra balanza de pagos no se aprovechara para impulsar, por lo menos en determinadas esferas, cierto tipo de desarrollo industrial.

Es importante señalar que esa situación no fue fruto de una falta de visión de los gobernantes de entonces —que la hubo—, sino el resultado práctico de una alianza de clase y grupos dominantes, clara y concreta. Característico también es el hecho de que los procesos integracionistas en la América del Sur, contaron al principio con una clara oposición de parte de los grandes intereses radicados en los Estados Unidos. Pero esto no debe llevar a la confusión en que han caído algunos, de decir que también en el caso de Centroamérica existió esa oposición. Por el contrario, el interés de unificar al istmo data de tiempo atrás. Desde los primeros años de la independencia; desde Walker y la Conferencia de Washington. Los objetivos iniciales no eran propiamente económicos, sino estratégicos y políticos. Hoy son, además, económicos.

Cuando se produjo el proceso integracionista, se partió de una ilusión calcada de la experiencia de la América del Sur y adelantándose a ella. El espejismo óptico de la teoría, que ya había operado en los años 40 con el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, se repitió aquí con consecuencias mayormente graves. Porque se olvidaron las diferencias sociales básicas y, en particular, la inexistencia de una infraestructura industrial realmente nacional, la que existía por ejemplo, en países como Chile.

Lo anteriormente expuesto, unido a una política suicida de caza inversionistas, bajo el señuelo innecesario de exenciones de aduanas, monopolios, etc., y en el marco de una libre competencia caracterizada, más que todo, por el enfoque negativo de una ausencia de planificación, regionalización de la inversión, etc., facilitó la absorción de la estructura industrial, financiera y comercial del área, por parte de los grandes consorcios internacionales. Nuevamente, aquí la industria nacional quedó desplazada. Como dijimos

páginas atrás, los industriales han sido un grupo social al que se le pasó la hora sin haberle siquiera llegado.

En todo caso, es bueno señalar que la alianza de clases hasta el momento de la integración, con los vaivenes propios de toda estructura clasista, había operado notablemente bien. Gracias a la serie de factores indicados someramente líneas atrás, las instituciones democrático-burguesas habían venido desarrollándose, aunque sin agotar, claro está, el contexto total de una democracia burguesa plena.

En otras palabras, en Centroamérica, hasta el proceso integracionista, había continuado desarrollándose una doble corriente histórica de tendencias encontradas. Si Morazán y Carrillo la simbolizaron en el pasado, Arévalo, Arbenz y Figueres de un lado, y Mora y Picado de otro, la simbolizaron al finalizar la década del 40. La comprensión, sin embargo, del proceso histórico de formación de nuestras nacionalidades, economías y Estados, no podrá alcanzarse si no se cumple con el requisito metodológico fundamental de insertar esos procesos, que nos parecen tan propios y aislados, en el contexto histórico global del mundo moderno.

Lo sucedido en nuestro país desde el descubrimiento y la Colonia, desde la independencia y la República, si bien no puede reducirse en sus detalles concretos a una realidad internacional más amplia, tiene como telón de fondo la totalidad del acontecer histórico de la época.

Es un fenómeno, pues, que forma parte indisoluble del proceso sociopolítico mundial de todo el período. Así como la historia de nuestra dependencia y subdesarrollo es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial; y la independencia reflejó particularizadamente la crisis definitiva del *ancien regime* y la contradicción entre feudalismo y capitalismo; así también el desarrollo actual y la crisis de nuestra sociedad pertenecen al contexto universal que marca el surgimiento de la etapa imperialista en la historia del capitalismo y su crisis, con el triunfo de la Revolución de octubre en 1917, la China en 1949, las revoluciones en Europa Central, hasta la desintegración del sistema colonial y la Revolución Cubana en nuestra América.

Si este principio metodológico fundamental es requisito indispensable de toda investigación seria, que quiera asir la esencia del fenómeno y no quedarse en sus manifestaciones externas, desde el punto de vista práctico, político y económico, es un punto de partida de incalculable valor.

En efecto, nuestro país forma parte de esa entidad informe que se ha llamado tercer mundo, Y aunque se han intentado toda clase de tipologías, es lo cierto que lo realmente típico y caracterizador está dado por la noción de subdesarrollo y dependencia. En todo caso, se dio, desde el punto de vista económico, social y político, una notable contradicción. Mientras que la revolución democrático-burguesa, que simboliza la trayectoria histórica comprendida entre la Revolución holandesa del siglo XVI, la inglesa del XVII, la norteamericana y la francesa del XVIII, se cumplió prácticamente a cabalidad desde el punto de vista político, por las circunstancias históricas brevemente esbozadas, en el campo económico principalmente, y lógica consecuencia en el social también, se manifestó un notable retraso en el cumplimiento de las tareas democrático-burguesas básicas.

Más claramente, mientras que en nuestro país se alcanzó un florecimiento de las libertades democrático-burguesas clásicas, completándose así esa etapa, desde el ángulo nacional económico y social quedaron pendientes de realización las tareas de la revolución democrático-burguesa.

Esta situación es la que ha creado una serie de paradojas que han desconcertado a todos los grupos políticos del país. Desde la derecha hasta la extrema izquierda. Mientras que por una parte se constataba la existencia de importantes logros democrático-liberales, de otra se resentía el notable retraso en el desarrollo económico y social del país.

La más simplista de las respuestas fue la de impulsar, dentro de los marcos políticos ya creados, indudablemente avanzados, el desarrollo económico-social retrasado, hasta adecuarlo al nivel alcanzado por la superestructura político institucional.

Es aquí donde, a pesar de diferencias de muy distinta naturaleza, se darán la mano los partidos más diversos: desde el Republicano Nacional y el Vanguardia

Popular –comunista– en los años 40, hasta éste último y el de Liberación Nacional en la segunda mitad de la década del 60 y principios de la del 70.

Eso es una ilusión nefasta porque lleva a exigir de la historia una repetición imposible de la particularidad histórica constituida por la Segunda Guerra Mundial y la Alianza contra el eje y se olvida el contexto pleno en que debe situarse el accionar político en la década actual, después de Cuba y Chile. Lo simple del planteamiento, consiste en suponer que es posible hacer avanzar la estructura económica al nivel de la superestructura política, dentro de los marcos de la sociedad capitalista y la democracia burguesa.

Sin embargo, las razones para que esto no sea posible, no radican en factores internos, sino en realidades internacionales que se insertan de tal modo en nuestra propia realidad, que dejan de ser tales, para convertirse en importantes y decisivos factores nacionales. Es decir, que la circunstancia de que desde el punto de vista exclusivamente interno, no existan de hecho dificultades directas insuperables, ha servido para alimentar todo tipo de ilusiones, cuya más flagrante demostración trágica, por su frustración, está representada a escala continental por la política desarrollista, que a nivel nacional simbolizan no solo Figueres y el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, sino todos los partidos y movimientos políticos, incluyendo a la propia izquierda tradicional, en su política de alianzas, pomposamente calificadas de históricas, pero de contenido básicamente electorista. Lo que no quiere decir que específicamente la de los años 40, con todos sus efectos y errores, no tuviera una importancia fundamental para nuestra sociedad.

En relación con el surgimiento de la etapa imperialista en el desarrollo de la sociedad capitalista, con la crisis del sistema mismo por el triunfo de la Revolución de octubre, las perspectivas de desarrollo de los países dependientes y subdesarrollados adquirieron un contorno notablemente definido.

La posibilidad de un desarrollo capitalista pleno, pertenece al rango de las ilusiones perdidas. No es posible para nuestros países, a la luz del contexto internacional, acceder a un desarrollo capitalista que garantice la superación del subdesarrollo y la de-

pendencia. Las condiciones que hicieron posible el desarrollo del capitalismo en el pasado, han desaparecido definitivamente y constituyen una deficiencia insuperable. Ni acumulación originaria, ni colonias, ni mercado internacional. Sin embargo, el contenido de la revolución, desde el punto de vista económico y social, continúa siendo de tipo burgués-capitalista.

Nuestro país requiere a los ojos de las masas, y según el grado de desarrollo de su economía, una industrialización nacional, una reestructuración de las condiciones productivas y relaciones sociales en el campo, una política exterior independiente, etc. Esto es, tareas a nivel del desarrollo capitalista.

Sin embargo, resulta obvio que estas tareas no pueden ser cumplidas por los elementos de la actual alianza en el poder. Por los comerciantes importadores, por sus intereses absolutamente dependientes del proveedor externo; por los grupos agro-exportadores, por su sustento en las relaciones agrarias atrasadas, sus vínculos financieros, políticos y comerciales con los grandes intereses internacionales; ni mucho menos por los grupos gerenciales, que constituyen la avanzada social extranjera en nuestra economía y sociedad.

La tradicional democracia liberal burguesa, por otro lado, ha garantizado la configuración de una estructura estatal que responde plenamente a sus necesidades e intereses. Sus marcos garantizan la permanencia de la alianza en el poder.

Incapaces de satisfacer las necesidades de sus clientelas políticas, mediante el impulso de actividades productivas reales que los incorporen a la producción material, los partidos tradicionales han recurrido al fácil expediente, ya indicado, de acelerar el proceso de burocratización de nuestro estado.

Con la integración económica centroamericana, Costa Rica se vio impulsada a sumar su retraso económico con el del resto del istmo. Las superestructuras políticas, sin embargo, nuestras y ajenas, permanecían intactas en el proceso. Pero nadie se preguntó por cuánto tiempo. Y a muy corto plazo, ha comenzado a adelantarse una respuesta a una pregunta que si se formuló, jamás alcanzó a convertirse en hecho de conciencia.

En efecto, la posibilidad de la coexistencia de dos corrientes diferentes e incluso opuestas en la zona del Caribe, con el proceso integracionista de un lado, la Revolución cubana y la agitación política de otro, al menos en el contexto de la democracia burguesa tradicional, están condenadas a una doble alternativa: o bien a alcanzar por parte de la más avanzada una auténtica superación histórica, en base a un desarrollo económico independiente y real; y proyectarse positivamente en toda la zona; o bien, a sucumbir en las formas políticas retrasadas y modernas, a un tiempo, de tipo neo facistoide, que imperan en el resto del área.

Plantear, por eso, a la hora de analizar el Mercado Común Centroamericano, que lo que ocurre es que el imperialismo está muy interesado en esta zona, es el colmo del simplismo político y de la irresponsabilidad histórica.

Estamos, realmente, en un momento crucial en la vida de la nación. No porque exista una fuerza socialista que empuje el carro de la revolución, sino porque contra *lo mejor de nuestras tradiciones e instituciones* se hacen embates poderosos no solo por parte de individuos y agrupaciones políticas financiadas desde el exterior, sino por el desarrollo objetivo mismo de nuestra economía y nuestra sociedad.

Ni siquiera el propio Partido Comunista plantea en términos de revolución socialista las tareas pendientes en Costa Rica. Su planteamiento se acerca a la esencia del problema, aunque sin ir al fondo del mismo. Sin embargo, tales planteamientos tienen el mérito de resaltar la circunstancia de las limitaciones de nuestra Revolución, de su carácter no socialista, contrariamente a lo que algún otro grupo de entusiastas de la política han concebido para el bien del país.

Igualmente, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el país, el grado de desenvolvimiento de la clase obrera, de su número, conciencia y organización; el contenido mismo de la revolución, etc., son factores suficientes —dejando de lado los propiamente políticos—, para evidenciar que en la etapa actual de nuestro proceso histórico, no es el socialismo lo que está a la orden del día.

Pero si una revolución de tipo socialista está excluida de las posibilidades reales inmediatas en nuestro país; y no es posible hacer retroceder el reloj de la historia para obtener un compás de espera suficiente para realizar una revolución democrático-burguesa; y, si la clase históricamente llamada a ser una y otra, clase obrera y burguesía, presentan una debilidad endémica, ¿cuál es entonces la salida para la revolución en Costa Rica?

Ni capitalismo, ni socialismo. Ni lo primero, por haberse pasado la hora. Ni lo segundo, por no haberle llegado todavía. Sin una burguesía auténticamente nacional, fuerte descubridora de mundos; lejos de eso, más bien extranjerizante, débil y senil. Sin una clase obrera fuerte, con tradiciones de lucha, numéricamente importante, de un alto nivel de conciencia y organización.

Bajo todo ello, un diligente topo que cava y cava, falseando los cimientos de una institucionalidad democrática que siente, intermitentemente, pero con una frecuencia cada vez mayor, los estremecimientos de un edificio que está siendo socavado.

¿Qué puede hacerse en Costa Rica?

La solución, contrariamente a lo que algunos han sostenido, no puede ser inicialmente económica. No es posible impulsar un desarrollo capitalista en nuestro país con medidas de técnica económica. No hay posibilidad de ningún desarrollo económico significativo, sin que de un modo u otro se fortalezcan los lazos de dependencia y de dominio del capital internacional sobre nuestra economía.

Menos aun existe la posibilidad de *defender* y *profundizar* las libertades democráticas en Costa Rica. Planteado así el problema, se demuestra que el mismo no ha sido ajeno a la percepción de quien ha formulado tal consigna. Pero deja de lado todo el planteamiento clasista y desarma ideológicamente a las masas en la cuestión decisiva de toda revolución: la cuestión de las clases y el bloque de fuerzas en el poder.

Los fundamentos de la democracia burguesa tradicional de nuestro país, han venido siendo, y lo son hoy aun más intensamente, erosionados sistemáticamente por el desarrollo deforme y sietemesino, pero de in-

dudable relevancia social y económica —y por ende, política—, producido con el proceso integracionista.

La vieja alianza agro-exportadora y comercial-importadora, sobre una transacción bastante democrática con los niveles medios de pequeños productores y pequeña burguesía urbana —a través de la cual, principalmente, los primeros han ejercido el dominio del aparato estatal en Costa Rica— se ha demostrado incapaz de responder a las nuevas necesidades surgidas a partir de la post-guerra y, en especial, a partir del proceso de integración.

La crisis de los partidos políticos tradicionales, desde la izquierda hasta la derecha, refleja su ineptitud para expresar este nuevo conjunto de contradicciones. Se convierte así en crisis ideológica, programática y, como no podía ser de otra manera, en un momento crucial como el que vivimos, en crisis histórica.

La estructura democrática liberal, nacida al socaire de la pequeña producción cafetalera, de la relevancia cultural y política de la pequeña burguesía, etc., llegó a un grado de perfeccionamiento que pudo haber permitido, en circunstancias históricas nacionales e internacionales diferentes, un pleno desarrollo de las fuerzas productivas dentro del esquema capitalista.

Sin embargo, en el contexto actual, con las bases deformes del desarrollo industrial sucursalizado de nuestro país; la economía de enclave que se mantiene y se fortalece; la dependencia tradicional del mercado cafetalero mundial, etc.; esa institucionalidad democrática más bien se convierte en un freno para el ascenso del nuevo grupo industrial-gerencial, a sueldo directo del capital extranjero.

Paradójicamente, en nuestro país ni los marxistas han comprendido que, planteadas las cosas como están —y dado el desarrollo deforme producido por la integración económica centroamericana—, la superestructura democrática de Costa Rica se ha convertido en un freno para el desarrollo de las *fuerzas productivas*, aunque éstas no sean sino una forma nueva de consolidar la dependencia y el subdesarrollo, en cuanto sucursales de los grandes consorcios internacionales.

Las consecuencias de esta situación ya las han comenzado a sacar los gerentes y empresarios que re-

sisten los procesos auténticamente democráticos que las masas populares reclaman en nuestro país.

Pero lo cierto del caso es que para las fuerzas avanzadas, el asunto se ha presentado como un callejón sin salida.

¿Democracia burguesa? Ya sabemos la honda crisis en que se encuentra; y que es imposible apuntalarla frente a un desarrollo económico que atenta, paso a paso, contra ella. No podemos permanecer en ella.

La vida, ciertamente, empuja en el sentido de o bien superar las conquistas de la democracia burguesa y situarla en marcos de referencia social completamente distintos, o bien perderla definitivamente.

En este sentido, la clásica dualidad histórica de Centroamérica está cerca de desaparecer. No es posible, con el estado actual de cosas en el área —en punto a situaciones económicas, políticas y sociales—, mantener en Costa Rica una isla político-social. En el proceso vertiginoso de la absorción de nuestra economía, cultura y sociedad, por los grandes consorcios internacionales y su respectivo polo político de poder, resulta imposible que nuestro país pueda seguir siendo la excepción y escape a la vorágine. Durante mucho tiempo pudimos ser el tranquilo ojo del huracán, en medio de la tormenta del Caribe. Los procesos integracionistas, concebidos no sobre la base de una clase industrial criolla, sino sobre la inversión extranjera aplastante, han roto el punto de equilibrio. Nos precipitan a la dictadura de derecha —constitucional o no—, o bien a una forma de organización social superior.

¿Democracia socialista? Tampoco. Para ello sería preciso un sustrato material de relaciones socialistas de producción y consumo; desarrollo de las fuerzas productivas y una sólida clase obrera. Elementos todos que están muy lejos de existir y que, según hemos visto, no están siquiera a la orden del día en el país.

Es posible que ustedes se estén haciendo una serie de preguntas en este momento. ¿Mantener la actual democracia indefinidamente? ¿Pasar a una democracia socialista? ¿Alcanzar el desarrollo económico —con el actual bloque de fuerzas sociales en el poder—, y romper la dependencia y el subdesarrollo? ¿Plantear

la transformación del orden social costarricense en una serie de campos de su estructura, sin plantearse previamente la modificación del bloque de fuerzas en el poder? ¿Exigir al gobierno, por más avanzado que sea, dentro de la actual estructuración de fuerzas y relaciones de clase, la solución de los problemas fundamentales del país?

No; esos no son los caminos. Ni tampoco el de la democracia burguesa, aunque —pese a todo— hay que defenderla palmo a palmo, para ganar tiempo a fin de organizar al pueblo. Y para proveerlo de un mando único, auténticamente revolucionario, ideológicamente independiente, no burocratizado, ni mucho menos corrompido.

Tampoco la democracia socialista, porque no corresponde a las tareas y posibilidades reales en nuestro país en este momento.

Es preciso luchar por una nueva democracia. Por un estado de democracia nacional. Esto implica la formación de un nuevo bloque de fuerzas sociales en el poder. Así como la participación organizada y efectiva de las amplias masas del pueblo en el planteamiento y solución de los problemas fundamentales del país, desde los agrarios e industriales, hasta los culturales y educativos. Significa suplir las deficiencias históricas de la clase obrera nacional, mediante la conjunción de la pequeña burguesía urbana, en particular la intelectual y estudiantil, los campesinos y la burguesía industrial nacional. La reivindicación de los valores culturales, históricos y naturales de nuestra patria, y una política nacional orientada a la elevación constante de los niveles de vida y cultura de las masas. Significa, asimismo, suplir la deficiencia numérica, ideológica y social de la clase obrera, mediante la constitución de un nuevo movimiento político ideológicamente pertrechado con lo más avanzado de la ciencia social moderna. Que sea susceptible de resumir en su accionar político y en su organización, las experiencias más diversas, nacionales e internacionales. Que las integre, también, en una preocupación sustancial por nuestra realidad y nuestro destino. Nada de ello será posible, si la estructuración del pueblo no se hace efectiva, mediante la creación de formas de organización popular de contrapoder burgués.

Esto, unido a programas concretos de acción de masas, tras objetivos políticos de interés directo, permitirá una apertura en el poder político tradicional. Facilitará la constitución de un nuevo bloque de fuerzas en el poder y el surgimiento, bajo marcos sociales e históricos distintos, de una nueva democracia, de un Estado de democracia nacional, como apertura a un desarrollo pleno de nuestra economía y de nuestra nacionalidad.

La fuerza política para alcanzar esa meta, no podrá encontrarse en absolutamente ninguno de los partidos tradicionales. Por su estructura, vínculos y funcionamiento, ninguno de ellos podrá superar los límites de la democracia burguesa, en el mejor de los casos, o la cansina reiteración de *slogans* gastados y burocráticos.

Esta es una tarea pendiente para todas las generaciones del país libres de prejuicios, y llenas de fe y optimismo en el destino de Costa Rica.

He aquí el problema. Su solución, desde luego, sale de los alcances de este libro. Incluirla, sería desvirtuarlo ya que, al fin y al cabo, no se trata tanto de una cuestión meramente teórica, como sustancialmente práctica. No es conclusión que se presenta, sino tarea —inmensa y hermosa tarea— que recién comienza.

Sandino, el APRA y la Internacional  
Comunista. Antecedentes Históricos de  
la Nicaragua de Hoy





## A manera de prólogo

El presente trabajo aborda la problemática y política global en la que surgió la actividad guerrillera de Augusto César Sandino. La Nicaragua de principios del siglo XX había heredado la trágica escisión política de la colonia entre conservadores y liberales, utilizada inmisericordemente por diversos intereses de los Estados Unidos e Inglaterra que se disputaban el control político de esa joven nación, excepcionalmente apta para ser zona canalera.

En medio del intervencionismo norteamericano tan reiterado como contraproducente, dos respuestas se intentaron en Latinoamérica: la autóctona impulsada por el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) que jefaba Víctor Raúl Haya de la Torre y la introducida desde afuera, representada por la Internacional Comunista.

En Nicaragua, ambos movimientos políticos confluyeron en apoyo del líder guerrillero. A corto plazo las diferencias salieron a la luz y en la dicotomía que impuso la distinta orientación de cada uno de esos movimientos en la lucha de Sandino, este resultó inerme frente a las manipulaciones y traiciones del gobierno títere de Somoza impuesto por los Estados Unidos a este. Aislado y abandonado por sus antiguos aliados internacionales (en el caso del APRA por debilidad financiera y política; en el de la Internacional Comunista por diferencias políticas que la llevaron a calificar de traidor a Sandino y vendido al imperialismo yanqui por \$60.000), el desenlace fatal del guerrillero de las Segovias fue solo culminación simbólica de un destino trágico de nación, apetecida por grandes potencias.

Destaca la investigación las contradicciones dadas en el seno del movimiento guerrillero y en el seno de los círculos políticos de los Estados Unidos. De igual

manera, sienta las bases para engarzar el proceso nicaragüense con el que se dará en 1932 en El Salvador, a través de la figura de Agustín Farabundo Martí, Coronel del Estado mayor sandinista y secretario privado de Sandino. Finalmente, se intenta una interpretación global del proceso a la luz de los resultados obtenidos y las experiencias políticas acumuladas.

Se espera que esta investigación contribuya a esclarecer la naturaleza, alcances y características del proceso político nicaragüense, que tanta vigencia ha adquirido con los últimos acontecimientos que han tenido lugar en Nicaragua, al margen de cierta mitología de última moda tan irreal como insincera.



# I

## Trasfondo de la lucha Sandinista

### La Nicaragua de los años 20

La historia de Nicaragua, pequeño país de la América Central, con una extensión de 145.000 km<sup>2</sup>, se ha visto determinada por su privilegiada posición geográfica, que la hace una de las regiones más aptas para la construcción de una ruta interoceánica en el continente americano.

En 1920 Nicaragua tenía una población de apenas 638.000 habitantes<sup>132</sup>. Sus principales productos de exportación eran el café, el banano, la madera, el oro y el azúcar. En la década del veinte, la composición porcentual de exportaciones por producto se refleja en el cuadro siguiente:

**Cuadro I**  
**Nicaragua: Composición porcentual de exportaciones por productos 1919-1930**

	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930
Café	50	27	29	30	35	56	45	62	45	58	54	45
Bananos	4	7	17	25	19	13	14	9	16	16	18	27
Madera	13	18	11	9	16	10	15	10	19	11	12	6
Oro	12	12	12	13	7	6	5	5	7	3	4	5
Azúcar	5	22	16	8	12	8	12	7	5	4	2	4
Maíz	1			1					1	1	2	1
Cueros	3	3	1	2	1	2	2	1	1	2	1	1
Madera aserrada									1			
Plata	2	3	3	3	2	1	1					
Cacao												
Caucho				1			1	1				
Algodón			1		1							
Manteca de cerdo			1	2	2	1					2	

Fuente: Memorias del Recaudador General de Aduanas, Managua<sup>133</sup>.

132 Statistical Abstract of Latin America 1966, n.º 22 (Los Angeles: Latin American Center, University of California, 1967), 48-49.

133 Ob. cit. Pedro Belli. "Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905 a 1966", *Revista del Pensamiento Centroamericano*, n.º 146 (1975): 9.

El porcentaje de las exportaciones con destino a los Estados Unidos fluctuó en esa década entre un 86 % en 1920, a un 50 % en 1930, sin bajar nunca de ese 50 %<sup>134</sup>. En cuanto al porcentaje de importaciones de los Estados Unidos, este fluctuó de un 81 % a un 61 % en 1930, sin bajar nunca del 60 %<sup>135</sup>.

Como se desprende del cuadro anterior, ya para entonces el café y el banano habían desplazado a la minería que hasta 1917 había sido la principal actividad económica, siempre en manos de capital extranjero. El sector dominante vinculado a la producción del café se había consolidado políticamente a nivel interno, aunque como veremos, su papel se veía limitado al de intermediario de los Estados Unidos. Este sector cafetalero tenía en sus manos la propiedad de la tierra y ejercía un tipo de dominación sobre la peonada que se asemejaba al dominio personal ejercido por el encomendero en la época de la colonia<sup>136</sup>.

Por su parte, las empresas bananeras estaban en plena producción. Se combinaba el enclave bananero con un cierto tipo de enclave minero, que sumados a los intereses estratégicos y militares de los Estados Unidos en la Zona del Caribe, hacían de Nicaragua uno de los puntos claves, junto con Cuba, Puerto Rico, Haití y Panamá, para el dominio del área por los Estados Unidos.

El nivel de vida de las grandes masas campesinas era extraordinariamente bajo. Los cálculos de 1920 indicaban que únicamente el 19 % de la población escolar de seis a 19 años inclusive estaba recibiendo instrucción regular<sup>137</sup>. El estado de salud de los sectores populares era igualmente deplorable. Un informe de la época señala: “(...) las autoridades competentes tienen la opinión de que de cinco niños nacidos únicamente tres llegan a la madurez. De los que sobrevivían aproximadamente el 90 % estaban plagados de parásitos. Al llegar a la edad adulta, la sífilis y la mala-

ría se agregaban a sus dificultades. El gobierno dedicaba aproximadamente 12 centavos de dólar anuales per cápita al renglón salud<sup>138</sup>. Y para otro autor, la situación se resumía así: “Muchos no reciben más de cinco o seis dólares al mes. En las ciudades estas gentes viven en barracas de piso de tierra, en pésimas condiciones, en las afueras de los pueblos... Andan descalzos. Los niños juegan desnudos en el barro... Su dieta consiste de frijoles, arroz y plátanos”<sup>139</sup>.

Siendo precisamente las actividades mencionadas, la producción del café y del banano, las más importantes de la economía nicaragüense, la dominación interna de los grupos cafetaleros era prácticamente total. De hecho, las disputas entre los partidos Liberal y Conservador —en realidad, la expresión de la rivalidad entre los ayuntamientos de dos ciudades: León, agrícola y liberal, y Granada, comercial y conservadora<sup>140</sup>—, son la pugna entre una burguesía comercial y una burguesía agro exportadora, sin mayor imaginación para llegar al poder que disputarse los favores del imperialismo americano.

La inexistencia de la industria y el predominio de una economía agraria monocultora marcaban la ausencia de una verdadera clase obrera, ya que además de las masas campesinas amarradas a las haciendas cafetaleras, lo que existía era un proletariado agrícola en las zonas bananeras, que por las condiciones de exportación particulares del enclave bananero, carecía de las características necesarias para jugar un papel de clase para sí, y una cierta cantidad de trabajadores de las minas.

En peores condiciones y más lejos aún de poder jugar ese papel, estaba el peón de la hacienda relacionado con su patrón por medio de una vinculación personal que ha sido calificada de esclavista por impulsar el trabajo forzoso y establecer una relación social de carácter patrimonial<sup>141</sup> entre él y el hacendado.

134 Belli, “Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905 a 1966”, 12.

135 Belli, “Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905 a 1966”, 12.

136 Edelberto Torres, Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano, (EDUCA: San José, 1971), 77. José A. Alonso, “Élites gobernantes y familismo en Nicaragua”, Revista de Estudios Centroamericanos, n.º 296 (1973), 339-340.

137 Belli, “Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905 a 1966”, 9.

138 Belli, “Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905 a 1966”, 9.

139 Harold Norman Denny, Dollars for Bullets: The Story of American Rule in Nicaragua (New York: The Dial Press, 1929), 49. El autor, corresponsal del New York Times, hizo estudios de campo en Nicaragua en los años 1927-1928.

140 Torres, Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano, 71.

141 Torres, Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano, 75.

Así las cosas, todo parece indicar que a los sectores de artesanos, pequeños propietarios, y elementos de la intelectualidad, les correspondía en esa Nicaragua desempeñar un papel relevante, en lo social y político. Aunque hay que señalar que la estructura de las relaciones sociales de producción no permitió el surgimiento de esos sectores sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la dominación política y militar por el régimen de Anastasio Somoza, es prácticamente absoluta, pero este les impide jugar ese papel.

La intervención militar norteamericana y la lucha consiguiente de Sandino hicieron vislumbrar la posibilidad de una irrupción de sectores no pertenecientes a la gran burguesía en el proceso político nicaragüense y en la correspondiente lucha por el poder. Su vocación nacionalista y su orientación en cuanto a base de apoyo social, constituía una doble amenaza para las fuerzas dominantes en Nicaragua: la burguesía agraria y compradora a nivel interno y la política imperialista norteamericana a nivel externo. En ese triángulo de hierro debe situarse la lucha del movimiento sandinista, a cuya debilidad social-orgánica interna se sumarán las contradicciones de las tendencias que tratarán de influir en el movimiento: la de la Internacional Comunista, y la del movimiento aprista.

Es necesario, entonces, situar la acción de Augusto César Sandino en el complejo proceso de expansión económica y militar que los Estados Unidos realizaron en Nicaragua, sin entender el cual no es posible comprender ni el significado de la gesta de Sandino, ni el carácter verdadero de su lucha.

## Nicaragua: Entre la República y el Protectorado

Los Estados Unidos, cuyo interés político —estratégico en Nicaragua se remonta a la primera mitad del siglo pasado<sup>142</sup>, habían logrado para el inicio de la década 1920-1930 el absoluto control financiero, político y militar de ese país centroamericano; antes habían conseguido el parcial alejamiento de Inglaterra de esta zona, mediante el Tratado Hay-Pauncefote, en el que se reconocía el derecho exclusivo de los Estados Unidos a la construcción de un canal por Nicaragua<sup>143</sup>.

La banca y los ferrocarriles estaban totalmente controlados, según se ve del informe siguiente: “Aunque el gobierno nicaragüense es dueño de las acciones del Banco Nacional y del Ferrocarril al Pacífico, la Junta Directiva de cada institución tiene un grupo experimentado de miembros norteamericanos que saben de la banca y ferrocarriles. Estas juntas directivas celebran sus reuniones en Nueva York, y el gobierno nicaragüense consulta con el International Acceptance Bank, antes de adoptar ninguna medida financiera”<sup>144</sup>.

El control no solo abarcaba ferrocarriles sino toda forma importante de comunicación: “las comunicaciones cablegráficas están en manos de la All American Cables, mientras que la radio, en su mayor parte está bajo el control de la Tropical Radio Co., subsidiaria de la United Fruit Co.”<sup>145</sup>.

Entre los inversionistas norteamericanos se citan la Cuyamel Fruit Co., la Standard Fruit Co., y la United Fruit Co. La Central American Exploration Company es dueña de una mina de oro y de una concesión de cuatro millones de acres para minería. Están también

142 El primer documento del interés norteamericano en la ruta canalera por Nicaragua lo constituye la nota enviada el 8 de febrero de 1925 por Antonio José Cañas, Ministro de América Central en Washington, a John Quincy Adams, Secretario de Estado de Monroe, en la que manifiesta que tiene como principal encargo el promover “la apertura de un canal para la comunicación de los océanos Pacífico y Atlántico en la provincia de Nicaragua”. Ver William R. Mannings, ed., *Correspondencia de las naciones latinoamericanas*, Tomo II (Buenos Aires: Editorial La Facultad, 1931), 1041-1042.

143 Diego Manuel Sequeira. “Emission et Amortissement des Emprunts Extérieurs de la République du Nicaragua pendant le Premier Quart du Siècle” (tesis doctoral, Librairie Générale de Droit-et de Jurisprudence, 1931).

144 Raymond Leslie Buell, “The Central Americas”, *Foreign Policy Association, Pamphlet*, n.º 69 (Nueva York: 1930), 13.

145 Buell, “The Central Americas”, 13.

la Salvador Mines Ltd., The Continental Mines Ltd., la Constanza Consolidated Mining Co. y un número de intereses mineros menores. Los intereses madereros y la Public Utilities Consolidated Corporation tenían intereses sustanciales en el país<sup>146</sup>. Además, la Bragmans Bluff Lumber Co. poseía desde 1923 una concesión para explotar alrededor de 50.000 acres de bosques<sup>147</sup>.

Los datos anteriores nos permiten aseverar que la Nicaragua de la década del veinte era un país de economía monoprodutora y dependiente por completo de la economía norteamericana. Desde luego, a esta dependencia iba indisolublemente ligado el dominio político-militar de los Estados Unidos sobre la pequeña república.

La intervención político-militar directa del gobierno norteamericano en Nicaragua, en este siglo, se hizo patente en 1909.

Después de provocar la caída del presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya, el Departamento de Estado envió un agente especial a Nicaragua e hizo firmar a los principales cabecillas de la revuelta un acuerdo conocido con el nombre de Pacto Dawson, una de cuyas cláusulas comprometía al gobierno nicaragüense a solicitar un empréstito a banqueros norteamericanos y a abolir ciertas concesiones otorgadas por Zelaya a empresas e instituciones no norteamericanas. El gobierno norteamericano, por su parte, interpondría sus *buenos oficios* para lograr el empréstito entre “La República de Nicaragua y ciertos financistas americanos de alta posición”<sup>148</sup>. Las deudas de Nicaragua con Inglaterra quedaron traspasadas a banqueros norteamericanos, quienes serían ya los únicos acreedores.

Esto lo explicaba así el presidente de los Estados Unidos, William Howard Taft:

es obvio que la Doctrina de Monroe es más vital en las cercanías del Canal de Panamá y la Zona

del Caribe, que en cualquier otra parte. Es, por lo tanto, esencial que los países dentro de esta esfera queden liberados de embarazos provocados por fuertes deudas extranjeras y por finanzas nacionales caóticas, y por el peligro, siempre presente, de complicaciones internacionales, originadas por desórdenes internos. Por lo tanto, los Estados Unidos gustosamente han alentado a los banqueros norteamericanos, que estaban deseosos de prestar su ayuda, para la rehabilitación financiera de esos países... Las Repúblicas de la América Central y del Caribe poseen grandes riquezas naturales. Necesitan solo alguna estabilidad y los medios de regeneración financiera para entrar en una era de paz y prosperidad que les produzca provecho y felicidad, y al mismo tiempo, que engendre condiciones seguras que conduzcan a un floreciente intercambio comercial con este país...<sup>149</sup>

A partir de 1911 el gobierno nicaragüense estaba tan endeudado con los banqueros norteamericanos, que todas sus rentas se dedicaban al pago de la deuda externa.

Desde diciembre de 1911, se nombró un receptor de aduanas, que según los convenios firmados con los banqueros debía ser de nacionalidad norteamericana, y nombrado por los mismos banqueros de acuerdo con el Departamento de Estado. Es interesante la opinión que al respecto externa Dana Munro, experto en relaciones internacionales del Departamento de Estado:

Los proyectos de empréstitos en Nicaragua y Honduras tenían un propósito adicional de mayor importancia” el establecimiento de recaudadores de aduanas como los de Santo Domingo. El aparente éxito del experimento dominicano llevó a Taft y a sus asesores a ver en el control americano de las aduanas casi una panacea para las enfermedades de los desordenados países caribeños, un asunto que desanimaría las revo-

146 Thomas F. Lee, *Latin American Problems, Their Relations to Our Investor Billions* (New York: Brower, Warren and Putnam, 1932), 147-149.

147 Charles Wurm, “The Intervention of U.S. in Nicaragua”, *Communist International*, n.º 4 (1927): 12.

148 Sequeira, “Emission et Amortissement des Emprunts Extérieurs de la République du Nicaragua pendant le Premier Quart du Siècle”, 8.

149 Citado por Gregorio Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I (Buenos Aires: Editorial Triángulo, 1958), 43-44.



luciones y haría posible también el pago de las reclamaciones extranjeras y la construcción de las necesitadas obras públicas<sup>150</sup>.

En cuanto a las *necesitadas obras públicas*, podemos decir que los quince millones prestados al gobierno nicaragüense en 1911 por la firma neoyorkina Brown Brothers y J.W. Seligman, solamente \$500.000 eran para obras públicas, y el resto lo consumían las deudas e intereses con los banqueros, y el pago a empresas norteamericanas<sup>151</sup>.

El gobierno norteamericano había logrado colocar en la presidencia a Adolfo Díaz, empleado de La Luz and Los Ángeles Mining Company, de la cual era accionista el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander Knox. Para dar una idea acerca de la actitud de Díaz hacia los Estados Unidos, citaré a Raymond Leslie Buell, quien en la revista norteamericana *Foreign Policy Reports* dice: “Los Estados Unidos virtualmente hicieron Presidente de Nicaragua a don Adolfo Díaz, el personaje más proyanqui del país.”<sup>152</sup> Díaz llegaría a mostrar su incondicionalidad pidiendo, por primera vez el 2 de diciembre de 1911, la firma de un tratado que permitiera a los Estados Unidos intervenir en los asuntos de Nicaragua, solicitud que repetiría en 1912, y que culminaría con la ocupación militar permanente del país<sup>153</sup>.

La firma del tratado Chamorro-Weitzel, el 8 de febrero de 1913, entre los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua, es uno de los puntos más demostrativos del total dominio del primero sobre la República centroamericana. Este tratado otorgaba a los Estados Unidos opción perpetua de construir el canal por cualquier parte del territorio nicaragüense, una base naval en el Golfo de Fonseca, libre navegación para la marina norteamericana en aguas territoriales de

Nicaragua, arrendamiento por 99 años prorrogables a voluntad de los Estados Unidos de las Islas Great y Little Corn, todo a cambio de tres millones de dólares. El secretario de Estado norteamericano presentó el Tratado al Senado de su país y este lo rechazó por encontrarlo inadmisibile.

Sin embargo, el 5 de agosto de 1914, el General Emiliano Chamorro, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Nicaragua en los Estados Unidos, firmó junto con William Jennings Bryan, entonces secretario de Estado, un nuevo tratado Bryan-Chamorro. El estallido de la guerra avivó el interés de los Estados Unidos en la ruta canalera por Nicaragua, y su control económico-político sobre esta se afianzó con la firma de nuevos pactos con los banqueros.

El tratado Bryan-Chamorro reprodujo casi con exactitud las cláusulas del Tratado Weitzel-Chamorro, y entre otras cosas dispuso:

Art. 1: El gobierno de Nicaragua cede a perpetuidad al gobierno de los Estados Unidos, libre de todo impuesto o carga pública, el derecho exclusivo y de propiedad necesaria y conveniente para la construcción, funcionamiento y mantenimiento de un canal interoceánico por la vía del Río San Juan, el Gran Lago de Nicaragua o por cualquier ruta sobre el territorio de Nicaragua. En el artículo tercero se modificó el destino de los tres millones de dólares que recibiría el gobierno nicaragüense. Con el tratado Chamorro-Weitzel esos tres millones se destinaban a gastos diversos, pero en el nuevo tratado se debían dedicar exclusivamente a reducir la deuda actual de Nicaragua, es decir, a reembolsar a los banqueros norteamericanos<sup>154</sup>.

150 Dana Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921* (Princeton University Press, New Jersey, 1964), 162.

151 Op. cit., Sequeira, “Emission et Amortissement des Emprunts Extérieurs de la République du Nicaragua pendant le Premier Quart du Siècle”, 36-37.

152 Raymond Leslie Buell. “The United States and Central American Stability”, *Foreign Policy Reports* VII, n.º 9 (1931): 481.

153 Al respecto y comentando cómo los norteamericanos intervinieron para mantener a Díaz en el poder, dice Munro: “La intervención en Nicaragua en 1912 marca un punto de cambio en la política norteamericana en el Caribe. Antes de 1912, la marina frecuentemente hizo demostraciones de fuerza para evitar peleas que podrían poner en peligro a los extranjeros, o para desanimar actividades revolucionarias... pero no había habido ningún caso antes de 1912 en el que las fuerzas norteamericanas se metieran de lleno en una batalla para suprimir una revolución”. Op. cit. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*, 215.

154 Op. cit. Sequeira, “Emission et Amortissement des Emprunts Extérieurs de la République du Nicaragua pendant le Premier Quart du Siècle”, 11.

La Corte de Justicia Centroamericana, fundada en 1907 con la intervención directa de los Estados Unidos, declaró nulo dicho tratado, por considerarlo violatorio de la integridad territorial y soberanía de Nicaragua, de Honduras y Costa Rica. (Sentencias del 10 de noviembre de 1916 y del 9 de marzo de 1917)<sup>155</sup>.

El gobierno de Nicaragua indignado por el fallo, retiró sus magistrados de la Corte y esta recibió un golpe del cual no pudo recuperarse<sup>156</sup>. En toda América se levantó una ola de protesta contra el tratado, que era calificado de infamante. En el mismo Senado de los Estados Unidos, se escucharon voces de repudio.

El senador Elihu Root, en carta a su colega Paul Fuller, manifestó: “Me asaltan inquietudes y temores al pensar en la cuestión de si el gobierno de Nicaragua, que celebró el Tratado, es realmente el genuino representante de aquel pueblo y si puede ser mirado en Nicaragua y en Centroamérica como un legítimo y libre agente para otorgarlo; y es que he leído el informe de nuestros marinos en Nicaragua y hallo en él estas palabras: ‘El Gobierno actual no está en el poder por la voluntad del pueblo; las elecciones fueron en su mayor parte fraudulentas’. Y más adelante he leído en el mismo informe la afirmación de que los opositores de aquel Gobierno constituyen las tres cuartas partes del país... Podemos nosotros celebrar un Tratado tan serio para Nicaragua, en que nos concede perpetuos derechos en aquel territorio con un presidente de quien tenemos justas razones para creer que no representa más que la cuarta parte de los gobernados del país, y el cual está sostenido en el puesto por nuestra fuerza militar, y a quien, como consecuencia del Tratado, pagaríamos una considerable suma de dinero para que de ella disponga el Presidente<sup>157</sup>.”

Y por su parte, el Senador William Borah expresaba:

Yo nunca he considerado el tratado con Nicaragua como un tratado celebrado con el pueblo

nicaragüense. Nosotros hicimos un tratado con nosotros mismos. Hicimos un tratado con un gobierno que nos representaba a nosotros mismos del otro lado de la mesa de negociaciones.

Hicimos un tratado con un gobierno que era instrumento nuestro. Es una de las transacciones más indefendibles de que yo tenga conocimiento en la vida internacional<sup>158</sup>.

Un estudioso de asuntos latinoamericanos, John Kenneth Turner, leyó un informe privado hecho por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado en 1914, y resume de este lo siguiente:

1) que la ocupación permanente de Nicaragua fue llevada a cabo por la administración de Taft con el propósito de sostener a un Presidente combatido por la mayoría abrumadora de ciudadanos de su país. 2) Que el tal Presidente, Adolfo Díaz, fue llevado al poder, no por los votos de los nicaragüenses, sino por las fuerzas armadas de los Estados Unidos, a las órdenes de su Presidente. 3) Que como medio de llevar a Adolfo Díaz a la Presidencia y de mantenerlo allí, nosotros emprendimos una serie de ilegales campañas militares, matamos centenares de nicaragüenses, echamos abajo tres gobiernos sucesivos, nos apoderamos de la propiedad pública y privada y proseguimos una guerra de conquista hasta tomar posesión completa del país. 4) Que Adolfo Díaz en la Presidencia se encontró con que no podía hacer nada por su propia voluntad, sino que tenía que recibir órdenes como un mayordomo cualquiera. 5) Que la dominación norteamericana en Nicaragua no llevó el más pequeño beneficio al pueblo de Nicaragua; que las libertades de los ciudadanos nicaragüenses fueron permanentemente abolidas, que el gobierno de Nicaragua, bajo el protectorado norteamericano es una pura autocracia, administrado por extranjeros, la cual se ve obligada a mantener suspendida

155 Ramón Romero, *Sandino y los Yanquis* (México: Ediciones Patria y Libertad, 1961), 102.

156 Ernesto Martín. “Una carta al hermano del presidente Calles a propósito del escándalo de Nicaragua”, *Revista Repertorio Americano*, XVI (1927): 71.

157 Carta publicada en *Century Magazine* y en el Diario de sesiones del Congreso (13 de enero de 1917, 1577) citado por Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I, 68 y en Juan Del Camino, “El Tratado Chamorro-Bryan es un tratado humillante y fenicio”, *Repertorio Americano*, XXIV (1933): 22.

158 Congressional Records Proceedings and Debates of the 2nd. Session of the 67th Congress. Vol. LXXI, part 9a, 8941-8942 Washington, en Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I, 73.

sobre el pueblo nicaragüense la amenaza de un régimen de terror para perpetuarse en el poder. 6) Que todo el propósito de la guerra de los Estados Unidos contra la pequeña República fue el de obligar a Nicaragua a someterse a un saqueo de sus riquezas por financieros norteamericanos. 7) Que Woodrow Wilson llevó adelante en todos sus detalles los proyectos de conquista iniciados por Taft; que a la explotación de Nicaragua con la ayuda de los cañones norteamericanos se le dio un color de legalidad bajo el régimen de Wilson, pues el tratado con Nicaragua fue ratificado porque así lo recomendó Wilson. 8) Que los principales rasgos de ese tratado, la venta de una concesión canalera y el arrendamiento de unas bases navales, son cuestiones concebidas después de resuelto el verdadero objetivo, con el fin de poner una pantalla que ocultara los propósitos puramente financieros del protectorado. 9) Que el actual árbitro de los destinos de Nicaragua, bajo el protectorado norteamericano, no es otro que el representante o apoderado local del Sindicato de Banqueros de Nueva York para cuyo beneficio exclusivo se llevó a cabo la conquista y se firmó la Convención<sup>159</sup>.

Díaz siguió en la Presidencia hasta el 1 de enero de 1917, fecha en la cual los Estados Unidos trasladaron a Emiliano Chamorro de Embajador en Washington a Presidente de Nicaragua.

Tanto durante la Presidencia de Chamorro como en las de sus sucesores, se firmaron nuevos pactos con los banqueros norteamericanos, y se cerró más aún el cerco de la dominación norteamericana.

En 1926 está Chamorro nuevamente en el gobierno, cuando estalla una revuelta dirigida por José María Moncada, perteneciente al partido liberal, destinada a derrocarlo, y a entregar el gobierno a quien correspondía constitucionalmente, que era al Dr. Juan Bautista Sacasa. Los norteamericanos inculparon al

gobierno mexicano de Calles, a quien acusaban de bolcheviquismo por su política exterior independiente, de haber propiciado la revuelta liberal, para apoderarse del Caribe.

El General Obregón se refirió a las acusaciones norteamericanas como “celos profesionales” y Calles fue aún más terminante, al preguntar: “¿Qué persona en su sano juicio puede albergar la idea de que México, un país en proceso de organización, sin un ejército para conquistas, sin siquiera una sombra de marina, planearía poner en peligro las defensas del Canal de Panamá o las de cualquier otro país?”<sup>160</sup>

La Internacional Comunista diría, a este respecto:

“Por todas partes, en China, Nicaragua, en Java, los imperialistas alegan como última prueba de la necesidad de la represión sangrienta, la lucha contra el bolchevismo. Los imperialistas llaman bolchevismo todo esfuerzo de liberación de los pueblos oprimidos. Quieren desacreditar así al bolchevismo. No se dan cuenta de que todo lo que es honesto, justo, amante de la libertad y el valor, se declara por el bolchevismo, y que ellos mismos desarrollan así la conciencia de clase de las masas y su organización”<sup>161</sup>.

Los Estados Unidos colocaron otra vez en el gobierno a su incondicional Adolfo Díaz. No pasó mucho tiempo antes de que los liberales establecieran un gobierno autónomo en Puerto Cabezas, que fue reconocido por el gobierno mexicano.

Díaz recibió de los Estados Unidos un préstamo de emergencia de \$300.000 y luego recibió otro de \$6 millones, aun antes de que ese país le reconociera como presidente de Nicaragua, se apresuró a calificar la ayuda mexicana a los liberales como parte de un complot bolchevique mundial y en un documento extenso solicitó abiertamente la intervención armada norteamericana. Afirmó que su gobierno

159 John Kennet Turnes, *Shall It Be Again*, citado por Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I, 81-82.

160 Denny, *Dollars for Bullets: The Story of American Rule in Nicaragua*, 245.

161 P.S., “La Politique d’Intervention des Etats Unis au Nicaragua et au Mexique”, *La Correspondance Internationale*, n.º 16 (1927): 228.

El artículo solo está firmado con las iniciales. Véase también M. Tanin, “L’offensive Impèrialiste des Etats-Unis”, *La Correspondance Internationale*, n.º 10 (1927): 132; George Harrison, “Les Intrigues des Etats Unis au Nicaragua”, *La Correspondance Internationale*, n.º 5 (1925): 75; “Izvestia”, “La Prestidige de la Diplomatie Américaine”, *La Correspondance Internationale*, n.º 16 (1927): 214.

estaba imposibilitado para proteger la vida y los intereses de los norteamericanos y otros extranjeros residentes en su país, y declaró que los medios que eligiera el Departamento de Estado para brindar a dichos ciudadanos la protección que él no les podía dar contarían con su absoluta confianza<sup>162</sup>.

El 23 de febrero, un cable de la agencia de noticias AP (Associated Press) da cuenta de los deseos de Adolfo Díaz:

“El Presidente conservador Adolfo Díaz, reconocido por Washington, desea que los Estados Unidos asuman la protección de Nicaragua durante cien años prorrogables. El proyecto será presentado al Congreso nicaragüense mañana jueves, teniendo seguridad el señor Díaz de que será aprobado. Al hacer público anoche un bosquejo de la proposición, declaró Díaz que el tratado respectivo dará a EE.UU. el derecho de intervenir cuando sea necesario con objeto de mantener un gobierno responsable y asegurar elecciones libres en su patria”<sup>163</sup>. En dicho tratado, Díaz entregaba también a los EE.UU. garantía sobre los derechos canaleros, el nombramiento de un consultor financiero con autoridad sobre los gastos fiscales, y de un colector norteamericano de todas las rentas nacionales. Además, los EE.UU. prepararían planes para la formación de la *Constabulary* (Guardia Nacional) nicaragüense, bajo el mando de oficiales norteamericanos.

Los Estados Unidos, sin embargo, no estaban dispuestos a asumir en esa forma abierta el protectorado sobre Nicaragua, ya que la forma vigente les permitiría todas las ventajas político-económicas, de manera que el jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Estado, Stokely Morgan, se apresuró a manifestar que no tenían interés en un tratado del tipo que había propuesto Díaz a su legación en Managua. Al mismo tiempo que se hacía ese tipo de declaraciones, miles de marinos desembarcaban para mantener a Díaz en el gobierno.

Por su parte, el 6 de marzo de 1926, el senador Burton K. Wheeler, diría en el Forum en Boston: “La política de Kellogg ha implicado una intervención armada en Nicaragua por cuenta de un presidente marioneta, puesto allí por los Estados Unidos e impuesto al que, no importa lo que en eso él pueda costarle a Nicaragua, él está presto a servir a los banqueros neoyorkinos, quienes durante 17 años, han explotado este país de manera inmisericorde, bajo la égida del Departamento de Estado.”<sup>164</sup>

Y agregó brutalmente:

Nuestro Departamento de Estado, arrojándole el honor americano a los perros, reconoció a Adolfo Díaz como presidente de Nicaragua. Para hacer esto, tuvo que violar el espíritu y la letra de un tratado que había patrocinado. Tuvo que enredarse en toda clase de argucias legales y de maniobras políticas en la vana esperanza de hacer que la peor causa apareciera como la mejor a los ojos del pueblo de Nicaragua, quien con justicia desprecia a la mascota-marioneta de nuestro Departamento de Estado. Y cuando fracasó en llevar adelante el crudo negocio que había tratado de meterle al pueblo de Nicaragua, comenzó a enviar a prisa barcos de guerra, marinos y bombarderos para llevar adelante su cobarde y deshonesto programa de brutal matonismo.

¿Quién es la marioneta de nuestro Departamento de Estado? Es un viejo favorito. Es un perfecto sello de hule. Es un ideal *Yes man*. No solo recibe órdenes de nuestro Departamento de Estado, sino que las anticipa. Don Adolfo, sentado en el palacio presidencial de Managua, podría ser fácilmente confundido con un perro-victrola escuchando la voz de su amo... En su doble capacidad de agente de préstamos y ángel guardián de algunos banqueros de Nueva York, nuestro Departamento de Estado ha estado usando a Díaz un día sí y otro no desde que ayudó a fomentar la revolución en Nicaragua en 1909, que resultó en la caída del gobierno de Zelaya. Él es uno de los

162 Op. cit. En Rafael de Nogales, *The Looting of Nicaragua* (New York: R.M. McBride, 1928), 116 y ss. Intervención del Senador Wheeler.

163 Diario La Prensa de Nueva York, del 24 de febrero de 1927. Citado por Romero, *Sandino y los Yanquis*, 137.

164 Carleton Beals, *L'Amérique Latine: Monde en Révolution* (París: Payot, 1966), 72.

dos hombres disponibles. El otro era Emiliano Chamorro. De los dos, Díaz es el instrumento más fácil de manejar<sup>165</sup>.

Del completo dominio norteamericano en Nicaragua nos dice Harold Norman Benny:

Los Estados Unidos han gobernado Nicaragua durante casi todos los últimos dieciocho años, más completamente que como el Gobierno Federal Americano gobierna los Estados de la Unión. En una forma incuestionable, ha ejercido un protectorado sobre Nicaragua, por más vivamente que el Departamento de Estado rechace esta palabra. Ocupa el país con sus fuerzas armadas y probablemente continuará ocupándolo por algún tiempo todavía... En intervalos, durante los pasados dieciocho años, los EEUU han escogido presidente para Nicaragua y los han sostenido con la fuerza de las armas. Han dictado preceptos constitucionales que Nicaragua debe adoptar, y leyes que el Congreso debe pasar. Y cuando el Congreso les ha fallado, han escrito decretos para que los firme el Presidente, y han impuesto así su voluntad. Los Estados Unidos le han quitado el ejército a Nicaragua, y han desarmado a sus habitantes —en el interés de la paz, y con el consentimiento de Nicaragua— y están construyendo un nuevo ejército para la República con oficiales de la Marina americana<sup>166</sup>.

Después del triunfo de Moncada en la batalla de Muy Muy, en marzo de 1927, llegó a Nicaragua el General Logan Feland, al mando de 2.000 marinos, y en el mes de abril Coolidge designó como su delegado personal a Henry L. Stimson, a quien se le otorgaron poderes excepcionales<sup>167</sup>.

El 29 de abril de ese año, tres representantes de Sacasa se entrevistaron con Stimson, y el 4 de mayo, después de una entrevista entre Stimson y Moncada en Tipitapa, se declaró la tregua y las fuerzas conservadoras evacuaron Boaca. El 8 de mayo el Consejo de Generales Liberales resolvió la rendición, sin esperar la presencia de un general ausente: Augusto César Sandino.

El 12 de mayo Moncada se rindió a Stimson, lo cual no debe sorprendernos, de ser cierta la afirmación de De Nogales, de que en 1912, mientras se llevaba a cabo la revuelta contra Díaz, Moncada estaba en Nueva York recibiendo un salario pagado por este, por llevar adelante tareas especiales en esa ciudad<sup>168</sup>. Sus buenas relaciones con Díaz databan de entonces.

Moncada llevó su rendición hasta el extremo de condecorar al Almirante Latimer con la *medalla de la paz*, ¡un crucifijo al cual le había quitado la figura de Cristo para imponérselo como condecoración al norteamericano!<sup>169</sup> Únicamente el General que había estado ausente en la reunión en que se acordó la rendición, Augusto César Sandino, rechazó dicha rendición, y dio las siguientes declaraciones: “No solo considero a Moncada un traidor, sino también un desertor que se pasó al enemigo. Nadie jamás le autorizó para dejar las filas constitucionalistas para entrar en tratados secretos, en nombre del Ejército Constitucionalista, con el enemigo, y más particularmente con los invasores de nuestro país... Moncada se ha hecho responsable de un crimen que clama venganza”<sup>170</sup>.

165 Op. cit. de Nogales, *The Looting of Nicaragua*, 116 y ss.

166 Denny, *Dollars for Bullets: The Story of American Rule in Nicaragua*, 247.

167 En su libro *American Policy in Nicaragua*, comentando su participación en esas operaciones, declara Stimson: “Durante un siglo hemos sido los escrupulosos defensores de su independencia (se refiere a los países latinoamericanos) no solo contra Europa, sino algunas veces incluso contra ellos mismos. Esto último es particularmente cierto en lo que se refiere a las repúblicas centroamericanas”. Henry L. Stimson, *American Policy in Nicaragua* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1927), 94.

168 Op. cit. de Nogales, *The Looting of Nicaragua*, 135.

169 de Nogales, *The Looting of Nicaragua*, 285.

170 Nogales, *The Looting of Nicaragua*, 241.



## II

### El movimiento Sandinista: Naturaleza política y social, objetivos y límites

#### Origen social del ejército Sandinista

Cumpliendo su deseo de rescatar la dignidad y soberanía del pueblo nicaragüense<sup>171</sup> el General Augusto César Sandino, mecánico proveniente de una familia de campesinos adinerados de Niquinohomo, que había tomado parte en la guerra constitucionalista con el objetivo de devolverle al gobierno a su destinatario constitucional, el Dr. Juan Bautista Sacasa, inició un movimiento insurreccional independiente en Las Segovias. Al sobrevenir la rendición del Ejército Constitucionalista, Sandino tomó la firme resolución de continuar combatiendo, esta vez directamente contra los marinos norteamericanos que permanecían ocupando militarmente su país. Fue así como se retiró a las montañas, y con un núcleo inicial de cien hombres que habían combatido a su lado hasta entonces, constituyó el Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Al pequeño núcleo inicial pronto se unieron cientos de nuevos combatientes que lucharon heroicamente durante siete años contra un invasor numérica y técnicamente mucho más poderoso<sup>172</sup>.

La oficialidad del Ejército sandinista era de diferentes nacionalidades, extracción social e ideología polí-

tica, siendo su elemento cohesionador la determinación firme de expulsar al invasor norteamericano de tierras nicaragüenses.

“Tengo oficiales de Costa Rica, de Guatemala, de El Salvador, de Honduras, y aun dos o tres de México, que llegaron atraídos por la justicia de mi causa, pero están en minoría. La médula de mi ejército es nicaragüense, y los oficiales que más tiempo han permanecido a mi lado son nicaragüenses. He recibido muchos oficiales de fuera, pero en la mayoría de los casos los he despedido. Nuestro ejército se compone de trabajadores y campesinos que aman a su país”, le dijo Sandino al periodista norteamericano Carleton Beals<sup>173</sup>.

Los datos referentes a la composición social y cultural de los principales lugartenientes de Sandino tienden a mostrar la misma heterogeneidad en sus filas. Sin embargo, aunque nos encontramos oficiales de extracción obrera y analfabetos, resalta el hecho de que, en las condiciones existentes en Nicaragua en aquel entonces al que hemos hecho referencia, hay un cierto predominio de elementos con algún nivel de educación –sabían leer y escribir– indicativo de

---

171 Sandino decía que cuando se encontraba en México, en 1925, y mientras maduraba su decisión de partir a Nicaragua, se sentía herido en lo más hondo cuando le llamaban “vendepatria, desvergonzado, traidor”, por no estar luchando en su país. Agregaba que al principio contestaba que no por ser hombre de Estado no se sentía acreedor a estos títulos, pero que después reflexionó y comprendió que tenían razón, pues, como nicaragüense, tenía derecho a la protesta, y decidió unirse al movimiento de Moncada. Desde entonces, decía, se dedicó a buscar a los cien hombres que amaran a Nicaragua tanto como él, y que lucharan por restaurarle su soberanía absoluta, puesta en peligro por el imperialismo yanqui. Cfr. Sergio Ramírez Mercado, ed. *El pensamiento vivo de Sandino* (San José: EDUCA, 1974), 53-54.

172 Es importante señalar que fue en la guerra contra Sandino cuando los norteamericanos pusieron por primera vez en práctica la utilización de la aviación como soporte militar de la infantería, y prueban el lanzamiento de bombas por cuadrillas aéreas. La superioridad técnica del Ejército norteamericano sobre unos cientos de hombres mal armados, no fue suficiente para derrotar al Ejército sandinista, cuyo coraje y heroísmo han sido reconocidos incluso por los expertos militares norteamericanos. Sandino decía que su arsenal estaba en los Estados Unidos, porque el único armamento moderno con que contaban era el que lograban capturarle a los marinos. Cf. Thomas Vernon Meggee, “Contra las Guerrillas de Sandino en Nicaragua”, *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, n.º 119 (1970): 42-51. Mercado, *El Pensamiento Vivo de Sandino*, 12, 126 y 135.

173 Carleton Beals, *L'Amérique Latine: Monde en Révolution* (Paris: Payot, 1966).



un nivel económico y social dado. Algunos de estos oficiales eran antiguos propietarios de tierras: pequeños, como por ejemplo Miguel Ángel Ortez<sup>174</sup>; medios, como Juan Gregorio Colindres<sup>175</sup>; y, aun grandes, como Ramón Raudales<sup>176</sup> y el congresista Miskito Adolfo Cockburn<sup>177</sup>, aunque arruinados ya por los militares al servicio del gobierno, ya por las tropas norteamericanas.

En ese sentido, es posible sustentar, con fundamento, la hipótesis de que en la dirección social del movimiento sandinista, existía cierto predominio de elementos de origen agrario pertenecientes a una pequeña burguesía. Fenómeno, por lo demás nada extraño, pero muy importante porque significaba un campo fértil para el desarrollo encontrado de dos tipos de influencias ideológicas en el movimiento sandinista: la influencia proveniente del APRA peruano, —que destacará a dirigentes como Esteban Pavletich—, y la influencia propiamente de la Internacional Comunista, a través de sus representantes —el salvadoreño Agustín Farabundo Martí y los venezolanos Gustavo Machado y Carlos Aponte—, y así como de las organizaciones de frente de la Internacional Comunista (IC): *El comité Manos Fuera de Nicaragua* y la *Liga Antiimperialista*.

El núcleo principal de las bases del ejército sandinista fue reclutado del campesinado pobre, mestizo e indio que trabajaba en las haciendas cafetaleras. Algunos de ellos se enrolaban antes de una operación guerrillera, y volvían después a sus labores<sup>178</sup>. También las regiones bananeras, principalmente, después de la crisis económica mundial de 1929, la Gran Depresión, proporcionaron elementos al Ejército Sandinista. Los indios de la Mosquitia se unieron masivamente al movimiento y colaboraron en diversas acciones militares<sup>179</sup>.

Entre los trabajadores de las minas, propiedad de norteamericanos, también reclutó un buen número

de efectivos el ejército de Sandino. Elementos de la pequeña burguesía urbana, y de la burguesía pequeña y media, se unieron también a la lucha sandinista. Muchos de ellos no en la lucha armada, sino como propagandistas de la causa sandinista, o en el juego político de los partidos, tratando de implementar alianzas de grupos, al margen de los partidos tradicionales<sup>180</sup>.

En 1931, Salomón de la Selva, poeta nicaragüense cuya trayectoria iba desde la sede de la Unión Panamericana en Washington hasta la trinchera antiimperialista, pasando por la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), diría: “... El movimiento sandinista es el verdadero nacionalismo nicaragüense. Ese nacionalismo, obligado por las circunstancias tiene dos alas: civilista la una, militante la otra. La cobardía norteamericana ha consistido en apodar bandidos a los de un ala, y decir de los otros que están en escasa minoría... Más y más los del ala civilista del nacionalismo se van convenciendo de que no queda otro camino que la acción directa, esto es, que hay que ir a la guerra, que hay que tomar el rifle, que hay que matar marinos y traidores”<sup>181</sup>. En esa ala civilista a que hace mención De la Selva, se situaban diversos intelectuales y profesionales de los sectores de clase mencionados arriba, que se encontraban de frente a los intereses imperialistas.

### **Limitaciones político ideológicas en el pensamiento de Sandino: Persistencia del conflicto liberal-conservador en el antiimperialismo de Sandino**

El movimiento de Augusto César Sandino estaba limitado por un enfoque que comprendía el imperialismo como un fenómeno fundamentalmente externo. Tal enfoque perdía de vista la dinámica recíproca-

174 Op. cit., Neill Macaulay, *Sandino* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1970), 298.

175 Macaulay, *Sandino*, 298.

176 Romero, *Sandino y los Yanquis*, 163.

177 Op. cit., Macaulay, *Sandino*, 251.

178 Macaulay, *Sandino*, 142.

179 Macaulay, *Sandino*, 250.

180 Mercado, *El Pensamiento Vivo de Sandino*, 150-151.

181 Salomón De la Selva, “Al pueblo de Nicaragua”, *Repertorio Americano*, XIV (1927): 65.

mente condicionante entre la vinculación económica y política en el exterior, y la configuración interna de las clases sociales.

Sin embargo, esta incompreensión de la compleja relación entre lo interno y lo externo, en un país como Nicaragua, no fue un error exclusivo de Sandino. La Internacional Comunista tampoco pudo resolver este problema, según se puede ver del tratamiento que dio al papel revolucionario de la burguesía pequeña y media en las colonias, cuya clarificación debió esperar a las elaboraciones de Mao Tse Tung en la Revolución china. Si fuera posible establecer un común denominador de todas las posiciones políticas con respecto a esta cuestión, sería el carácter unilateral de sus respectivos enfoques, ya fuera enfatizando en el elemento externo únicamente, papel revolucionario de la burguesía como un todo, o fundamentalmente interno –negación total de un papel revolucionario para la burguesía criolla.

En Sandino es precisamente este problema, que nunca pudo dilucidar claramente, el que lo conducirá, en última instancia, a la muerte. Es así como podemos decir que el sandinismo, originado en la coyuntura de la lucha por la entrega del gobierno al liberal Juan Bautista Sacasa, arrastró siempre su vinculación a ese partido<sup>182</sup>. En muchas ocasiones, Sandino excepción al liberalismo en lo referente al entreguismo que veía en el Partido Conservador con respecto a los Estados Unidos, e insistía en diferenciar uno y otro partido, representantes ambos de los intereses de los sectores internos dominantes y atados los dos al carro imperialista por igual, concediéndole al liberalismo una independencia inexistente.

En el Manifiesto del 26 de agosto de 1927, emitido en su cuartel de El Chipote, Sandino expresó que permanecería en armas mientras el gobierno fuera conservador, y entregaría las armas solamente a un gobierno liberal aun cuando no fuera partidario de él, y después buscaría en el campo de la lucha civil al verdadero patriota que pudiera dar nuevas orientaciones a los asuntos de Nicaragua<sup>183</sup>.

En el Manifiesto emitido en ocasión del ataque a El Ocotal, en donde se hallaban acuartelados alrededor de cuatrocientos marinos norteamericanos y doscientos soldados nicaragüenses, Sandino dijo que ese combate era una manera de demostrar que se trataba de una fuerza organizada la que permanecía protestando y defendiendo los derechos constitucionales del Doctor Sacasa. Al final del Manifiesto responsabilizaba por todo lo que estaba ocurriendo en Nicaragua al Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge, porque él se había obstinado en mantener en el poder a Adolfo Díaz, persona que gozaba del desprecio de todos los buenos nicaragüenses<sup>184</sup>.

La persistencia en su filiación liberal la vemos nuevamente en el Manifiesto de Constitución del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua, el 2 de setiembre de 1927, al que define como compuesto de liberales voluntarios nicaragüenses, y de indohispanos<sup>185</sup>. No obstante, en este mismo documento Sandino juraba ante la patria y ante su ejército no tener compromisos políticos con nadie, y que sus actos se ajustaban al más elevado patriotismo<sup>186</sup>. El primero de enero de 1929, en respuesta a cartas que le enviara el Brigadier General Logan Feland y el Contralmirante D.F. Sellers, instándole a rendirse, Sandino

182 Es interesante hacer notar aquí lo que el comunista Gustavo Machado escribía a este respecto desde el campamento de Sandino: “La desorientación política es más aparente entre los intelectuales y entre los Patriotas. Defienden la soberanía nacional en nombre de la raza y del espíritu hispanoamericano e ignoran totalmente la verdadera situación económica del país y la naturaleza de la fuerza que lo oprime. Contra el imperialismo se usan todavía argumentos románticos y el girondinismo político sigue inspirando a los espíritus más puros. La clase productora apenas comienza su reorganización, su lucha contra el imperialismo la pone “fuera de ley”, y solo encuentra garantías en la adhesión de uno de los dos partidos políticos, ambos compuestos de enemigos de clase” (Gustavo Machado, “La Situación en Honduras”, *Repertorio Americano*, n.º 26 (1928): 269). Aunque Machado no menciona específicamente a Sandino, no es aventurado considerar que de su reciente contacto con el General había obtenido el material para esas conclusiones.

183 Mercado, *El pensamiento vivo de Sandino*, 95.

184 Anastasio Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias* (Managua: Tipografía Robelo, 1936), 56.

185 Op. cit. Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I, 288 y ss. Es interesante hacer notar que ya en este manifiesto utiliza Sandino el término “indohispano”, que sería de uso frecuente en los comunicados apristas.

186 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo I, 228 y ss.

dice: que es el patriotismo el que le ha mantenido repeliendo la fuerza contra la fuerza, desconociendo en absoluto toda intromisión del gobierno de los EEUU en los asuntos interiores de Nicaragua, y demostrando que la soberanía de un pueblo no se discute, sino que se defiende con las armas en la mano; y que es ese mismo sentimiento el que le mueve a manifestarle “*que solamente el General José María Moncada podría entrar en un arreglo para llegar a una paz efectiva en nuestro país, ya que él, siendo miembro del Partido Liberal, al cual traicionó, puede rectificar sus errores*, mediante el compromiso que contraiga con nosotros para con el mismo pueblo nicaragüense, y para con el mismo Partido Liberal, de respetar las bases que le serán propuestas por nuestro Ejército Libertador. Fundado en lo anterior es que expongo a usted que para llegar a ese arreglo de paz efectiva con el General José María Moncada, ponemos como primera base *absolutamente indispensable*, el retiro de las fuerzas norteamericanas al mando de usted de nuestro territorio”<sup>187</sup>.

En un momento de la lucha, Sandino pareció estar más claro con respecto al papel que jugaban, por igual, los dos partidos políticos tradicionales. En ocasión de la elección de 1932, supervisada por los EE.UU., esta vez con el liberal Juan Bautista Sacasa como candidato a Presidente, manifestó Sandino en instrucciones que enviara al General Horacio Portocarrero, el 15 de diciembre de 1931, que “*todos los esfuerzos deberían ser encarrilados hacia el propósito de conseguir el control militar de Nicaragua, por la fuerza de las armas, e impedir cualquier farsa eleccionaria que quisiera efectuarse en el país con supervigilancia extraña*”<sup>188</sup>. Y, en un manifiesto de enero de 1932 declaraba: “*Compatriotas: Proceded con dignidad y recordad que habéis sido víctimas tanto de los yankees como de esos políticos. Quien vaya tras esos individuos y se acerque a votar en las urnas vigiladas por los yankees, no hará sino rendir el más lamentable homenaje a la bayoneta extranjera... Esperar la dignidad patria de Chamorro, Díaz o Espinoza y Sa-*

*casa, es, compatriotas, la peor majadería, sobre todo cuando ya se acerca, vencedor, el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua*”<sup>189</sup>.

En carta al señor José Zelaya, del 11 de marzo de 1932, decía que la responsabilidad en los sucesos de Nicaragua, la tenía la política internacional de Norteamérica, y los nicaragüenses que se habían concretado a coquetear con los invasores, contribuyendo con su pusilanimidad, al pretexto que ponían para su intervención en Nicaragua<sup>190</sup>.

En agosto de 1932, llegó a decir que dirigentes políticos, liberales y conservadores, eran “*una bola de canallas, cobardes y traidores, incapaces de poder dirigir a un pueblo patriota y valeroso*”; que ya había abandonado a esos directores, “*y entre los mismos obreros y campesinos, había improvisado a sus jefes*”<sup>191</sup>. Añadía luego: “*Todavía en estos días de tanta luz, y ejemplo, los fracasados políticos siguen disputándose las caricias del látigo extranjero, y como perros y gatos dentro de un costal están peleándose por alcanzar una presidencia a base de supervigilancia extraña, que nosotros no permitiremos*”<sup>192</sup>. Pero luego, va a decir que “*la acción de los hombres de su ejército de obreros y campesinos será benéfica para nuestros hombres de política pasada, quienes si rectifican sus errores podrán merecer nuestros respetos, a excepción de los de la clase mencionada (Adolfo Díaz, Chamorro, Moncada, Cuadra Pasos y otros), por haber matado con sus ambiciones materiales el vínculo de nacionalidad que les asistió*”<sup>193</sup>.

Sandino parecía creer en ese entonces que tanto Nicaragua, como él, dirigente de la resistencia, podían tener pocas esperanzas con respecto a los líderes liberales o conservadores. Decía que Nicaragua sería libre solamente a balazos y a costa de su propia sangre, y que los políticos “*que se disputaban el látigo del invasor*”<sup>194</sup>, quedarían anulados en un futuro no muy lejano, y el pueblo tomaría las riendas del Poder Nacional.

187 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 47 y 58, y por Somoza, op. cit., *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 119 y ss. Destacados míos.

188 Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 294 y ss.

189 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 161-162.

190 Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 312.

191 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 261.

192 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 261.

193 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 261.

194 Xavier Campos Ponce, *Los Yanquis y Sandino* (México D.F.: Ediciones XCP, 1962), 126, 278 y ss.

En carta al General Pedro Altamirano, del 9 de noviembre de 1932, le decía que aunque las elecciones ya habían pasado, estaban pendientes de saber si era con Sacasa o con los conservadores contra quienes iban a seguir combatiendo, “porque lo que son los piratas salen el 2 de enero”<sup>195</sup>, y en instrucciones a sus Generales Umazor y Morales, el 18 de ese mismo mes les ordenaba que por ningún concepto se abstuvieran de la hostilización del enemigo, hubiera sido electo cualquier de los dos<sup>196</sup>.

Pero pronto afloró de nuevo la contradicción en el pensamiento de Sandino, producto de la incompreensión del fenómeno del imperialismo, y sus relaciones con los grupos internos. Es así como a pesar de que su actitud parecía radical oposición al nuevo gobierno impuesto por los norteamericanos, sin titubear por su integración liberal o conservadora, lo cierto es que valoraba de manera sustancialmente distinta el resultado según quien hubiera sido electo, no solo por cuestiones explicables de táctica, sino por la ausencia de una aparato conceptual integrado. A Altamirano le dice

(...) si el poder queda en los conservadores, creo que ni ellos buscarían arreglo con nosotros ni nosotros con ellos, y que el asunto lo resolveríamos a bala; mientras tanto que a Sacasa se le propondrá el control militar de la República por nuestro Ejército, para lo cual necesitaríamos que el Ministro de Guerra sea uno de los miembros de nuestro ejército, igualmente el Ministro de Hacienda y el de Relaciones Exteriores, por designados de nuestro Ejército, y para ello escogeríamos al Doctor Escolástico Lara; Hacienda y Relaciones Exteriores a Calderón Ramírez; asimismo al jefe de la Loma de Managua y el de la Pólvora de Granada tendrían que ser miembros de nuestro Ejército con batallones de nuestras mismas fuerzas<sup>197</sup>.

El 24 de diciembre de ese año, Sandino hizo un llamamiento a Salvador Calderón Ramírez, al Doctor Escolástico Lara, al Doctor Pedro José Zepeda y al General Horacio Portocarrero, para que le representaran en conversaciones de unidad y paz gestionadas por el Grupo Patriótico, constituido a instancias del Ministro Sofonías Salvatierra, que se llevarían a cabo entre representantes de todos los partidos. Dice en el llamamiento: “...hemos sido informados que el pueblo nicaragüense en general, a la detonación de nuestras armas libertadoras despertó en reacción patriótica y que está unánimemente interesado para que se llegue a un entendimiento patriótico con nuestro ejército. *Nosotros estamos resueltos a que si el gobierno de Sacasa es libre y no trae compromisos públicos ni privados con los Estados Unidos de Norteamérica, efectuar conferencias de paz en el pueblo de san Rafael del Norte*”<sup>198</sup>.

Nuevamente le vemos pasar por alto las vinculaciones de Sacasa con el gobierno norteamericano, ante el cual ha sido embajador<sup>199</sup>, y que acababa de entregarle la Presidencia de Nicaragua. En esas circunstancias, Sandino admite todavía la posibilidad de que este no traiga compromisos públicos ni privados con los EE.UU.

En las Bases de Paz que Sandino propone, el 3 de enero de 1933, se pone de relieve una vez más su olvido de la relación vertebral entre el imperialismo y los sectores dominantes nicaragüenses a los que insiste en conferirles una independencia utópica. Dicen las Bases:

1) Que el primer ciudadano nicaragüense que encontrándose en gobierno de nuestra República... sinceramente esté representando los intereses de nuestra nación, pida y obtenga, aunque sea a balazos, el retiro inmediato de las fuerzas de ocupación norteamericanas en Nicaragua. Y acepte a su vez el apoyo de nuestro Ejército...

195 Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 372 y ss.

196 Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 372 y ss.

197 Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 372 y ss.

198 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 197. Destacados míos.

199 En el Boletín de la Unión Panamericana, de febrero de 1933, se dice lo siguiente: “El (Sacasa) presentó sus cartas credenciales ante el gobierno de EEUU el 15 de abril de 1929, y hasta pocos meses antes de la elección de noviembre 6 del año pasado, permaneció en Washington, en donde su agradable personalidad y talento excepcional le ganaron muchos amigos, en los círculos sociales, gubernamentales y diplomáticos”. Véase página 73.

para el mantenimiento completo del orden en nuestra República. 2) Que el Gobierno de Nicaragua también acepte y apoye la idea de efectuar en la ciudad capital de la República Argentina, una conferencia entre representantes de los 21 gobiernos de nuestra América racial, y el de los EE.UU. para tratar en la conferencia todo lo relacionado con el trascendental proyecto norteamericano, que pretende efectuar como propiedad exclusiva tierras y aguas centroamericanas... 3) Que el Gobierno de Nicaragua que acepte las bases primera y segunda de este convenio, que también acepte al pueblo nicaragüense el derecho de desalojarle del poder, en los casos de faltar al cumplimiento de todas o en parte las bases que aquí se estipulan<sup>200</sup>.

Además de esas bases, Sandino presentó a las conversaciones el *Protocolo de Paz*, en el cual se dice que se deberá conocer a fondo el programa político que desarrollará el Doctor Sacasa durante los cuatro años de su administración; convencerse de que prescindirá absolutamente de intromisión extraña en las finanzas de Nicaragua, y de la determinación que tenga respecto a la llamada Guardia Nacional; asimismo saber si el Doctor Sacasa tiene pactos de alguna clase, suscritos con los interventores americanos<sup>201</sup>. En el punto V solicitaba se dejara constancia de que su Ejército pedía la revisión del Tratado Bryan-Chamorro, por ser notorio que fue celebrado por un gobierno nicaragüense impuesto por la intervención norteamericana. Exigía también que la ruta canalera por Nicaragua y la parte posible de construir una Base Naval en el Golfo de Fonseca fuera declarada de nacionalidad indohispana, por un Congreso latinoamericano que debía celebrarse en Argentina<sup>202</sup>.

Salieron los marinos, y Sandino firmó la paz, creyendo que con eso evitaba una nueva intervención, para la cual creía hubieran podido alegar el pretexto de combatirle a él. Se le escapó todo el proceso por medio del cual los marinos habían ido gradualmente logrando la “nicaragüenización de la guerra”, de

la misma manera que muchos años después harían en Vietnam la vietnamización. No vio con claridad que esa salida se llevaba a cabo precisamente en el momento en que las fuerzas armadas nicaragüenses podían por sí mismas repeler cualquier movimiento que pusiera en peligro los intereses norteamericanos.

En su manera de percibir el papel de la Guardia Nacional, que había sido entrenada y constituida a imagen y semejanza de los cuerpos represivos norteamericanos, Sandino sufrió nuevamente las consecuencias de sus limitaciones ideológicas, ya que su antiimperialismo, se veía constreñido a oponerse a la manifestación militar desembozada de la intervención, pero se les escapaban las raíces profundas de la independencia.

Raymond Leslie Buell, comentarista norteamericano de política exterior, nos da al respecto la visión de un partidario de la intervención, acerca de la Guardia Nacional: “Por más de tres años, los Estados Unidos, en un tiempo representados por 5000 marinos, han estado tratando de capturar a Sandino y a sus seguidores, que no suman más de 500 hombres. Comenzando abril de 1929, la responsabilidad de esta campaña contra el bandidaje fue transferida gradualmente por parte de los marinos a la Guardia Nacional, una organización compuesta de soldados nicaragüenses, pero dirigida exclusivamente por oficiales norteamericanos. Esta transferencia ha traído nueva energía a la campaña contra Sandino”<sup>203</sup>.

Sandino, sin embargo, aunque veía la relación de la Guardia con los marinos, se empeñaba en creer que bastaba una reglamentación constitucional de ese cuerpo para acabar con los problemas que originaba.

Incluso, después de la firma del acuerdo de la paz, cuando la Guardia asesinaba a sus hombres, desarmados, decía Sandino que eso ocurría porque la Guardia “por ser inconstitucional, era irresponsable”<sup>204</sup>. Y agregaba: “yo no tengo que ver en que haya Guardia o no, ni en las personas que la dirijan; yo

200 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 199.

201 Romero, *Sandino y los Yanquis*, 210 y ss.

202 Romero, *Sandino y los Yanquis*, 210 y ss.

203 Buell, “The United States and Central American Stability”, 8-9.

204 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 308.



mismo, como ciudadano que soy, estoy obligado a pagar los impuestos para mantener al Ejército o la Guardia, o como se llame; lo que quiero únicamente es que nos den garantías constitucionales y que se constitucionalice la Guardia”<sup>205</sup>. Y al Presidente Sacasa le decía que lo básico era saber “tanto la constitucionalización de la Guardia, como los otros modos de garantizar la vida de sus hombres”<sup>206</sup>.

La falta de una visión política clara, que se pone de relieve en los manifiestos y acciones de Sandino, no era compartida por Anastasio Somoza, Director de la Guardia Nacional, y el más fiel y consecuente guardián, de los intereses del imperialismo norteamericano en Nicaragua.

Somoza no vio con buenos ojos que Sandino mantuviera seiscientos hombres, con cierta cantidad de armas, en las montañas de Nueva Segovia, aunque esto fuera después de que el General había firmado la paz con el liberal Sacasa.

Somoza haciendo caso omiso al Protocolo de Paz continuó asesinando a los sandinistas y encarcelando a cualquier sospechoso de querer unirse a los campamentos de Sandino en Wiwilí. En entrevista concedida a la prensa en febrero del 34, Sandino declaró:

No entregaré las armas a la Guardia Nacional, porque no es autoridad constituida... No se me puede exigir que cumpla con lo estipulado en los convenios si tampoco la otra parte lo ha cumplido. Vea usted el convenio... dice que iré entregando las armas gradualmente a la autoridad constituida. La Guardia Nacional no es cuerpo constituido legalmente; por tanto, no estoy obligado a entregarlas. Se estipuló también que nos darían garantías, y no se han cumplido... Que se constitucionalice la Guardia Nacional, y entonces sí entregaré a mis muchachos. O que me garanticen que se hará como lo indico y yo mismo traeré las armas en avión... El caso es que aquí no hay dos sino tres Estados: la fuerza del Presidente de la República, la de la Guardia Nacional, y la mía. Esto es realmente absurdo. La Guardia no obedece al Presidente. Yo sí<sup>207</sup>.

Mientras Sandino confiaba en la lealtad del presidente liberal, la Embajada de los Estados Unidos y el Director de la Guardia, con conocimiento de Sacasa, preparaban la emboscada, en la que moriría Augusto César Sandino, junto con sus Generales Estrada y Umanzor, el 21 de febrero de 1934.

No pasó mucho tiempo antes de que Sacasa fuera derrocado por un cuartelazo que puso al mando absoluto del gobierno nicaragüense a Anastasio Somoza.

Junto a la firme decisión antiimperialista de Sandino, concebida con las limitaciones que hemos señalado, y junto a su nacionalismo, coexistían en él diversas creencias de índole esotérica, basadas en la teosofía, que conferían al pensamiento de Sandino una tonalidad especial. Sin embargo, estas creencias no eran, ni mucho menos, exclusivas de Sandino. Todo parece indicar que se trataba de un fenómeno bastante generalizado entre la pequeña burguesía centroamericana, aun la que contaba con cierto grado de cultura. Es necesario señalar esto aquí, porque el panorama no quedaría completo si se omitiera, ya que arroja bastante luz acerca de los obstáculos con que se deben haber enfrentado tanto apristas como comunistas al tratar de imponerle su línea al movimiento jefado por Sandino.

Este “esoterismo” de Sandino se manifiesta por primera vez en sus escritos del 14 de octubre de 1930, cuando ya ha roto con la Internacional Comunista como veremos más adelante, y el aprista Esteban Pavletich tampoco está ya en Las Segovias.

La terminología teosófica adquiriría en el lenguaje del General Sandino connotaciones muy particulares. La utilizaba para imponer su autoridad sobre subalternos, y para infundirles coraje, valor y confianza a las tropas. Les decía que la misión de los escogidos era la de venir a la tierra a borrar la injusticia, y que todo hombre que lucha por la libertad de los pueblos es un continuador de Jesús y de otros escogidos.

Para Sandino, el Juicio Final sería el día en que se destruiría la injusticia sobre la tierra, y se instalaría el reinado de la justicia, que él llamaba de Luz y

205 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 297.

206 Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 286.

207 Romero, *Sandino y los Yanquis*, 225-226.

Verdad. Señalaba que ese día los pueblos oprimidos romperían las cadenas de la humillación, con que los habían tenido postergados los imperialismos de la tierra, y que las trompetas que se escucharían ese día serían los clarines de guerra, entonando los himnos de los pueblos oprimidos contra la injusticia de los opresores.

Decía Sandino que era Nicaragua la escogida para iniciar el juicio de la justicia contra la injusticia, y prender la mecha de la explosión proletaria contra los imperialistas de la tierra. Creía en los presentimientos, y admitía haber tenido palpitaciones, “trepidaciones mentales” y sensaciones extrañas. Decía que utilizaba la resonancia magnética de su voz, en el combate, para darle confianza a sus hombres, y tenía la creencia de que los espíritus “también combatían, encarnados y sin encarnar”<sup>208</sup>.

### La presencia del APRA en el movimiento Sandinista

Entre las diversas corrientes ideológicas que convergían en el movimiento sandinista, y sin cuyo estudio resulta incomprensible el significado del papel de la Internacional Comunista, tuvo especial relevancia la que representaba el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), organización formada a partir de 1924 por un grupo de exiliados políticos peruanos, dirigidos por Víctor Raúl Haya de la Torre, que trató de establecer filiales en toda la América Latina, y que tuvo mucho auge entre los intelectuales del Continente en esa época.

Pareciera correcto asegurar que las relaciones de Sandino con el APRA se remontan a los primeros meses de su lucha. El APRA estuvo activo haciendo manifestaciones en favor de la causa nicaragüense desde el desembarco de marinos en Corinto en 1927. Los marinos ocuparon Nicaragua el 6 de enero de

ese año, y el día 13, los apristas celebraron una gran concentración en París, en la Salle des Fêtes de la Société Nationale d'Horticulture de France. En esa ocasión, Romain Rolland envió a la filial del APRA en París un mensaje en el que manifestaba su solidaridad con la protesta contra la invasión de Nicaragua, que consideraba parte de una maquinación de los Estados Unidos para apoderarse de todo el continente americano. Menciona que aunque el crimen que se estaba cometiendo con Nicaragua no era el único, ya que también estaban en esas condiciones China, Siria, y otros, el de Nicaragua era el más urgente de denunciar<sup>209</sup>.

Es dable suponer que tan pronto se hizo pública la decisión de Sandino de permanecer en el combate contra los invasores norteamericanos, las distintas organizaciones antiimperialistas hicieron contacto con él, y que entre las primeras estuviera el APRA. Lo cierto es que ya en los primeros manifiestos de Sandino, en 1927, aparece la terminología de uso corriente entre los círculos apristas, que enfatizaba en el indoeamericanismo, y que se dirigía a la intelectualidad, a los obreros, artesanos y a la Raza indohispana en su conjunto<sup>210</sup>.

En su primer manifiesto político, el 1º de junio de 1927, Sandino se clasificaba a sí mismo como trabajador de la ciudad, artesano, y señalaba que el vínculo de nacionalidad le daba al derecho de asumir la responsabilidad de sus actos, en los asuntos de Nicaragua, América Central y todo el continente de nuestra habla, y defendía, a la manera aprista, el horizonte internacionalista de su lucha. Es de notar que este internacionalismo de Sandino no era un internacionalismo proletario, sino un internacionalismo “indohispano”, aunque en algunos documentos hable de la liberación del proletariado mundial<sup>211</sup>. En diversos artículos de los apristas de la época, se esquematizan el ideario aprista en cinco puntos fundamentales: acción contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de América Latina, por la nacionalización de

208 Sobre este tema del esoterismo en Sandino, cfr.: Mercado, *El Pensamiento Vivo de Sandino*, 205, 206, 209, 210, 288; Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 177, 178, 203, 210, Gustavo Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador* (México-Guatemala: Ediciones del Caribe, 1951) 119; Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 122.

209 Romain Rolland, “A Coté de l'Amérique Latine”, *Repertorio Americano*, XIV, n.º 9 (1927): 133.

210 Cfr. “Cartas de Sandino a Froylán Turcios”, 8 al 20 de setiembre de 1927, en Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 293-294; “Carta de Sandino a Turcios del 24 de setiembre de 1927”, *Repertorio Americano*, XVI (1927): 340.

211 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 38.



tierras e industrias, por la internacionalización del Canal de Panamá y por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Una y otra vez se declaraba que uno de los puntos fundamentales para el logro de esos objetivos era la configuración de un Frente Único antiimperialista, que aglutinara a todas las fuerzas que en una u otra forma se encontraban de frente al imperialismo<sup>212</sup>.

Con respecto a este Frente Único, en el cual cabían hombres de todas las tendencias y creencias, los apristas hacían referencia a manera de modelo al Kuo-mintang chino, aunque declaraban que tratarían de construir un cuerpo más organizado, amplio y firme de aquél<sup>213</sup>. Todos estos puntos apristas encontraron en Sandino campo fértil, aunque fueron adaptados al particular universo sandinista.

El primero de ellos, la acción contra el imperialismo yanqui, era la razón de ser misma del sandinismo, aunque esta acción no la entendía Sandino en toda la complejidad del aprismo, que luchaba en esa época contra la penetración económica norteamericana en cuanto esta impedía el crecimiento y desarrollo de las burguesías nacionales de nuestros países.

Sin embargo, el APRA, estaba de acuerdo en que la lucha armada para obligar la expulsión de los marinos de Nicaragua era una necesidad que afectaba a la América Latina toda. Fue así como el APRA decidió nombrar miembro honorario de su organización, y su representante en Honduras al Hondureño Froylán Turcios, que desde las páginas de la Revista Ariel llevaba adelante una constante campaña de propaganda de las acciones de Sandino, al mismo tiempo que se encargaba de hacer llegar las noticias de la lucha a

otros medios de información latinoamericanos. Al conferirle el título de miembro honorario a Turcios, representante oficial de Sandino en el extranjero, Haya de la Torre le expresaba que esa campaña de prensa contra el imperialismo yanqui estaba basada en los más sagrados principios de unidad latinoamericana, que eran compartidos por ellos, y que su labor evidenciaba la analogía de convicciones existentes entre Turcios y el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América, como también se denominaba al APRA<sup>214</sup>.

Aún más concretamente, el APRA decidió combatir al lado de Sandino y destacó algunos de sus cuadros en esa tarea. Al mismo Turcio le manifestó Haya de la Torre, el 5 de enero 1928, que los peruanos destrados por la tiranía de Augusto Leguía que iba poniendo a su país en la misma ruta de indignidad en que Adolfo Díaz había puesto a Nicaragua, debían considerar como propia la causa de este pequeño país, y seguir las incidencias de la lucha contra el imperialismo allí con la ansiedad de quien ve la disputa por algo propio. Era por esas razones que habían acordado, le decía Haya a Turcios, darle más cuerpo a su solidaridad con Sandino, ofreciéndole por medio de esta su contribución de sangre incondicionalmente, poniéndose a la orden del Ejército Libertador de Nicaragua para combatir en sus filas. Esta decisión la habían tomado porque estaban convencidos, decía, de que Nicaragua estaba defendiendo a toda América Latina, y que nadie podía ser indiferente ante esa lucha<sup>215</sup>.

En cumplimiento de este acuerdo, viajó a Las Segovias para unirse con el Ejército Sandinista el peruano Esteban Pavletich<sup>216</sup>, a quien Haya de la Torre llama-

212 Esto parece claramente esquematizado en Víctor Raúl Haya de la Torre, “¿Qué es el APRA?”, *Repertorio Americano*, XIV (1927): 131. Cf. También Magda Portal, “Mensaje a las Mujeres de América Latina”, *Repertorio Americano*, XVI (1928): 62. Parece conveniente recordar aquí lo dicho por nosotros al referirnos al V Congreso de la IC, en el que el propio Haya de la Torre participó como observador. El Frente Único para la IC era concebido fundamentalmente como la alianza obrero campesina por la consecución de un gobierno obrero-campesino. No era sino una nueva denominación de la dictadura proletaria, una simple fórmula de agitación. Sumado lo cual a la consigna de bolcheviquización de los Partidos Comunistas, marca diferencias sustanciales con el concepto homólogo del APRA, ya que aquí la burguesía y la pequeña burguesía tenían que cumplir un papel decisivo. En la interpretación de Zinoviev, la lucha tendía directamente a la dictadura proletaria y por tanto implicaba la eliminación política de esas clases y su separación tajante del Partido, que debía permanecer libre de centristas, semicentristas, contrarrevolucionarios, socialdemócratas, etc. (Ver: *La Correspondance Internationale*, n.º 48 (1924): 516).

213 Víctor Raúl Haya de la Torre, “Carta a José María Zeledón”, *Repertorio Americano*, XVI (1928): 63.

214 Víctor Raúl Haya de la Torre, “Carta a Froylán Turcios”, *Repertorio Americano*, XVI (1928): 343.

215 Haya de la Torre, “Carta a Froylán Turcios”, 230-231.

216 Esteban Pavletich, “Carta a Joaquín García Monge”, *Repertorio Americano*, XVI (1928): 213.

ba “el benjamín” de los desterrados peruanos, y quien tenía un puesto importante dentro del APRA<sup>217</sup>.

Pavletich pasó rápidamente a ocupar un puesto elevado en el Alto Mando sandinista, y cuando Sandino viajó a México en 1929, acompañado de sus principales lugartenientes, Pavletich iba con él.

De la permanencia de Pavletich en Las Segovias ha quedado un documento: la carta que le envió el 8 de junio de 1928 a Joaquín García Monge, fechada en el campamento del Ejército Libertador. En esta carta, Pavletich mencionaba las dificultades del viaje que había efectuado para llegar hasta Las Segovias a incorporarse a las filas del Ejército Libertador, y hacía un amplio elogio del General Sandino, señalando que pese a las tendenciosas informaciones que sobre él hacía circular el imperialismo norteamericano, era en Sandino en quien la nueva generación del continente tenía su gran realizador y Centroamérica su más alto jefe. Señalaba que Sandino tenía mucho de Trotski y algo de Francisco de Asís, y que era el hombre capaz de conducir a esas naciones hacia la liberación, aunque fuera incapaz de muchos análisis y conclusiones sociológicas. Narraba los pormenores de dos combates que habían presenciado y decía que habían sido la confirmación más rotunda de que la violencia puesta al servicio de la justicia, aunque fuera instrumento de apenas un puñado de hombres, era más fuerte que la violencia organizada y altamente tecnificada puesta al servicio de la esclavización y la conquista. “En Nicaragua, terminaba, se está doblando con el rifle y el machete la insolencia arrogante del ejército más poderoso del mundo”<sup>218</sup>.

También para Haya de la Torre era Sandino la figura más gloriosa que había dado Nicaragua desde los indios rebeldes de la época de la conquista española<sup>219</sup>. Manifestaba Haya que, Sandino era un símbolo y una profecía, y que merecía todo el apoyo de los pueblos indoamericanos, porque era un Libertado<sup>220</sup>.

Según los archivos norteamericanos, al mismo tiempo que los simpatizantes de Sandino paralizaban con una huelga el Puerto de Corinto, Haya de la Torre llevó al terreno de los hechos su admiración por Sandino, agitando a los sectores populares en la ciudad nicaragüense de León, en enero de 1928<sup>221</sup>. Esto no puede ser cierto, dado que aunque efectivamente había tenido la intención de entrar en Nicaragua y de unirse a la guerrilla de Sandino, los obstáculos que le pusieron las autoridades hondureñas obligaron a un cambio de planes<sup>222</sup>. Podemos decir que el APRA hizo suya la lucha de Sandino contra la intromisión de los Estados Unidos, y participó activamente en ella, y que fue también contra su influencia que tuvo que luchar la Internacional.

Con respecto a las tesis de unidad política de América Latina, defendidas por el APRA, podemos decir que son muchas las declaraciones de defensa de esa unidad hechas por Sandino. El 2 de junio de 1928, Sandino declaró en una entrevista, al ser interrogado acerca de los límites de la República de Nueva Segovia, esto es, de los territorios ocupados por él, que la patria por la que luchaba no tenía fronteras en la América Española, y que aunque al principio había pensado solo en Nicaragua, con la confianza adquirida en el combate había pensado en la República Centroamericana. Haciendo referencia a la unidad de América Latina, dijo en otra oportunidad llamarse hijo de Bolívar, porque jamás traicionaría la causa latinoamericana<sup>223</sup>.

El 10 de junio de 1928 le decía a Froylán Turcios que hablando de la Doctrina Monroe los norteamericanos decían “América para los americanos”, pero los imperialistas interpretaban esa doctrina en el sentido de “América para los yankees”, y que él reformaba la frase en los siguientes términos: “Los Estados Unidos de América para los yankees; la América Latina para los indolatinos”. Aseguraba que no sería nada extraño que a él y a su ejército se les encontrara en

217 Víctor Raúl Haya de la Torre, “Del Cuzco salió el Nuevo Verbo, y del Cuzco Saldrá la Nueva Acción”, *Repertorio Americano*, XVII (1928): 6.

218 Pavletich, “Carta a Joaquín García Monge”, 19.

219 Víctor Raúl Haya de la Torre, “Carta abierta a Juan Ramón Avilés”, *Repertorio Americano*, XVIII (1929): 152.

220 Acción Comunal de Panamá, “Algunas palabras con Haya de la Torre”, *Repertorio Americano*, XVIII (1929): 37-38.

221 Cfr. Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 113.

222 Cfr. Víctor Raúl Haya de la Torre, declaraciones de *La Tribuna*, San José, Costa Rica, diciembre de 1928.

223 Cfr. Gregorio Selser, *El pequeño ejército loco* (Argentina: Editorial Triángulo, 1958), 311-312.

cualquier país de América Latina en donde el invasor fijara sus plantas en actitud de conquista, porque “Sandino es indohispano, y no tiene fronteras en la América Latina”<sup>224</sup>.

En el mensaje que envió el General, por medio de Turcios, a los gobernantes de América Latina, el 4 de agosto de 1928, les preguntaba si acaso creían los gobiernos latinoamericanos que los yankees se contentarían con solo la conquista de Nicaragua, que si habían olvidado que seis repúblicas (Panamá, Puerto Rico, Cuba, Haití, Santo Domingo y Nicaragua) habían perdido ya su independencia para pasar a ser colonias del imperialismo yankee. Declaraba enfáticamente: “Somos noventa millones de hispanoamericanos, y solo debemos pensar en nuestra unificación”. Y refiriéndose a los gobiernos que ascendían al poder con el apoyo de Wall Street y de los banqueros decía: “Los tiranos no representan a las naciones, y a la libertad no se la conquista con flores”<sup>225</sup>.

Sandino negaba que su movimiento fuera excesivamente nacionalista, y sostenía que por encima de la nación estaba la federación continental, y que su movimiento estaba poniendo las piedras para ser una realidad el sueño de Bolívar de una América Latina unificada<sup>226</sup>.

Con respecto a la ruta canalera por Nicaragua, Sandino adaptó a las condiciones de su país la tesis aprista de la internacionalización del Canal de Panamá. Sostenía que el canal de Nicaragua debía construirse con capital de todo el mundo, y que por lo menos la mitad del valor de las construcciones debería ser capital de América Latina. Los Estados Unidos, en su opinión, solo podían participar con la suma entregada a Nicaragua por el Tratado Bryan-Chamorro: tres millones de dólares<sup>227</sup>. También el Frente Único, aunque más bien en su versión aprista fue defendido por Sandino, que consideraba que esa era la mejor

manera de contener el avance de los Estados Unidos sobre América Latina. Al periodista nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños, le escribió Sandino el 9 de setiembre de 1929: “Ni extrema derecha ni extrema izquierda, sino FRENTE ÚNICO es nuestro lema. Siendo así, no resulta ilógico que en nuestra lucha procuremos la cooperación de todas las clases sociales, sin clasificaciones ‘istas’”<sup>228</sup>.

En cuanto a la nacionalización de las tierras, cuando se le preguntó a Sandino acerca de su proyecto de colonización en el Río Coco, al que se dedicó después de la firma de la paz, el General manifestaba que era partidario de que la tierra fuera del Estado. Sandino no se planteaba la reforma agraria, sino más bien un proceso de colonización. En una oportunidad, en 1934, dijo que le provocaba risa oír hablar de gente sin trabajo, ya que la riqueza estaba al alcance de las manos, y lo único que había que hacer para recogerla era irse a las montañas<sup>229</sup>. Por último, es interesante señalar que en una ocasión el filósofo salvadoreño Alberto Masferrer, haciendo profesión de fe aprista, en las páginas de *Repertorio Americano*, dijo servir en las mismas filas que muchas figuras de renombre en América Latina. Entre ellas, y al lado de Juana de Ibarborou, García Monge y Froylán Turcios, citó a Augusto César Sandino como militante del APRA. Curiosamente, ni Turcios ni García Monge, ni ningún otro simpatizante de Sandino envió ninguna nota aclaratoria, aunque era común en la revista el publicar en los números siguientes comentarios o aclaraciones pertinentes<sup>230</sup>.

La estrecha relación entre sandinistas y apristas se pondrá de manifiesto como veremos más adelante, en Francfort, en el segundo Congreso de la Liga Antiimperialista, cuando el delegado de Sandino, José Constantino González se negó a apoyar la moción para expulsar al APRA del Congreso<sup>231</sup>.

224 Selser, *Sandino, General de hombres libres*, Tomo II, 28.

225 Gregorio Selser, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, *La correspondencia sudamericana* 2, n.º 7 (1929): 18.

226 Ramírez Mercado, *El pensamiento vivo de Sandino*, 295-296.

227 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 38.

228 Ramírez Mercado, *El pensamiento vivo de Sandino*, 180.

229 Ramírez Mercado, *El pensamiento vivo de Sandino*, 312.

230 Alberto Masferrer, “La Misión de América”, *Repertorio Americano*, XVIII (1928): 1.

231 Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 146.

Esta presencia del APRA en el pensamiento y acción política de Sandino, implicaba un doble movimiento: de una parte una apertura total a todos aquellos que lucharan contra el imperialismo norteamericano, en particular en su intervención militar en Nicaragua. De otra, una restricción marcada a sectarizar el movimiento, a limitarlo en su significado social y político. La primera tendencia facilitaba la acción con el movimiento comunista internacional, que llevaba adelante una lucha decidida y sin cuartel contra la presencia imperialista en el área. La segunda, un eventual rompimiento, en la medida en que los objetivos últimos, que eran los que en definitiva interesaban a los delegados de la Internacional y a la Internacional misma, quedaban indefinidamente pospuestos. Con ello, la posibilidad que abría el movimiento sandinista a la Internacional era una forma de colaboración política similar a la llevada en China con el Kuomintang, para entonces ya fracasada y rota desde 1927, solo que con mucho más profundas limitaciones: significado mundial del conflicto, cantidad de masas implicadas en el proceso y lejanía del teatro de los acontecimientos. Si a eso se suma la decisión norteamericana de no construir el canal por Nicaragua, por razones supuestamente técnicas, el conflicto eventual con otras potencias imperialistas, en particular con Inglaterra, desaparecía y con él el otrora alto significado político internacional de la lucha sandinista.

El APRA, que podía haber rescatado la alta importancia para la América Latina y para su visión continental de la lucha antiimperialista, de la lucha de Sandino en Nicaragua, no estaba en condiciones políticas ni materiales de hacerlo, y Sandino en un movimiento crucial de la vida de Nicaragua, se vio sin unos y sin los otros. Punto de convergencia de tendencias encontradas, que utilizaban en algunos casos lenguaje similar aunque de distinto significado, el ascenso de Sandino en hombros del APRA de un lado y del movimiento comunista internacional por otro, no tenía más sustento real que sus propios soldados y oficiales reclutados en Nicaragua. Ideológicamente débil y abandonado en el peor momento, su coraje y astucia no fueron suficientes para suplir el elemento cultural y político que debatiéndose a su alrededor le negaba al nicaragüense su propia y nacional alterna-

tiva. Porque la Internacional, como veremos, lo que quiso fue transformar el movimiento nacional liberador de Sandino en revolución social y, con ello, modificar el carácter real del proceso revolucionario que vivía en aquel momento la Nicaragua de Sandino.

### III

#### El papel de la Liga Antiimperialista

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista publicó un manifiesto “Contra la ofensiva imperialista de los Estados Unidos”, el 5 de febrero de 1927. Este hacía un llamado a todas las fuerzas antiimperialistas a apoyar al pueblo de Nicaragua. La lucha liberadora de los pueblos de América debe encontrar el apoyo del proletariado, decía.: “¡Abajo el imperialismo de los Estados Unidos! ¡Viva la lucha liberadora de los pueblos oprimidos contra el imperialismo! ¡Viva la solidaridad internacional de los obreros, campesinos y pueblos dominados contra el enemigo común!”<sup>232</sup>.

El 9 de febrero de ese mismo año, publicó una nueva redacción, más elaborada, del mismo manifiesto. Agregaba “Toda lucha de un pueblo explotado contra no importa cual imperialismo, cuenta con la solidaridad activa y el apoyo de la III Internacional. Ella llama a todas las fuerzas antiimperialistas a sostener al pequeño pueblo de Nicaragua contra el estrangulamiento del imperialismo americano”. Y concluía: “Camaradas: La misma solidaridad militante que os anima por la lucha independentista de la China y la India debe animaros contra el aplastamiento brutal de los pueblos de la América Latina por el imperialismo norteamericano”<sup>233</sup>.

#### La Liga Antiimperialista: sus congresos y declaraciones

La Liga Antiimperialista de las Américas funcionaba desde fines de 1925, de acuerdo a la recomendación del V Congreso de la Comintern, que establecía que los comunistas debían trabajar junto a los demás partidos del continente americano con objeto de instituir una liga antiimperialista americana, con el fin de organizar la propaganda contra el imperialismo yanqui en América Central y del Sur<sup>234</sup> y tenía sus filiales en varios países del Continente. Su secretariado estaba constituido por un representante de cada una de esas secciones.

A principios de 1926, integraban dicho secretariado: por Cuba, Julio Antonio Mella; por Puerto Rico, Jaime N. Sager; por Colombia, Juan de Dios Romero; por México, Enrique Flores; por Ecuador, Juan F. Karolys; por Venezuela, Gustavo Machado; por Brasil, Eduardo Mattos; y por los Estados Unidos, Manuel Gómez<sup>235</sup>.

Al Primer Congreso Internacional contra el imperialismo y la opresión colonial, que se celebró en Bruselas del 10 al 14 de febrero de 1927, asistió como delegado de la Liga Antiimperialista de las Américas y de la Federación de Trabajadores Agrícolas de México, el dirigente comunista cubano Mella, quien militaba en ese entonces en el Partido Comunista Mexicano, y era miembro de su Comité Central<sup>236</sup>.

232 Cfr. *La Correspondance Internationale*, n.º 17 (1927): 228.

233 “A Bas l’impérialisme Rapace et Assassin des Etats-Unis”, *La Correspondance Internationale*, n.º 19 (1927): 250-251.

234 Cfr. *La Correspondance Internationale*, n.º 45 (1925): 355.

235 En “L’Affaire de Tacna-Arica et L’Impérialisme Américain”, *La Correspondance Internationale*, n.º 32 (1926): 288.

236 Cfr. Augusto Benítez. “Mella, Centelleante Tránsito de un Dirigente Comunista”, *Bohemia*, n.º 28 (1975): 93.

Más de 100 delegados de los países coloniales y semi-coloniales se hicieron presentes en ese Congreso, al cual asistieron los grupos socialdemócratas de varios países, y otros de diversas tendencias nacionalistas. También el APRA contó con representación en Bruselas. El líder de esa organización, el peruano Haya de la Torre, y otro representante del APRA participaron activamente en las discusiones, lo mismo que los intelectuales latinoamericanos José de Vasconcelos y Carlos Deambrosis Martins<sup>237</sup>.

Entre las soluciones más importantes aprobadas, estaba la que firmaron los representantes del Kuomintang y los representantes ingleses, “La declinación del imperialismo ha comenzado. La clase obrera y las masas de los pueblos oprimidos son sus sepulcros”<sup>238</sup>.

Las representaciones de organizaciones proletarias presentes en el Congreso declararon que su ayuda no debía limitarse a manifestaciones de simpatía por los combatientes de la emancipación colonial, ni a manifestaciones de protesta contra los actos de violencia de los agresores imperialistas, sino que debían llevar a cabo acciones de masas, que repercutieran concretamente en el desarrollo de la lucha, como huelgas y boicots.

Por su parte, las delegaciones latinoamericanas elaboraron un plan común de defensa contra el imperialismo norteamericano, sobre los principios de una federación económica y política de la América Latina<sup>239</sup>.

En el manifiesto emanado del Congreso de Bruselas, titulado “Contra el imperialismo! ¡Por la liberación nacional!” (1927), se mencionaba específicamente a Nicaragua: “El ejemplo de la pequeña república de Nicaragua demuestra que una oposición persistente, aun contra los más potentes gigantes imperialistas, es posible gracias a la propaganda que esta oposición

hace entre un gran número de pueblos más fuertes que están interesados en defender su propia independencia”<sup>240</sup>.

A ese Congreso de la Liga fueron invitadas gran número de organizaciones nacional-revolucionarias, algunas de ellas de carácter abiertamente pequeño-burgués.

La composición amplia de la Liga motivó muy diversas discusiones en el seno de la Internacional. Willy Münzenberg, comunista alemán diputado en el Reichstag en 1933, que fungía entonces como secretario de la Liga, se opuso abiertamente a Zinoviev, quien había llamado a la Liga “juguete”, sosteniendo que esa posición no era leninista, y que el verdadero enfoque leninista en este punto era el “de sostener, en el seno de la Liga, un cierto número de clases y de grupos de orientación revolucionaria proletaria y de activar su influencia en la Liga”<sup>241</sup>.

La Liga sostenía en ese momento inmejorables relaciones con el gobierno mexicano de Calles, que necesitaba su apoyo en la lucha contra el imperialismo norteamericano.

En diciembre de 1927 se llevó a cabo en Bruselas, nuevamente, la primera sesión ordinaria del Consejo de la Liga. Este Consejo incluía cincuenta miembros, políticos, economistas y artistas, pertenecientes a partidos e ideologías muy diferentes: “pero todos ligados por la conciencia de la necesidad de la organización de la lucha liberadora de los pueblos oprimidos y del establecimiento de un gran bloque entre los partidos revolucionarios de los pueblos oprimidos y el proletariado de los países imperialistas”<sup>242</sup>.

Para esa fecha ya el Kuomintang había “traicionado”, y el delegado inglés que había firmado junto con los chinos la declaración conjunta, había aceptado la

237 Carlos Deambrosis Martins, “La Expulsión de Haya de la Torre de Guatemala”, *Repertorio Americano*, XVII (1928): 230.

238 ISO, “La Signification du Congrès de Bruxelles”, *La Correspondance Internationale*, n.º 27 (1927): 367. El artículo solo está firmado con las iniciales.

239 ISO, “La Signification du Congrès de Bruxelles”, 367-368.

240 US Government, *Investigation of Un-american Propaganda Activities in the US* (Washington: The Communist Party of the US as an Agent of Foreign Power, 1947), 34.

241 Willy Münzenberg, “La 2eme Conférence de Bruxelles de la Ligue Anti-impérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 122 (1927): 1951.

242 Willy Münzenberg, “A la veille de la 2eme Conférence de la Ligue Antiimpérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 122 (1927): 1822.



presidencia del Labor Party. Se decidió, ante eso, que la primera tarea de la Liga sería la de exigir a todas las secciones el cumplimiento de los acuerdos. Sin embargo, en artículo escrito en esa ocasión, Münzenberg manifestaba que la Liga estaba poderosa, y que su fundación era el hecho que había tenido mayor repercusión desde la fundación de la Internacional Comunista. Los manifiestos de la Liga se traducían a doce idiomas y eran recibidos “tanto por los proletarios negros desheredados de África, como por los indios de las estepas mexicanas... El Congreso de Bruselas ha tenido una repercusión particularmente poderosa en los países de la América Meridional y Central”<sup>243</sup>. Mencionaba a la sección mexicana de la Liga como una de las más organizadas, con su propio periódico, oficinas, etc. y hacía mención también de las secciones de la Liga que existían en otros países de la América Central<sup>244</sup>.

En esa segunda conferencia de Bruselas se aprobó una excitativa unánime a todas las secciones de la Liga, para que hicieran un gran esfuerzo por interesar a los millones de obreros y campesinos de sus países en el trabajo de la misma, “a fin de asegurarse contra toda desviación en un sentido estrictamente revolucionario, y que la Liga ayudara a los movimientos revolucionarios nacionales a ampliarse en revolución proletaria”<sup>245</sup>. Recomendación esta que resume la estrategia que se intentó aplicar por la Comintern, a través de la Liga, en Nicaragua.

En el VI Congreso de la Internacional, en julio de 1928, Münzenberg polemizaba con Bujarin, reprochándole que subestimaba la actividad de la Liga, que no solamente había organizado en Bruselas una de las más grandes e importantes manifestaciones contra el imperialismo, sino que poseía ya importantes embriones de organización. “Bujarin se queja de que ningún partido comunista se ha interesado en la lucha de Nicaragua. Él habría debido hablar de lo que la Liga ha hecho en México. Este fue uno de los más fuertes movimientos de masas que México haya vivido jamás. Sin duda la Liga no es una organización

comunista, pero es una gran organización de obreros y de grupos nacionales revolucionarios que merecen nuestro apoyo”<sup>246</sup>.

El 31 de julio de 1928, Wallace, de los Estados Unidos, propuso en el VI Congreso de la Comintern, a nombre de las delegaciones de su país y de América Latina, enviar un telegrama a Sandino. El telegrama, que fue aprobado por unanimidad, decía lo siguiente:

El VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista envía su saludo fraternal a los obreros y a los campesinos de Nicaragua y al heroico ejército de emancipación nacional del General Sandino, quien sostiene combates valerosos y constantes contra el imperialismo de los Estados Unidos. El imperialismo de los Estados Unidos deviene más y más agresivo; somete con la ayuda del poder de sus capitales y con la ayuda de sus ejércitos a las repúblicas de la América Latina, de la que quiere hacer su “hinterland” económico.

La lucha por liberar a las repúblicas de la América Latina del yugo del capital imperialista es la causa de todos los obreros y campesinos explotados del mundo. En las primeras líneas de esta lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos deben estar los obreros y los trabajadores campesinos de las repúblicas de la América Latina.

El VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista invita a los partidos comunistas, a todas las organizaciones obreras y al proletariado de todos los países a apoyar la lucha emancipadora de los obreros y campesinos de Nicaragua. ¡Abajo la guerra de rapiña de los Estados Unidos! ¡Fuera manos de Nicaragua! ¡Viva la lucha coordinada de los partidos comunistas de la América Latina y de los Estados Unidos contra el enemigo común: el imperialismo norteamericano! ¡Abajo la guerra imperialista! ¡Viva la solidaridad internacional!<sup>247</sup>

243 Münzenberg, “A la veille de la 2eme Conférence de la Ligue Antiimpérialiste”, 1823.

244 Münzenberg, “A la veille de la 2eme Conférence de la Ligue Antiimpérialiste”, 1823.

245 Münzenberg, “La 2eme Conférence de Bruxelles de la Ligue Anti-impérialiste”, 1952.

246 En *La Correspondance Internationale*, n.º 73 (1928): 859.

247 En *La Correspondance Internationale*, n.º 94 número especial XXIV (1928). Macaulay erróneamente dice en su obra que el VI Congreso y el Congreso de Francfort fueron simultáneos, cuando lo cierto es que se celebraron con un año de diferencia. Cfr., op. cit., Macaulay, *Sandino*, 146.



En el Sexto Congreso se acabaron las buenas relaciones de la Internacional con el movimiento aprista. Wolfe, de los Estados Unidos, dijo en su exposición que “en la América Latina existían también peligrosos arribistas, tal como Haya de la Torre, quien asistió en calidad de delegado fraternal al V Congreso de la Internacional Comunista y como delegado regularmente designado al III Congreso de la Internacional Sindical Roja y quien trata de lanzar el velo del comunismo sobre un movimiento no comunista”<sup>248</sup>. En el mismo discurso en que atacaba al APRA, ponía como ejemplo de las fuerzas de resistencia al imperialismo yanqui en América Latina, a la lucha de Nicaragua. Allí, decía, durante un año, la guerrilla se ha enfrentado al Ejército de los Estados Unidos; este no la ha podido vencer, y la gesta ha originado un proceso de unificación de las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina. Esto la convierte en un factor más importante que nunca, que afecta a toda la Internacional Comunista<sup>249</sup>.

En su intervención el delegado de México, Contreras señalaba que:

Hace un año y medio que Sandino, a la cabeza de 300 campesinos y mineros declaró la guerra antiimperialista en Nicaragua contra el capital americano y sus agentes nacionales. La Liga Antiimperialista de América ha tomado inmediatamente la defensa de la causa de Nicaragua y ha comenzado una campaña internacional de solidaridad, recogiendo dinero para ayudar a Sandino y sus soldados así como para pagar médicos y productos farmacéuticos. En este movimiento, la Liga Antiimperialista forma un frente unido en el sentido continental del término y ha tomado los puestos de vanguardia en todos los

movimientos antiimperialistas del Continente. La I.C: con la Liga Antiimperialista de Bruselas, debe acordar más atención a estos movimientos e incitar a los partidos comunistas a organizar con estas consignas de frente único antiimperialista movimientos en aquellos países donde no existen organizaciones antiimperialistas. Es solamente, concluía, bajo la dirección de los partidos comunistas que los movimientos antiimperialistas pueden seguir la política justa contra el imperialismo<sup>250</sup>.

La lucha de fracciones entre los delegados del Partido Comunista norteamericano, se manifestó también en relación con Nicaragua. Dunne acusaba al órgano oficial de ese partido de haber publicado un manifiesto abiertamente socialdemócrata y pacifista, en el que ponía énfasis en que los Estados Unidos habían declarado la guerra sin consultar al Congreso, y no en el carácter imperialista de la acción<sup>251</sup>. Bertrand Wolfe lo criticó por no mencionar que ese manifiesto había sido publicado antes de la última conferencia del partido comunista norteamericano, y que esa posición había sido corregida en la conferencia. Pero señalaba otras faltas que no habían sido corregidas, como el sabotaje del *Comité Manos Fuera de Nicaragua* y la sustitución de este comité por uno de la Cruz Roja; la consigna “Enrólate con Sandino, únete a la Cruz Roja”; la recomendación dada por el Jefe de la Liga Antiimperialista americana de declararse culpable ante el tribunal cuando era arrestado por haberse manifestado frente a la Casa Blanca. Señala que eso no fue mencionado por Dunne porque los responsables, los miembros del ala izquierda, estaban presentes en el Congreso<sup>252</sup>. Sin embargo, a pesar de esos errores, lo cierto es que la Liga Antiimperialista, sección de los Estados Unidos, con sede en Nueva York,

248 En *La Correspondance Internationale*, n.º 130 número especial XLIV (1928): 1430.

249 *La Correspondance Internationale*, n.º 130 número especial XLIV (1928): 1433. Ya en 1932, la lucha contra el APRA se había agudizado. En un artículo aparecido ese año en la *International Syndicale Rouge*, se decía que: “El aprismo ha surgido como una corriente burguesa; refleja el descontento de la pequeña burguesía del Perú contra el régimen del dictador Leguía. La consigna del APRA fue en su comienzo: la lucha contra los feudales y el imperialismo. Los jefes del APRA niegan el rol dirigente del proletariado en la revolución agraria antiimperialista, reconociendo este papel a los intelectuales pequeñoburgueses. A gusto y medida que las amplias masas se radicalizan, que la influencia de los partidos comunistas aumenta, los apristas pasan al campo de la contrarrevolución. El aprismo goza de una gran influencia en el seno de la pequeña burguesía y de los terratenientes menos ligados al imperialismo americano. Gracias a la demagogia que aplica, el aprismo goza igualmente de una influencia en torno de una fracción de la clase obrera. La Lucha contra el aprismo es una de las tareas esenciales del movimiento sindical revolucionario del Perú”. M.Ch., “La tactique de l’unité aux pays de l’Amérique Latine”, *L’Internationale Syndicale Rouge*, n.º 8 (1932): 410. El artículo solo está firmado con las iniciales.

250 En *La Correspondance Internationale*, n.º 130 número especial XLIV (1928): 1420.

251 En *La Correspondance Internationale*, n.º 106 número especial XXXI (1928): 1133.

252 En *La Correspondance Internationale*, n.º 106 número especial XXXI (1928): 1142.

llevó a cabo una amplia campaña de divulgación de la lucha sandinista<sup>253</sup>. Su principal empeño era el de hacer comprender al pueblo norteamericano que la gesta sandinista no iba dirigida contra él, sino contra la política imperialista del gobierno. El hermano de Sandino, Sócrates, que vivía en Brooklyn, participó en diversos mitines organizados por la Liga<sup>254</sup>. Tanto la Liga como el Partido Comunista norteamericano invitaban abiertamente a los marinos a desertar para sumarse al ejército de Sandino<sup>255</sup>.

No obstante, la lucha de tendencias dentro del P.C. norteamericano obstaculizó en parte el trabajo de solidaridad con Nicaragua. A decir de Wicks, si esa campaña no fue lo que ella debió ser, fue por la incompetencia de la Liga de los Estados Unidos<sup>256</sup>.

En el informe que Münzenberg rindió en la sesión del Secretariado de la Liga que se llevó a cabo en Berlín después del Sexto Congreso, decía que la Sección Mexicana de la Liga contaba ya con 30 grupos de trabajo<sup>257</sup>. Esa sección había sido fundada en 1927 por miembros del Partido Comunista Mexicano, con la colaboración de los venezolanos Gustavo Machado y Carlos Aponte, y el cubano Julio Antonio Mella. Editaba un periódico, *El Libertador*, que era el órgano de “Todas las secciones de la Liga Antiimperialista de las Américas”. Lo dirigía Diego Rivera, quien contaba con la estrecha colaboración de Mella, y lo administraba Gustavo Machado<sup>258</sup>. Münzenberg en su informe afirmó que en esa fecha *El Libertador* tiraba cinco mil ejemplares<sup>259</sup>.

Mencionaba también Münzenberg la campaña *Manos Fuera de Nicaragua*, como el primer gran movimiento de los obreros mexicanos en el espíritu antiimperialista<sup>260</sup>. El peso de esa campaña lo tenía el *Comité Manos Fuera de Nicaragua*, organizado por Gustavo Machado por encargo de la Liga en enero de 1928.

Ese comité, que dependía directamente de la Liga y del Partido Comunista mexicano, realizó una activísima labor de divulgación de la lucha de Sandino. El secretario general era Jacobo Hurwitz, quien representó a América Latina en la Conferencia de la Juventud Antiimperialista, que se celebró en Francfort –Sur le Mein– a mediados de 1929<sup>261</sup> y quien era también miembro del Socorro Obrero Internacional de México<sup>262</sup>. Al Comité Central pertenecían Gustavo Machado, el pintor Diego Rivera y Julio Antonio Mella.

En ese mismo informe a que hemos hecho referencia, Münzenberg cita varias resoluciones del Comité Ejecutivo de la Liga, y dice que: “el Comité Ejecutivo de la Liga tenía conocimiento igualmente de la discusión que ha tenido lugar en el Congreso de la III Internacional sobre la Liga Antiimperialista. Comenta: El Congreso de la III Internacional ha establecido con razón que la Liga no es una organización comunista<sup>263</sup>. Pero a pesar de esa resolución del VI Congreso, la práctica iba cada vez más dejando en manos de los comunistas las distintas secciones de la Liga. Como dijimos, fue concretamente a través de la Liga Antiimperialista y del *Comité Manos Fuera de Nicaragua*, que la Internacional Comunista manejó sus relaciones con Sandino.

253 La campaña a favor de Sandino en Nueva York la realizó también una organización revolucionaria fundada en 1926, el Centro Obrero de Habla Española. “El centro estaba formado por trabajadores de tendencia comunista, anarquista, y sindicalista de diferentes países de habla hispana”. Realizaba combativas manifestaciones callejeras, en las que coreaban las consignas “Manos fuera de Nicaragua”, “Abajo el imperialismo yanqui”, y “Viva el General Sandino”. En Lázaro Torres, “La ANERC, una Combativa Organización Antiimperialista”, *Bohemia*, n.º 23 (1975): 91.

254 Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 144.

255 En *La Correspondance Internationale*, n.º 97 número especial XXVII (1928): 1039.

256 En *La Correspondance Internationale*, n.º 83 (1928): 867-868.

257 Willy Münzenberg, “Session Berlin de la Ligue Antiimpérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 91 (1928): 973.

258 Julio Antonio Mella, “Carta a Emilio Roy de Leuchsenring”, en Gladys Blanca Cabrera, “Emilio Roy de Leuchsenring, Verdadero Maestro de Nuestra Historia”, *Bohemia*, n. 34 (1975): 68.

259 Mella, “Carta a Emilio Roy de Leuchsenring”, 973.

260 Mella, “Carta a Emilio Roy de Leuchsenring”, 973. Véase también Salvador De La Plaza, “La Lutte du Nicaragua, Lutte de L’Amérique Latine pour sin Indépendance”, *La Correspondance Internationale*, n.º 9 (1928): 119.

261 R. Lubrand, “La le Conférence de la Jeunesse Antiimpérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 72 (1929).

262 “Un Village d’Enfants du S.O.I. au Mexique”, *La Correspondance Internationale* (1929): 114.

263 Münzenberg, “Session Berlin de la Ligue Antiimpérialiste”, 974.

Gustavo Machado, como hemos visto, una de las figuras más descollantes de la Liga y del Comité. Estuvo personalmente en Las Segovias, con el encargo de entregarle a Sandino el producto de las campañas de solidaridad efectuadas en México.

“Nosotros, luchadores venezolanos estamos obligados a prestar a Nicaragua —en esta hora de intensa tragedia— la ayuda solidaria que hemos solicitado nosotros mismos de los pueblos hermanos... En Nicaragua combaten las fuerzas imperialistas opresoras de los pueblos Latinoamericanos y las fuerzas de liberación que defienden la soberanía de toda América Latina... Nicaragua es un símbolo y una alerta. El General Sandino y su ejército de campesinos y mineros ha probado la posibilidad militar de combatir y derrotar a las tropas invasoras. El Coloso del Norte ha sido humillado en multitud de combates. Cualquiera que sea el resultado final de la lucha, Nicaragua ha trazado el camino práctico que deben seguir nuestros pueblos si quieren liberarse de la opresión imperialista. La América Latina ha mostrado en diversas formas la existencia de una conciencia continental”, escribió Machado en 1928 desde Las Segovias<sup>264</sup>.

En junio de 1929, en un artículo preparatorio del Segundo Congreso Mundial de la Liga, que se iba a celebrar en París en julio siguiente, pero que finalmente se llevó a cabo en Francfort, Münzenberg señalaba el ejemplo magnífico de Sandino “quien, durante años, con un pequeño grupo de guerrilleros mal armados ha luchado contra fuerzas considerablemente superiores, nos ha mostrado toda la tenacidad con la

cual desarrolla la lucha por la independencia de los Estados Latinoamericanos”<sup>265</sup>. Decía también que el programa elaborado en Bruselas se había ejecutado en la práctica cotidiana. La idea matriz, había sido la de juntar en la Liga, en el plano mundial, a todos los grupos antiimperialistas, sin importar su condición política o sindical. El objetivo era reunir las dos corrientes formidables de la lucha liberadora contemporánea: el movimiento nacional-revolucionario en los países oprimidos y el gran movimiento de masas proletarias en las metrópolis imperialistas... La Liga no puede cumplir su tarea, si no consigue también en el futuro, meter en la lucha a las mejores organizaciones y grupos nacional-proletarios, junto con las amplias masas proletarias de los países capitalistas, reforzar esta Comunidad de lucha con el grupo de intelectuales antiimperialistas honestos, como Henri Barbusse y centenares de otros como él. Esa se consideraba la tarea histórica de la Liga<sup>266</sup>.

El Segundo Congreso de la Liga mostró importantes diferencias de línea con respecto a las organizaciones nacional-reformistas y a los movimientos nacionalistas. En el Congreso de Francfort, se puso en evidencia la reorientación hacia la derecha de las fracciones dominantes de la burguesía nacional en los países oprimidos, y se denunció su papel contrarrevolucionario en la lucha por la emancipación nacional y social<sup>267</sup>. Surgió en ese Congreso un conflicto entre los comunistas y el grupo de James Maxton, del Partido Laborista inglés. Esto hizo que se hablara de escisión en la Liga. También se presentó un conflicto cuando el representante de Sandino, José Constantino González, se negó a apoyar la moción comunista de expulsar a la delegación del APRA del

264 Gustavo Machado, “Carta a los Compañeros de la Unión Obrera Venezolana”, *Repertorio Americano*, XVII (1928): 19.

265 Willy Münzenberg, “De Bruxelles a París”, *La Correspondance Internationale*, n.º 51 (1929): 745

266 Münzenberg, “De Bruxelles a París”, 745. Precisamente Henri Barbusse, al que se refiere Münzenberg era uno de los organizadores del Congreso de Francfort. Es interesante transcribir aquí el mensaje a Sandino que Barbusse había publicado en su journal *Monde*: “Yo traigo a usted con mi saludo de homenaje, el del proletariado y los intelectuales revolucionarios de Francia y Europa que en muchas circunstancias ya me han autorizado para hablar en su nombre y para decirle que nuestra atención se fija con entusiasmo en la heroica figura de Sandino y en sus admirables tropas. Saludamos en usted a un libertador, al soldado magnífico de una causa que, sobrepasando cuestiones de razas y nacionalidades, es la causa de los oprimidos, de los explotados, de los pueblos contra los magnates. Saludamos en usted a toda la ardorosa juventud hispanoamericana, que se conmueve y se levanta enfrente de los verdugos del norte, las Bestias de Oro, y a toda la multitud de trabajadores y de indios que a lo largo del continente se agitan impacientes por ponerse en marcha para rechazar la maquinaria imperialista y capitalista venida del extranjero, y en su lugar crear un mundo nuevo sobre las tierras que le pertenecen. A la vanguardia de la lucha y del continente, usted, General de los Hombres Libres, está representando un papel histórico imborrable, por su ejemplo luminoso y su espléndido sacrificio. Nosotros estamos de corazón con usted.” (Henri Barbusse, “Saludo a Sandino”, *Repertorio Americano*, VII, n.º 17 (1928): 267).

267 Willy Münzenberg, “Le Congrès de Francfort de la Ligue Anti-impérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 68 (1929): 936.

Congreso<sup>268</sup>. Esto es muy explicable, ya que como hemos visto, el aprismo estaba estrechamente vinculado al sandinismo, aún cuando la Liga lo repudiara, como corolario de las discusiones del VI Congreso, en el Estado Mayor de Sandino coexistían en ese momento representantes de la Internacional y representantes del APRA, ya que el primer rompimiento de Sandino con Farabundo Martí y la Internacional no sobrevino sino hasta setiembre del 29, como veremos más adelante.

Es interesante hacer notar aquí que el APRA había subrayado siempre sus semejanzas con el Kuomintang, que ya no estaba en la Liga, llegando a una clara analogía con este. En una entrevista concedida a la Tribuna de Cantón a fines de 1926, Haya de la Torre había manifestado que “el único Frente Unido Antiimperialista parecido al Kuomintang es el APRA. Como lo es el Kuomintang, nosotros somos un frente único de estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales, soldados, etc., contra el imperialismo yanqui y por la soberanía y libertad de nuestros países”<sup>269</sup>. Supuestamente eso creaba bases para realizar con el APRA una política de frente único. Pero no fue así.

Según Münzenberg, “La Liga Antiimperialista, ha tomado en el Congreso de Francfort todas las medidas para realizar su tarea histórica que es la de crear una alianza de lucha entre el ala nacional-revolucionaria de la pequeña burguesía y las capas burguesas nacionales con las amplias masas del proletariado internacional. Existen en efecto en ciertos países importantes desde el punto de vista de la política mundial, como la India, los países árabes, Siria, África del Norte, la América Latina, organizaciones nacional-revolucionarias que quieren una verdadera emancipación nacional. El Congreso de Francfort marca sobre el de Bruselas un importante paso hacia la izquierda. El Centro de gravedad en la Liga no está representado más, como en la época de su fundación, por los intelectuales y los liberales, sino que hoy lo constituyen las amplias masas obreras y campesinas

de los pueblos oprimidos. “Esta evolución, agregaba Münzenberg, ha tenido el apoyo unánime de anarquistas, sindicalistas, antimilitaristas, socialistas, comunistas y socialistas revolucionarios, lo cual era a su juicio todo un éxito”<sup>270</sup>.

En el manifiesto de este segundo Congreso, se hace un llamado a los pueblos de las colonias y de los países oprimidos para luchar en un poderoso frente mundial, revolucionario, antiimperialista, por la movilización de las masas obreras y campesinas, por la mejora radical de vida de la clase obrera, por la creación de organizaciones revolucionarias de campesinos trabajadores, contra la guerra con la U.R.S.S., por la defensa enérgica de esta, contra los socialimperialistas y contra la socialdemocracia<sup>271</sup>.

A pesar de que el Kuomintang ya no estaba en la Liga y el movimiento sandinista sí seguía afiliado, los congresos de la Liga habían servido para interrelacionarlos y por eso fue posible que en 1928, cuando las tropas de Kuomintang entraron victoriosas en Pekín, el retrato de Sandino figura como estandarte de varios cuerpos del Ejército<sup>272</sup>.

Una unidad del Ejército del Kuomintang que pudieron ver los marinos americanos en China se llamaba “División Sandino”<sup>273</sup>.

En 1929, con la adhesión colectiva de los sindicatos de la U.R.S.S. a la Liga, se comenzó a enfatizar en el carácter proletario de esta y a asegurar que, tanto en México como en África del Norte, la Liga luchaba por poner en práctica el programa antiimperialista de Bruselas con una táctica proletaria y revolucionaria<sup>274</sup>.

No obstante, en diciembre de 1930, la Correspondencia Internacional hizo un comentario acerca de la Liga, insistiendo que esta era una organización sin partido, que deseaba y de hecho podía reunir a todas las fuerzas que luchaban contra el imperialismo. Negaba enfáticamente la afirmación de que la Liga

268 Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 146.

269 En *Repertorio Americano*, XIV (1927): 344.

270 *Repertorio Americano*, XIV (1927): 936-937.

271 “Manifeste du Ile Congrès Mondial de la Ligue Antiimpérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 68 (1929): 937.

272 Selser, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 272.

273 Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 147.

274 Willy Münzenberg, “Le Renforcement Proletarien de la Ligue Anti-impérialiste”, *La Correspondance Internationale*, n.º 7 (1929): 75.

fuera una organización comunista o un instrumento dependiente de la política de un partido. El hecho de que el Kuomintang y el gobierno de Calles en México, lo mismo que los socialdemócratas de izquierda, no estuvieran ya en la Liga, no era su culpa, sino de las posiciones proimperialistas de aquellos<sup>275</sup>. Sin embargo, lo cierto es que cada vez más la Liga y sus secciones iban quedando integradas casi exclusivamente por comunistas.

### Los principales delegados de la Internacional ante Sandino

Antes que esto ocurriera, y durante la etapa de las buenas relaciones entre la Internacional y Sandino, la Liga no solamente se dedicó a las campañas de solidaridad con este en todo el Continente, sino que destacó a algunos de sus mejores cuadros provenientes de la Internacional en el Estado Mayor de Sandino. Los dos principales delegados de la IC en el Estado Mayor de Sandino, fueron Carlos Aponte y Agustín Farabundo Martí.

Cuando Carlos Aponte, cuadro del partido Comunista Venezolano, llegó a Las Segovias en marzo de 1928<sup>276</sup>, tenía ya la experiencia que le había proporcionado el participar en dos acciones insurreccionales: una en 1917 contra el tirano Juan Vicente Gómez, en su patria, y otra en 1925 contra la tiranía de Gerardo Machado en Cuba.

Fue durante su permanencia en Cuba, en la época en que Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y otros fundaban el Partido Comunista Cubano, que Aponte estableció profundos lazos de amistad con estos y otros líderes revolucionarios del continente. Estaba también en Cuba en ese entonces, su compatriota comunista Gustavo Machado, con quien se reuniría unos años más tarde en Las Segovias y quien llegaría a ser Secretario General vitalicio del Partido Comunista de Venezuela. El tirano Machado lo

desterró a México, en donde Aponte se reunió nuevamente con Mella e ingresó al *Comité Manos Fuera de Nicaragua*. En febrero de 1928 el Comité lo envió a Nicaragua a incorporarse al ejército sandinista, adonde llegó el mes siguiente.

Existen tres documentos que Sandino envió al Comité que por la forma en que están redactados parecieran indicar que se trata de informes sobre la labor de Aponte. El primero de ellos, fechado el 5 de noviembre de 1938, escrito a máquina y con la firma autógrafa de Sandino, extiende el nombramiento de Teniente Coronel del Ejército al “ciudadano venezolano Sargento Mayor Carlos Aponte Hernández”<sup>277</sup> y manifiesta que se deben respetar las órdenes de este de acuerdo a ese grado, para una mayor eficiencia de la organización de combate contra la invasión yankee en Nicaragua. Expresa también que se le confirma el grado de Sargento Mayor que se le reconoció en la fecha de su ingreso a las filas sandinistas y que esas disposiciones se darán a conocer en el ejército por orden general de ese día. Así tan solo a ocho meses de su incorporación y después de dar muestras de valor a toda prueba, Aponte era ya Teniente coronel y segundo ayudante de Sandino<sup>278</sup>.

Existe un segundo documento, el de su licenciamiento, que reproducimos en su totalidad:

El suscrito, General y Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, en uso de las facultades conferidas por el mismo ejército, hace constar: Que el Teniente Coronel Carlos Aponte Hernández, ciudadano venezolano, ha prestado servicios a nuestro Ejército desde el 4 de marzo del año próximo pasado en la lucha sostenida por nuestras fuerzas contra la invasión yankee, distinguiéndose en muchos de los combates en nuestra campaña libertadora, y que en esta fecha se retira de nuestras filas *por convenir así a la Causa de América Latina contra el imperialismo yankee*. Cuartel General de El Chipotón, Nicaragua, 1° de febrero de 1929<sup>279</sup>.

275 “Phénomènes Sains dans la Ligue contre l’Impérialisme”, *La Correspondance Internationale*, n.º 102 (1930): 1346.

276 Cfr. Olga Cabrera, *Güiteras, la época, el hombre* (La Habana: Editora Política, 1974), 14.

277 Cfr. Augusto Arias, “Carlos Aponte, Coronel de Sandino”, *Repertorio Americano*, XXXII (1936): 277.

278 Cfr. Arias, “Carlos Aponte, Coronel de Sandino”, 277.

279 Mario Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, *Bohemia*, n.º 67 (1975): 90. Destacados míos.



El regreso de Aponte a México “por convenir así a la causa de América Latina contra el imperialismo”, como se ha señalado arriba, se debió sin duda a una orden del *Comité Manos Fuera de Nicaragua* o del Partido Comunista Mexicano, en el que militaban todos los comunistas exiliados en México. En ese preciso momento se constituía el Comité Militar del Partido Revolucionario Venezolano, que se proponía realizar una operación militar en Curaçao, para obtener armas con qué invadir Venezuela. Tanto Aponte como Gustavo Machado participaron en esa operación y de allí que urgiera su regreso<sup>280</sup>.

Sandino le escribió a doña Socorro Hernández, madre de Aponte, informándole de la partida de éste para México. En la carta le dice: “Debido a que nuestra causa es continental, el Coronel Aponte Hernández desarrollará su actividad en otros sectores de lucha por la libertad de nuestra América Latina y salió de nuestro Ejército recientemente con el propósito de llegar a México. Nuestro Ejército conserva del Coronel Aponte Hernández los mejores recuerdos, porque supo dar los mejores ejemplos de abnegación y de valor contra las fuerzas invasoras yankees”<sup>281</sup>.

Durante su estancia en Nicaragua, el 22 de marzo de 1928, Aponte envió una carta al *Comité Manos Fuera de Nicaragua*, fechada en El Chipotón. Había presenciado varios bombardeos de los aviones norteamericanos, y quiso hacerles llegar sus impresiones.

Después de explorar como tres horas, las máquinas infernales bombardearon todas las casas de los campesinos indefensos, seguramente matando mujeres y niños, como en todos los casos resulta de esta manera; el espíritu de destrucción y maldad es la única bandera de paz y de progreso que traen a nuestra desgraciada América...? ¿hasta cuándo ser esclavos de los vendedores de patrias e invasores? Por donde vamos pasando van saliendo de sus escondites todos los hombres y mujeres que el único pecado que tienen es estar al lado de este ejército, encabezado por el hombre que ha sabido orientar a todos los hom-

bres honrados por el camino del deber, haciéndoles sentir la necesidad de despertar de ese sueño de indiferencia para con la patria pisoteada y explotada... En mi anterior les decía que lo demás está de parte de ustedes, lo que es la prensa y los fondos que puedan recoger, pues son muy necesarios y de bastante urgencia. El General y sus compañeros de armas los felicitan, en unión de todos los que saben sentir esta lucha justa que servirá de ejemplo a los pueblos de América<sup>282</sup>.

Aponte fue un individuo de extraordinario valor, que dedicó la energía de su juventud a combatir al imperialismo en varios países de América Latina. El cubano Pablo de la Torriente Brau dijo de Aponte: “lo grandioso de él es su instinto de lucha contra el norte: fue el símbolo del hombre brújula frente al imperialismo”<sup>283</sup>.

En 1934 en su constante búsqueda de un puesto de combate, Aponte se unió al revolucionario cubano Antonio Guiteras, de quien dijo: “¡Este es otro Sandino!”<sup>284</sup> y fue muerto a balazos a su lado el 7 de mayo de 1935, combatiendo a la tiranía de Batista, en vísperas de un viaje a México en donde iban a reunirse con un grupo de combatientes antiimperialistas latinoamericanos.

Fue a través de hombres como este que la Internacional quiso desarrollar al movimiento sandinista hasta convertirlo en un movimiento proletario, según se vio de los acuerdos de los Congresos de la Liga. Por su temperamento, la contribución de Aponte pareciera haber sido, sobre todo, de carácter práctico-militar. No subestimamos su capacidad política, su formación ideológica y su vinculación a la Internacional Comunista a través de la Liga. Pero sus informes tienden a enfatizar en los aspectos propiamente militares de las operaciones llevadas a cabo en Las Segovias, por razones que no se limitan a cuestiones explicables de propaganda, indignación y denuncia.

Sí pareciera haber cumplido una función mucho más política e ideológica, en el seno del sandinismo, el

280 Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, 92.

281 Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, 91.

282 Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, 91.

283 Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, 92.

284 Kuchilán Sol, “Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje”, 92-93.

otro delegado de la Internacional: Agustín Farabundo Martí. Nacido en El Salvador, Agustín Farabundo Martí, fue uno de los fundadores del Partido Socialista Centroamericano, constituido en 1920, cuando el entonces presidente de su país, Jorge Meléndez, le envió al exilio por su participación en una manifestación con motivo de la permanencia en el país de un grupo de estudiantes guatemaltecos exiliados<sup>285</sup>. Luego estuvo en Honduras y de allí pasó a Guatemala, en donde participó en la fundación del Partido Socialista. Después estuvo en México, en donde conoció a Esteban Pavletich, del APRA, con quien hizo amistad.

En la primavera de 1928, con ocasión de un asalto policíaco al edificio de la Liga Antiimperialista en Nueva York, Martí fue tomado preso. En mayo de ese año, viajó de Nueva York a México, de allá a Cuba y de Cuba a Jamaica. Entró a Guatemala por Belice y de allí se embarcó a Honduras. Aquí se entrevistó con Froylán Turcios, que era en ese momento el delegado personal de Sandino en ese país<sup>286</sup>, o con José Idiáquez en la ciudad de Danlí, Departamento de Paraíso, quien actuaba como corresponsal y agente de Sandino para remisión de municiones, pertrechos y vituallas<sup>287</sup>. Por una de esas vías, lo cierto es que Martí presentó sus credenciales de revolucionario, que le fueron aceptadas y partió hacia el campamento de Nueva Segovia.

Todo permite pensar que tanto Martí como Pavletich, antes de viajar a Las Segovias, habían hecho contacto en México con el *Comité Frente Unido Manos Fuera de Nicaragua*. Fue de México que salió Martí para Nueva York y a su regreso pasó nuevamente por allí. Probablemente, a su llegada a Honduras, para presentarse ante los agentes de Sandino, traía recomendaciones de Gustavo Machado, que había estado

en Las Segovias en el mes de abril y que ya para el 20 de mayo se encontraba nuevamente en México<sup>288</sup>. La presencia de Machado en México, para entonces, la inferimos de la carta que le enviara Sandino a él en esa fecha al Distrito Federal, solicitándole asumiera la representación oficial del sandinismo ante el pueblo mexicano<sup>289</sup>.

En el mes de marzo de 1928 en que Martí estuvo en México, —como también Pavletich, hasta su salida para Nicaragua— Machado trabajó estrechamente con el representante de Sandino en México D.F., Dr. Pedro José Zepeda, con quien acudía a los mitines destinados a coleccionar fondos<sup>290</sup>. La difícil situación económica de Martí, en su condición de exiliado, permite suponer que tanto el viaje hasta Nueva York, como el de su regreso a través de México, y Cuba, Jamaica y Guatemala, no los sufragaba él sino la Liga Antiimperialista y a través de esta, la Internacional Comunista.

En junio de 1928, apenas unos dos meses después de que llegara a Nicaragua Esteban Pavletich, Martí escribe desde el campamento de Nueva Segovia: “Llegamos al campamento de nuestro Jefe Supremo, General Augusto César Sandino, el 22 de junio, quedando incorporados al Ejército defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua. Nuestra guerra contra los invasores de Centroamérica está empeñada de manera formal, se ha iniciado en Nicaragua la lucha libertadora de las Américas, y se espera la acción conjunta de los pueblos oprimidos del continente para barrer hasta el último vestigio del imperialismo yanqui”<sup>291</sup>.

Nos inclinamos a creer que si desde su llegada a Las Segovias Martí ocupó un lugar en el estado Mayor de Sandino y fue nombrado su Secretario personal,

285 David Luna, “Algunas facetas sociales en la vida de Agustín Farabundo Martí”, *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales*, n.º (1965): 97; Thomas P. Anderson, *Matanza*, (Lincoln: University of Nebraska Press, 1971), 35.

286 Es muy probable que efectivamente Martí haya hecho el contacto a través de Turcios, ya que en comunicación enviada desde Las Segovias a un salvadoreño, Santiago David García, le pedía: “Habiendo en El Salvador muchos salvadoreños que desean venir a incorporarse a las filas libertadoras, les ruego hacerles saber que pueden hacer el viaje sacando pasaporte en la Unión... Que obtengan el pasaporte para cualquier parte de Honduras y llegando a Tegucigalpa procure hablar con don Froylán Turcios por medio de un intermediario. Don Froylán les dirá el camino a seguir hasta los campamentos nuestros”. En Jorge Arias Gómez, *Farabundo Martí* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972), 51.

287 Selsler, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 327.

288 Gustavo Machado, “La situación en Honduras, carta a García Monge”, *Repertorio Americano*, XVI, (1928): 269.

289 César Augusto Sandino, “Carta a Gustavo Machado y Morales”, *Repertorio Americano*, XVII (1928): 19.

290 Op. cit. Macaulay, *Sandino*, 145.

291 Arias Gómez, *Farabundo Martí*, 51. Publicado en facsímil.



esto fue en su calidad de enviado de la Internacional Comunista, a través de la Liga Antiimperialista. Esta representatividad y su preparación teórica, unidas al hecho de que participó exitosamente en acciones de armas<sup>292</sup>, le ganaron rápidamente la confianza de Sandino.

A decir del escritor Xavier Campos Ponce, era Martí quien debía llevar al Congreso de Francfort la bandera americana capturada por los sandinistas, la cual fue desplegada en esa reunión internacional. Sin embargo, según dicho autor, Martí no pudo asistir por haber sido apresado en El Salvador<sup>293</sup>. Sin embargo, si Martí era originalmente el delegado, su ausencia no pudo tener la explicación que da Campos Ponce, ya que, como veremos, en la fecha de ese Segundo Congreso (julio de 1929) Martí estaba en México con Sandino.

En los mensajes de más importancia emitidos por Sandino en el año en que lo acompañaron Martí y Pavletich en Las Segovias, la Carta a los gobernantes de América, a que ya hemos hecho referencia, y la carta al Presidente de la Argentina Hipólito Yrigoyen, del 20 de marzo de 1929, (en la que le propone una conferencia latinoamericana que tendría lugar en Buenos Aires con participación de Sandino), lo mismo que en las comunicaciones a sus compañeros de armas y representantes, está ausente el vocabulario esotérico que hemos analizado antes y que aparece en sus comunicados a partir del regreso de México en la última mitad de 1930. Por el contrario, se nota ahora un nivel político superior. Cuando Sandino viajó a México en junio de 1929, exactamente un año después de la llegada de Martí a Las Segovias, tanto este como Pavletich figuraron en la comitiva.

En el comunicado enviado desde México por Sandino a Alemán Bolaños, el 18 de agosto de 1929, le avisó que en breve Martí iría a Centroamérica y le pondría al corriente de las últimas resoluciones tomadas por el alto mando sandinista en México<sup>294</sup>.

Nuevamente, en carta al mismo Alemán Bolaños del 29 de agosto de ese año, le manifestó que sería el Coronel Martí quien le daría detalles de todo<sup>295</sup>. El 8 de setiembre le dijo que solamente faltaba la llegada de otros compañeros para que saliera el Coronel Martí.

Por su parte, Alemán Bolaños le había enviado a Sandino un manifiesto, que este emitió en Mérida el 6 de setiembre, de contenido nacionalista, en el que se hacía un llamado a los nicaragüenses para continuar la lucha contra el invasor. Según se desprende de las palabras de Sandino, la intención era la de no perder el contacto con los patriotas “cortos de alcance”<sup>296</sup>.

Sorpresivamente, el 9 de setiembre, al día siguiente de su anterior comunicado a Alemán Bolaños, y en la misma carta en que dice: “ni extrema derecha, ni extrema izquierda, sino Frente Único es nuestro lema”, Sandino trata de tranquilizar a Alemán Bolaños. Le asegura que esta y no otra era la orientación y le manifiesta que “ya no será el Coronel Martí el comisionado para ir a Centroamérica, porque actualmente se encuentra enfermo en un sanatorio de esta ciudad”<sup>297</sup>.

Es obvio que alguna grave diferencia tiene que haber habido entre Sandino y Martí, o más precisamente entre Sandino y la Internacional Comunista, para que se llevara a cabo un cambio de planes tan súbito y tan importante. Anderson recoge de los Archivos Nacionales del gobierno norteamericano una versión delirante que, señala que el rompimiento se debió a que Martí le había comunicado a Sandino que el gobierno mexicano estaba tratando de envenenarle y este había perdido la paciencia y lo había echado de su lado<sup>298</sup>.

Lo cierto es que el gobierno mexicano de la época, con Emilio Portes Gil a la cabeza, estaba teniendo una actitud represiva contra las organizaciones populares. En junio de 1929, en las calles de México, esbirros del dictador cubano abatieron a Julio Antonio Mella, el dirigente comunista cubano, con la

292 Arias Gómez, *Farabundo Martí*, 50.

293 Carlos Fonseca Amador, “The Macaulay Affair”, Prensa Política (1973).

294 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 75.

295 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 80.

296 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 82.

297 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 85.

298 Anderson, *Matanza*, 38.

complicidad del jefe de la policía mexicana, que era hombre de confianza de Portes Gil. En mayo, mandaron a fusilar a Guadalupe Rodríguez, comunista de Durango, por orden del Ministerio de Guerra. Portes Gil, en persona, ordenó cerrar *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano<sup>299</sup>. En ese momento, precisamente, Sandino se encontraba recibiendo dos mil pesos mensuales para su mantenimiento y el de su gente de manos del gobierno de Portes Gil<sup>300</sup>. Es indudable que ni el Partido Comunista Mexicano ni la Internacional podrían ver esto con buenos ojos, máxime cuando se veía venir el rompimiento de relaciones con la Unión Soviética, que se produjo finalmente en enero de 1930<sup>301</sup>.

La permanencia de Sandino en México tenía el objetivo de obtener armamento y otros recursos necesarios para continuar la lucha contra el ejército norteamericano. Esos recursos Sandino los esperaba recibir también de manos del gobierno de Portes Gil, el mismo que estaba aplastando al movimiento comunista mexicano. Es fácil imaginar que ni Martí ni la Internacional Comunista podrían estar de acuerdo con la prolongada permanencia de Sandino en México, ni con la dependencia económica que este y sus hombres estaban viviendo en relación al gobierno mexicano.

Lo cierto es que, estando todavía Sandino en México, el 4 de enero de 1930, apareció en La Correspondencia Internacional un anuncio cuyo título es “Sandino se pasa al Campo Imperialista”, y que dice literalmente: “Sandino, el antiguo dirigente de los insurgentes de Nicaragua, que ha dirigido la lucha contra la intervención militar de los Estados Unidos, se ha dejado comprar por 60.000 dólares. Él se ha comprometido a desinteresarse en el movimiento revolucionario de Nicaragua y a establecer su residencia en el Estado mexicano de Yucán (sic)”<sup>302</sup>. La nota, que no llevaba firma, se publicaba en los días inmediatamente anteriores a la entrevista de Sandino con Portes Gil.

El 9 de enero, Sandino hizo público un comunicado

con la intención de desvirtuar ataques que por la prensa se han hecho de la idealidad del Ejército defensor de la Soberanía de Nicaragua y dijo allí que se proponía publicar documentos que comprobaban la moralidad de sus actos y su fidelidad a los principios de fraternidad latinoamericana. Hacía una narración de sus años de lucha, e incluía un párrafo en el que el lector atento adivina el deseo de mejorar sus relaciones con la Internacional. Dice así: “Indudablemente que también a mí me han dado más experiencia los cuatro años de guerra libertadora, como también la necesidad que tenemos en todos nuestros pueblos de América hispana, de expulsar por completo del suelo patrio a ciudadanos y capital norteamericanos, los que en realidad no son otra cosa que un inminente peligro para la nacionalidad que cándidamente los acoge en su seno, como también la necesidad de fomentar nuestras industrias y nuestro comercio, esforzándonos por conseguir la alianza entre nuestros hermanos de Hispanoamérica”<sup>303</sup>.

La entrevista con Portes Gil tuvo lugar el 29 de enero de 1930. Cuatro días antes Sandino le había escrito al Dr. Zepeda, manifestándole dudas y presentimientos en relación con una posible traición de parte de los personeros mexicanos que habían prometido ayudarlo. También le hacía saber que su ejército no se solidarizaba con la política internacional que el señor presidente electo de México, Ingeniero Pascual Ortiz Rubio, desarrollaría al asumir la presidencia, ya que se le había visto “coquetear” con el gobierno yanqui, enemigo común de nuestros pueblos indohispanos. Él consideraba indigna la actitud del Ingeniero Ortiz Rubio a ese respecto y sospechaba que al asumir la presidencia, Ortiz Rubio reconocería a Moncada y que tal reconocimiento sería una bofetada para el ejército sandinista<sup>304</sup>.

299 Hernán Laborde, “La Situation Politique au Mexique”, *La Correspondance Internationale*, n.º 72 (1930): 951-952.

300 Selser, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 198-200.

301 En Izvestia, reproducido en *La Correspondance Internationale*, n.º 10 (1930): 97.

302 En *La Correspondance Internationale*, n.º 1 (1930): 5. Obviamente se refiere al Estado de Yucatán.

303 Selser, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 94.

304 Selser, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 201.

Entre las manifestaciones más importantes sobre política internacional hechas por el gobierno mexicano en ese momento, y a las que se refiere Sandino, estaba el retiro del Embajador de la Unión Soviética. El argumento utilizado por el gobierno mexicano para esto fueron “los informes sobre manifestaciones comunistas realizadas entre nuestras embajadas en algunas capitales del Continente Americano, a pretexto de protestar por las medidas que aquí se han venido tomando contra algunos agitadores extranjeros que se mezclaban en nuestros asuntos internos y pretendían subvertir la tranquilidad pública”<sup>305</sup>. Los agitadores “extranjeros” a que se hacía referencia eran en realidad comunistas mexicanos pero en el grupo sí había un extranjero: el peruano Esteban Pavletich, quien había llegado a México acompañando a Sandino<sup>306</sup>.

En la carta del 29 al Dr. Zepeda, arriba citada, escrita varios meses después de la supuesta enfermedad de Martí, Sandino lo menciona como “mi secretario, ciudadano Coronel Agustín Farabundo Martí”<sup>307</sup>. Esta mención, unida a las declaraciones dichas, permite considerar una reconciliación transitoria con Farabundo y con la Internacional. Esto se reafirma en el Manifiesto que emitió Sandino el 26 de febrero de ese año, en el que declaraba que su salida del territorio nicaragüense no había sido una tregua en la lucha contra el enemigo común, el imperialismo yankee, sino la prolongación de esa lucha en el sentido de atraer nuevos contingentes al seno de la Confederación Sindical Hispanoamericana.

Sandino señalaba que, hasta ese momento, su ejército había recibido el apoyo de sinceros revolucionarios;

pero que, con la agudización de la lucha, con la creciente presión por parte de los banqueros yankees, los vacilantes, los tímidos, por el carácter que toma la lucha, nos abandonan, porque solo los obreros y los campesinos irán hasta el fin, solo su fuerza organizada logrará el triunfo”. Terminaba haciendo un llamado a los nicara-

güenses y a todos aquellos que todavía se encontraban desorganizados y fuera de la Confederación Sindical Latinoamericana y les decía: “En nombre de los heroicos soldados del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, os gritamos: ¡Organizaos!, vuestro puesto está en las filas de la Confederación Sindical Latinoamericana, única organización sindical defensora de los intereses de la clase trabajadora!”<sup>308</sup>

Ese ferviente llamado de Sandino, en apoyo de la Confederación Sindical Latinoamericana, es una especie de rectificación suya a efecto de no perder el apoyo de la Internacional. La Confederación Sindical Latinoamericana fue el primer paso para establecer una organización obrera continental de la Internacional Sindical Roja. Si bien los trabajos de esta Confederación fueron muy limitados<sup>309</sup>, cumplió un papel importante, como veremos. Efectivamente, el 23 de abril de 1930, en los días en que Sandino regresaba a Las Segovias a participar nuevamente en la lucha armada, Willy Münzenberg y V. Chattopadhyaya, miembros del Secretariado Internacional de la Liga Antiimperialista, publicaban terminantes declaraciones en *La Correspondencia Internacional*, bajo el título de “Las calumnias contra el General Sandino”. En su declaración y a nombre del secretario de la Liga, afirmaban que las noticias acusando a Sandino de haberse vendido por 60.000 dólares al imperialismo eran calumniosas y echadas a rodar por el mismo imperialismo. Manifestaban que Sandino era en ese momento miembro del Comité Ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo. Que tanto la Liga como el mismo Sandino habían solicitado a la sección mexicana de esta que se llevara a cabo una investigación. Que la investigación se había realizado, y había mostrado que las acusaciones eran totalmente infundadas y que Sandino era inocente. Decían también que Sandino había declarado “que estaba no solamente decidido a proseguir la lucha contra el imperialismo norteamericano, sino también contra todos los gobiernos latinoamericanos que son otros tantos instrumentos del imperialismo, con el gobierno mexicano allí incluido

305 En Manuel Márquez Fuentes y Octavio Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano* (México, Ediciones El Caballito, 1973), 141.

306 Márquez Fuentes y Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano*, 201.

307 Selsler, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 198.

308 Selsler, “Carta al Dr. Pedro José Zepeda”, 95.

309 En *La Correspondance Internationale*, n.º 35, 23 abril 1930, 426. Destacados míos.

que se ha convertido en un gobierno francamente contra-revolucionario”<sup>310</sup>.

Hacían un llamado para una amplia campaña de masas de solidaridad con Sandino, sobre todo en lo que se refería a la Liga Antiimperialista de las Américas y a todas sus secciones. Y, por si acaso quedara alguna duda acerca de la reconciliación, agregaban: “Los pueblos oprimidos ven en él y en su ejército de la libertad, a combatientes sinceros que, fieles al programa de la organización internacional de la Liga, ... continuará la lucha contra el imperialismo no solamente en Nicaragua, sino también en los otros países de la América Latina a fin de lograr la unidad de lucha y de acción de todos los oprimidos de los países coloniales y semicoloniales, unidad que es absolutamente necesaria para la realización victoriosa de la lucha comenzada contra los bandidos imperialistas”<sup>311</sup>. Sin embargo, al regresar Sandino a Las Segovias, ya Martí no le acompañaba. Permaneció en México hasta mayo o junio de 1930, cuando fue expulsado por el gobierno mexicano y salió hacia El Salvador, investido de la calidad de representante del Socorro Rojo Internacional ante la Sección del mismo que funcionaba en ese país<sup>312</sup>. Este regreso de Martí a su patria se presentó en un momento álgido de la lucha de masas en ese país y desembocó en la matanza de 1932 en El Salvador.

La reconciliación, que fue más bien de carácter formal, no duró mucho. El *New York Times* publicó en mayo de ese año un cable en el que se informaba que en esa fecha, el Partido Comunista Mexicano había acusado a Sandino “de haber traicionado la causa del antiimperialismo mundial y de haberse vendido al mejor postor”. Hacía mención a una declaración del Partido Comunista Mexicano, en la que se decía que Sandino, después de aceptar dinero comunista y de convenir en una gira alrededor del mundo en contra del imperialismo, había regresado a su patria “a reanudar la lucha con pequeños grupos de burgueses

para sojuzgar al país”. Se aseguraba que los Estados Unidos querían que la lucha siguiera, para “mantener la amenaza de una victoria de Sandino contra el gobierno de Moncada, o entrar en arreglos con Sandino si este obtiene suficiente poder”<sup>313</sup>.

No obstante, casi un año después, en carta a su lugarteniente Pedrón Altamirano del 30 de marzo de 1931, Sandino hacía un enfoque clasista al decirle que solamente los obreros y campesinos de Centroamérica podrían defender a estos países, y expresaba: “Nuestro movimiento de Unión Centroamericana quedaría *desligado* de los elementos burgueses, quienes en todos los tiempos nos han querido obligar a que aceptemos las humillaciones del yanqui, por resultarle más favorable a sus intereses de burgueses”<sup>314</sup>.

En carta a don José Idiáquez, del 26 de abril de 1931, hablaba de una Unión Centroamericana, con el nombre de Comuneros Centroamericanos y le decía que “solamente los obreros y campesinos centroamericanos” podrían restaurar la Federación centroamericana, aunque preveía que en Nicaragua estaría el motivo primero de la próxima guerra mundial, en que quedarían destruidos “los grandes magnates opresores” y surgiría “el pueblo oprimido”<sup>315</sup>.

De gran importancia es el informe que Agustín Farabundo Martí envió al Socorro Rojo Internacional, el 22 de febrero de 1931. Allí dice con respecto a Sandino lo siguiente: “En Nicaragua está en el poder Moncada, agente del imperialismo yanqui, a quien combatimos desde las Segovias, *cuando Sandino estaba apoyado por las organizaciones antiimperialistas revolucionarias, antes de que Sandino traicionara al movimiento antiimperialista mundial para convertirse en un caudillo pequeño-burgués liberal* con aspiraciones a gobernar Nicaragua dentro de los moldes burgueses semif feudales y semicoloniales.”<sup>316</sup>

310 En *La Correspondance Internationale*, n.º 35, 23 abril 1930, 426. Destacados míos.

311 Op. cit. Márquez Fuentes y Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano*, 128.

312 Arias Gómez señala que Martí es expulsado en junio (Arias Gómez, *Farabundo Martí*, 59) mientras que Anderson considera que la fecha exacta de su reingreso a El Salvador fue sin duda entre el 1º de junio de 1930 (Anderson, *Matanza*, 39).

313 *New York Times*, 3 de mayo 1930, 6.

314 Op. cit. Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 215-216.

315 Op. cit. Selser, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 138.

316 Luna, “Algunas facetas sociales en la vida de Agustín Farabundo Martí”, 105-106. Destacados míos.

Sandino, que en una oportunidad había dicho que lamentaba la separación de Martí “tanto como la pérdida de una batalla”<sup>317</sup>, diría más tarde en un documento de extraordinario significado político acerca del carácter de su movimiento lo siguiente, que transcribimos in extenso:

En distintas ocasiones se ha tratado de *torcer este movimiento de defensa nacional, convirtiéndolo en una lucha de carácter más bien social*. Yo me he opuesto con todas mis fuerzas. *Este movimiento es nacional y antiimperialista*. Mantenemos la bandera de libertad para Nicaragua y para toda Hispanoamérica. Por lo demás *en el terreno social, preconizamos un sentido de avance en las aspiraciones sociales*. Aquí han tratado de vernos, para influenciarnos, representantes de la Federación Internacional del Trabajo, de la Liga Antiimperialista, de los cuáqueros... *Siempre hemos opuesto nuestro criterio decisivo de que esta era una lucha nacional. Martí, el propagandista del comunismo, vio que no podía vencer en su programa, y se retiró*<sup>318</sup>.

Martí, por su parte, minutos antes de ser fusilado en El Salvador, el 1º de febrero de 1932, declaró:

Doy testimonio de la entereza moral, de la pureza absoluta del General Sandino. Me consta que en México recibió ofertas repetidas de considerables sumas de dinero con tal de que abandonara su lucha en Las Segovias, y que esas ofertas fueron rechazadas por el General con la más noble indignación. Mi rompimiento con Sandino no provino, como se dijo alguna vez, de divergencias de principios morales, o por normas opuestas de conducta. *Yo me negué a seguirle nuevamente a Las Segovias, porque él no quiso abrazar el programa comunista que yo defendía. Su bandera era solo bandera de independencia, bandera de emancipación, y no perseguía fines de rebelión social...* Tengo interés en que

se aclaren estos puntos, para establecer la verdad histórica. Y ya para morir, a dos pasos de la ejecución, declaro solemnemente que el General Sandino es el primer gran patriota del mundo<sup>319</sup>.

Es oportuno mencionar aquí que cuando Sandino se declaraba a sí mismo comunista, esta declaración tenía una connotación muy especial, que no debe confundirnos. En mayo de 1931, aclaraba este punto diciendo que como a Nicaragua, cuando la conquista, nunca vino ningún noble perteneciente a las familias privilegiadas de Europa, siempre se había pertenecido a la clase común, y en ese caso, antes que solamente Liberales, todos eran más bien “comunistas”<sup>320</sup>. Más adelante, le diría al Dr. Humberto Barahona que mientras él huía de llamarse comunista, él era “comunista racionalista”<sup>321</sup>. También usaba el término “comunizar” como sinónimo de “fraternizar”<sup>322</sup> y proponía planes humanitaristas para favorecer al proletariado mundial<sup>323</sup>.

El 27 de agosto de 1932 decía Sandino que se apresuraba a tomar el poder con su ejército para proceder a la organización de obreros y campesinos nicaragüenses, quienes explotarían las riquezas en provecho de la familia nicaragüense en general<sup>324</sup>. El 16 de marzo de 1933, Sandino le recriminó a Alemán Bolaños no haber comprendido sus motivos para firmar la paz. Le decía que desaparecida aunque en apariencia la intervención armada en Nicaragua, los ánimos se enfriaban porque la intervención política y económica el pueblo la sufría pero no la miraba, y lo que era peor, no la creía. Esa situación lo colocaba en condiciones difíciles<sup>325</sup>. En este texto se ve claramente que aunque Sandino tenía cierta conciencia de que con la salida de los norteamericanos no terminaban los problemas de Nicaragua, en su aislamiento después del rompimiento con la Internacional, consideraba infructuoso seguir combatiendo.

317 Anderson, *Matanza*, 38.

318 Op. cit. Ramón de Belausteguigoitia, *Con Sandino en Nicaragua: la hora de la paz* (Madrid: Espasa Calpe, 1934), 185. Destacados míos.

319 En Enrique Sorel, “Sandino del Libertador y Martí el Comunista”, *Repertorio Americano*, XXVIII, n.º 11 (año): 176.

320 Op. cit. Selsler, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 225.

321 Selsler, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 306.

322 Selsler, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 297.

323 Selsler, *Sandino, General de Hombres Libres*, Tomo II, 151.

324 Op. cit. Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de Las Segovias*, 354.

325 Alemán Bolaños, *Sandino el Libertador*, 160.



En el mismo mes, J. Gómez, del Partido Comunista Mexicano publicó en *La Correspondencia Internacional* un análisis del movimiento sandinista, que tituló “La traición de Sandino”, que cuidadosamente se ha tratado de echar en el olvido y que es necesario ver con detalle, pues expresa la opinión oficial de la Internacional Comunista sobre Sandino. Comenzaba por mencionar la coyuntura histórica de la invasión, y el desarrollo de la resistencia. “Grupos de obreros de tendencias revolucionarias, y de campesinos sobre todo, lo mismo que algunos elementos de la pequeña burguesía de las ciudades, se fue a las montañas de Las Segovias, en donde se encontraba el Estado Mayor de los insurgentes”<sup>326</sup>, decía Gómez, agrandando la participación obrera real, que como hemos visto, no podía ser muy amplia en un país subdesarrollado y dependiente en el cual no existía la industria. “No fueron solamente los trabajadores de Nicaragua sino también los de México, Guatemala, El Salvador, quienes llegaron a engrosar al ejército de los insurgentes”<sup>327</sup>, afirmaba Gómez. Esto tampoco era cierto, ya que la mayoría de los elementos extranjeros del Ejército sandinista eran de la pequeña burguesía, con excepción del contingente de obreros agrícolas hondureños que pasaron la frontera en 1931, después de la represión sufrida en ocasión de un movimiento contra la United Fruit y se unieron a Sandino. Ignoramos el número de ese núcleo. Las condiciones económicas y el grado de organización de las “masas” obreras de los países citados por Gómez, en esa época, hacen imposible que se hubieran incorporado en grandes cantidades a las huestes sandinistas. “El papel del proletariado mexicano y de las masas trabajadoras de México, con el Partido Comunista Mexicano –decía Gómez– fue particularmente importante”<sup>328</sup>. Manifestaba que los partidos comunistas de la América Central y del Sur habían presentado el movimiento sandinista a las masas trabajadoras del continente como un movimiento antiimperialista dirigido contra el imperialismo norteamericano, lo cual era correcto. Pero que los partidos comunistas se olvidaron de explicar a las masas trabajadoras, “de una manera circunstanciada, leninista, en las manos

de quiénes se encuentra, desde el punto de vista de clase, el movimiento antiimperialista de Nicaragua y en las manos de quién debería él encontrarse, para no ser traicionado, para continuar una lucha revolucionaria consecuente contra el imperialismo y sus lacayos “nacionales”, para la defensa de las reivindicaciones fundamentales de las masas trabajadoras”<sup>329</sup>. Y agregaba:

Desde el principio el ‘general’<sup>330</sup> Sandino tomó la cabeza del movimiento. Era un jefe pequeño-burgués, encarnando al típico “caudillo”, pequeño jefe dictador, incapaz de admitir que alguien se inmiscuyera en sus asuntos y en las disposiciones tomadas por él, adoptando todas las decisiones él mismo, de su propia y exclusiva cosecha. La lucha contra el imperialismo americano fue limitada por él a una lucha contra la intervención armada de los Estados Unidos. Su única reivindicación fue solo la del retiro de los marinos americanos de Nicaragua, y absolutamente nada sobre la lucha contra todas las formas de dominación imperialista en los países, por una plena y real independencia de Nicaragua frente al imperialismo americano, para la confiscación de las empresas industriales y de las plantaciones pertenecientes al capital americano... Sandino no ha declarado la guerra a las clases dominantes, aliadas, agentes del imperialismo americano. No ha llamado a la lucha contra los feudales, por la revolución agraria y antiimperialista, sino únicamente a la lucha por el retiro de los marinos americanos de Nicaragua, por la independencia exterior del país. Las ricas empresas del capital americano en la región donde actúan los insurgentes conducidos por Sandino, permanecen casi intactas (allí donde esta regla no fue observada, se debió a la obra de los insurgentes mismos y no a instrucciones dadas por Sandino)<sup>331</sup>.

Esto no es exacto, ya que la toma de las Minas Bonanza, y La Luz y Los Ángeles de propiedad norteamericana, lo mismo que el ataque a las instalacio-

326 J. Gómez, “La Traición de Sandino”, *La Correspondance Internationale*, n.º 23, 24, 25 (marzo de 1933): 347.

327 Gómez, “La Traición de Sandino”, 347.

328 Gómez, “La Traición de Sandino”, 347-348.

329 Gómez, “La Traición de Sandino”, 347-348.

330 Las comillas están en el original, puesta con la obvia intención de burlarse del guerrillero ahora convertido en un vulgar traidor.

331 Gómez, “La Traición de Sandino”, 347-348.

nes de la compañía frutera en la costa Atlántica el 11 de abril de 1931 y varias otras acciones guerrilleras contra empresas de propiedad norteamericana, se hicieron todas bajo las órdenes de Sandino. Gómez extrema los términos, para presentar a un Sandino temeroso de violar la propiedad norteamericana. Continúa diciendo:

Jefe pequeño-burgués, sin línea revolucionaria consecuente, Sandino debía inevitablemente llegar a traicionar al movimiento... Está fuera de duda que el retiro de las fuerzas navales americanas de Nicaragua fue concertado con Sandino así como su “lucha ulterior”. Todo su “antiimperialismo” ha reventado como una pompa de jabón, tan pronto el último marino americano partió de Nicaragua. Y más aun, él no cree solamente inútil el continuar la lucha contra el imperialismo americano, sino que estima necesario el “invitar” al capital americano para que venga al país. En el manifiesto publicado por él el 2 de febrero de este año, declara sin ambages: “Yo no malquiere a los americanos. Que vengan y trabajen”. Gómez llega a asegurar algo que consideramos es falso, ya que no se encuentra ninguna comprobación documental, ni se desprende de los acontecimientos posteriores; aún más, Gómez dice que para evitar que su ejército –compuesto de obreros, trabajadores– siguiera combatiendo después de su traición, Sandino había declarado: “Si las tropas que se han alejado del control central oponen una resistencia imprevista y continúan la insurrección, yo me pondré a disposición del Presidente Sacasa, y yo vendré en su ayuda para forzarlos a seguir mi ejemplo<sup>332</sup>”.

Añadía Gómez irónicamente que efectivamente su ejemplo era bien demostrativo, sobre todo en América Central y Sur, en donde los elementos pequeño-burgueses tratan de tomar la dirección de los movimientos revolucionarios, y en donde los mis-

mos partidos comunistas no se han liberado de las influencias pequeño-burguesas, que repercuten en su línea política y en su actividad cotidiana. Manifestaba que estos partidos no se habían dado todavía suficiente cuenta de que existe una diferencia entre “la dirección del movimiento revolucionario por la clase obrera, ejerciendo la hegemonía, como única clase capaz de tener una línea revolucionaria consecuente, y la dirección vacilante, inconsecuente, de la pequeña burguesía. Y menos aun lo habían explicado a las masas”. Y agregaba: “solo el proletariado, dirigido por el Partido Comunista, puede conducir a las masas trabajadoras a la victoria<sup>333</sup>”. Decía en ese mismo documento que el ejemplo de Sandino servía para clarificar todo esto:

“porque el movimiento habría continuado si se hubiera estado luchando por una independencia económica y política total del país, por la confiscación de las empresas pertenecientes a los imperialistas, por la confiscación y la repartición entre los campesinos de las tierras poseídas por los grandes terratenientes aliados a los imperialistas, si a su cabeza se hubiera encontrado la vanguardia del proletariado, su partido comunista”.

Reclamaba a los partidos comunistas de América Central y del sur no haber aclarado suficientemente el carácter indeciso, híbrido, del movimiento sandinista.

Gómez va más allá; dice que:

“se debe señalar otro error de los partidos comunistas de la América Central –de Honduras y de México en primer lugar–, que no han hecho nada por crear entre los insurgentes de Nicaragua células comunistas que habrían podido oponer la voluntad de los trabajadores a la del General pequeño-burgués Sandino, habrían podido forzarlo a proseguir la lucha... o bien, en caso de

332 Gómez, “La Trahison de Sandino”, 348-349. En los últimos documentos de Sandino, lo que se ve es más la angustia del General que no terminaba de creer que sus aliados lo estaban abandonando. Denunció repetidamente el asesinato de sus hombres y se negaba a terminar de desarmarse mientras la Guardia no se constitucionalizara. Por otra parte, es oportuno hacer notar aquí que hubo generales sandinistas que continuaron la lucha después de la muerte de Sandino, como Santos López, que en 1962 vuelve al Río Coco a combatir contra el régimen somocista, como lo había hecho en 1958 el General Ramón Raudales, también lugarteniente de Sandino. (Véase Fonseca Amador, “The Macaulay Affair”, 3 y Romero, *Sandino y los Yanquis*, 258).

333 Gómez, “La Trahison de Sandino”, 348.



nuevas vacilaciones, o de una resistencia de su parte, tomar en sus propias manos la dirección de la lucha, colocar a la cabeza al proletariado revolucionario”<sup>334</sup>.

Es interesante anotar aquí que el Capitán norteamericano Evans F. Carlson, comandando un cuerpo de policía de Managua, declaró el 22 de febrero de 1932 haber “allanado las casas de diez sospechosos de ser instrumentos de la organización del comunismo en Nicaragua”, y haber detenido veintinueve personas “por haberseles encontrado literatura subversiva, o por sospechas de estar relacionados con el movimiento comunista”<sup>335</sup>, aunque del texto de Gómez se desprende que no había ningún grado de organización propiamente comunista en Nicaragua a esa fecha.

Advierte Gómez que “la lucha por la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario es la lucha por la dirección, por el partido comunista, vanguardia de la clase verdaderamente revolucionaria, del proletariado”<sup>336</sup>. Y termina así: “La traición de este antiguo héroe constituye una lección de la vida, que muestra que, para obtener la victoria, las masas trabajadoras representadas por el Partido Comunista, deben tomar la dirección de la lucha en sus propias manos”<sup>337</sup>.

En un folleto oficial publicado en 1933 por el Partido Comunista de los Estados Unidos se afirma, en relación con la lucha sandinista, que en Nicaragua la lucha de los trabajadores y campesinos contra el imperialismo norteamericano asumió la forma de guerra abierta. Durante años, los ejércitos de Sandino heroicamente resistieron a las fuerzas armadas norteamericanas. Sin embargo, esta batalla estaba limitada en cuanto a objetivos por el liderazgo pequeño-burgués de Sandino. En lugar de luchar contra la burguesía terrateniente y la burguesía nacional agente del imperialismo norteamericano y de combatir por las necesidades de los trabajadores y campesinos, Sandino solamente pedía la expulsión de los marinos americanos, como si la presencia de los marinos

constituyera la suma total de la opresión imperialista. Al irse los marinos de Nicaragua, Sandino capituló. Pero la brutal explotación de Nicaragua no varió.

El documento menciona un golpe más genuino contra el dominio imperialista en Nicaragua, ocurrido en abril de 1931, cuando la lucha armada se extendió a las plantaciones bananeras de la Standard Fruit y la Steamship Corporation. En los encuentros que siguieron murieron ocho personeros de la compañía y concluye: “Son estos trabajadores de las plantaciones bananeras del este, de las minas y de los ferrocarriles, quienes, aliados al campesinado, llevarán adelante la heroica lucha por la completa y genuina independencia nacional de Nicaragua”<sup>338</sup>.

Debemos hacer notar aquí que ese golpe contra la Standard Fruit y contra otras empresas norteamericanas del Atlántico, lo hicieron las tropas guerrilleras sandinistas al mando de Pedro Blandón, e indudablemente de acuerdo con órdenes emanadas de este<sup>339</sup>.

Confirmando plenamente nuestra hipótesis, hay un documento que demuestra cómo se pensó en transformar el movimiento nacional-liberador de Sandino en un movimiento por la revolución proletaria. En efecto, la Sección costarricense de la Liga Antiimperialista emitió una declaración, antes de la firma del Tratado de Paz por parte de Sandino, según la cual este desvinculaba en su acción la lucha antiimperialista de la lucha anticapitalista, de la lucha contra los burgueses y terratenientes nicaragüenses aliados ayer, hoy y siempre al filibustero invasor. Aunque lo consideran indiscutible guerrillero de la libertad, batallador esforzado y valiente, se le acusa a Sandino de no tener una idea clara, precisa, de la forma de dar eficacia decisiva a su lucha, ya que mientras no la planteara en el terreno clasista, exigiendo la tierra para el campesino y el control del gobierno y de la economía del país por los trabajadores, estaría actuando sin efectivos resultados. Los centenares de sus compañeros, —dicen— serían hoy millares de millares si a su consigna justa, pero limitada de “¡Fuera los yanquis!”

334 Gómez, “La Traición de Sandino”, 348.

335 Macaulay, *Sandino*, 300.

336 Gómez, *La Traición de Sandino*, 348.

337 Gómez, *La Traición de Sandino*, 348.

338 Cf. Luis Montes, “Bananas, The Fruit Empire of Wall Street”, Union Labor International Pamphlets, n.º 35 (1933).

339 Cf. Op. cit., Macaulay, *Sandino*, 245.

hubiera agregado otras: ¡la tierra para el que trabaja!; ¡el gobierno para los obreros y campesinos!; ¡no más argollas de los explotadores en alianza con el imperialismo de afuera! Los miembros de la sección costarricense todavía esperaban una definición en este sentido de parte de Sandino. Esperanzados aún, se preguntaban: “¿Llegará Sandino a adoptar esa posición clasista?” y terminaban su declaración así: “Nosotros que admiramos la decidida voluntad de lucha de Sandino, desearíamos... que el guerrillero nicaragüense, dándose cuenta de que la lucha antiimperialista hay que ligarla a la acción proletaria, se definiera de una vez en las filas de militares comunistas”<sup>340</sup>.

Un mes después, cuando ya Sandino había firmado el Tratado de Paz con el gobierno liberal y perdidas todas las ilusiones acerca de una posible definición “proletaria” de Sandino, el Partido Comunista de Costa Rica hacía sus declaraciones en la misma línea que las del Partido Comunista norteamericano, mencionadas anteriormente. Comenzaba preguntando: “¿Por otra parte, en qué se han beneficiado las masas trabajadoras con la lucha de Sandino? Desaparecido él del escenario de la lucha, ¿cuál beneficio cosechará la masa explotada nicaragüense de ella?”<sup>341</sup> Y agregaban:

“Como antes, continuarán los terratenientes en el campo, los comerciantes e industriales en la ciudad, explotando la fuerza de trabajo de los obreros y campesinos, enriqueciéndose a costa del hambre de los trabajadores. Para los trabajadores de Nicaragua y de todos los pueblos bajo el régimen capitalista, debe ser útil esa amarga experiencia. *Sus luchas deben ser siempre bajo banderas clasistas, con ideales clasistas, respondiendo a sus necesidades clasistas.* En el caso concreto comentado, el sacrificio de los millares de soldados del Ejército de Liberación, caídos bajo la metralla imperialista, estaría compensado si al final de la lucha hubieran obtenido sus compañeros de clase, sus hijos y descendientes, efectivas mejoras para su situación”<sup>342</sup>.

Según se desprende de los hechos referidos, y los documentos que los sustentan, la política de la Internacional Comunista en Nicaragua se orientó en una línea bastante clara, que correspondía a ciertas tesis estratégicas aprobadas por la Comintern.

Esas tesis, ya presentes en el II Congreso de la Internacional, de manera totalmente contradictoria, consistían en apoyar el movimiento nacional-revolucionario de los países sometidos a la dominación imperialista. Pero, al mismo tiempo, implicaban la necesidad de impulsar una reorientación del movimiento puramente nacional en un sentido social y clasista, que permitiera llegar a formular no solo la lucha revolucionaria contra el imperialismo, sino la creación de condiciones para transitar las fases no terminadas de la revolución democrático-burguesa y adelantar la constitución de un sistema soviético. Obviamente, el órgano político-estatal de este proceso lo era el gobierno obrero-campesino, el cual, a pesar de las críticas posteriores a las posiciones de Zinoviev, seguía siendo comprendido como sinónimo de dictadura proletaria.

Por lo que hace al Partido, la política de la Internacional no pudo configurar ningún tipo de organización política independiente. El sandinismo, como movimiento nacional patriótico, lo absorbió todo. Más pareciera que lo que se intentó fue la conversión de Sandino, el líder, directamente al comunismo, intento destinado al fracaso no solo por el nivel de la lucha y desarrollo social y político planteado en la Nicaragua de entonces, sino por la sensibilidad mística y la tendencia esotérica que Sandino poseía, adaptada por su fuerte personalidad a los mejores intereses del combate que le tocaba librar.

Este método, por otra parte, fue el aplicado en el caso de Chiang Kai Shek en China y lo sería más adelante con Castro en Cuba, culminando con un fracaso en el primer caso y con un éxito en el segundo.

340 Sección costarricense de la Liga Antiimperialista, “La Situación política de Nicaragua y las Condiciones de Sandino para Deponer las Armas”, Trabajo (1933): 2. Órgano del Partido Comunista de Costa Rica.

341 “Sandino en Managua”, Trabajo, (1933): 2, sin firma. Órgano del Partido Comunista de Costa Rica.

342 “Sandino en Managua”, Trabajo, (1933): 2, sin firma. Órgano del Partido Comunista de Costa Rica. Las cursivas son del original.

La Internacional Comunista no solo no configuró Partido Comunista alguno en Nicaragua, sino que fue incapaz de impulsar hasta sus últimas consecuencias el movimiento nacional liberador del General Sandino. La estrechez de miras políticas, que oscilaba entre dos signos: positivo y negativo, según se declarara o no proletario y comunista, al margen del significado histórico internacional de esa lucha, en particular para los países coloniales y semicoloniales, les impidió configurar una estrategia clara y positiva, luego de que sus intentos marcadamente sectarios habían fracasado en lograr la conversión del patriota nicaragüense.

La importancia del movimiento sandinista no fue vista únicamente como un movimiento orientado a rescatar un pueblo del dominio imperialista, ejemplo de indudable significado para el resto del mundo colonial y semicolonial. Privó en mucho también la expectativa de una confrontación angloamericana, que por entonces se señalaba como casi segura, en virtud de diversos conflictos entre Inglaterra y los Estados Unidos que, junto con otras potencias europeas, se disputaban los mercados y la influencia en toda la América Latina.

Externamente el abandono a Sandino y su denuncia como traidor, originaron la soledad política internacional que tanto pesaba en su ánimo, según vimos en su carta a Alemán Bolaños ya citada. Y a nivel interno determinaron al final su imprudente política, que conduciría a su muerte, gestada no solo de su carácter personal sino por las condiciones tan particularmente difíciles en que se vio colocado, ante la ausencia de un eficaz, serio y profundo trabajo político entre soldados y pobladores de las zonas por él controladas. Todas estas circunstancias facilitaron el golpe mortal de Anastasio Somoza no solo contra el guerrillero de Las Segovias, vilmente asesinado por aquél, sino contra todo su movimiento insurreccional.

Liquidado, al menos parcialmente, el movimiento sandinista, las batallas posteriores que se dieron no eran un renacer de la lucha nacional liberadora, sino combates de retaguardia. Somoza había logrado instalarse por el crimen, el terror y la corrupción. Hubo que esperar hasta bien entrada la década del 50 para que se reavivara seria y organizadamente la lucha contra la tiranía. Todo lo cual significa que la estrate-

gia y táctica de la Internacional Comunista, trazada a partir de esquemas incapaces de retener los momentos esenciales de la lucha nacional liberadora, constituyeron un factor importante en el fracaso temporal y prolongado de las luchas contra el dominio norteamericano de Nicaragua y la tiranía somocista.

Lo que hace más grave este fracaso, tanto como el que se sufrió en El Salvador en 1932, que retrasó todo cambio democrático profundo en más de cuatro décadas, es que el mismo se produjo cuando ya se tenía en el debe de la Internacional la experiencia revolucionaria de China.

La circunstancia nada casual de que la presencia de la Internacional se plasmara a través de la Liga Antiimperialista en Nicaragua, nos habla del carácter real de la lucha sandinista. La salida de las tropas norteamericanas no modificaba en absoluto ese carácter, sino tan solo la forma de la intervención y dominación imperialistas.

En esas condiciones, toda la rica experiencia del período kuomintanista de la revolución china, hasta la llamada traición de Chiang Kai Shek en 1927, la Internacional Comunista fue incapaz de racionalizar y transmitirla eficazmente en Nicaragua. Su esfuerzo se limitó a repetir la orientación seguida en China de *educar* al líder. Fracasado el intento, el castillo levantado se derrumbó con muchísima más facilidad que como se había construido. De otra parte, esto demuestra que los errores cometidos no fueron personales de los delegados de la Internacional. Fueron errores de línea política que es la que, una vez más, resulta diciéndolo todo en un proceso revolucionario. Con ello fue imposible aplicar eficazmente en Nicaragua la política de Frente Único, a partir del momento en que se exigió de un movimiento nacional-revolucionario una definición proletario-comunista, imposible de darse en las condiciones existentes en la Nicaragua de entonces.

Por ello, la verdadera contribución de la Internacional a la lucha sandinista fue la propiamente propagandística, que divulgó por todos los confines del mundo las acciones indudablemente audaces, heroicas y de gran significado político, de Augusto César Sandino. La pequeña Nicaragua ocupó un lugar destacado en la atención de la intelectualidad, influida por el mo-

vimiento comunista o, en el caso de América, por el aprismo. Pero esta contribución, sin duda alguna uno de los pilares de la lucha contra la presencia norteamericana en Nicaragua, fue opacada después por la campaña desatada por la Internacional para destruir la imagen del General Sandino que ellos mismos habían ayudado a forjar, cimentada en la valiente acción militar y política del nicaragüense. Sin embargo, cabría agregar que si bien la figura de Sandino quedó como una bandera de lucha contra la tiranía de los Somoza y se constituyó en historia, leyenda y épica de todo un pueblo con proyecciones continentales, eso se debió más que todo a hechos propios que otros contribuyeron a divulgar y difundir. Sandino jugó el papel que le correspondía jugar y llegó mucho más allá de los límites que su formación y las condiciones le imponían. La Comintern no. Porque a pesar de que haber sido responsable de un error histórico fundamental, debido a su incapacidad de desentrañar la dura realidad colonial y semicolonial de estos pueblos, pese a haber puesto hombres en condiciones excelentes a representarla, la Internacional Comunista trató de borrar inicua e ignominiosamente los hechos de Sandino. El calificarlo de “traidor” de hecho significaba quitarle al pueblo nicaragüense la mística y el impulso regenerador que estimularía su recuerdo a partir de entonces y a pesar de las infamantes calumnias lanzadas contra el héroe de Las Segovias. Con ello no solo faltaba la Comintern a las obligaciones políticas e históricas de aquel momento que decía asumir sino que enajenaba por décadas e injustificadamente en manos de su reconocido adversario —el imperialismo—, el futuro revolucionario del pueblo nicaragüense.



# Artículos periodísticos





# La política como ciencia

*La República*, 20 enero, 1970

Tradicionalmente se ha considerado la política como un arte, en el cual los participantes utilizan los más diversos recursos para alcanzar sus fines: calumnias, promesas falsas, alianzas insinceras, traiciones, etc.

Con la aparición de los medios de propaganda en masa, esa tendencia se ha acentuado a grado extremo. Y si se suma a ello la condición de comunidad política atrasada, que ostentan como condición esencial más de las dos terceras partes de la población mundial, se explica que hasta hace poco tiempo, ese “arte” de hacer política diera pingües resultados.

Sin embargo, la estructuración tradicional de nuestras sociedades se ha visto conmovida hasta sus cimientos, y ha entrado en una crisis profunda que se orienta a lo que algunos han dado en llamar, de manera imprecisa, una modernización creciente. Esta situación ha modificado las coordenadas de referencia y ha hecho entrar en crisis las formas tradicionales de hacer política.

Claro que lo que sucede es que estamos en una transformación revolucionaria mundial, única e indivisible, en la cual los países llamados subdesarrollados buscan desesperadamente su propio derrotero, su propia personalidad nacional e histórica. No bastan ya simples recursos verbales o meras acciones demagógicas, que utilicen la psicología de masas o el irracionalismo político.

La modificación de las estructuras tradicionales es un hecho objetivo. Y el mismo se produce, para nuestras sociedades, en condiciones completamente diversas a las predominantes en los períodos clásicos estudiados en la historia económica.

Consecuentemente, el estudio de los modelos existentes en modo alguno puede concebirse como una

traslación mecánica de experiencias extrañas, que obedecen en su gestación y desarrollo, a condiciones radicalmente diversas a las nuestras. Ni tampoco, como pretenden algunos que quieren parecer flexibles, haciendo modificaciones casuísticas que no se originan en un estudio socio-económico e histórico serio, sino cuando más, en una mera comprobación empírica, fenoménica y superficial, que hace todavía más perjudicial la importación del modelo de que se trate.

No basta con proclamar que la política es una ciencia. No basta con aprender de memoria fórmulas y modelos, necesariamente abstractos y parciales. No. Para que una ciencia sea tal, es necesario que viva y se recree cada día en la investigación, en el desentrañamiento profundo y verdadero de lo concreto, para facilitar al hombre el dominio consciente del mundo en que vive. Es necesario dudar fundadamente de lo viejo y de lo nuevo, en extensión y profundidad, no por la duda misma, sino para poder advenir a lo futuro y proyectar con ello el quehacer humano.

Porque si las leyes, principios y categorías que la ciencia precisa y define, llegan a admitirse como un todo invariable, estructurado de una vez para siempre, sin posibilidad de desarrollo y delimitación posteriores, se pierde el sentido heurístico de los postulados y se convierte el instrumental teórico en un fin-en-sí, al cual solo cabe ilustrar en una mera comprobación existencial, a veces erudita y a veces indigna, pero siempre dogmática y estéril.

La modificación operada en los países del tercer mundo, tanto en sus estructuras tradicionales como en su conciencia histórica, junto con las perspectivas de un eventual desarrollo económico y cultural independiente, exige, particularmente de las dirigencias políticas orientadas al cambio social, una concepción científica de su quehacer político, ajustada por ello

estrictamente a la realidad histórica del medio concreto de que se trate. Y una nueva actitud frente a las perspectivas de desarrollo, que no puede seguir rutas ya definitivamente cerradas a los hombres y sociedades de los últimos 30 años del siglo XX.

Si la esencia de los procesos y los fenómenos se nos diera directamente, y no a través de mediaciones que, al mismo tiempo, la muestran y ocultan, no habría necesidad de ciencia. Esta surge de la necesidad de desentrañar esa huidiza y verdadera realidad que se esconde tras el mundo fenoménico en que nos desenvolvemos.

Muchos supuestos “científicos de la política”, confunden ese mundo fenoménico con la realidad verdadera, y hacen caprichosas elucubraciones por el procedimiento de sumar arbitrariamente manifestaciones superficiales que se insertan por arte de birlibirloque, en esquemas preconcebidos y generales. Lo que no cabe en los mismos, se elimina; y se suprime con ello, la posibilidad de un quehacer científico. La erudición y la buena fe separará el resultado: o una utopía hermosa, pero utopía al fin; o un charlatanismo declarado. Y en ambos casos, la más completa frustración política.

Los modelos y los esquemas constituyen, junto con las categorías, leyes y principios adquiridos por las ciencias, un antecedente básico que indispensablemente debe conocerse a fondo. Pero su condición de aproximaciones parciales a la realidad y su validez históricamente condicionada, debe estar presente siempre al momento de utilizar los mismos. De lo contrario, nos veremos ante el caso usual de ciertos sedicentes científicos políticos, que para hacer prevalecer su esquemita, cómodo y en muchos sentidos obsoleto, adaptan no a este, como correspondería a quien obra con seriedad, sino a la realidad, que reducen a las necesidades de aquel. Versión moderna del lecho de Procusto o, para adaptarse a los niveles de ciertos políticos, del zapatito de Cenicienta y las hermanas.

Pasar de la abstracción a lo concreto. Del empirismo y la casuística, a la ciencia y el accionar fundado. Del caos incomprensible de acontecimientos y crisis, a una conciencia histórica lúcida. He ahí nuestra tarea actual.

# La crisis de los partidos políticos

*La Opinión*, I y II quincena agosto, 1970

El último número de *La Opinión* se dedica, en buena parte, a la publicación de artículos provenientes de las más diversas laderas. Pese a ello, todos coinciden en un hecho básico y fundamental: los partidos políticos tradicionales en Costa Rica, y hasta algunos nuevos, pasan por una profunda crisis.

Notoriamente no basta hacer reuniones y poner candidatos. No basta un cambio de caras, ni una nueva enumeración de buenos propósitos para la patria y el pueblo, para tener por fundado y operante un nuevo movimiento político.

Muchos de esos partidos, murieron al nacer, y otros han muerto durante el embarazo.

La superficialidad en el planteamiento de las cuestiones políticas nacionales que se han reducido a una intriga personalista; la omisión de los problemas básicos que se presentan al país, para lograr un desarrollo económico integral e independiente que se disimulan en una crítica que oscila desde una estructura que se desconoce en toda la extensión hasta cuestiones formales que carecen de toda importancia, ha determinado esa crisis.

Los partidos políticos en Costa Rica han demostrado ser incapaces de entender los verdaderos problemas nacionales y consecuentemente no han podido presentar soluciones reales a esos problemas.

Hablar de cambio de estructuras, de reforma agraria profunda, radical y verdadera, de mejoramiento de las clases marginadas, etc., es un tópico corriente y de moda. Pero lo que la sociedad costarricense está pidiendo es una respuesta concreta y seria, basada en un conocimiento exacto de la realidad nacional, a los problemas que nuestro subdesarrollo presenta.

La generalidad del concepto reforma agraria, o del propósito de cambiar las estructuras, no podrá ser palanca motora de una verdadera movilización popular, hasta tanto no se acompañe con un análisis de detalle de la estructura de poder en el país, de la correlación real de fuerzas sociales en el interior, y de las posibilidades de rompimiento de la dependencia nacional con las estructuras económicas internacionales que nos agotan y paralizan.

A raíz del proceso integracionista y de la avalancha de inversiones extranjeras con membrete nacional que ha desbordado nuestra producción tradicional han aparecido nuevas fuerzas sociales con necesidades políticas y económicas de diverso tipo, que no pueden seguir siendo afrontadas con las categorías y métodos propios de las pasadas décadas.

Frente a los peligros que se abren a nuestra nacionalidad, pronta a ser absorbida por la penetración de los grandes conglomerados económicos internacionales, y por la deformación cultural que padecemos, los partidos políticos viejos, nuevos y en gestación, se han quedado cortos en sus planteamientos.

Porque no se necesita aquí más radicalismo que el que exige la realidad misma. Y esa realidad impone el hecho incuestionable de que el radicalismo político en Costa Rica no es de ninguna manera verbal, o simple aplicación de dogmas nacidos en cepas agotadas. El radicalismo, aquí y ahora, es el planteamiento de los problemas específicos, actuales de Costa Rica, en la raíz que señala el conocimiento científico de los mismos.

Para eso, es necesario desentrañar nuestra realidad, aplicando a ella una metodología justa y estricta. Pero jamás podrá ser tal cosa posible, si la realidad

se supedita a los conceptos preestablecidos, o se carece de conceptos científicos previos, que ayuden como instrumental teórico al desentrañamiento de esa realidad.

La realidad social y política de Costa Rica exige un nuevo movimiento político. No electorerista. No verbal ni dogmático. No personal ni de superficie, sino de garra, de arraigo en la realidad, científico y fundado en el conocimiento estricto de nuestra nacionalidad e idiosincrasia, dirigido por hombres que sean una garantía de honestidad y lealtad al servicio del pueblo.

# Por una patria nueva, por una nueva democracia

*Universidad* n.º 36, 13 de setiembre, 1971

Al cumplirse 150 años del rompimiento del dominio colonial español, nuestro país padece una profunda crisis que abarca no solo sus aspectos institucionales, sino también la esencia misma de la nacionalidad costarricense.

Estamos en presencia de una crisis total de nuestra democracia liberal tradicional, y de nuestra nacionalidad.

Por lo que hace a la primera, desde su origen expresó un doble límite: de una parte los marcos estrechos de una democracia burguesa de tipo parlamentario, fuera de lo cual no se permitía ningún tipo de desarrollo; y de otro, los marcos de hierro de una estructura económico-social subdesarrollada y dependiente.

La estructura productiva creada en el país, primero con el tabaco y la caña de azúcar; y más tarde, a partir de 1840, con el café, facilitó la realización en nuestro país de una revolución democrático-burguesa típica. Pero solo a nivel de la superestructura social y política. No así a nivel de la infraestructura, que adoptó las deformaciones propias de un capitalismo dependiente, subdesarrollado, monocultivista y con importantes partes de su territorio bajo dominio de un capital extranjero, propulsor de una economía de enclave típica: la producción bananera.

Esto ha imprimido ciertas características a la evolución histórica nacional, que ha generado todo tipo de ilusiones y frustraciones a los más diversos movimientos políticos. Pero marca, a un tiempo, la herencia que hay que recibir y desarrollar por las generaciones actuales, y la que hay que rechazar sin reticencias de ninguna naturaleza.

A quienes quieren presentar a nuestro país como una especie de Suiza Centroamericana, hay que con-

tarles lo que ya decía Omar Dengo en los años 30: que ese es un cuento para adormecer adolescentes en los salones de té. Nosotros tenemos una serie de características positivas que no podemos negar. Pero estamos en un momento crucial de nuestra historia, que exige su desarrollo pleno, o la pérdida definitiva de las mismas.

Y es que el proceso integracionista implica a escala nacional, la absorción de nuestro país y la corriente histórica particular que le ha permitido un desarrollo original, en un contexto de desarrollo social y político más amplio que es la zona del Caribe y de Centroamérica en general.

Que han existido en Centroamérica dos corrientes no solo distintas sino antagónicas, lo muestra el análisis de nuestros fenómenos políticos más importantes, desde la independencia a nuestros días.

Nuestros liberales independentistas estaban contra la unión de Centroamérica. Los liberales centroamericanos, luchaban con las armas en la mano por esa unidad. Los conservadores del istmo pugnaban por romper la Federación, mientras que los conservadores criollos ponían sus esperanzas en esa unión que nació desintegrada.

Es en esta trampa histórica que caerá Morazán y también que caerá Carrillo, pero es en una trampa histórica similar, aunque en un contexto completamente diferente, que el gobierno de Arévalo, que llevaba ya a Arbenz en su seno, ayudará a Figueres contra Pardo, Calderón y Mora, en 1948.

Hoy la cuestión se plantea en términos completamente diferentes: porque lo que está en juego es un proceso acelerado de integración económica bajo la égida de grandes consorcios internacionales, que no

se detendrán en promover lo que esté a su alcance para unificar la política del istmo. No tanto a través de un gobierno único —hay demasiadas tensiones externas entre ello—, como a través de una égida externa que cree un coto cerrado de acción económica y política, seguro, tranquilo y productivo.

La democracia burguesa ha mostrado a lo largo de estos años, su incapacidad para resolver, bajo el dominio del grupo agro-exportador tradicional y el sector mercantil-importador, los graves problemas del subdesarrollo y la dependencia. Ellos son hijos legítimos de unas relaciones internacionales determinadas, que configuraron a nuestro país como periférico y dependiente. Pensar que quienes nacieron al amparo de esas relaciones, van a impulsar el movimiento necesario para romperlas es una ilusión sin justificativo alguno.

Poner las esperanzas de superar el atraso y la dependencia, con el desarrollo deforme de las fuerzas productivas que origina una industrialización como la acaecida al socaire de la Integración, es olvidar que el fruto principal de esta ha sido la aparición de un sector gerencial a sueldo directo del enemigo histórico de nuestro pueblo, el cual pugna por liquidar los aspectos democráticos de nuestras instituciones —en aras de una eficacia y apoliticidad de tipo neofacista—, y por atar aún más a nuestra economía y nacionalidad a las esferas de decisión de la metrópoli de donde vienen las casas matrices que le pagan su salario.

Si a esto se suma la integración que se gesta bajo cuerda con los grandes conglomerados norteamericanos, que se reservan esferas de decisión económica fundamentales, para que un país pueda hablar de soberanía —producción, orientación del desarrollo, política comercial y financiera de la empresa, etc.—, podemos comprobar que es cierto nuestro aserto de que no solo la democracia burguesa tradicional ha entrado en una aguda crisis, sino que también está en juego nuestra nacionalidad.

Si el bloque tradicional de fuerzas en el poder —esto es: los grupos agro-exportadores y mercantil importadores—, históricamente es culpable de nuestro subdesarrollo y dependencia, la incorporación de un nuevo socio mayoritario y más enérgico, el gerencial

integracionista, no solo no resolverá el problema crucial de nuestro pueblo, sino que lo profundizará y hará más agudo.

No es posible encontrar una alternativa dentro de la democracia burguesa tradicional, que ha garantizado justamente el predominio indiscutido del bloque tradicional en el poder.

La base de esa democracia liberal está siendo socavada por unos y por otros, y solo es cuestión de tiempo para que llegue a su crisis final. Paso a paso nos encaminamos a una desviación derechista, a una dictadura —con constitución o sin ella, con golpe de estado o sin él—, por la sencilla razón de que no es posible, dentro de los marcos existentes, así como están, sustentar ni frenar un proceso sostenido de cambio y progreso. Y la desviación será a la derecha, porque en la actualidad no hay fuerza de izquierda capaz de sustentar ningún tipo de alternativa real.

La única alternativa consiste en una apertura democrática de nuevo tipo, no orientada a un planteamiento electorerista simple, sino a una concepción clasista fundamental, que permita consolidar en la acción política un nuevo bloque de fuerzas sociales que se orienten al poder. Al poder para conquistar una nueva democracia. Una nueva democracia para una apertura no capitalista de desarrollo de nuestra sociedad. No está pendiente la construcción del socialismo. No existen bases materiales, sociales ni políticas indispensables para ello. En consecuencia, no es posible plantearse seriamente la posibilidad de una democracia socialista.

Ni democracia burguesa, ni democracia socialista. Una nueva democracia, como forma política y económica de integrar en una acción revolucionaria nacional, a todo un pueblo en marcha por su liberación. No es la hora de entonar loas a la patria. Porque estamos en una Patria que se nos va, porque nos la llevan y nos la quitan.

No es el momento de celebrar el nacimiento de nuestra nacionalidad, como algo hecho y perenne, sino de batir campanas a rebato porque la estamos perdiendo, y la estamos dejando perder.

Pero cuidado. Que la ira que inflame nuestros corazones ante tanta injusticia y vejamen, no debe llenar de odio ni amargura nuestras entrañas. Debe fortalecer nuestro espíritu para el combate que se debe dar cada día y para mantener intacto el mensaje humano y tierno de nuestros abuelos y nuestra nacionalidad. Debe llenarnos de fe y optimismo en el futuro y hacernos palpar alegres en la construcción de la Patria Nueva.

Es el momento de las grandes decisiones y de las pequeñas y cotidianas acciones. Es un momento de regeneración nacional plena y completa, o de su degeneración total. Omar Dengo llamaba no al Juan Santamaría que alzara la tea, sino al Juanito Mora que llamara a la conciencia del pueblo. Porque no es un camino de pétalos de rosa el que espera a nuestra nacionalidad, debemos “aprender a ser duros pero sin dejar de ser tiernos”.





# Las consignas no son una moda

*Universidad* n.º 41, 18 de octubre, 1971

Hace algún tiempo, consideramos conveniente plantear abiertamente en una mesa redonda, la necesidad de que quienes pretendían dirigir al pueblo, hablar en su nombre y pedirle sus votos, tuvieran un conocimiento mínimo, pero científico dentro de esos márgenes, de la realidad nacional.

Parecía lógico y sencillo proponerlo así. No es posible, decíamos entonces, pretender actuar en un proceso económico social, buscando revolucionarlo, sin conocerlo en su legalidad propia, sin dilucidar sus leyes internas.

Por ello, propusimos como tarea inmediata de las jóvenes generaciones que querían romper las estructuras y cambiarlas, el sustituir la frase general, el calco dogmático de modelos y experiencias ajenas, por un estudio sistemático de las realidades nacionales y volver los ojos de las etéreas elucubraciones, en unos casos; de horizontes ajenos en otros; y de los libros la inmediatez tiranizante en la mayoría, para adentrarnos en la hermosa, aunque nada fácil tarea de estudiar los problemas del país.

La idea no tuvo una suerte particular.

Porque inicialmente recibió la gélida reacción de quienes tenían la obligación de haberlo planteado de primeros, así como de los que querían dominar el proceso, sin haberse planteado siquiera en qué consistía.

Pero a punto y seguido, todo cambió. Y conocer la realidad nacional se convirtió virtualmente en una obligación de la que todo el mundo hablaba.

Solo que seriamente nadie –con contadas excepciones– se dedicó a practicar lo que se recomendaba. Y

la realidad nacional siguió tan, pero tan virgen, que más de una enrojeció en el cielo.

Hubo que retirar la propuesta, porque de tanto repetirse ya estaba gastada. La tarea, sin embargo, quedó pendiente y todavía lo está.

Después de plantearnos una y otra vez, la cuestión de la forma político-económica que correspondía a la evolución de nuestro país, llegamos a la conclusión de que no podía hablarse seriamente de ir al socialismo, con un partido de clase, como proponían algunos amigos estimables nuestros. El desarrollo de las fuerzas productivas, la composición social del país, y tantos otros factores decisivos en cuestiones como estas, impedían hacerlo así. Pero tampoco era posible proponerse el simple apuntalamiento de la democracia burguesa liberal, en circunstancias como las que vive el país, en que el militarismo y los procesos de integración minan las bases de esa democracia tradicional de nuestro país.

Ocurrió lo mismo, solo que en forma más grave.

Cuando hablamos de *Nueva Democracia* o de *Estado de Democracia Nacional*, para situar la alternativa que correspondía en nuestro país, la reacción fue de denigrar a quienes postulábamos tal cosa. Confusionistas, revisionistas, centristas, etc., fueron los términos para quienes plantábamos esta nueva alternativa. Dichosamente, los guardadores de los estandartes de la pureza de la revolución y el socialismo, fueron numerosos y todo auguraba un interesante debate político, cuyo beneficiario serían los sectores populares, que verían esclarecidas las metas de su revolución.

Pero no. De nuevo, por una especie de arte de birli-birloque, todo se convirtió en un contrario: los estan-

dartes rojos se pusieron un más allá, y los “posiblemente rosados” de la nueva democracia, un mucho más acá. A un extremo tal, que casi llegamos a pensar en lo difícil que es estar en desacuerdo en un país como Costa Rica, donde bastan un par de tragos, para que todo el mundo se convierta en socialista de pura cepa.

Claro que no se trata de una cuestión tan sencilla. Tanto el problema de conocer la realidad nacional, como el de la Nueva Democracia como consignas de trabajo y lucha, no son cuestión de moda. No basta decir que estamos por conocer la Realidad Nacional, analizarla, para actuar conforme a ella. No es suficiente hablar de que el camino es una Nueva Democracia que nos abra el paso al socialismo.

Es preciso asir esos conceptos y traducirlos a la vida nacional en formas organizativas y políticas nuevas, auténticamente nuevas, que respondan en realidad a las condiciones verdaderas de nuestra nacionalidad. Que se conviertan en un concepto operante y no en una frase vacía orientada a cazar votos y trabajo ajeno, porque como dice nuestro pueblo, el tamal no está en las hojas. Y los costarricenses ya no quieren tanto palabras como hechos.

No debemos convertir lo que es el principio del camino, en meta final ya alcanzada. Lo que es postulado teórico a esclarecer, en la práctica, en dogma o frase hueca.

O como dice alguien por ahí, no debemos confundir que una cosa es hablar, y otra pensar. Y otra, muy distinta, hacer.

Hablemos, pensemos y hagamos. Pero no para vaciar de contenido las consignas, y hacerlas huecas, sino para vivificarlas en los procesos políticos y sociales reales del país.

El estudio de la realidad nacional y el concepto de Nueva Democracia, no son una moda. Son un problema de praxis y teoría revolucionaria.

Polémica con el Dr. Álvaro Montero Mejía  
En *Semanario Universidad*



# Todos los partidos son de clase

*Universidad*, 25 de octubre, 1971

## A propósito de modas y consignas

Dr. Álvaro Montero Mejía

El estimable profesor Lic. Rodolfo Cerdas Cruz, publicó en el número anterior de este periódico, un artículo llamado “las consignas no son una moda”.

Pocas veces, diría yo, se abre de modo más claro y frente a problemas concretos la necesidad de discutir asuntos que afectan de manera tan directa, no la política en el sentido tradicional, sino la política tal y como la entendemos los socialistas. Porque sigo pensando, que sea cual fuere el tono o el lenguaje usado para tratar ciertos asuntos, el Lic. Cerdas es socialista y que utiliza el marxismoleninismo como la base de su análisis. No digo esto con el afán de que nos cubramos bajo el ala protectora de alguna prestigiosa ideología. Pienso simplemente que hablar claro y saber si utilizamos un terreno común, al menos desde el punto de vista del método, va a servirnos para plantearnos los fenómenos sociales de tal manera que a fuerza de ahondar en ellos llegaremos, a la larga o la corta, a las mismas conclusiones.

Un error cometería también si considerase esta discusión como puramente académica, ya lo dije antes, ella tiene sentido en tanto nos sirva como medio de aclarar los problemas prácticos. Hablamos pues, el Lic. Cerdas como miembro o promotor del Grupo Faena Nacional Revolucionario, yo, en mi calidad de miembro del Comité Central del Movimiento Socialista Costarricense.

Parte del artículo del Lic. Cerdas, se dirige sin duda al Partido Vanguardia Popular, parte al Movimiento Socialista Costarricense o a su sector universitario

(JUS), parte de otros grupos progresistas. Lo importante es que está dirigido a la izquierda y así poniendo en tiempo futuro las palabras del autor “todo augura un interesante debate político, cuyo beneficiario serán los sectores populares, que verán esclarecidas las metas de su revolución”.

En primer lugar, ¿qué queremos? Parece que en esto el consenso es general: hacer la revolución, alcanzar el socialismo. Esa es la meta, el objetivo final de nuestra acción cotidiana. Los problemas surgen cuando se trata de ponernos de acuerdo en él ¿cómo lograrlo?

Es indiscutible que realizar una tarea tan grande, exige como lo afirma el Lic. Cerdas, un estudio sistemático, científico de la realidad nacional. No basta entonces plantearse las metas de largo plazo, los objetivos finales y quedarnos tan tranquilos, no basta tampoco, óigase bien, plantearse metas de corto plazo, las metas intermedias que debemos cumplir en el desarrollo del proceso revolucionario, y quedarnos igualmente satisfechos sin aclarar adónde vamos y qué queremos.

Durante muchos años, el movimiento revolucionario costarricense estuvo dirigido, orientado, totalmente dominado por el Partido Vanguardia Popular. Sería necio insistir en la deuda que el pueblo costarricense tiene con ese movimiento político. Sin embargo, para muchos de nosotros, no fue esa organización sino la Revolución Cubana, la que vino a colocarnos en la ruta revolucionaria y en la alternativa de estudiar y poseer la teoría que la acompaña.

Si para muchos de nosotros fue Cuba y no el Partido Vanguardia Popular quien nos llevó a la revolución, para un inmenso número de jóvenes hoy, son también factores ajenos a la acción de ese partido quienes

los colocan del lado del socialismo. Por esta razón nosotros y otras nuevas generaciones de socialistas estamos totalmente liberados de complejos frente al Partido Vanguardia Popular y así vivimos pensando y actuando frente a la alternativa histórica de aplicar la teoría revolucionaria sin el temor de incurrir en “calcos dogmáticos” o influencias de “experiencias ajenas”. Nuestra propia experiencia, que no es otra que nuestra práctica, (y no se nos vaya a acusar de espontaneístas pues no concebimos una práctica que no vaya íntimamente ligada al análisis teórico) nos dice que la construcción del socialismo es la meta, el objetivo al cual debe conducir la formación política, la organización y sus tácticas de lucha. Esa es la perspectiva que pierde completamente el Lic. Cerdas. Claro está que no se trata del *socialismo para mañana* y es penoso insistir en una cosa que debería estar clara hace mucho tiempo sobre todo cuando por puro afán propagandístico se nos ha querido presentar, a los socialistas costarricenses e incluso a otros grupos de izquierda, como ingenuos pregoneros de un socialismo a la vuelta de la esquina.

Es precisamente el desarrollo de nuestras fuerzas productivas el elemento que exige la liquidación de las actuales relaciones de producción capitalistas, relaciones de producción que se dan en el seno de una estructura capitalista dependiente y atrasada y su sustitución por una nueva organización económica que no sea freno, como las actuales, sino estímulo real al desarrollo.

Esta nueva organización económica será, necesariamente, una *sociedad de tránsito*, ya que ningún tipo de relación de producción capitalista, por novedosa que sea, podrá liquidar en nuestros pueblos el entramiento producido por el control y la dependencia del capitalismo en su forma imperialista. Brevemente, una vía no capitalista del desarrollo es solo posible *como tránsito hacia la instauración definitiva de relaciones de producción socialistas*. Si no es entonces una nueva democracia, por emplear un término caro al Lic. Cerdas, que abra la vía del socialismo, nos estamos quedando con unas frases vacías, con consignas huecas desprovistas de todo contenido. Con Militarismo o sin él, con Integración o sin ella, la democracia liberal burguesa está históricamente imposibilitada de cumplir la tarea del desarrollo.

Desde luego, estas dos circunstancias nos obligan a observar con detenimiento los cambios operados en nuestra estructura de clases sin que las tareas de organización de un partido de clase, se vean interrumpidas por la ilusión que nos haga descubrir esos cambios ocurridos en el seno de la burguesía. Antes que eso es necesario medir los cambios operados en el pueblo, no solo del proletariado sino también en el seno de nuestra pequeña burguesía urbana. Hay que traducir política y organizativamente el salto cualitativo de la conciencia de los estudiantes, la manifiesta disposición de los auténticos cristianos de utilizar el marxismo como base del análisis social y de la lucha social. La crisis de las organizaciones políticas tradicionales y el avance hacia posiciones cada vez más nacionalistas y antimperialistas de otras fuerzas importantes de la pequeña burguesía asalariada y por qué no, la encrucijada en que se encuentran sectores importantes de la burguesía tradicional agroexploadora, encrucijada de su bolsillo, no puede ser tampoco mal vista por las organizaciones populares. En fin, el avance del militarismo y la creciente agresividad de los sectores de la burguesía mercantil ligada directamente al imperialismo en calidad de pseudoindustriales, deber servir también para medir nuestras fuerzas y no dejarnos marear ni por el “guerrillerismo” ni por la “legalidad a todo precio”.

Si la pequeña burguesía tiene su papel, su importante papel en esta etapa, sería oportunista, confusionista o simplemente contrarrevolucionario ignorar el papel de la clase trabajadora, la necesidad de organizarla dentro de su propia perspectiva de clase. Ahora bien, es el deber de las organizaciones revolucionarias hacer que la pequeña burguesía e incluso ciertos sectores de la burguesía nacional, jueguen bien su papel. Pensamos además que es posible que numerosos representantes de las clases pequeño-burguesas, sus representantes más avanzados, nacionalistas y antimperialistas, pasen paulatinamente a las filas de la clase trabajadora, se integren a sus luchas y a su ideología. No podemos olvidar de paso la posibilidad de coordinar esfuerzos a través de frente policlasistas cuando ellos puedan servir para ampliar la perspectiva y los objetivos de lucha popular.

En este tipo de frentes, los trabajadores participan con sus organizaciones sin confundir su perspecti-



va revolucionaria con las alternativas necesariamente más limitadas de los otros grupos.

Nadie debe llamarse a engaño, el Lic. Cerdas debe recordar que en cualquier circunstancia “hay que ir”, “con un partido de clase” porque todos los partidos son de clase.



# Respuesta al Movimiento Socialista, a la JUS y al Dr. Montero

*Universidad*, 1 de noviembre, 1971

Lic. Rodolfo Cerdas C.

## A manera de explicación

A propósito de un artículo suscrito en que señalaba la particularidad del quehacer político en Costa Rica, consistente en tomar las consignas que parecen atractivas y convertirlas en frases o slogans carentes de contenido, el Dr. Álvaro Montero, no contento en hablar él a nombre del Comité Central del Movimiento Socialista y de la J.U.S. (Juventud Universitaria Socialista), me contesta en mi condición de miembro del Frente Revolucionario Nacional y, ¡oh, cosas de la vida! de la organización estudiantil FAE-NA (Frente Amplio Estudiantil Nacional).

Lo interesante de todo esto es que don Álvaro llama en socorro suyo a organizaciones a quienes el artículo no tenía en mente. Este, concretamente, se dirigía al grupo del que es vocero don Álvaro. La mención al Partido Vanguardia Popular que él hace, y su aclaración de ausencia de complejos frente a este, no venía propiamente al caso. Ahí se está en una situación distinta. Hay que reconocer que Vanguardia Popular no ha criticado el concepto de *nueva democracia* primero, para tratar —aunque sin comprenderlo y vaciándolo de contenido—, de adueñarse de él después. Por otra parte, nadie discute que con los hombres que fundaron ese movimiento político, que transformaron socialmente al país en los años 40, que conmovieron al Caribe en el 34, y dieron su sangre en los campos de batalla y las persecuciones del 48, todo hombre honesto tiene una deuda. Para unos, como es el caso del Dr. Montero, porque lo conocen de oídas. Para otros, como es mi caso personal, porque lo vivimos en carne propia. Pero eso no quiere decir sino que su

responsabilidad histórica es algo que adquiere particular gravedad, y requiere ser tratado, en sus aciertos y errores, con toda profundidad, altura y objetividad. Por lo demás, el Dr. Montero y el movimiento socialista y la juventud socialista por los que él habla, pueden seguir todo lo agradecidos que quieran con el partido Vanguardia Popular. Eso no nos desvelará a nosotros, como podría ser si tuviéramos, por ejemplo, preocupaciones electorales inmediatas. Por tanto, es esta una discusión entre don Álvaro, con la amplia representación que le ha dado su Comité Central, y el que esto escribe, que apenas pertenece a un movimiento en formación, que considera presuntuoso hablar a estas alturas de Comité Central. Con esa diferencia jerárquica, permítaseme contestar al Dr. Montero.

## ¿De qué discute el Dr. Montero?

Con su salida a la prensa, el Dr. Montero nos ha invitado a un ineludible debate político que, tiene razón, no debemos soslayar más. Su ventaja consistirá en que van a tener que precisarse y aclararse posiciones, que si bien fueron antes objeto de discusión verbal, han sufrido evidentemente algunas pequeñas, pero importantes modificaciones.

Y como no quiero combatir contra molinos de viento refutando criterios superados de don Álvaro, o criterios nuevos en moldes viejos; ni quiero faltar al precepto cristiano —que estoy seguro el padre Mora, compañero de don Álvaro comparte—, de no hacer con los demás lo que no me gusta hagan conmigo: no quiero tampoco por vía de interpretación errónea poner al Dr. Montero, a decir cosas que él no ha dicho. Pecado que —perdóneseme el giro teológico del

asunto—, lamentablemente ha cometido don Álvaro en mi caso, al atribuir inconsideradamente el prescindir de la última finalidad socialista del movimiento revolucionario, lo cual, además de no ser cierto, implica la más plena y absoluta incompreensión de la consigna de luchar por una Nueva Democracia, la que, sin embargo, cerró —para feliz aunque pasajera sorpresa—, el editorial de “Opinión”, órgano oficial del movimiento socialista.

Por eso quiero decir algo y hacer algunas preguntas previas a don Álvaro.

### Lo que quiero decir

Para nosotros, la *nueva democracia* es la forma política, de alto contenido económico, que permite superar los marcos de la democracia liberal burguesa, y abrir el camino para un desarrollo no capitalista. Esto, desde luego, en la medida en que las fuerzas sociales que lo impulsen sepan hacerlo, conducirá al socialismo. Pero la lucha por la *nueva democracia*, y por un desarrollo no capitalista de nuestra economía, cubre todo un período de lucha, *fuera* del poder y *desde* el poder. Llevar las masas hasta aquí es la tarea que tiene de frente cualquier político serio. Dejar claramente sentado que queremos una vía no capitalista de desarrollo que conduzca al socialismo, es tarea que impone la educación política de nuestros cuadros, y de nuestro pueblo, pero también las necesidades prácticas de cualquier alianza con la burguesía nacional. Así que puede ahorrarse la molestia don Álvaro de recordarnos lo que ha estado en nuestros planteamientos desde un principio. Cosa que no hemos podido hacer nosotros con respecto a él, porque tardó bastante para admitir la necesidad de luchar por una Nueva Democracia, aunque el contenido de esta no esté muy claro en sus escritos.

Esto, en cuanto a lo que quería decir.

### Lo que don Álvaro debe contestar

Por lo que hace a lo que quería preguntarle a don Álvaro, a efecto de que concrete, se refiere a su afir-

mación de que todo partido es de clase. Porque a punto y seguido nos habla, no de clase obrera sino de clase trabajadora, eufemismo hábilmente acuñado en Costa Rica, principalmente por el Lic. Manuel Mora, en el que se incluye a un sector indiferenciado de gentes que no son, estrictamente hablando en el sentido marxista, clase obrera. En estos tiempos en que un González Martén nos dice que trabajador es todo aquel que labora de algún modo por su subsistencia, y en que se trata de dilucidar qué clase será la que hará la revolución en Costa Rica, aunque usando a los buenos cristianos, a la pequeña burguesía, etc., con lo cual resulta esto un pandemónium del subdesarrollo (para usar una expresión del Lic. Obregón Valverde, miembro del Comité Central del Partido de don Álvaro), resulta imperativo que don Álvaro nos diga: a) Si cuando afirma que su partido es de clase, se está refiriendo a la clase obrera exclusivamente. De lo contrario, ya no sería de clase sino pluriclasista. b) Si es la clase obrera la que debe ser la fuerza motriz de la revolución, así, de entrada, y por tanto debe ser esa y no otra la clase hegemónica, directriz del proceso. c) En qué consisten para él las etapas intermedias, previas que deben cumplirse en Costa Rica, antes del socialismo.

Podría parecer que se trata de cuestiones muy claras, pero puede estar seguro el lector que no lo están.

Aunque don Álvaro gentilmente me concede una puntita de la amplia cobija del marxismo-leninismo, mucho temo que, a diferencia de lo que él espera, nuestras conclusiones no sean las mismas. Porque resulta que esta aplicación creadora del marxismo, que según don Álvaro es patrimonio de esas amplias generaciones de jóvenes que integran su grupo, no se ha visto todavía por ninguna parte. No ha salido ninguna consigna —con sentido, claro está—, que permita intuir siquiera una elaboración creadora —y por ello sujeta a error— de los conocimientos marxista-leninistas del grupo de don Álvaro, y en Costa Rica no podrá existir acuerdo alguno sobre la base de modelos, sino sobre la base del conocimiento, lo más estricto posible de la realidad.

Así, la otra parte del artículo, la de develar la realidad nacional, ha quedado sin respuesta.

Sin embargo, vamos a esperar. No adelantemos acontecimientos. Cuando don Álvaro escribe, nos depara sorpresas. Y quizá en su definición de esas cuestiones planteadas, resulte que sus conceptos incluyen tantas cosas diversas de las que estrictamente era dable esperar, que hasta nos pongamos de acuerdo.

El artículo de don Álvaro nos espetó una gran sentencia: todos los partidos son de clase. Aparte de que el carácter de clase de los partidos, no es ni tan simple ni tan abstracto como lo ha planteado don Álvaro, no nos concretó de cuál clase era el suyo. Pero eso va a depender de si don Álvaro va a ser fiel al marxismo-leninismo como él lo entendía cuando conversábamos, o si, en cuanto tesis de partido, eso se ha modificado.



# La nueva democracia y el socialismo

Universidad, 8 de noviembre, 1971

Álvaro Montero M.

El Lic. Rodolfo Cerdas Cruz ha respondido a nuestro artículo anterior. Mejor dicho hace amago de responder porque a decir verdad, juzguen los lectores, hace a fin de cuentas, pretendiendo ironizar, más acopio de bilis que de ingenio. Viejo estilo, peor argumento, sobre todo ahora en que como él mismo lo afirmaba, interesa a los sectores revolucionarios que se discutan asuntos que pueden resultar trascendentales por su importancia práctica. Pero no, aparte de un intento en cuatro renglones por definir lo que él llama la nueva democracia, del fondo de las cuestiones, como en el cuento de los negritos, no quedó nada, nada, nada.

Comencemos sin embargo reconociendo un error. Cuando leímos el primer artículo del Lic. Cerdas, supusimos que no solo se refería al Movimiento Socialista Costarricense sino también a otros grupos de izquierda. Grave error. El propio Lic. Cerdas nos demuestra cuán torpes fuimos pues “el artículo se dirigía al grupo del cual es vocero Don Álvaro”. Pero en esa oportunidad resulta que el Lic. Cerdas no lo dijo, se dirigió a nosotros sin mencionarnos y enderezó su ataque lleno de imprecisiones sin tener la honradez y el coraje de atacar de frente. Por eso tuvimos que suponer y si erramos el Lic. Cerdas no puede pretender sacar ventaja de ello pues como dicen los abogados: “nadie puede sacar provecho de su propio dolo”. Pero ese error no volveremos a cometerlo: de ahora en adelante tomaremos al Lic. Cerdas por lo que textualmente diga: viejo proverbio: “por la boca muere el pez”. Además, cuando nuestro interlocutor actúe, cuando se decida a hacer algo, tendremos también buen cuidado de tomarlo por sus actos.

La teoría y la experiencia revolucionaria en todo el mundo, demuestran de manera contundente que en esta segunda mitad del siglo XX y en los países llamados del tercer mundo, toda lucha por la democracia, toda lucha contra la dominación, la dependencia y el control imperialista, se convierte objetivamente en una lucha por el socialismo. El socialismo es entonces lo que está planteado, es sencillamente la gran alternativa histórica de todos los pueblos en lucha. Ya en 1917 y antes de la toma de poder, a propósito de una polémica con los mencheviques Lenin advertía sobre el peligro de perder esta perspectiva histórica fundamental, para caer de hecho en una lucha por la revolución burocrático-burguesa. Los que así piensan dicen: *“nosotros no estamos todavía bastante maduros para el socialismo; sería prematuro implantar el régimen socialista, nuestra revolución es una revolución burguesa: hay que ser, por ello, lacayos de la burguesía (a pesar de que hace ya más de ciento veinticinco años, los grandes revolucionarios burgueses de Francia hicieron grande a su revolución implantando un régimen de terror contra todos los opresores, contra los terratenientes capitalistas)”* (Lenin). ¿Coincidencia? El Lic. Cerdas no pregona desde luego la revolución burguesa, así, la palabra, pero su nueva democracia concuerda enteramente con ella. Ya probaremos con sus propias afirmaciones que esta no es más que un plan piloto, un proyecto desarrollista, un intrincado enredo que quizás por ventura, si se puede, “si las fuerzas sociales que lo impulsan saben hacerlo”, conducirá al socialismo. Pero los que pregonan una tal actitud *“no comprenden lo que es el imperialismo, lo que son los monopolios capitalistas, lo que es el Estado, lo que es la democracia revolucionaria. Pero si se comprende todo eso, no puede dejar de reconocerse que es imposible avanzar sin marchar hacia el socialismo”* (Lenin).

Esta inobjetable perspectiva de lucha se convierte en el trazo fundamental, en lo que distingue a un revo-



lucionario de un social-confucionista, de un oportunista o de un reaccionario.

Pero, ¿dónde estamos? Todo revolucionario que analice la teoría y la experiencia, observará también que avanzar hacia el socialismo implica el cumplimiento forzoso de varias etapas previas. Estas dependen de factores tales como el estado de conciencia y organización del proletariado, de sus aliados naturales y potenciales, y del desarrollo de las fuerzas productivas sociales (elementos subjetivos y objetivos). La revolución costarricense no escapa a este análisis. No cabe duda de que todo lo que hagamos ahora, lucha por el desarrollo de la conciencia y organización de los sectores populares, organización de un partido de clase capaz de realizar alianzas con otras fuerzas democráticas, nacionalistas y antiimperialistas (aquí se plantea el problema de las “vías”, asunto que debe ser seriamente discutido en su oportunidad) converge hacia la implantación de una *democracia revolucionaria*, hacia una democracia avanzada, que sea realmente capaz de abolir todos los privilegios, “*que no tema implantar revolucionariamente la democracia más completa... un Estado verdaderamente democrático-revolucionario que represente inevitablemente, infaliblemente, un paso hacia el socialismo*” (Lenin).

Pero llámese como se llame: *estado democrático revolucionario* (Lenin), *nueva democracia* (Mao Tse Tung), *gobierno de la Unidad Popular* (Chile), *gobierno revolucionario en el Año de la reforma agraria* (Cuba), este tipo de nuevo estado tiene un denominador común: no se trata aún del socialismo, no se trata aún de la dictadura del proletariado, el modo capitalista de producción se mantiene, pero todas las transformaciones operadas, políticas y económicas llevan el sello de la clase revolucionaria, de la clase obrera. Este estado es, no puede ser otra cosa que una etapa de tránsito.

En su artículo el Lic. Cerdas afirma que yo le atribuí inconsideradamente “el prescindir de la última finalidad socialista del movimiento revolucionario” y agrega: “puede ahorrarse la molestia Don Álvaro de recordarnos lo que ha estado en nuestros planteamientos desde un principio”. Pues bien, que el Lic. Cerdas diga en cuál de sus planteamientos anteriores lo dijo. Si lo dijo, gustoso pasaré por desconsiderado, pero si no prueba lo que dijo, será una clara evidencia

de que su dicho es efectista, encaminado a reconocer a posteriori, forzado por las circunstancias, lo que quizás, remotamente, pasó alguna vez por su cabeza. Pero la verdad es que no importa lo que antes dijera, tomemos lo que dice ahora: “*la nueva democracia es la forma política, de alto contenido económico (?) que permite superar los marcos de la democracia liberal burguesa y abrir el camino para un desarrollo no capitalista. Este, desde luego, en la medida en que las fuerzas sociales que lo impulsan sepan hacerlo, conducirá al socialismo. Pero la lucha por la nueva democracia—continúa el Lic. Cerdas—y por un desarrollo no capitalista... cubre todo un período de lucha, fuera del poder y desde el poder... dejar claramente sentado que queremos una vía no capitalista de desarrollo que conduzca al socialismo*”.

¿Con qué una vía no capitalista de desarrollo (1) que conduzca al socialismo (2)? Si a regañadientes el Lic. Cerdas ha tenido que reconocer que el socialismo es la “finalidad última” del movimiento revolucionario, reconociéndolo no ha hecho más que terminar de enredarse. Todo lo que hace su nueva democracia es “abrir el camino no capitalista de desarrollo”.

Ahora bien, el Lic. Cerdas no entiende que *una vía capitalista de desarrollo no es otra cosa que la construcción del socialismo mismo*. No hay, no puede haber ninguna vía no capitalista de desarrollo que sea independiente, separada, de la construcción del socialismo. La *nueva democracia* (Mao), *el estado democrático-revolucionario* (Lenin), *el Año de la reforma agraria* (Cuba), *el gobierno de la Unidad Popular* (Chile) no han sido nunca *vías no capitalistas del desarrollo*, sino fases preparatorias. Estados en los cuales se operan transformaciones cualitativas *irreversibles* que preparan el terreno para la única *vía no capitalista del desarrollo*, que no es otra cosa que *la propia construcción del socialismo*.

En cambio, veamos la *nueva democracia* (Lic. Cerdas) es “*la forma política de alto contenido económico (?) que permite superar los marcos de la democracia liberal burguesa y abrir el camino para un desarrollo no capitalista... este, desde luego, si las fuerzas sociales que lo impulsan sepan hacerlo, conducirá al socialismo*”. Pero, Lic. Cerdas, ¿y si esas fuerzas sociales (?) que lo impulsan no saben hacerlo? La respuesta cae por su peso: habrá desarrollo pero no habrá socialismo. Esto es lo que el Lic. Cerdas quiere decir, lo que claramente ha dicho.

Por eso su nueva democracia –sin prever para peor de males, la organización como instrumento rector de la lucha de un partido de clases– se convierte en un mero proyecto desarrollista, en un “más acá” pseudo reformista, en una consigna hueca para cualquier socialista pero que ha tenido un inmenso valor propagandístico en manos de la burguesía. Lo que el Lic. Cerdas propone no es aliarse con la burguesía sino confundirse con ella. En efecto, el Lic. Cerdas nos dice que no hay que ir al socialismo con un movimiento de clase, pero sí nos deja ver muy claramente qué clase de movimiento quiere.

En este período, en que la lucha es más que nunca un esfuerzo colectivo de reflexión, debemos aprender todos a ser más modestos, a desarrollar fraternalmente el análisis, la crítica y la autocrítica constructivas. Solo así cometeremos menos errores o simplemente errores menores. Debemos aprender desde ahora a elegir en común el camino sin esperar a que descienda algún Superman intelectual, nos bañe con su luz y nos lleve de la mano hacia la meta.



# El confusionismo de Don Álvaro

*Universidad*, 15 de noviembre, 1971

Lic. Rodolfo Cerdas Cruz

Como cita el Dr. Montero:

En Rusia, la discusión prerrevolucionaria pasó por dos etapas fundamentales: la primera entre Marx y Engels de un lado, y los populistas de otro, acerca de si Rusia podía a partir del “mir” y la “obschina” como formas de propiedad colectiva, saltar la etapa capitalista. La segunda con Lenin, acerca de si el carácter demócrata-burgués de la primera revolución implicaba que la burguesía debía encabezar el proceso.

Como ahora lo hace don Álvaro, hubo algunos que, frente a Marx, querían aplicar fuera de su contexto, cual camisa de fuerza, el esquema marxista. Marx, que no veía su modelo como una receta universal, advirtió que su esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el occidente europeo, no podía metamorfosearse en una teoría histórico-filosófica. Y mucho menos por analogía, como lo quiere el Doctor Montero, pues “sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes, conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolos luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se ligará a ello mediante el *passe-partout* universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser supra-histórica” (Karl Marx, Carta al Director de *Ottechéstvennie Zapiski*, fines de 1887).

Poco después, analizando lo ineluctable de la evolución capitalista, expresamente advirtió: “la fatalidad histórica de este movimiento está así expresamente restringida a los países de Europa Occidental” (Karl

Marx, Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasúlich, marzo de 1881).

Por lo que hace a Lenin, resulta imperdonable la confusión de don Álvaro. Porque Lenin hablaba de democracia revolucionaria en el contexto específico de la Revolución Rusa, como sinónimo de dictadura proletaria o, cuando más, como dictadura obrero-campesina a seguir a la caída del zarismo. Etapa que, en un solo proceso, debía desembocar en la Revolución Socialista (ver “Tesis de abril”). Pero para los países coloniales y semicoloniales, Lenin, más atento a la realidad que a cualquier fórmula, tuvo que acuñar un concepto diferente y admitir una tarea política inadmisibles en Rusia. En efecto habló de movimiento nacional-revolucionario en vez de democrático-burgués y abrió así la puerta para que el movimiento comunista apoyara a las burguesías de los países coloniales. ¿Por qué?, se dirá muy asustado don Álvaro. Porque aunque “es indudable –decía Lenin– que todo movimiento nacional puede ser solo democrático-burgués, pues la masa fundamental de la población en los países atrasados está compuesta de campesinos, que representan las relaciones burguesas-capitalistas” (es preciso señalar que) “debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias únicamente cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios”. (Informe de la Comisión para los Problemas Nacional y Colonial, 26 de Julio de 1920, en quinto y sexto párrafos).

Ahora, el problema ha evolucionado mucho y se ha complicado aún más desde tiempos de Lenin.

Sin embargo, don Álvaro, para reclutar epítetos de un arsenal de citas no siempre bien dirigido, pero ciertamente mal aplicado, nos ha espetado unas fra-

ses de Lenin, que solo muestran un notable confusio- nismo ideológico, que él quiere hacernos pasar como marxismo-leninismo.

### **Todo lo que no es *nueva democracia***

*Nueva democracia, estado democrático revolucionario, Año de la reforma agraria y Unidad Popular*, son para el Doctor Montero una sola y misma cosa. Es increíble seme- jante confusión. Justamente eso *no es nueva democracia*.

Para ver hasta dónde llega el desenfado ideológico del Dr. Montero, baste indicar que el concepto de *nueva democracia* precisó el triunfo y consolidación de la Revolución de Octubre y la Dictadura del Proleta- riado, aunque solo fuera por la garantía del mundo socialista para las nuevas revoluciones, y la crisis ge- neral del capitalismo, para no hablar de otras cosas. Esto es el abecedario de la teoría marxista de la *nueva democracia*.

Sin embargo, el Dr. Montero identifica la nomencla- tura dada por Lenin a la etapa previa a la dictadura proletaria en Rusia, que desde muchos puntos de vis- ta se confundía con esta en la práctica, con el concep- to de Nueva Democracia. Para él no existe diferencia alguna. Todo lo cual demuestra que no ha compren- dido ni una ni otra cosa, y que no debe extrañarnos que para él, lo mismo sea Cuba que Chile. Lo que, de otro lado, evidencia que don Álvaro sí hace calcos dogmáticos y, lo que es peor, que los hace muy mal. En el marxismo se trata no de citar, sino de com- prender.

### **¡Y sigue la confusión!**

Otra confusión monumental consiste en creer que la vía no capitalista de desarrollo sea la construcción del socialismo. *Tiende a*, pero no lo es todavía. El proceso podría desviarse —y de hecho ha sucedido— en bene- ficio de la burguesía nacional y por ahí del imperialis- mo. Esta posibilidad de desarrollo no capitalista es el fruto de toda una experiencia histórica de los países en proceso de liberación, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Lástima que don Álva-

ro esté todavía antes de 1917 con sus desafortunadas analogías históricas.

Finalmente don Álvaro, citando a Lenin, nos dice que es imposible avanzar sin marchar, fatalmente al socialismo. Interpretar de un modo religioso a Le- nin, es cuestión, que en cuanto a creencia individual, merece todo respeto. Pero eso ni es ciencia, ni es po- lítica, ni marxismo-leninismo. El mundo va al socia- lismo. Pero en cada país concreto eso puede o no ser cierto. Lo otro, es calvinismo.

Nosotros sabemos que no podremos salir del sub- desarrollo y la dependencia, si no es en la perspecti- va del socialismo. Pero eso no implica que no pueda haber ciertos desarrollos de las fuerzas productivas, pese a las deformaciones que sean. Esto lo atestigua —y es un grave peligro— el proceso de internacionali- zación del mercado y el nuevo carácter de la depen- dencia, al que no pudieron referirse ni Lenin ni los mencheviques. Pues hay que saber que existen cosas nuevas para las que —¡Oh, pesar de los pesares! — no hay citas hechas.

### **El objeto de esta polémica**

Esta polémica fue concebida para esclarecer los pro- blemas de la Revolución Costarricense, y no el ABC del marxismo que ya muchos debieran conocer. Esto obliga al Dr. Montero a no escudarse detrás de citas y responder a las cuestiones planteadas. De lo contra- rio se trataría de una calistenia teórico-intelectual. Es claro que para ello no necesitamos supermanes ideo- lógicos, que por lo demás, mi modesto amigo, no los hay ni aquí ni afuera. Pero menos aún necesitamos Gruschnitzkys, el personaje de Lermontov, quien

es una de esas personas que para todas las cir- cunstancias de la vida tienen a punto frases am- pulosas, de esas que no se distinguen precisa- mente por su hermosura... capaces de conmovier únicamente a personas de sensibilidad predis- puesta. Toda su ilusión se cifra en causar sensa- ción... No es posible discutir con ellas, porque ni contestan a las observaciones que se les hacen, no escuchan siquiera, sino que, en cuanto uno hace una pausa, empiezan una larga tirada; tirada

que evidentemente, tiene alguna relación con el objeto de la conversación; pero que en realidad no es más que la confirmación de su propio discurso.

Lo que el Dr. Montero no ha contestado:

Si cuando afirma que su partido es de clase, se refiere a la obrera exclusivamente. De lo contrario ya no sería de clase, sino pluriclasista.

Si es la clase obrera, la que debe ser la fuerza motriz de la Revolución, así de entrada y por tanto debe ser esa y no otra la clase hegemónica, directriz del proceso.

En qué consisten para él las etapas intermedias, previas, que deben cumplirse en Costa Rica, antes del socialismo.

Su respuesta, Dr. Montero, sigue pendiente.





# Nuestra tarea histórica: construir el socialismo.

## Respuesta al Lic. Cerdas

*Universidad*, 22 de noviembre, 1971

Dr. Álvaro Montero Mejía

Esta polémica no podemos, no debemos, entenderla como una especie de ajedrez intelectual, para derivar de allí satisfacciones personales. La revolución no tiene dueños particulares; le pertenece al pueblo y cualquier discusión sobre ella debe tener como único fin buscar lo que mejor le sirva. Responder por responder, convertir el marxismo en una piltrafa o recurrir a tergiversaciones grotescas, no se justifica, ni siquiera con el fin de mantener a base de efectos un cierto prestigio personal o una determinada clientela política.

Podríamos optar entre dos caminos: el primero, demostrar que la larga tirada “teórica” del Lic. Cerdas carece de fundamento; el segundo, continuar con el análisis iniciado en el artículo anterior. Desgraciadamente ambos aspectos son importantes. Abusando de *Universidad* buscaremos la manera de cumplir con ambos.

Empecemos con el primer aspecto.

La cita metodológica que el Lic. Cerdas hace de Marx, se encaminaba por parte del segundo a demostrar las limitaciones no del modelo, sino de las apreciaciones *concretas* producto de su aplicación.

Posteriormente y en respuesta a una carta que le enviara la revolucionaria rusa Vera Zassoulitch interrogando a Marx sobre “los destinos posibles de nuestras comunidades rurales” este le responde que en el génesis de la producción capitalista se encuentra en su base “*la expropiación de los cultivadores*” (subrayado por Marx). Luego él mismo agrega: “ella (la expro-

piación de los cultivadores. A.M) se ha cumplido de manera radical únicamente en Inglaterra. Pero *todos los otros países de Europa occidental* subraya Marx, recorren el mismo movimiento (el de la expropiación de los cultivadores. A.M.)”.

Así finaliza diciendo que: “la fatalidad histórica” de este movimiento (el de la expropiación de los cultivadores. A.M.) está así expresamente restringido a los países de Europa Occidental”. Pero el Lic. Cerdas pone a Marx a decir que lo que para él resulta “fatalmente histórico” no es esta fase específica, la expropiación de los cultivadores, sino nada menos que la *evolución capitalista*. Poner a Marx a decir que “*analizando lo ineluctable de la evolución capitalista, expresamente advirtió que “la fatalidad histórica” de este movimiento está así expresamente restringida a los países de Europa occidental*”, es un sin sentido de proporciones gigantescas, es renegar de toda la teoría marxista de la evolución del capitalismo, para convertirla en un pobrísimo análisis casuista restringido a los países de Europa occidental. Recordemos ante esta imperdonable confusión del análisis concreto con el modelo teórico, de la aplicación del modelo al caso de Europa occidental con el modelo mismo, las palabras del Manifiesto: “La burguesía arrastra en la corriente de la civilización hasta las naciones más atrasadas” (Karl Marx y Friedrich Engels, Manifiesto comunista). Pero en el Marx del Lic. Cerdas, destinado a probar el “dogmatismo” de aplicar el modelo a fin de analizar situaciones concretas en países diferentes, “la fatalidad histórica” de ese movimiento (del capitalismo según él) está así expresamente restringida a los países de Europa occidental”. ¡Vaya caricatura!

Todo esto resulta importante para nosotros, porque con este tipo de adulteraciones voluntarias y conscientes podemos reconstruir a nuestra guisa, pero

sin pies ni cabeza, lo que la teoría y la experiencia que debemos levantar al armazón de lo nuevo, de lo nuestro, de nuestra propia lucha, porque solo hay una manera de enriquecer la teoría revolucionaria y es haciendo la revolución.

Pasemos a otro punto: El Lic. Cerdas apunta sobre una concepción eminentemente básica de Lenin: el apoyo que las fuerzas revolucionarias debían darle a las burguesías nacionales de los países coloniales en su lucha por la construcción del Estado Nacional.

El Lic. Cerdas pretende convertir esta tesis en un justificativo de su visión estratégica.

El Lic. Cerdas nos dice que “Lenin tuvo que acuñar un *concepto diferente*... En efecto, habló de *movimiento nacional-revolucionario* en vez de *democrático-burgués*, y abrió así la puerta para que el movimiento comunista apoyara a las burguesías de los países coloniales... Es indudable, decía Lenin *que todo movimiento nacional* puede ser solo democrático-burgués... debemos apoyar y apoyaremos —continúa citando el Lic. Cerdas— los movimientos burgueses de liberación *única*mente cuando estos sean realmente revolucionarios. (Informe de la Comisión para los Problemas Nacional y Colonial, 26 de Julio de 1920, en quinto y sexto párrafos)”. (subrayados del Dr. Mejía).

Esto es, textualmente lo que el Lic. Cerdas ha dicho y citado. ¿Qué pretende probar? Nada.

Solo “prueba”, lo que personalmente nos atribuye. El Lic. Cerdas haría bien en olvidarse un poco de las condiciones personales de este “modesto amigo” y ocuparse por sacar algo en claro, algo que pueda serle útil a los revolucionarios.

Veamos entonces: Lenin no habló del movimiento nacional-revolucionario *en vez de* democrático-burgués pues, como el mismo Lic. Cerdas *cita* dos renglones más abajo “todo movimiento nacional *puede ser solo democrático-burgués*”. (¿O no?).

Todo el análisis leninista de la conformación de los Estados nacionales en las colonias y del desarrollo de los movimientos nacionales encabezados por las burguesías revolucionarias internas, se resume en “el derecho a la separación política” (Vladimir I. Lenin,

El derecho de las naciones a la autodeterminación, febrero-mayo de 1914).

¿Por qué? Porque el contenido económico de los movimientos nacionales no reivindica la desaparición de la dominación del capital financiero o del capital en general, ni la instauración de una vía no capitalista de desarrollo, pues es evidente que la dominación del capital continúa bajo cualquier forma de democracia política encabezada o dirigida por la burguesía. En las condiciones actuales, más que en ninguna otra época, la dominación y la dependencia no pueden comenzar a ser eliminadas por medio de un Estado de democracia nacional burgués sino por medio de un Estado de tránsito, un *Estado de democracia revolucionaria* que represente una amplia alianza de fuerzas democráticas y revolucionarias (intelectuales, pequeños industriales y propietarios agrícolas, artesanos, campesinos, pobres, proletarios agrícolas y clase obrera urbana).

Esta alianza revolucionaria utilizará las características peculiarísimas del capitalismo de Estado en Costa Rica.

Pero volvamos sobre lo anterior. Si el fundamento político del movimiento nacional-revolucionario no es otro que el derecho a la separación política, su fundamento económico se funda en la necesidad de las burguesías nacionales de conquistar los mercados internos liquidando todos los resabios pre-capitalistas. El movimiento nacional-revolucionario es la lucha de la burguesía por buscar formas políticas que satisfagan las exigencias del capitalismo moderno (Lenin).

Es después de la Segunda Guerra Mundial que se produce la gran explosión, de los movimientos nacional-revolucionarios y que desemboca en un proceso acelerado de descolonización. El movimiento finaliza con la formación de nuevos Estados nacionales revolucionarios quienes asumieron el poder político aunque los lazos de dependencia y control se realizaron por otros medios. El Lic. Cerdas parece confundir este proceso con el de una vía no capitalista de desarrollo. “El proceso, dice, podría desviarse —y de hecho ha sucedido— en beneficio de la burguesía nacional y por ahí del imperialismo”. Un movimiento burgués *no se desvía* sigue simplemente su curso normal. Es probable que el Lic. Cerdas se re-

fiera al planteamiento de economistas marxistas que atentos a la realidad mundial, observaban el curso de los movimientos revolucionarios y nacionalistas. Estos movimientos representados sobre todo por Ghana, Guinea y los países árabes, no constituyeron finalmente una vía no capitalista de desarrollo.

El proceso no se *desvía* cuando se trata de tomar el poder y construir el socialismo, simplemente lo que puede ocurrir es un golpe militar contrarrevolucionario, pero esto no depende ya de la alianza que lo impulse.

Las fuerzas sociales que impulsen, en los países atrasados y dependientes la construcción del socialismo, cuentan ahora con la circunstancia histórica nueva y es que pueden saltar etapas, tareas que el capitalismo debió cumplir pero que no cumplió. El desarrollo de las fuerzas productivas, se ve obstruido, bloqueado por la dependencia y el control imperialista. Desarrollar estas fuerzas en nuestros países es solo posible a partir del desarrollo portentoso del camino socialista. La Revolución de Octubre y posteriormente la consolidación del campo socialista resultan así la garantía fundamental de los pueblos que deseen iniciar a su vez la vía del desarrollo socialista.

En las condiciones actuales, la tarea del desarrollo implica como condición previa, la toma del poder por una nueva alianza de fuerzas revolucionarias capaces de unirse sobre la base de un programa de reformas fundamentales tendientes a crear las premisas materiales (de orden político económico) necesarias para la construcción del socialismo. La construcción del socialismo es una tarea que requiere la conducción y dirección de la clase obrera y sus aliados naturales.

Para realizar alianzas es necesario construir algo que aliar. La clase obrera debe tener sus organizaciones. Ella es la única clase capaz de llevar el proceso hasta sus últimas consecuencias:

En nuestro próximo artículo trataremos de analizar con mayor detalle este segundo aspecto planteado al inicio.



# El monólogo de Don Álvaro

*Universidad*, 29 de noviembre, 1971

Lic. Rodolfo Cerdas

Creo que el Dr. Álvaro Montero ha logrado acabar con el interés de los lectores, presumo que con el del periódico *Universidad*, y sin lugar a dudas con el mío, acerca de esta polémica que, por su elusión de los problemas planteados, devino en monólogo doctrinista alejado de nuestra realidad.

El Dr. Montero retrotrajo las cuestiones a nivel del ABC del marxismo, en medio de una amplia colección de adjetivos calificativos y argumentos *ad hominem*, que será mejor que el lector juzgue por sí mismo. En todo caso, tampoco aquí la discusión pudo centrarse en las cuestiones básicas de interés real. Aunque hay que reconocer que permitió demostrar cómo en el marxismo también se puede hacer teología y cómo ciertos conceptos fundamentales no tienen, ni remotamente, la claridad mínima que era dable esperar.

En efecto: para el Movimiento Socialista y la JUS, construcción del socialismo y vía no capitalista de desarrollo, son la misma cosa.

Para el Movimiento Socialista y la JUS, el concepto de Nueva Democracia y el elaborado por Lenin para la Rusia Zarista, así como otras formas políticas son lo mismo. (Para el Manual<sup>343</sup> referido “el paso al desarrollo no capitalista representa un viaje hacia los procesos anticapitalistas; en este camino tiene lugar la transformación gradual de la revolución de liberación nacional –revolución democrática de nuevo tipo– en revolución socialista”. P. 181, Subrayado por los autores de la obra).

Para el Movimiento Socialista y para la JUS, todo movimiento de liberación nacional es solo democrático–burgués y, en consecuencia, el concepto de movimiento nacional–revolucionario acuñado por Lenin no lo fue en vez de aquel, pues lo que es democrático–burgués no puede ser ello y algo distinto a un tiempo. Para Lenin, en este aspecto, lo democrático–burgués en la etapa posterior a la Revolución de Octubre, sigue siéndolo, pero ya no es solo democrático–burgués, sino algo distinto, que lo abarca y trasciende a un tiempo. Lo primero es metafísica, lo segundo dialéctica.

El lector juzgará de un marxismo sin dialéctica.

## El marxismo y la realidad nacional

Nosotros dejamos los manuales hace mucho tiempo. Nos acercamos a la ciencia social para adquirir un aparato conceptual claro, bien elaborado y fruto de un esfuerzo científico colectivo, que los manuales, como es sabido, esquematizan para facilitar su comprensión a nivel elemental.

Pero nosotros, cuando lanzamos la consigna de conocer la realidad nacional, o de Nueva Democracia, no lo hemos hecho con los ojos puestos en un conjunto de verdades abstractas y universales a las cuales debe someterse nuestra realidad, sino mirando la problemática nacional, sin vacilar en atrevernos a pensar por cuenta propia, responsabilizándonos por los errores que podamos cometer nosotros aquí, en esta etapa.

---

343 Textualmente: “la vía no capitalista constituye una forma peculiar de transición al socialismo”. Manual de economía política de la Academia de Ciencias Sociales de la U.R.S.S. 2ª. edición (1958), 180.

Crear es el dilema. El precio, la algarabía por salirse de los moldes establecidos.

Por eso quisimos llevar esta polémica, infructuosamente por la tendencia al monólogo del Movimiento Socialista y la JUS, al terreno concreto de nuestro país. Pero las tres preguntas que reiteradamente formulamos –y que reiteradamente quedaron sin respuesta– sobre el carácter de clase de su partido, sobre el papel de la clase obrera en su movimiento y sobre las etapas previas que debía transitar la Revolución en Costa Rica, recibieron la callada por respuesta, y largas tiradas sobre ejemplos o referencias secundarias. No es primera vez que abstracción y doctrinarismo son sinónimo de evasión.

Y ese es el quid de la cuestión: Costa Rica y su Revolución. Cómo traducir en términos nacionales, para una acción política de relevancia, los logros de la ciencia social. Qué es aplicable y cómo en Costa Rica, y qué no y por qué. Porque solo así podremos eventualmente lograr un enriquecimiento teórico, a la luz de una práctica política real, no verbal: solo así, la teoría tendrá significado real en Costa Rica.

Para que el marxismo sea vivo, no puede ser entendido como un lecho de Procusto, en el cual la realidad deba calzar siempre y exactamente, estirando lo que falta y cercenando lo que sobre. Discutir sobre esta realidad y lo aportado ya por el marxismo, pero también y básicamente lo que había que crear y recrear a la luz de nuestra problemática era lo interesante, el objeto real buscado por nosotros en la polémica.

Eso no ha sido posible. Y don Álvaro, en la línea que se trazó, ya nos amenaza con otro artículo que lo alejará más y más de nuestra problemática y realidad, que es el centro de nuestro interés y preocupación.

Siendo así, opto por el único camino que queda: dejar que el monólogo continúe sin acompañante, aunque también sin audiencia.

# Una necesidad

Editorial *Prensa Política* n.º 1, 15 de mayo, 1972

Vemos la luz por primera vez, en momentos de grave crisis nacional e internacional. En medio de una orgía de frases hechas y simplificaciones, asistimos todos los días a una defensa de intereses que no son los nuestros y a una desinformación sistemática. Los intentos de crear una prensa formativa y dinámica, que trascienda los meros anuncios y el fútbol, para dar campo a un enfoque serio y responsable, naufragaron por razones múltiples con el traslado del periódico *Universidad* a la Escuela de Periodismo. Dicho sea de paso, este acuerdo del Consejo Universitario no solo derriba uno de los intentos más interesantes y valiosos alcanzados en la vida universitaria, sino que consagra la improvisación y el subdesarrollo de la propia Escuela de Periodismo, al tratar de resolver los problemas de la misma, de manera tan falta de planificación y perspectiva. Pero aún el periódico *Universidad*, por su índole de órgano de la opinión universitaria, contaba con serias limitaciones. Urgía la aparición de un órgano formativo, de una posición definida frente a los problemas del subdesarrollo y la dependencia, la democracia y los grandes intereses internacionales que acogotan al tercer mundo. Un periódico de fácil lectura, por su presentación y por la concreción de sus planteamientos. Pero capaz, al mismo tiempo, de penetrar con agudeza en lo más hondo de los problemas nacionales e internacionales. Las limitaciones para quienes hemos levantado esta lanza contra molinos que no son de viento, precisamente, son muchas. Principalmente de carácter económico, que incide negativamente en la presentación de nuestra *Prensa Política*, en su periodicidad que se alarga a cada quince días y, aún más sensiblemente, en la utilización adecuada de fotografías y colores. No contamos con ningún tipo de ayuda económica, salvo la venta de unos escasos anuncios que testimonian, dada la orientación independiente de nuestro periódico, la existencia de personas dignas de la valiosa herencia liberal que, a jirones, las nue-

vas circunstancias arrancan de nuestro pueblo. Urge en Costa Rica una prensa capaz de llamar las cosas por su nombre, sin que eso signifique el estereotipo ni la malacrianza. Eso nos proponemos con nuestra *Prensa Política*. Una línea, una orientación, en medio de una diversidad de preocupaciones, tendencias y planteamientos. Navegaremos tranquilos, no importa que nos corran vientos contrarios y contribuiremos a forjar una conciencia nacional independiente y digna, a fortalecer la organización de nuestro pueblo para la estructuración de una Nueva Democracia e impulsaremos una verdadera independencia nacional a través de la creación de una *Nueva Economía* y de una *Nueva Cultura*. Este nuestro propósito y lo que está de nuestra parte. El resto está en manos de los lectores dignos y honestos que, no obstante las discrepancias que puedan tener con nosotros en diversos campos, son conscientes de la urgencia de un órgano de esta naturaleza.

La Dirección





# Compañías extranjeras ahogan a empresarios nacionales

Editorial *Prensa Política* n.º 2, 29 de mayo, 1972

En momentos en que las naciones subdesarrolladas y dependientes, padecen la intransigencia y los desplantes de las grandes potencias en las conferencias de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo, por sus siglas en inglés) en Santiago de Chile; cuando se toman acuerdos líricos ya plasmados en declaraciones anteriores de ese y otros organismos internacionales para el desarrollo, en Costa Rica sucede algo elocuente y real. Más que las palabras, los hechos puros y simples hablan por sí solos. Publicamos en otras secciones, la noticia de dos problemas que inciden gravemente en nuestra economía, en nuestro equilibrio fiscal, en las condiciones sociales de vida de miles de costarricenses y lo que no es menos grave, en la dignidad nacional.

Nos referimos a las indignantes condiciones en que tienen que desenvolverse dos grupos de empresarios nacionales: los bananeros y los constructores de carreteras.

Nosotros, desde luego, no podemos enfocar sus problemas desde su propio y exclusivo ángulo. Porque al fin y al cabo, tienen su particular molino al que llevar agua. Pero en este caso, ese interés coincide en mucho con los intereses patrios y es preciso movilizar todas las fuerzas democráticas para apoyarlos y frenar la explotación de que somos objeto ellos y nosotros, como copartícipes de un quehacer económico-social nacional.

Esto pone de relieve una vez más que el problema fundamental de nuestro país, en esta etapa (y cuando decimos país nos referimos a algo concreto de carácter sociohistórico y no al monte de Ochozogo como parecen entenderlo los oportunistas de derecha que pasan por revolucionarios) es un problema de liberación nacional. Es una tarea que solo puede cumplirla

una Nueva Alianza de fuerzas sociales, que constituya un *nuevo bloque de fuerzas en el poder*. Es necesario desalojar a quienes han sido origen de esa dependencia, a quienes han usufructuado y usufructúan de ella, para dar paso a nuevas fuerzas sociales que, por sus intereses objetivos, necesariamente tienden a romper esos lazos que nos sumen en el subdesarrollo. La negativa estatal de afrontar los problemas que aquejan a los bananeros y a los constructores de carreteras nacionales, no obedece a desidia o a burocracia.

Se trata de intereses concretos y reales, de fuerzas y presiones políticas directas e indirectas, que han inclinado la balanza, al menos hasta ahora, a favor de los grandes consorcios internacionales que ahogan a nuestro pueblo no solo en esos sectores, sino en toda la vida económica, social y cultural de nuestro país.

Modificar esa correlación de fuerzas en el Estado y fuera de él; impulsar un cambio sustancial en las orientaciones políticas del país, que pongan los verdaderos intereses nacionales como punto central de su accionar y de sus metas, es la gran tarea que tiene pendiente nuestro pueblo.

Porque mientras tanto, la explotación a que nos vemos sujetos no solo es social, sino también nacional. Pero esta multiplica a aquella al elevar la explotación y empeorar las condiciones de vida del trabajador nacional, al tiempo que oculta el rostro del verdadero beneficiario que se esconde detrás del también explotado, pequeño empresario nacional.

La Dirección



# La única salida a la crisis

Editorial *Prensa Política* n.º 3, 15 de junio, 1972

Cuando escribimos este editorial, se precipitan una serie de acontecimientos que conmueven la vida nacional. Se hacen sentir ya los efectos de las nuevas leyes tributarias, que en su mayor parte han caído sobre las espaldas del pueblo; se anuncia un aumento de las tarifas de los autobuses, apenas oculto tras la hoja de parra de “promesas” de mejorar el servicio; y se precipitan las huelgas, especialmente de trabajadores de instituciones autónomas en demanda de mejoras de sus salarios y condiciones de trabajo.

Las pretensiones de estos trabajadores no siempre tienen la misma justificación. Hay algunas que resultan del todo inadmisibles, mientras que hay otras que sí parecen encontrar pleno respaldo en razones de orden social y laboral. Ello hace imposible hacer generalizaciones como pretenden algunos, ya sea a favor o en contra.

Pero lo que interesa aquí, es que la política fiscal seguida tanto por este gobierno como por los anteriores, parte de un doble error que puede resultar fatal, en estos momentos, para las débiles estructuras democrático-liberales del país. De un lado el querer solventar la crisis fiscal sin tocar a los grandes intereses que se beneficiaron con la política suicida de exenciones fiscales: los grandes consorcios industriales integracionistas, y su casta de gerentes a sueldo directo del capital extranjero. De otro, descargar el peso de la crisis sobre las espaldas de nuestro pueblo, golpeando justamente a los sectores medios que habían servido de apoyo tradicional al gobierno, en una supuesta intención de mejorar la distribución en beneficio de los grupos más pobres.

El resultado ha sido, contrariamente a lo que algunos elementos del gobierno quieren ver y obtener, la concentración mayor de riqueza en un polo y el empobrecimiento mayor del otro, con un proceso de de-

bilitamiento económico de los sectores medios que acelera los procesos políticos negativamente, a pesar de la ingenua y simplista alegría de algunos. Porque no existiendo en este momento un movimiento obrero ni una clase obrera fuerte y cohesionada; en ausencia de un movimiento político revolucionario debidamente estructurado y operante —pues apenas se da el germen del mismo, en pleno pero temprano desarrollo—, las posibilidades que claramente se abren son las de una capitalización por la derecha y una modificación reaccionaria del rumbo de los acontecimientos.

Es preciso levantar la bandera de la unidad nacional para frenar ese proceso que atenta negativamente contra las conquistas democráticas de nuestro pueblo, y responder positiva aunque racionalmente a las pretensiones laborales, dentro de un marco de realidad y equilibrio. Pero esa unidad solo puede plantearse y desarrollarse a base de un programa real de gobierno que dirija sus pasos a golpear la estructura dependiente, haciendo pagar a las grandes compañías extranjeras exoneradas de impuestos e insertando esos pasos en un plan general revolucionario de desarrollo económico nacional.

Nuevamente, por aquí, la alternativa no es otra que una Nueva Democracia o un neofacismo.

La Dirección



# Somoza, terremoto, etc.

Editorial *Prensa Política* n.º 15, enero, 1973

El terremoto que ha destruido a Managua, es junto con la desgracia que aparece, algo extraordinariamente instructivo. En primer término ha sido una conclusión bastante generalizada de quienes estuvieron en la zona del desastre, el señalar no solo un anodamiento propio de tal circunstancia, sino una notable falta de iniciativa para la organización; una espera de las órdenes y resoluciones que vienen desde arriba, Y esto fue simbolizado, particularmente, por la Junta Civil que diz que gobierna Nicaragua: se sentaron en el jardín de los Somoza —que jurídicamente no son nadie según la constitución—, a ver qué disponía *///* general ganador de ninguna batalla.

La falta de las libertades más elementales; casi 40 años de tiranía, crimen y latrocinio con las riquezas de ese pueblo, retardan la educación cívica de las masas y auguran que su incorporación a una vida digna en los asuntos públicos, necesariamente tendrá que lavar fuerte y a profundidad con algo más que tinta y jabón tanta ignominia.

Pero el daño que la dinastía somocista ha hecho a Nicaragua —querida tierra de grandes destinos—, no para ahí. Segundos después del cataclismo, las ametralladoras del fatídico “Hormiguero” (la cárcel somocista), dejaron sentir su cargado plomo especialmente contra los patriotas sandinistas, encalabozados en la parte más fuerte de la prisión, que fue la que precisamente resistió el terremoto.

Las aves de rapiña llamadas buitres se aprovechan de las tragedias donde ronda la muerte.

No contentos con su crimen, mil veces imperdonable: por tratarse de patriotas, por ser presos políticos, por el momento en que se produjo, por el ensañamiento que expresa, ahora resulta que mientras que el pueblo nica pasa hambre, quienes se aglotonan sobre la contribución de los centroamericanos y los

costarricenses en particular, son los esbirros somocistas y los militares.

Todo esto nos obliga a exigir de todas las fuerzas democráticas del país, de sus instituciones cívicas y de todos los ciudadanos con un sentido humano y decente que:

- a. Se pida una investigación a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas para determinar lo sucedido y denunciar ante el mundo civilizado este nuevo crimen de los Somoza.
- b. Que la administración de la ayuda internacional sea canalizada directamente por la Cruz Roja Internacional para impedir que Somoza y sus secuaces sigan convirtiendo, como ya lo han hecho tantas veces, en un nuevo festín la desgracia del querido pueblo nica.
- c. Y hacemos un llamado a todas las fuerzas democráticas del país y Centroamérica, para que este acontecimiento lamentable y triste por afectar al hermano pueblo de Nicaragua, no sea un pretexto para convalidar políticamente a quienes tienen a su haber con el hambre de su pueblo, su culpabilidad en la insalubridad y demás lacras sociales que ese pueblo padece; su responsabilidad en la venta de la soberanía de su Patria; un saldo de perjuicio y daño mucho mayor que el terremoto de Managua.

Este fue obra de un día y de la naturaleza. Lo de la dinastía, es obra larga, que abarca una generación, y que además de ser una acción de humanos conscientes, ha sido lenta, silenciosa y cotidiana.

La Dirección



# Le tienen miedo al pueblo

Editorial *Prensa Política* n.º 19, 17-31 de marzo, 1973

Muy dura debe ser la crisis por la que atraviesan todos los partidos en Costa Rica. Porque a pesar de la gran cantidad de dinero con que cuentan, gracias a la explotación de todas las arcas nacionales, por medio de la deuda política, han tenido que empezar mal copiando consignas nuestras, a hablar de la participación del pueblo en el poder.

Esto es bueno. Pero no debe llamar a engaño al pueblo.

Lo que el país necesita no es una participación cualquiera del pueblo. Es necesario cambiar el carácter de la participación que otorga el sistema actual, que más bien con ella se fortalece y arraiga en el perjuicio legalista de la conciencia popular.

Si lo que estamos planteando, es simplemente “mejorar” el sistema actual, entonces se puede hablar de “participación” popular y de “votar por el poder popular”.

Pero como se trata de algo que va más allá, en el supuesto de que se busca realizar tareas que no son demagógicas, esas consignas demuestran la debilidad del planteamiento.

Esa debilidad no nace tanto de la incompreensión como del miedo a las masas, el miedo al pueblo.

Se trata de mantenerse en una posición dirigente, esto es por encima de las masas, a una cierta distancia, que garantice no solo protección sin continuación y entronización de una dirigencia que, en muchos encuentra cada vez menos justificación.

Pero así jamás se resolverán los problemas del país. Lo que Costa Rica necesita es una nueva dirigencia política, pero no en el sentido tradicional. No un

“quítate vos porque aquí estoy yo”, sino un proceso radical de preparación y proyección de las masas organizadas y politizadas a los centros fundamentales de decisión política: el gobierno y las comunidades.

La politización de las masas no puede ser comprendida en nuestro caso a través de un voto por uno u otro candidato. Menos puede ser concebida como un cambio de pastor que permita llevar a las ovejas al redil de la izquierda, con este o el otro nombre.

Únicamente creando organizaciones populares reales, que sean a la vez medios efectivos de participación en la solución de los problemas reales, e instrumentos prácticos de educación política concreta —escuelas prácticas de adiestramiento político—, se podrá alcanzar la fuerza y el poder popular verdaderos para transformar el país.

Esta es una tarea de primer orden, desde luego no electorera. Los electoreristas, que de palabra ponen los ojos en el futuro, pero de hecho caen en lo que dicen repudiar, no pueden valorar esta difícil tarea y ponerla en acción.

Unos porque no la comprenden. Otros, porque el temor a las masas dice de su existencia como grupo burocratizado que quiere continuar dejando caer “desde arriba” conocimiento y dirección. Todos, porque no confían verdaderamente en la iniciativa histórica de las masas.

Mientras no se ponga en movimiento esa iniciativa histórica de las masas, que muestra en la práctica todas las limitaciones y unilateralizaciones de los esquemas dogmáticos, rígidos, preconcebidos, no habrá en Costa Rica ningún poder popular. Esa iniciativa histórica jamás podrá construirse llamando a la gente a votar, sino a organizarse, aunque eso ponga



en crisis a los que no merecen ostentar la condición de dirigentes.

Porque por el poder popular no se vota. Para que nazca hay que construirlo organizando al pueblo en centros populares de contrapoder. A esto no se llega por el voto. Se llega por la organización popular de la *nueva democracia*.

La Dirección

# Poder organizado del pueblo primero – Constitución nueva después

*Universidad, 25 de junio, 1973*

La constitución política de Costa Rica, del año 1871, reflejó un estado particular de relación entre las diversas clases sociales del país. Consagró una forma democrático-liberal, civilista y laica del Estado Nacional, sobre la base de una transacción entre dos grupos sociales bien definidos: los sectores cafetalero y comercial. La participación menor de otros grupos, en particular la pequeña burguesía urbana, los pequeños productores, etc., quedó enmarcada dentro de ciertos límites que, con Ricardo Jiménez, González Flores y el General Jorge Volio, primero; el partido comunista y el Centro para el Estudio de los problemas Nacionales, después, fue modificando y abriendo las brechas ya existentes en el poder de la oligarquía cafetalera y comercial.

Con el proceso de Integración Centroamericana, esa situación varió. Han surgido nuevos grupos, nuevas relaciones de clase, no completamente definidas, etc. El poder económico que se esconde detrás de los nuevos grupos, especialmente el sector gerencial integracionista, busca una modificación reaccionaria del poder político nacional y del diseño estatal. Se trata de grupos ligados a las grandes corporaciones multinacionales que urgen la libre circulación de capital y trabajo en toda el área; necesitan la “paz” social y política; buscan la seguridad de sus inversiones, etc. Todo esto se manifiesta en una tendencia por “modernizar” las estructuras militares y represivas de estos regímenes; cortar las libertades democráticas en aras de que representen un precio excesivo que es un lujo pagar para el país; sobre los criterios democráticos levantan criterios técnicos y apolíticos que aseguren ejecutividad del aparato estatal, aunque ello signifique menguar las posibilidades democráticas.

Indudablemente estamos en presencia de un conjunto de contradicciones socio-políticas que superan ya

los viejos marcos de la democracia liberal burguesa, consagrados en la Constitución de 1871. Pero en las circunstancias actuales, de débil desarrollo de la lucha popular, del movimiento sindical, de una franca crisis de los partidos y fuerzas progresistas de izquierda del país –incluso las enquistadas en partidos como Liberación y Unificación, impotentes y atadas–; contrarrestadas por un grado de agresividad y organización creciente de los nuevos grupos gerenciales, que ligados directamente al gran capital internacional cuentan con el apoyo decidido de este que ve en ellos lo que son: empleados a sueldo directo suyo, plantear la reforma total de la constitución acarrea el peligro de precipitar la entronización en la organización del estado, en su diseño y en sus aspectos básicos de formas de estructuración que debiliten aún más las ya debilitadas instituciones democrático-liberales que todavía quedan en el país.

Especialmente, existe una gran confusión entre las personas que tienen responsabilidad e influencia política, sobre esta cuestión. Cuando un señor Figueres –indudablemente el político más claro dentro del Partido Liberación Nacional– sostiene que la Asamblea Legislativa cuesta muchos miles de colones y compara el precio en moneda con lo que ahí se hace, sin tomar en cuenta el precio democrático que está implícito en toda organización que pretende dar cabida a una representación popular, está facilitando la acción de quienes buscan una modificación no liberal, no democrática de la Constitución Política. Cuando el señor Figueres viola la Constitución y entrega a los nicaragüenses detenidos a Somoza –para no hablar de la muerte de los otros– está facilitando esta erosión reaccionaria de la Constitución. Igual cuando sale del país sin permiso; o cuando la oposición guarda cauto silencio frente a las violaciones constantes que se hacen al derecho de asilo. Si esto

ocurre con personas de la visión política del señor Figueres, cuestiones más graves ocurren con otros niveles del partido y partidos existentes en el país. Ya una vez Liberación supo lo que era chocar contra un coto cerrado de grandes intereses apoyados desde el exterior. Su frustración del 48 proviene justamente de eso. Hoy, 25 años después, la situación es peor, porque los intereses extranjeros y sus representantes aquí, han sentado definitivamente sus reales ya no en la economía de enclave de la bananera, sino en la estructura productiva misma del país: finanzas, comercio, industria, etc. Reformar la Constitución ahora suena democrático y realista. Pero resulta, por la correlación real de fuerzas existentes, antidemocrático en manos de grupos neofacistas e ilusorio.

Es preferible una modificación de la Constitución por partes, conforme se vaya consiguiendo las fuerzas y recursos necesarios para orientar democráticamente esas reformas. Las gentes de mente democrática que quieren cambiar la Constitución —el todo— sería prudente que intentaran cambiar una parte de las importantes, para constatar que la correlación de fuerzas no favorece al progreso y la independencia, sino al atraso y la dependencia estructural. Nótese que ni siquiera el párrafo 2o. del artículo 98 de la Constitución ha podido ser derogado, pese a existir una conciencia generalizada de esa necesidad. Tampoco se ha podido adecuar las normas que rigen la institución de la propiedad privada para hacer medianamente efectivas las disposiciones agrarias existentes, no obstante la agravación constante del problema en el campo. Y así, se podrían enumerar múltiples aspectos que no requerirían una modificación sustancial de la constitución existente y que es posible y prudente alcanzar por partes, conforme se desarrolla el movimiento democrático popular. Fortalecer el poder ejecutivo puede ser un aspecto importante. Pero en el caso nuestro, esto no puede plantearse sin ver quién va a ejercer ese poder, a costa de qué se va a fortalecer dicho poder y para qué se quiere fortalecerlo en definitiva: si para facilitar la acción política de los sectores que buscan una nueva definición de la dependencia —a nivel tecnológico, cultural, industrial, etc.— o si para romper esa dependencia.

Si para lo primero —y no es una cuestión de intención sino de correlación de fuerzas— hay que frenar todo cambio constitucional. Si para lo segundo es

necesario entonces estar seguro que el pueblo tiene el poder y la organización y la conciencia suficiente para cumplir tal tarea. Porque romper la dependencia estructural, conforme a la Costa Rica nueva que el país necesita para no hundirse y desaparecer en la vorágine militarista y fascistoide del Caribe y Centroamérica, constituye una revolución en un sentido histórico profundo. Lo que el país necesita no es una Constitución nuevecita, o con meros parches, sino una adquisición de conciencia y organización populares primero, y una profunda transformación real después. Entonces y solo entonces se podrá llegar a una nueva constitución. La actual, con reformas, reflejará siempre la vieja democracia liberal reformada —hacia la izquierda o hacia la derecha—. La nueva constitución que el país necesita, para salir del atraso, la miseria, el subdesarrollo y la dependencia, debe esperar al surgimiento de una *nueva democracia*.

La Constitución no es un fin en sí, ni las normas una panacea que resuelva los problemas. Creerlo es caer en lo que Marx llamaba “cretinismo parlamentario”. Las mejores normas, sin poder real democrático, no servirán jamás de nada. Tocar la Constitución sin la certeza de ese poder organizado del pueblo, puede constituir el principio del fin de la democracia liberal burguesa en el país y el comienzo de una etapa neofacista que nos identifique con el resto de Centroamérica.

# Editorial sobre la Guardia Rural

*Prensa Política*, 15 noviembre, 1974

Se ha anunciado el intento del Ministerio de Seguridad Pública de fusionar la Guardia Rural, actualmente dependiente del Ministerio de Gobernación, y la Guardia Civil, a partir del primero de noviembre. Este es el intento más descarado de institucionalizar el ejército, prohibido en el artículo 12 de la Constitución Política.

Todas las tradiciones civilistas de nuestro pueblo están siendo burladas de continuo por los señores interesados en reprimir a los trabajadores y estudiantes costarricenses. Actualmente, en un país en que el ejército está prohibido, hay nada menos que 8.000 hombres en armas, contando a Guardias Civiles y Rurales.

Se gasta la enorme suma de 100 millones de colones en sostener a esos 8.000 hombres, ya que la Guardia Rural consume el 30 por ciento del presupuesto de Gobernación, y a eso hay que sumarle los gastos del Ministerio de Seguridad Pública.

La mayoría de esos 8.000 hombres han sido entrenados en la Escuela Nacional de Policía, que en realidad es una Academia Militar, por instructores preparados especialmente en técnicas militares en los Estados Unidos. Además, cuentan con el más moderno armamento, incluyendo, como lo hemos denunciado anteriormente, ametralladoras para disparar debajo del agua.

Los oficiales de la Misión Militar Norteamericana y de la AID (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional), quienes asesoran a nuestro disimulado “Ejército”, deben estarse frotando las manos ante la creación de la policía nacional. Hasta ahora, nuestro país ha sido para ellos el eslabón más débil, y no han podido romper del todo con nuestro pasado civilista. Sin embargo, desde 1965 la Guardia Civil de Costa Rica ha participado, junto con otros

ejércitos centroamericanos, en entrenamientos conjuntos, llamados Operación Águila I, Operación Nicarao, Operación Águila II, realizados bajo la supervisión del Comando Sur del Ejército norteamericano. Es indudable que la creación de la mal llamada Policía Nacional sería el último peldaño para hundir a nuestra patria en el marasmo de la militarización en que se consumen otros países del Istmo.

Sin embargo, a pesar de los trucos con que el “Coronel” Charpantier pretende pasar esta maniobra de creación del ejército, a pesar de sus pretensiones de silencio, el pueblo costarricense y sus organizaciones se van a encargar de impedir que eso pueda llevarse a cabo, liquidando por completo, como se hizo con la UPE (Unidad de Policía Especial) este nuevo intento de crear el Ejército.

Todos los costarricenses honestos deben participar activamente en esta lucha. Recuerde muy bien: la policía nacional no va a servir para velar por el orden ni para vigilar a los delincuentes. Desde principios de este año existe la llamada “policía judicial”, creada “para combatir al crimen en todas sus formas, técnicamente, de manera pertinaz y sistemática”, según dijeron en su oportunidad. Por otra parte, hace tiempo funcionan, con la mirada complaciente del Ministerio de Seguridad, cuerpos privados paramilitares, de nombre “comandos” que han sustituido a la Guardia Civil en la “protección” de los comercios e industrias. La policía nacional, con 8.000 hombres armados, para qué servirá? Seguramente el “Coronel” Lippa hizo ya una demostración, cuando llegó con gran matonería a asustar con una ametralladora a campesinos que trabajan la tierra.

Sin duda serán los campesinos, los estudiantes, los trabajadores, los que sufrirán la represión y la violencia de la Policía Nacional.



# El partido innecesario

*La Nación*, 20 de enero, 1975<sup>344</sup>

La entrevista de Enrique Benavides a don Manuel Mora, ha permitido precisar el verdadero pensamiento y el trasfondo ideológico de los chalaneos con la burguesía, y del papel de mala comadrona política que caracteriza la acción del Paso-exvanguardia. El mérito de esta entrevista es que la conducta del PASO ha sido reconocida también, de palabra. Ya aquí, ni siquiera se guardaron las formas del ritualismo dogmático.

Esa confesión preciosa, que como decimos los abogados, releva de toda prueba (al extremo de que don Enrique –léase *La Nación*– se cree obligado a derramar, alborozado, flores blancas en un “San Celerín del buen fin de don Manuel”), puede resumirse así:

## “El socialismo está muy lejano”

1. El socialismo está muy lejos en Costa Rica. En la práctica debemos olvidarlo y dejarlo como un buen propósito. Es un socialismo de intención. Pero nada más. Veamos lo que dice don Manuel a nombre del PASO: “El socialismo es una meta que está muy lejana aún”. “No será un cambio al socialismo, porque tenemos primero muchas tareas por delante... El Partido Comunista tiene una meta pero esa meta está lejana”.

2. Pero como podría pensarse en una “revolución democrática, nacional, agraria y antiimperialista, jefada por la clase obrera y su partido de vanguardia” (Programa de literatura del PASO-exVanguardia), don Manuel explicita su segundo supuesto: El peligro exterior es tan grande que no se puede hacer

realmente nada. Solo se puede conservar. Dice, muy sentencioso: “Mire, Enrique... el problema político de Costa Rica en estos momentos está más determinado por factores externos, que por factores internos. Hay amenazas de los círculos militares de Centroamérica que obedecen a imperativos del Pentágono y del Departamento de Estado”. “Esa es la tarea que nos corresponde –insistió, como recapitulando– a las generaciones presentes y futuras: defender nuestro patrimonio histórico, nuestras tradiciones democráticas, nuestra libertad, nuestra soberanía de la agresión imperialista”. No contento con enajenar su propia perspectiva política, quiere enajenar la de las generaciones “futuras”, limitándolas a la conservación de lo existente. Dice don Enrique que tuvo la impresión, en ese preciso instante, de que no hablaba con un dirigente marxista, sino con un costarricense de carne y hueso. ¡Oh, don Enrique y los liberales...! ¡Siempre identificando a los costarricenses con el conservadurismo!

## “Cambiar un poco las cosas para que sigan como están”

3. Para conservar mejor lo que tenemos –defender el *statu quo*– debemos cambiarlo un poco, poniendo a los trabajadores a la cola de los empresarios, y apoyando una política desarrollista. Con eso, la lucha contra la miseria extrema será una realidad. Como dice la canción: “Cambiemos un poco las cosas, para que sigan como están”. Dice don Manuel: “Por eso creo que una posición marxista bien entendida debe apoyar un desarrollo de la economía nacional y en general una política desarrollista que no ena-

344 París, enero de 1975, siendo Secretario General del Frente Popular Costarricense.

jene nuestras riquezas a monopolios extranjeros y que esté en manos de empresarios costarricenses y del Estado costarricense. Sin desarrollo y sin producción las políticas sociales y los proyectos contra la miseria extrema son falsos”. Le faltó franqueza a don Manuel. Esto no es “entender bien” el marxismo. Es renunciar al marxismo.

### **A Liberación le toca hacer los cambios**

4. Esos pequeños cambios y ajustes para poder conservar lo que tenemos, socialmente los harán los empresarios. Políticamente los hará Liberación Nacional, con la condición de que gane limpiamente las elecciones.

A la pregunta de don Enrique de si cree que un partido único, por ejemplo el de Liberación Nacional, podría organizar mejor el país, don Manuel responde: “A condición de que obtenga en cada caso una victoria electoral, limpia, legal... de que respete nuestro régimen democrático y constitucional”.

En cuanto a la oposición, que don Enrique pregunta si alternando con Liberación podría ejercer una función beneficiosa, don Manuel rechaza esa posibilidad, diciendo que la oposición no es un partido, sino un bloque electoral.

Al buen entendedor, pocas palabras: si el único partido que existe es Liberación, si podría organizar mejor al país; si se trata de conservar lo existente, mejorándolo; si lo que está a la orden día es una política desarrollista, encabezada por empresarios y con participación estatal, don Manuel Mora está diciendo, entre muchas palabras, y desde una social democracia dependiente, lo que el Doctor Luis Burstin ha dicho en pocas palabras, desde una socialdemocracia propia: “¡Viva Pepe, vivan sus hombres!”.

### **Don Manuel le pide a la oligarquía el mínimo vital**

5. ¿Y los trabajadores? Lo que pueden esperar del programa verdadero del PASO (no es el de literatura

para jóvenes y trabajadores), es la prenda de garantía que don Manuel da a *La Nación*, recibir el “mínimo vital”, léase “salario”, que de acuerdo con Marx está determinado por el tiempo de trabajo que es necesario para producir la mercancía. Y esto no es mucho, habida cuenta del mecanismo que determina su salario. Dice don Manuel: “Sin desarrollo, la política social es falsa. Es necesario impulsar la producción de riqueza, ya que la justicia social no se puede hacer en el aire.” (La ANFE no dudaría en suscribir este postulado). Y agrega (¡Vaya uno a saber si para acariciar sus oídos, acallar su conciencia o ambas cosas!):

“Pero esto no debe implicar un sacrificio de la política distribucionista...”, “...no deben sacrificarse los salarios vitales de los trabajadores. El trabajador produce su propia subsistencia y la de su familia, durante una porción de su jornada total de trabajo. Lo que produce después de eso, se lo apropia el capitalista. Es la plusvalía... Una política desarrollista no podría sacrificar ese salario vital, con el que el trabajador atiende las necesidades suyas y las de su prole. De manera que a la par de un programa desarrollista hay que poner en marcha una política social mínima”.

¡Qué moderado don Manuel para pedir, a favor de la clase trabajadora! Mientras don Pepe habla de salarios crecientes, calidad de la vida, y toda esa cháchara socialdemócrata, don Manuel se mueve modestamente en el mínimo vital...

Se le olvidó a don Manuel que los capitalistas darán por sí mismos ese “salario vital” (¡Vaya categoría marxista!), y esa política social mínima, porque necesitan conservar y preparar mano de obra, y porque se los imponen las leyes de la economía y la política de salarios crecientes. Por eso, lo que don Manuel pide para los obreros a la oligarquía criolla, es esto: ¡En interés vuestro, les dice a los capitalistas, no los matéis de hambre! ¡Dadles lo estrictamente necesario!

### **Un partido innecesario**

6. En resumen: El PASO plantea para la Costa Rica de hoy esta tarea: desarrollo económico, con justicia social. De esto, al “Vote a ganar”... no hay más que

un “paso”. Y, ¿dónde quedó el “vote por el poder popular”? Lo de “no se trata de cambiar un presidente”, “Reforma agraria, radical y verdadera”, “hegemonía de la clase obrera”, etc.? ¡Consignas literarias de la campaña política! La realidad: ¡Desarrollismo más justicia social! Nada más.

No en vano esos sillones y estantes de Carmen Lyra<sup>345</sup>, que enmarcan la entrevista como despojos de un naufragio ideológico y político, fueron testigos de la visita de ese señor gordo, sonriente y locuaz de Haya de la Torre, allá en los años treinta. Es el itinerario que lleva del marxismo revolucionario, a la socialdemocracia vergonzante.

Porque lo que Manuel Mora propone para Costa Rica es una tibia socialdemocracia reformista. Y para eso, ya está Liberación Nacional. Un partido revolucionario, capaz de combinar lo mejor de la experiencia de Vanguardia Popular, y retomar la ruta auténticamente nacional, sin ataduras externas, solo se da en el Frente Popular Costarricense. El PASO, ni puede jugar el papel del Partido Liberación Nacional, ni tampoco se asigna ningún significado revolucionario.

¿Para qué existe entonces? El Padre Benjamín Núñez habló de la Universidad Necesaria. Don Manuel, con sus declaraciones nos ha demostrado que en Costa Rica hay un partido innecesario: El PASO.

---

345 Seudónimo de la escritora comunista costarricense María Isabel Carvajal Quesada.





# Socialistas de palabra, contrarrevolucionarios de hecho

*Prensa Política* n.º 40, I edición de diciembre, 1975

En política, donde menos se espera aparecen excelentes lecciones que no debemos olvidar.

En este caso, se trata de la manera en que los miembros del partido exvanguardia PASO (Partido Acción Socialista), a nivel de dirección, escriben la historia y emplean las armas en la lucha política.

Decimos esto porque recientemente aparecieron en su periódico *Libertad* dos artículos, uno del señor Ferreto y otro de un señor Beto Vargas que al parecer trata de asegurarnos que en el partido hay más de un modelo único de sectarismo, dogmatismo y servilismo cerril con la Unión Soviética.

No nos interesan aquí, en absoluto, los calificativos que nos dedican. Ni los sitios adonde nos mandan. Eso solo nos demuestra que donde apretamos —su complicidad histórica con el imperialismo yanqui al que dicen combatir— duele. Y que por eso gritan.

Nos interesan, sí, dos ejemplos para sacar algo positivo para nuestro pueblo.

En primer término, para insultarme se recuerda la existencia de un sujeto argelino, de quien se dice era considerado por el gobernador de Argelia como su último recurso contra el Frente de Liberación que luchaba contra el colonialismo francés. El PASO nos dice que ese papel lo cumplimos ahora nosotros y que como ese movimiento seremos barridos por la revolución.

Claro que esto es para engañar bobos, estudiantes ingenuos y salvar la vergonzosa historia de su partido. La verdad es otra. La verdadera carta del colonialismo francés en Argelia, fue el Partido Comunista francés. Este, siguiendo una línea internacional cuya aplicación defiende ahora el PASO, con muchos años de retraso, sostuvo la tesis de que los argelinos no

debían luchar por su liberación nacional. Que debían esperar hasta que el socialismo triunfara en Francia con el Partido Comunista y así liberar a la clase obrera francesa y poner en el cielo socialista de rebote la estrella argelina.

El Partido Comunista de Argelia puso en práctica, servilmente, la consigna, con el aplauso de los repetidores de por estos lados. Solo cuando el Movimiento de Liberación Nacional logró triunfar, con el apoyo del pueblo argelino, en una y otra batalla, sin hacer caso a las sabias recomendaciones de los Ferretos y Vargas franceses, fue que corrieron a “apoyar” calurosamente la lucha de los argelinos. Porque quien triunfó allí fue un Frente de Liberación Nacional de Argelia, ya que el Partido Comunista brilló por su ausencia en la lucha armada.

Si los argelinos hubieran atendido las recomendaciones del Partido Comunista Francés y su apéndice argelino, todavía estarían esperando su “liberación”. Por eso la verdadera carta de triunfo del colonialismo francés no fue el Partido Comunista de Francia. Por algo Ho Chi Minh decía a estos revolucionarios metropolitanos: “¡Cuidado! Oyéndolos a ustedes he tenido la impresión que todos querían matar la serpiente golpeándola por la cola. Al hablar de la revolución, ustedes olvidan las colonias”.

Así sirven al imperialismo, usando al marxismo, al socialismo y a la revolución, los socialistas de palabra y contrarrevolucionarios de hecho.

En segundo lugar, el señor Ferreto deja pasar la siguiente frase en contra mía: “que hace un postgrado en París con una beca de origen inconfesable”. Esto importa, pero no porque constituya ningún cargo, ya que los documentos de la oficina de asuntos internacionales de la Universidad son públicos, el Presidente de la Federación de Estudiantes de la Univer-

sidad de Costa Rica (FEUCR) pertenece al PASO y todo el mundo puede ver que realizo mis estudios no por beca sino por préstamo de la Universidad de Costa Rica.

Interesa en otro aspecto esta cuestión: cómo se utiliza la difamación para eludir la argumentación política. Cómo se recurre a infamar la honorabilidad personal de un individuo, no su credibilidad política. Al mismo tiempo, en otros lugares, se reclama consideración y respeto para quienes utilizan cotidianamente el arma de la injuria y la calumnia.

Este procedimiento es típicamente fascistoide. Goebbels fue un maestro en ese campo. Aquí, claro está, son mucho más pobres: son tan burdas sus mentiras, que a nadie engañan.

Sin embargo, esto demuestra que existe un fascismo de izquierda, cuya consecuencia más inmediata es pasar del terror verbal al terror físico: como con Bujarin y tantos otros, posteriormente “rehabilitados”.

Por eso es exacto aplicar a quienes usan estos métodos nazis de lucha política el único nombre que les corresponde: socialfascistas.

# Respuesta al PASO

Foro de *La Nación*, 4 de diciembre, 1975<sup>346</sup>

El PASO, ex Vanguardia, se ha pillado tres veces sus dedos públicamente: la primera vez fue con las 200 millas, que ellos primero defendían contra Estados Unidos, luego dejaron de defenderlas cuando la U.R.S.S., presionada por 77 países del tercer mundo, cambió de posición y aceptó las 200 millas de mar patrimonial. La segunda vez fue con el movimiento revolucionario en Costa Rica: después de haber embaucado a muchos jóvenes y trabajadores con el cuento de una revolución democrática, agraria, anti-imperialista jefada por la clase obrera y su partido, don Manuel Mora salió a la prensa y dijo la verdad: su lucha es por mantener lo que tenemos, darle al trabajador un mínimo vital, desarrollismo económico bajo la jefatura de los empresarios. Lo demás, puros cuentos de camino. Finalmente, la tercera vez fue en el affaire de Pueblo, la Agencia, Interamericana y los dirigentes del PASO, todos en una verdadera orgía de coexistencia pacífica, hasta que cada superpotencia creyó oportuno poner orden en casa y jalar para sí los respectivos hilos.

En esas condiciones, el PASO no puede permitir una alternativa de izquierda nacional, revolucionaria, auténticamente costarricense, no dependiente, ni cipaya. Necesita clasificarnos de algún modo: o con los Estados Unidos junto al Movimiento Costa Rica Libre, lo cual es delirante y a ellos mismos les suena terriblemente truculento, o con la República Socialista de China, con lo cual su espectro político se facilitaría enormemente: allá los pro yanquis, aquí los pro rusos y acullá los pro chinos. En una palabra necesitan poner las cosas para que parezcan que todos estamos untados de servilismo a lo extranjero, incondicionalidad con alguna potencia, instrumentalizados como correas de transmisión de alguna po-

lítica exterior extranjera. Pues no. Con nosotros, en el Frente Popular Costarricense, eso no se va a poder.

Admiramos a China por sus gigantescos logros y su correcta línea de coexistencia pacífica sistemáticamente tergiversada por los falsos pacifistas. Pero no somos incondicionales de nadie ni entendemos la amistad como el PASO, es decir, como servilismo y entreguismo. Para nosotros el marxismo no es un cordón umbilical que nos ata a ninguna potencia ni país. Para nosotros el socialismo y la revolución no son tarjetas de visita que autorizan la inscripción, a manera de patente política, en un registro de una nación extranjera.

No somos ni seremos dependientes ideológicamente, política ni financieramente. Queremos construir, y esa es nuestra tarea, nuestra propia visión de los problemas nacionales, nuestra propia estrategia y táctica y responder con nuestras respuestas a los problemas de nuestro pueblo.

Es claro que en materia internacional estamos contra el hegemonismo de grandes superpotencias. Porque ese hegemonismo permite que esas superpotencias pongan las armas y nosotros los muertos, utilicen en su beneficio el intercambio desigual, pongan en práctica los préstamos atados que permiten controlar a su voluntad la vida de los pueblos, y practiquen con los países más pequeños políticas de abierta intervención.

Costa Rica necesita una generación de hombres libres, en cuerpo y alma, sin telarañas mentales del pasado, ni alambradas de púas que –en nombre de un monopolio de la verdad–, impidan el pensamiento

---

346 París, diciembre de 1975, siendo Secretario General del Frente Popular.

creador en aras del dogma. Costa Rica necesita liberarse de las cadenas heredadas del pasado y actual presente dependiente de los Estados Unidos pero sin caer en nuevas dependencias. Crear nuestra propia concepción de la revolución y del partido, del período de tránsito a formas superiores de organización social, de formas de participación democráticas reales y operantes.

En esta visión nada tienen que hacer los serviles de lo extranjero. Ni los que defienden sus intereses materiales que los identifican con la política imperialista norteamericana, ni los que por oportunismo y abandono de la política revolucionaria, han sustituido de hecho el socialismo y el servicio al pueblo, por la genuflexa actitud de títeres del socialimperialismo, dispuesto a sacrificar siempre, en aras de sus intereses de superpotencia, los intereses y derechos de un pueblo pequeño como el nuestro.

Por eso la lucha por la liberación nacional de nuestros países es una lucha contra el imperialismo norteamericano, pero también y de manera esencial, es la lucha contra el socialimperialismo y sus lacayos criollos, que son portadores de una dependencia, solo que desde el seno del pueblo y diciéndose portavoces de la clase obrera.

La lucha consecuente contra el imperialismo pasa por la lucha consecuente contra el revisionismo nacional e internacional.

# Respuesta al Semanario Libertad

*Excelsior*, 6 diciembre, 1975

Cada vez que la actual dirigencia de Paso-exvanguardia en una crisis moral y política que se agrava día con día, se ve imposibilitada de encontrar argumentos, recurre al terrorismo verbal.

En el pasado, este procedimiento lo llevaba adelante un único representante que recurría al arma del terrorismo verbal por falta de imaginación, cultura y habilidad políticas.

Hoy no lo hace solo el señor Ferreto. La excepción se convirtió en regla, pero con un pasado que abona la tesis de que el grupo político que ha terminado en tal desván de desechos es incapaz de hacer otra cosa que servir de correa de transmisión a políticas extranjeras. Veamos.

En su época calificaron a Sandino de traidor y vendido al imperialismo. Posteriormente, guardaron silencio sobre el anatema, dado que el héroe de las Segovias tenía un puesto por derecho propio en el corazón de América. Entonces intentaron usarlo. Pero como el ejemplo de Sandino prendió en un grupo de jóvenes no controlados por el PC de Nicaragua, agente de Somoza y compañía en el seno del movimiento obrero y popular nicaragüense, entonces dieron el siguiente “paso”:

Declararon al Frente Sandinista maniobra del imperialismo y a Carlos Fonseca Amador agente de la CIA y de Somoza. Como en Costa Rica hubo entonces una organización revolucionaria que salió a defender a los patriotas nicas, el MRA, con don Otto Castro, Sergio Eric Ardón y José Francisco Aguilar Bulgarelli, hubo una extensión del terrorismo verbal: se calificó a estas personas de agentes de la CIA, hipócritas, cobardes, etc. Las concepciones de estos jóvenes de izquierda no controlados por exvanguardia-Paso, los acercaban mucho a la Revolución Cu-

baña de la Tricontinental, de la OLAS, de la crítica al burocratismo soviético al intercambio desigual, etc. Entonces dieron el tercer “paso”:

Quitaron todo apoyo real a Cuba, y como en la U.R.S.S. hicieron desaparecer las fotos del Che y pusieron a la Isla en cuarentena política. Internacionalmente se declararon de acuerdo con Aníbal Escalante, condenado por Fidel y modelo ideal de Ferretos grandes y chicos. Cuando murió el Che dieron otro “paso” más:

Celebraron su muerte, lo enterraron (aún antes de que se hubiera confirmado su muerte) con fruición y se alegraron en el sacrificio de su vida y del fracaso de su teoría del foco.

Cuando viajaban a China, esta era el mejor de los mundos. Ferreto hasta envió a sus parientes a vivir allá varios años, y cuando vinieron las divergencias con Rusia su conducta fue típica: continuaron con la agencia noticiosa china Sinjua abierta, pero con los cables censurados. Nadie del partido exvanguardia popular conoce las tesis chinas originales si no la versión soviética que las refuta. Inmediatamente declararon traidor y agente de la CIA a Mao Tse tung.

Hoy, para los jóvenes, cantan loas a Sandino y publican a colores las fotos del Che. Ambos deben revolverse en sus tumbas, ante semejante farsa. Llaman compañeros al MRP-FEP, aunque con la vara de la calumnia en alto para disuadirlos de un mal comportamiento.

Por lo que hace al Frente Popular, al que pertenezco, no saben qué hacer. Le han adjudicado toda su amplia gama de adjetivos, agente de la CIA, fascista, le han definido maoísta, etc. Es claro que con sus insultos lo que buscan es quitarle a nuestro pueblo la única

opción de izquierda nacional, revolucionaria y anti-imperialista. Quieren bajarlo al nivel del Paso, que ya es mucho decir, porque no pueden soportar una izquierda independiente, que no es cipaya ni servil.

Su inútil verbalismo, por absurdo, es inconsecuente y los conduce a un camino peligroso. Ya nos han acusado, y esto es en verdad sorprendente por lo audaz, de terroristas. Con ello, en realidad anuncian que la impotencia de su terrorismo verbal va a ser sustituida por un terrorismo real. ¿Otros procesos como los de Moscú en 1936? ¿Otros atentados como los perpetrados contra el Partido Obrero Unido Marxista (POUM) español en 1936? ¿De qué se trata? ¿De ocultar su complicidad en el affaire de la Interamerican Foundation, Pueblo y los dirigentes del PASO?

En cualquier caso, lo que es evidente es que la “ferrretización” del Paso-exvanguardia es una demostración más de que el dogmatismo, la intransigencia, el odio y la incultura, son terreno abonado para nuevas formas de fascismo, o más claramente aún, para el desarrollo del socialfascismo.

# Los verdaderos cambios en Europa

*La Nación*, 12 de agosto, 1976

El Lic. Benavides, autor de *La Columna*, ha dedicado bastante espacio los últimos días a analizar la posición del Partido Comunista de España. Sin embargo, ese partido no es sino una pequeña parte de lo que ahora se ha dado en llamar el euro-comunismo, sobre el cual la izquierda cipaya criolla no ha dicho ni tus ni mus.

Partidos europeos se liberan del tutelaje de la U.R.S.S.

Concretamente, el problema reside en que en Europa ha hecho su aparición un movimiento entre los partidos comunistas más fuertes y experimentados, por librarse del tutelaje de la Unión Soviética. El precursor lo fue Palmiro Togliati, quien por la experiencia adquirida bajo el seudónimo de Ercoli en la Internacional, pudo sortear la excomunión cuando proclamó, primero que todos, su teoría del policentrismo.

La idea cundió posteriormente, a través de Luigi Longo en Italia y —¿por qué no?— de Garaudy en Francia. El que aquí el eurocomunismo nos tome por sorpresa, se debe a la ceguera e ignorancia de los reaccionarios, y a que la izquierda lo que hacía era informarse de la situación internacional a través de los cables de la Agencia Tass, tan hábil en escamotear y distorsionar los hechos como la United Press International (UPI) y otras agencias imperialistas, que palidecen de envidia ante un rival que las supera.

Pues bien, el llamado “eurocomunismo” es un esfuerzo de los partidos nacionales de Francia, Italia y España, sobre todo para afirmar varias cosas fundamentales, que los separan y distinguen de la práctica política del “Partido Comunista de la U.R.S.S.”.

- a) el derecho de cada país de encontrar su propia ruta al socialismo, sin copiar modelo alguno en general, ni el soviético en particular.

- b) rechazo de la dictadura del proletariado, más que por su significado teórico-político, por su identificación con la forma tiránica, antiobrero y antipopular que adquirió históricamente en la U.R.S.S., esencialmente burocratizada y contrapuesta a lo que es democracia socialista.

- c) oposición a la política expansionista soviética, que trata de imponer como único su modelo de revolución, y de establecer su hegemonía sobre otros partidos y pueblos. Notablemente, los tres partidos dichos condenaron la brutal e imperialista intervención soviética en Checoslovaquia, y las amenazas dirigidas —con los aplausos del Paso-exVanguardia en Costa Rica— contra Rumania.

(El Partido Comunista español sobre todo tuvo que afrontar el intento hecho desde Moscú de dividirlo, por su actitud independiente, lo que no pudo lograrse gracias a la influencia de la actual dirección del PC español entre las masas obreras, fuera y dentro de España).

- d) afirmación de la posibilidad de un tránsito pacífico al socialismo, que preserve las libertades democráticas más arraigadas en las masas, como libertad de expresión, de ideas, el pluripartidismo, libertad de prensa y reunión, individual y de tránsito, etc. El respeto a dichas libertades se presenta no como cuestión de táctica sino de principios.

Partidos europeos han condenado violaciones de la U.R.S.S. a la democracia socialista.

Todo lo anterior lleva a condenar las violaciones que se hacen en la U.R.S.S., a nombre del socialismo, de la democracia socialista. Sintomáticamente, esos



partidos gestionaron la libertad de Leonid Pliutch, el famoso matemático encerrado por disidente en un hospital psiquiátrico, y liberado gracias a la gestión de Amnistía Internacional, la misma que gestiona la libertad de José Luis Massera, comunista, en el Uruguay, en ambos casos con el apoyo del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista Italiano. Ambos partidos condenaron también la existencia de campos de trabajo forzado en la U.R.S.S.

Estas son solo algunas perlas de muestra de adónde ha conducido al movimiento revolucionario mundial, la política hegemónica y expansionista soviética, que ha sustituido lisa y llanamente los intereses de la revolución proletaria mundial por sus propios intereses de gran superpotencia.

Sin embargo, aquí en Costa Rica, Don Manuel Mora y don Arnoldo Ferreto estuvieron en el congreso del partido francés y, por las declaraciones que dieron luego, como que no se quisieron enterar de lo que ocurría. ¿Por qué? Para seguir inflando su balón huequeado. Para seguir haciendo creer, especialmente a la juventud, que todo marcha bien, que el “comunismo” avanza, que marxismo-leninismo e incondicionalidad con la Unión Soviética son sinónimos.

Otros datos importantes

Si sumamos a todo lo anterior que existen en Grecia dos partidos comunistas: uno real y operante, llamado del “interior” porque opera dentro de Grecia, muy bien organizado y que efectivamente participó en el derrocamiento de la dictadura; y otro formal y literario, llamado del “exterior” porque no opera en Grecia sino en la U.R.S.S. y tiene su existencia en virtud del reconocimiento de esta, aunque carece de bases en su propio país.

Si a ello agregamos que el Partido de Holanda no participa en ninguna de las reuniones convocadas por la U.R.S.S. y que el partido español, después de autocriticarse por su antigua posición con relación a China, reconoció a través de Carrillo, su secretario general, que el carácter de la U.R.S.S. ha cambiado, resulta que hay cosas nuevas e importantes en Europa y el mundo.

Primero que nada, que el movimiento revolucionario se aclara a sí mismo y descubre, lenta pero inexorablemente, el verdadero carácter social-imperialista de la U.R.S.S. Segundo, que detrás de un marxismo-leninismo prostituido por su nuevo carácter de clase, los revisionistas soviéticos esconden su carácter de clase: una clase burguesa burocrática de nuevo tipo que monopoliza la economía, el partido y el Estado. Tercero, que la lucha y las contradicciones que hoy se dan entre los partidos llamados comunistas de Europa y el padre del social-imperialismo soviético, es una lucha entre revisionismos que empuja a esas naciones a:

El nacionalismo burgués y pequeño-burgués.  
El rearme y la preparación de una nueva guerra.  
Una política de explotación y sometimiento del tercer mundo a su favor.

Pero nuevas esperanzas se levantan.

Junto a esta línea contraria a la revolución, se levantan nuevas organizaciones y con ello nuevas esperanzas. Estas, sin dejarse amellar por la traición de los revisionistas, reivindican el momento nacional, afirman la originalidad necesaria del tránsito al socialismo en el tercer mundo, y rechazan las deformaciones chauvinistas y burocráticas que imperan en países como la U.R.S.S., donde la dictadura del proletariado, como forma superior de organización de la sociedad socialista —según la concibieron Lenin y Marx— degeneró rápidamente en dictadura burocrático-terrorista de un grupo de explotadores que han sustituido al partido, a la clase y a las masas.

El mundo capitalista está en crisis.

El movimiento revolucionario mundial está en crisis.

Pero mientras que el primero no tiene salvación, y se debate en los estertores de la muerte y la descomposición, el segundo es simplemente la búsqueda de un camino correcto, sobre nuevas experiencias y para nuevas y más grandiosas victorias.

# La crisis política

*Prensa Política*, julio, 1977

## **La verdad sobre la crisis de los partidos burgueses**

El panorama político costarricense aparece, para algunos observadores, muy confuso. Se ven tantos grupos y fracciones luchando por el poder, que la gente piensa a veces que de verdad la política es muy enredada.

Nosotros creemos exactamente lo contrario. Si aplicamos un método científico de análisis entonces lo que nos parecía oscuro y confuso, resultará claro como el agua. Ese método científico no es otro que el ver, detrás de las opiniones y declaraciones rimbombantes sobre la patria, la moral y otras cuantas cosas más que usan poner en mayúsculas, los intereses concretos de clases y fracciones de clase que se esconden detrás de ellos.

## **El Partido Liberación Nacional**

Aquí la lucha se expresa entre dos grandes grupos: el grupo Figueres y el grupo Oduber. Para algunos es una cuestión personal entre ambos dirigentes. Nosotros pensamos que, efectivamente, aquí hay una discordia entre ambos jefes del PLN. Pero eso no basta para explicarse el fenómeno. Si queremos encontrar una respuesta debemos profundizar en la cuestión y ver entonces cuáles fuerzas sociales se esconden detrás de cada dirigente.

Pues bien: detrás de Figueres está el grupo de “empresarios-políticos”, que hicieron fortuna y desarrollaron una importante actividad empresarial, agrícola, industrial o comercial, de tipo privado pero a partir de un apoyo sustancial del aparato estatal y en

particular de la banca nacionalizada. Este grupo tiene dos cabezas: la propiamente política, que por transitar las rutas burguesas de ese quehacer, ha resultado ensuciada por el lodazal de los medios que ha utilizado tanto para enriquecerse como para obtener y controlar el poder político. La propiamente empresarial, representada por don Jorge Rossi, que exige una privatización plena de la actividad empresarial y pide una pureza ética y política que niega hoy las prácticas que fueron ayer indispensables para obtener el poder político e impulsar al empresario-político en la actividad productiva.

Los cargos de malagradecidos de unos contra otros y de corruptos, se complementan magníficamente con los problemas de los “burócratas-empresarios” contra la utilización del Estado para desarrollar y apoyar empresas particulares por la confusión entre el empresario y el político.

Este grupo es el que se encuentra políticamente detrás de Daniel Oduber Quirós —aunque este en realidad pertenece, socialmente al de los empresarios-políticos de Figueres— y tiene como candidato a don Luis Alberto Monge. Se trata, ni más ni menos, que de la nueva burguesía burocrática. Esta demanda, en nombre de la socialdemocracia y el pueblo trabajador, una ampliación de los servicios y de la función del Estado, lo que en buen romance quiere decir una ampliación de su esfera de influencia, un aumento de sus privilegios, un incremento de los poderes que le depara su función y la creación de una base social y política segura para saltar, cuando las cosas estén maduras, a la actividad privada empresarial, desestatizando oportunamente, las empresas que ya pueden ir controlando privadamente para su propio y exclusivo beneficio. Porque no hay que engañarse del “socialismo” de algunos de estos buenos burgueses bu-

rócratas: es un “socialismo” de carencia, de mientras tanto. Por lo mismo no es ningún socialismo real: es simple capitalismo de estado. La intervención del Estado es para que otros no se apropien de la actividad y asegurarse así un coto cerrado para su actividad. Pero en cuanto cambien sus dientes de leche socialistas por una verdadera dentadura capitalista de Estado, se verán lanzados a la órbita capitalista privada, privatizando los servicios públicos y actividades económicas hasta ese momento en manos del Estado. Así como hoy su estatismo es simplemente “ahora no”, ya que carecen de la fuerza todavía para tomar el negocio por sí solos y para su usufructo necesitan el poder del aparato estatal, mañana su voracidad capitalista —expresada hoy en privilegios de función, altos salarios, etc.— saltará con un “ahora sí”. Porque para entonces ya habrán reunido fuerza suficiente para tomar por sí solos lo que se creó, desarrolló y financió el esfuerzo colectivo de los costarricenses.

### **La oposición: de Carazo a Mario Echandi**

El sector empresarial privado y la burguesía gerencial integracionista y la vieja oligarquía cafetalera, ciertos sectores medios descontentos, rurales y urbanos, así como grupos de grandes comerciantes, buscan en las filas de enfrente de Liberación un cobijo político. Claramente, el grupo de don Mario Echandi representa a la vieja oligarquía cafetalera. A pesar de la debilidad de esa fracción de la clase dominante, apenas compensada transitoriamente, por altos precios del grano, políticamente continúa contando con una gran importancia. Echandi busca con Jorge González Martén y Miguel Barzuna, una simbiosis, una unidad que les permita subsistir a ambos, entre la vieja burguesía cafetalera y el nuevo grupo gerencial integracionista. La primera ha perdido mucha fuerza, ciertamente; pero conserva aún la suficiente para ser tomada en cuenta. La segunda por la crisis y límites del mecomún, ha adquirido la bastante fuerza como para exigir ser oída y tomada en cuenta, pero no la suficiente para imponer por sí sola su criterio. Barzuna, entre Echandi y Martén de un lado y Carazo de otro, pretende jugar el papel de unificación de esas diversas fracciones burguesas, trata también de no perder la base de pequeña burguesía urbana y rural que sigue en Carazo el viejo

mensaje liberacionista “renovado”, para satisfacer sus demandas insatisfechas por el enriquecimiento de unos pocos afortunados “figueristas” y la frustración de la mayoría de ellos.

Sin percibirlo con toda claridad, Carazo, en un primer momento, reflejó bastante bien las aspiraciones de los elementos pequeño-burgueses del país, empresarios pequeños y medianos, intelectuales, profesionales, funcionarios, etc. En realidad, Carazo parece haber querido seguir representando a esos sectores —pequeños productores de café, etc.—. Pero urgido de una ideología sustitutiva de la liberacionista, terminó abrazando la democracia-cristiana, demasiado radical en vocabulario y medios a los ojos de la gran burguesía cafetalera, comercial y empresarial privada. Esta, recelosa de la experiencia chilena e italiana, mantiene profundas sospechas sobre el pasado liberacionista de Carazo, que lo convierten a sus ojos, ya en empresario-político a lo Figueres, ya en político-empresario a lo Oduber, pero en cualquier caso en elemento extraño al círculo propiamente empresarial integracionista, comercial y cafetalero, que reclama el poder para sí.

En esta lucha de clases en el interior de la oposición burguesa del gobierno, el grupo de Junior Calderón solo sirve para atrapar en la red a elementos calderonistas que no se dan cuenta de que el hijo del doctor no representa en absoluto los mejores ideales de su padre. Todo lo contrario: reúne en sí el más grande error del calderonismo en los últimos años: querer congraciarse con la vieja oligarquía cafetalera que persiguió y despreció hasta el final al “culpable” de la reforma social de los años 40 en Costa Rica.

### **La unificación nacional**

El grupo que postula la candidatura de don Guillermo Villalobos Arce se mueve en el viejo esquema calderonista: herederos del doctor Calderón, compañeros suyos en el exilio y la persecución, héroes de las garantías sociales y, sobre todo, antiliberacionistas radicales. En realidad, nada de esto es cierto y nuestro pueblo lo sabe. Se trata de un grupo político que subsiste por la inercia de un pasado de gran significación histórica para el país pero de cada vez

menos fuerza política. Pero sobre todo es un grupo social sin perspectiva: ¿cuál es el planteamiento programático? ¿Cuáles son sus diferencias políticas e ideológicas reales con el grupo en el poder? ¿En qué consiste su proyecto de desarrollo para Costa Rica que los diferencie realmente de los otros grupos políticos? En pocas palabras: ¿con qué equipo y con qué programas, en qué dirección y sobre cuáles proyectos concretos de desarrollo, gobernaría don Guillermo Villalobos en el remotísimo caso de ganar la presidencia de la República? Ni tiene programa, ni tiene proyectos, ni resume las aspiraciones de grupos sociales definidos en el país, ni constituye una alternativa definida de futuro. Su esencia es el pasado, su razón de existir conmemorativa, su vida política necrológica.

Pero además, obligado por las circunstancias, el unificacionismo ha tenido que co-gobernar. Forzado a ser en apariencia intransigente, ha tenido que hacer arreglos por debajo. El precio político ha sido la regalía: el caso de cuatro-tres en las instituciones autónomas. Con ello ideológica y políticamente, se asimila al grupo burocrático-burgués de Liberación, asume todos los errores y vicios de este y se gana la desconfianza tanto de la vieja burguesía adversaria por las reformas del 40 como la nueva integracionista que no le ve futuro, sin derivar tampoco los pingües beneficios que han hecho a su socia liberacionista, rica, con poder e influencia en el Estado y auténtica representante de un nuevo sector burgués explorador en el país.

### Otros partidos y fracciones

Hay desde luego, otros movimientos políticos que expresan, sobre todo, el descontento de la pequeña burguesía rural y urbana. Cuando surge un partido como el Reformista en San José, o el Agrícola Cartaginés, en realidad lo que se está poniendo de manifiesto es la inconformidad de la pequeña burguesía con el cuadro político nacional. Las vacilaciones y concesiones crecientes de Carazo y la diferenciación social en el interior del Partido Liberación Nacional no logran satisfacer a las masas populares. La crisis económica y social del país encuentra su expresión en una profunda crisis política y partidaria. Las frac-

ciones parlamentarias, que quieren aparecer como partidos, surgen y desaparecen en cuestión de meses. Las inscripciones, desinscripciones, partidos inventados, alianzas ficticias, etc., solo expresan la profundidad de la crisis.

### ¿Adónde conduce la crisis?

Las masas populares, en las condiciones dichas, no pueden encontrar solución a sus problemas fundamentales en el viejo esquema político del país ni en las falsas monedas políticas con que quieren engañarlo. La fragilidad de los intentos politiqueros ante la dureza de la crisis nacional ponen cada vez, más en evidencia que el único camino es la lucha por una Nueva Democracia que erradique del poder a las alianzas entre los grandes sectores capitalistas y pongan en su lugar un nuevo bloque hegemónico de poder: el constituido por la alianza de la clase obrera, los campesinos y la pequeña burguesía democrática, con la participación de los sectores patrióticos de la burguesía nacional. Pero para ello es indispensable no simplemente participar en elecciones, sino construir las organizaciones populares revolucionarias capaces de levantar un auténtico poder popular, y en primer término su Estado Mayor revolucionario constituido por un auténtico partido del pueblo trabajador costarricense.

### El papel del revisionismo y el socialimperialismo

Para alcanzar esta salida democrática y progresista a la crisis, en favor de nuestro pueblo, es preciso evitar que los socialimperialistas soviéticos, y sus instrumentos los revisionistas criollos, enquistados en la dirección del Partido PASO-exVanguardia, metan sus manos y aticen la hoguera en la búsqueda de los fines particulares de esa otra superpotencia imperialista, en que se ha convertido la Unión Soviética.

Los coqueteos evidentes de algunos elementos progresistas de la burguesía burocrática, con los revisionistas y los socialimperialistas, resultan no solo negativos para ellos mismos sino peligrosos para nuestro

pueblo. Esos elementos, desconcertados por las propias mentiras de su recién pasado anticomunismo, se deslumbran ante aspectos aislados de relativo éxito en las experiencias del capitalismo monopolista de Estado ruso. Olvidando la función de vitrina que han puesto jugar a otros países, no ven ni que se trata de aspectos elementales y no de un desarrollo nacional independiente, ni que detrás de ello está una financiación política que no se está dispuesto a suministrar para el resto de la América Latina. En suma, que se trata de un espejismo cuyo precio se busca paguen nuestros pueblos; y que garantiza en otro sentido que aquí no se va a repetir la experiencia que se quiere presentar como modelo.

Lo grave de todo esto es que, bien intencionado o tentados de otras muchas maneras ya conocidas en Costa Rica desde los negocios del café en 1969-1970, quienes así muestran devaneos con los socialimperialistas soviéticos y los revisionistas criollos, introducen un factor internacional que agrava la crisis, en la medida en que la convierte en punta de lanza contra la seguridad nacional de los Estados Unidos.

La contradicción de nuestro pueblo con el imperialismo norteamericano, es convertida así, en manos de revisionistas, socialimperialistas y progresistas burócratas transidos de ingenuidad, en la contradicción entre las dos superpotencias. Y nuestro país y su pueblo, en campo de batalla entre ellas, como lo fue Angola.

Por lo anterior, resulta claro que es decisivo en este momento, tanto para Costa Rica como para Centroamérica, infligir una derrota a quienes quieren sustituir una forma de dominación imperialista, en franca crisis, por otra socialimperialista, disfrazada de socialista y revolucionaria.

Ese camino ya se transitó en Chile y hoy quiere repetirse en Costa Rica. Corresponde a las masas trabajadoras del país impedir que nuestro pueblo sea convertido en simple ficha en el juego de esas dos superpotencias.

# Ningún empresario de la Unidad financió nuestra campaña

Periódico *Universidad*, 13 de marzo, 1978

Rodolfo Cerdas:

“Ni COFISA, ni don Rodrigo Madrigal Nieto, ni ningún empresario del Partido Unidad pusieron un céntimo para nuestra campaña política”, asevera el diputado electo por el Frente Popular Costarricense, doctor Rodolfo Cerdas.

El doctor Cerdas hizo una visita a *Universidad* y dialogó de esta manera con nuestros redactores:

Rafael A. Ugalde Quirós: existen documentos que dan cuenta de su militancia en el partido Vanguardia Popular e incluso aparece usted en cargos de dirigencia juvenil. Durante ese período de militancia usted se definió como marxista leninista. ¿Sigue usted sustentando la doctrina marxista leninista?

Rodolfo Cerdas: Sí, yo creo que soy marxista leninista, pero creo que el marxismo leninismo no es una versión dogmática, que sea una especie de ropaje que uno se quite y se ponga, sino que el instrumento de análisis y acción social, que debe adecuarse a las condiciones concretas en las cuales le toca a uno actuar. En esas circunstancias ser marxista leninista en Costa Rica, significa tomar parte del Frente Popular, aunque el Frente Popular como organización política no sea en sí mismo un partido marxista leninista.

R.A.U: Según Manuel Mora en la polémica que sostuvo con usted en *Excelsior* en diciembre pasado, el Frente Popular se declara nacionalista, Tercer Mوندista, solidario con Vietnam, Camboya y China. ¿Como usted ha dicho que el Frente Popular no es marxista leninista podría asegurar que se inclinan por una línea maoísta?

R.C: No. El Frente Popular no se inclina a una línea maoísta. El Frente Popular retoma de Lenin, retoma

del pensamiento de Mao Tse Tung y retoma del pensamiento de los clásicos socialistas lo que considera mejor y más aplicable a la realidad del tercer mundo. El Frente Popular se define a nivel internacional como un movimiento al lado del tercer mundo.

Usted negó tener relaciones con los maoístas, sin embargo el Frente Popular hizo una campaña electoral basada en ser una izquierda nacional con sello, que dio bastante resultado. Además atacó lo que ustedes consideran el revisionismo y social imperialismo y espero en esta oportunidad no mutilar parte de sus estudios. Usted en el Tomo 1 de la *Lucha política en Costa Rica*, página 67, asegura que esta crítica al revisionismo la realizó Mao Tse Tung. ¿Cómo explica usted esta coincidencia de terminología y filosofía?

Es muy interesante que usted solo subraye la coincidencia verbal y conceptual mía con Mao Tse Tung en este aspecto, y efectivamente hay una coincidencia, y yo no tengo por qué ocultar esa coincidencia. Me parece que Mao Tse Tung ha hecho aportes muy importantes a la teoría del socialismo internacional y yo creo que el socialismo como conciencia tiene una validez universal. Esto es una cosa. Otra cosa es convertir un modelo de desarrollo socialista en un modelo de validez universal; hay una diferencia muy importante. Efectivamente, Mao Tse Tung le ha dado al movimiento del tercer mundo contribuciones decisivas y quien las ignore, lo siento por él, porque está ignorando una parte muy importante de la historia del siglo XX y estará demostrando el desconocimiento de un A B C sobre el socialismo.

Pero también Mao Tse Tung elabora otras teorías. Elabora la concepción para China de Nueva democracia, solo que nosotros como nos preciamos de no ser loros, sino que nos preciamos de ser un movimiento serio que trata de desentrañar la realidad de

este país y no tiene miedo de pensar, hemos tomado ese concepto y lo hemos adoptado a una realidad totalmente distinta como es la costarricense, donde sí ha existido durante siglo y medio una democracia burguesa, cosa que se caracterizó por su ausencia total en China.

Gilberto López: ¿Qué opinión tiene usted sobre el gobierno actual de Cuba?

El gobierno cubano ha realizado una serie de tareas muy positivas en cuanto al cambio de la realidad cubana. Muchas de esas tareas, por ejemplo, los órganos de poder popular, la resolución de los problemas de salud, etc., representan una experiencia muy valiosa para los países latinoamericanos.

Pero es indudable que Cuba también representa otro aspecto, el de su vinculación directa con la Unión Soviética y las consecuencias que eso ha tenido para Cuba.

Cuba, en este momento, exporta níquel, tabaco, café y azúcar. Nosotros pensamos que esto tiene una explicación histórica. Cuando los partidos comunistas tradicionales abandonaron Cuba a su suerte, porque consideraron que Cuba les estaba ocasionando muchos dolores de cabeza, cuando todavía el castrismo tenía alguna vigencia, yo defendía la revolución cubana. Cuando, posteriormente, Cuba cambia su línea política, creo que debemos analizar ese cambio aprovechando lo útil y positivo, y también lo que sirve como maestro negativo.

En cuanto al movimiento cubano hay que distinguir dos cosas: como movimiento autóctono cubano es algo de gran interés y merece el apoyo; en cuanto Cuba pasa a jugar un papel directamente supeditado a la política exterior soviética, creo que estamos ya en otro problema. Así como está interviniendo en África podría intervenir en América Latina al lado, no de ningún Angostinho Neto, sino de algún falso revolucionario de esta zona, como algunos que yo conozco.

G.L.: Queda mucho sobre el tema, pero tenemos que entrar en algo más “casero” en la política local. ¿Cuál es su opinión sobre el gabinete de Carazo?

Es un gabinete muy interesante. La mejor demostración ha sido la reserva con que el periódico La Nación ha acogido este gabinete. Conozco a algunos de los integrantes de ese gabinete y creo que se sitúan muy bien dentro del grupo democrático del partido Unidad.

El gabinete de Carazo refleja contradicciones serias en el seno del Partido Unidad y pienso que estas contradicciones deben ser aprovechadas por los sectores populares, para promover las tendencias democráticas, de cara a las tendencias plutocráticas que, todos sabemos, están metidas dentro del partido del Señor Carazo.

G.L.: ¿Vas a apoyar para el directorio de la Asamblea a la papeleta de Carazo?

No, nosotros no hemos decidido todavía este aspecto. Estamos estudiando muy cuidadosamente la tesis que sostuvo el partido PASO, o Pueblo Unido, cuando estuvo en la Asamblea Legislativa, cuando apoyó las papeletas propuestas por el partido de gobierno, en razón de que este había obtenido mayoría y que era necesario que hubiera estabilidad política.

Nosotros creemos que si ellos aplican esta política, que calificaron de principios, el señor Carazo no va a tener dificultad para integrar el directorio con su propia papeleta.

G.L.: ¿Qué proyectos van a llevar ustedes a la Asamblea?

Vamos a promover la modificación al sistema actual del pago de las prestaciones sociales, de la cesantía; vamos a plantear modificaciones al Código de Trabajo, que signifique una solución provisional a los problemas de los trabajadores, sin perjuicio de un nuevo Código de Trabajo; vamos a defender la necesidad de incluir en la Constitución Política un capítulo de garantías agrarias, a efecto de desarrollar un vasto movimiento campesino capaz de luchar por esas garantías constitucionales agrarias; igualmente estamos desarrollando un proyecto referente a una modificación sustancial de la ley de Servicio Civil; también vamos a promover activamente la expropiación de las tierras de los Somoza y a luchar por formar una franja inalienable en las fronteras del país.



G.L.: Como último tema, hablemos de la financiación de la campaña electoral, ustedes han dicho que uno de los aspectos del problema ha sido la financiación popular. ¿Cuáles han sido los otros aspectos?

Son muy fácilmente determinables. Nosotros le vamos a rendir cuenta pública al país, para demostrar la estafa política de que son objeto los costarricenses con el pago adelantado de la deuda política.

Cuando nosotros levantamos la tesis de que debemos autofinanciarnos, eso origina gran sorpresa.

Pero nosotros nos financiamos, por un lado, mediante la realización de una campaña muy adecuada de financiación entre nuestros simpatizantes y compañeros; luego, hemos tenido una gran capacidad y mística de nuestros militantes, que han multiplicado muchas veces sus propias condiciones económicas, pero también hemos sabido utilizar otros recursos, como el endeudamiento. Cada uno de nosotros puede exhibir las deudas que ha adquirido.

G.L.: ¿A cuánto asciende la suya?

La mía en estos momentos asciende, aproximadamente, a unos cincuenta mil colones. Los otros compañeros están en una situación similar.

Pero el origen de este problema no es de ahora, sino que fue planteado desde las elecciones pasadas. Primero dijeron que éramos financiados por los chinos, después, que éramos turecas de Liberación, ahora, cuando resolvemos con eficiencia y capacidad los problemas de propaganda, eso se castiga con la duda sistemática sobre el origen de los fondos.

Nosotros hicimos una discusión bastante detallada sobre los medios que íbamos a emplear. Eso no lo decidí yo, sino compañeros que sí sabían de eso.

Decidimos concentrar nuestra propaganda en televisión; nosotros no gastamos en transporte, en funcionarios, en la prensa, salvo en la última semana. Ahí concentramos todas nuestras publicaciones, para dar, en poco tiempo, una gran sensación de fuerza. No teníamos vehículos.

En la televisión, concentramos las cuñas en los momentos que consideramos más adecuados.

Mientras otros partidos gastaron principalmente en radio, nosotros escogimos dos radioemisoras y nos concentramos en ellas; pero solo pasábamos esas cuñas a determinadas horas, por lo que se veían mucho más concentradas.

Yo le puedo demostrar a usted las deudas que nosotros en este momento tenemos y estamos pagando. Pero el monto de nuestra campaña electoral no llegó, en absoluto, a las cifras que mucha gente está pensando. Yo voy a salir a la prensa, voy a ir a la televisión y voy a exhibir nuestras cuentas. Y que los demás lo hagan.

Lo que se trata es de cuestionar la honestidad política de nuestro planteamiento, para no tener que discutir nuestro planteamiento de fondo.

Yo le diría que nosotros hemos salido ya del ghetto tradicional de la izquierda. Ya no vamos a ser la “izquierda de la izquierda”, vamos a ser la izquierda de las masas trabajadoras costarricenses.

Por esa razón, durante la campaña electoral, no nos referimos a esos asuntos financieros. Esta es una de las últimas veces en las cuales nosotros nos vamos a referir a este asunto.

Carlos Morales: Uno de los asuntos que motivó esta visita tuya al periódico fue la declaración del diputado Eduardo Mora Valverde que apareció en *Universidad* de la semana trasanterior. Eduardo Mora dice que el Frente Popular estuvo financiado en esta campaña por gente de la Unidad. ¿Podrías asegurar, tajantemente, que el Frente Popular no recibió ninguna clase de contribución de parte de empresarios ligados con COFISA, con Rodrigo Madrigal Nieto y con otra gente de la Unidad?

De manera total, definitiva y absoluta, afirmo que nadie vinculado al señor Rodrigo Madrigal Nieto, ni el señor Rodrigo Madrigal Nieto, ni ninguna persona que esté vinculada con esa entidad ni con él, contribuyó ni siquiera con un centavo para nuestra campaña electoral.



Es absolutamente gratuito el cargo y nace de una calumnia a efecto de limitar el margen de maniobra parlamentaria del F.P.

Para que nosotros demostremos que esto no es cierto y que nos pleguemos al aliado tradicional de Vanguardia Popular, que es el Partido Liberación Nacional. Antes lo dijeron para que nosotros nos aisláramos, con respecto al Partido Liberación Nacional.

Quiero decir que no solamente es absolutamente falso eso, incluso irresponsable esta afirmación; sino que nosotros, en la Asamblea Legislativa vamos a hacer lo que consideramos corresponde a los intereses de nuestro pueblo y al desarrollo de nuestro partido, como alternativa independiente, nacional y democrática para los trabajadores.

# Partidas específicas se pagarán con bonos depreciados

Foro de *La Nación*, 7 de diciembre, 1978<sup>347</sup>

Para don Julio Suñol:

Refiriéndome a su columna de hoy, 1 de diciembre, puedo afirmarle que fácilmente pude hacer, durante la discusión de la ley de presupuesto, una serie de afirmaciones efectistas y de gestos demagógicos.

Justamente, por principios, preferí asumir el riesgo de actuar con seriedad y responsabilidad. Por esa razón estudié primero las cifras fundamentales de lo que se iba a discutir –que no son ciertamente las que usted cita a vuela pluma– y las contrasté con las posibilidades de modificación reales que existen, aquí y ahora, habida cuenta de la correlación de fuerzas políticas en el país.

El Partido Liberación Nacional no podía, ni puede, ni podrá, criticar seriamente el actual presupuesto, por la sencilla razón de que no se ha atrevido a admitir que su política de incremento del gasto público, de fijación de porcentajes presupuestarios determinados por ley o Constitución, de destinación de rentas a fines específicos, de endeudamiento externo, etc., ha sido una política errónea que debe ser corregida. Como debe serlo también el procedimiento, iniciado por el propio Partido Liberación Nacional de tratar de enjugar el déficit financiero aumentando la deuda bonificada. Mientras esta autocritica no se haga, lo único admisible válidamente para el Partido Liberación es registrar las contradicciones entre lo prometido por el partido Unidad en su programa electoral y la práctica que se perfila en este presupuesto. Digo se perfila, porque como lo he demostrado con cifras en mano, la rigidez del presupuesto nacional alcanza nada menos que al 89.7 %, dejando un margen de flexibilidad presupuestaria de solo 10.3 %.

Sin embargo, es cierto que dentro de esos límites se nota que no hay una modificación de política, ni en cuanto al gasto, ni mucho menos en cuanto a la financiación, que se elevó –con una situación que viene agravada– a más de ₡2.129 millones.

Contando con la ayuda técnica necesaria, nuestro Partido logró establecer que para 1977 había en tesorería cerca de 640 millones en bonos sin colocar; que para 1978 se emitieron ₡1500 millones más, de los cuales optimistamente se puede estimar se colocarán unos ₡900 millones. Esto da un saldo de bonos en cartera de ₡1340 millones. Si a estos se suman los ₡2129 millones, ahora un poco más inflados, de este presupuesto, y estimamos también de manera optimista la colocación de unos ₡1000 millones, nos resulta la apabullante cifra de ₡2469 millones sin colocación, cifra superior a aquella con la cual se quiere financiar el déficit financiero del presupuesto.

Esto significa, don Julio, que las partidas específicas se pagarán como lo dije en el plenario, mediante bonos depreciados, que ya en el mercado apenas si llegan a alcanzar un 60 % o 67 % de su valor. Mal podría yo, entonces, decidir mi voto y mi actitud sobre esta materia, por la simpleza política de unas partidas específicas.

La cuestión es otra distinta, aparte de que en el sistema político nacional no es cierto que la partida específica sea una cuestión pecaminosa, sino el resultado de una función real del diputado, acorde con lo que he llamado la municipalización de la Asamblea Legislativa – aunque posiblemente sin el sentido peyorativo con que lo usó editorialmente *La Nación* en uno de sus editoriales—. En efecto: el diputado, especialmente de provincia, se convierte en el portador de de-

---

347 Siendo Diputado del Frente Popular.

mandas de la población que el sistema político debe satisfacer. Canalizar esas demandas, ensayar respuestas, y fortalecer la legitimidad del sistema, es la tarea que juega tanto el diputado como la partida específica. Fenómeno reproducible en otros extremos ya que existe todo un esquema teórico descriptivo de este fenómeno, que constituye una de las aportaciones que se le reconocen a Easton en la Ciencia Política. Pues bien: en las actuales circunstancias la alternativa es muy simple: o la comunidad gestiona y se organiza para formular sus demandas —y esto es democrático y positivo a mi juicio—, o bien la decisión se toma desde un puesto burocrático en las alturas, al margen de ninguna gestión ni expectativa comunal.

El sistema no es el mejor. A mi juicio, debe combinarse con una planificación centralizada seria y científica, capaz de maximizar la utilización de los recursos escasos con que se cuenta y de racionalizar al máximo las prioridades del gasto. Pero como esto no se da, creo que la solución intermedia es la más democrática, viable y eficaz, sobre todo si luchamos contra la politiquería barata y organizamos al pueblo, tanto para desarrollar su iniciativa y capacidad de presión, como para permitirle adquirir conciencia clara de que esos dineros no son concesión gratuita de nadie, sino resultado de su esfuerzo laboral creador.

Como se ve, el problema del presupuesto no es cuestión de simple voto negativo. Tampoco de discursos. Yo pronuncié el mío y estoy dictaminando negativamente en la Comisión un proyecto de financiación con bonos sin ninguna posibilidad de éxito, porque en este caso se ha recurrido a la treta clásica de dejar pendientes salarios que nadie se atreve a cuestionar, y que yo tampoco cuestiono, porque lo que objeto es el procedimiento.

De lo que se trata, don Julio, es de un problema político nacional. Por eso mi actitud fue reconocer el hecho incontrovertible de que el actual presupuesto es, en la parte fundamental de su estructura, calco de los anteriores. Que mientras no se toque la estructura tributaria desordenada e irracional actualmente imperante— las exoneraciones de aduana para las empresas industriales alcanzó en 1976, según un estudio, cerca del 60 % del presupuesto nacional— etc.; no solo tendremos que recurrir a la financiación bonificada, sino lo que es peor y más importante, que

vamos a un abismo, en el cual todos asumimos riesgos y responsabilidades.

Por eso, don Julio, hice un llamado a una actitud patriótica, nacional y madura, capaz de establecer áreas comunes de entendimiento de todas las fuerzas políticas del país, y en primer término de las populares, para impedir que la demagogia y las argumentaciones efectistas sustituyan la necesaria ecuanimidad para rectificar no este presupuesto, sino el rumbo hacendario que viene siguiendo al país.

No me refiero a los problemas de ejecución posible del presupuesto, ni a otros aspectos significativos porque sería alargar indebidamente ya esta muy larga carta.

Pero sí le debo decir que no existe ni una sola partida presupuestaria que yo haya impulsado, siempre en unión de otros estimables compañeros, que no cuente detrás suyo con una organización de la comunidad, una necesidad prioritaria y, lo que es más importante para mí, una labor sistemática de convencimiento de que esos dineros no son de este diputado o de aquel otro, sino del pueblo, que con su trabajo crea toda la riqueza que nos permite a mi ser abogado y participar en política y a usted escribir sus columnas como periodista.

No puede haber alegría, ni tajada, ni danza, cuando se tiene la plena conciencia de los peligros que se ciernen sobre el país, su economía y la estabilidad de su moneda. Catorce millones —que no son tales, pero que no me interesa clarificar ni detallar, porque hacer esfuerzos para canalizar correctamente dineros del Estado como lo he hecho yo, es legítimo, necesario y obligatorio—, no tienen mayor significado para un partido como el mío, don Julio. A nosotros nos interesa salvar este país en peligro del caos y forjar una alternativa democrática nueva, porque detrás de lo que andamos es del poder para el pueblo organizado. Que nadie se equivoque, don Julio.

A diferencia de otros, no estamos dispuestos a cambiar la primogenitura de la emancipación popular por ningún plato de lentejas, ya sea de 14, 20 o más millones, una embajada extranjera, una legalidad o unos cuantos sacos de café.

# La educación nacional: entre el zapallo y lo medular

*La Nación*, 17 de enero, 1980

La publicación del Dr. Samuel Stone ha tenido la virtud de provocar un súbito interés sobre una materia de la que tantos hablan, pontifican y sentencian pero de la cual muy pocos en realidad se ocupan: el sistema educativo y, ¿por qué no?, cultural general de nuestro país.

A partir de una experiencia traumatizante, el Dr. Stone se formula la pregunta de cómo es posible que jóvenes en muchos casos inteligentes, puedan haber llegado a niveles universitarios elevados escribiendo “demograzia” en vez de “democracia”, como fue el caso, repetido tres y cuatro veces, de más de 10 estudiantes, para escoger una entre más de 70 palabras citadas por él.

Algunas personas, técnicas en este campo, han mostrado o bien su desaliento y compartida preocupación, o bien, más simplemente, su despreocupación sobre este asunto. Pero en ambos casos, la cuestión se ha limitado al problema ortográfico dejando de lado lo esencial que plantea, a mi juicio, el artículo del Dr. Stone: el problema del contenido mismo de la educación nacional. Lo que parecía obvio resultó que no lo era, porque el haber escrito “demograzia” más de tres veces por más de 10 estudiantes de nivel universitario, no es una cuestión de c o z, sino del significado y comprensión misma de la categoría socio-política de que se trata. No es entonces si zapallo se escribe con z y por qué. Se trata de la ignorancia total de lo que es un zapallo, cómo, dónde y por quién se siembra y para qué sirve. Y esto, en una sociedad que pretende vivir del zapallo –para respetar el ejemplo de uno de los críticos del Dr. Stone–, no es en absoluto la vieja cuestión de la c y la s, sino de lo que algunos creen salvar dejando de lado la cuestión de la escritura correcta, esto es el problema medular del conocimiento esencial de las cosas.

Ya decía Omar Dengo que había que cortar de un solo tajo esa serpiente enroscada que tiene el pueblo costarricense en su cuello, cual es el mito de que tenemos más maestros que soldados y que San José es un París chiquito. Mentira una y mil veces. Nuestro país sufre de una crisis educacional de proporciones no determinadas aun, por lo gigantescas. Toda la estructura educacional de la preprimaria hasta la superior universitaria, ha ido permitiendo una mediocrización brutal de nuestra enseñanza y cultura. Las frases altisonantes, los estereotipos y categorías supuestamente sociológicos que se mezclan confusamente, dando la impresión de gran conocimiento e insondable profundidad, solo esconden la más brutal ignorancia, pedantería y snobismo intelectual de tercera o cuarta categoría. Muchas veces el resultado final, que es el que en definitiva cuenta, especialmente porque el así formado –o deformado, vaya usted a saber– resulta a su vez molde para las futuras generaciones, es terminar succionando doctamente el presupuesto nacional de la manera más improductiva imaginable.

Pero, ¡ay del que diga que esto sucede! Porque la mediocracia –o mediograzia para que algunos entiendan– se las ha arreglado de una y mil formas para defenderse y justificarse. Para lo primero ha desarrollado una epidermis tan fina que intuye el ataque antes de que se produzca, lo adivina y lo ataca rápidamente con la mejor de las armas con que cuenta: el resentimiento. Algún día habrá que hacer la sociología del resentimiento del costarricense medio, elevado a categoría política con la presión gremial.

Lo segundo, la justificación, tiene un ente supremo que lo diluye todo y lo conserva todo: el seminario o simposio –la diferencia no está muy clara– y sobre todo la evaluación. Conozco una entidad que cada

vez que quise saber cómo funcionaba, un año en que me interesé en ese asunto específicamente, siempre estaba en evaluación. Pero no se crea que la cosa era simple. No. Se trataba siempre de *una evaluación de la anterior evaluación, para determinar el seguimiento indispensable que permitiera alcanzar los objetivos implícitos en los fines de los currícula*. Estos, eran criticados por estudiantes que testimoniaban, con faltas de ortografía, incoherencias verbales, imposibilidad de expresión oral y escrita, una ignorancia brutal de cuestiones elementales, lo que no era óbice para dictaminar doctamente qué se les debía enseñar y qué no.

El Dr. Stone escogió un ejemplo discreto de forma —lo cual no le quita en absoluto su carácter trágico—, para ilustrar un problema educacional de fondo. Lo que ha ocurrido es apasionante. En nombre de los estudiantes talentosos de ciencias naturales, se defiende de hecho el desastre ortográfico y conceptual que revelan los ejemplos del doctor Stone, no solo para aquellos sino para todos los estudiantes.

En honor a la verdad, está por verse que sean los estudiantes de ciencias naturales un ejemplo de desastre de expresión oral o escrita. Si nos guiamos por la impresión que tenemos, más bien sería lo contrario. Pero el problema no es obviamente ese, como lo ha aclarado Stone, sino el de más peso y significado, del contenido mismo de la educación recibida, de los conocimientos que se tienen y los que se deberían tener, de la actitud desarrollada frente a la vida, a la realidad circundante, y de la disciplina y dedicación que el sistema educativo actual nuestro exige a sus educandos.

Que no se trata de un problema de ortografía, del viejo problema de la s y la c, de la h y nada, etc., lo muestra la experiencia siguiente que debe hacernos plantear las cosas de fondo y con una auténtica seriedad y preocupación de cómo es posible que esto suceda y hacia adónde va nuestro país.

En una universidad a la cual había sido invitado a dar varias conferencias en el área de ciencias sociales, decidí hacer un corto examen de conocimientos muy generales para determinar el nivel real de los alumnos. Se trataba formalmente de estudiantes de tercer año de universidad.

Pues bien: de los 82 estudiantes, solamente 22 supieron en qué año Costa Rica había dejado de ser colonia española. Solo dos supieron que en 1789 dio inicio la gran revolución francesa. Ninguno supo con exactitud cuándo se había dado la Primera Guerra Mundial. Solo 10 sabían la fecha de terminación de la Segunda Guerra Mundial y ninguno el año de su comienzo: la mayoría la situó del 47 al 52, del 46 al 53 o del 45 al 55. Solo uno supo el nombre del Secretario de Estado de los Estados Unidos de la época del examen; solo cinco el nombre del partido que gobierna México, 10 confundieron el nombre de Pinochet al asociarlo con Argentina y no con Chile, 48 ignoraron el nombre de la capital de Bolivia, 76 citaron como un año del siglo XVIII algunos del siglo XIX; solamente seis situaron las principales campañas napoleónicas después de la Revolución de 1789 y ninguno supo cuándo había ejercido su dictadura Braulio Carrillo.

Se podría argüir que eran muchas fechas, aunque esenciales para saber de qué se habla en el campo de la historia social y política. Pues bien, veamos entonces otros ejemplos.

Entre los nombres que se dieron para citar 4 jefes de estado o presidentes de Costa Rica del siglo XIX, se citó a Tomás de Acosta, León Cortés, Alfredo González Flores, etc. Solo respondieron correctamente tres estudiantes.

Cuando se preguntó que quién era el presidente de Costa Rica en 1948, 63 estudiantes respondieron que Calderón Guardia, cinco que León Cortés, siete Clorito Picado, cinco no sabían y dos don Teodoro Picado.

En cuanto a las vicepresidencias de la época en que se hizo el examen, solo 10 supieron los nombres de los dos vicepresidentes, 77 declararon ignorar el nombre de los ministros de Salud, de Obras Públicas y de Industrias y solamente dos supieron el nombre del entonces presidente de la Asamblea Legislativa, aunque incompleto.

Tercer año de universidad. En Ciencias Sociales. Con el viejo problema de la s y c, la h y nada. Pero sin médula de conocimientos tampoco. Jóvenes inteligentes anulados por un sistema educativo en crisis.

La respuesta a la pregunta del Dr. Stone de cómo fue posible que jóvenes inteligentes lleguen en un estado de indigencia intelectual semejante, solo es posible hallarla en el sistema educacional nuestro: muelle, fácilón, superficial e irresponsable, sin exigencia de ninguna especie y preocupado últimamente, cuando más, por una verbosidad pseudoprogresista y definitivamente demagógica de una falsa democratización de la enseñanza.

En una palabra, es la “teoría del pobrecito”, que permite que este país esté padeciendo de doctas nulidades, de esotéricos manejadores de frases altisonantes y huecas y de estólidos pedantes que portan títulos de buenos para nada.

Por eso una de las principales tareas de este pueblo es introducir sin contemplación ni concesiones el bisturí de la crítica hasta lo más profundo del quiste y abrir paso a una auténtica reforma educativa y cultural. Como la de don Mauro en el siglo pasado. Pero con vocación de progreso y desarrollo, de humanismo y seriedad, de extensión y profundidad, de práctica y teoría del más alto nivel. En una palabra, con mirada universal y propia del costarricense del siglo XXI.



# La verdadera cara del comunismo soviético se muestra en Polonia

*La Prensa Libre*, 22 de diciembre, 1981

La clase obrera costarricense y los trabajadores en general, pero muy particularmente los intelectuales, deben sacar sus propias conclusiones sobre lo que sucede en Polonia. ¿Qué tienen que decir ahora cuando mueren cientos de obreros polacos que no cuestionan el socialismo sino la dominación brutal de la burocracia comunista y la intervención rusa en su país?, expresa el diputado Rodolfo Cerdas Cruz.

El Dr. Cerdas Cruz, presidente del partido Nacional Democrático, analiza en sus declaraciones la situación imperante en Polonia y la brutal agresión militar de que es objeto el pueblo de esta nación.

En Polonia se pone de manifiesto lo que es el llamado socialismo real; la dictadura político-militar de una nueva clase burocrática que a nombre del proletariado y de todo el pueblo ejerce una dominación derechista de estado sobre la población.

Además en Polonia se pone en evidencia el papel de los partidos comunistas locales, del ejército entrenado en las escuelas militares soviéticas y de la policía de seguridad controlada por agentes y militares rusos: un instrumento de dominación y ocupación externo, que disfrazado de nacional e invocando los intereses de la clase obrera y del pueblo, piensa, actúa y sirve a los intereses expansivos de gran potencia de la Unión Soviética.

## Dialéctica quebrada

El caso polaco quiebra toda dialéctica de justificación pro-rusa: es la clase obrera, destinataria y beneficiaria última del supuesto régimen socialista, la que se levanta contra los sindicatos comunistas y sus burocracia-

tizadas dirigencias, contra el Estado y contra el propio partido comunista, por dictatoriales, divorciados del pueblo, privilegiados y corruptos, pero también por sus propias ansias de libertad e independencia.

La clase obrera costarricense y los trabajadores en general, pero muy particularmente los intelectuales, deben sacar sus propias conclusiones sobre lo que sucede en Polonia. Cuando aquí murió un obrero en huelga en Limón, el partido comunista vociferó contra la democracia costarricense. ¿Qué tienen que decir ahora cuando mueren cientos de obreros polacos que no cuestionan al socialismo sino a la dominación brutal de la burocracia partidaria y sindical y la intervención rusa en su país? ¿Con qué moral pueden protestar aquí quienes utilizan la paz como pretexto para masacrar a la clase obrera y al pueblo polaco? Si el dinero no se pierde no desaparece, como dicen los comunistas para criticar a los ricos de aquí, ¿qué se hace la riqueza creada por el pueblo polaco, cuánta de ella se queda en la casta burocrática privilegiada del partido y el Estado y cuánta emigra para la Unión Soviética? ¿Cómo después de esto, protestar contra el imperialismo yanqui sin que el pueblo les pregunte por su justificación del crimen que cometen en Polonia?

## Supeditados a Rusia

El llamado internacionalismo proletario con que justifican sus acciones los pro-rusos, se define nítidamente en el caso polaco: es la supeditación de todo interés nacional a los intereses de Estado de la Unión Soviética, y su casta privilegiada. La paz, la seguridad y la independencia son valores subalternos al interés supremo de preservar y ampliar el expansionismo



gran ruso de la Unión Soviética. Para estos pueblos débiles, lo que los partidos comunistas ofrecen no es ninguna independencia o libertad, sino cambiar la dependencia actual por una peor, por militarista, brutal, reaccionaria y totalitaria. Los dictadores criollos al menos piden pasividad contra ellos. El régimen soviético pro-ruso exige identificación y aplauso.

La lógica de lo que sucede en Polonia y la pretensión soviética de un derecho de intervención, conduce a los comunistas a una justificación anticipada de las peores formas de imperialismo y muy particularmente constituirían un antecedente directo, que les quita toda autoridad moral para protestar siquiera, de cualquier acción norteamericana en Cuba o esta región. La lógica de gran potencia que pone en marcha la Unión Soviética es el ariete principal contra los principios de no intervención, respecto a la autodeterminación de los pueblos y soberanía nacional de países pequeños y medios, paradójicamente, los principios que se desgañitan en defender contra los Estados Unidos, pero que son los primeros en violar cuando de la Unión Soviética se trata. Ellos penan al delincuente pero no al delito, al cual ensalzan cuando son ellos los que lo perpetran.

su lecho de muerte), a toda democracia, a todo socialismo y a toda libertad, en esa “canalla típicamente gran rusa” (para usar siempre sus propias palabras) que ahora levanta la hoz y el martillo para aplastar y segar a la clase obrera, al pueblo y a la independencia de Polonia.

### **Lo que significa un voto por Pueblo Unido**

Nuestro pueblo debe saber que votar por Pueblo Unido es darle un voto a la intervención extranjera, al irrespeto a la voluntad soberana de los pueblos, a la represión de los trabajadores, a la abolición de la libre sindicalización y del derecho de huelga, a la supeditación de los intereses nacionales y a los intereses expansivos de gran potencia imperialista en que se ha convertido la Unión Soviética. Cuando Pueblo Unido invoca los problemas del pueblo, las aspiraciones de los obreros y los campesinos, o la disconformidad de los intelectuales, lo hace como trampolín, para llevar agua al molino de la lucha de la U.R.S.S. contra los Estados Unidos por el dominio mundial, y que en el evento de triunfar, todo habrá servido para someternos a una feroz tiranía no solo de partido, sino de una casta burocrática local, al servicio directo de la gran burocracia rusa que ahogó, ya en vida del propio Lenin (como mosca en leche según decía él en

## Artículos en revistas



# Libertad y necesidad en la concepción materialista de la historia

*Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica*, vol. 9, n.º 28, enero-junio, 1971

Para el materialismo histórico el problema de la libertad se presenta bajo tres aspectos que se vinculan íntima y decisivamente entre sí, de un modo dialéctico, esto es, sin constituir contraposiciones rígidas, sino más bien etapas de una sola realidad que se penetran y modifican recíprocamente.

En primer término se plantea el problema de la correlación entre la sociedad y la naturaleza; en segundo lugar, la correlación entre la conciencia social y la vida social; y finalmente, la correlación entre el individuo y la sociedad.

La producción de los bienes materiales constituye el fundamento objetivo, la base requerida para la configuración del hombre frente a la naturaleza, el aspecto decisivo de la vida social que le permitió separarse de la naturaleza y construir su mundo. Hasta hoy, tal aspecto decisivo ha estado fuera del dominio del hombre, fuera de su control, en sociedades desgarradas por la lucha de clases incapaces de dominar las leyes del desarrollo social; en tal sentido y sin absolutizar el término, la historia de la “no libertad”<sup>348</sup>.

Y es que el hombre, desde que nace hasta que muere, y aún antes de su nacimiento, está enraizado en un contexto social e histórico dado, de carácter objetivo, independiente de su voluntad. Las relaciones que establecen los hombres para producir, esto es para satisfacer sus necesidades, son de carácter necesario y constituyen siempre una resultante histórica en la cual el hombre es situado por la dinámica misma de la sociedad.

Al nacer hijo de esclavo, campesino u obrero, el individuo se ve de inmediato, desde su misma concepción, sometido a un conjunto dado de relaciones so-

ciales que lo determinan, lo influyen y lo aprisionan en nexos objetivos y necesarios.

Ese conjunto de nexos y relaciones sociales, en los cuales está inserto el hombre, que existen independientemente de su voluntad, objetivamente ¿son causales? ¿necesarios? ¿De qué naturaleza es el vínculo que los une?

La objetividad misma de tales nexos, y el desarrollo de todas las ciencias sociales, constituyen de por sí una demostración palpable de que los nexos que establecen los vínculos de las relaciones sociales, son de carácter necesario y están sujetos a leyes.

Es claro que debe hacerse una distinción, por cuanto no todos los vínculos y nexos presentan el mismo carácter. Hay nexos de carácter externo, particular y casual; y hay nexos de carácter interno, general y necesario. Pero unos y otros nexos, participan recíprocamente de unos y otros caracteres, pues la naturaleza de sus vínculos solo puede verse dialécticamente, poniendo en relación a unos con respecto a los otros, en procesos concretos y determinados, que es el único modo de manifestación de tales procesos en la realidad. Y así, lo que en determinado proceso constituye algo casual, secundario, particular, en otro deja de ser mera contingencia, y es fruto y manifestación de nexos internos, generales y necesarios. Y viceversa.

Si bien es cierto que en la historia encontramos nexos del primer tipo, no es menos cierto también que en ella hallamos del segundo tipo —necesarios, generales y de carácter interno—, que radican en la esencia misma de los fenómenos y procesos en que se manifiestan concretamente.

348 Gr. I. Kon y otros, *El desarrollo en la naturaleza y en la sociedad* (Buenos Aires: Ed. Platina, 1962), 197-198.

Así como el individuo es el conjunto de relaciones sociales, la sociedad no es una suma mecánica de individuos, sino la totalidad de relaciones sociales en un momento histórico dado. Estas relaciones sociales encuentran su fundamento determinante y decisivo, en las relaciones que establecen los hombres para producir los bienes con los cuales satisfacen sus necesidades; esto es, se basan en las relaciones necesarias de la producción de la vida material. Y esto es así, porque es sobre esta base material que se levanta la sociedad y todas las demás relaciones que los hombres desarrollan en el curso de sus vidas.

La sociedad forma parte integral de la naturaleza, aunque no sea válida su reducción a esta, como pretenden organicistas, malthusianos, darwinistas sociales y otros; como tampoco lo es su oposición, como ocurre con los idealistas subjetivos que fundamentan su planteamiento en una contraposición superficial de ambas.

Entre naturaleza y sociedad existe una relación dialéctica, contradictoria esencialmente, en cuanto constituye cada una un doble enlace contradictorio de enajenación y libertad, en su conexión mutua.

Esto permite caracterizar al desarrollo social como un proceso histórico-social, lo que significa que es un proceso sometido a leyes que no dependen, para su realidad y vigencia, de la voluntad ni de la conciencia de los hombres, sino que más bien las determina, aunque tal determinación, como veremos, no es ni mecánica ni inmediata.

La actuación de los hombres se produce siempre en virtud de determinados fines previamente establecidos en sus cabezas, lo que no solo los diferencia del resto del mundo animal, sino que fija su libertad y la encierra dentro de los límites precisos de la finalidad trazada<sup>349</sup>.

Pero el hecho de que el hombre siempre actúe en virtud de determinados fines expresa que el mundo no

satisface al hombre y que este ha decidido cambiarlo. Tales fines son esencialmente subjetivos, expresan su voluntad y le sirven de mediación para convertir lo ideal en real. Sin conocer las finalidades de los partidos, las clases, los políticos, es imposible entender el proceso de desarrollo histórico.

Esos fines, sin embargo, no obedecen al capricho, sino que tienen un fundamento básico objetivo, que no solo les sirve de sustento material, sino que determina su aparición misma.

Este fundamento está constituido por el nivel de desarrollo histórico-social dado en un momento histórico concreto; no es otra cosa que la formación económico-social de que se trate, esto es “una determinada fase de desarrollo de la sociedad que se caracteriza por su modo propio de producción y, consiguientemente, por relaciones de producción históricamente determinadas y por las relaciones políticas, ideológicas, etc., que surgen a base de ellas”<sup>350</sup>.

La determinación de los fines y las ideas de los hombres, y la explicación o investigación acerca del origen de tales fines e ideas, no constituye una negación de la libertad. El situar al individuo en el contexto social objetivo en que se encuentra naturalmente enraizado, el cual está regido por leyes objetivas que no dependen de su voluntad para su existencia, no significa negarle libertad. Por el contrario, constituye el único medio de establecer los alcances y límites de una libertad real para el individuo, para entonces, con claridad en las limitaciones y obstáculos, impulsar su desarrollo a una mayor libertad.

Es claro que el reconocimiento de leyes objetivas que rigen la vida social conduce a contraponer tales leyes, incluso por una herencia histórico-filosófica de muchos años, con la libertad que cada individuo reclama para sí.

Esto es lo que hacen los subjetivistas cuando contraponen el libre albedrío del individuo a la necesi-

---

349 “Una araña ejecuta operaciones que semejan las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría asombrar por su perfección a más de un arquitecto. Pero hay algo en el peor arquitecto que aventaja a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro... El obrero no se limita a cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza sino que, al mismo tiempo, realiza en ella su fin, que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación, y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad”. Karl Marx, *El capital*, Tomo I (México: F.C.E., 1959) 130-131.

350 Cfr. F.V. Konstantinov, *El materialismo histórico* (México: Ed. Grijalbo, 1957), 17.

dad histórica. Cuando hablando de la libertad como “ausencia de constrictión”, la contraponen al carácter necesario de las leyes sociales. Pero esto significa, ni más ni menos, contraponer fenómenos que por su naturaleza se encuentran situados en planos distintos.

Su razonamiento significa más o menos el siguiente: el marxismo sostiene que las mercancías deben venderse por su valor, esto es el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Pues bien: yo puedo, si quiero, vender tales mercancías por debajo del valor, no acepto atarme a tal ley que el marxismo dice rige el mercado capitalista. No estoy sometido, en consecuencia, a ninguna necesidad, no existen tales leyes sociales.

Aquí el error consiste en poner en un mismo plano la ley de la necesidad histórico-social y los hechos individuales de uno u otro individuo, toda vez que la necesidad histórico-social no define *inmediatamente* la actividad del individuo. Más bien, por el contrario, define la dirección del desarrollo social, la actividad de la colectividad, sin que esto implique una determinación de las condiciones empíricas de vida, que varían al infinito con cada individuo particular. Contrariamente a lo que se cree, son precisamente aquellos grandes hombres, a los que el idealismo confiere facultades milagrosas, los que muchas veces se encuentran realmente determinados por la necesidad social, en virtud de las complejas y variadas formas que crean las condiciones concretas, individuales, de la vida de esas personalidades, en un momento también concreto y determinado de su actividad. Estas personalidades pueden acelerar o demorar la marcha del tiempo, imprimirle una forma u otra, pero no pueden cambiar la tendencia objetiva que tiene en ese momento el desarrollo social<sup>351</sup>.

No es por eso válido el reproche común que se hace a los marxistas de que no aprecian debidamente el

papel de la actividad consciente de los hombres, que estaría absolutamente determinado, según esta versión, por la infraestructura<sup>352</sup>.

El marxismo jamás ha negado el papel activo de la conciencia en el acontecer histórico. Si bien es cierto que existe una independencia del ser social respecto a la conciencia social, y que aquel determina a esta, eso no significa que los hombres actúen inconscientemente. Mientras que en la naturaleza actúan fuerzas elementales, en la historia de la sociedad los agentes son los hombres, dotados de conciencia y activos en virtud de la reflexión, la pasión y, en cualquier caso, tras determinados fines que constituyen intenciones conscientes. Lo que mueve a los hombres pasa siempre por sus cabezas, pues la conciencia constituye una función cerebral inherente, orgánicamente, a cada individuo.

La independencia del ser social de la conciencia social, y la determinación de esta por aquel, significa que los hombres, al actuar en busca de sus fines individuales no tienen conciencia, por lo general, del sentido y trascendencia social de sus acciones, siendo incapaces de prever el resultado social de éstas.

Los individuos, actuando en determinados fines y deseos, chocan en su actividad, con los fines y deseos de otros hombres, siendo los resultados de tales acciones humanas, en las condiciones creadas por las sociedades antagónicas, muy rara vez coincidentes con los propósitos pre-establecidos, acarreando consecuencias que no habían sido deseadas de ningún modo.

Así, pues, aunque la historia la hacen los hombres conscientes, estos por lo general no se enteran de los resultados sociales de sus propios actos, que se integran en un todo objetivo, cuya existencia y desarrollo no depende de la conciencia de ellos.

351 I.S. Kon, *El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico* (Buenos Aires: Ed. Platina, 1962), 172.

352 Es claro que exceptuamos las deformaciones que el marxismo ha sufrido en manos de algunos divulgadores, que dieron lugar a que “Marx hiciera manifestaciones irónicas de que no era marxista”. Cfr. Adam Schaff, *Marxismo e individuo humano* (México: Ed. Grijalbo, 1967), 53. Hay dos correcciones básicas a la “idea simplificada sobre la relación de la base de la superestructura que proceden ya del fundador de la teoría; la relación base-superestructura no es unilateral; es decir existe también una influencia de la superestructura sobre la base, y los cambios en la base no provocan directamente cambios en la superestructura, sino que estos van precedidos de una serie de eslabones indirectos”. (Schaff, *Marxismo e individuo humano*, 53). Problema ciertamente fundamental que no podemos tratar aquí por tema y por espacio, pero que tenemos que tener presente para no criticar a Marx por lo que solo es una pobre caricatura de su pensamiento.

Esto hace que la necesidad histórica no sea más que la resultante estadística<sup>353</sup> de una enorme cantidad de acciones individuales, que se contradicen en unos casos y coinciden en otros, y que en definitiva viene a constituir paralelogramos de fuerzas –para usar la imagen de Engels ya citada– que dan una resultante: el acontecimiento histórico.

Así, pues, son los hombres quienes hacen su propia historia; pero lo hacen en condiciones directamente heredadas del pasado y no dependientes de su voluntad<sup>354</sup>.

Tales condiciones no solo influyen en un sentido u otro la actividad de los hombres, sino que, en general, determinan la aparición y urgencia de ciertas necesidades y no de otras y como consecuencia de tales necesidades, la aparición en las cabezas de los hombres de ciertas finalidades y deseos, de determinadas ideas y no de otras; y aunque la expresión particularizada de tales ideas y fines, difiera de un individuo a otro, expresan una tendencia general, universalizada a vastos sectores de individuos que participan de tales necesidades, finalidades e ideas, en un momento histórico dado.

La existencia de leyes sociales objetivas, necesarias, plantea la cuestión del papel que corresponde al individuo en el quehacer histórico. El reconocimiento de tales leyes ¿implica que el individuo está completamente determinado? ¿O le es posible, en virtud de

su libertad, sustraerse a tales leyes –que o no son válidas para él o a las cuales puede sustraerse pura y simplemente–?

Históricamente se dieron dos grandes respuestas.

El idealismo subjetivo, en términos generales, negó la existencia de leyes sociales y erigió al individuo en un centro emanador independiente de hechos sociales. Cayendo en el voluntarismo, negó toda determinación que no fuera la voluntad subjetiva del hombre o, cuando más, su actividad en cumplimiento de los fines trazados por una voluntad trascendente.

El materialismo mecanicista del siglo XVIII cayó en el error opuesto: admitiendo la vigencia de las leyes sociales, y con ello de la necesidad, negó todo azar, y rebajando la necesidad al nivel de lo contingente, eliminó toda libertad del hombre, al cual vio determinado de un modo absoluto en todos sus actos. La aparición de fenómenos considerados casuales en procesos necesarios, era explicada en virtud de la ignorancia del hombre que no había encontrado la causa de que tales fenómenos casuales se dieran. Porque todo era necesario y sujeto a leyes.

El materialismo dialéctico explicó la situación del hombre en cuanto a la libertad y la necesidad, viéndolo en su contexto natural, no como un centro emanador de milagros o como un simple objeto de leyes naturales ciegas.

---

353 Algunas personas han negado el carácter estadístico de la necesidad social y de las leyes sociales, reputándolo “no marxista” o “poco marxista”. Para dilucidar esto, resulta conveniente recordar aquí lo dicho por el marxista polaco Oskar Lange en su obra *Economía política*, T. I (México: F.C.E., 1966), 54, en el aparte que denomina: “Carácter estocástico (estadístico) de las leyes económicas... En la masa de acciones repetidas, las consecuencias de las relaciones accesorias o accidentales se compensan y se anulan recíprocamente; por el contrario, las relaciones necesarias o esenciales –o sea, las leyes económicas– se hacen visibles. La mutua compensación de los efectos de las relaciones accidentales y la aparición de las relaciones necesarias, que se realiza en ciertas condiciones cuando los hechos de un determinado tipo se repiten en forma masiva, es lo que se llama la ley de los grandes números. (Lange, *Economía política*, T. I, 55). Y otro marxista ha definido la necesidad social en estos términos: “Lo que llamamos necesidad histórica no es más que la resultante estadística de una enorme cantidad de acciones individuales, de entre las cuales cierto tipo de actitudes y de acciones conquista, con el tiempo, la supremacía”. Adam Schaff, *La filosofía del hombre* (Buenos Aires: Ed. Lautaro, 1964), 91. Y Marx mismo, refiriéndose a la realización de los valores en el mercado, expresó el hecho de que “considerando cada caso aisladamente, se halla dominado por el azar y, la ley interior que se impone en el seno de estos casos fortuitos y los regula solo se trasluce cuando estos casos fortuitos se agrupan en grandes masas” (Marx, *El capital*, T. III, pág. 766, ed. cit.). Por su parte Engels, en carta a J. Bloch del 21 de setiembre de 1890, escribió: “...la historia se hace ella misma de modo tal que el resultado final proviene siempre de conflictos entre gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está hecha a su vez por un cúmulo de condiciones particulares de existencia. Hay, pues innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie de infinita de paralelogramos de fuerza que dan origen a una resultante: el hecho histórico”. Cfr. *Correspondencia* (Buenos Aires: Ed. Cartago, 1957), 309-310.

354 “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y trasmite el pasado”. (Karl Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, *Obras Escogidas* (Buenos Aires: Edit. Cartago, 1957), 160.

Reconociendo la existencia en la naturaleza y en la sociedad de leyes necesarias y objetivas, no dependientes de la voluntad del individuo; advirtiendo la diferencia cualitativa fundamental entre unas y otras leyes, pero su vigencia real al margen de la subjetividad del hombre, el materialismo dialéctico e histórico comprobó que la libertad del hombre se fundaba no en la ignorancia de una realidad que se le imponía pese a todos sus deseos subjetivos particulares, sino en el conocimiento de esa realidad, en la determinación de sus causas y efectos, de sus necesidades generales, universales, y en la utilización de esas leyes en la satisfacción de sus propios fines.

Estos fines no podían ser alcanzados al margen de la realidad objetiva regida por leyes, sino en la comprensión de tales leyes, en su dominio y utilización.

Por eso Engels, acogiendo la definición de Hegel, sostuvo que la libertad consiste en la conciencia de la necesidad, en la decisión con conocimiento de causa y en el dominio de nosotros mismos<sup>355</sup>.

Y en efecto, la ignorancia de las leyes que rigen la naturaleza y la sociedad podría crear una ilusión de libertad. Pero una libertad real consiste, por el contrario, en el conocimiento certero de tales leyes y en su utilización en el cumplimiento de determinados fines. El agua de los ríos librada a su necesidad ciega, provoca inundaciones y destrucción; sometida a la conciencia de su necesidad por el hombre, sirve para el riego y para la producción de energía eléctrica. El rayo destruye, pero conocida la necesidad natural de la electricidad, y sometida a los fines del hombre, mueve máquinas y ayuda al hombre a dominar más la naturaleza, a vencer distancias y obstáculos naturales gigantescos.

Lo mismo pasa con las leyes sociales. Cuando no se las conoce, rigen ciegamente, destruyen y aniquilan al hombre. Pero al conocer su necesidad objetiva y obrar en consecuencia, el hombre somete a su dominio el vasto campo de la actividad social.

Esto hace que la libertad para el marxismo tenga un carácter dialéctico y no mecánico; que no se limite al

aspecto teórico-cognoscitivo (“conciencia de la necesidad”) sino que se proyecte al aspecto práctico-transformador. En este sentido, la libertad consiste en la posibilidad de plantearse un número determinado de alternativas viables en un momento histórico concreto, las cuales no son arbitrarias sino que se enraízan en lo más profundo de los procesos sociales, en su esencia, pues de lo contrario no serán, objetivamente consideradas, alternativas viables reales.

El plantearse tales alternativas no significa más que una disconformidad con un estado de cosas dado. Esto es, que el plantearse fines constituye en sí mismo una negación de la situación objetiva existente, una negación del ser real, en su desarrollo constante.

Por ello “la libertad misma, por la cual expresan las contradicciones propias del ser consciente, es la negatividad del ser al nivel consciente de su desarrollo”<sup>356</sup>, lo que no contradice en absoluto la definición de Engels como conciencia de la necesidad, sino que resalta el carácter dialéctico de la misma.

No siendo mera subjetividad, la libertad debe fundarse en una discriminación fundada, objetiva, de los medios idóneos que deben ser empleados en la solución de las contradicciones planteadas. Desde luego, no todas las contradicciones, sino de aquellas de naturaleza esencial, principal, cuya solución se vincula al proceso del desarrollo del ser real.

Esto hace que los medios a emplearse no sean cualesquiera, sino aquellos estrictamente adecuados, conducentes, a la realización de las finalidades propuestas, las que, como queda dicho, no son arbitrarias sino que enraízan esencialmente en las contradicciones fundamentales presentes en una etapa concreta del desarrollo del ser real.

Consecuencia de ello es que para cada individuo particular el alcanzar una mayor libertad signifique necesariamente tener la conciencia más lúcida de las contradicciones de su época y saber utilizar los medios más eficaces para superarlas.

355 Friedrich Engels, *Anti-Dühring* (México: Ed. Fuente Cultural, 2a Ed., sin fecha), 120.

356 Cfr. Roger Garaudy, *Humanismo marxista* (Buenos Aires: Ed. Horizonte, 1959), 165-166.



Así, la elección es tanto más libre cuanto más necesaria es<sup>357</sup>. Tanto mayor será la libertad del hombre, cuanto mayor sea la conciencia de la necesidad; para estos fines, provenientes de estas contradicciones, *estos* medios, únicos capaces de permitir la superación de estas y el logro de aquellos<sup>358</sup>.

La cuestión de ¿es o no el hombre libre? adquiere en el contexto dicho, para nosotros los marxistas, un sentido radicalmente distinto, esencialmente histórico y estrictamente dinámico. La cuestión es, en realidad: ¿cómo puede el hombre ser más libre? Lo que, por otra parte, se sale del campo meramente gnoseológico y se adentra de lleno en la praxis social e individual.

El contenido ético y humanista de este planteamiento salta a la vista, como un ineludible llamado a la toma de conciencia del momento histórico que se vive, de las contradicciones en que se debate el mundo y de los medios eficaces utilizables para resolverlas. Y como hilo rojo que cruza todo ello, la responsabilidad de todos y cada uno de los hombres con la sociedad en que se vive y consigo mismo, en la consecución de una mayor libertad, por el dominio creciente de la naturaleza, de la sociedad y de sí mismo.

---

357 Garaudy, *Humanismo marxista*, 172.

358 Marx y Engels, por ello, pudieron escribir a despecho de sus detractores lo siguiente: “La Historia no hace nada”, “no posee ninguna inmensa riqueza”, “no libra ninguna clase de luchas”. El que hace todo esto, el que posee y lucha, es más bien el hombre, el hombre real, viviente; no es, digamos, la “Historia” quien utiliza al hombre como medio para laborar por sus fines —como si se tratara de una persona aparte—, pues la Historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos. Cfr. Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia* (México: Ed. Grijalbo, 1958), 159.

# La dictadura de Braulio Carrillo: su significado político-institucional

*Revista de Ciencias Jurídicas*, diciembre, 1971, n.º 18:355-375 <sup>359 360</sup>

Se ha otorgado, recientemente, a Braulio Carrillo el título de Benemérito de la Patria. Y sus restos, increíblemente sin repatriar ni localizar a estas alturas, gracias a la iniciativa y tenacidad de varios costarricenses, probablemente puedan descansar finalmente en su suelo natal.

Contra Carrillo, se ha alzado una crítica liberal simplista, no exenta de pasión “familiar”. Tal crítica, superficial y carente de toda perspectiva histórica, ha querido ver solo el aspecto dictatorial de la gestión gubernativa de Carrillo, la aplicación de medidas extremas en algunos casos y, sobre una visión no profundizada de la Ley de Bases y Garantías, el carácter vitalicio que quiso atribuir a su gestión.

Con motivo del 150 aniversario de la independencia, y dado el complejo panorama nacional, creo conveniente y de suma urgencia contribuir a la restauración de la figura histórica de Carrillo, no tanto sobre la base de una refutación al simplismo que ha prevalecido en algunas opiniones al respecto, sino sobre la base de una interpretación de su figura histórica y su gestión gubernativa.

## —I—

Para acercarse a una comprensión cabal de la obra de Carrillo, es preciso hacerlo a partir de una visión totalizadora del período que va desde los finales de

la Colonia hasta el último año de gobierno de don Braulio.

Esto es así, porque es en este período cuando se generan y resuelven las principales contradicciones socio-económicas e institucionales de Costa Rica y se configura políticamente la Nación y el Estado costarricense, en el sentido moderno del término<sup>361</sup>.

El análisis fragmentario de su labor de gobierno, al margen del contexto total de la situación económica, social, política e institucional de todo el período, jamás puede dar la comprensión plena y justa de la personalidad, gestión y trascendencia histórica de don Braulio.

Hablar, en consecuencia, de la situación existente en Costa Rica a fines del dominio colonial, la situación institucional y política del país a raíz de la independencia y proyectar todos esos elementos a la dictadura de Carrillo, para evaluar históricamente su contenido y significación institucional en el país, no solo no debe sorprender, sino que es indispensable y esencial.

## —II—

Aunque algunos autores modernos han negado, en la interpretación de la economía y sociedad coloniales, el trasplante desde España de las instituciones y formas productivas imperantes en el continente en

359 Siendo profesor de la Facultad de Derecho y de la Escuela de Ciencias Políticas.

360 Nota de la editora: Algunos conceptos planteados en este artículo fueron retomados por el autor en su obra *La crisis de la democracia liberal en Costa Rica*.

361 Weber, *Economía y sociedad*, T. II, 106. C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana* (México D.F.: Ed. Pavlov, sin fecha), 217. Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 659. Vladimir Lenin, *Obras completas* }, T. XXV (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1958), 380.

ese período, es lo cierto que, al margen de esa polémica, en nuestro país, tal trasplante, adaptado desde luego a las condiciones criollas, sí fue bastante claro y operante. Tanto por lo que hace a la configuración de ciudades, como a la distribución de tierras, jerarquización social, etc., nuestros colonos siguieron el modelo importado de España. Es cierto que aquí operaron importantes modificaciones como las circunstancias demográficas y territoriales, así como la ausencia de metales preciosos, que determinaron una densidad de población, por área cultivable, verdaderamente pequeña, lo que luego más tarde se orientó hacia la pequeña propiedad<sup>362</sup>.

En todo caso, la estructura productiva creada en el país, con una población indígena prácticamente en extinción, sin más actividad que la agrícola y ciertas formas avanzadas de trabajo en cerámica y piedra, solo pudo originar una economía natural de subsistencia.

Esta economía de subsistencia se prolongará a lo largo de la Colonia y configurará un tipo de producción que describió muy bien el gobernador de la Haya y Fernández, en el año 1719, al decir que en Cartago "... no se halla barbero, cirujano, médico, botica ni que en la ciudad capital ni en las demás poblaciones se venda por las calles ni en las plazas o tiendas género alguno comestible; razón porque cada vecino es preciso haya de sembrar o criar lo que ha de gastar y consumir en su casa al año, habiendo de ejecutar lo mismo el gobernador porque de lo contrario peciera"<sup>363</sup>.

Este texto ha querido verse como una demostración palpable de la "pobreza" de la provincia en la cual hasta el gobernador debía laborar la tierra.

Esto es correcto y efectivamente se desprende del texto citado. Pero no es lo más importante.

Lo que en realidad interesa aquí es precisamente la frase anterior subrayada por el autor. En efecto: dicha frase lo que revela es que cada vecino debía —y en

consecuencia de hecho lo hacía— producir, sembrar y criar, lo que debía consumir en el año.

Esto configura precisamente una economía de tipo doméstico o cerrado, autosuficiente, que excluye, en un margen económicamente decisivo, un comercio real, una división del trabajo y un dinamismo de la economía capaz de estructurar, a no ser por razones de índole social, una verdadera diferenciación social.

No es de extrañar, entonces, que en una carta de contestación del Cabildo de Cartago a la Real Cédula de 19 de setiembre de 1800, fechada en Cartago el 1 de octubre de 1812, bajo la gobernación de Tomás de Acosta, se dijera "que como todos sin excepción hacen plantíos de lo que han de consumir en el año, cada uno se surte de su misma cosecha. Si esta es abundante no hay quien compre lo superfluo si mediana cada cual tiene lo que necesita y si escasa nadie puede vender porque si no le falta a su familia"<sup>364</sup>.

El tipo de economía que indica esta descripción es justamente un tipo de economía cerrado, autosuficiente, doméstico. Se planta lo que se ha de consumir en el año. El eventual excedente no puede venderse porque los posibles compradores han producido lo propio; y la ausencia de excedentes no origina una demanda, sino que restringe aun más el consumo a lo auto-producido.

### —III—

Tal estructura productiva solo podía variar con la introducción de productos no ligados directamente al consumo del productor; o, si ligados a este, con una demanda individual limitada e inferior a la necesariamente producida.

El cultivo del cacao en la zona de Matina no pudo jugar ese papel, pues razones de índole social —los productores quedaron radicados en Cartago y lo que hubo fue una simple delegación administrativa—,

362 Para un interesante estudio de este punto, ver Carlos Meléndez, "Los orígenes de la propiedad territorial en el Valle Central de Costa Rica durante el siglo XVI" *Revista Universidad de Costa Rica*, n.º 27 (1969): 53 y ss.

363 León Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*, Tomo V (París: Imprenta Pablo Dupont, 1886).

364 Fernández, *Documentos para la historia de Costa Rica*, Tomo V, 81-82.

económica –como calidad, precio, transporte, etc.– y política –como intervención directa e inseguridad productiva derivada de las depredaciones piráticas de los zambos-mosquitos–, coadyuvaron para que este producto no fuera la base para una modificación económica y social de la actividad productiva del país, de índole cerrada o doméstica.

Serán, precisamente, la caña de azúcar y el tabaco, pero en particular este último, los que jugarán un papel decisivo y determinante para la configuración social y económica del país. No es casual que ambos constituyeran la fuente principal de ingresos del nascente Estado y que sobre ambos se instituyeran los dos principales estancos o monopolios de la Colonia y de la independencia.

La modificación esencial radica en que ambos productos no podían ser destinados exclusivamente para el autoconsumo. Por su propio uso estaban destinados al comercio. En cuanto al tabaco, gracias al monopolio colonial y estatal; en cuanto a la caña de azúcar, gracias al monopolio del aguardiente.

Pero esto convertía, tanto a uno como a otro, de meros productos –bienes producidos para el consumo directo y personal del productor–, en mercancías –bienes producidos para el mercado –.

Y la existencia del mercado resulta determinante para configurar todo un universo de transformaciones socio-económicas eslabonadas e inevitables, distintivas de lo que sociológicamente se denomina –siguiendo a Weber– como ciudad, esto es cuando “... la población local satisface una parte económicamente esencial de su demanda diaria en el mercado local y, en parte esencial también, mediante productos que los habitantes de la localidad y la población de los alrededores producen o adquieren para colocarlos en el mercado. Toda ciudad en el sentido que aquí damos a la palabra es una “localidad de mercado”, es decir, que cuenta como centro económico del asentamiento con un mercado local en el cual, en virtud de una especialización permanente de la pro-

ducción económica, también la población no urbana se abastece de productos industriales o de artículos de comercio o de ambos, y, como es natural, los habitantes intercambian los productos especiales de sus economías respectivas y satisfacen de este modo sus necesidades”<sup>365</sup>.

Es claro que la totalidad de esta tipología weberiana no puede encontrarse paso a paso en nuestra realidad. Pero los rasgos fundamentales sí es posible localizarlos y marcan la orientación en el sentido apuntado por Weber.

En todo caso, es importante señalar que el germen de un tipo de economía distinto estaba dado y que las transformaciones no tardarían en cobrar fuerza y manifestación.

La producción de caña de azúcar y tabaco supone, socialmente –máxime si se toma en cuenta su eventual exportación–, una creciente división del trabajo, comercialización y carácter dinerario de la economía.

Por otra parte, dadas las condiciones productivas de entonces y la naturaleza misma del tabaco, que se siembra en pequeñas vegas a la orilla de los ríos; y la especial circunstancia de que el tabaco, durante el reinado de Carlos III, se convirtió en monopolio del gobierno, cuya base “... consistía en adelantar a los labradores a cuenta de la cosecha, que precisamente debían vender al Rey, al precio que se estipulaba”<sup>366</sup>, determinó un reforzamiento de la pequeña propiedad, máxime en nuestro país, donde, en 1787 se había establecido el estanco único de tabaco para toda el área, a fin de combatir el contrabando que se hacía, prohibiendo cultivarlo en la región comprendida entre Chiapas y Honduras. “Es justamente de este estanco, y del de aguardiente, de donde se nutrirá la burocracia colonial y, en su oportunidad, la republicana”<sup>367</sup>.

El dinamismo propio de una economía estructurada sobre una base nacientemente mercantil de las características apuntadas generó en el país una forma

365 Op. cit. Ob. cit. Weber, *Economía y sociedad*, T. II, 939.

365 Roland T. Ely, *La economía cubana entre las dos Isabelas (1492-1832)* (Bogotá: Aedita Ltda, 1962).6

367 Meléndez, *Costa Rica: evolución histórica de sus problemas más destacados*, 31 y ss.

nueva de economía: ya no la doméstica tradicional, de tipo cerrado, sino una economía abierta, naciendo mercantil-burguesa.

Es así, entonces, como al terminar la colonia y acercarse la independencia existen en nuestro país dos tipos de economías perfectamente definibles, que son los que marcarán la evolución posterior del país hasta la dictadura de Carrillo.

#### –IV–

Es importante señalar que, socialmente hablando, la versión clasista que se deriva de un tipo y otro de economía, es sustancialmente distinta. Mientras que, en la economía cerrada, la familia pasa a jugar un papel determinante, y con ella el jefe de familia, adquiriendo el rango familiar un carácter marcadamente aristocratizante; en la economía abierta, se da una diferencia cualitativa, orientándose la importancia al productor-comerciante, y aunque inicialmente cuenta el abolengo, no es ello lo principal, sino la participación de cada quien en la producción.

La versión social de un tipo u otro de economía estará constituida, entonces, por una pseudoaristocracia de origen y vinculación colonial, en el caso de la economía cerrada; y una naciente burguesía agro-comercial, en el de la economía abierta.

La apertura social conlleva una apertura mental, cultural y política. La estrechez de la condición económica y social produce una versión similar en el ámbito de la cultura, la política y la concepción del mundo.

No es de extrañar que, frente al ambiente anodino y frívolamente de Cartago, donde predominaba la economía cerrada, se abriera el horizonte agresivo de San José, que, por suscripción de sus vecinos, fundó ya, en 1814, la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, a cuyo frente puso al bachiller Osejo, liberal que tan gran papel jugará en la Independencia.

Como es lógico, tal estructura base tenía que reflejarse en la versión institucional de entonces.

Desde luego que en esto no hay fechas definidas ni absolutizaciones invariables. Se trata de la creación de un modelo de explicación de la realidad que, como todo modelo, supone la prescindencia de elementos secundarios no determinantes. Lo digo para que no se me critique por lo que no he dicho, o por la mecanización de una explicación teórica que no es mecánica sino dialéctica.

Pero en cualquier caso, la llegada de la Declaración de Independencia será decisiva para precipitar el proceso institucional y, actuando como catalizador agudo, traer a primer plano todas las contradicciones y, en particular, las referentes a la superestructura, esto es las instituciones políticas y sociales existentes entonces.

#### –V–

Se ha hablado indiferentemente del carácter democrático de los ayuntamientos. Pero esto no es estrictamente cierto. Es preciso hacer finas distinciones para poder asir con claridad los fenómenos políticos e institucionales que se gestarán durante la Colonia con relación a los Ayuntamientos.

En el caso concreto de nuestro país, donde la economía cerrada colonial había predominado, la familia y su jefe habían pasado a ser la fuente principal de poder. El rango y la condición aristocratizante de la estructura base hizo posible que bajo la forma democrática se estableciera un verdadero poder aristocrático. Más tarde, el fenómeno tenderá a repetirse con el binomio parlamento-poder ejecutivo.

La confusión de quienes han querido ver, siempre y en todas partes, una institución democrática en el cabildo, ha sido denunciada desde mucho tiempo atrás por Ingenieros, quien observó que, a pesar de la copiosa literatura apologética de que ha sido objeto el cabildo colonial, no es cierto que este fuera un verdadero reducto democrático, pues ha habido un vicio de modernismo en la apreciación histórica del mismo, y se ha confundido con el municipio democrático, que concibe y desarrolla el derecho político moderno<sup>368</sup>.

---

368 Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, 34.

Es precisamente esta condición de predominio familiar, con vinculación estrecha, ideológica e institucional con la metrópoli, la que facilitará el predominio de pequeñas oligarquías, que encontrarán el mejor vehículo de manifestación en los órganos de poder político-administrativos locales: los Ayuntamientos.

Y es aquí, y no en otro lugar, donde se concentrará la vida política de la Colonia durante los tres siglos, con predominio indiscutido de esas pequeñas oligarquías<sup>369</sup>.

La aparición de una estructura productiva naciéramente burguesa, de carácter agrario-mercantil, no modificará el carácter oligárquico –en cuanto grupo reducido y exclusivo de poder–, pero otorgará un sentido democrático, de participación popular notable, más que todo originada en nuestro país por la común condición de pequeños propietarios de sus habitantes.

Consecuentemente, surgen dos instituciones de poder político durante fines de la Colonia e inicios del período independentista: el ayuntamiento democrático –para llamarlo de algún modo–, y el ayuntamiento pseudoaristocrático<sup>370</sup>.

Al producirse la independencia, las diversas fuerzas sociales encontrarán, en uno u otro tipo de ayuntamiento, el receptáculo indispensable para proyectar sus concepciones político-institucionales.

Esto fue así justamente por la desaparición del núcleo central de poder político colonial, y por la debilidad del que, por reciente y por reflejar una transacción, se configuró al desaparecer aquel, con la creación de las Juntas Superiores Gubernativas y Jefaturas de Estado que los siguieron.

## –VI–

Las condiciones productivas de las diversas localidades existentes en el país por entonces, en punto a la producción de tabaco y caña de azúcar; así como el predominio de patrones culturales aristocratizantes en mayor o menor medida en uno u otro lugar, originó una localización geográfica de todo el fenómeno.

Esta localización geográfica se manifestó en un predominio de la economía cerrada o doméstica, y su versión pseudoaristocratizante en las ciudades de Cartago y, detrás de esta, de Heredia. La economía abierta y su versión agro-comercial naciéramente burguesa, predominaron en San José principalmente y, en menor medida, en Alajuela.

Desde luego –y lo digo para que no se me critique por una sobresimplificación que ciertamente no he cometido y que ya ha originado ciertas malas interpretaciones–, no quiere decir que existiera una homogeneidad política y social, que determinara de manera igual e inevitable, la conducta de todos los habitantes, haciendo liberales los unos y conservadores los otros, etc.

Esto no podría ser, por la sencilla razón de que no existe una determinación mecánica, automática de la base social y la condición política, sino que se dan innumerables mediaciones que influyen y modifican la tendencia que, con todo, encuentra una manifestación principal y determinante.

El que existieran liberales en Cartago y en Heredia, no quiere decir que la tendencia principal de ambas ciudades no se orientara hacia un conservadurismo que no era, precisamente, la tendencia dominante de las ciudades liberales de San José y Alajuela.

Si alguno absolutiza estos términos –como ya ha sucedido con relación a trabajos anteriores–, debe rectificarlo. Porque, bajo ningún concepto, ha sido esa la intención y lo expresado por el autor.

369 Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, 35. Además, Puigrós, *De la Colonia a la Revolución*, 112: “Siendo –dice– la raíz social del cabildo la unidad familiar –afirmada en la servidumbre, la esclavitud y el monopolio de tierras y demás medios de producción e intercambio– su contenido de clase no podía ser sino oligárquico.”

370 Uso el término “pseudoaristocrático” por la sugerencia del Dr. Rafael Obregón, quien con justa razón me señaló que el término “aristocrático” tenía connotaciones precisas en el resto de América, que podían crear una imagen errónea del carácter de nuestra empobrecida, raquítica e injustificadamente pretenciosa “aristocracia”. Esto, desde luego, lo digo yo. No don Rafael.

En todo caso, es lo cierto que al momento de la independencia coexistían esos dos modos o tipos de economía, que estos se encontraban geográficamente localizados; y que, a pesar de diversas alternativas, las tendencias políticas que lograron imponerse, reflejaron la tendencia propia de la estructura socio-económica que les servía de base, en las ciudades de Cartago y Heredia, de un lado; y de San José y Alajuela, de otro.

Las razones para tal polarización geográfica, a pesar de ser fácilmente deducible, han sido mal comprendidas. Quizás, por ello, es conveniente insistir en este punto.

Tanto San José como Alajuela resultaron especialmente aptas para el desarrollo de la actividad agrícola que tanto influiría en la estructuración agraria y económica del país. Aun hoy, Alajuela continúa produciendo, de manera notable, caña de azúcar y tabaco.

Cartago, en cambio, para usar palabras de Rodrigo Facio, "... subsistió como base política y administrativa de la Colonia, y asiento de la burocracia peninsular, pero ...nunca adquirió razón de ser económica"<sup>371</sup>.

Los elementos constitutivos de Cartago, entonces, son tipificadores de lo que hemos dicho: una economía de subsistencia, autosuficiente, sin comercio y sin producción mercantil; asiento de la burocracia peninsular y base política y administrativa de la Colonia. Nuestra calificación de pseudoaristocrática a su gestión post independencia, encuentra una justificación plena y real en su condición objetiva.

La gestión política de Heredia, luego de la independencia, su configuración social<sup>372</sup> y participación al lado de Cartago, evidencian el predominio social de un grupo íntimamente vinculado con la metrópoli.

La circunstancia de no haberse podido beneficiar con la producción de caña de azúcar y tabaco<sup>373</sup>, y el aprisionamiento geográfico en que se encontró, dado que la Cordillera Volcánica del Centro le impidió extenderse hasta las amplias llanuras de Sarapiquí<sup>374</sup>, fueron los factores determinantes para que esta ciudad se asimilara plenamente al grupo conservador pseudoaristocrático, que impuso su línea en Cartago.

No debe olvidarse a este efecto, la importancia decisiva que la configuración hidrográfica de la zona central tuvo para el desarrollo o estancamiento de las diversas ciudades. Porque, como recuerdan tanto Hernán G. Peralta como Vincenzi, la distribución de los ríos en este lado de la meseta fue realmente "milagrosa", siendo tal la importancia de este factor, que el propio Peralta debió recordar en su obra, que "...a la distancia comprendida entre las poblaciones principales y las corrientes de agua más cercanas, según Anastasio Alfaro, se debieron la caída de Barba en cuanto a la importancia de su población y el relativo estancamiento que en 1821 tenían Cartago y Heredia en relación con San José y Alajuela"<sup>375</sup>.

Confirmación, por otra parte, de la polarización geográfica señalada y la existencia de una causa fundamental que determinó el desarrollo de San José y Alajuela de un lado, y el estancamiento de Cartago y Heredia, de otro.

¿Podían, en estas circunstancias, ser distintas las orientaciones políticas e institucionales?

## -VII-

Tenemos, pues, que, al producirse la independencia, cobraron fuerza y se manifestaron claramente estas contradicciones esenciales:

371 Facio, *Estudio sobre economía costarricense*, 16. Para una crítica de la posición de Facio, ver Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica*, 82. Además, ver Peralta, Agustín de Iturbide y Costa Rica, 199.

372 "Nobles y plebeyos", reza un documento de la época, citado por Carlos Monge en *Historia de Costa Rica* 7ª Ed. (San José: Editorial Imprenta Las Américas, 1956), 130.

373 Cfr. Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 199-200.

374 Cfr. Luis Dobles Segreda, *La provincia de Heredia* (San José: Imprenta y Librería Lehmann, 1934), 11.

375 Op. cit., ob. cit., Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 200. Destacado mío.



- a. A nivel de la estructura económica: economía cerrada o doméstica, de tipo colonial, de una parte; economía abierta, agromercantil y de naciente burguesía, de otra. Sin embargo, debe señalarse que ambas son de tipo local.
- b. A nivel de la estructura social: surgimiento de una naciente burguesía y existencia de un sector pseudoaristocrático tradicional, íntimamente vinculado a la administración y la política de la metrópoli.
- c. A nivel de la estructura institucional: ayuntamiento pseudoaristocrático de un lado y ayuntamiento democrático-burgués de otro. Sustitución del débil poder central colonial, por un débil poder gubernativo, representado por las Juntas Superiores Gubernativas de escaso poder real, que se encuentra, como se dijo, realmente en los Ayuntamientos.
- d. A nivel de la estructura geográfica: polarización del grupo conservador en las ciudades de Cartago y Heredia, correspondientes al tipo de economía cerrado; y del grupo liberal, en las ciudades de San José y Alajuela, correspondientes al tipo de economía abierto.

En estas condiciones, la cuestión de la capitalización no era “una simple porfía de campanario” como se ha querido ver<sup>376</sup>.

Detrás de esto, había razones profundas de carácter social, económico y político, que empujaban objetivamente a que la capitalidad se convirtiera en todo un objetivo político para la orientación misma del país, y un complemento indispensable a un hecho social cierto, el cual era el predominio indiscutido, ya en ese entonces, gracias al cultivo del tabaco, de la ciudad de San José<sup>377</sup>.

Este hecho resultaba, entonces, no de una cuestión regionalista y localista simple, que más bien fue una manifestación externa de un profundo y complejo

proceso social interior, sino de una tendencia objetiva incontrastable en las condiciones sociales y económicas de entonces.

Esto, por lo demás, ha sido señalado por varios autores, entre ellos, el propio Hernán G. Peralta quien, citando a Jorge León, señala —refiriéndose a Cartago y San José—, que “...los terrenos que rodean ambas ciudades son muy diferentes en cuanto a extensión y fertilidad”, de donde se comprende “por qué, al iniciarse la república, la vida nacional giraba ya alrededor de San José. Cuando llegó la independencia, fue marcadamente republicana y la revolución de 1823, al darle la capitalidad del Estado, no hizo sino confirmar un hecho definido”<sup>378</sup>.

La cuestión de la capitalidad, entonces, encierra un trasfondo mucho más importante que la simple cuestión localista del prestigio inherente a la capitalidad.

Por las condiciones de presión popular, directa y de masas, la localización de las armas y la orientación política misma, que debían corresponder al verdadero contenido del centro económico principal, la decisión acerca de la capitalidad implicaba mucho más que una simple cuestión de titularidad. Decía de la orientación sociopolítica del nuevo orden instituido con la llegada de la independencia.

### —VIII—

La llegada de la independencia planteaba al país toda una alternativa histórica de suma gravedad.

Inicialmente, dando tumbos de un lado a otro, con una oscuridad relativa en los objetivos, se produjo una polarización de fuerzas y orientaciones, respondiendo a la estructura base que las sustentaba.

Tal polarización introdujo claridad en los problemas, definición en los grupos y decisión en las orientaciones. No fue más un esfuerzo colectivo teñido por las

376 Así Hernán G. Peralta en carta que precede a la publicación *Formación del Estado en Costa Rica* ya citada, 4.

377 Para la importancia de San José y la decadencia de Cartago, Cfr. Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 126-199-200 y 201. Ricardo Fernández Guardia, *La independencia y otros episodios*, 12. Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica*, 86 y ss.

378 Cerdas, *Formación del Estado en Costa Rica*, 201.



diferencias de apreciación, sino una bifurcación de caminos, resoluble únicamente por la acción y decisión política revolucionariamente impuestas.

Este proceso de independencia, entonces, mal puede concebirse como una simple comunicación llegada de Guatemala por la cual no habíamos combatido, y que, en definitiva, se resuelve en el punto de si fue en setiembre o en octubre cuando fuimos en verdad independientes.

No. El proceso de nuestra independencia, que cuenta con antecedentes como los de Pablo de Alvarado –costarricense a quien ciertamente se debe una biografía y un monumento, como primer americano que lanzó el grito de independencia en el continente–, es mucho más complejo y multifacético.

Cubre todo un período de alternativas, enfrentamientos, ensayos y rectificaciones, que culminan, en un proceso necesario, con la dictadura de Carrillo.

Nuestra independencia marcó un cambio profundo en los ideales generales de nuestro pueblo, pues los renovó y los proyectó con fuerza hacia la búsqueda de un ordenamiento distinto y progresista; encontró un sustento real en las condiciones socio-económicas imperantes por entonces y afirmó, a tientas y a oscuras, la soberanía popular como única fuente legítima de poder político, no como versión simplemente formal, sino sobre la base del contenido mismo del postulado.

En 1821 se inició una verdadera Revolución.

Y no es posible comprender la hondura del período, sin tener en cuenta las fuerzas sociales profundas que se esconden detrás de las manifestaciones externas del proceso.

En efecto: “dos filosofías políticas inconciliables serpentean bajo la historia externa, encarnadas en dos partidos antagónicos: el que intenta realizar la Revolución, concibiéndola como cambio de régimen liberal y democrático; y el que procura impedirlo, limitándose a desear una secesión administrativa

respetuosa de los intereses creados por el antiguo régimen colonial.

La crisis revolucionaria no fue una convergencia de energías afines, sino una lucha convulsiva entre fuerzas heterogéneas que no encontraban su nuevo estado de equilibrio. Detrás de las pasiones personales y localistas estaban en conflicto dos sistemas de ideas incompatibles, dos regímenes, dos filosofías: la Revolución y la Contrarrevolución”<sup>379</sup>.

No hay que olvidar que el impulso revolucionario lo promovía una minoría –numéricamente hablando–, que encontraba una resistencia conservadora mayoritaria.

Es en esta contradicción entre minoría revolucionaria, representante del progreso histórico real, pero minoría al fin; y mayoría conservadora, representante del estancamiento histórico, pero mayoría al fin, en que se debatirá políticamente nuestra organización social en los primeros 21 años de vida independiente, pues paradójicamente la primera –minoritaria–, representaba, frente a la segunda –mayoritaria–, la única alternativa realmente democrática.

## –IX–

No obstante que, por lo que hace al sector conservador criollo, no hubo ciertamente una influencia filosófica cartesiana siglo XVII, como sí la hubo en otras partes más avanzadas del continente, en cuanto adaptación de la vieja filosofía a las nuevas necesidades, sí puede decirse que, en el caso de Carrillo, la influencia francesa correspondiente al siglo XVIII encontró una manifestación específica.

Detengámonos un poco en esto.

La Ilustración francesa del siglo XVIII, y más específicamente el materialismo francés, no fue solamente una lucha orientada contra las instituciones políticas vigentes, la religión y la teología imperante, sino también contra la metafísica del siglo XVII y contra toda

---

379 Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, 194.

metafísica, en especial contra la de Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibniz. Se oponía la filosofía a la metafísica. Esta, derrotada por el materialismo francés del siglo XVIII, encontrará su restauración en la filosofía clásica alemana y, posteriormente, en la especulativa del siglo XIX.

En todo caso, el materialismo francés presenta dos direcciones: una proveniente de Descartes, que desemboca en el materialismo mecánico, y que se confunde con las ciencias naturales; y otra proveniente de Locke, que se constituye como elemento de la cultura francesa y desemboca, directamente, en el socialismo.

El materialismo francés mecánico siguió el camino de la física cartesiana, en contraposición con su metafísica. Como antimetafísicos, sus discípulos eran físicos. Destacan aquí el médico Leroy, Cabanis y de La Mettrie.

La metafísica, encontró una oposición directa en su propia cuna, personalmente representada por Gassendi, que restauró el materialismo epicúreo. Asimismo, se le enfrentó otro materialista, inglés en este caso, el cual es Hobbes. Ambos materialistas, el inglés y el francés, estuvieron ligados a Demócrito y Epicuro.

Al morir los últimos grandes metafísicos franceses del siglo XVII, venían al mundo Helvetius y Condillac.

Este fue el discípulo directo e intérprete francés de Locke, quien, a su vez, desarrolló la tendencia materialista inglesa que, a partir de Duns Scoto, siguiendo por Bacon y pasando por la versión unilateral de Hobbes, desemboca en Locke, que sistematiza y fundamenta el principio de los dos últimos.

En su obra, Condillac desarrolló los pensamientos de Locke y demostró que el hábito y la experiencia, el alma y los sentidos, el arte de hacer ideas y el arte de captación sensorial, eran las verdaderas fuentes del conocimiento humano. Y en consecuencia, que el

desarrollo del hombre dependía de la educación y las circunstancias externas.

Helvetius, por su parte, confirió al materialismo su carácter específicamente francés, y lo remitió directamente a la vida social, en su obra “Del Hombre”. Aquí, se pone como fundamento de toda moral, las cualidades sensibles, el amor propio, el goce y el interés personal bien entendido. La igualdad de las inteligencias, la unidad del progreso de la razón y del progreso de la industria, la bondad natural del hombre y la omnipotencia de la educación, son elementos sustanciales de su sistema.

Esta tendencia es la que va a desembocar, directamente, en el socialismo y el comunismo. Cuestión por lo demás que no debe sorprender a nadie, habida cuenta de la conexión íntima entre los planteamientos de estas doctrinas y la noción de bondad original del hombre, capacidad intelectual igual, potencialidad de la experiencia, los hábitos, la educación, la influencia de las circunstancias externas, etc.<sup>380</sup>

Braulio Carrillo, estructurador del Estado nacional, se nutrió precisamente en esta fuente. Y es él quien, a su vez, le dará el verdadero impulso al cultivo del café, pero con una orientación y sentido especiales: hacia la pequeña propiedad, sentando así las bases de nuestro futuro desarrollo social, económico y cultural. No en vano se ha señalado que el café no es tanto un producto, como una cultura.

En cualquier caso, esto demuestra que el arquitecto de la nacionalidad costarricense es, justamente, una de las figuras históricas menos comprendidas en nuestro país hasta hace algunos años, lo que se evidencia con el odio irracional de algunos seudoliberales trasnochados, que todavía deambulan como sonámbulos a finales del siglo XX.

Cuando Carrillo cita a Helvetius y a Condillac, o cuando guarda doble ejemplar de las obras de Rousseau, no estamos frente a citas de erudición innecesarias, sino ante una influencia cultural y filosófica decisiva para la concepción suya de los problemas políticos que debía afrontar.

380 Para un estudio detallado de las ideas que aquí resumimos, ver C. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia* (México: Ed. Grijalbo, 1959), 215 y ss.

No podemos concebir a Carrillo, entonces, como un simple político pragmático, que en un acontecer lleno de vaivenes, logró impulsar positivamente al país hacia el progreso.

Carrillo, ni fue un déspota que hizo y deshizo como le vino en gana, y que de su sola voluntad de hierro —que la tenía— construyó la nacionalidad costarricense; ni fue un simple objeto ciego de las condiciones sociales objetivas de entonces.

Por el contrario, y ahí es donde radica toda su grandeza, Carrillo fue un agente consciente, que supo cumplir a cabalidad su cometido histórico.

Su preparación cultural y su filosofía, no fueron improvisadas. Partieron de lo más avanzado del pensamiento de entonces, y se orientaban, paradójicamente, a situaciones mucho más avanzadas, socialmente hablando, que las que el propio Carrillo debía afrontar.

No es de extrañar, entonces, su radicalismo frente a la religión, los municipios y la propiedad privada, que restringió, fijando, en tan temprana fecha, salarios mínimos para mujeres y niños, y facultando a los pobres para tomar los frutos no utilizados por los propietarios en las haciendas.

### —X—

Carrillo, hombre de formación legalista, había tenido que abandonar sus ilusiones, y, con paso firme, tomó el camino de la dictadura liberal revolucionaria.

Antes, cuando había acusado a Juan Mora por la expulsión de su hermano a la prisión de El Salvador, alegando que había violado la Constitución; cuando agotó todas las posibilidades de transacción para evitar el derramamiento de sangre en la Guerra de la Liga; cuando después de esta se vio ante la imposición de una mayoría conservadora y localista que lo sacaba del poder y, como si el sacrificio no hubiera tenido importancia, volvía a poner a la orden del día la cuestión decisiva de la capitalidad, Carrillo llegó a la conclusión de que era necesario constituir una dictadura capaz de liquidar, social y políticamente, a los grupos conservadores que todavía atentaban con-

tra el nuevo orden; aunque el establecimiento de tal dictadura implicara el empleo de métodos no legales, sino revolucionarios.

Ante la constelación de contradicciones imperantes, entonces, Carrillo presenta la única solución posible. Frente a la economía abierta y la economía cerrada, desarrolla y consolida una economía nacional de la cual, ciertamente, sienta las bases.

Frente al ayuntamiento naciientemente burgués y el ayuntamiento pseudoaristocrático, desarrolla y consolida el Estado nacional, como fuente única de poder legítimo, susceptible de una acción y decisión eficaces sobre todo el territorio nacional.

Ambas tareas se suponían recíprocamente y formaban el vértice histórico que Carrillo, con plena conciencia, une y proyecta hacia el futuro.

Al decidir la cuestión de la capitalidad, no estaba decidiendo el problema planteado, pero estaba determinando un elemento fundamental para su solución. Sí resolvía definitivamente el problema cuando consolidaba la economía y el Estado nacionales, como factores recíprocos esenciales para poder hablar de una auténtica nacionalidad costarricense.

Esto lo logró liquidando los poderes internos que disgregaban al poder central: la Iglesia, los municipios, el aislamiento, etc. Al consolidar, por afirmación soberana, nacida de la negación de interferencias externas, la fisonomía internacional de nuestro pueblo: incorporando al Guanacaste a nuestro país, frente a las pretensiones de Nicaragua; oponiéndose a las reclamaciones anglo-mosquitas sobre Moín y Salt Creek; y reclamando respeto internacional, con disposición plena al combate por ese respeto, como se puso en evidencia con las maniobras de Morazán desde Panamá y la carta que originó esa situación.

Pero, sobre todo, con la conciencia del grado en que había avanzado en su labor. Porque cuando Morazán es traído a Costa Rica por los elementos conservadores, para enfrentarlo al caudillo liberal que era Carrillo, este prefiere dejar el poder, antes de suscitar un combate que dividiría por muchos años al país. Recuérdese que tres mil josefinos le juraron fidelidad y le ofrecieron su vida para combatir al invasor. Por lo

que hace al Estado y su creación, la labor de Carrillo estaba cumplida. Porque, por encima de las pasiones del momento, que han mostrado tener larga vida, la entidad del Estado había adquirido carta de ciudadanía en la conciencia de sus compatriotas.

La acción política ya no sería a favor o en contra del poder central. La lucha se había desplazado hasta llegar a ser una lucha por el poder del Estado.

Esto refleja que el poder central había adquirido una plena eficacia y una total legitimidad en la conciencia de los hombres de entonces, y que nada, ni nadie, podía modificar esa orientación institucional.

Carrillo, en este sentido, con su dictadura positiva, democrática y constitutiva, logró consolidar la nacionalidad costarricense y estructurar, como arquitecto inmejorable, la fisonomía de nuestra sociedad y nuestro Estado.

Y es él, justamente, quien sobre las bases particulares de nuestra estructuración agraria de pequeños propietarios, nacida del cultivo del tabaco y la caña de azúcar, principalmente, impulsa el cultivo del café, que marcará los rasgos fisonómicos de nuestro pueblo hasta años recientes.

La legalidad de su gestión gubernativa fue revolucionaria. Radicó en el hecho de que, aunque constituía una minoría, devino en una auténtica mayoría, al asistirle la razón histórica.

## -XI-

Carrillo, sin embargo, no podía paradójicamente culminar su obra con la elaboración y promulgación de una verdadera Constitución Política, en sentido jurídico.

En efecto, si bien es cierto que Carrillo había operado la resolución de las principales contradicciones suscitadas en el campo económico, social, geográfico e institucional, no es menos cierto que la estructuración clasista del país, los procesos de diferenciación social y económica, apenas estaban en gestación.

La constitución en sentido jurídico, no solo nace del rompimiento de un orden tradicional, que funda su legitimidad en una herencia institucional y política consagrada por el tiempo. Nace también, y, básicamente, como reflejo de un orden social real, objetivo, relativamente consolidado, que ha alcanzado un relativo nivel de equilibrio y estabilidad.

En nuestro caso, el antecedente directo indispensable para poder legislar constitucionalmente de manera eficaz, estaba ausente. Los procesos sociales reales, objetivos, necesarios, que podían facultar un comportamiento colectivo e individual susceptible de expresarse en normalidad, una alta previsibilidad de conducta y, lo principal, una estructura específica de poder social y político, nacida de una regularidad en las relaciones sociales subyacentes, todavía no se daban con claridad. Es más: apenas se estaban dando los gérmenes con el desarrollo de la actividad cafetalera.

En una palabra: los procesos de formación de la constitución real del Estado apenas se iniciaban con la actividad cafetalera. Habría que esperar todo un desarrollo económico y social para poder plantearse, siquiera, la posibilidad efectiva de una conformación constitucional estable y duradera.

Este proceso de formación socioeconómica de nuestra sociedad cubriría un largo período: desde que Carrillo consolida políticamente al Estado en 1841, hasta el ascenso de Guardia al poder y la promulgación de la Constitución de 1871.

Carrillo, sin embargo, impulsó un tipo de desarrollo económico y social particular, orientado a la proliferación de la pequeña propiedad, impulsando la producción desde el Estado.

Su gestión, con ser término de una serie de procesos políticos que hemos analizado en su contexto social y económico, es al mismo tiempo, punto de partida para la nacionalidad costarricense.

Sobre las tendencias y estructuras dadas en nuestro país, con base en la actividad productora de tabaco y caña de azúcar, el cultivo del café fue concebido como una actividad propia de pequeños propietarios. Con ello, se garantizó la existencia de un amplio sec-

tor social que, con participación directa o indirecta, con representación real o supuesta, va a ser una fuente de presión y un invitado de piedra en la vida política y en los convivios de los grupos dominantes, que surgirán con el cultivo del café y la vinculación de nuestro país con el mercado mundial.

Esta etapa, pues, no solo es un momento crucial en la vida de nuestro país. No solo se agota en la existencia de un gobierno de dictadura que deja de cumplir con ciertas formalidades.

Es mucho más que eso.

Es la resolución del problema político de la estructuración y vigencia del Estado Nacional.

Es la conformación del país, en su esfera social y productiva, como una nación de pequeños agricultores. Y es el establecimiento de la función, estructura y dinámica del Estado, como esencialmente sometidas al imperio de la ley.

Por esto, a pesar de su dictadura, y precisamente por ella, es que se puede concluir que, con Carrillo, se sentaron las bases de la democracia liberal costarricense.

# El derecho y el desarrollo

Separata de la *Revista de Ciencias Jurídicas*, junio-setiembre-diciembre, 1974

## 1. El desarrollo es una lucha, no una concesión

La cuestión del desarrollo económico, y las luchas políticas y sociales a él vinculadas, en ámbito nacional e internacional, constituyen ciertamente la cuestión más candente y decisiva de la última mitad del presente siglo.

En el Informe de la Comisión del Desarrollo Internacional, precedida por Lester B. Pearson, se señala cómo “la distancia cada día mayor que media entre los países desarrollados y los países en desarrollo se ha convertido en un problema capital de nuestro tiempo”<sup>381</sup>. Asimismo, cómo, a pesar de las esperanzas puestas en la llamada “ayuda internacional para el desarrollo” (que a la larga se ha mostrado como un instrumento de penetración económica y política, gestor de dependencia y atraso), se ha creado un clima en este campo de la ayuda exterior “preñado de desilusiones y desconfianza”, todo lo cual ha conducido en definitiva a una crisis<sup>382</sup>.

En el despertar de la lucha internacional de los países del tercer mundo, por alcanzar el desarrollo económico y social independiente, superar el atraso y consolidar una nacionalidad vigorosa y dueña de sus destinos, América Latina ha jugado un papel de primera importancia, aunque con resultados magros, a la luz de los hechos concretos del desarrollo de su economía, del mejoramiento social de sus pueblos y del rompimiento de los lazos de dependencia en todos los órdenes.

Efectivamente. Pese a que las potencias aliadas contra el Eje plantearon ya en la Primera Declaración Interaliada de 1941, y en la Carta del Atlántico de ese mismo año, que el fundamento de la paz se vinculaba a que se pudiera disfrutar de una seguridad económica y social; además ratificaron estos conceptos en la Declaración de las Naciones Unidas firmada por 26 países en 1942, en las conferencias de las cuatro Grandes Potencias en el año 1943 en Moscú y Teherán, y en 1944 en Dumbarton Oaks y Yalta<sup>383</sup>, lo cierto es que la comprensión de todo esto era sumamente limitada.

Cuando en la Carta de las Naciones Unidas se reconoció que los pueblos en ella participantes estaban decididos a promover el progreso y mejorar los niveles de vida dentro de una mayor libertad, a emplear las instituciones internacionales para la promoción del avance económico y social de todos los pueblos, y “lograr la cooperación internacional necesaria para resolver los problemas internacionales de orden económico, social, cultural o de carácter humanitario, y para promover y estimular el respeto a derechos humanos y las libertades fundamentales de todos, sin distinción de raza, sexo, lengua o religión”<sup>384</sup>, teóricamente se planteaban los problemas acuciantes de los países coloniales y dependientes.

Pero, en la práctica, sin embargo, la concepción de estas tareas difería sustancialmente de la naturaleza real de los problemas planteados a las necesidades del tercer mundo.

381 Comisión de Desarrollo Internacional, “Informe: IEl Desarrollo Empresa Común” (Madrid: Editorial Tecnos, 1969), 19. Comisión presidida por Lester B. Pearson.

382 Comisión de Desarrollo Internacional, “Informe: IEl Desarrollo Empresa Común”, 1.

383 Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Textos del ILPES (México: Siglo XXI Editores S.A., 1970), 17.

384 Sunkel y Paz, “El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo”, 18.

Esto era así, porque tales labores de desarrollo y mejoramiento se concebían de manera transitoria, y, lo que es no menos importante, más que todo orientados a la reconstrucción y fomento económico de los países destruidos por la conflagración mundial. Pero ya la participación misma de los países semicoloniales y dependientes en el seno de las Naciones Unidas era mayoritaria, y necesariamente sus necesidades tendrían un significado cada vez mayor, especialmente después de que la lucha anticolonialista mundial, con la de los pueblos africanos y asiáticos en primer término, comenzó a dar su cosecha de países nuevos. De los 51 miembros participantes en la creación de la ONU en la Conferencia de San Francisco, solo entre 10 o 12 podían ser considerados como desarrollados e industrializados. Los restantes, seriamente afectados por el conflicto a nivel de su situación económica, aunque sus territorios no hubieron sido teatro de las batallas, constituían no solo una mayoría imponente, sino que, dentro de esa mayoría, destacaba el conjunto de países latinoamericanos.

En consecuencia, es válido afirmar, como lo hacen Sunkel y Paz (1970), de quienes tomamos estas referencias, que “son los problemas e inquietudes que comienzan a manifestarse en los países subdesarrollados —especialmente en los de América Latina— los que van perfilando la problemática del desarrollo económico y dando nuevo contenido a este concepto, que ahora expresa la preocupación que despierta, en ciertos países, su dependencia del comercio internacional, en virtud de la especialización en la exportación de materias primas; refleja también las aspiraciones de reafirmación de la independencia política y económica de los nuevos países que han dejado de ser colonias; alude al bajísimo nivel de vida que prevalece en la mayoría de los países y de la población mundial, y a los violentos desniveles entre estos y los de los países industrializados; traduce la convicción de las naciones rezagadas de que el camino para obtener mejores niveles de vida es la industrialización y, en general, la aplicación en la técnica moderna al esfuerzo productivo y al aprovechamiento de recursos ociosos; revela el convencimiento de que la aceleración del ritmo de progreso económico y social requiere cambios en la estructura productiva y un

esfuerzo deliberado de la comunidad nacional e internacional para lograr esos fines”<sup>385</sup>. Todo lo cual conduce a la conclusión, no por simple y evidente generalmente admitida, que la atención sobre los problemas del desarrollo, la independencia nacional y el mejoramiento social y cultural de los países coloniales, semicoloniales y dependientes, ha sido, es y será, fruto de una larga y compleja lucha en ámbito nacional e internacional, y no concesión graciosa de quienes han constituido su poder y hegemonía mundiales con base precisamente en este estado de cosas, inherente a la existencia misma del sistema que los constituye.

## 2. Teorías y política. El encubrimiento ideológico del subdesarrollo

Pronto fue posible observar el carácter ideológico y político de ciertos planteamientos vinculados a la explicación teórica del subdesarrollo, su carácter apologético y al mismo tiempo denigrador de las posibilidades y condiciones de nuestros pueblos. Nuevamente el colonialismo mental hizo sus estragos, especialmente en las clases gobernantes, aunque incidiendo, con no menos fuerza, en los sectores dominados. Así, el subdesarrollo y la explotación nacionales encontraban, en estos modernos teóricos y especialistas en desarrollo económico, los mentores y defensores, “objetivos” por supuesto, del *statu quo*, y en sus teorías la justificación supuestamente científica que tranquilizaba las conciencias de unos, y adormecía y hacía aceptable la dura condición de marginados, subalimentados y explotados, en todo caso, de los otros.

Es así como surgen teorías como las del profesor de la Universidad de Florida, Harry Stark, que en un estudio sobre la moderna economía latinoamericana, encuentra, como uno de los factores fundamentales, el carácter impulsivo y emocional de los latinoamericanos, de cara a la flema anglosajona; sus preferencias por el camino corto, su extremismo y su tendencia a culpar de sus desventuras a las circunstancias, por lo que padecen de una frustración crónica. Son indolen-

385 Op. cit., Sunkel y Paz, “El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo”, 21-22.



tes y dados a largas discusiones que, para el anglosajón, entrañan una pérdida de tiempo<sup>386</sup>.

Esta explicación y otras tantas, como por ejemplo la del funcionario del BIRF Robert Garnes, que sitúa el problema en los hábitos mentales y de conducta, se insertan en lo que se ha clasificado como el tipo de explicaciones basadas en factores no económicos. Porque existen múltiples teorías que se basan en otros elementos para explicar el subdesarrollo: deficiencias en los recursos productivos, círculos viciosos del subdesarrollo, el dualismo y el crecimiento por etapas, imperfecciones del mercado, etc.<sup>387</sup>

Pero la totalidad de estas explicaciones parte de supuestos que no corresponden a la realidad histórica de nuestros pueblos, cortan en su desarrollo y aceptan un punto de llegada que se considera el óptimo e ineludible. Tanto así, que en las concepciones del funcionario político norteamericano W. Rostow (1960) se plantea la llamada teoría de las etapas, según la cual, la historia del mundo podría dividirse en dos momentos: el período pre-newtoniano y el posterior, con lo que la totalidad de la historia humana anterior al surgimiento del capitalismo, no es más que la prehistoria de su advenimiento. Luego, cada país deberá pasar por cinco etapas: la de las precondiciones del despegue (*take-off*), la del despegue propiamente dicho, la del impulso hacia la madurez, y la de un alto nivel de consumo masivo de bienes duraderos. Es interesante señalar que Rostow, en un claro afán ideológico de justificar la presencia exógena que marca la existencia del imperialismo, indica que “el caso más general en la historia moderna... es aquel en que el estadio de las precondiciones del despegue no surgió de factores endógenos. Estas invasiones (...) conmovieron la sociedad tradicional e iniciaron o aceleraron su descomposición; pero a la vez pusieron en juego acciones y sentimientos que iniciaron el proceso a través del cual surgió, de la vieja cultura, una alternativa moderna frente a la sociedad tradicional”<sup>388</sup>.

Las tareas que surgen de esta manera de ver las cosas consisten en alcanzar las etapas por las cuales ya pasaron los países desarrollados; porque tales etapas deberán necesariamente transitarse, y la forma de hacerlo debe seguir la ruta marcada por ellos, especialmente a través de la implementación política que hacen las agencias internacionales dominadas por los principales países capitalistas.

De un modo u otro, se trata de mantener el *statu quo*, de preservar la condición dominante de las clases tradicionalmente detentadoras del poder económico y político, aun aquellas que se sustentan en las piramidales estructuras agrarias que deben ser modificadas por lo que, como moda inevitable ante la presión del movimiento campesino, todos claman por una “reforma agraria”. El esfuerzo debe dirigirse, según se desprende de un interesante estudio presentado a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, por el Center For International Studies de Cambridge, Massachusetts, a conseguir incluso una reforma agraria con la anuencia y mantenimiento de las viejas clases terratenientes, a quienes se recomienda interesar en el proceso de modernización, a través del empleo de toda la influencia de los Estados Unidos.<sup>389</sup> Aparte de esto, se dice en el documento, lo que se busca es impulsar que estos países acepten “los principios de una sociedad abierta”, y se manifiesten dispuestos: a) cooperar en las medidas internacionales de control económico, político y social<sup>390</sup>. Todo lo cual lleva a impulsar tanto medidas económicas, como de información, orientadas a conformar la imagen de la modernización y la bondad del estilo de vida norteamericano y la ayuda militar, entre otras, que tiene como objetivo central “contribuir a proteger a las sociedades contra la invasión o contra la subversión interior promovida por una minoría armada con el apoyo de una potencia extranjera”<sup>391</sup>.

386 Harry Stark, “Modern Latin America”, *University of Miami Publications in Economics*, n.º 2 (abril, 1957): 62-71, cit. por Alonso Aguilar, en *Desarrollo y desarrollismo* (Buenos Aires: Editorial Galerna, 1969).

387 Para una discusión detallada de las teorías referidas ver, Aguilar, “Refutación a teorías sobre subdesarrollo” en obr. cit. ed. cit., 11-109.

388 Op. cit. en Aguilar, “Las etapas del Desarrollo Económico”, en obr. cit. edit. cit., 33.

389 Millikan, Max F. y Donald L.M. Blackmer, eds., *Las naciones que surgen: Su desarrollo y la política de los Estados Unidos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1961), 130.

390 Op. cit. Millikan, Max F. y Donald L.M. Blackmer, eds., *Las naciones que surgen: Su desarrollo y la política de los Estados Unidos*, 107.

391 Millikan, Max F. y Donald L.M. Blackmer, eds., *Las naciones que surgen: Su desarrollo y la política de los Estados Unidos*, 114.



En la práctica, para los países subdesarrollados, esto se ha traducido en mayor penetración política, militar y económica; y lo que no es menos importante, en un apoyo final del *statu quo*, en la preservación de las viejas oligarquías terratenientes, y en la consagración, con un importante apoyo político, militar y económico, de los Estados Unidos, de las políticas que reprimen las presiones populares hacia una transformación social y hacia una reestructuración democrática de la sociedad y Estado existentes. La modernización que ha habido en estos años ha sido la de la represión y la tortura, la de la dependencia tecnológica y la del proceso conocido como internacionalización del mercado interno, base del nuevo carácter de la dependencia.

Los mecanismos internacionales continúan agotando la ya estrangulada economía de estos países, y las estructuras tradicionales se manifiestan rígidas, ineficientes e incapaces de admitir transformaciones significativas. Una gran parte de la población continúa siendo lanzada a la marginación global; el desempleo y el subempleo siguen siendo un mal endémico, y el crecimiento, cuando se da alguno, queda limitado a las viejas clases dominantes.

La situación es tan crítica que un funcionario internacional, como el señor Galo Plaza de la Organización de Estados Americanos, tan poco sospechoso de radicalismo como la institución a la que sirve, ha tenido que denunciar, en la VIII Reunión Anual del Consejo Interamericano Económico y Social, efectuado del 30 de enero al 9 de febrero de 1973, ante los 23 países asistentes a la reunión, que el sistema de cooperación hemisférica se ha quebrantado por medidas lesivas para América Latina adoptadas por Estados Unidos, citando como argumentos los siguientes puntos neurálgicos que han afectado las relaciones entre ellos: inclusión de cláusulas restrictivas a los préstamos y la ayuda de los Estados Unidos a Latinoamérica; demora de Estados Unidos de efectuar nuevas aportaciones al Banco Interamericano de Desarrollo; vacilaciones de Estados Unidos para renovar el convenio mundial del café; posición negativa en cuanto a la participación en el Convenio Mundial del Cacao; dilación del gobierno norteamer-

icano en apoyar el sistema general de preferencias comerciales para los productos de exportación latinoamericanos, señalando a continuación cómo, a pesar del relativo crecimiento registrado, “siguen en pie y en muchos casos se han agravado, los problemas relacionados con el desempleo, la distribución del ingreso y la pobreza de las clases marginadas del proceso de desarrollo”<sup>392</sup>.

En esa misma reunión, se suministraron datos bastante significativos de lo que ha venido ocurriendo en América Latina sobre la cuestión del desarrollo. Cifradas sus esperanzas en la Alianza para el Progreso, ya pasada a mejor vida, se señaló que, en el decenio de 1961 a 1971, según el proyecto inicial de la Alianza, se debían transferir a la América Latina 20 mil millones de dólares. Solo llegaron 16.000 millones. América Latina pagó en amortizaciones de préstamos 8.900 millones. Pero el monto de lo remitido a los Estados Unidos fue de 17 mil millones de dólares, si se toman en cuenta los intereses, las regalías y transferencias de utilidades. En conclusión: Estados Unidos se llevó más dinero del que aportó en esa década, y mantiene la propiedad de las inversiones efectuadas. Una demostración más de que América Latina, y el tercer mundo en general, son países exportadores de capital<sup>393</sup>.

### 3. Subdesarrollo: una condición inherente al sistema mundial del capitalismo

Estos clamores por el mal trato a los países subdesarrollados sirven para expresar las ilusiones vanas acerca de las posibilidades de nuestro desarrollo económico-social, basado en la ayuda y soporte de quienes obtienen de esta condición de subdesarrollo y dependencia, su privilegio y hegemonía internacional.

Con varias décadas de lucha por el desarrollo, hay que señalar que los países desarrollados, con solo el 30 % de la población mundial, reciben el 85 % del ingreso mundial. Los países subdesarrollados, con el 70 % del total de la población mundial, reciben únicamente el 15 % del total del ingreso mundial. Entre

392 Op. cit. en *Revista de Comercio Exterior*. Vol. XXIII, n.º 2 (febrero de 1973): 135.

393 Cfr. *Revista de Comercio Exterior*. Vol. XXIII, n.º 2 (febrero de 1973): 138.

1960 y 1970, la brecha entre los países desarrollados y los subdesarrollados se amplió en un 10 %. Para ejemplificar lo anterior, es conveniente señalar que, si comparamos el ingreso anual per cápita, bajo una misma tasa de crecimiento, de un 5 %, digamos, el aumento anual de ingreso de un habitante de un país desarrollado será de \$120 anuales, mientras que el del habitante de un país subdesarrollado será de solo \$7.00 por año<sup>394</sup>.

Como también señala Angelopoulos “la tercera parte de la ayuda mencionada en las publicaciones oficiales como “donación”, no representa realmente una ayuda gratuita. En realidad, la “donación” que descendió, de 1960 a 1970, de 52 % a 32 % representa las facilidades de financiamiento otorgadas a los países deudores. Por ejemplo, si un préstamo a 15 años es concedido con un interés anual del 3 %, cuando la tasa en el mercado del país prestatario es, digamos, de 10 %, y si ese préstamo contiene un período de gracia de 5 años, el elemento “donación” –de acuerdo con la interpretación de las organizaciones internacionales– representa el 43 % de ese préstamo”<sup>395</sup>.

Pero eso no es todo. Está también la cuestión de los préstamos atados, que obligan al país que recibe el préstamo a adquirir las mercancías en el país que lo otorga, sin control alguno sobre precios, calidad, condiciones de transporte, etc., todo lo cual reduce la cantidad real recibida por lo menos en un 20 %, sin mencionar la vejación a la dignidad nacional que implican condiciones de esta naturaleza.

Se estima que, si se tratara efectivamente de donaciones, ayuda, etc., la deuda externa total de los países subdesarrollados, deducidos los pagos por amortización, no excedería actualmente de 10 mil millones de dólares. Pero, de acuerdo con los cálculos del Banco Mundial, la deuda externa de nuestros países, en enero de 1970, ascendía a un gran total de \$60.000 millones. Todo lo cual hace preguntarse a nuestro mencionado autor si esto no prueba que “¿los países desarrollados tratan a los países en desarrollo con un espíritu de poca sinceridad, para no decir de hipocresía?”<sup>396</sup>.

Desde luego, la óptica del problema no puede ser otra que la de entender los problemas del atraso y el subdesarrollo como parte de un solo y único proceso histórico.

Se ha dicho, en repetidas ocasiones, por la sociología moderna latinoamericana, que desarrollo y subdesarrollo no son, sino, caras de una misma moneda. Se trata de factores recíprocamente condicionantes que determinaron el desarrollo y florecimiento de unos, y el estancamiento y el subdesarrollo de otros. El surgimiento del desarrollo marca todo un período histórico. Es el período de las Revoluciones Burguesas, de la consolidación del sistema capitalista a escala mundial, y de la formación, inherente a este, de los grandes imperios coloniales.

La dominación española y portuguesa primero, se vio pronto sustituida, en el caso de América Latina, por la dominación económica inglesa. Posteriormente, vino la dependencia de Norteamérica. Y en todos estos casos, los efectos de la misma tuvieron una doble manifestación, no solo a nivel externo, sino también, y principalmente, a nivel interno.

Conformadas nuestras economías como complemento productivo de las economías de los centros metropolitanos, las orientaciones políticas y culturales siguieron la ruta de los vínculos económicos. La europeización primero, y la norteamericanización después, corrieron parejas con el surgimiento de economías monoproductoras, concentraciones de población, desarrollo de vías de comunicación acordes con las necesidades básicas de la exportación, etc. Todo esto condujo a que las relaciones de dependencia no fueran simplemente una forma externa de vinculación, sino que se constituyeran en un factor decisivo de articulación clasista interno.

De la actividad económica exportadora, y de la forma en que esta se realiza, así se irá influyendo en la composición clasista de nuestros países. Las clases sociales nacionales, dominantes en cuanto se vinculan con la actividad económica principal, siempre exportadora, irán gestando nuevas actividades y papeles sociales, al desarrollar así una diferenciación

394 Angelos Angelopoulos, “El mito de la ayuda al Tercer Mundo”. *Revista de Comercio Exterior*, n.º 9 (set. 1972): 862. Vol. XXII.

395 Op. cit., loc. cit. Angelopoulos, “El mito de la ayuda al Tercer Mundo”, 863.

396 Angelopoulos, “El mito de la ayuda al Tercer Mundo”, 864.

interna. Pero esta, siempre y en todo caso, encontró como base para su gestación la actividad exportadora principal. Es por ello que una de las conclusiones principales de la teoría del subdesarrollo y las relaciones de dependencia, radicará en enfatizar el momento dialéctico que existe entre los dos polos de la relación: el desarrollo-subdesarrollo. Y de otra, el efecto configurador interno, a nivel de la estructura clasista nacional, de tales relaciones dependientes.

Por eso es válido afirmar, como lo hace Theotonio Dos Santos (1969) que “la dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales. En este sentido, podemos decir que las economías nacionales si bien no condicionan las relaciones de dependencia en general, delimitan cuáles son sus posibilidades de expansión o, mejor, las redefinen al nivel de su funcionamiento concreto”<sup>397</sup>.

Las formas de dependencia iniciales fueron básicamente la vinculación del país al mercado internacional a través del café, por ejemplo, la existencia de economías de enclave, de plantación como la United Fruit Company, o minero, como la ALCOA. Es en este cuadro en que van a consolidarse y desarrollarse las nacionalidades latinoamericanas, como naciones dependientes y subdesarrolladas.

#### 4. Nueva dependencia y la frustración del camino reformista

Pero el desarrollo ulterior de la economía capitalista en los grandes centros metropolitanos pondrá en un estadio nuevo las relaciones y vínculos de nuestros países con la economía mundial. Ya no se tratará de la dominación tradicional, sino de la de penetración en la estructura productiva misma de nuestros pueblos: el comercio, las finanzas, la industria, etc.<sup>398</sup> La formación de los conglomerados, que no solo ejercen su monopolio a nivel horizontal y vertical, sino que diversifican sus inversiones donde resulten rentables, independientemente de los vínculos existentes o no

con su actividad propia, agrega a la potencialidad económica de tales monopolios la ventaja de su diferenciación funcional: se invierte en banano y en pan, en plásticos y en aceites, en transportes y en financieras. Pero también en aceros y electrónica.

A esta diferenciación funcional, en el caso de nuestros países, se suma la ventaja de la diferenciación geográfica: por extensión, las ventajas productivas, comerciales, financieras de una empresa, se extienden a todos los otros países, succionando riqueza y ganancias, exportando capital y experiencias por toda un área geográfica que hace desaparecer fronteras y soberanías.

Las decisiones últimas acerca de la tecnología a emplear, la política de empleo, el comercio exterior, la repatriación de utilidades, el pago de regalías, el desarrollo de la investigación científica y tecnológica, queda fuera del país donde se aplica. Se concentra en el centro metropolitano que reúne los vastos hilos de la madeja multinacional de los grandes conglomerados.

Con ello, la posibilidad de desarrollo científico y tecnológico, de aplicación del comercio exterior y competencia en el exterior, de resolución de los graves problemas de empleo y formación de técnicas etc., en una palabra: los aspectos esenciales de la soberanía económica salen de las fronteras para situarse en el asiento de la casa matriz. Así, aspectos importantes de la soberanía escapan a nuestros pueblos que se convierten en sujetos pasivos de una política económica trazada fuera de nuestras fronteras, a la luz de otras consideraciones distintas y contradictorias con los intereses nacionales y ajenas a los propósitos nacionales de un desarrollo económico-social independiente y equilibrado.

“La industrialización es un proceso acéfalo en cuanto que carece de una clase o élite empresarial que la conduzca —una auténtica burguesía industrial—, así como de un proletariado orgánico y políticamente capaz de acaudillar un movimiento de cambios estructurales (...). Lo único integrado, coherente y orgánico es el proceso de industrialización articulado al poder extranjero, es decir, a esa gigantesca

397 Op. cit. Dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, 183.

398 Ferrer, “Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales”, 110.

estructura de “conglomerados”, consorcios e intereses norteamericanos cuyos centros de decisión están por fuera y por encima de América Latina. En esto consiste el más grave riesgo que afronta la economía latinoamericana: en que “su” industrialización llegue a ser una simple sección territorial y periférica de la industrialización de Estados Unidos”<sup>399</sup>.

Si esto resulta cierto para América Latina, el fenómeno resulta agudizado en el caso de nuestros países, donde se dio una integración económica, cuya única articulación ha sido la creación de un espacio económico para la libre competencia, simultáneamente monopólica, de los grandes consorcios norteamericanos.

Consecuentemente, la tarea que surge a los ojos de los juristas no es meramente normativa. Se sitúa en un contexto sociológico que dice de una situación internacional compleja y que se inserta no simplemente como un factor externo a nuestras unidades nacionales, sino como un elemento configurador interno. Al mismo tiempo, la estructuración al interior de nuestros países supone una conexión externa, de donde surge una problemática original y compleja: la adecuación interna de las estructuras heredadas de la dependencia, pasa por el rompimiento de la dependencia, pasa por la superación de las estructuras heredadas y gestadas en virtud de aquella. Se trata, en resumen, no de una simple adecuación, sino de una modernización paulatina que permita mejorar el estado de cosas hasta llegar a crear un orden nuevo. Lo que tienen presente los pueblos latinoamericanos, y nuestro país en general, es, concretamente, el rompimiento de ambos términos de la ecuación internacional de dominación y dependencia, de atraso y subdesarrollo. Es decir, lo que está planteado es el problema de la revolución latinoamericana.

## 5. Costa Rica en Centroamérica. Un caso particular de dependencia

Reiteradamente, se ha señalado que Costa Rica no solo presenta en su desarrollo histórico-político una

evolución diferente al resto de Centroamérica, sino contradictoria con esta.

Configurada la nacionalidad costarricense con base en un conglomerado de pequeños propietarios-productores (primero con el tabaco y la caña de azúcar; después con el café) las instituciones nacionales fueron impregnándose no solo de influencias democrático-liberales, introducidas al país a través de elementos intelectuales que se nutrieron de ellas en el exterior, sino de una participación popular que reflejaba la estructura base de pequeña propiedad que iba a sustentarlas.

El proceso de formación de nuestra institucionalidad tuvo, desde sus comienzos, una clara orientación jurídica. La inestabilidad presente a lo largo del siglo XIX no expresaba tanto la inseguridad en el tipo de normas fundamentales que debían regir al país, como la relativa indefinición (por su condición temprana) de las relaciones sociales generadas con el cultivo del café y las correspondientes estructuras de poder social a ellas inherentes.

La búsqueda constitucional, entonces, no es un intento meramente doctrinario de normas públicas más o menos perfectas, sino de moldes necesariamente transitorios dentro de los cuales se buscaba enmarcar las nuevas relaciones sociales. Estas nuevas relaciones sociales van a conocer diversos momentos, desde los pasos iniciales promovidos bajo el gobierno de Braulio Carrillo, hasta la dictadura del General Guardia, pasando por el gobierno y fusilamiento de Mora y el reinado oligárquico de Montealegre y sus brazos militares, Blanco y Salazar, en la década del 60.

Será el General Guardia quien, en la Constitución de 1871 (que con modificaciones importantes nos rige hasta la fecha), establecerá la estructura constitucional que reflejará las relaciones sociales y de poder que una producción cafetalera floreciente ya había consolidado en el país. Pero esta Constitución, de la que don Cleto González dirá que “ha tenido más vidas que un gato”, no hizo sino plasmar el predominio sociopolítico de un bloque social constituido por

399 Antonio García, “América Latina: Una industrialización sin Revolución Industrial”, *Revista de Comercio Exterior*, n.º 4 (1968): 321. Op. cit.

los grandes cafetaleros exportadores, y los grandes comerciantes importadores. Manteniendo un inteligente equilibrio, e impulsando una participación restrictiva primero, pero en un proceso de ampliación después, se reconoció la validez de la participación de otros sectores que incluyeron a la pequeña burguesía urbana, a los sectores obreros, y, finalmente, al elemento campesino.

Esta incorporación, sin embargo, no modificó, como no podía hacerlo, la estructura de poder existente. El bloque agroexportador y comercial-importador, a través de disputas electorales que reflejaron contradicciones a nivel interno de las clases dominantes, continuó con el poder monopolizado. Es de notar, sin embargo, que la forma en que estas clases dominantes ejercieron su dominio, ha tenido una gran importancia en el desarrollo histórico nacional. No quiere decir lo anterior que la dominación de las clases referidas haya dejado de ejercerse en ningún momento, pero sí quiere decir que se han producido diferencias sustanciales con las características tiránicas y militares que han prevalecido en el resto de Centroamérica. La dominación en Costa Rica se ha dirigido a la conciencia de los individuos. Se ha utilizado para ello, desde la educación hasta la prensa, desde el derecho hasta la religión.

Esto no es indiferente. Tiene, por el contrario, una gran importancia. Precisamente, por la forma en que se ha ejercido la dominación en Costa Rica, es que ha sido posible ir incorporando modificaciones de gran significación en la estructura institucional del país.

Hasta hoy, esas modificaciones se plantearon dentro del marco del poder fundamental existente. Las modificaciones habidas, lejos de alterar ese marco, lo fortalecieron, en la medida en que lo hicieron más funcional y apto para recibir y responder a las presiones provenientes de los sectores laborales.

Con el proceso de integración económica centroamericana, la herencia institucional y demoliberal del país se enfrenta a una crisis profunda.

La dicotomía Costa Rica-Centroamérica ha sido falseada en su base misma, con los procesos integracionistas del istmo. La modernización, promovida desde el exterior, en el momento más agudo de la

expansión internacional de la economía norteamericana, lejos de resolver los problemas del desarrollo económico, del mejoramiento social y del fortalecimiento de la participación democrática, atenta contra ella, en la medida en que impulsan la dependencia estructural, entra en contradicción con la soberanía de cada uno de los países, y consolida en definitiva, las estructuras del atraso y del subdesarrollo. Ciertamente, se han producido importantes modificaciones en la vida económica y social de Costa Rica. El desarrollo industrial ha adquirido un significado en el producto social global, desconocido antes en la historia del país. Su participación en el comercio exterior también es significativa, y muestra una tendencia creciente a alcanzar la participación correspondiente del sector agropecuario.

Sin embargo, lejos de resolver los problemas que supuestamente el impulso industrial integracionista iba a solucionar, más bien los ha complicado, elevando las contradicciones internas y externas a un nuevo nivel.

La creación del Mercomún no podía resolver el carácter atrasado de la estructura agraria nacional. La industrialización sucursalizada, basada en tecnología ajena a las necesidades mismas del desarrollo nacional, y con un predominio indiscutido del capital extranjero, no pudo resolver el problema del empleo, ni el surgimiento de un sector empresarial, auténticamente criollo, capaz de dirigir el proceso de desarrollo económico.

Más bien, las formas de dependencia aumentaron en cantidad y profundidad, haciendo más aguda la cuestión de la viabilidad real de Costa Rica como nación y pueblo independientes y soberanos.

## 6. Mercomún y crisis de poder

Insertos, pues, en los procesos integracionistas del área, se produjeron importantes modificaciones que, necesariamente, repercuten en la estructura social y política del país.

Socialmente, además del surgimiento de una clase obrera joven, sin tradiciones de lucha y presionada



por las peores formas de distorsión de su conciencia de clase, ha surgido un sector de burguesía nuevo, que hemos llamado burguesía gerencial integracionista, a sueldo directo del capital extranjero, o socia menor de dicho capital. Sus vinculaciones y orientaciones se refieren al área centroamericana y su gestión empresarial coincide con los intereses internacionales, que garantizan nuevas formas de dependencia.

El fenómeno llamado de internacionalización del mercado interno, o sea la penetración y absorción del mercado interno por la gran industria monopolista extranjera, el establecimiento de industrias complementarias de la metropolitana, etc., que ha funcionado plenamente en nuestro caso. Lejos de resolver el problema del desarrollo industrial nuestro, independiente, y de nuestra configuración nacional plena y soberana, nos hemos visto arrojados a una nueva forma de dependencia, más profunda y grave, en la medida en que domina prácticamente la totalidad de nuestra vida económica.

Los sectores vinculados a esta nueva forma de dependencia representan, por una parte, al capital extranjero en el seno de nuestra nacionalidad, promueven sus intereses y ven como su objetivo la adecuación de los fines e instituciones nacionales a la consecución de aquellos. De otra, al incrementar su participación en la vida económica nacional, y ganar una posición en la esfera social, buscan y buscarán, cada vez más, de manera consciente y organizada, una adecuación política en el poder, que garantice su participación y sus intereses. Y en tercer término, al asumir la representación objetiva de una nueva forma de dependencia, tienden a consagrar una nueva división internacional del trabajo, que coloca, en nuestras economías, la industria liviana, complementaria de la metropolitana, reservando para esta los núcleos de la industria fundamental. Con ello la dependencia, las oscilaciones en la demanda, las variaciones de precios y la inestabilidad en el ingreso, las crisis monetarias y fiscales, etc., adquirirán una nueva dimensión y una nueva forma. Pero las causas determinantes del atraso y el subdesarrollo, y, en particular, la dependencia permanecerán incólumes, solo que situadas en un nuevo estadio de desarrollo mayor.

Con esto, la vieja institucionalidad nacional está en crisis. El viejo derecho, nacido a la luz de una estruc-

tura social y económica que conoció como centro el café y la existencia de la economía de enclave de plantación, también ha entrado en crisis.

La transacción clasista que permitió un desarrollo paulatino y relativamente tranquilo de nuestra nacionalidad, consagró en el país, en ámbito institucional, los logros de la revolución democrático-burguesa, los cuales se proyectaron de manera operante y real, facilitando una incorporación creciente de otros sectores, aunque con las mutilaciones dobles que imponían su naturaleza y condición: las que provenían de su condición clasista y las que provenían de la deformación de su estructura económico-social, dependiente y subdesarrollada.

Ahora la situación se plantea en términos diferentes.

No ha habido una adecuación de la base económico-social con los logros de la superestructura jurídico-política. El tipo de desarrollo industrial no solo no logra (como, por lo demás, no puede hacerlo en esta época y en las condiciones internacionales existentes) resolver la contradicción entre una superestructura avanzada y una infraestructura subdesarrollada y deforme, sino que la profundiza y la pone en un nuevo nivel.

Las conquistas democrático-liberales del país, las tradiciones legalistas, etc., se transforman, en las nuevas condiciones, en un foco de inquietud social y política que no empata con las condiciones prevalecientes en el resto del área.

El precio democrático de ciertas instituciones aparece como alto e injustificado a la luz de las necesidades “técnicas” y apolíticas que se le señalan al Estado como condición para un desarrollo económico armónico y equilibrado, tranquilo y favorable, de las nuevas industrias y empresas, que no son otras que las sucursales y ensambladoras del capital extranjero en nuestra economía.

Esto ha llevado, en un peligroso plano inclinado, a ir poco a poco, cercenando, modificando, sometiando, a una labor corrosiva, importantes logros democráticos en nuestro país. La tendencia al fortalecimiento del aparato represivo, a la restricción democrática, etc., se ve condicionado por las presiones interna-

cionales que, reiteradamente, aparecen en el ámbito centroamericano.

Es claro que no estamos en presencia de un proceso unilineal. Ni tampoco de un fenómeno que no presenta retrocesos y modificaciones. Al fin, se trata de problemas sociales, y muchos aspectos de la institucionalidad que se cuestionan han impregnado profundamente la mentalidad de nuestro pueblo. Pero no por ello la tendencia es menos real y poderosa. El ataque a la institución legislativa, su valoración en términos monetarios, la violación flagrante al derecho de asilo y a las normas constitucionales, la utilización de formas represivas abiertas, el fortalecimiento del aparato represivo del Estado, la modificación y endurecimiento de la legislación penal, etc., forman parte de un solo proceso que tiende a reflejar necesidades reales en la vida del país. Solo que tales necesidades tienen un destinatario y se insertan en un contexto social concreto, y no en meras cuestiones doctrinarias y técnicas, como algunos parecen creer, cayendo en el viejo error de juristas, de considerar que las normas tienen vida propia, y no guardan, sino, una lejana correlación con la vida real, siendo así que es esta la que en definitiva las origina y les da vigencia.

## **7. Transformación revolucionaria del concepto de propiedad. Hacia una reforma agraria**

La abundante producción legislativa nacional muestra claras tendencias contradictorias. De un lado, la tendencia a modernizar nuestra legislación para dinamizarla, adecuarla a condiciones favorables a un desarrollo social y humano independiente que facilite en definitiva una reestructuración democrática moderna y autóctona de la vida nacional. De otro, tendencias que favorecen la penetración y el fortalecimiento de los intereses extranjeros en la economía y sociedad costarricenses. Generalmente, aunque no siempre, esta tendencia encuentra su expresión en la búsqueda de comunes denominadores organizativos y legislativos que nos homogenicen con el resto de Centroamérica, que faciliten la libre movilidad de personal, capital y tecnología, amén de normas comunes, adecuadas a tradiciones jurídicas que no son

precisamente las nuestras, pero que hacen sentirse al inversionista extranjero y a sus asesores legales como en casa propia.

Es claro que el país requiere una modernización de sus instituciones jurídicas. Es necesario revisar y someter a crítica las normas existentes e impulsar legislaciones nuevas, como nuevas son las actividades que están surgiendo en el país.

Pero este proceso legislativo no puede jamás llevarse a efecto dentro de una auténtica vigilancia de los intereses nacionales, sin situarlo en el contexto de la lucha mundial contra el subdesarrollo y la dependencia, vieja o nueva, y contra toda forma que sustraiga del ámbito de nuestra soberanía, aspectos decisivos para poder seguir hablando de la nacionalidad costarricense como algo real, operante en la actualidad y en un futuro inmediato y viable, como nación y cultura propia e independiente.

No es posible, entonces, ante las tareas del desarrollo, que encuentran tres vertientes claras y definidas de manifestación, continuar en un conservadurismo que paraliza, o entrar en un modernismo que acelera la pérdida de nacionalidad y perspectiva independiente.

Esas tres vertientes que se plantean para nuestro desarrollo, se encuentran claramente situadas a nivel de la economía, a nivel de la vida democrática del país y a nivel de su cultura.

Es necesario transformar profundamente la economía del país, tanto a nivel del desarrollo industrial, en cuanto a metas, materias primas, tecnología y propiedad; como también a nivel de la tenencia de la tierra, donde los viejos conceptos de propiedad privada, que si bien no son ya el clásico "*ius utendi et abutendi*" de nuestros maestros romanos, acusan leves modificaciones que es preciso profundizar más, mucho más, para dar cabida a una presión social que ha convertido en irreal el derecho de propiedad en el agro.

En efecto, el lento crecimiento de la producción agropecuaria en relación al crecimiento de la población, se pone en evidencia al constatar que esta crece a tasa del 30 % en el período intercensal de 1960 a 1970, en tanto que el sector agropecuario lo hace a

tasas promedio de 6.1 % en el período 1963-1968. Por otra parte, existe una mala utilización de los recursos, en virtud de la política de mantener los bajos salarios y el margen de ganancia alto con poca inversión, lo que conduce a utilizar menos cantidad de mano de obra por manzana, con tasas de desocupación del 13 % de la población rural económicamente activa, y utilizando menos del 25 % de la superficie de las fincas. Esto, además, se proyectará en el bajo nivel de productividad del sector, por superficie y capital invertido.

En cuanto al ingreso, existe una notoria distribución desigual por la excesiva concentración de la propiedad de la tierra y por la subdivisión de las pequeñas propiedades en minifundios, que agudiza la explotación del campesino en los sistemas de peonaje, aparcería, arrendamientos y esquilmes.

Necesariamente, este bajo nivel de ingreso conduce a una baja capacidad adquisitiva, en términos reales, de la población rural; limita su nivel de vida y restringe el mercado interno que requiere la economía del país para su desarrollo.

Todo esto demuestra la existencia de una injusta y arcaica estructura agraria, la falta de una política clara que integre los diversos sectores de la actividad económica en un proyecto organizado con metas claras y definidas de bien social. Y esto no puede mejorarse mientras no se modifiquen los hechos reales, consistentes en que el 43 % del territorio agrícola del país se encuentra en poder de solo el 2 % de los poseedores (poseedores de fincas con más de 500 hectáreas), en tanto que el 42 % de los poseedores solamente cuenta con el 3 % de la superficie agrícola y se encuentran, en términos generales, marginados de la técnica, del crédito y los sistemas de comercialización.

En las condiciones sociales actuales del país, es preciso acabar con un acaparamiento especulativo y latifundista de tierras que paraliza la producción, genera desocupación, legitima la violencia y, lo que no es menos importante, cercena nada menos que la cuarta parte del territorio cultivable del país para ponerlo en manos de una compañía extranjera, que lo destina en buena parte, a abandonos y arriendos. No es preciso acudir a los clásicos del socialismo para demostrar lo irracional de este orden de cosas. John Locke se-

ría, con su liberalismo, quien daría importantes elementos doctrinarios para combatir esta situación, y legitimar también como lo hiciera en su época, la utilización de la insurrección contra este régimen injusto de tenencia de la tierra. Aunque es cada vez más claro que no es con la vieja reforma agraria como se resolverá el problema, porque este no solo se refiere a repartos de la tierra, sino también, y de manera importante, a la participación organizada y efectiva del campesinado con el poder político, a través de la remoción de las condiciones económicas que facilitaron su exclusión del mismo y el monopolio de este por parte de grupos minoritarios.

En todo caso, surgen importantes aspectos no considerados antes en la vida nacional, porque las necesidades económico-sociales y culturales, no los habían traído a la orden del día.

Es necesario, y ya se han dado importantes pasos en este sentido, impulsar modificaciones legislativas a nivel del derecho privado y el derecho público.

Todas estas modificaciones, sin embargo, reflejarán los diversos intereses que entran en juego. Es preciso aquí establecer una honda preocupación por los destinos patrios, que no pueden simplemente identificarse con mero crecimiento de índices económicos, sino que requieren una visión global, que hable de la viabilidad misma de nuestra nacionalidad como tal.

## **8. Transformar el derecho. Transformar a los juristas**

En consecuencia, hay que decidirse a exigir del derecho y los juristas una posición, primero que nada, nacional, auténticamente nacional, al servicio exclusivo de los intereses nacionales. La vieja concepción de que el abogado sirve a su cliente, en el caso de los países subdesarrollados debe, al menos éticamente, ser entendida a través de una mediación fundamental: al cliente, pero a la luz de los intereses patrios de soberanía, independencia y mejoramiento socio-económico. El carácter privado, meramente privado, no puede servir de escudo a las maniobras extranjeras que, en aras de objetivos patrimoniales, probablemente legítimos desde su perspectiva propia, com-



prometen seriamente no solo los intereses materiales y sociales de nuestros países, sino su soberanía e independencia.

Cuando menos, el objetivo central de la legislación nacional debe tender, en lo fundamental, a transformar la dependencia estructural de una interdependencia económica y una liberación efectiva de nuestra economía de los principales centros hegemónicos internacionales. El desarrollo económico y social de Costa Rica implica reestructurar la vida económica del país para conformar una economía auténticamente nacional, armónicamente articulada, tanto en cuanto al sistema económico como en lo referente a desarrollo regional. Urge redefinir, en un sentido de verdadero interés, independencia y soberanía, nuestras relaciones con las empresas multinacionales que se han afincado en nuestra vida económica. Solo así podremos impulsar un desarrollo acelerado y autosostenido, basado en lo fundamental de las potencialidades internas del país, mediante la formación planificada de una estructura productiva articulada e integrada, tanto sectorial como regionalmente, base para el crecimiento del producto interno y una mayor eficiencia en la utilización de los recursos humanos y naturales.

Pero, para ello, no solo hay que transformar la legislación, es preciso modificar también la actitud de los juristas, en cuanto abogados, jueces, funcionarios públicos, etc. Pero, sobre todo, es preciso determinar con criterio científico los problemas socio-jurídicos del país, para recabar la información fundamental necesaria para decidir la legislación que es posible, conveniente y necesario promulgar en aras de la consecución de aquellas metas.

## **9. Una legislación urgente: regulación de inversión extranjera y transferencia de tecnología**

Aparte de la regulación a la inversión extranjera, que nuestro país debe afrontar con seriedad y rapidez, como ya lo han hecho diversos países como Colombia, Perú y México, para citar algunos, es necesario poner particular énfasis en la atención a los problemas de la transmisión tecnológica, relación relativamente

oculta que acarrea las peores formas de dependencia, tanto por lo explotadoras como por lo obstaculizadoras de un desarrollo ulterior independiente.

Es necesario legislar para:

- Establecer la inscripción obligatoria de todos los convenios de transferencia tecnológica extranjera a empresas nacionales establecidas en Costa Rica, sean extranjeras o no.
- Establecer prohibiciones claras y definitivas aplicables a empresas nacionales y extranjeras, de admitir transferencias tecnológicas que impliquen cláusulas contractuales, abiertas u ocultas, restrictivas de las exportaciones, del uso y adaptación de tecnología, de adquisición obligatoria de materias primas, etc., de la empresa proveedora de tecnología, así como condiciones de pago, etc.
- Prohibir el pago de regalías por el uso de marcas comerciales de países extranjeros, que no solo sustraen divisas al desarrollo, sino que vinculan a nuestros pueblos al prejuicio consumista de los países desarrollados.
- Prohibir la intervención del proveedor de tecnología en la administración de la empresa compradora.
- Prohibir la cesión de los desarrollos tecnológicos de esta a su proveedor.
- Prohibir la limitación a la investigación tecnológica de las empresas adquirentes de tecnología.
- Prohibir la obligación de adquirir determinados insumos y materias primas de las empresas proveedoras.
- Prohibir la restricción al uso de tecnología complementaria de la empresa adquirente.
- Prohibir la obligación de venta exclusiva al proveedor de tecnología de los bienes producidos por la empresa compradora.
- Prohibir la obligación de utilizar personal de manera permanente, suministrado por el proveedor.
- Prohibir la limitación de los volúmenes de producción o el establecimiento de los precios de venta en el mercado nacional o extranjero.
- Prohibir, en particular, acuerdos que obliguen a la empresa adquirente de tecnología a someterse a tribunales extranjeros.

## 10. Algunas conclusiones

Vivimos, obviamente, en la época de transformación. No es posible resolver los serios problemas económicos, sociales y políticos, nacionales e internacionales, a través de simples normas jurídicas o consejos legales.

Se trata de fuerzas sociales convulsas que no buscan simplemente un nuevo punto de equilibrio, sino de los albores del nacimiento de un orden social nacional e internacional nuevo. En consecuencia, en última instancia, el problema es de poder, y se resolverá por la lucha política. Sin embargo, en un país como el nuestro, con una tradición jurídica de un valor significativo, donde la legalidad ha jugado un papel importante y puede jugarlo en el futuro, está por verse la posibilidad real de sustraer a nuestro pueblo a las inclemencias de la arbitrariedad, la represión y la violencia injustificada. Pero eso dependerá, en última instancia, de factores dobles. De una parte, de la capacidad de autotransformación de las instituciones existentes, pero dar cabida a una nueva constitución real, que garantice la participación efectiva en el poder y en la vida económico-social del país de sectores hasta ahora relativamente marginados de ella, y permita la supervivencia de nuestra nacionalidad, soberanía e independencia como tales; y de otro la acción organizada y coordinada de todos los grupos interesados en superar la dependencia y el subdesarrollo en objetivos claros y definitivos de alcance nacional.

No quiere decir esto que las contradicciones internas entre los grupos que encuentren sus coincidencias desaparecerán. Quiere decir que cederán, en definitiva, ante el supremo interés patrio de poner a Costa Rica en una etapa nueva de desarrollo y progreso. El patriotismo no será simplemente patrimonio de unos cuantos, sino expresión profunda de una nacionalidad que se ve acosada por intereses poderosos que pretenden repartirse, en una hegemonía bipolar que no alcanzaron y no podrán alcanzar, ya las diversas partes que integran el mundo.

Las normas y el régimen de derecho, en tales circunstancias nacionales e internacionales, se ven puestos en una tensión máxima, que en otras latitudes ha conducido a un rompimiento prematuro, dando ca-

bida a formas neofacistas de gobierno. Debemos recordar que la historia nos está demostrando, muy a nuestro pesar, que el facismo tiene gran vitalidad y renace una y otra vez, y que, a pesar de los pesares, cobra vida en la derecha, pero también amenaza desde la izquierda.

A un país pequeño como el nuestro, parecen acecharle múltiples peligros en ambas laderas de su camino. Cuando se pretende una reestructuración del mercado común centroamericano para crear una comunidad que sustraerá –según se declara– importantes atribuciones legislativas nacionales para ponerlas en manos de entidades que, aunque no lo quieran reconocer, serán supranacionales; cuando los delirantes militares de opereta del resto de Centroamérica impulsan organismos militares supranacionales para justificar una eventual intervención de la vida de Costa Rica; cuando se militariza a la luz de planes continentales a nuestra guardia civil, y en medio de actitudes demagógicas se va consolidando un cuerpo inamovible, militarizado, tanto en aquella como en la guardia rural; cuando se abusa de las facultades que otorga la ley para ir restringiendo las libertades de ciertos grupos o individuos primero, con peligros de hacerlo a otros después; cuando se viola el derecho de asilo o se apresa a campesinos, se les amarra y se les queman sus ranchos y bienes; cuando todo eso sucede, el espectro del facismo hace su aparición desde la derecha.

Cuando se proclama que la soberanía ha caducado, y que debemos dar campo a una novísima teoría expansionista de que existe algo que se llama soberanía limitada; cuando se aplica la abierta intervención en los asuntos internos de otros países, para cambiar no solo políticas, sino gobiernos y partidos; cuando se proclama la teoría de la dictadura internacional del proletariado, que se traduce ni más ni menos que en la teoría del sojuzgamiento de los pueblos pequeños y débiles por alguna de las grandes superpotencias; o cuando, finalmente, se proclama una nueva división internacional del trabajo, que nos consagraría a producir azúcar, café y bananos, o cuando más algunos bienes industriales complementarios y esto es aceptado y defendido por fuerzas que representan a escala nacional los fines y objetivos de la política exterior de otras potencias, nos está surgiendo también el peligro desde la izquierda.

La ruta costarricense debe saber soslayar esos peligros, ni crear un monstruo burocrático, ni permanecer en el limbo de una democracia liberal burguesa que ya jugó su papel histórico y agoniza; ni caer en la puertorriqueñización nacional que garantizaría, en lo político, el establecimiento de un neofacismo encubierto o no con legalidad y constitución.

Nuestra pequeñez, a despecho del escepticismo de algunos, el temor de otros y la desidia de la mayoría, imbuidos solo de sus intereses personales, puede ser el instrumento que nos permita sustraernos, precisamente, a esas polarizaciones que estamos viviendo.

Nuestra herencia jurídica, nuestras tradiciones civilistas y democráticas pueden facilitar, aunque no resolver en definitiva, estos problemas. Porque se trata, en última instancia, de una cuestión política. Se trata del poder para marcar el rumbo a la nave nacional y enrumbarla no hacia el puerto del neofacismo, sino a la superación lógica y natural de nuestro desarrollo histórico; hacia la creación de una *nueva democracia*.

Es posible y necesario, entonces, formular algunas proposiciones concretas de urgencia inmediata para el país. Destaca, en primer término, la necesidad de constituir una comisión que estudie, analice y elabore un proyecto de regulación de la inversión extranjera en Costa Rica para adecuar esta a las necesidades de un desarrollo independiente, autosostenido y afirmativo de nuestra nacionalidad y soberanía económica. En segundo lugar, es preciso formular una legislación que, en el mismo sentido de autoafirmación soberana y celo nacional, regule lo referente a la transmisión tecnológica, patentes de invención y utilización de la información científica técnica por nuestro país.

En tercer lugar, es necesario modificar la Constitución Política para dar cabida a un capítulo agrario, que permita la transformación de la estructura agraria del país, no a la luz de los intereses políticos de agencias internacionales, cuya existencia y función están al servicio del capital y potencias extranjeras, sino atendiendo a los supremos intereses de una Costa Rica que quiere preservarse en su fisonomía e interés nacional.

En cuarto lugar, es necesario garantizar la verdadera participación democrática organizada de los sectores obreros y campesinos y populares en general, tanto en lo que atañe a sus problemas propios y específicos como por lo que hace a los problemas nacionales. Para ello, es necesario adecuar, legislativamente, el derecho (ahora formal y limitado a las arbitrariedades del privilegio económico y de una irrestricta propiedad privada) no solo de sustentar las opiniones, sino de expresarlas, rescatando así el momento social del ejercicio privado de la libertad de prensa.

En quinto lugar, impulsar de manera sistemática e institucionalizada la investigación jurídica, especialmente con lo que se refiere a las actividades que realiza, a través de su departamento y personal especializado, la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, al otorgar una ayuda económica y material sustantiva y facilitar la labor interdisciplinaria con otras ciencias sociales.

Este último punto es básico. El mejoramiento de la legislación, la labor dogmática y doctrinaria, lejos de ceder el paso a otras actividades, debe concebirse complementaria a ellas, y debe entenderse vinculada a los superiores intereses de una investigación que combine el conocimiento de la norma y el sistema, en cuanto tales, con su correlato sociológico que será, en última instancia, el que determine la orientación definitiva de la normatividad que existe ya, o que debe crearse.

Estas son solo algunas de las labores urgentes que están planteadas. Pero nada de esto tendrá pleno sentido si no se da el esfuerzo consciente y continuado de transformar tanto las estructuras sociales, políticas y jurídicas como las propias estructuras mentales.

Y si eso es cierto en términos generales, lo es más en cuanto toca a los juristas. Ser conscientes de esto y transformarnos en un importante factor de cambio a la luz de los problemas e intereses concretos que se dan en nuestra sociedad aquí y ahora, es una de las más complejas y difíciles tareas que surgen en nuestra sociedad.

De ello dependerá que el derecho y la profesión de abogado tengan un puesto significativo en el impul-

so histórico que mueve a nuestros pueblos, o se convierta en un obstáculo más, como ha mostrado serlo en otras latitudes, que les será preciso superar a unas fuerzas sociales desencadenadas que nada ni nadie podrán detener, porque expresan la energía misma de un mundo nuevo que surge, fruto de una necesidad histórica incontrastable.



# Para una crítica al Manual de Marta Harnecker

1975<sup>400</sup>

La teoría marxista, se ha dicho repetidas veces, encuentra su desarrollo en triple combate: consigo misma, con las corrientes ideológicas que le son adversas y con el contexto social e histórico en que se desenvuelve, y conoce reiteradas tentativas de “revisarlo”, “corregirlo”, “mejorarlo” y “adecuarlo”... a los superiores intereses de la burguesía y sus influencias ideológicas que, de un modo u otro, renacen en el seno del movimiento obrero.

En una época como la actual, en que el revisionismo campea a nivel nacional e internacional, la lucha por un marxismo creador, en el sentido leninista, esto es: crítico y en diálogo constante con la realidad y la ciencia, es una tarea de primer orden para poder resolver las cuestiones planteadas por nuestra revolución, de país de tercer mundo, colocado entre superpotencias y países de desarrollo medio. El prurito intelectual de que la heterodoxia por sí misma es símbolo de antidogmatismo cae por su propio peso ante la futilidad de los aportes heterodoxos de los últimos tiempos, la pobreza de sus correcciones y, sobre todo, el amellamiento que de un modo u otro resultan produciendo en lo esencial de la doctrina marxista: su aspecto revolucionario-práctico trasformador.

En nuestra universidad, ha cobrado una gran fuerza la utilización de la obra de Marta Harnecker: “Conceptos elementales del materialismo histórico”. En esta obra, se dan serios errores de carácter teórico, que transparentan la particular interpretación del marxismo de Louis Althusser y su escuela. Y así, conceptos esenciales, fundamentales, terminan por perderse en una nebulosa que hace retroceder al marxismo, en unos casos, atrás de Hegel; en otros, atrás del materialismo metafísico; y en todos, a una

reducción formalista-idealista del marxismo que es preciso rechazar.

A analizar algunos elementos esenciales para una crítica de esa obra, es que se destina el presente trabajo.

Hemos seguido un método que creemos hace justicia al trabajo esforzado, serio y responsable de Harnecker. Analizamos sus fundamentos teóricos implícitos, no siempre declarados, y, utilizando los textos mismos usados por ella, y algunos otros indispensables para precisar y aclarar nuestro pensamiento sobre lo que realmente dijeron los clásicos marxistas, tratamos de comprobar que la “reacción” althusseriana —de la que Marta Harnecker es parte y por la cual se explica su obra misma— a las deformaciones y limitaciones históricas del marxismo, no ha conducido más allá del marxismo. Se ha quedado más acá de él.

Por ahora, nos limitaremos a analizar algunos de los elementos que consideramos esenciales de dicha obra de Harnecker, en los que se expresan mejor que en ninguna otra parte, las consecuencias negativas y las deficiencias de concepción del método althusseriano utilizado. Estamos conscientes de que lo mejor sería una crítica total del texto. Esta es parcial. Pero se dirige a cuestiones fundamentales que marcan la totalidad. Si no hacemos un estudio crítico total, es por razones obvias de tiempo y espacio, y por significar esta labor una actividad colateral nacida de la urgencia de una crítica a dicha obra.

Ojalá que este trabajo dé origen a esa crítica completa y sistemática de la obra de Harnecker en su totalidad, y que esa crítica provenga, justamente, de los estudiantes. Con ello, no solo superarán las limitaciones

---

400 Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. VI ed. (México: Editorial. Siglo XXI, 1972).

que les impuso la concepción formalista-idealista del texto, sino que se rendirá el mejor reconocimiento a la labor y el esfuerzo de Marta Harnecker.

## I. Ideología, ciencia y praxis teórica

La tendencia a la formalización y contraposición mecanicista está presente en toda la obra de referencia<sup>401</sup>, inclusive, cuando se hace una mención biográfica a Marx<sup>402</sup>, se habla de un reconocimiento por este de la necesidad de un conocimiento *previo* para actuar políticamente. La tendencia a la contraposición conduce a olvidar que en Marx —esto se confirma a lo largo de toda su vida—, el conocimiento científico, su necesidad y desarrollo constituyen una unidad con la actividad práctica y la identificación también específica —lo que no quiere decir acrítica, sino todo lo contrario— con una posición de partido y de clase: desde el ángulo de la ideología de la clase obrera.

Desde un principio, comienza a manifestarse en tal obra una oposición metafísica entre “ciencia” pura, de un lado, e “ideología”, de otro. Con ello se simplifican las relaciones de ambas, en particular, en el caso de la ideología de la clase obrera, que conjuga ambos elementos en cuanto concepción del mundo, teoría de la verdad y praxis.

De ahí nace su afirmación de que “cuando se habla, entonces, de teoría marxista de la historia, se está hablando de un cuerpo de *conceptos abstractos* que sirve a los *trabajadores intelectuales* como *instrumentos* para *analizar* en forma científica, las diferentes sociedades, sus leyes de funcionamiento y desarrollo”<sup>403</sup>.

Más adelante analizaremos lo de “conceptos abstractos”. Por ahora interesa señalar la noción de “trabajadores intelectuales” que utilizan el materialismo histórico como “instrumento para analizar”, en forma científica, las diferentes sociedades.

En el fondo de esta particular concepción de la teoría marxista de la historia, cuyo destinatario resulta que no es el proletariado industrial, la clase obrera, sino,

al parecer “los trabajadores intelectuales”, y cuya finalidad es el “analizar” las diferentes sociedades, ya no transformarlas, que es lo esencial de la teoría marxista, sencillamente expresa la vieja distinción entre el trabajador manual y el trabajador intelectual, solo que esta vez *en el seno del movimiento obrero y revolucionario*. La llamada “praxis teórica”, de cara a la “praxis política” (una especie de “praxis-praxis”), amenaza con convertir al marxismo y a su concepción de la historia en un buen “instrumento de análisis”, en una buena “comprensión” de lo que está sucediendo y de las tendencias. Pero deja, en manos de otros actores, manuales, en otra esfera distinta, la política y la tarea de la transformación del mundo. Es una comprensión del trabajo teórico totalmente abstracto sobre elementos teóricos, conceptuales, que desfilan como sombras sobre la caverna con su propio ritmo; solo que con su propia vida.

Esta introducción subyacente de un trabajo “teórico” que constituirá en sí mismo una praxis, de una parte; y de otra, el trabajo “político” que sería, en otra esfera, en otro mundo, lugar y oportunidad otro aspecto de la praxis, resulta totalmente ajeno al marxismo, a la historia de su desarrollo y a la naturaleza que le asignaron sus fundadores. Históricamente, el marxismo se desarrolla en el combate ideológico con otras corrientes, como hemos dicho; pero ese combate no se da aisladamente, como un torneo intelectual, sino como resultado de la necesidad de esclarecer las tareas históricas, políticas y revolucionarias de la clase obrera. La polémica marxista, con sus adversarios, con la realidad y, sobre todo, con los problemas acuciantes y la experiencia internacional del movimiento obrero, resulta inseparable del sentido científico que los fundadores le dieron a la teoría marxista. No existe dicotomía entre ellos. Y cuando se dio, fue en detrimento de *la teoría y, por ello mismo, de la propia acción revolucionaria*: Kautsky y Plejanov son vivo ejemplo de ello.

Por otro lado, semejante punto de partida tiene una estación de llegada obligatoria independiente de los deseos subjetivos de sus iniciadores: la aceptación, por lo demás, oportunista de un trabajo “teórico” al margen de la lucha de masas, académico y encerrado

401 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Las citas a esta obra son todas de la VI edición.

402 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 3.

403 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 5.

en sí mismo. Prácticamente de cátedra. Políticamente neutral. Personalmente beneficioso.

Es claro que, *individualmente*, aun personas que acepten la dicotomía pueden pasar a posiciones prácticas revolucionarias, participar en la lucha política. Este es el caso de Harnecker. Pero aquí no interesan las personas, sino adónde conduce la tendencia: gestada en una separación entre trabajo teórico, no comprometido, supuestamente objetivo por ello, de un lado; y el trabajo político, de otro, comprometido y causante de pérdida de “objetividad”. Aparte de no compaginar ciertamente con la mejor tradición marxista – Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, etc.–, la tendencia que genera esta concepción entre trabajo teórico y trabajo político conduce directamente a la creación de un abismo práctico y teórico entre “la teoría” y “la praxis”. Divide al trabajador intelectual del manual en el seno del *movimiento obrero* mismo, dificulta la solución por la teoría de los problemas acuciantes de este y facilita una justificación de comportamiento aislante respecto al movimiento obrero, que no puede ser paliada por el “sacrificio” individual de uno u otro “trabajador intelectual”, que se atreve a “descender” al mundo impuro de la lucha de clases real, desde el olimpo de la lucha de clases “conceptual”.

La estación de llegada de semejante tendencia no puede ser otra que la formación de una capa intelectual, subdividida en grupos y grupúsculos, que pretenden dictar, desde fuera –el concepto, la objetividad, la gaya ciencia, etc.– el rumbo a la clase obrera.

De aparentes servidores del banquete teórico, la tendencia conduce a convertir a los trabajadores intelectuales en anfitriones y, con ello, a la supeditación del movimiento real a un movimiento intelectual, que se ha mostrado lleno de prejuicios, celos de grupo, etc., en todas partes donde ha surgido, y cuyas nefastas consecuencias fueran duramente fustigadas por Lenin antes de la Revolución de Octubre.

Esto significa desarmar al movimiento obrero de su principal arma teórico-política y, mediante una tesis “cientificista”, que no científica, favorecer, en la prác-

tica, la dominación ideológica de la burguesía sobre el proletariado, solo que, esta vez, en el interior del proletariado mismo. Dicho sea esto en honor a la cita con que termina Althusser la presentación a la VI edición, cuando invocando a Mao, dice: “No hay que olvidar nunca la lucha de clases”<sup>404</sup>.

El carácter indisoluble entre el marxismo como “ciencia” y el marxismo como “ideología” de la clase obrera, y su conversión en esta perspectiva de una “ideología científica” resulta claro en la crítica que hiciera V. I. Lenin de la posición de J. Plejanov ante la Revolución de 1905 en Rusia, contrastándola con la observada por Marx ante la Comuna de París, en 1871. Veamos en detalle esta polémica, donde aparecerán, al lado de la “ciencia”, términos como los de “fe en la Revolución”, “iniciativa histórica de las masas”, etc., etc.

El objetivo inmediato de la crítica nace del hecho de que antes de la Revolución de 1905 en Rusia, Plejanov había aconsejado, en noviembre de ese año, “aprender a manejar las armas y armarse”; y en diciembre cuando estalló la revolución, sin mediar análisis del papel e importancia de los acontecimientos, como intelectual arrepentido, se apresuró a decir: “no se debió haber empuñado las armas”<sup>405</sup>. Lenin contrasta esta actitud con la de Marx, quien, por el contrario, en setiembre de 1870, medio año antes de la Comuna, previno francamente a los obreros franceses, diciéndoles, en su famoso manifiesto de la Internacional, que la insurrección sería una *locura*; pero quien, en abril de 1871, al ver el carácter popular y de masas del movimiento, lo trata con la máxima atención de quien participa en los grandes acontecimientos que marcan un paso adelante en el histórico movimiento revolucionario mundial. “Qué flexibilidad –escribió Marx–, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses”<sup>406</sup>... La *iniciativa histórica* de las masas es lo que más aprecia Marx. A un lado, el homenaje a la iniciativa histórica de las masas por parte del más profundo de los pensadores, que supo prever medio año antes el revés; y al otro, el rígido, pedantesco, falto de alma: “No se debía haber empuñado las armas”<sup>407</sup>.

404 Op. cit., Louis Althusser, prólogo a la VI edición de Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, XVI.

405 Karl Marx, *Obras completas*. Tomo XII (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1969), 98-99.

406 Marx, *Obras completas*. Tomo XII, 98-99.

407 Marx, *Obras completas*. Tomo XII, 98-99.



La iniciativa histórica de las masas constituye uno de los elementos esenciales del marxismo, inseparable de su visión total, no solo en cuanto interpretación del mundo, sino en cuanto a transformación del mismo. Es un momento también científico, unitario, indispensable, inseparable de la comprensión del marxismo como un todo: teoría revolucionaria y política revolucionaria. O, como dice Lenin:

Esto es lo que deberían aprender de Marx los intelectuales marxistas rusos, relajados por los efectos del escepticismo y atontados por la pedertería, propensos a los discursos de arrepentimiento y que se cansan rápidamente de la revolución... Deberían aprender del jefe y teórico de los proletarios a tener fe en la revolución, a saber llamar a la clase obrera a defender hasta el fin sus tareas revolucionarias inmediatas, a mantener firme el espíritu.

Los pedantes del marxismo piensan que todo esto no es sino verborrea ética, romanticismo, falta de noción realista. ¡No, señores! Esto es *saber unir la teoría revolucionaria con la política revolucionaria, unión sin la cual el marxismo se convierte en bren-tanismo, en struvismo, en sombartismo*. La doctrina de Marx fundió en un todo indisoluble la teoría y la práctica de la lucha de clases. Y no es *marxista quien deforma una teoría que constata serenamente la situación objetiva para justificar la situación existente*, llegando al deseo de adaptarse cuanto antes a cada declive temporal de la revolución, de abandonar lo más rápidamente posible las “ilusiones revolucionarias” y dedicarse a pequeñeces “reales”<sup>408</sup>.

Como se ve, no se trata de un fenómeno meramente emocional o político, de carácter transitorio, que anublara la concepción científica de Marx, el introducir la iniciativa histórica de las masas como un elemento esencial de su doctrina, lo cual representaría, a los ojos de ciertas corrientes de interpretación del marxismo, la introducción de “una variable demasiado variable” como para admitirse en una comprensión científica; se trata de la concepción integral de su doctrina. Respondiendo las dudas de su interlocutor,

Kugelmann, sobre la Comuna de París, Marx, escribe: “Naturalmente, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender solo con infalibles probabilidades de éxito”<sup>409</sup>. Y comenta Lenin:

“Marx pone, por encima de todo, el que la clase obrera hace la historia mundial con heroísmo, abnegación y con iniciativa. *Marx enfocaba esta historia desde el punto de vista de sus creadores*, sin tener la posibilidad de prever de antemano, de un modo infalible, las probabilidades de éxito, y no desde el punto de vista del filisteo intelectual... Marx sabía apreciar también que en la historia hay momentos cuando la lucha desesperada de las masas, incluso por una causa condenada al fracaso, es *indispensable*, con el fin de que estas masas sigan aprendiendo y preparándose para la *lucha siguiente*”<sup>410</sup>.

“Nuestros cuasi marxistas actuales, a los que gustan citar vanamente a Marx, para tomarle solo su apreciación del pasado y no para aprender de él a crear el futuro, no comprenden en absoluto, ni les cabe en la cabeza, semejante manera de plantear el problema”<sup>411</sup>.

Resulta evidente, entonces, que, en el marxismo, no cabe ninguna separación en esferas distintas, con una supuesta conexión artificial, entre el momento teórico científico y el momento político, entre la apreciación del pasado y el aprendizaje para construir el futuro. Y que un elemento integrante no susceptible de reducirse a la concepción “cientificista” de “variable demasiado variable”, con que a veces se trata de “enriquecer” al marxismo, lo constituye la iniciativa histórica de las masas. La comprensión del presente se hace en función del futuro, sobre todo el legado anterior. Estas fases temporales no se conciben de manera abstracta y mecánica, sino dialéctica y concretamente. Con ello, el factor tiempo juega un papel esencial en la concepción marxista no solo de la historia, como es lógico suponer, aunque de una manera totalmente diferente del modo a como lo entienden las corrientes no marxistas, sino en la conexión indi-

408 V. I. Lenin, *Obras*. Tomo III (1905-1912) (Moscú: Editorial Progreso, 1973), 115.

409 Marx, *Obras completas*. Tomo XII, 97.

410 Lenin, *Obras*, Tomo III (1905-1912), 117.

411 Op. cit. Lenin, *Obras*, Tomo III (1905-1912), 117.

soluble con la política y la sociedad como un todo y, en particular, con el problema de la *perspectiva histórica* del movimiento revolucionario.

En Marx, pues, es esencial la cuestión de la iniciativa histórica de las masas, el aprendizaje en el pasado de lo necesario para construir el futuro, pues, al fin y al cabo, de lo que se trata es de transformar el mundo y no de interpretarlo. El abandono de estas posiciones conduce a las modalidades parecidas al marxismo, con rasgos similares, pero diferenciables en *principio* de este: como el sombartismo, brentanismo, etc.

Puede estarse o no de acuerdo con una comprensión del quehacer científico-social en los términos anteriores. Inclusive, es factible plenamente cuestionar la validez de una comprensión semejante. Pero ya esto implica una “crítica” a la concepción clásica, por decirlo así, del marxismo. Significa la necesidad de señalar, clara, concreta y precisamente, dónde se presenta la falla de tal concepción, en qué consiste la misma, qué la origina y cómo es posible subsanar la deficiencia que ha logrado comprobarse. Lo que no es válido es presentar como implícito en el pensamiento de Marx y Lenin, lo contrario de lo que ellos han sostenido y que se desprende claramente de sus propios textos. Especialmente, porque se trata de un aspecto no secundario, sino esencial; de un problema con consecuencias sociopolíticas directas y no de una cuestión abstracta de método.

Al vincularse lo anterior con el problema de la predictibilidad social y política sobre la base de un conocimiento de las contradicciones socioeconómicas que conforman la infraestructura y las tendencias que de allí derivan, también surge un aspecto de gran importancia para la comprensión cabal del marxismo. De lo contrario, este deja de ser “una guía para la acción” (como lo querían los clásicos), para convertirse en un factor explicativo —fácilmente derivable en justificativo— de lo sucedido en el pasado. Con ello, el carácter científico-conductor que presta al movimiento obrero el marxismo, (al cual, por lo demás, explícitamente está destinado) prácticamente desaparece. Y no pareciera ser ni la intención ni la explicación que de su aporte hicieron los clásicos del marxismo.

Desde luego, el marxismo no se reduce a lo que alguna vez dijeron Marx o Lenin sobre tal o cual problema. Esta forma dogmática de enfrentar al marxismo no podrá tener ningún resultado positivo, salvo el servir como ejemplo de lo que no debe hacerse. Pero sí es decisivo destacar que el desarrollo del marxismo supone puntos de partida o, mejor dicho, de llegada, a partir de los cuales y sobre las necesidades teórico-prácticas que deben afrontarse, se producirán los posteriores desarrollos. Pero, metodológicamente, que es precisamente uno de los momentos fundamentales del marxismo, y a nivel de sus principios, entre los que destacan su materialismo y su dialéctica, sin los cuales no hay marxismo, la elaboración ulterior debe ser explícita en el abandono o aceptación de los mismos. Abandonar tales puntos de llegada, tales elementos *de principio* como los llama Lenin, puede conducir a enfoques *inspirados* en el marxismo, pero no constituyen marxismo propiamente hablando.

Es claro que se puede incurrir en errores de más o menos gravedad en el planteamiento de los problemas. No existe un tribunal supremo encargado de velar por la pureza del marxismo y que aquí, como en todo lo demás, no existe un papado infalible, aunque exista algún pretendido supremo pontífice dueño de la verdad, con tanques, incluso para imponer su propia versión de las cosas. Las opciones individuales, independientemente de estas fallas teóricas, pueden ser totalmente sinceras y absolutamente abnegadas y heroicas. Esto está fuera de discusión. Se trata de un problema distinto. Se trata de contratar los elementos que nos da la propia teoría marxista y derivar de un análisis crítico la incorrección o acierto de los puntos cuestionados. Es posible y necesario establecer la verdad objetiva con respecto a los problemas planteados. Determinar las consecuencias teórico-prácticas que se derivan de los errores que resultan, dado que en la práctica expresarán tendencias políticas y sociales, fallas de concepción y debilitamiento del instrumento fundamental para transformar el mundo, que Marx legó a la clase obrera.

El trasfondo de estas concepciones está situado en la distinción althusseriana entre objeto real y objeto de conocimiento, a la que nos referiremos más adelante. Esta distinción, que, como bien recuerda Cardoso,

nace del horror “a la problemática del sujeto contenida en el historicismo y la crítica al economismo y al empirismo (que ha llevado al maestro y sus discípulos) a bordear, por un lado, el estructuralismo, evitando la historia, y por otro el formalismo idealista; sus catecismos marxistas terminan por impedir la búsqueda de la Revelación Teórica encarnada en el Concepto, visto este como el resultado de una praxis teórica que fundamenta una metateoría. Así, el “materialismo dialéctico” por ejemplo, pasa a ser la teoría general, “teóricamente producida” –o sea, originada en la “praxis teórica”– de todos los modos de producción, cabiéndole todavía la especificación de las “instancias regionales”, o sea, de la teoría económica, la teoría de las ideologías (?) y de la teoría política, en los diversos modos de producción. El materialismo histórico, a su vez, viene a ser la ciencia que explica la constitución y transformación de las formaciones concretas”<sup>412</sup>.

En Harnecker, la distinción se hará sobre la base de convertir al marxismo en una unión de las dos partes: “una teoría científica: el materialismo histórico, y... una filosofía: el materialismo dialéctico”<sup>413</sup>. Pero este tipo de análisis resulta ajeno a la forma de abordar los fenómenos y la realidad por parte de Marx.

Aparte de que se daría una contraposición abstracta entre la filosofía y ciencia ausente en el marxismo, propia del positivismo y sus diversas corrientes, se olvida que lo fundamental del método marxista radica en un proceso de reconstrucción de lo que Marx llamará “totalidades concretas”<sup>414</sup>. Sin perjuicio de volver sobre este tema en el capítulo siguiente, es importante decir que este proceso de reconstrucción se da, por una parte, conceptualmente; pero, por otra, como la elaboración conceptual de relaciones reales, y expresión de las mismas. Como dice Cardoso, en la obra citada (1973), esto hace que “para Marx, por tanto, no quepa ninguna tentativa de elaboración de una metateoría fundamentada en una praxis abstracta que planea sobre los diferentes modos de producción como si fuese la razón de bruces sobre lo real”<sup>415</sup>.

De donde resulta, de rebote, que tras la aparentemente sistemática distinción entre ideología y ciencia; praxis teórica y praxis-praxis, Teoría con T mayúscula, etc., del arsenal althusseriano que sigue Marta Harnecker en su obra, se esconde una visión formalista, idealista y antidialéctica. Esto es así porque

“Althusser rechaza no solo la influencia de la lógica de Hegel sobre Marx (la negación de la negación), sino que además rechaza el *materialismo* de la doctrina marxista. A partir de allí, puesto que Althusser no acepta que el orden lógico contiene una dimensión ontológica –o sea, producida objetivamente por las relaciones entre los hombres y por ellos incesantemente reproducidas, negadas y transformadas–, termina por valorizar la “práctica teórica” como recurso para garantizar la objetividad del proceso del conocimiento”<sup>416</sup>.

De allí que la separación tajante de la ciencia del nivel superestructural, lo mismo que su contraposición con la filosofía y la ideología, no sean cuestiones secundarias, sino momentos esenciales del enfoque Althusseriano sobre el marxismo, que repite Harnecker en su *Manual*. Pero esto se contradice con el propio enfoque de Marx, no solo a nivel de conceptos o categorías necesariamente susceptibles de desarrollarse, sino a nivel de los principios, pues –como bien dice Cardoso (1973)–, lo que se está abandonando en este tipo de enfoque es el materialismo y la dialéctica. Sin estos, puede haber althusserismo. Pero no marxismo.

## II. Algunos elementos de la teoría del conocimiento marxista

1. Como ha señalado F. H. Cardoso en la obra citada, siguiendo a Giannotti, uno de los puntos de partida del pensamiento de Louis Althusser radica en la distinción entre “objeto real” y “objeto de conocimiento”. El fundamento de los errores, que con gran

412 Fernando Henrique Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, Cuadernos de Investigación Social, 1973), 117.

413 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 7 y 8.

414 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política* (Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1975).

415 Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, 118.

416 Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, 118.

acuerdo este autor encuentra en el concepto de clases sociales de Poulantzas, va a radicar en esta distinción.

En el *Manual de Marta Harnecker* este será, explícitamente, el punto de partida. De allí la insistencia constante de caracterizar al materialismo histórico como un conjunto de “conceptos abstractos”, como “instrumento”, como medio para “pensar”, etc.

Hemos comentado nuestra objeción a la definición de la teoría marxista de la historia como una teoría útil a los trabajadores intelectuales, en buena parte por la tajante y mecanicista distinción que hace Harnecker –siguiendo también a Althusser– entre “ideología” y “ciencia”, en especial, en lo que se refiere a la ideología de la clase obrera que no admite una ruptura entre ambos elementos. Como decíamos, se absolutiza un momento de la relación entre ambos términos: su ruptura; y se descuida el otro momento dialéctico: su unidad. Hemos visto, en el análisis de Lenin, en su polémica con Plejanov, tanto el pensamiento del primero como el de Marx sobre momentos cruciales y temas esenciales de la historia del movimiento obrero y de la interpretación de la doctrina marxista, respectivamente.

Pasemos ahora a la cuestión de definir a la teoría marxista de la historia como un cuerpo de “conceptos abstractos”, que sirve como “instrumento” de análisis científico<sup>417</sup>.

Ya aquí, con la noción de “conceptos abstractos”, se trae una problemática fundamental en el pensamiento marxista.

En primer término, no se define *qué es un concepto* para la autora, y en especial qué entiende por conceptos científicos. Esto es especialmente importante porque el sustantivo concepto –que en la teoría marxista del reflejo corresponde a una sustancia real–, es acompañado del adjetivo “abstracto”. Obviamente, un concepto constituye una abstracción en la medida en que “abstrae” aquellos elementos esenciales para constituirlo y prescinde de aquellos secundarios, no esenciales, para definirlo. Pero, en la concepción materialista, esta abstracción no se puede concebir como algo surgido a partir de cero. Se da a partir

de una realidad y corresponde esencialmente a una existencia objetiva, real.

Cuando se le agrega al concepto el adjetivo “abstracto”, se está haciendo una sobreadjetivación por decirlo así, no carente de significado. La primera abstracción, incluida dentro de la definición misma del concepto, dice de la prescindencia de elementos secundarios. La segunda abstracción, con que se califica al concepto, dice de una prescindencia *de otro tipo*: necesariamente se refiere a la prescindencia de una eventual correspondencia o no con la realidad que existe independientemente de los sujetos y sus conceptos.

Tenemos aquí una *primera consecuencia*: el inicio de la liquidación del carácter objetivo de la verdad científica que el materialismo dialéctico e histórico reconocen en sus conceptos fundamentales.

De aquí se deriva una *segunda consecuencia*: al perder ese carácter objetivo, correspondiente a una realidad también objetiva, se está perdiendo la porción de verdad que el marxismo –en su concepción dialéctica entre verdad absoluta (inalcanzable, inabarcable en su totalidad, infinita) y verdad relativa (parcial, pero progresiva y con porciones fragmentales pero ascendentes de verdad absoluta), reconoce a la labor científica y filosófica. Se le está reduciendo a simple instrumento para analizar, cuando en verdad, además de esto, que ha habido que recalcar frente a los dogmáticos, es también una concepción del mundo, que estos absolutizan y dogmatizaban comprendiéndola como verdad absoluta ya alcanzada y dejando de lado su aspecto de instrumento para la investigación.

*Tercera consecuencia*: las dos anteriores tienen como trasfondo la pérdida de dos aspectos fundamentales en el marxismo, de un lado, el problema de lo abstracto y lo concreto, de las categorías en el quehacer científico, la relación entre gnoseología –teoría del conocimiento– y ontología. De otro, la pérdida de la dinámica real, de la no absolutización de uno u otro de los momentos del conocimiento y la totalidad real en su conexión con el sujeto. Con la primera tenemos una pérdida del aspecto materialista del marxismo; con la segunda, del carácter dialéctico.

417 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 5.

Para el marxismo, por el contrario, existe una unidad que es preciso retener constantemente entre sujeto y objeto real. La contraposición metafísica entre uno y otro, tiene claras manifestaciones en la historia de la filosofía. Esta contraposición condujo, en unos casos (idealismo subjetivo), a enfatizar en el sujeto cognoscente en detrimento del objeto conocido. Previamente a discutir la verdad del conocimiento, es preciso –sostenían los defensores de estas corrientes idealistas– determinar el instrumento con el cual el sujeto conoce. Esto, desde luego, conducía directamente a un problema insoluble, pues retrotraía la cuestión infinitamente: para analizar el instrumento con que conozco, requeriría otro distinto. Este a su vez, requeriría otro y así al infinito.

La otra solución –enmarcada en las corrientes positivistas y neopositivistas–, rehuendo al peligro metafísico, tendía a enfatizar en el objeto, limitando al máximo la intervención del sujeto. Este objetivismo resulta esencialmente engañoso, es en sí mismo una distorsión de la realidad y pierde el momento activo del conocimiento humano, que no requiere de reconocimientos externos para estar presente en toda actividad cognoscitiva.

En uno y otro caso, se producía una unilateralización de la problemática, se deformaba la realidad y se dificultaba una correcta formulación de los problemas.

Para el marxismo, la comprensión de las relaciones sujeto-objeto únicamente puede hacerse desde un enfoque dialéctico de su relación. De un lado, hay oposición entre ambos términos. De otro son inseparables. Se trata de un *campus de acción* del hombre, que es el sujeto cognoscente –y por el cual entendemos su sujeto social que corresponde a un estadio determinado de desarrollo histórico, con lo que eso implica en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas, conocimientos teóricos, etc.–. *En ese campus de acción, la subjetividad del hombre es un momento también del mundo objetivo*, nace de él y se integra a él, no solo cuando se identifica con él mismo, sino también cuando se separa, analiza, elabora y revierte con su praxis transformadora, y así infinitamente. Los cortes mecanicistas y metafísicos, que solo ven el mo-

mento de la separación entre el sujeto y el objeto real, no corresponden a la realidad, que nos surge como esencialmente dialéctica, que se nos muestra como una totalidad en constante desarrollo. Por eso mismo, se trata de un *proceso cognoscitivo*, que nos separa y nos une a un tiempo con el objeto, que nos da cada vez más conocimiento real, verdadero, sobre este en una escala infinita de acercamiento a la verdad absoluta del conocimiento, inalcanzable en cuanto a tal.

Precisamente, por ser un campus de acción, las divisiones tajantes entre ideología y ciencia resultan ficticias; además, el criterio de la verdad, para el marxismo, no va a radicar en constataciones meramente racionales, sino *prácticas*. La correspondencia de los elementos conceptuales con la realidad, el criterio de verdad, se determinará en la praxis.

Por tal razón, convertir al objeto de conocimiento que se refleja en los conceptos científicos en puramente “objeto”, contraponerlo a otro “objeto real”, constituido por elementos abstraídos de él, que se consideran esenciales, y convertir a su vez a este “objeto ideal” en el objeto de “conocimiento”, constituye un procedimiento totalmente antidialéctico y no materialista, un retroceso a niveles pre-marxistas en la teoría del conocimiento.

Ya en su tesis I sobre Ludwig Feuerbach, Marx había señalado cómo “el defecto fundamental de todo el materialismo anterior –incluyendo el de Feuerbach–, es que solo concibe el objeto, la realidad, la sensoriedad bajo la forma de objeto (objekt) o de contemplación, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero solo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la actividad humana como una actividad *objetiva* (...). Por tanto, no comprende la importancia de la actuación “revolucionaria”, práctico crítica”<sup>2418</sup>.

El materialismo ingenuo resulta, de esta manera, rechazado de plano por el marxismo. Este reconoce, en

418 Marx y Engels, *Obras escogidas*, 713.



el proceso de conocimiento, que el objeto no se constituye simplemente como tal, como *contemplación*, sino que un factor esencial está representado por la actividad sensorial humana, como práctica, admitiendo así una función constitutiva del proceso mismo, a lo que Marx (1957) llama el “lado activo del conocimiento”. Con ello, se está criticando al materialismo metafísico anterior, que dejó en manos del idealismo el desarrollo del lado activo del conocimiento.

Debemos decir, aunque sea de paso, que todavía se nos quiere hacer pasar muchas veces este materialismo ingenuo, metafísico, criticado por Marx, como marxismo. En parte, la distinción tajante entre “objeto real” y “objeto ideal” que criticamos, nace como una relación a una comprensión simplista de la teoría del reflejo como teoría del conocimiento marxista.

Pero esto no nos debe hacer olvidar que lo que define al materialismo y a la teoría del conocimiento materialista es el problema de la correspondencia o no con un contenido objetivo del pensamiento humano.

En su tesis II sobre Feuerbach, Marx nos dice:

“el problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir *una verdad objetiva*, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar *la verdad*, es decir, *la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento*. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema puramente escolástico”<sup>419</sup>.

La crítica al materialismo ingenuo, el reconocimiento del lado activo del conocimiento, configuración del objeto del conocimiento como “actividad sensorial humana, como práctica”, no representa en Marx un divorcio, una contraposición entre el objeto de conocimiento y el objeto real. Marx habló de un conocimiento *verdadero*, y por tal entiende una correspondencia efectiva con la realidad, pero no como constatación pasiva, sino como *poderío y terrenalidad* del pensamiento. Con ello la praxis, se encuentra en el principio, al medio y al final del conocimiento: como configuradora misma del objeto a conocer y

como expresión de potencialidad, poderío y terrenalidad. Pero también, y esto es esencial, como criterio de verdad.

Esto conduce a varias conclusiones respecto al enfoque althusseriano del *Manual*. Por un lado, se exagera el momento “activo del conocimiento” y se le separa de la realidad. Se constituye un objeto ideal de cara al objeto real, convirtiéndose aquel en el verdadero objeto del conocimiento. De otro, las categorías o conceptos elaborados corresponderán al objeto ideal, serán abstractos y meramente instrumentales.

Con ello, se les vacía de contenido objetivo, se cae en una forma de idealismo. Pero, además, se introduce la cuestión de la correspondencia final de todo conocimiento científico con la realidad, esto es, el problema de la verdad del conocimiento. Rehuyendo toda metafísica, se ha separado el objeto de conocimiento del objeto real, se exagera el papel activo del sujeto y se sitúan los conceptos a un nivel abstracto e ideal. Con ello, sin decirlo, se estará introduciendo una forma de agnosticismo por lo que hace al objeto real. Este solo será conocido fragmentariamente y de manera harto relativa, cuanto que existe una tajante diferenciación entre el objeto real y el ideal, y es este el que da los elementos conceptuales para acercarse a aquel. La terrenalidad y potencialidad del pensamiento han desaparecido. Solo queda un mundo donde todo tiene objetivamente la misma validez y jerarquía, tanto lo necesario como lo casual. La distinción es teórica, abstracta, ideal. Esto, paradójicamente, conduce a una forma de “realismo ingenuo”, que concibe al mundo real como simple “objeto”, lo esencial y lo secundario, lo necesario y lo accidental, tienen la misma validez y jerarquía, y al cual se introduce el sujeto con sus distinciones, conceptos teóricos abstractos, etc. La noción de campo de acción, de lo subjetivo y, con ello, toda la riqueza del concepto de praxis se ha perdido para dar campo a una ciencia pura, a conceptos puros, ideales abstractos, que no corresponden a realidad concreta alguna.

Esto nos lleva a la cuestión esencial de la confusión que subyace en las categorías de lo universal y lo particular, lo abstracto y lo concreto.

419 Marx y Engels, *Obras escogidas*, 713.

Puede argüirse, sin embargo, que se trata de temas “filosóficos” y en la concepción de este *Manual*, es preciso recordar que se concibe a la teoría marxista como “compuesta de una teoría científica: el materialismo histórico, y de una filosofía: el materialismo dialéctico”<sup>420</sup>. Esto conduce, de inmediato, a una visión parcial, mecanicista de los problemas planteados. En primer término, se trasluce una contraposición entre filosofía y teoría científica. En segundo lugar, se manifiesta una incompreensión del carácter científico de la filosofía marxista —lo que cualitativamente la diferencia de las otras filosofías—, si se admite una contraposición positivista entre filosofía y ciencia, que no se da en el marxismo según dijimos.

Pero es precisamente en la filosofía subyacente, en las cuestiones primordiales del materialismo y la dialéctica, donde cobra sentido la elaboración científica de Marx. El significado conceptual de sus elaboraciones, su relación con todas las elaboraciones científicas y filosóficas anteriores, únicamente se iluminan atendiendo a estas cuestiones de principio.

Va a ser de aquí de donde emanarán errores básicos en la exposición del libro que nos interesa, en especial, en los conceptos de modo de producción y formación abstracto e ideal, y al segundo en concreto, real y particular. Esto, como se verá luego, constituye una tergiversación de la dialéctica materialista y del significado de sus categorías. Porque para el materialismo dialéctico, las categorías y conceptos, al mismo tiempo que son elaboraciones intelectuales, reflejan y fijan las relaciones, la interdependencia de los fenómenos entre sí. Su razón consiste, precisamente, en su vinculación profundizada, a nivel de la esencia y leyes internas, de los objetos y fenómenos. No hay una relación de oposición y abstractización, sino de correlación y concreción, solo que a niveles superiores.

El materialismo dialéctico hace una distinción entre lo universal y lo particular, lo abstracto y lo concreto, como categorías cognoscitivas. Sin perder sus vinculaciones y múltiples influencias recíprocas, no las confunde. Esto es importante destacarlo, porque en el *Manual de Marta Harnecker* se produce una confusión constante. Se llama abstracto lo que es concreto

y viceversa; se convierte en abstracto lo universal y lo particular se transforma en concreto.

2. Veamos ahora el problema de lo universal y lo particular.

En el proceso del conocimiento y en la elaboración conceptual, existe un movimiento contradictorio que no solo expresa contradicciones del pensamiento, sino de la realidad. Al elaborar los conceptos como expresión de nexos, relaciones y aspectos esenciales y objetivos de los objetos, procedemos de una doble manera. *Una negativa*, constitutiva del *momento analítico* del conocimiento: en esta fase se produce una eliminación analítica de aquellos aspectos, propiedades o rasgos secundarios, no necesarios para el conocimiento de la esencia de los fenómenos. En este sentido, se da una abstracción: se abstrae lo esencial, se abandona lo secundario, hay alejamiento del objeto sensible. Pero también hay otra fase de carácter positivo. Esta *fase positiva*, indisolublemente vinculada a la anterior, consiste en el *momento sintético* en que se reflejan y sintetizan en el concepto las propiedades esenciales de los objetivos materiales. Este segundo momento representa, por tanto, una profundización en el conocimiento *verdadero*, ya no de un objeto particular, sino de una serie o clase de objetos dados. En un sentido, pues, es abstracto; pero en otro, no.

En cualquier caso, lo decisivo aquí es el reflejo en la conciencia humana de ciertas propiedades, relaciones y nexos, de carácter objetivo, propios del mundo material. Este reflejo no es pasivo, en la medida en que conoce una participación activa del sujeto. Pero esa actividad se realiza en dos sentidos: en el de abstracción de lo secundario y en el rescate sintético de lo esencial.

Solo así es posible superar el nivel de las percepciones sensoriales, de lo fenoménico. Solo así, al unir el aspecto sintetizador y positivo al inicial analítico y negativo, es posible encontrar la verdad del conocimiento.

420 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 7.

Pero la posibilidad misma de determinar, a través de lo esencial, vínculos y nexos conceptuales, expresa, para el materialismo dialéctico, que el nexo que une a los objetos aislados –a nivel de lo esencial–, es un vínculo objetivo-real, que existe de manera objetiva, con independencia de las categorías lógicas. Lo universal, como categoría, no es sino reflejo de lo universal-real. El concepto con independencia de las categorías lógicas, respecto a cuya clase se forma el concepto.

Esto permite, entonces, al materialismo dialéctico, reconocer una objetividad a lo universal, no menos real que la de lo particular. Entre ambos –lo universal y lo particular–, se da una relación dialéctica, contradictoria, esto es de oposición y unidad a un tiempo. Todo universal es a un tiempo particular. Lo particular solo existe en el nexo en aspectos aislados o parciales, solo que a nivel esencial.

Contraponer ambas categorías, por un lado; transformar la universal en “abstracta, ideal y pura” (como sucede con el modo de producción, del cual se dice que se refiere a un objeto abstracto, a una totalidad social, ideal<sup>421</sup>), transformar la particular en “concreta, impura, compleja” (como se define por ejemplo al concepto de formación económico-social<sup>422</sup>, frente al de modo de producción) constituye una lamentable confusión de la dialéctica de lo universal y lo particular. Así, enfocado, deriva –al margen de las intenciones subjetivas de la autora–, en una concepción metafísica e idealista del conocimiento y la sociedad. Por otro lado, expresa una confusión con lo “concreto” y lo “abstracto”.

Entre todas estas categorías, existe una diferencia y unidad, en la misma medida en que abarcan y conceptúan aspectos parciales de una realidad única y múltiple. Pero incluso el proceso de aparición, desarrollo, interpretación y utilización hecho por los clásicos, constituye una evidencia más de que no es posible prescindir de las diferencias entre uno y otro tipo de categoría. Las transiciones no pueden ser arbitrarias, sino que deben reflejar el proceso de cambio en la realidad misma que pretende abarcarse.

La referencia constante a la realidad, su vinculación orgánica, condujo a Lenin a interpretar el estudio de Hegel en la *Ciencia de la Lógica*, en lo referente a la separación del contenido del actuante de la unidad directa con el sujeto, para llevarlo a la objetividad frente a este (el sujeto), de la siguiente manera: “¿cómo entender esto? Ante el hombre aparece una red de fenómenos naturales. El hombre instintivo, el salvaje, se confunde con la naturaleza. El hombre consciente se desprende de ella; las categorías son fases de *este desprenderse, es decir, del conocimiento del mundo, nudos de aquella red, que ayudan a conocerla y dominarla*”<sup>423</sup>.

El momento de desprendimiento, que es el desarrollo del conocimiento, constituye a las categorías como nudos de la red de fenómenos naturales en cuanto se trata de aspectos esenciales y centrales de los fenómenos mismos, aunque reflejados en el pensamiento, que, a su vez, forma parte del mundo natural mismo. Pero este proceso no queda ahí, las categorías, como nudos de la red, no solo permiten conocerla, sino también dominarla. Para esto es preciso, además de la acción humana sobre ella, una correspondencia objetiva de esos nudos con la red misma. O para usar la expresión ya citada de Marx en la tesis sobre Feuerbach, la terrenalidad, la potencialidad del pensamiento.

Por esa razón, para Lenin (1963), el objetivismo de las categorías del pensamiento radica en el hecho de que estas “no son instrumentos auxiliares del hombre, sino que expresan las leyes, tanto de la naturaleza como del hombre mismo”<sup>424</sup>. Más adelante, el propio Lenin se detendrá en insistir cómo, inclusive la apariencia, tiene una objetividad real, en la medida en que se manifiesta uno de los aspectos del mundo objetivo. Por eso, según Lenin, la lógica guarda una relación directa con el mundo, es una lógica de contenido y suministra la esencia de la riqueza en la representación del mundo. “No solo lo universal abstracto, sino lo universal que encierra la riqueza de los particulares.”<sup>425</sup> (cfr. *El Capital*).

421 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 143-147.

422 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 146.

423 V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos* (Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1963), 89.

424 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 87.

425 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 95.



Interesa destacar aquí cómo, en la concepción dialéctica, hay una diferenciación entre lo universal, abstracto y lo universal que encierra la riqueza de los particulares. Además, que sea precisamente utilizado como ejemplo de un universal que encierra la riqueza de los particulares, la elaboración científica de *El capital*.

Al estudiar *La lógica* de Hegel, Lenin anota esta consideración:

“Agudo e ingenioso Hegel analiza conceptos que por lo general aparecen muertos y muestra que en ellos *hay movimiento*... Multifacética y universal elasticidad de los conceptos, que llega hasta la identidad de los contrarios: en eso reside la esencia del asunto. Esta elasticidad, subjetivamente aplicada (es) eclecticismo y sofistería. Si se aplica *objetivamente*, es decir, si refleja la multilateralidad del proceso material y su unidad, tenemos la dialéctica, el reflejo correcto del eterno desarrollo del mundo”<sup>426</sup>.

Por ello, para Lenin (1963), quien cita a Hegel desde un enfoque materialista, “las categorías deben *derivarse* (y no tomarse arbitraria o mecánicamente) (no “exponiendo”, no “asegurando”, sino *demostrando*, partiendo de lo más simple, de lo fundamental) el ser, la nada, el devenir (para no citar otros): aquí está, en germen, todo el desarrollo, lo cual conduce a la afirmación ya repetida muchas veces, de que es completamente imposible entender *El capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda *La lógica* de Hegel. ¡Por consiguiente, hace medio siglo ninguno de los marxistas entendió a Marx!”<sup>427</sup>. Como dice el propio Marx en la obra citada: “La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un ‘inmenso arsenal de mercancías’ y la mercancía como su *forma elemental*. Por eso, nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía”<sup>428</sup>.

Aparte de que la conversión de la mercancía en un concepto abstracto, puro e ideal, en virtud de que generaliza elementos comunes y esenciales de cada tipo de bien: lápices, libros, panes y autos, que serían lo concreto, real e impuro, convertiría a aquella en “un concepto abstracto que nos permite pensar”, pero que, como tal, es puro, ideal y por lo tanto inexistente!, hay algunas cuestiones implícitas que por ahora solo querríamos señalar.

Dejando de lado la cuestión del valor de cambio que determinará la conversión del producto en mercancía, no en virtud de un cambio de nombre, sino en virtud de relaciones y nexos reales: inserción en el producto de “trabajo abstracto” e ingreso en el intercambio mercantil, conviene destacar una de las debilidades de la obra, que constituye uno de los méritos, al mismo tiempo que expresión de una característica metodológica. Se trata del problema de las definiciones.

### *El problema de las definiciones*

A lo largo de toda la obra, se insiste en la circunstancia —que se señala casi como una deficiencia—, que por lo que hace al cuerpo de conceptos “científicos” que integran el materialismo histórico, “no fue desarrollado nunca en forma sistemática por Marx y Engels”<sup>429</sup>. En la página 11, repite: “(..) ellos (Marx, Engels y Lenin) nunca desarrollaron en forma sistemática estos conceptos”<sup>430</sup>.

“Este libro pretende detenerse en estos conceptos haciendo un estudio crítico de ellos, es decir, buscando más allá de las palabras el pensamiento profundo de sus autores...”<sup>431</sup>. Posteriormente, se vuelve al mismo tema en la página 94. Las razones para que estas definiciones estén ausentes en la obra de Marx aparecen como un problema de circunstancia, una deficiencia que es preciso superar, indagando no lo que se dice, sino “el pensamiento profundo de los autores”. O, en su fórmula literaria: “más allá de las palabras”.

426 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 106.

427 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 90 y 174.

428 Marx, *El capital*, Tomo I, 3.

429 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 8.

430 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 8.

431 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 11.

No. En los clásicos del marxismo la ausencia de definiciones, o la crítica inmediata de las que ellos mismos dan, no constituye una simple deficiencia, sino una posición metodológica que se desprende de su concepción dialéctica y materialista del mundo.

Si, como recordara Lenin citando a Hegel, la elasticidad de los conceptos se aplica objetivamente, reflejando la multilateralidad del proceso material y su unidad, tendremos la dialéctica y no una sofística. Pero ello supone, de entrada, que las categorías “deben derivarse”, no tomarse “arbitraria o mecánicamente”, no “exponiendo, no asegurando”, sino partiendo de lo más simple. Si esto no se comprende, no se comprende la dialéctica y por ello tampoco *El capital*.

La ausencia de definiciones en Marx, Engels y Lenin, o las explícitas restricciones con que se marcan las que se dan, nace de esa actitud metodológica. Al polemizar con P. Fireman en el prólogo al III Tomo de *El capital*, Engels (1959) señala cómo este autor

“no ha sabido comprender que Marx, donde él cree que define, *se limita a desarrollar cosas existentes*, sin que haya que buscar en él las definiciones acabadas y perfectas, valederas de una vez por todas. Allí donde las cosas y sus mutuas relaciones no se conciben como algo fijo e inmutable, sino como algo sujeto a mudanza, es lógico que también sus imágenes mentales, los conceptos, se hallen expuestas a cambios y transformaciones, que no se las enmarque en definiciones, rígidas, sino que se las desarrolle en su proceso histórico o lógico de formación”<sup>432</sup>.

En el mismo sentido, Lenin (1970) ya había advertido, también analizando un determinado pasaje de la obra de Marx, que este no había dado ni daba una *definición* del capitalismo. Y señala que “en general, Marx no se dedicaba a hacer definiciones”<sup>433</sup>.

Años más tarde, al analizar al imperialismo, Lenin manifestará a la reticencia de principio en la formulación de definiciones:

“(..) las definiciones excesivamente breves – dice–, si bien son cómodas, pues resumen lo principal, no obstante, son insuficientes, ya que es necesario deducir de ellas rasgos esenciales del fenómeno que hay que definir. Por eso, sin olvidar la significación condicional y relativa de todas las definiciones en general, las cuales no pueden nunca abarcar en todos sus aspectos las relaciones del fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo(..)”<sup>434</sup>.

Como se ve, hay una posición metodológica que exige un extraordinario cuidado a la hora de introducir “definiciones” en el pensamiento marxista. Esto es necesario y útil, pero harto peligroso, en la medida en que se introduce una sistematización que ninguno de los clásicos creyó necesaria, al extremo de que no la hicieron. Esa sistematización puede resultar contraria a la dialéctica misma del pensamiento marxista, no simple reflejo pasivo, sino activo, del mundo. Es un mundo de proceso, cambio y transformación constante del cual la subjetividad es también un momento en que se refleja y se reconstituye a un tiempo ese mundo real. Conceptualmente, y sobre la base materialista que la informa, la teoría marxista ve la captación de esa realidad no de manera deductiva, arbitraria o mecánica, sino como un proceso de derivación a partir de lo real.

Esto conduce a aclarar la cuestión de que por qué los clásicos del marxismo no abundaron precisamente en definiciones conceptuales. Las categorías y conceptos proceden del movimiento real, captan lo esencial de cada momento –constituyen “nódulos” del pensamiento, “nudos” de la red que configura el mundo real– y, por ello mismo, permiten no solo captar el mundo, sino dominarlo, actuar sobre él, demostrar en la práctica la “potencialidad y terrenalidad” del pensamiento.

Esta formación de las diversas categorías mostrará en cada caso el distinto nivel de ascensión en el proceso de conocimiento de lo real: desde la etapa

432 Friedrich Engels, prólogo a Karl Marx, *El capital*, Tomo III (México: F.C.E. 1959), 16.

433 Lenin, *Obras completas*, Tomo XXV, 454 (nota).

434 Lenin, *Obras completas*, Tomo XXIII (Moscú: Edición Progreso, 1973), 387.

sensorial hasta la racional más elevada. Pero, en cualquier caso, la capacidad generalizadora, analítica y sintética, que conduce a la formación de los conceptos guarda una constante relación con el mundo real, con la serie o clase de objetos sobre los cuales se constituye el concepto.

### *Lo concreto y lo abstracto*

Así como tenemos generalizaciones o “universales abstractos” hay “universales concretos”. Luego, es preciso analizar el significado de lo “concreto” y de lo “abstracto” en el materialismo dialéctico.

En Marx, van a ser, precisamente, los problemas vinculados a lo abstracto y lo concreto, el objeto de sus preocupaciones constantes, tanto en *El capital* y la *Contribución a la crítica de la economía política*, como a lo largo de toda su obra. Desgajar en la obra de Marx las preocupaciones metodológicas y gnoseológicas (que no se entienden como un mundo separado tajantemente de lo ontológico) —en una contraposición rígida entre “ciencia” y “filosofía”—, conduciría a deformaciones teóricas graves y, sobre todo, a no captar la esencia de la relación entre modo de producción y formación económico-social.

Contrariamente a lo que parece entender Harnecker por “concreto” —que ve como lo dado, directo, impuro, real—, para Marx lo concreto implica un “movimiento” dialéctico, con momentos también dialécticos y, por ello, contradictorios, en estrecha conexión con lo real.

Cuando Harnecker nos hace la diferenciación, por ejemplo, entre modo de producción (abstracto) y formación económico-social (concreto), se califica al primero de “ideal” y al segundo de “real”, de puro e impuro, respectivamente, etc., se trata de algo mucho más profundo que de una simple nomenclatura. Se está vaciando el contenido universal, real y se están dejando como concreto y real únicamente las manifestaciones específicas del mismo: Inglaterra, Francia, Estados Unidos, contrariamente a lo que pretende la autora.

Para Harnecker, por lo visto, únicamente existe un concreto: lo sensorial-concreto. A partir de allí, no hay nada más que sea concreto. La labor abstractiva del conocimiento, y, en particular, del conocimiento científico, elimina lo concreto con solo tocarlo, cual varita mágica. Para ella, no existe lo “universal-concreto”; lo que es abstracto no es concreto y lo que es concreto no es abstracto. Este tipo de oposición es totalmente metafísico, no solo contrario al punto de partida del marxismo, sino a textos explícitos del propio Marx y Lenin.

En el concepto se unen no solo lo universal y lo particular, sino también, de manera contradictoria, lo concreto y lo abstracto. Pero lo determinante continúa siendo el ser concreto, la realidad concreta. *El capital* demostrará, justamente, que tanto el trabajo concreto como el trabajo abstracto existen en la realidad material, son inherentes a la misma producción social. Engels ya había señalado cómo lo concreto y lo abstracto se unían indisolublemente, no solo en la naturaleza, sino en el conocimiento mismo. Las leyes naturales son, a la vez abstractas y concretas, y mucho más concretas que cada ejemplo particular de lo concreto-singular que ellas abarcan.

La marcha del conocimiento parte, ciertamente, de lo concreto-sensible para elevarse a lo concreto. Marx, explícitamente, se refirió a esta problemática en su obra *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, en un aparte destinado específicamente a los problemas de “El método de la Economía Pública”<sup>2435</sup>.

Analizando el punto de partida del estudio de un país desde el ángulo de la economía política, nos encontramos como un primer dato la población. Pero comenzar por aquí, resultaría falso, dice Marx. La población es una abstracción si se dejan de lado las clases de que se compone. Estas clases, a su vez, serán una abstracción si se ignora los elementos sobre los cuales reposan: el trabajo asalariado, el capital, etc.

“Si comenzase, pues, por la población, resultaría una representación caótica del todo, y por medio de una determinación más estricta, llegaría analíticamente siempre más lejos con conceptos

---

435 Marx, *Crítica de la economía política* (México: Editorial Nacional, 1957), 227-228.

más simples: *de lo concreto representado, llegaría a abstracciones cada vez más tenues*, hasta alcanzar a las más simples determinaciones. Llegando a este punto, habría que volver a hacer el viaje a la inversa, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez *no con una representación caótica de un todo, sino con una rica totalidad de determinaciones y relaciones diversas*<sup>2436</sup>.

Tenemos, pues, un primer concreto en el ejemplo que nos da Marx: el “concreto-representado población”. Pero este concreto-representado, no dice nada. Su descomposición analítica implicaría un proceso abstractivo indispensable que permitirá profundizar hasta llegar a las más “simples determinaciones”. Pero este es simplemente un primer paso. Luego, es preciso ascender nuevamente: de las determinaciones más simples, y por ello abstractas, a lo concreto, solo que esta vez no como una “representación caótica”, sino como una “rica totalidad”. Esto es, como una totalidad concreta. En ese sentido, mucho más concreta que la simple “representación concreta” inicial.

Como dice el propio Marx poco más adelante (1957), “Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de muchas determinaciones, es decir, unidad de lo diverso”<sup>2437</sup>.

Propiamente hablando, para Marx lo concreto es, como acabamos de ver, la síntesis de muchas determinaciones, la unidad de lo diverso. La síntesis de muchas determinaciones y la unidad de lo diverso consiste, precisamente, en el reconocimiento de una unidad fundamental entre la multitud de manifestaciones particulares de los objetos reales. Esa unidad, que extrae de esos objetos los elementos esenciales, va a expresar lo universal, pero no simplemente como abstracción de lo particular (que Harnecker identifica con lo concreto, indebidamente), sino como concreto profundizado, por llamarlo de algún modo. Lo que convierte en concreto, superior a lo concreto-sensible, es precisamente su carácter universal, la circunstancia de sintetizar múltiples determinaciones, de expresar la “unidad de lo diverso”.

La circunstancia de ser universal, de abstraer lo secundario de lo esencial, de constituirse de partes o determinaciones cada vez más simples, a su vez, ellas mismas, abstracciones desde el punto de vista de Marx, no hace que la nueva síntesis, realizada a partir de tales abstracciones, sea ella misma abstracta. Por el contrario: es lo que hace que esa síntesis sea, propiamente hablando, lo concreto.

En el método científico, para Marx (1957),

“las determinaciones abstractas conducen a la *reproducción de lo concreto* por la vía del pensamiento. *El método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto* no es sino la manera de *proceder del pensamiento para apropiarse lo concreto*, para *reproducirlo mentalmente* como cosa concreta. Pero esto no es de ningún modo el proceso de la génesis de lo concreto mismo”<sup>2438</sup>.

“La función activa del conocimiento humano, el aspecto primordial que juega la capacidad de abstracción en el proceso del conocimiento científico, está situado aquí en una perspectiva totalmente materialista y dialéctica: la circunstancia de que se trate de reproducciones mentales no debe hacernos olvidar que se trata también de una forma de apropiación de lo concreto”<sup>2439</sup>. Esto no puede lograrse en una captación primera, directa, sensorial. Si fuera posible hacerlo, no habría necesidad de ciencia, como el propio Marx ha señalado.

La captación de lo concreto, como reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento, nos da una totalidad rica en determinaciones, profundizada, llena de contenido y, por ello mismo, de realidad. Expresa un momento crucial en la concepción materialista y dialéctica: el momento de la unidad del mundo, de su naturaleza material, objetiva, susceptible también de ser no solo “reproducida”, sino que efectivamente conocida, aprehendida por el conocimiento humano. No hay aquí ningún vestigio de agnosticismo. Tampoco lo hay de idealismo, en la medida en que se distingue, claramente, el proceso de surgimiento de lo concreto mismo, de su “génesis”, como lo llama Marx.

436 Marx, *Crítica de la economía política*, 227-228. Destacados míos.

437 Marx, *Crítica de la economía política*, 228.

438 Marx, *Crítica de la economía política*, 228.

439 Marx, *Crítica de la economía política*, 228.

No se trata de que el pensamiento forje lo concreto, genéticamente hablando. Pero no se trata tampoco que el conocimiento de este concreto, por la circunstancia de pasar por la abstracción esencial a todo conocimiento científico, constituya ningún objeto ideal divorciado de lo real, desprovisto de “materialidad” o “terrenalidad”. Todo lo contrario. Lo que lo hace “más real” es su capacidad de sintetizar lo esencial, captarlo, asirlo y proyectarlo como luz que ilumine el dato que nos da lo sensorial-concreto.

“En el análisis de las formas económicas –dice Marx– de nada sirven el microscopio ni los reactivos químicos. El único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de abstracción”<sup>440</sup>.

Es precisamente en este manejo brillante de la abstracción científica donde se distinguirá la labor investigativa de Marx, porque –en vez de alejarlo de la realidad–, lo instala plenamente en ella, solo que a nivel de lo esencial.

Esto trasluce el peligro que no pudieron superar los economistas anteriores a Marx y mucho menos los posteriores, porque lo aparente tiende a confundirse con lo real: “(...)lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de la síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y por consiguiente, el punto de partida también de la percepción y de la representación”<sup>441</sup>.

La circunstancia de que se parte de la población, la sociedad, etc., que estas totalidades concretas subyacen siempre en toda investigación, por analítica que sea, está también presente en el caso de *El capital*. La circunstancia de que no se exprese así y se comience por la “mercancía” como su forma “elemental”, ha sido explicado por el propio Marx (1957):

“Claro está que el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilar en detalle la materia investigada; a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir nexos internos. Solo después de coronada esta labor,

puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y *consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia*, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción a priori”<sup>442</sup>.

Aquí nos interesa destacar el hecho de que la exposición en *El capital* supone todo un proceso investigativo que no puede resolverse en la exposición misma, formalmente diferenciable de aquel.

En segundo término, que lo que busca Marx es “reflejar idealmente” la “vida de la materia”. No se está, pues, en presencia de objetos conceptuales puros, ideales, abstractos. Se utiliza la abstracción como instrumento y de manera explícita. Se buscan las determinaciones más simples a través de ese proceso de abstracción, partiendo de un concreto sensorial y para volver a él, solo que ya propiamente “concreto”. Pero esto no se entiende más que como “reflejo” de la vida de la materia misma.

La totalidad concreta, entonces, no es un concepto puro, abstracto en el sentido que lo trata Harnecker. Es real, terrenal en la medida en que corresponde a una manifestación de la “vida material”. Es ideal en el sentido en que es fruto de una elaboración conceptual. Pero ni es una especie de tabique categorial que deja en un más allá el mundo “real” (una especie de “cosa en sí”), permitiéndonos la captación de objetos ideales (que nos permitirán allegarnos, a lo sumo, a una especie de “cosa para nosotros”), ni es el origen genético de lo material. Combatiendo el idealismo, que ponía lo conceptual como génesis de lo real, Marx (1957) insiste en este punto al decirnos que

“...la totalidad concreta, *como* totalidad de pensamiento, como un concreto de pensamiento, es, en realidad, un producto del pensar, del concebir; no es de ningún modo el producto del concepto que se engendra a sí mismo y que concibe por aparte y por encima de la percepción de la representación, sino que es la elaboración de la percepción y de la representación en conceptos”<sup>443</sup>.

440 Marx, *El capital*, Tomo I, XIII.

441 Marx, *Crítica de la economía política*, 228.

442 Marx, *El capital*, XXIII.

443 Marx, *Crítica de la economía política*, 229.



Importa señalar que aquí Marx se refiere a la totalidad concreta *como* producto del pensar, *como* fruto de la abstracción mental. Pero no niega, sino que, al contrario, reafirma el correlato de ese concreto “pensado” con el otro concreto que lo origina, le da sentido y le permitirá expresar su “terrenalidad”: el concreto material. Puesto que “(...) las categorías (...) expresan formas de vida, determinacionales de existencia (...)”<sup>444</sup>.

De lo contrario, se produce un divorcio entre lo conceptual y lo material. Sin perder su momento ideal, abstracto, es preciso no subestimar el momento de correspondencia material, real, que corresponde al primero.

Como dice Lenin citando a Hegel (1963):

“los conceptos lógicos son subjetivos mientras permanecen abstractos, en su forma abstracta, pero al mismo tiempo expresan también las cosas en sí. La Naturaleza es *a la vez* concreta y abstracta, *a la vez* fenómeno y esencia *a la vez* momento y relación. Los conceptos humanos son subjetivos en su abstracción, en su separación, pero objetivos en su conjunto, en el proceso, en el total, en la tendencia”<sup>445</sup>.

Este movimiento dialéctico guarda estrecha relación con la naturaleza misma de lo abstracto. Se trata de un proceso vivo, no susceptible de reducirse a fórmulas muertas, dadas de una vez para siempre.

“En esencia, Hegel tiene toda la razón frente a Kant. El pensamiento que se eleva de lo concreto a lo abstracto –siempre que sea correcto (NB) y Kant, como todos los filósofos, habla del pensamiento correcto– no se aleja de la verdad, sino que se acerca a ella. La abstracción de una ley de la naturaleza, la abstracción del *valor* etc., en una palabra *todas* las abstracciones científicas (correctas, serias, no absurdas) reflejan la naturaleza en forma más profunda, veraz y COMPLETA”<sup>446</sup>.

La elaboración de los conceptos fundamentales del materialismo histórico no son simplemente abstracciones, conceptos ideales, puros. La relación entre lo concreto y lo sensorial-concreto no puede resolverse convirtiendo al primero en abstracto. La circunstancia de que se constituya de una generalización basada en la abstracción científica no solo no le quita la realidad al concepto, sino que la da mayor fuerza, profundidad y concreción. Es, propiamente hablando, lo que hace salir a la luz lo concreto esencial de la materia. La penetración de la misma por la vía de la abstracción científica no simplemente rodea al objeto, sino que hace salir de él, por decirlo así, lo verdaderamente real por encima de lo aparente. Esta superación de lo aparente para allegarse a lo real, es lo que hace que lo concreto pensado coincida, en un proceso infinito de acercamiento a la verdad y de conquista de porciones cada vez mayores de ella, a lo concreto material, no en una comprensión empobrecida de este, que ponga en un plano de igualdad lo casual y lo necesario, sino en el rescate y reconstrucción del todo vivo y dinámico.

Convertir, por ello, al modo de producción en “un concepto ideal, abstracto y puro que permite pensar”; y al concepto de formación económico-social en un concepto “impuro, real, concreto”, contradice de principio la metodología explícitamente enunciada por Marx y conduce a los errores teóricos que analizamos en el capítulo siguiente.

### III. Los conceptos de modo de producción y formación económico-social

En la obra en cuestión, se hace una diferencia entre la expresión “modo de producción de bienes materiales”<sup>447</sup>, que sería puramente descriptiva, y el concepto “modo de producción”, que sería un “concepto teórico que permite pensar y conocer una totalidad y social”<sup>448</sup>.

444 Marx, *Crítica de la economía política*, 235.

445 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 200.

446 Lenin, *Cuadernos filosóficos*, 165.

447 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 137.

448 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 137.

Característicamente, se incluirá dentro de este concepto teórico, además del nivel de la producción de bienes materiales (nivel económico), los otros niveles de la realidad social: jurídico-político e ideológico.

Así concebido, *todo* modo de producción estaría formado por tres estructuras regionales: económica, jurídico-política (leyes, Estado, etc.) e ideológica (ideas, costumbres).

En la estructura global, alguna de estas estructuras resultaría *dominante*, siendo siempre *determinante*, en última instancia, la estructura económica.

Esta distinción entre el papel “dominante” y papel “determinante” de un tipo y otro de estructura, Harnecker la considera una distinción fundamental a la que Althusser le ha dado todo su peso. Luego de señalar que en Marx y Engels es difícil encontrar formulaciones explícitas sobre ella, debido a que su objeto de estudio es el modo de producción capitalista donde se da una coincidencia de ambas “determinaciones”, precisa su distinción, diciendo que considera dominante a la estructura que juega el papel fundamental en la reproducción del modo de producción de que se trate.

Finalmente, considera que el núcleo estructurador del modo de producción está en las relaciones de producción, las cuales explican el tipo característico de articulación de las distintas estructuras regionales en cada modo de producción. Cita a Marx, para recordar que este consideraba la relación directa entre propietarios de los medios de producción y los productores directos, como la clave para revelar el secreto más recóndito, la oculta base de la construcción social<sup>449</sup>.

Este concepto de modo de producción se refiere, según la autora, a un “objeto abstracto, a una totalidad social pura, “ideal”, en la que la producción de bienes materiales se efectúa en forma homogénea”<sup>450</sup>.

Esto es decisivo en su pensamiento, porque ese objeto, como tal, existe únicamente en el pensamiento, es fruto de este. Curiosamente, afirma que, en la mayor

parte de las sociedades históricamente determinadas, la producción de bienes materiales no se efectúa de manera homogénea. En una misma sociedad se pueden encontrar diferentes tipos de relaciones de producción. Más bien la afirmación podría ser más tajante: en ninguna de las sociedades la producción se efectúa de manera absolutamente homogénea. Lo que hace válido al concepto de modo de producción es, precisamente, su condición generalizadora, universalizadora. Pero esto no lo transforma en un concepto “abstracto” en el sentido que le da Harnecker, sino en “un concreto” en el sentido que hemos visto que le daba Marx. Para usar una expresión aparentemente paradójica, lo que lo convierte en “concreto” es precisamente su condición de “abstracto”.

Por el contrario, el concepto de “formación social” se refiere a una realidad “concreta”, compleja, impura, como toda realidad. Por eso, denomina expresamente formación social, a una totalidad social concreta, históricamente determinada.

Curiosamente, esta reducción del concepto formación social a uno particular no es óbice para que la autora afirme que este puede corresponder a un país determinado o a una serie de países que tienen características más o menos similares y una historia común.

El mérito eventual de la distinción cae con esto por su propio peso. Al aceptar su terminología, si lo concreto, real y complejo era la realidad particular, la admisión de una posible extensión a “conjunto de países”, incluso a “América Latina”, hace desaparecer ese concreto –como hemos visto en Harnecker “concreto-sensorial”–, nivel primario de concreción para abstractizarlo realmente, no en el sentido dado por Marx, que es ruta a lo “concreto–profundizado”, sino a una generalización que ataca la base conceptual de la autora. Generalizar “formación social” a un grupo de países, admitir esa posibilidad y sustentar con ello el criterio de que aun así se está en presencia de una realidad concreta, abstracción implícita a su vez en el concepto de modo de producción, no es tampoco significativa de “abstracción”, “simplificación”, “idealidad” y “pureza”.

449 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 143.

450 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 143.

Al seguir su método de filiar sus desarrollos en la obra de Marx, Engels y, en menor medida, Lenin y Mao, la autora recurre a varios textos para sustentar esta distinción.

Por nuestra parte, trataremos de demostrar lo siguiente:

Los textos que cita Harnecker no apoyan su distinción. Por el contrario, testimonian en sentido contrario. La distinción de las “estructuras regionales” constituye una óptica propia de la corriente althusseriana y, además de crear confusión en unos casos y mixtificación en otros, tampoco coincide con la comprensión marxista de la sociedad, que no es totalidad estructurada, sino “totalidad concreta”.

Igual sucede con la distinción entre estructura “dominante y estructura “determinante”.

La reducción del concepto “formación social” a lo particular –un país, un grupo de países–; y la ampliación del “Modo de Producción”, a la totalidad social, solo en apariencia simplifica los problemas, porque, en realidad, dificulta y empobrece la visión marxista del desarrollo histórico de la sociedad, en la medida en que se pierde la noción de “progreso” y se reduce el problema de la “Época Histórica” –como uno de los conceptos políticos fundamentales de la comprensión revolucionaria del marxismo– al de la simple “coyuntura” política.

Analizaremos a continuación, estos aspectos.

### 1. El Problema de los Textos

En su obra, para probar la ampliación del concepto fundamentalmente económico de “modo de producción” al de la totalidad social, la autora nos cita un párrafo de Engels en el *Anti-Dübring*. El párrafo en cuestión es el siguiente:

“La sociedad existente hasta hoy, que se ha movido en contraposición de clase, necesitaba

el Estado, esto es, una organización de la clase explotadora en cada caso para mantener las condiciones externas de la producción, es decir, señaladamente, para someter por la violencia y mantener a la clase explotada en las condiciones de opresión dictadas por el modo de producción (esclavitud, servidumbre de la gleba o vasallaje, trabajador asalariado)”<sup>451</sup>.

La interpretación que hace Harnecker de este texto es errónea. Lo que hace ese texto es comprobar el conjunto interactuante de elementos infra y supra –estructurales. Pero ni está reduciendo “el modo de producción de bienes materiales” o “proceso de producción” a un simple proceso técnico (se produce *así* no por azar histórico, sino por un contexto histórico natural global), ni está sosteniendo la perogrullada que resulta diciendo en la interpretación de la autora.

Este texto, como sucederá con todos los otros citados por Harnecker, nos dice exactamente lo contrario de lo que ella quiere demostrar. El texto nos dice que la sociedad existente hasta hoy ha necesitado el Estado. Que ese Estado se ha requerido para mantener las condiciones externas de la producción y, en particular, para mantener a la clase explotada, por la violencia, “*en las condiciones de opresión dictadas por el modo de producción*”<sup>452</sup>.

Se necesitaría ir “mucho más allá de las palabras”, para no entender que lo que Engels nos está diciendo es que el Estado es un instrumento para mantener las condiciones de opresión que *dicta el modo de producción* del cual el Estado es complementario. O, en otras palabras, el modo de producción dicta condiciones de opresión. El Estado es el instrumento que garantiza, por la violencia, el mantenimiento de tales condiciones de opresión que nacen del modo de producción mismo. Pero ni se confunde uno –modo de producción–, con otro –el Estado– ni se confunden los elementos propiamente internos de la producción con los externos, de los cuales explícitamente nos habla Engels en el párrafo citado.

Pero es más, Engels nos pone tres niveles. Un primer nivel de generalidad –por el tema que trata– es el de

451 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138.

452 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138.



“la sociedad existente hasta hoy”. El segundo nivel, en cuanto a los aspectos de opresión y violencia que le interesan, está constituido por *El Estado* como instrumento de clase. Y un último nivel, determinante y económico, está constituido por *el modo de producción* que dicta las condiciones de opresión.

Derivar de aquí que en el concepto de modo de producción se abarca la infra y la superestructura, es totalmente arbitrario y una demostración del peligro que encierra el método de “ir más allá de las palabras”.

Sin embargo, es interesante recalcar aquí cierta contradicción no declarada que se presenta en la labor investigativa de la autora, expresión del método adoptado. Sobre la base siguiente, se establece un doble juego de contabilidad con los textos que resulta un tanto difícil de captar. Dice: “nosotros pensamos, sin embargo, siguiendo a Louis Althusser, que la reducción de este concepto al solo nivel económico (el de modo de producción) limita al sentido implícito que Marx le da en *El capital*, su obra más acabada”<sup>453</sup>.

La doble contabilidad consiste en que, cuando se trata de reforzar las propias tesis, se recurre a otras distintas de *El capital*. Cuando no es así, entonces las otras obras pierden valor para ceder a la propia labor teórica althusseriana. Así, por ejemplo, ocurre con el Prefacio a la *Crítica de la economía política*, que como veremos más adelante, nos habla explícitamente de “formación social” en un sentido diametralmente opuesto al que le da la autora. Cuando se refuerzan sus textos, la “otra” obra sirve. Cuando no, la misma obra pierde valor. Esta selección expresa puntos de vista subjetivos, una lectura bastante particular de la obra de Marx y el peligro de un método que busca, detrás de las palabras, “lo que quiso decir” el autor, o, en su forma literaria, “más allá de las palabras”.

Este “más allá” ha llevado a interpretaciones forzadas de los textos, como se mostrará a continuación.

El segundo texto que la autora cita en su apoyo lo introduce diciendo que es “uno de los escasos textos más explícitos de *El capital* sobre este tema”<sup>454</sup>. El

texto en cuestión, citado por la autora en su propia traducción, dice lo siguiente:

(..) Es, sin embargo, evidente que en las condiciones primitivas poco desarrolladas que se encuentran en la base de esta relación social de producción y del modo de producción correspondiente, la tradición desempeña, necesariamente, un papel preponderante. Es igualmente evidente que, en este caso, como en todos los otros, la fracción dirigente de la sociedad tiene un gran interés en dar el sello de la ley al estado de cosas existentes y en fijar legalmente las barreras que el uso y la tradición han trazado. Prescindiendo de toda otra consideración, esto se produce, por lo demás espontáneamente, tan pronto como la reproducción de la base del estado de cosas existentes y las relaciones que se encuentran en su origen adquieren, con el transcurso del tiempo, una forma reglamentada y ordenada; esta regla y este *orden son, ellos mismos, un factor indispensable de todo modo de producción* que debe tomar el aspecto de una sociedad sólida, independientemente del simple azar o de lo arbitrario. Esta forma la alcanza por su propia reproducción siempre recomenzada<sup>455</sup>. Se respeta el subrayado de la autora.

A este párrafo, la autora agrega la indicación de que Marx se refiere, al decir “en la base de esta relación de producción”, a las relaciones precapitalistas en las que el terrateniente es el propietario de la tierra y el productor directo es un simple poseedor, perteneciendo de jure todo su trabajo sobrante al terrateniente<sup>456</sup>.

La interpretación correcta del texto coincide con otros textos de Marx y resulta contraproducente para lo que la autora quiere probar. Aunque no es un problema gramatical, también desde este ángulo resulta lo contrario de lo que quiere. Conceptualmente, la fusión que pretende la autora, entre los elementos económicos de la infraestructura y los superestructurales, en el modo de producción, carece de fundamento. Veamos esto en detalle: “(en) las condiciones

453 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 137.

454 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138.

455 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138-139.

456 Karl Marx. “El capital, Tomo II”. En Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138.

primitivas y poco desarrolladas que se encuentran en la base de esta relación social de producción (relaciones precapitalistas) y el modo de producción *correspondiente*, la tradición desempeña, necesariamente, un papel preponderante”.

Nótese que se habla de “esta relación social de producción” y del modo de producción correspondiente”. Hay así, pues, una precisa distinción que establece una correspondencia necesaria, pero de elementos diferentes, distinguibles, no identificables pura y simplemente, menos reductibles unos (relaciones de producción) a otro (modo de producción).

Más adelante nos dice:

Prescindiendo de toda consideración, esto se produce, por lo demás *espontáneamente*, tan pronto como la reproducción de la base del estado de cosas existentes y las relaciones que se encuentran en su origen adquiere, *con el transcurso del tiempo*, una forma reglamentada y ordenada; esta regla y este orden son, ellos mismos, un factor indispensable de *todo modo de producción que debe tomar el aspecto de una sociedad sólida*, independientemente del simple azar o de lo arbitrario. Esta forma la alcanza por su propia reproducción siempre recomenzada<sup>457</sup>.

Debe observarse que se reconoce –cosa por lo demás usual en Marx–, el papel que la “tradición desempeña”, particularmente por tratarse de relaciones precapitalistas.

Ahora bien: el interés de la clase dominante de darle forma de ley “al estado de cosas existentes y en fijar legalmente las barras que el uso y la tradición han trazado”<sup>458</sup>, solo expresa un hecho reconocido por la historia del derecho y por el propio Marx: el uso y la tradición corresponden a unas relaciones de producción y a un modo de producción correspondiente, que solo más tarde, con el transcurso del tiempo se consagrará con “el sello de la ley”.

El proceso en cuestión, nos dice Marx, es espontáneo, tan pronto como “la reproducción de la base del estado de cosas existente y las relaciones que se encuentran en su origen” adquieren una “forma reglamentada” con “el transcurso del tiempo”. Es, ni más ni menos, que la correlación señalada por Lassalle (1931) entre la constitución real y la formal del Estado.

Pero derivar aquí, como lo hace Harnecker para demostrar su tesis, que “si la tradición y el orden son “factores indispensables de todo modo de producción”, como Marx lo expresaba claramente en este texto, “este no puede ser definido solamente como estructura económica de la sociedad, sino que abarca la totalidad social global”<sup>459</sup>, es totalmente incorrecto.

Obsérvese que no se trata de factores indispensables de un modo de producción a secas, como pretende la autora en cuestión. No son indispensables *de*, sino indispensables *para*. ¿Para qué? Marx lo dice claramente: para que el modo de producción tome “*el aspecto de una sociedad sólida*”. Tomar el aspecto de una sociedad sólida implica un fenómeno de superestructura que se *añadiría* al modo de producción “con el transcurso del tiempo” y que vendría a constituir lo que Marx –en otra parte–, lo mismo que Lenin, denominarán “formación económico-social” o “formación social” simplemente.

La misma autora va a citarnos, también, el texto de *El capital*, Tomo III, página 735, donde ella considera que Marx “se refiere explícitamente a los factores jurídicos supra estructurales como elementos indispensables a todo modo de producción”<sup>460</sup>.

Considero, entonces, necesario, reproducir el texto a que ella hace mención, porque prueba exactamente lo contrario de lo que supuestamente probaría. Veamos.

Dice Marx (1959):

Capital-interés, propiedad territorial, propiedad privada sobre suelo y, concretamente, propiedad

457 Karl Marx, *El capital*, Tomo II, en Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138-139.

458 Karl Marx, *El capital*, Tomo III, en Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138-139.

459 Karl Marx, *El capital*, Tomo III, en Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 138-139.

460 Cfr. Marta Harnecker, *El capital: conceptos fundamentales* (Chile: Editorial Universitaria, Cormorán., 1973). La autora no cita la edición de *El capital* que está utilizando. Pero por otras citas suyas y por coincidir sus referencias, creemos estar en lo cierto al imputarla a la de W. Roces, F.C.E. México 1959, que es la misma que hemos utilizado aquí.

privada moderna, ajustada al régimen capitalista de producción-renta; trabajo asalariado-salario. Bajo esta forma se pretende establecer, pues, una trabazón entre las diversas fuentes de las rentas. El trabajo asalariado y la propiedad territorial son, lo mismo que el capital, formas sociales históricamente determinadas, la primera del trabajo, la segunda de la tierra monopolizada, y ambas son, además, formas correspondientes al capital y pertenecientes a la misma *formación económica de la sociedad*. Lo que primero llama la atención en esta fórmula es el que al lado del capital, al lado de este régimen determinado de producción, de esta forma de un elemento de producción perteneciente a una determinada fisonomía histórica del proceso social de producción, al lado de un elemento de producción representado por *una determinada forma social y entremezclado con ella*, aparezcan, sin más, por un lado, la tierra y, de otro, el trabajo, *dos elementos del proceso real de trabajo que, considerados desde este punto de vista material*, son comunes a todos los sistemas de producción, pues constituyen los elementos materiales de todo proceso de producción, cualquiera que él sea, sin que tenga *nada que ver con la forma social del mismo* (Cursivos míos)<sup>461</sup>.

En la traducción de Roces, según se ve, el texto de Marx más bien demuestra lo contrario de lo que pretende Harnecker.

En primer término, nos habla de “formación económica” y se está refiriendo a dos “formas correspondientes al capital”, constituidas por el trabajo asalariado y la propiedad territorial. Más adelante nos dice que la consideración que se está haciendo del trabajo y de la tierra, es desde un ángulo que los considera como “*dos elementos del proceso real de trabajo*”, desde un punto de vista no jurídico ni ideológico, sino “*material*”. Es en cuanto tales, es decir: en cuanto “*elementos materiales del proceso real*”, que resultan comunes a todo modo de producción, aunque insertos en algo mayor que es la formación social.

En otra traducción, la del Profesor Manuel Pedroso, el texto adquiere un contorno todavía más adverso a la tesis de la autora. Dice:

Lo peculiar de esta fórmula es que pueda parangonarse al capital, a esta forma de un elemento de producción correspondiente a un modo determinado de la producción y a una fuerza tradicional determinada de proceso de producción, amalgamados con él dentro de la *misma forma social*: por una parte, la tierra, por otra, el trabajo; dos elementos del proceso real del trabajo que en esta forma sustantivada son comunes a todos los modos de producción, que son los elementos reales de todo proceso de producción y que no tiene nada que ver *con la forma social del mismo*<sup>462</sup>.

Y en el párrafo inmediato anterior había traducido:

Así como el capital, la venta de trabajo y la propiedad de la tierra son formas determinadas por la tradición, la una del trabajo, la otra del monopolio del planeta, y las dos corresponden al capital y a la misma formación social<sup>463</sup>.

Como se ve, la traducción de Roces se ve confirmada por la de Manuel Pedroso. Pero, como veremos a continuación, no es el problema gramatical o de traducción. El problema es en cuanto al contenido y, según se desprende ya de los anteriores textos citados, este no autoriza la interpretación que forzosamente quiere introducir la corriente althusseriana, que incluye no solo a Harnecker, sino a Poulantzas.

En efecto. En otra traducción de Floreal Mazía, el texto en cuestión se traduce del siguiente modo:

Lo mismo que el capital, el trabajo asalariado y la propiedad del suelo son formas sociales históricamente determinadas, la una del trabajo, la otra del monopolio del globo terrestre, y las dos corresponden al capital y pertenecen a la misma *estructura económica de la sociedad*<sup>464</sup>.

461 Marx, *El capital*, 735.

462 Marx, *El capital*, Tomo V, 336.

463 Marx, *El capital*, Tomo V, 336.

464 Karl Marx, *El capital*, Tomo III, trad. por Floreal Mazía. (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1973), 798-799. Sobre la base de las últimas ediciones francesa, inglesa y alemana.

Obsérvese cómo se refiere la traducción a “formas sociales históricamente determinadas”. Cómo considera que ambas “pertenecen a la misma estructura económica de la sociedad”.

Más adelante se precisa más aun el concepto al traducir como sigue:

(...) la tierra por un lado y el trabajo por el otro (...); dos elementos del proceso de trabajo real, comunes, *en esa forma material*, a todos los modos de producción, y que son los elementos materiales de cualquier proceso de producción, pero que nada tienen que ver *con la forma social de este*<sup>465</sup>.

Derivar de este texto que Marx incluye, dentro del modo de producción, elementos jurídicos, superestructurales, es totalmente arbitrario.

Tanto, como cuando Harnecker critica a Poulantzas por interpretar el texto siguiente de Marx: “el proletariado *no puede actuar como clase* más que constituyéndose en un partido político distinto”, del siguiente modo: “el proletariado *no existe como clase* más que por su organización en partido distinto”<sup>466</sup>.

Por lo demás, estos deslices “interpretativos” no resultan casuales si se considera que dichos autores – Harnecker, Poulantzas y Althusser – buscan el pensamiento “profundo” del autor o, en su forma literaria van “más allá de las palabras”.

Como se ve, ninguno de los textos invocados por la autora apoya su particular interpretación del concepto de modo de producción de un lado, como abstracto, ideal, puro; y del otro, el de formación social, impuro, real y concreto. Por el contrario: en el Prólogo a la Crítica de la Economía Política, Marx nos dice exactamente lo contrario de lo que pretende Harnecker y su corriente:

(...) en la producción social de su vida, los hombres contraen *determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad*, relaciones de produc-

ción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la *estructura económica de la sociedad, a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social*. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general<sup>467</sup>.

Nótese aquí cómo Marx establece una correspondencia entre la estructura económica y lo que él denomina “determinadas formas de conciencia social”. Marx no nos está hablando de “estructuras” o “niveles”. Como veremos más adelante, esto se origina en el hecho de que, para él, se trata de una totalidad concreta y no de un “todo estructurado, en el cual caben distinciones de niveles o estructuras parciales”, susceptibles de considerarse como objetos de estudio al margen del todo.

Nótese, asimismo, cómo se señala la naturaleza de las relaciones de producción: de carácter necesario e independiente de la voluntad de los hombres, indisolublemente ligadas a la fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. Esto lo lleva, ineludiblemente, a considerar como determinante el ser social sobre la conciencia y no a la inversa. Y a la fundación de una verdadera ciencia social.

Que esto era un propósito consciente ya plasmado en el Prólogo a la *Crítica de la economía política*, pero presente primordialmente en *El capital*, se comprueba claramente con las propias palabras de Marx:

Lo que de por sí nos interesa, aquí, no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesa más bien estas leyes de por sí, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad<sup>468</sup>.

Ya poco antes había indicado que “En la presente obra nos proponemos investigar el *régimen capitalista de producción y las relaciones de producción y circulación* que a él corresponden”<sup>469</sup>.

465 Marx, *El capital*, Tomo III, 799.

466 Karl Marx, *Lucha de clase, poder político, estado* (Bogotá: Editor rojo, 1972), 10.

467 Marx, citado en *Obras escogidas*, 140.

468 Marx, *El capital*, XIV.

469 Marx, *El capital*, XIV.

Este carácter objetivo del proceso económico se recalca constantemente por Marx:

Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de *la ley natural con arreglo a la cual se mueve* —y la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna—, jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto<sup>470</sup>.

O bien cuando califica de acertada la observación de un crítico sobre el método de Marx, que entre otras cosas dice: “Marx concibe el movimiento social como voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que además determinan su voluntad, conciencia e intenciones(…)”<sup>471</sup>.

Por eso mismo, el problema de desentrañar la estructura económica de la sociedad, partiendo de hechos reales y determinando las leyes que rigen con férrea necesidad el movimiento de la sociedad moderna, como dice Marx, es tarea de primer orden en *El capital*. Pero este desentrañar el elemento económico no deja por fuera otras estructuras o niveles —como se verá más adelante—, sino que implica, por el contrario, adentrarse en la clave misma de lo que Marx resume con el término de superestructura. Esta es inasible sin captar lo esencial de la infraestructura. La investigación de Marx lo hace desembocar, según sus palabras,

en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que *radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida* (...) y que *la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política*<sup>472</sup>.

Por esta razón, cuando en determinada fase de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de

producción existentes, y se abre un período de Revolución Social, el estudio de estas revoluciones exige una distinción científica esencial. Por una parte “*los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción* (...) que pueden apreciarse con la *exactitud propia de las ciencias naturales*” y por otro lado, “las formas jurídicas políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas (...)”<sup>473</sup>.

La base para estudiar la sociedad con la exactitud de las ciencias naturales son las *condiciones económicas de producción*, distinguibles de las formas ideológicas que reflejan las contradicciones de aquellas. Por esa razón, Marx va a introducir un concepto fundamental económico constituido por el concepto de “modo de producción” (estructura fundamental de todo sistema económico), y otro más amplio, que inserta los demás elementos del organismo social de carácter superestructural y lo constituye en un todo, que es el concepto de “formación social”. Pero ni uno ni otro están reducidos a un país o grupo de países. Ni ninguno es un concepto abstracto, ideal o puro, por contraposición a lo real y vivo.

Por eso Marx nos va a decir que así como

... no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna *formación social* desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella<sup>474</sup>.

Ya aquí se ve claramente que Marx nos habla de “*formación social*” abarcando tanto la “anatomía” como la “fisiología” y el “sistema nervioso y muscular” de la sociedad. Esta totalidad, que se sustenta en la vida material de la sociedad —en el modo de producción—, no pertenece a un país o grupos de países. Tampoco

470 Marx, *El capital*, XIV.

471 Marx, *El capital*, XXII.

472 Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política de Karl Marx y Friedrich Engels, (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1957), 240.

473 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, 240. Destacados míos.

474 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, 240. Destacados míos.



el modo de producción, como tal. Se conciben, desde ya, como escalas o niveles de desarrollo histórico universal.

Marx ha introducido conscientemente un término necesario para explicar su concepción científica de la vida social. Básicamente, él ve dos niveles fundamentales: el de las condiciones materiales de la vida, susceptibles de estudiarse con la rigurosidad de las ciencias naturales; y el de las manifestaciones o formas ideológicas que corresponden y están determinadas por aquellas. El concepto de “modo de producción” corresponderá a la estructuración de las primeras. El de “formación social” a la particular conexión de ambas. Ni uno ni otro están reducidos a un país o grupo de países, sino que reflejan, por el contrario, “*estadios de desarrollo histórico*”, que, a la vez, son etapas progresivas de la sociedad humana, la cual Marx concibe como un todo único. Es de esta base de donde Lenin partirá para precisar la decisiva categoría científica de “época histórica”, sin la cual hablar de coyuntura política conduce a formas más o menos veladas de oportunismo político y revisionismo.

¿Qué nos dicen los textos de Marx? Veamos: “A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas *épocas de progreso, en la formación económica* de la sociedad, *el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués*”<sup>475</sup>.

Se trata de: 1- *Épocas de progreso*. 2- En la *formación económica*. 3- Por ser de la formación económica de que se habla se pasa de seguido a enumerar los distintos *modos de producción*. Hay pues, en la expresión de Marx, una correspondencia entre: “estructura económica-modo de producción”. No hay que ir “más allá de las palabras” para poderlo entender así.

Pero, a punto seguido, Marx se va a centrar en la sociedad burguesa, en sus contradicciones y eventual superación. Se interesa ya no solo en la estructura económica y modo de producción, sino en el todo social. Nos dice:

Las relaciones burguesas de producción son la última forma del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo

individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta *formación social* se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana<sup>476</sup>.

Aquí, pues, se está considerando la sociedad como un todo, en una escala progresiva total: nada menos que la etapa final de lo que Marx llama “prehistoria” de la sociedad humana, el punto límite del reino de la sociedad, después del cual se abre el reino de la libertad. Hay una correlación evidente entre “sociedad-formación social”; al igual que lo encontramos entre “formación económica-modo de producción”.

La distinción de Harnecker, decíamos, lejos de aclarar el marxismo, lo empobrece y dificulta. Carece de apoyo en los textos y constituye un forzamiento injustificado del pensamiento de Marx y Engels.

Sobre los textos ya hemos visto lo arbitrario de su interpretación.

En cuanto al significado de la distinción, observamos que, como bien dice Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*, es totalmente abstracto hablar de un país específico si este no se traduce en los términos de clase, trabajo asalariado, y demás que integran a su población, etc.

Al reducir el concepto de formación social a un país específico, que Harnecker llama “concreto, real, impuro”, se está logrando exactamente lo contrario de lo que se pretende. Porque, desde el ángulo marxista, como vimos, esto es abstracto y no dice absolutamente nada. Para que nos diga algo debemos proceder a una labor analítica inicial, seguida de una recomposición sintética a nivel de lo esencial, que nos conduzca a lo concreto. Marx optó por el método lógico.

Pero este no es, en realidad –dice Engels– más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar tam-

475 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 240-241. Destacados míos.

476 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 241. Destacados míos.

bién el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de este no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica: una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica<sup>477</sup>.

Más adelante insiste: “Vemos, pues, cómo con este método el desenvolvimiento lógico no se ve obligado, ni mucho menos, a moverse en el reino de lo puramente abstracto. Por el contrario, necesita ilustrarse con ejemplos históricos, mantenerse en contacto constante con la realidad”<sup>478</sup>.

Nuevamente, aquí la justa comprensión de la dialéctica de lo abstracto y lo concreto resulta indispensable para captar todo el significado del planteamiento marxista.

El aparente tránsito de lo abstracto: modo de producción, a lo concreto: formación social equivalente a un país o grupo de países, tal como aparece en Harnecker, es absolutamente ficticio. El país concreto: Chile, por ejemplo, es totalmente abstracto a la luz de la composición marxista, sin una serie de determinaciones previas que implican la elaboración de conceptos fundamentales, a partir de los cuales habría que reconstruir el todo.

Junto a este error teórico, aparece la comprensión del modo de producción como un todo que abarca la infra y la superestructura, lo cual resulta ciertamente contrario a lo señalado por el mismo Marx en sus textos —aun y específicamente en los citados por la autora—. Así se olvida, en la invención de una terminología propia, que quiere Harnecker filiarse forzosamente en Marx, el carácter primordial y determinante del modo de producción, como forma dinámica de estructuración de las fuerzas materiales de la sociedad y base para determinar, “con la rigurosidad de las ciencias naturales”, los cambios de la vida social. Es esta necesaria fundamentación material de la ciencia social, la que le da al concepto de modo de

producción su carácter fundamentalmente económico. Aunque es bueno recordar aquí que para Marx no cabe una comprensión mecánica del mundo, sino totalizadora y concreta. Justamente por ello su “*Crítica*” a la economía “*Política*”, su manera de entender esta y a la producción material, base de toda sociedad, no como una relación entre *cosas* sino entre *personas*.

Es una forma de separar lo *aparente* de lo *real*, lo cual solo se logra a través del rescate no de lo simple concreto-sensorial, por ejemplo, un país o grupo de países, sino de lo concreto-profundizado. Lo aparente y concreto-sensorial es que la mercancía es una cosa. Lo real y concreto-profundizado es que la cosa es mercancía en virtud de la relación entre dos personas. Engels lo señala claramente cuando dice:

La economía política comienza por la *mercancía*, por el momento en que se cambian unos productos por otros, ya sea por obra de individuos aislados o de comunidades de tipo primitivo. El producto que entra en el intercambio es una mercancía. Pero lo que lo convierte en mercancía es, pura y simplemente, el hecho de que a la *cosa*, al producto, vaya ligada una *relación* entre dos personas o comunidades, la relación entre el productor y el consumidor, que aquí ya no se confunden con la misma persona... La economía no se trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas y aparecen como cosas*<sup>479</sup>.

Por eso, la simplificación introducida por Harnecker en los conceptos de modo de producción y formación social, es solo aparente. En la práctica, genera confusión, pues trastrueca lo abstracto y lo concreto, lo aparente y lo real. Al querer asir lo concreto, toma lo abstracto. Mientras quiere ser científica, permanece en lo aparente. El movimiento dialéctico entre ambos pares de categorías se pierde en todo momento.

El aparente enriquecimiento del concepto de “modo de producción”, negándole su condición de fundamentalmente económico, lo único real que expresa

477 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 248, art. Friedrich Engels, “La Contribución a la Crítica de la Economía Política de Karl Marx”.

478 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 249.

479 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 248.

es una reacción, justificada en más de un sentido, a las tendencias mecanicistas que convierten a lo económico en un demiurgo o comodín explicativo de todo suceso infra y supraestructural. Pero en vez de combatir el uso y abuso que se ha hecho de la categoría, se le otorga una amplitud que no tiene y que debilita el rescate de la base material, objetiva, que le da al estudio de lo social su condición de ciencia. Solo que esta fundamentación no es simplemente la posibilidad cuantitativa que abre lo económico, sino algo mucho más profundo: la profunda comprensión de la dinámica histórica. Esto es tomado *expressis verbis* de Hegel, cuyo método discursivo estaba por encima del de todos los demás filósofos (en virtud del) formidable sentido histórico que lo animaba. Por muy abstracta e idealista que fuese su forma, el desarrollo de sus ideas marchaba siempre paralelamente con el desarrollo de la historia universal, que era, en realidad, solo la piedra de toque de aquel... Esta concepción de la historia, que hizo época, fue la premisa teórica directa de la nueva concepción materialista, y ya *esto brindaba también un punto de empalme con el método lógico*<sup>480</sup>.

El método lógico empleado por Marx, que no era otra cosa, según vimos, que “el método histórico despojado de su forma histórica”, encuentra su empalme con la historia sobre el trasfondo teórico hegeliano. Es justamente esta nueva comprensión de la historia, no como fracción parcial de un todo —un país, un grupo de países—, sino como historia universal la que nos dará los conceptos de modo de producción y formación social, como estadios progresivos del desarrollo histórico, y sobre ellos el no menos decisivo de “época histórica” como fundamento de la acción revolucionaria de Lenin. Esto precisa, en otro sentido, la concepción marxista del movimiento social como “un proceso histórico-natural regido por leyes”.

Podemos concluir señalando que los textos de Marx y Engels demuestran que solo con forzamiento extremo que busque “más allá de las palabras”, se puede admitir la distinción que hace Marta Harnecker entre modo de producción y formación social; que esa distinción no solo no simplifica realmente la compren-

sión de ambos conceptos, sino que la dificulta al invertir los términos, por una incompreensión, presente en todos sus razonamientos, entre lo abstracto y lo concreto, lo particular y lo universal, lo aparente y lo real, etc. y que su supuesto enriquecimiento antieconomicista, en la comprensión del concepto de modo de producción, más bien lo empobrece, lo diluye y crea dificultades teóricas insuperables con graves consecuencias prácticas, en especial por lo que hace al concepto de época.

Justamente por esa razón, Lenin (1970) nos va a hablar explícitamente del concepto de “formación económico-social”, por un lado, y del de modo de producción, como esencialmente económico, por otro. Dice: “Marx se refiere a una sola “formación económica social”, a la capitalista, es decir, afirma haber investigado la ley del desarrollo solo de esta formación y de ninguna otra”<sup>481</sup>.

Y más adelante se pregunta, en su polémica con Mi-jailovsky y los populistas: “¿En qué consiste propiamente el concepto de formación económico-social y en qué sentido se puede y debe considerarse el desarrollo de dicha formación como un proceso histórico natural?”<sup>482</sup>.

Esto lo lleva, luego de analizar críticamente a las corrientes subjetivistas sociológicas, representadas por el autor con quien polemiza, a la siguiente afirmación:

Es evidente que la idea fundamental de Marx sobre el proceso histórico natural de desarrollo de las formaciones económico-sociales socava hasta las raíces esa moraleja infantil que pretende llamarse sociología. Pero, ¿cómo llegó Marx a esta idea fundamental? Lo hizo separando de los diversos campos de la vida social el de la economía, separando de todas las relaciones *las de producción*, como relaciones fundamentales, primarias, que determinan todas las demás<sup>483</sup>.

Es justamente esta hipótesis, que según Lenin, Marx demostrará en *El capital* de manera totalmente satisfactoria, la que otorgará categoría de ciencia a la so-

480 Marx y Engels, *Obras escogidas*. Prólogo de *La contribución a la crítica de la economía política*, 247.

481 Op. cit. Lenin, *Obras escogidas*, Tomo I, 146-147.

482 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 147.

483 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 148.



ciología, en la medida en que la base materialista de la concepción, va a dar un criterio totalmente objetivo al destacar las relaciones de producción como estructura de la sociedad, permitiendo así la aplicación de criterios rigurosos de carácter científico a las cuestiones sociales. Dice Lenin (1970):

El análisis de las relaciones materiales (es decir, que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres; al intercambiar productos, estos contraen relaciones de producción, aun sin tener conciencia de que ello constituye una relación social de producción) *permitted inmediatamente observar la repetición y la regularidad y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de formación social*<sup>484</sup>.

Nótese cómo Lenin insiste en hablarnos del concepto de formación económico social como una hipótesis que demostrará más tarde *El capital*, pero que no es una representación caótica de un todo (la sociedad en general, por ej.), sino un “concreto-representado”. Este se constituye a partir de determinadas relaciones que se comprenden como “determinantes”. Esas relaciones fundamentales y determinantes son las relaciones de producción, a su vez determinadas por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Este enunciado esquemático es el que permite ver los momentos esenciales que explican la comprensión del desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico-natural.

Este tipo de relaciones sociales de producción, constituye la estructura económica fundamental, lo que sería propiamente hablando el esqueleto de *El capital*. Pero Marx, interesado en la estructura y el desarrollo de una formación social determinada, va a atender no solo a la estructura, sino a la superestructura, siempre desde el ángulo de las relaciones sociales de producción. Por eso, dice Lenin:

Marx no se limitó solo a la “teoría económica” en el sentido habitual de la palabra (...) siempre y en todas partes estudió las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción,

cubrió de carne el esqueleto y le inyectó sangre. Por ello obtuvo *El capital* un éxito gigantesco, pues esta obra (...) presentó ante los ojos del lector toda la formación social capitalista como un organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales reales del antagonismo de clases propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etc., con sus relaciones familiares burguesas<sup>485</sup>.

Lo que hace valioso el concepto, según Lenin, es que se trata de una “formación social y no de los fenómenos de la vida cotidiana de un país, o de un pueblo, o aun de una clase, etc.”<sup>486</sup>.

Es precisamente este logro científico, de alcance histórico-universal, el que facultará para una “recomprensión” de las etapas anteriores del desarrollo de la humanidad. No es un caso de extrapolación de lo actual a lo pasado, como algunos lo entienden. Sino todo lo contrario: es un atalayar más profundo y distante sobre el material pasado, desde un nivel científico-social instrumentado con una categoría que hace época en la historia de la ciencia social. Esto hace que Lenin concluya diciendo:

Dicha teoría solo pretende explicar la organización social capitalista, y ninguna otra. Si la aplicación del materialismo al análisis y la explicación de una sola formación social dio resultados tan brillantes, es de todo punto de vista natural que el materialismo aplicado a la historia no sea ya una hipótesis, sino una teoría científicamente comprobada: es de todo punto de vista natural que la necesidad de semejante método se extienda también a las demás formaciones sociales (...)<sup>487</sup>.

El uso que hace Harnecker de los textos no solo no se justifica en el caso de Marx, sino que conduce a una separación de la terminología leninista de manera totalmente innecesaria. Hace perder al concepto de modo de producción, su precisión científica, en la

484 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 150. Destacados míos.

485 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 151-152.

486 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 152.

487 Lenin, *Obras completas*, Tomo I, 156.

medida en que deja la estructura económica sin un concepto exacto que refleje lo que tanto Marx como Lenin y Engels considerarán determinante: el nivel económico de la sociedad.

La corrección que desde un primer momento hará el mismo Marx, y que marcará toda la obra leninista, en el sentido de que la determinación de lo económico es “en última instancia”, y que existe un fluir y refluir de la infra y la superestructura, no debe llevarnos a otorgar una laxitud tal a los conceptos, que permita una introducción no declarada y errónea de diversos “factores” para la explicación de lo social. La influencia de la superestructura sobre la base es innegable y nadie pretende negarla. Pero se da en un marco determinado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones sociales de producción y el modo de producción imperante. Esto es lo determinante, y la influencia proveniente de la superestructura y de las otras relaciones solo adquiere su verdadera dimensión y significado en el marco objetivo, histórico e independiente de la voluntad de los hombres, que está constituido por esos elementos materiales de existencia de la sociedad.

Por otro lado, como vimos, la comprensión marxista del desarrollo social no es a nivel de países o grupos de países. Lo importante y decisivo del concepto es su comprensión del desarrollo social como un todo indisoluble con la marcha ascendente y progresiva de la humanidad. Lo que le da su sentido histórico al método lógico, es, como decía Engels, su empalme con la historia universal, heredado del formidable sentido histórico de la concepción hegeliana. La comprensión marxista de la evolución social, es incomprendible si no se entiende su conexión indisoluble con los estadios de desarrollo de la humanidad, vistos en escala progresiva. Al momento del análisis de *El capital*, ese estadio superior lo ocupaba el régimen capitalista de producción o la formación social capitalista o burguesa. El esqueleto económico de esta lo constituye el modo de producción. En tal condición, es ese nivel superior de desarrollo el que permitirá explicar los otros niveles particulares. Nuevamente, la dialéctica de lo abstracto y lo concreto, lo universal y particular, lo aparente y lo real, surge aquí como esencial para la comprensión cabal del pensamiento

marxista. Esta captación a un nivel superior de lo real particular, desprovisto de sus simples apariencias, y sobre el rescate de lo real, es lo que está presente en el concepto de formación social y en el modo de producción, concretos en el sentido marxista; es decir, como “síntesis de muchas determinaciones”, y como estadios jerarquizados de captación del desarrollo de lo social. Es este rescate de lo real-concreto y del nivel de desarrollo histórico alcanzado el que permitirá adentrarse en el estudio de lo particular –un país, un grupo de países–, y darle pleno sentido a los momentos políticos particulares, o, para usar la expresión de Harnecker, a la “coyuntura política”.

### *La cuestión de las estructuras regionales*

Íntimamente vinculada a la separación del objeto real del objeto de conocimiento, base para la distinción entre práctica teórica, por un lado, y el proceso real, por otro, el althusserismo de Harnecker conduce a una distinción, según vimos, del “todo estructurado” en “estructuras parciales”.

Esta subdivisión en estructuras parciales contradice abiertamente el propósito declarado de *El capital* de superar cualquier

separación entre teorías generales e instancias particulares y el aislamiento de esas instancias particulares entre sí. Por otro lado, el marxismo, como ciencia de la historia –si no se confunde con el empirismo histórico–, significa precisamente un esfuerzo de reconstrucción de las “totalidades concretas”. Ellas implican tanto la elaboración de los conceptos que explican las relaciones históricamente constituidas, como la comprensión de esos mismos conceptos en tanto expresión de relaciones reales<sup>488</sup>.

El proceso de reconstrucción de la totalidad concreta, a partir de las múltiples determinaciones parciales que la integran, concibe las formas políticas e ideológicas como instancias regionales o estructuras parciales susceptibles de una determinación teórica particular. El intento de

488 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 117.

determinar teóricamente (que en este caso quiere decir sistemáticamente) los conceptos explicativos posibles en cada instancia regional implica la formalización del marxismo. Evidentemente, como lo demuestran los textos citados frecuentemente por Poulantzas y por los althusserianos, Marx no elaboró conceptos explicativos de otros modos de producción en *El capital*. El que quiera explicarlos deberá andar el arduo camino recorrido por Marx. Pero no fue por casualidad que Marx evitó escribir un “Manual” de reglas de aplicación del método materialista dialéctico, como el hacer apreciaciones sistemáticas, por ejemplo, sobre el papel de “lo político” en general, o sobre “la política en los diversos modos de producción”. Esta pretensión no se aviene con la visión científica de Marx, ya que obligaría al autor a negar los fundamentos de su método, a saber: que la “totalidad concreta”, si se constituye como un “concreto pensado”, es también una manera de apropiarse de lo concreto real<sup>489</sup>.

Esto establece el meollo de la cuestión. Las supuestas instancias parciales o regionales, constituirían en un concepto general: “lo político”, “la política”, “lo ideológico”, “la ideología”, susceptibles de resolverse en un análisis comparativo de cada uno de esos conceptos o instancias regionales, en cada uno de los diversos modos de producción y formaciones sociales correspondientes. Este análisis comparativo permitirá establecer las identidades diferenciadas en el modo como, según recuerda acertadamente Cardoso, lo hace la sociología comparada o la ciencia política contemporánea, cuando estudia el “desarrollo político”. En Marx, esto no tiene cabida, si se atiende a su método explícitamente enunciado.

La reconstrucción de cada modo de producción supone un arduo trabajo similar al desarrollado por Marx para el modo de producción capitalista. Generalizaciones del tipo dicho: “lo económico en general”, “lo político en general”, “lo ideológico en general”, etc., a la luz de la metodología marxista, carecen de significado real. Unos y otros son reales, en la medida en que lo concreto pensado reproduce o se apropia de

lo concreto real. Esto solo se produce a la luz de una visión también concreta y, por ello, históricamente determinada, de cada modo de producción y en cada formación social. Lo político existe

en un determinado modo de producción, en un determinado tipo de sociedad. La referencia a formas generales solo tiene sentido cuando se las articula en un todo en el que se las redefine en sus relaciones con las determinaciones particulares de cada modo de producción o de cada formación social<sup>490</sup>.

El considerar que estos elementos podrían constituir condiciones generales indispensables para la existencia de cualquier tipo de producción material implicaría un error metodológico a la luz de la concepción marxista. Se tratará de generalizaciones abstractas sin capacidad explicativa alguna de los procesos reales. Es pertinente incluir la referencia que hace Cardoso de Marx, cuando este, refiriéndose a las condiciones generales de la producción, expresamente nos dice:

En resumen: todos los estados de la producción poseen en común ciertas determinaciones que el pensamiento generaliza; pero las llamadas condiciones generales de toda producción no son sino esos momentos abstractos, los cuales no explican ningún grado histórico de la producción<sup>491</sup>.

No existen pues “trabajadores en general”, “trabajo en general”, etc. Esto cobra sentido y realidad en la dinámica propia de un modo de producción históricamente determinado. Tampoco lo político, la política, lo ideológico, etc. Esto, a su vez, cobra sentido y realidad en la dinámica de una formación social concreta, históricamente determinada.

Cuando Harnecker recuerda que Marx pretendía analizar en último grado al Estado, el intercambio mundial, etc., está señalando lo que metodológicamente da la totalidad concreta. Es el paso de lo abstracto a lo concreto. Y esto supone una articulación global que no es simple suma de elementos económicos superestructurales. Este método, que hemos

489 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 123-124.

490 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 124.

491 Marx, C., citado por Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 128.

analizado antes, no hace, como bien recuerda Cardoso (1973), “diferencias de *status* teórico-metodológico, en este sentido, entre los conceptos “políticos” y el concepto de clase. Porque Marx no pensaba en términos de “instancias regionales”. Las totalidades concretas para Marx (e igualmente para Althusser) *no son indeterminadas*”<sup>492</sup>.

Esto es así, porque la correcta comprensión del método marxista conduce a entender lo que en Harnecker son “instancias regionales” no como estructuras particulares, sino como momentos del largo proceso que va de lo abstracto a lo concreto<sup>493</sup>.

Precisamente, por esto mismo, en el marxismo no cabría una elaboración teórica general sobre estos momentos, que no son sino etapas de un proceso global, totalizador. En cuanto instancias regionales, resultaría con una “relativa autonomía” que les daría también una “relativa vida propia”. Pero esto conduciría a una sustitución de lo aparente por lo real; a un quehacer metodológico sobre un concepto “abstracto” y a la pérdida de lo concreto. Y, con ello, a la pérdida de la gran conquista científica de Marx: la comprensión de lo económico como determinante de la vida social.

Esa comprensión, desde luego, no debe entenderse en un sentido economicista simple. Pero es importante rescatarla aquí, para comprender cómo “el vicio teorizante y el generalizante que el formalismo da al marxismo”<sup>494</sup> hace que la introducción del concepto “dominante” y “adominante” sea no solamente confusa, sino injustificada.

Como se ve, pues, la aparente comodidad de las instancias regionales o estructuras parciales es falsa. Esa distinción de estructuras parciales implica una concepción propia del althusserianismo, introduce la base para generalizaciones teóricas formalistas y va directamente contra el método expresamente reconocido por Marx, como el suyo propio.

### *El concepto de “dominante”*

Luego de hacer un análisis particular sobre el modo de producción, que ella considera como estructura global, formada por tres estructuras regionales: económica, jurídico-política e ideológica, Harnecker nos dice que, en esta estructura global, una de las estructuras regionales domina a las otras.

Aparte de la crítica ya formulada a la introducción del concepto de “instancias regionales” o estructuras parciales, está nuevamente el problema de la interpretación del texto de Harnecker, que, siguiendo expresamente a Althusser, pretende fundar la ascendencia marxista de su nueva distinción.

El texto en cuestión aparece en una nota polémica de Marx, donde este refuta las apreciaciones de un periódico alemán editado en Norteamérica.

Dice la parte pertinente de dicha obra:

“Este periódico decía que mi tesis según la cual el régimen de producción vigente en una época dada y las relaciones de producción propias de este régimen —en una palabra, la estructura económica de la sociedad—, es la base real sobre la que se alza la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social”; y de que “el régimen de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual”, era indudablemente exacta respecto al mundo moderno, en que predominan los intereses materiales, pero no podía ser aplicada a la Edad Media, en que reinaba el catolicismo, ni a Atenas y Roma, donde imperaba la política... *Es indudable que ni la Edad Media pudo vivir del catolicismo ni el mundo antiguo de la política. Lejos de ello, lo que explica por qué en una era fundamental la política y, en la otra, el catolicismo, es precisamente el modo como una y otra se GANABAN LA VIDA. Por lo demás, no hace falta ser muy versado en la historia de la república romana para saber que su historia secreta la forma la historia de la propiedad territorial* <sup>495</sup>.

492 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 129.

493 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 123.

494 Cardoso, *Estado y Sociedad en América Latina*, 124.

495 Marx, *El capital*, T. I, 46, nota 36.

Si analizamos cuidadosamente esta cita, veremos que Marx está refutando la tesis contraria a la suya y que pretendía negar la validez de la determinación de lo económico sobre lo político e ideológico en la Edad Media y la Antigüedad. Marx no admite el criterio sustentado por el periódico alemán, en el sentido de que su concepción materialista sea válida únicamente para la moderna sociedad capitalista. Marx, expresamente, manifiesta que tanto aquí como en la Edad Media y el mundo antiguo, lo determinante continúa siendo la producción material. “Lo que explica por qué en una era fundamental la política y en la otra el catolicismo, es precisamente, el modo en que una y otra se ganaban la vida”. Su ejemplo de que la historia secreta de la república romana está constituida por la historia de la propiedad territorial en Roma, no hace sino confirmar el núcleo central de la tesis marxista. Lo fundamental de su descubrimiento es justamente el carácter determinante de la producción de la vida material sobre el resto de la vida social.

Esta es, obviamente, la interpretación que se desprende del texto citado por Marx, si uno se limita a leer e interpretar lo que él está realmente diciendo. Pero al aplicar su método de “ir más allá de las palabras”, Harnecker deriva de aquí otra enseñanza, totalmente arbitraria. Porque donde Marx reconoce que en Roma y Grecia eran fundamental la política y en la otra el catolicismo, Harnecker interpreta que Marx está admitiendo que en una era *dominante* la política y en otra era *dominante* el catolicismo.

La aceptación de instancias regionales, o estructuras parciales, conduce a la autora a una separación tajante de estas estructuras regionales, a conferirles una vida propia y a independizarlas erróneamente, cayendo en una abstracción no solo injustificada, sino contraria al método de Marx. Es interesante que Marx se burla de esta manera de comprender la Antigüedad y la Edad Media, pues, como él mismo dice: “resulta peregrino que haya todavía quien piense que todos esos tópicos vulgarísimos que corren por ahí cerca de la Edad Media y del mundo antiguo son ignorados de nadie”<sup>496</sup>.

Lo cual no significa más que rechazar de plano, como vulgar, el tópico que llega hasta nuestros días, de una

pureza y perfección de la vida política antigua: y otra pureza, en no menor grado, de la vida religiosa medieval. Marx está señalando que estas apreciaciones son totalmente arbitrarias y ajenas a la realidad. Son una explicación científica basada en las condiciones materiales de vida, única llave capaz de suministrar la solución al problema científico planteado.

Ilustrando pintorescamente su enfoque materialista y dialéctico, Marx nos va a recordar cómo “don Quijote pagó caro el error de creer que la caballería era una institución compatible con todas las formas económicas de la sociedad”<sup>497</sup>.

En vez de concluir de aquí lo que se desprende con toda claridad del texto, la interpretación althusseriana, que comparte Harnecker, introduce un forzamiento en la interpretación, como puerta de entrada a un concepto confuso que desvaloriza el verdadero descubrimiento marxista de la base económica como determinante.

Es así, como queriendo superar todo “economicismo” simplista, tal interpretación traslada a la superestructura un poder de determinación tal, que la hace esencial para la existencia del modo de producción, con lo cual la clave para la explicación de este deja de ser realmente la base material, y pasa a ser “lo político” o “lo ideológico”, según el caso.

Pero, además, nótese cómo la aceptación de “lo político-jurídico” y “lo ideológico” como estructuras regionales son prácticamente las mismas en la Antigüedad, la Edad Media y el capitalismo, en cuanto conceptos, estructuras y formas. O, para usar la terminología tan cara a Poulantzas, en cuanto “invariantes”. Lo que variaría, lo específico, estaría representado por la “dominancia” de una u otra estructura según el caso: lo político en la Antigüedad, lo religioso en la Edad Media, lo económico en el capitalismo.

Nótese cómo el método seguido conduce a un alejamiento constante del marxismo. La lectura “más allá de las palabras” conduce a una interpretación arbitraria de los textos. La búsqueda de definiciones conceptuales no nace de un afán aclaratorio y didáctico, sino metodológico, que introduce un formalis-

496 Marx, *El capital*, Tomo I, 46, nota 36.

497 Marx, *El capital*, Tomo I, nota 36.



mo contrario al marxismo, sobre un trasfondo teorizante y abstractizante ajeno, en principio, al método marxista. El formalismo lleva a la elaboración de conceptos invariables o generales (totalmente ajenos a la noción de lo “concreto pensado”, como reproducción y apropiación de lo concreto real) aplicables en todas partes. Con ello, se llega a distinciones que no hizo Marx, que mal pudo haber hecho, porque conducen a una negación de principio a su método. Y todo esto, como consecuencia de la distinción entre “objeto real” y “objeto de pensamiento”.

Por eso, la introducción de un concepto nuevo y la distinción entre “papel determinante” y “papel dominante” choca de inmediato con toda la metodología de Marx. Su apreciación de que será dominante “aquella estructura regional que desempeña el papel fundamental en la reproducción de un modo de producción determinado” (página 141) resulta así totalmente gratuita. Porque obvia la cuestión de por qué es esa y no otra la estructura regional que desempeña el papel fundamental para la reproducción del modo de producción. Y según Marx, esta cuestión solo puede responderse de una manera científica: recabando “el modo en que se gana la vida” una u otra sociedad. En pocas palabras, solo puede hallarse respuesta hurgando en el modo de producción de la vida material.

Esto nos hace detenernos en la distinción tajante o “sistemática” de la autora entre “modo de producción de bienes de materiales”, que sería una noción meramente descriptiva, referente solo a la estructura económica de la sociedad y el concepto teórico de modo de producción que se refiere a la sociedad global<sup>498</sup>.

Esta distinción tampoco está justificada de la manera como la presenta la autora. En Marx, no existe una oposición conceptual entre ambos conceptos. Uno es desarrollo concreto de otro. De lo contrario, no se comprendería la afirmación de Marx, ya citada antes, de que “lo que distingue a las épocas económicas unas de otras, no es lo que se hace, sino cómo se hace, con qué instrumento de trabajo se hace”, que cita la propia Harnecker en su obra<sup>499</sup>. La noción que

la autora llama descriptiva, es una primera aproximación abstracta, que permitirá a Marx captar en concreto lo esencial: “la producción y, junto con ella, el intercambio de sus productos (que constituyen) la base de todo el orden social (...) Según esto, las causas últimas de todas las modificaciones sociales y las subversiones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres (...) sino en *las transformaciones de los modos de producción* y de intercambio; no hay que buscarlas en la filosofía, sino en la economía de la época de que se trate”<sup>500</sup>.

Pero, como Harnecker está vaciando un contenido totalmente propio en el concepto de “modo de producción”, lejos de entenderlo como un desarrollo de lo que ella llama simple descripción, porque la llevaría a una comprensión económica del texto (como por lo demás corresponde), hace una contraposición arbitraria de ambos. Pero eso hace insostenible su posición ante textos como los que acabamos de citar, tomados de la propia autora. En ese texto, claramente se nos está hablando de modo de producción como un concepto esencialmente económico. Y, contrariamente a lo que ella sostiene con el concepto de “dominante”, es clara la afirmación marxista de que la clave está no en la filosofía, sino en la economía.

Esta distinción entre lo descriptivo y lo conceptual, que en Harnecker deriva en simple y llana oposición mecanicista, también contradice la metodología seguida, explícitamente, por el propio Marx. La circunstancia de encontrarnos con categorías simples, que sustentarán posteriormente un grado de complejidad mayor, no debe hacernos olvidar que en Marx no se entienden como simple oposición entre lo desarrollado y lo no desarrollado.

Por el contrario, como dice el propio Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*,

(...) las categorías simples son la expresión de relaciones en las que lo concreto menos desarrollado ha podido realizarse sin haber establecido aun la relación más compleja, que se halla expresada mentalmente en la categoría concreta, en

498 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 137.

499 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 136.

500 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 137.

tanto que lo concreto más desarrollado conserva la misma categoría como una relación subordinada (...) En este sentido, las leyes del pensar abstracto que se eleva de lo simple a lo complejo, responden al proceso histórico real<sup>501</sup>.

Esto demuestra claramente que Marx, en todo momento, cuando habla de modo de producción, está considerándolo desde un ángulo fundamentalmente económico, en una marcha ascendente de captación de lo concreto. Cuando habla de producción de las condiciones materiales de vida, o del modo de producción de la vida material, está utilizando una categoría simple, no contrapuesta a la compleja y concreta de modo de producción, para referirse a las condiciones económicas de producción, que son las que explican todo “el proceso de la vida social y espiritual de la sociedad”.

La introducción del concepto “dominante” y “adominante” solo trata de apuntalar las debilidades del aparato conceptual althusseriano, utilizado por Harnecker.

Esta definición de estructura dominante como fundamental para la reproducción del modo de producción dada por la autora, la cual justifica para el caso de Roma y Grecia en lo político, y la Edad Media en lo religioso, se contradice de plano con el texto invocado por ella misma para justificar su ampliación indebida del concepto de modo de producción hasta abarcar lo referente a la superestructura ideológica y jurídico política. Este texto, ya lo dije, no justificó las derivaciones que de él hizo la autora. Pero, ya que ella lo tomó como base válida para su tesis inicial, no resulta en buen procedimiento que ahora no se admita como válido para refutar la interpretación que ella hace del papel de la superestructura en las formaciones precapitalistas. Volvamos de nuevo al texto analizado supra, página 49 y siguientes.

En efecto, su afirmación de que “la tradición y las normas legales” son “elementos indispensables para la existencia del modo de producción”<sup>502</sup> no solo constituye una interpretación errónea de lo dicho por Marx, sino que permite ver cómo, para este, el

proceso continuaba siendo total, y basado, desde luego, en la producción de la vida material. Para Marx, en el texto en referencia, la tradición del sello de la ley opera de manera “por lo demás espontánea”, tan pronto como “la reproducción de la base del estado de cosas existentes y las relaciones que se encuentran en su origen adquieren, con el transcurso del tiempo, una forma reglamentada y ordenada. Esta forma, la de sociedad de aspecto sólido, independiente del azar o de lo arbitrario, la alcanza por su propia reproducción siempre recomenzada”<sup>503</sup>. Se refiere, recordémoslo, a las sociedades precapitalistas. Del texto, se desprende que “la producción siempre recomenzada” es: primero, en la base de la relación de producción y del modo de producción correspondiente; segundo, la reproducción se lleva a cabo espontáneamente.

La intervención de otros elementos –jurídicos, políticos, ideológicos– facilita y regulariza la reproducción social. Pero no la determina. Su papel en la reproducción de la vida social más bien está determinada. El aspecto principal de uno u otro elemento superestructural, su papel y significado se integran a partir de una base material que los situará y explicará. Porque, como se desprende del texto en que Harnecker pretende basar su distinción, Marx lo que dice es que lo válido, lo clave, continúa siendo, aun en el mundo antiguo y la Edad Media, “el modo como uno y otro se ganaban la vida”.

Con ello, la introducción de un concepto como el de estructura “dominante” (o adominante), además de ser una complicación, resulta superfluo, a menos que se quiera mediatizar el carácter determinante del factor económico. Porque si lo esencial para reproducir el modo de producción (tal como lo entiende la autora) es el factor “A”, y sin “A” no hay reproducción del modo de producción, “A” no será en realidad “dominante”. Esto sería solo un eufemismo para “determinante”. Con ello, lo más importante de explicar será la política en el mundo antiguo y el catolicismo en la Edad Media. Mañana, quizá, podrá ser la tecnoestructura.

Pero, en realidad, lo que nos encontramos aquí es nuevamente una doble contabilidad. Se toma un tex-

501 Op. cit. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, 320.

502 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 139.

503 Marx, *El capital*, Tomo III, 734-735., citado por Harnecker, op. cit., 139.

to de Marx y se fuerza su interpretación. Con ello, se pretende descubrir cómo “lo político” o “lo ideológico” pueden ser dominantes. Así fue en la Antigüedad y así en la Edad Media. Luego, esto convalida, de regreso, la existencia de estructuras regionales, que, en el caso del capitalismo, resultan dominadas por la estructura económica, pero que en otros casos podrían no serlo.

La totalidad concreta desaparece para dejar el campo a una totalidad social susceptible de “pensarse” como una estructura a-dominante, en la cual el nivel económico es determinante en última instancia<sup>504</sup>.

No puede negarse que con este método de “ir más allá de las palabras” se va demasiado lejos.

### *El concepto de época histórica*

Justamente de la comprensión del proceso histórico como una totalidad concreta, y de las formaciones sociales como etapas o grados progresivos de desarrollo histórico de la humanidad considerada como un todo, surgirán una serie de consecuencias de enorme trascendencia para la comprensión cabal del marxismo-leninismo. La noción de progreso y el concepto de época histórica constituyen momentos decisivos de esa concepción. Pero también arranca uno de los fundamentos no individualistas del humanismo marxista, en la medida en que se comprende la humanidad como un todo y no en partes, porciones o países. El internacionalismo proletario, la lucha anticolonial, el derecho de las naciones a la autodeterminación, etc., se sitúan en este contexto de la comprensión marxista del progreso histórico.

Precisamente por ello, la cuestión del estadio de desarrollo alcanzado, no por un país o grupo de países, sino por la humanidad como un todo, va a ser crucial para poder captar las tareas esenciales que corresponden a cada etapa de desarrollo. Esta determinación, que pasa por un desentrañamiento de las particularidades nacionales, cubre todo un período histórico. Por lo tanto, no es posible resolver correctamente la cuestión de la coyuntura política nacional

e internacional de uno u otro país, al margen de la determinación fundamental de la época histórica de que se trata.

El estudio de cada época histórica, cuyas fases y desarrollos varía a lo largo de cada formación social, es imposible hacerlo sin una comprensión cabal de los conceptos de “modo de producción” y “formación social”, en el sentido marxista leninista y no althusseriano. Porque al permanecer siempre en el modo de producción capitalista, (en sentido fundamentalmente económico), independientemente de cualquier país o grupo de países, la formación social capitalista (en un sentido totalizador, también independientemente de cualquier país o grupo de países), va a presentar diferentes evoluciones y características, que pondrán en un primer plano a determinadas fuerzas de clase, tendencias y particularidades, en un proceso progresivo de la humanidad como un todo. Estos cambios en la relevancia de una u otra clase, de una u otra característica, no son modificaciones al modo de producción, que sigue siendo capitalista, ni son imputables a un país o grupo de países, sino a la sociedad humana en su conjunto, como etapas necesarias y objetivas de su desarrollo histórico universal. Estas épocas históricas no son algo externo a los países individuales, o grupos de países, ni son tampoco meras abstracciones para pensar. Estas épocas enmarcan y sitúan los procesos particulares de cada país o grupo de países. Los factores internos, que son los que determinan la evolución de cada uno, cobran plenitud de sentido y vigencia a la luz del contexto histórico (época histórica) en que se producen.

Por eso mismo, la cuestión de la “coyuntura política” carece de sentido si no está situada en el contexto más amplio y determinante de “época histórica”. Dejar de lado este marco esencial, y enfatizar en la cuestión del momento actual de la lucha de clases, de los factores favorables o no a la revolución, internos y externos, permite, en ciertas circunstancias, la creación de falsas ilusiones, que no por sinceras dejan de ser reformistas.

Esta cuestión de la “coyuntura”, donde se ven elementos favorables y desfavorables internos y elementos favorables y desfavorables externos, como lógica

504 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 143.



consecuencia del “momento actual de la lucha de clases”, si no se sitúa en el contexto más amplio de la época histórica y una correcta apreciación de esta, conduce a ilusiones reformistas como las de la “vía pacífica” al socialismo o la utilización del aparato estatal, heredado de las viejas clases dominantes, para la transformación socialista de la sociedad, etc.

Si no se cuenta con una visión global y clara de modo de producción y formación social: económico, uno; global, el otro; universales, ambos, lo mismo que concretos en el sentido marxista, es imposible construir la categoría de “época histórica” y captar el carácter esencial de este concepto para el análisis marxista de la situación política en un momento determinado.

Cuando Marx elabora sus concepciones revolucionarias y señala las tareas del proletariado europeo, está partiendo de la época histórica en que vive bajo un modo de producción capitalista, pero con una formación social determinada, que todavía conoce un ascenso de la burguesía que no había terminado su expansión.

Cuando Lenin hace su análisis, se encuentra siempre bajo el modo de producción capitalista, que sigue siendo el mismo. De otra forma, no se explicaría la noción de “etapa” o “fase” imperialista como grado de desarrollo del capitalismo. Pero, desde el punto de vista de la formación social, se han producido cambios decisivos que permiten, y hacen posible y necesario, que el carácter democrático de la revolución –aunque siga siendo democrático burgués en su contenido–, faculte una intervención y dirección decisiva del proletariado.

A su vez, Mao Tse Tung hará la apreciación de la época histórica que se abre a partir de la gran revolución de Octubre y estudiará las consecuencias que para los países “subdesarrollados, semicoloniales, semifeudales y dependientes” tiene la apertura de esa nueva etapa histórica. El modo de producción sigue siendo el capitalista. La fase es la del imperialismo. La época histórica es la de las revoluciones proletarias, las guerras mundiales, las de liberación nacional y el triunfo del socialismo a escala mundial. Las revo-

luciones democrático-burguesas pasan a ser cosa del pasado. Pero como se trata de países atrasados, donde tal tipo de revolución democrática-burguesa no se cumplió y no existen las premisas para el socialismo, lo que se abre es la posibilidad de una Revolución de Nueva Democracia, como paso previo al socialismo. Esto resulta cierto para países como China y los otros países coloniales y dependientes, dominados por el imperialismo.

La comprensión de que se está siempre en el modo de producción capitalista resulta fundamental para no caer en ilusiones sobre la “transformación del capitalismo”; el concepto de “formación social” nos permitirá captar plenamente las modificaciones de la fase imperialista y la significación real de esta. Así, con ambos conceptos a su vez, determinar concretamente la etapa actual de desarrollo histórico, la época que se vive. Con esta, entonces, sí es posible situar las diversas coyunturas nacionales –internas y externas– para que cobren pleno sentido y se despojen de lo aparente para rescatar lo real.

Por esto mismo, es muy ilustrativa la nota que agrega la autora aclarando su definición de “coyuntura política” como “el momento actual de la lucha de clases en una formación social o sistema de formaciones sociales”<sup>505</sup>.

En dicha nota nos dice lo siguiente:

El concepto de “coyuntura política” se puede referir *tanto a una* formación social determinada *como a la* situación mundial, en la que se dan determinadas relaciones entre sistemas de formaciones sociales. Por ejemplo, la coyuntura mundial que se produce al triunfar la revolución socialista en Rusia, etc.<sup>506</sup>.

Si se analiza con cuidado este criterio, se verá que para la autora es posible referirse tanto a una como a otra. Esto es, se da una separación entre una y otra. No se entienden como un todo indisoluble, cuyos rasgos fundamentales, en cuanto época, serán la única base para considerar las particularidades más detalladas de cualquier país.

505 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 152.

506 Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 152, nota 22. Destacados míos.

Desde luego, esto se inserta en la comprensión misma que tiene la autora sobre los conceptos fundamentales de “fuerzas productivas”, “relaciones sociales de producción” y su papel en el modo de producción y la formación social. Pero esto es materia que se sale del propósito de este trabajo. Bástenos por ahora señalar que una noción de “coyuntura política”, como la que elabora y nos presenta Harnecker en su Manual, nos pone en una casuística política negativa, por su particularismo.

Además, como ya indicáramos, hace desaparecer uno de los fundamentos de la noción de progreso en la concepción marxista de la historia. Y la comprensión de las diversas etapas que alcanzan las formaciones sociales como momentos del desarrollo histórico de la humanidad.

Desde luego, esto no implica una comprensión unilineal de la historia. Pero sí un ordenamiento por lo demás lógico histórico, en la medida en que estamos en presencia de un proceso único, de carácter histórico-natural. No se trata de una fabricación infinita de modos de producción, sino una comprensión cabal y, por ello, totalizadora, en un sentido concreto, de la historia de la humanidad.

El elemento más dinámico y decisivo continúa siendo las fuerzas productivas y su desarrollo. Pese al condicionamiento a que se vean sometidas por el tipo de relaciones de producción en que se desenvuelven, lo cierto es que es allí donde estará la clave material del estadio de desarrollo alcanzado por un país determinado; es allí donde se localizará el sustento científico para determinar las tareas pendientes, la naturaleza y, por ello mismo, el carácter de su revolución, a la luz de la época histórica en que concretamente debe desenvolverse.

Únicamente de este modo será posible delimitar el ámbito o marco objetivo en que se debe desenvolver una revolución, los límites materiales que determinan el contenido de esta. La subjetividad, no importa su desarrollo e intensidad, se situará en ese marco que señalará sus límites históricos, aunque no sea más que para superarlos. Pero el no reconocimiento de esto equivocaré la determinación del carácter de la revolución y la definición de las tareas a realizar.

Con ello, se estarán sentando las bases para el fracaso político del movimiento revolucionario.

De todo esto resulta que no estamos en presencia de meras distinciones filológicas o ante precisiones puramente científicas u operativas. Elementos esenciales para la práctica revolucionaria van implícitos en esta terminología y metodología, porque la noción de época histórica, de progreso (entendido como el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas sociales de la humanidad), se vincula al contenido concreto que le corresponde a un tipo u otro de revolución, según sea el estadio de desarrollo alcanzado por la sociedad de que se trata. Después de todo, son los elementos que permitieron a Lenin, primero, y a Mao Tse Tung, después, definir la estrategia de sus partidos y orientar la revolución al triunfo.

La terminología propuesta por Harnecker impide un manejo adecuado de esta categoría fundamental de la teoría revolucionaria marxista, empobrece su vigor teórico nacido de su alto sentido histórico —que, según vimos, Engels tanto valoraba en Hegel—, y crea las bases para formas veladas de oportunismo. Porque si la cuestión es simplemente de “coyuntura política” (interna y externa) y se prescinde del concepto de “época histórica”, como la totalidad concreta en que aquella debe enmarcarse, la determinación de las tareas políticas se deberá hacer a la luz de los factores —favorables o no—, de dentro y fuera del país o grupo de países, que se vayan presentando para la Revolución. Pero esto se convierte en algo totalmente casuístico, aunque aparentemente se recubra de formas estratégicas. En realidad, se cae en simple táctica. Se determinará la actividad política según los diversos factores del día, de las condiciones favorables que se vayan presentando, en una palabra, de la “coyuntura”.

Definiendo la política revisionista, Lenin señalaba precisamente esta característica al decir lo siguiente:

Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda evolución del capitalismo; sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas

del momento, esa es la política revisionista. Y de la misma esencia de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un poco nuevo, cada viraje un poco inesperado e imprevisto de los acontecimientos –aunque este viraje solo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto–, provocará siempre, inevitablemente, esta o la otra variedad de revisionismo<sup>507</sup>.

Desde luego que nadie podría negar que, en un momento dado, un cierto tipo de contradicción se convierte en principal; que, en otras circunstancias, surge una forma particular del “momento actual” de la lucha de clases, que ningún revolucionario podría dejar de tomar en cuenta.

Pero lo que ayuda a impedir quedarse en ese “momento actual”, o en esa “contradicción principal” (con su aspecto principal, a la vez), es justamente una clara comprensión del momento o etapa histórica en que se vive. Si esto no se sitúa y se integra de manera viva y creadora en el análisis particular, en todas sus consecuencias y significados, la coyuntura es la mejor puerta de entrada a “una u otra variedad de revisionismo”, como decía Lenin. Porque

su rasgo típico y característico es darse al capricho del momento, inhabilidad para levantarse contra el estilo del día, escasa visión política y pusilanimidad. El oportunismo es el sacrificio de los intereses a largo plazo y sustanciales del Partido a sus intereses momentáneos, pasajeros y secundarios. Una determinada elevación de la actividad industrial, un relativo florecimiento del comercio, un ligero aliento de liberalismo burgués, y el oportunista comienza ya a gritar: ¡no asusten a la burguesía, no la rehúyan, abandonen la “fraseología” sobre la revolución social!<sup>508</sup>.

La noción de coyuntura política, unida a la visión althusseriana de “modo de producción” y “formación social”, que tergiversa, formaliza y mediatiza el aporte marxista al estudio de la sociedad, crea las condi-

ciones ideológicas y metodológicas para una forma más de revisionismo y oportunismo en la teoría y en la política, independientemente de los deseos subjetivos de sus impulsores.

Como bien recordaba Lenin,

el método de Marx consiste, ante todo, en tener en cuenta el contenido objetivo del proceso histórico en el momento concreto dado y en la situación concreta dada, a fin de comprender, ante todo, el movimiento *de qué* clase es el principal resorte de un posible progreso en esa situación concreta<sup>509</sup>.

Aquí la conjugación de la noción de concreto y progreso se vincula a una cuestión de alcance histórico-universal: el problema de descubrir el papel objetivo que corresponde a determinada clase y establecer cuál de todas las clases en pugna constituye el principal resorte de un eventual progreso en la situación concreta de que se trata.

Pero a la luz de la metodología marxista, esta determinación no puede hacerse a partir de situaciones particulares, que Harnecker denomina erróneamente “concretas”; esto es, país por país o grupo de países. Esta determinación solo se puede alcanzar determinando *el conjunto* del movimiento histórico universal. Para ello, es preciso analizar las condiciones objetivas del tránsito de una época a otra. Pues como dice Lenin:

Se trata de grandes épocas históricas; en toda época hay y habrá movimientos parciales, particulares, ora de avance, ora de retroceso; hay y habrá desviaciones diversas con respecto al tipo medio y al ritmo medio del movimiento. No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito se desarrollarán los diferentes movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos, y lo sabemos, *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época, porque determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histó-

507 V. I. Lenin, *Marxismo y revisionismo, antes del 3 de abril de 1908* (Pekín: Editorial Lenguas Extranjeras, sin fecha). Destacados míos.

508 V. I. Lenin, “El radical ruso es fuerte en inteligencia tardía” (18 de octubre de 1906), en *La Recopilación Lenin: Sobre el Revisionismo* (Pekín, Editorial Lenguas Extranjeras, 1960).

509 V. I. Lenin, *Obras completas*, Tomo XXII (Buenos Aires: Editorial. Cartago, 1970), 239.

rica de la época dada, etc. Solo sobre esta base, es decir, teniendo en cuenta en primer término los rasgos distintivos fundamentales de las diversas “épocas” (y no episodios aislados de la historia de países aislados), podemos trazar correctamente nuestra táctica. *Y solo el conocimiento de los rasgos fundamentales de una época dada servirá de base para considerar las particularidades más detalladas de cualquier país*<sup>510</sup>.

Con esto, resulta que el análisis concreto de la situación concreta no podría interpretarse jamás de una manera simple, en el sentido de análisis de un país determinado o un grupo de países. Por el contrario: lo concreto aquí es la determinación objetiva de la época, como estadio progresivo de desarrollo, tanto de la humanidad, como en el interior de una determinada formación social. Mientras el modo de producción continúa siendo el mismo, y la formación en su totalidad también —capitalista, por ejemplo—, la dinámica real del proceso hará aparecer nuevas etapas y fases que constituyen la época, como sería el caso de la aparición del imperialismo, que no forma por sí mismo un nuevo modo de producción, sino una etapa o fase progresiva del capitalismo, en el sentido en que Lenin usó el término de “superior” y “última”, en su obra clásica.

La distinción entre “modo de producción” y “formación social”, en el sentido leninista y marxista, permite una plena captación de la noción de época histórica. La terminología althusseriana, en cambio, la impide, empobreciendo también en ese sentido la concepción marxista, que *de ese modo* se formaliza y abstractiza erróneamente.

Las consecuencias prácticas son de enorme importancia, dado que es sobre esta base, únicamente, que puede trazarse correctamente la táctica que corresponde. La razón para esto radica en el hecho de que es una determinación de esa naturaleza, la única que permite separar la apariencia de lo real.

Luego de analizar las diversas épocas del desarrollo del capitalismo, y las modificaciones que va sufriendo la burguesía hasta transformarse en la ultrarre-

accionaria burguesía financiera imperialista, Lenin señala el carácter determinante de la época para la naturaleza y contenido de los conflictos internacionales, en apariencia idénticos. Dice: “También en la tercera época los conflictos internacionales siguen siendo por su *forma*, conflictos internacionales idénticos a los de la primera época, pero su *contenido* social y de clase cambió de manera radical. La situación histórica objetiva es totalmente distinta”<sup>511</sup>.

Justamente, esta comprensión del concepto de “época histórica”, nos demuestra la realidad objetiva del modo de producción y de la formación social como etapas progresivas en el desarrollo de la sociedad humana. Esa objetividad y ese carácter concreto (en el sentido marxista) de ambas categorías, es lo que hace posible y útil “considerar las particularidades detalladas de cualquier país” (Lenin)<sup>512</sup> sobre la base del conocimiento de los rasgos fundamentales de una época dada.

Lo dicho reafirma nuestra tesis de que sin una correcta comprensión del concepto de época histórica, a la luz de una clara determinación del modo de producción imperante y la formación social correspondiente (en el sentido marxista, no althusseriano), la noción de “coyuntura política” deviene en puerta de entrada a formas de revisionismo oportunista.

Las tareas que derivan de una justa apreciación de la época, para los distintos tipos de países, solo pueden establecerse en una correlación entre las condiciones objetivas internas (grado de desarrollo de las fuerzas productivas, etc.) y la época histórica de que se trate concretamente.

El cambio generado con la Revolución de Octubre marcará una nueva época en la historia de la humanidad. Antes de que se diera tal revolución, los procesos revolucionarios de los países coloniales, dependientes, semif feudales como China, pertenecían a la vieja categoría de las revoluciones democrático-burguesas y formaban parte de la revolución democrático-burguesa mundial.

510 Lenin, *Obras completas*, Tomo XXII, 239.

511 Lenin, *Obras completas*, Tomo XXII, 242.

512 Lenin, *Obras completas*, Tomo XXII, 239.

Pero después de que ocurrió la Revolución de Octubre, la revolución que se produce en el mundo colonial y semicolonial, cambia sustancialmente de carácter, pues, como dice Mao Tse Tung, esa revolución cambió “totalmente el curso de la historia mundial, abriendo en ella una nueva era”<sup>513</sup>.

Y agrega:

En esta era, toda revolución emprendida por una colonia o semi-colonia contra el imperialismo, o sea, contra la burguesía o capitalismo internacional, ya no pertenece a la vieja categoría, a la de la revolución democrático-burguesa mundial, sino a la nueva categoría; ya no forma parte de la vieja revolución burguesa o capitalista mundial, sino de la nueva revolución mundial: la revolución mundial socialista proletaria. Estas colonias o semi-colonias en revolución no pueden ser consideradas como aliadas del frente de la contrarrevolución capitalista mundial; se han convertido en aliadas del frente de la revolución socialista mundial.

(Por ello) “no es una revolución de viejo tipo, dirigida por la burguesía y destinada a establecer, en esa primera etapa, una sociedad de nueva democracia y un Estado de dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias”<sup>514</sup>.

Queda claro que, sin una correcta apreciación y aplicación del concepto de época histórica, es imposible afrontar las tareas de la liberación nacional y el tránsito de la sociedad capitalista dependiente a una fase de nueva democracia como apertura a una vía socialista de desarrollo.

Las pequeñas diferencias teóricas, según se ve, conducen a importantes diferencias prácticas, a nivel de la estrategia y a nivel de la táctica. Y el problema de los matices, contrariamente a como lo desean los oportunistas y reformistas, es especialmente decisivo. Pues, como decía Lenin, en el caso de Rusia,

un error, a primera vista “sin importancia”, puede causar los más desastrosos efectos, y solo un

miope puede encontrar inoportunas o superfluas las discusiones entre los grupos y la delimitación rigurosa de los matices. El porvenir de la social-democracia rusa puede depender durante muchos años de la consolidación de tal o cual *matiz*<sup>515</sup>.

Por esta razón, la problemática inserta en los conceptos fundamentales del materialismo histórico, en cuanto rebasa las limitaciones propias de un didacticismo explicable y necesario, para introducir una metodología propia, una formalización del marxismo, un alejamiento del materialismo y la dialéctica y una modificación sustancial del carácter determinante de lo económico (no simplista ni mecánico, desde luego), como se ha visto a lo largo de estos apuntes, exige una puntualización que rechace estas tergiversaciones y explicita las consecuencias objetivas de tal tipo de tendencia ideológica. La crítica marxista al althusserismo y sus diversas corrientes es una tarea ideológica urgente en nuestro medio, donde el marxismo comienza a ser una moda y donde el radicalismo burgués se disfraza de socialista.

Iniciar esa discusión y contribuir a esa crítica ha sido el propósito de este trabajo.

513 Mao Tse Tung, *Obras escogidas*, Tomo II (Pekín: Editorial Lenguas Extranjeras, 1968), 357.

514 Mao Tse Tung, *Obras escogidas*, Tomo II, 358.

515 Op. cit., Lenin, *Obras*. Tomo II (1902-1905) (Moscú: Editorial Progreso, 1973), 425.

# Del Estado intervencionista al Estado empresario.

## Notas para el estudio del Estado en Costa Rica

*Anuario de Estudios Centroamericanos*, diciembre, n.º 5: 81-99, enero, 1979

El Estado costarricense hunde sus raíces originarias en la estructura colonial, transcurre larvadamente en medio de las precarias instituciones instauradas por la dominación española y cristaliza en un proceso político complejo y convulso, cuyo catalizador es la declaración de independencia del istmo, hecha en Guatemala el 15 de setiembre de 1821.

A partir de entonces, dos factores inseparables, pero claramente distinguibles, van a combinarse para determinar y condicionar, respectivamente, la estructuración, características y funcionamiento de nuestro Estado: la organización clasista interna y la particular vinculación de nuestra economía y sociedad con los mercados metropolitanos.

### I

Al primer impacto de la conquista y al subsiguiente dominio colonial, siguió una reestructuración clasista interna que reflejó, por el fondo y por la forma, el universo ideológico, social y político que trasplantaba el español radicado en América. La especial combinación de los conceptos de raza y clase determinó que las divisiones de negros, mulatos, cuarterones, octarones, mestizos, indios, nobles, plebeyos, naborías, españoles nobles, etc., no fueran puramente ni divisiones de clase, en sentido económico, ni divisiones estamentarias por razones de raza. Como dice Luis Alberto Sánchez (1963), “estas no son en

realidad clases (divididas por su origen económico), sino razas (divididas por su origen sanguíneo y geográfico y por sus apariencias físicas)... como la raza aparejaba determinados modos de producción y de consumo... resulta que los conceptos de raza y clase se identificaron *en cuanto* a los resultados, mas con un sentido diverso: así, en vez de que la clase se sobrepusiera al concepto de raza, este determinó la posición económica (la clase) de los pobladores. En realidad, la raza fue un concepto social más que sanguíneo o étnico. No es, pues, una incongruencia (...) decir que el negro y el indio eran clases, además de ser razas”<sup>516</sup>.

Es sobre esta base social interna, que se reproduce a partir de las necesidades productivas de los colonizadores y colonizados, que se levanta el edificio institucional de municipios, gobernaciones y Capitanía General, con que la metrópoli mantuvo el control de estos territorios<sup>517</sup>.

Acorde con el sistema productivo de la época, podemos afirmar que en la producción aislada y campesina de entonces se distinguen dos tipos básicos de producción: una, concentrada en la región de Cartago y, posteriormente, de Heredia, cuya característica principal fue su orientación hacia el autoconsumo. Otra, localizada en San José y, en menor medida, en Alajuela, orientada a la comercialización, como resultado directo de lo que podríamos llamar la vocación propia de sus dos principales productos: el tabaco y la caña de azúcar<sup>518</sup>.

516 Luis Alberto Sánchez, *Historia General de América*, Tomo I. (Santiago de Chile: Ercilla S.A., 1963), 349.

517 Padrón Morales, *Historia de América* (Madrid: Espasa Galpe S.A., 1962), 445. Puigrós, *De la Colonia a la Revolución*, 96 y ss. Diego Barros Arana, *Historia de América* (Buenos Aires: Ed. Futuro, 1962), 255 y ss., J.M Otschapdequi, *El Estado español en las Indias* (México: F.C.E., 1957), 68 y ss.

518 Cfr. Cerdas, *La formación del Estado en Costa Rica*, 66.



Es de aquí de donde deriva la calificación de la primera como un caso de economía cerrada o doméstica y, de la segunda, como de una economía abierta. Esta, volcada hacia un futuro de relaciones capitalistas de producción y orientada a crear las bases del mismo; aquella, producto típico de la herencia colonial y sin perspectiva alguna de futuro<sup>519</sup>.

Ambos tipos de economía, sin embargo —si bien contrapuestos en sus orígenes, relaciones sociales propias, metas y horizontes—, eran de carácter fundamentalmente local, de donde derivaría el predominio que adquirieron sobre todo a partir de la declaratoria de independencia, las instituciones locales de poder: los ayuntamientos. Sin embargo, ante hechos iguales, es evidente la respuesta diferente que ensayan esos organismos de poder y los sectores sociales escudados tras ellos<sup>520</sup>.

Mientras en el ayuntamiento pseudoaristocrático de Cartago la reacción al hecho de la independencia es fundamentalmente conservadora, en el naciente burgués ayuntamiento josefino, la respuesta es progresista y preñada de consecuencias políticas y sociales. Porque es de aquí de donde saldrá primero la idea de una entidad gubernamental supra ayuntamientos, será el josefino quien la defiende y será él quien la imponga, finalmente, bajo la dictadura de Carrillo<sup>521</sup>.

No se trata, desde luego, de una uniformidad a toda prueba, que, por ejemplo, sí se dio al parecer en Heredia, ya que hubo diversas tendencias en cada una de las ciudades, sin excluir a San José. Pero lo importante es que, al momento de llegarse a las decisiones fundamentales, lo que predominó en cada una de esas ciudades marcó una diferencia sustancial en las concepciones diversas de lo que debía ser el desarrollo estatal, político y económico del país.

En esas circunstancias, un universo de contradicciones marca el nacimiento del Estado costarricense en las primeras cuatro décadas del siglo XIX. A la contradicción-base de carácter económico-social,

entre los dos tipos de economía, abierta y cerrada, y la naciente burguesía josefina y la pseudoaristocracia cartaginesa, se sucede una contradicción geográfica e institucional entre las ciudades que se coaligan de diverso modo, pero siempre alrededor de dos centros fundamentales: Cartago y San José; y una oposición tajante entre el ayuntamiento democrático —y la Junta Superior Gubernativa que aquel apoya— y los reducidos locales del ayuntamiento pseudoaristocrático.

En tales condiciones la antítesis suponía una síntesis superadora. Es la que ofrecerá al país el régimen dictatorial de Braulio Carrillo.

De cara a la contradicción institucional entre ayuntamientos, Carrillo impulsa la creación del Estado y su poder central, que supera el localismo y la visión parcial de aquellos. Frente a la contradicción entre la economía abierta y la cerrada, también locales, en última instancia, Carrillo impulsa la creación de una economía nacional, y su desarrollo se suponía recíprocamente: un Estado nacional supone una economía nacional y esta, para existir, requiere la existencia y funcionamiento de aquel.

Lo primero lo logra Carrillo removiendo los poderes internos y externos disgregantes: Iglesia, ayuntamientos, definición de fronteras, liquidación del problema zambomosquito y definición de relaciones con Inglaterra, etc. Lo segundo, básicamente, mediante la introducción y promoción en gran escala del cultivo del café.

Podemos ver entonces cómo, a partir de las relaciones externas de dominación por el imperio hispano, y de la particular organización interna generada en la provincia por el choque entre esa superposición colonial y la organización social aborígena subyacente, se crean condiciones a partir de las cuales el catalizador político que fue la declaratoria de independencia, promueve el desarrollo de las bases económicas, sociales, políticas e ideológicas para la creación del Estado en nuestro país.

519 Para una discusión sobre estos términos y otros propuestos por diversos críticos, ver Op. cit., Prefacio a la Segunda edición, 18 y ss. Ed. cit.

520 Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 165, sostiene una tesis contraria.

521 Peralta, *Agustín de Iturbide y Costa Rica*, 185 y 208.

## II

La llegada del café acentuó ese fenómeno: vinculados comercialmente con Inglaterra, principalmente, el efecto estructurador de esa relación comercial no tardó en manifestarse en nuestro país. Las grandes utilidades derivadas de la exportación de café impulsaron a los productores nacionales a reorientar su producción hacia la exportación. A su vez, la necesidad de facilitar su integración al mercado capitalista mundial, orientó el desarrollo de las vías de comunicación en ese mismo sentido. La población se concentró en la meseta central y, de rebote, el acceso a las ventajas de un intercambio comercial –que estimulaba nuestro café y ofrecía con créditos sus mercancías manufacturadas–, desarrolló un comercio importador significativo.

Las consecuencias económicas más importantes para nuestro estudio fueron las siguientes: al optar por la producción cafetalera, que era pagada con oro, y llegar incluso a provocar crisis de subsistencias, se unilaterizó nuestra economía y se reforzó, con ello, el carácter monocultivista de nuestra producción. Por otro lado, la posibilidad financiera y mercantil de tener acceso a los productos manufacturados de los países que habían tenido su evolución industrial hizo relativamente superflua la necesidad de desarrollar una industria propia, riesgosa y con serias limitaciones estructurales, ya que esta podía ser suplida mediante el intercambio comercial con la metrópoli.

La necesidad de desarrollar vías para mantener la comunicación con el mercado capitalista mundial determinó una política de financiamiento externo que gravó fuertemente nuestra economía y nuestras finanzas públicas. Conviene recordar aquí la historia de los empréstitos ingleses.

Las consecuencias sociales se manifestaron aquí: la conquista española no solo estableció una dominación externa sobre las comunidades aborígenes existentes en el país, sino que instauró una jerarquización social extraordinariamente compleja, muy alejada de la idílica igualdad con que a veces se ha querido presentar la realidad colonial. Sin embargo, esa diferenciación era estamentaria, aunque, desde luego, con significativas consecuencias económicas. Es interesante constatarlo así en el cuadro elaborado por el genealogista Castro Tossi<sup>522</sup>.

Con el desarrollo del cultivo del tabaco y de la caña de azúcar, sobre todo en la región de San José, se generaron condiciones favorables para que surgieran individuos que, gracias a su condición económica, podían jugar un papel social y político relevante, antes reservado a los titulares de los privilegios de familia. Así, a la condición económica, siguió un ascenso en la condición social y política. *Se crearon, con ello, las premisas para pasar de una diferenciación estamentaria de tipo precapitalista a una naciente diferenciación clasista de raíz capitalista.*

522 Norberto de Castro y Tossi, “La población de Cartago en los Siglos XVII y XVIII”, Revista de los Archivos Nacionales, n.º 7-12 (1964). Según él, la estratificación de la población colonial era así:

Raza	Española	Mestiza	India	Parda	Negra
Clase superior	Hidalgo	Hidalgo	Noble	Honrado	
Media	Otros	Honrado	Honrado		
Inferior	Mestizos bajos Cholos	Naboría Tributario		Pardo Zambo	Octarón Cuarterón Tercerón Mulato

Cuarterón:  $\frac{1}{4}$  indio y  $\frac{3}{4}$  español.

Cholo:  $\frac{3}{4}$  indio y  $\frac{1}{4}$  español.

Honrado: Término de respetabilidad.

Mulato:  $\frac{1}{2}$  español y  $\frac{1}{2}$  negro.

Naboría: Indio distribuido como servidor.

Octarón: Hijo de mulata y español con  $\frac{1}{8}$  mulato y  $\frac{1}{5}$  español.

Pardo: Mezcla indefinida de las tres razas fundamentales, siempre con la negra: atezados, loros, prietos, etc.

Tercerón: Hijo de mulata y español.

Zambo:  $\frac{1}{2}$  indio y  $\frac{1}{2}$  negro. Un zambo que vivía con los indios se llamaba Zambahiga.



Socialmente, la relación con Inglaterra sobre todo, originó un grupo *agroexportador* dedicado a la producción cafetalera, a su laboreo y exportación. Los sectores dominantes fueron los beneficiadores y los exportadores de café. Los sectores dominados, la multitud de pequeños productores y sus familias, que, al arruinarse por la usura y otras causas, pasaron a constituir la masa de peones proletarios y semi-proletarizados, una de cuyas manifestaciones es el conocido fenómeno del minifundio.

Así mismo surgió un sector *comercial importador*, dedicado a comercializar los productos manufacturados procedentes de los países industrializados. Tanto este como el grupo exportador dominante tuvieron la función de financiar la producción cafetalera mediante el conocido sistema de adelantos, que implicaba préstamos con usura lo que, institucionalmente, se expresó en diversos intentos de fundar bancos comerciales en el país.

Es en este contexto que deben situarse otros sectores como la pequeña burguesía urbana, entre la que destacan los empleados y, sobre todo, el artesanado nacional.

Las consecuencias políticas de esta particular vinculación de nuestra economía con el mercado capitalista mundial son de dos órdenes: internas y externas.

*Internamente*: a la pirámide social, constituida por una amplia base de peones y pequeños productores de café con sus respectivas familias y un vértice de exportadores-beneficiadores, grandes comerciantes y prestamistas, se le agregó una pirámide política. Esta pirámide política concentró, en un pequeño sector de la población, al poder político ejercido tanto de manera directa por los grandes propietarios como de manera indirecta a través de una pequeña burguesía urbana intelectual (abogados sobre todo) que ejercían una dominación política en el interior del país, que guardaba una relación directa con el poder social y económico derivado de la vinculación de nuestra economía y sociedad con el mercado capitalista mundial. Esta forma de dominación originó en la historia constitucional de Costa Rica –desde el punto de vista legal– un sistema seguido tradicionalmente por los sectores de burguesía para restringir la participación popular en las esferas de poder. Prime-

ro, se establecieron criterios censitarios para otorgar el derecho de elegir y ser electo. Según el sistema censitario era preciso tener cierta cantidad de bienes o de dinero para adquirir el derecho de participar como candidato o como elector. El sistema se varió cuando las parcelas de café subieron de precio y muchos de los que anteriormente, por el sistema censitario, estaban excluidos de participar en el sistema político nacional, vieron valorarse sus propiedades hasta el nivel requerido para participar en dicho proceso. El sistema censitario fue sustituido por la condición de saber leer y escribir, lo que en aquel entonces (1860) solamente sabía hacerlo el 10 % de la población. Es decir, una forma de exclusión de la participación popular fue sustituida por otra más efectiva. Sin embargo, estas modificaciones no estuvieron exentas de contradicciones. Recuérdese simplemente que en 1862 va a ser cuando, por primera vez, se declara en Costa Rica la enseñanza primaria gratuita, obligatoria y costeadada por el Estado. Esta conquista proviene justamente de elementos que, habiendo salido de los sectores cafetaleros tradicionales, van a constituir ese movimiento –tan interesante desde el punto de vista de las ideas políticas y sociales culturales del país y desde el punto de vista de la diferenciación social de Costa Rica– llamado el Grupo del Olimpo, a que ha hecho larga mención el Dr. Stone en su obra *Los conquistadores*.

*Externamente*, los vínculos establecidos por la sociedad costarricense fueron vínculos de una naturaleza dependiente con los países importadores de café y vendedores de manufacturas. Sobre esta base, no tardó en proyectarse esa dependencia a todos los campos de la vida nacional: lo económico, cultural, tecnológico, etc.

La orientación dependiente en lo exterior reforzaba el tipo de dominación establecida en el interior, y viceversa: la dominación en lo interno reforzaba la orientación dependiente en lo externo.

La penetración del capital extranjero en la producción de banano, en los transportes, comunicaciones y servicios (UF Co., Electric Bond and Share, Northern, Pan Am, etc.) fortaleció la naturaleza dependiente de los vínculos económicos y políticos de nuestra sociedad. Debe señalarse, sin embargo, que en el caso de las últimas empresas, la orientación de

los vínculos se modificó, pasando de concentrarse en Inglaterra a los Estados Unidos.

Debe señalarse, así mismo, que la naturaleza de la relación también se modificó. De una relación unilateral propia del acto de comercio (una mercancía que se vende, un precio que se paga), se pasó a una relación mucho más compleja: establecimiento *in situ* de la inversión extranjera y todas sus consecuencias.

Esta estructura económico-social impulsó otro tipo de desarrollo y cambio en Costa Rica, sobre todo en las áreas cultivadas de café. Como algún autor lo ha dicho, se formó toda una cultura del café y, según hemos visto, toda una estructura social y política paralela a la pirámide productiva de ese cultivo.

Asimismo, pronto se manifestaron las formaciones inherentes a un tipo de producción de esta naturaleza y condiciones, que marcaron nuestra economía con notables atrasos en dichos campos esenciales de la vida moderna.

Hubo retraso en la estructura agraria del país. Aparte de los problemas del monocultivo, los sectores más productivos permanecieron estancados; la población se distribuyó de manera tal que aún hoy el 63 % de la misma es rural; lo que algunos llaman infraestructura económica del país —infraestructura en un sentido no marxista— se concibió y adaptó plenamente a las necesidades de la producción cafetalera, relegando a un plano muy inferior su atención en otros campos. Estos problemas agrarios, que no eran solo de nuevas tierras, sino de utilización racional de estas, de incorporación masiva del campesinado a la vida económica nacional como fuente de producción y consumo y, sobre todo, de liberación de mano de obra no forzada o subutilizada en el agro para incorporarla a otras actividades económicas, etc., se vieron agravados a partir de los años 50. En ese período, se manifiesta un salto demográfico que coincide con el agotamiento de la frontera agrícola del país. Las tierras vírgenes comienzan a ser acaparadas, muchas de ellas con fines de especulación más que de producción, y las presiones de la población agraria agudizan conflictos inéditos en la vida nacional. Se desarrolla

el precarismo como cuestionamiento más o menos violento de la estructura de tenencia de la tierra en Costa Rica y, como excrecencia social de la caducidad de dicha estructura, aparecen los cinturones de miseria que aquí conocemos como tugurios.

Hubo retraso también en la estructura industrial. Hasta fines de la década del 50, las necesidades fundamentales de productos manufacturados son satisfechas mediante la importación. La producción nacional en ese campo ocupaba el 4 % del producto interno. La tecnología utilizada, dado el raquitismo del mercado, era atrasada y de escasa productividad. El sector social dedicado a esta producción era muy reducido y con un peso muy limitado en la vida social del país.

Con la formación del Mercado Común Centroamericano, lo que se hizo fue adoptar la política de sustitución de importaciones, que ya manifestaba su frustración y limitaciones en la América del Sur, donde la CEPAL la había aplicado en la década del 50 o década del desarrollismo, pero mediatizada en sus aspectos positivos por las presiones directas de los Estados Unidos<sup>523</sup>.

Ciertamente, la producción industrial aumentó significativamente. Su participación en el PIB se acercó de manera sustancial a la del sector agropecuario, en particular a la producción cafetalera. Socialmente, aumentó el número de trabajadores de la rama industrial, aunque en forma más bien limitada. Pero tal política de industrialización no solo tenía los límites claros de la sustitución de importaciones, sino que se nutría de insumos y tecnología que debían importarse del exterior y ser cubiertos a precios de monopolio. Con ello, el problema industrial del país, su retraso y limitaciones, si bien cambiaron de forma y carácter, esencialmente dejaron sin resolver la cuestión fundamental del desarrollo industrial nacional, autosostenido e independiente.

El atraso se manifestó también en el control nacional de los recursos naturales y en la posibilidad de su utilización racional y productiva.

523 Cfr. Constantino V. Vaitsos, "Crisis en los procesos de integración económica", *El Trimestre Económico*, n.º 181 (1979): 61 y ss.

En efecto, la potencialidad costarricense en recursos naturales se vio acompañada de una debilidad financiera, económica y tecnológica crónicas. Esto hizo que la tendencia fuera a resolver el problema de la utilización de los recursos naturales por intermedio del capital extranjero. En algún caso, se ha podido evidenciar una política de parte de este capital de constitución de reservas más que de explotación de riquezas, como parece haber sido el caso de la ALCOA y sus concesiones de bauxita en la zona de San Isidro del General.

Claro está que el problema del control efectivo sobre los recursos naturales depende sustancialmente de la posibilidad de explotarlos e incorporarlos productivamente a la vida económica nacional. Esto ha provocado un largo proceso de recuperación de los recursos naturales del país bajo control extranjero, que muestra una curva de inflexión descendente hasta 1960 y ascendente a partir de entonces. Desde luego, la situación presenta tendencias y contratendencias, pero la apertura –casi irracional– de nuestras economías al capital extranjero durante el Mercomún, ha vuelto a plantear con enorme agudeza la cuestión del control, recuperación y manejo productivo de los recursos naturales del país. No solo lo referente a minas, recursos marítimos y pesqueros, hidrocarburos y minerales, sino tierra y playas.

No menos importante es la cuestión de la política exterior del país, y su orientación independiente. Particularmente, esto adquirió un especial significado en el momento de tomar decisiones orientadas a ampliar nuestras relaciones comerciales y diplomáticas, a mercados no tradicionales. Como es sabido, diversas fuerzas externas se movilizaron para presionar al gobierno en un sentido contrario, llegando a producir una crisis que no por sorda fue menos aguda. Ciertamente la existencia de superpotencias, la aparición de nuevos centros mundiales de poder que cuestionan la bipolaridad y, sobre todo, la constitución de un bloque de naciones subdesarrolladas o tercermundistas ha facilitado el fortalecimiento de la posibilidad de una política exterior independiente.

Las manifestaciones de atraso económico en la estructura agraria y régimen de tenencia de la tierra, la ausencia de una industrialización nacional auto-sostenida, así como en la enajenación de recursos

naturales a manos extranjeras y la ausencia de una política exterior realmente independiente, señalan tareas esenciales que constituyen el núcleo mismo de lo que en la historia política y social se conoce como las “revoluciones burguesas”. Estas revoluciones, a partir del siglo XVI, realizaron las tareas apuntadas, en diversos grados y en condiciones muy distintas. La transformación agraria en Inglaterra y Francia, en momentos y condiciones diferentes; el desarrollo industrial, acompañado de un movimiento social extraordinariamente complejo, como fue la llamada revolución industrial, que transformó la agricultura, los transportes, la industria, etc. Así como el control de los recursos naturales propios, base de una política nacional que reiteradamente condujo a conflictos armados en Europa; la consecución de una independencia real, no formal, que facilitara una política frente a otras potencias –no solo independientes, sino de vocación nacional y patriótica–, simbolizada por la lucha de los Países Bajos contra el dominio español, etc., pertenecen todos al patrimonio de ese gigantesco proceso de transformación social, que trascendió las meras convulsiones políticas para insertarse en lo económico, en lo social y en lo cultural.

La creación de instituciones políticas siguió a ese proceso trascendental de la cultura europeo-occidental. La institucionalidad desarrollada en los países que habían conocido una transformación de tal calibre, fue el resultado y, a la vez, el clima propicio para nuevos desarrollos de esa base fundamental así transformada.

Por decirlo brevemente, la institucionalidad democrático-burguesa corrió paralela al desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en la agricultura, en la industria y el comercio.

Nuestro caso, según hemos visto, presentó modificaciones sustanciales con este modelo europeo-occidental. La base económica de nuestra sociedad mostró un atraso notable en todos los renglones esenciales que caracterizaron a las revoluciones burguesas modernas. Sin embargo, nuestra institucionalidad sí logró avanzar notablemente, dándose el caso –relativamente paradójico–, de que nuestro país tuviera un Estado de derecho, con reconocimiento de las libertades individuales formales que consagra la constitución, con un arraigado respeto a la vida humana, al

civilismo y a la utilización de medios persuasivos y educativos para el ejercicio de la dominación política.

Este desfase o contradicción entre la infraestructura material o subdesarrollada y la superestructura jurídico-institucional, democrático-burguesa avanzada, planteó a la sociedad nacional problemas políticos fundamentales.

### III

En Costa Rica se han mezclado múltiples factores —históricos, culturales, demográficos, materiales, etc.— que han determinado un predominio significativo de los sectores medios en la vida nacional, con consecuencias sociopolíticas aún no bien sistematizadas. La estructura de la propiedad territorial en la colonia, en la que se combinaron abundantes tierras y escasa población, se vio complementada por la naturaleza del cultivo del tabaco, que se hace en pequeñas vegas a la orilla de los ríos y, más tarde —con excepción del período del predominio de la llamada burguesía cafetalera (1880-1970)— con el cultivo del café y la aparición de gran número de pequeños productores.

La preocupación por la educación y la enseñanza podría simbolizarse con muchos hechos conocidos de la historia nacional; por ejemplo, con la creación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás antes de la independencia, los esfuerzos educativos de José María Castro y Julián Volio, la reforma de Jesús Jiménez y el proceso de reforma de la enseñanza iniciado por don Mauro. Todo ello contribuyó a darle al trabajador intelectual participación en la vida política y social del país. Esto, a su vez, repercutió en la conformación de un Estado de derecho donde se le otorgó una influencia muy significativa a esos sectores intelectuales, que, en más de un sentido, correspondían a los intereses de las clases intermedias de nuestra sociedad. Como se ve, es indudable que múltiples factores han concurrido a darle un cierto grado de participación a la pequeña burguesía en la vida política e institucional del país. Sin embargo, este proceso se acentuó, y podemos decir que conscientemente, con los gobiernos del Partido Liberación Nacional y con la expansión creciente del aparato estatal. Sin em-

bargo, la estructuración económica del país no fue capaz de generar una diferenciación clasista, clara y definida, no tanto desde el ángulo ético, que algunos señalan de “injusticias” o “desigualdades”, sino desde el punto de vista del desarrollo de la actividad económica y la modernización de la economía y las relaciones sociales de producción. No sería del todo infundada la hipótesis de que esta debilidad de las diversas clases sociales del país facilitó —y, quizás podría decirse, obligó— una transacción de ellas en torno a la estructuración, funcionamiento y actividad del Estado, salvo el período dicho de la década de los 60 en el siglo XIX, cuando la llamada oligarquía cafetalera estableció y trató de perpetuar su monopolio del poder político y del aparato estatal.

Dicha transacción, desde el ángulo social y clasista, mantuvo un bloque constituido por los grandes comerciantes, grandes cafetaleros, beneficiadores y exportadores, y demás elementos dedicados a la actividad financiero mercantil.

Este bloque social en el poder, al seguir el impulso de sus propios intereses, desarrolló una política de apertura al exterior y promovió una modernización relativa de la sociedad nacional. El impulso ferrocarrilero, por ejemplo, correspondió a las necesidades de facilitar la exportación de café. Los préstamos ingleses no solo cumplían la función de obtener una brutal ganancia, como la que obtuvieron a costa nuestra, sino la de facilitar la inserción de nuestra economía en el mercado mundial.

La alianza con el capital extranjero —inglés y norteamericano, sobre todo, y en menor medida con el alemán y el francés por su orden—, se dio a través del bloque social dicho. Es así como penetran al país las compañías bananeras, de electricidad, comunicaciones, etc., y se desarrolla aquí un típico enclave de plantación.

El proyecto fundamental de desarrollo económico y social hasta los años 50 tuvo, como eje fundamental, lo que algunos autores han llamado “desarrollo hacia afuera”, lo cual significa orientar todos los recursos humanos, financieros y productivos a la producción de bienes destinados a la exportación. Y en cierto modo esto correspondía, al menos en los aspectos inmediatos, a lo que usualmente se llama “interés

nacional”, identificado en la práctica con los intereses del bloque social en el poder, considerado en su conjunto y al margen de las rivalidades de sus diversas fracciones.

Conviene retener aquí el dato siguiente: hasta los años 50, nuestro país mostró un atraso notable en el desarrollo de un sector industrial, activo y dinámico, capaz de reclamar para sí el poder político y una participación efectiva en el ejercicio del poder, con vistas a sus propios fines de modernización.

Todo esto hizo que —si bien el poder político pasó de manos de un grupo o fracción a otro—, en lo fundamental, el bloque social en el poder permaneció el mismo. Los cafetaleros vieron mermar su fuerza en aras de otros grupos sociales que reclamaban para sí participación en el ejercicio de dicho dominio y esto, en efecto, les fue restando poder y resquebrajando el trono con que se ilustra la obra del Dr. Stone. Pero la verdad es que los nuevos sectores, surgidos al amparo del comercio, la finanza y el vínculo con el extranjero, solo ampliaron relativamente la extensión del bloque y terminaron fusionándose, de un modo u otro, con lo que hemos llamado el bloque dominante.

Sin embargo, el dominio ejercido por el bloque tradicional del poder tuvo que tomar en consideración a otros sectores, si no como elementos decisivos en la determinación de los asuntos públicos, sí, al menos, mediante el otorgamiento de determinadas garantías para ejercitar sus derechos y formular sus reivindicaciones.

El marco de lo que hemos llamado la transacción jurídico-institucional en que se consagró el poder del bloque tradicional, fue la constitución de 1871. Esta, reflejo fiel de las estructuras reales jugó un papel decisivo en esa transacción de clases que estructuró a nuestro Estado como un Estado de derecho democrático-burgués.

Hasta el momento, el país había contado con once constituciones, o por lo menos, cartas constitucionales. La definición del Estado se había hecho fundamentalmente con relación al exterior, concretamente a Centroamérica, fraccionada en violentas luchas intestinas.

A partir de 1871, se define y limita —consolidándolo—, el poder del grupo cafetalero; se fijan normas claras para presionar e influir en el poder y se sientan las bases para una modificación paulatina de las normas fundamentales, al mismo tiempo que se consagra una participación activa y real de los otros sectores no cafetaleros en el poder del Estado.

Habría que esperar a las amplias luchas sociales, que arrancan desde principios de siglo, se proyectan en el Partido Reformista y, luego, en el Partido Comunista, para rematar en el pacto entre Vanguardia Popular y el Partido Republicano Nacional, para darle cabida a otro sector. Es decir, a lo que ambiguamente se ha llamado la clase trabajadora o, más exactamente, los elementos asalariados del país: empleados, obreros —ciertas categorías artesanales, sobre todo de la ciudad. Como es sabido, el trabajador agrícola, a excepción del trabajador de las compañías bananeras, ha estado bastante desprotegido de los beneficios del riesgo profesional hasta hace poco tiempo —no aplicación de la ley de salarios mínimos, seguro social, etc.—

La guerra civil de 1948 no logró superar las contradicciones internas de las diversas fuerzas que habían promovido la caída del gobierno de Picado.

En el seno de los elementos insurgentes había unos sectores que, al provenir de las clases dominantes, se oponían a la legislación social, buscaban una concentración del poder nuevamente en los grupos tradicionales y un ejercicio restrictivo de los derechos democráticos. Pero había otros que tenían una visión más democrática en lo político y avanzada en lo social.

La lucha en la Constituyente acerca de la base de discusión (si se utilizaría el proyecto elaborado por los miembros del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales o la vieja Constitución de 1871) era algo mucho más profundo que una polémica que planteaba la revisión histórica del “pacto de clases” de 1871 (permítaseme usar esta imagen) y la concesión de una influencia preponderante a las clases intermedias. Es significativo que en el seno de la Constituyente este rol lo jugara el grupo más destacado del llamado Partido Social Demócrata, núcleo del futuro Partido Liberación Nacional. Tampoco es menos significativo que la nueva concepción del



Estado, que se abrió campo parcialmente en el híbrido que saliera de la Constituyente de 1949, acentuara la función asistencialista del mismo, impulsara su expansión y descentralizara el poder, promoviendo mecanismos que, sin duda alguna, repercutirían en una redistribución del poder político en beneficio de sectores medios.

Todo este cuadro vino a configurar políticamente un Estado que no se limitaba a las cuestiones de orden y seguridad, sino que tenía una participación creciente en la economía nacional.

Las medidas que tradicionalmente se han querido ver como medidas “socializantes” o “comunizantes” de parte de los gobiernos del Partido Liberación Nacional, por lo demás continuadas y, en cierta medida, hasta fortalecidas algunas de ellas por los gobiernos subsiguientes de otros partidos, simplemente eran medidas que le daban un rol al Estado en la economía que este no hubiera tenido si en el país hubiera existido una clase social empresarial auténtica y con suficiente poder económico.

El Estado adquirió así la función que le asignara, en cierto modo, el viejo programa aprista: monopolizador de actividades económicas para facilitar el desarrollo de un capitalismo criollo, nacido al amparo del poder del Estado. Pero además, con este tipo de medidas, se sentaron las bases para el ascenso de diversos sectores no pertenecientes al tradicional grupo cafetalero oligárquico, y para la definitiva decadencia de este. Por eso, la política de participación estatal activa en la economía promovida por el PLN —de la cual la nacionalización bancaria no es sino una parte—, apareció a los ojos de grupos desplazados como enmarcada en el contexto político de la Guerra Fría, lo que permitió calificarla al menos de “socializante”. Esto hizo que el verdadero trasfondo de tal política se desplazara a temas ideológicos, que no siempre permitieron precisar la naturaleza de las políticas económicas de cada grupo y sus consecuencias posibles y necesarias.

Podemos, entonces, sacar las conclusiones siguientes:

Nuestro desarrollo económico-social, si bien generó un sector agro-exportador dominante, vinculado al cultivo del café, lo mismo que un sector comercial

importador, no dio origen a una verdadera burguesía industrial de tipo capitalista.

Las relaciones capitalistas de producción en una escala significativa se producen, sobre todo, en el enclave bananero, originado en virtud de la inversión de capital extranjero.

Nuestra economía debió desenvolverse en un período en que nuestra vinculación con el mercado capitalista mundial hacía presente, en el interior de nuestra sociedad, la potencia económica del capital extranjero a través de empréstitos, inversiones, etc.

La estructura económica generada con el cultivo del café sobre la base de la pequeña propiedad en que se producía la caña de azúcar y el tabaco, base de la producción colonial, determinó una estructura social determinada. Sobre la base de una pirámide (peones, asalariados agrícolas y urbanos), se levantó una numerosa capa de pequeños productores de café. Estos, a su vez, conocieron una concentración mucho más acentuada de poder económico financiero y social, constituida por los relativamente pocos beneficiadores de café. En la cúspide de la pirámide, y estrechamente vinculados con los beneficiadores, se encontraron los exportadores de café que, en las palabras de Rodrigo Facio, se quedaban con la crema del negocio cafetalero.

La debilidad económica y financiera de las capas dominantes del país impulsó la tesis política de sectores sociales ascendentes en el sentido de que el Estado debía tener una participación creciente en la vida económica nacional. Según este rol, el Estado debía suplir la debilidad orgánica de las clases empresariales criollas, aportando su concurso financiero y económico y vigilando por conservar, para aquellas, el campo de la actividad económica que todavía las mismas no podían desarrollar.

Cumplía así el Estado, económicamente, una doble tarea: a nivel interno, ser vehículo de la acumulación de capital para impulsar el desarrollo económico; a nivel externo, enfrentar, al menos teóricamente y en la práctica, con evidentes limitaciones, la avalancha de capital extranjero en las diversas ramas de la economía, al reservar, para los empresarios nacionales, un coto cerrado —en la práctica con innumerables

portillos— para el desarrollo de su actividad empresarial. Lo primero, que era más bien capitalismo de Estado, algunos lo han confundido con socialismo o tendencias socializantes. Lo segundo, constituye el tinte débilmente anti-imperialista de los movimientos políticos de esta orientación, notablemente Acción Democrática (el AD) de Venezuela, el PLN de Costa Rica, el APRA de Perú.

Políticamente se constituyó un bloque de fuerzas sociales en el poder, que si bien dio participación creciente a otros sectores hasta hace muy poco marginados del poder, conservó en lo fundamental dicho poder para los grupos más poderosos de nuestra sociedad: los grandes productores y exportadores de café, los grandes comerciantes y, recientemente, los sectores industriales y empresariales del país. Desde luego, cada fracción trata de obtener para sí la mayor porción de poder posible. Pero, a pesar del éxito de una u otra o del fracaso de una tercera, lo cierto es que la acción del Estado promueve la consolidación del dominio de estas clases en su conjunto. Sin embargo, es de la mayor importancia determinar el proceso de ascenso y descenso de cada fracción de clase dominante, sus orientaciones políticas e ideológicas, en la medida en que las consecuencias políticas y sociales del fortalecimiento de una u otras puede variar sustancialmente el desarrollo sociopolítico del país.

#### IV

En Costa Rica, el Estado, al igual que en otras latitudes, no pudo librarse de ser objeto del botín político de los partidos.

Como señaló Max Weber, la estrecha vinculación entre la actividad político-partidaria, el control del Estado y el reparto de la función pública, en forma de empleos en el aparato administrativo para la clientela política de cada formación partidaria, constituye un elemento de primordial importancia para analizar la burocracia estatal moderna.

Weber (1969) creyó encontrar la alternativa a ese asalto del Estado como botín político del triunfador, en la racionalización de la burocracia, idealizada para él en el Estado prusiano de su época. Sin embargo, el

problema de la burocracia para nuestro país responde a ese principio básico, pero también a otros elementos que es necesario precisar y destacar.

Aquí el problema del Estado como botín político se asoció a una circunstancia particular: la ausencia de una pujante actividad económica privada adonde orientar las pretensiones de las respectivas clientelas políticas. Estas se volcaron, entonces, al aparato del Estado, al promover un gigantismo burocrático característico y convirtiendo el empleo público en:

- a) Una actividad laboral fundamental en el país.
- b) Un medio de ascenso, prestigio y poder social.
- c) Un factor de seguridad laboral, económica y social.

Si bien en un principio, con una escasa población y una limitada participación de los sectores medios, el asunto no tuvo la dimensión que adquirió luego; esto se modificó posteriormente.

El fenómeno de los despidos de los opositores a cada cambio de administración impedía una estabilidad burocrática definida, lo cual significaba un precio en experiencia desperdiciada —solo vista como eficiencia administrativa perdida—, que originó, junto con otras causas, una reacción en su contra, que tuvo como mejor expresión la creación de dos mecanismos de enorme trascendencia para el fenómeno que nos interesa:

- a) El Servicio Civil, como garantía de estabilidad en sus puestos al servidor público.
- b) La descentralización administrativa, mediante la creación de las instituciones autónomas.

Condicionada la Constituyente de 1949 por las experiencias presidencialistas de las décadas 30 y 40, su reacción antipresidencialista favoreció no solo la deformación burocrática, sino el desarrollo sin trabas del Estado proteccionista.

Es así como el Estado pasa a abarcar no solo las funciones tradicionales, sino otras nuevas, orientadas a la ampliación de los servicios públicos, al sustento de ciertas actividades económicas servidas comúnmente en otras latitudes por la actividad privada, etc. En tales condiciones, el capital nacional se comenzó a

concentrar en tales entes descentralizados y autónomos; fue alrededor de ellos que se generó una actividad privada de corte capitalista y el Estado se convirtió en uno de los factores esenciales de la actividad económica nacional.

Como consecuencia directa de este complejo de relaciones sociales productivas y burocráticas, el Estado devino cada vez más fuerte, pero el gobierno, por descentralización del mando y proliferación burocrática, se mostró cada vez más débil e impotente.

Este fenómeno, cabe puntualizar, se dio ya antes del lanzamiento continental de la llamada Alianza para el Progreso. Porque, en esta, según se desprende de los acuerdos de Punta del Este, se planteó la necesidad de impulsar una planificación administrativa y económica que propiciara el desarrollo de la región como requisito previo a una sentida necesidad de garantizar una utilización relativamente correcta de los recursos financieros y materiales que el programa preveía se trasladarían a la región. Se expresó también, con ello, la convicción de que la planificación era el instrumento necesario para racionalizar la utilización óptima de los recursos escasos con que se contaba, prontos a incrementarse por las reformas tributarias que se anunciaban y por la inyección de empréstitos que se prometía, base fundamental complementada por una modernización del agro, para impulsar el desarrollo económico regional.

Aunque sí era una condición necesaria, una planificación verdadera —que finalmente no se dio—, evidentemente no era condición suficiente. Además de planes, ideas, esperanzas y canalización de recursos, era preciso una voluntad política efectiva y una unidad de mando y decisión, amén de instrumentos jurídico-constitucionales y elementos humanos adecuados, que los bloques tradicionales de poder ni remotamente podían poner en marcha.

Pero en nuestro caso, tal política puso de relieve una contradicción de significativas consecuencias políticas. Mientras en Costa Rica la tendencia institucional, salida de la guerra civil de 1948 y la Constituyente de 1949, se orientaba hacia la descentralización, la política económica, nacional e internacional se veía reorientada en el sentido inverso: la centralización.

En nuestro caso, destaca el hecho de que, en la práctica, la descentralización administrativa se concibió desde un inicio como descentralización política, lo cual —lejos de invalidarse—, más bien se confirma en el intento tardío, limitado y electoral de crear un vínculo con el poder central, a través de las llamadas presidencias ejecutivas en las instituciones autónomas.

Este pseudosistema, junto con el llamado 4-3 (consistente en una distribución de puestos en las directivas de las instituciones autónomas, que daba 4 puestos al gobierno y 3 a la oposición mayoritaria), buscaban unir a través de los partidos lo que se independizaba por la estructura y el funcionamiento mismo de las instituciones descentralizadas. Pero no solo no pudieron tocar el fondo de la cuestión —por lo demás bien protegido en su integridad feudal por los vastos intereses burocráticos ya creados—, sino que no obedecieron a un proyecto rectificador y ni siquiera a un paliativo, sino a un intento de privilegiar funciones y personas con perspectiva electoral, al profundizar así aún más el carácter feudatario de las pequeñas republiquetas autónomas, originadas en las reformas descentralizadas de la Constituyente de 1949.

En estas condiciones, confluye el hecho de gran significación histórica y política para la futura naturaleza y función de nuestro Estado, de un proceso diferenciador social y político en el seno del partido mayoritario que alternativamente gobernó desde 1952 y sucesivamente de 1970 a 1978: el Partido Liberación Nacional. Junto a ello, concurrió un agotamiento del campus económico, reducido para la iniciativa privada nacional a niveles realmente intrascendentes. Asido firmemente el reducto agropecuario por los sectores tradicionales privados, una nueva actividad empresarial impulsada por la política del Partido Liberación Nacional, solo logró abrirse campo con el apoyo del Estado después de 1949. Al Estado se le asignó un papel bien preciso y determinado: como creador de mercado y como financiador de inversiones, esto último a través de la banca nacionalizada. Surgen así los que he llamado los “empresarios-políticos” o primera generación del Partido Liberación Nacional.

Los otros cotos de actividad estaban acaparados (caso de la Compañía Bananera) o lo fueron, posteriormente por el capital extranjero (caso de las empresas



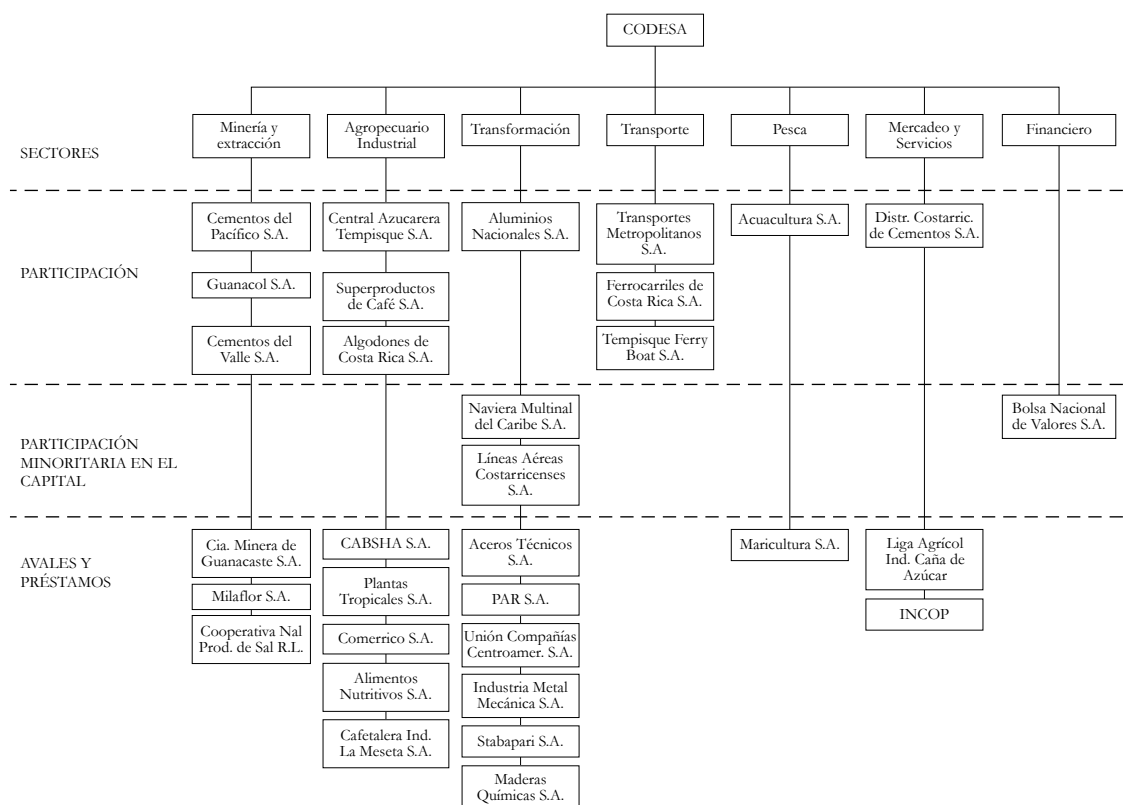
subsidiarias de multinacionales aparecidas después de 1962, al ingresar Costa Rica al Mercomún).

El éxito de los “empresarios-políticos” generó, como hemos dicho, un proceso de diferenciación interna en el seno del propio partido Liberación Nacional. Quienes no llegaron a adquirir tal condición reclamaron para sí la calificación exclusiva de “políticos”, de cara a la ahora subestimada categoría de “empresarios”. Pero, cuando aquellos debieron resolver sus aspiraciones sociales reales, encontraron un coto económico cerrado, en lo fundamental, para iniciativas privadas de capital limitado, aun del monto del emprestado por el nacionalizado sistema bancario nacional. Recurrieron estos sectores, entonces, como única salida, a impulsar el llamado “Estado empresario”, que abarcaría una serie de actividades

no susceptibles de ser desarrolladas ni por el capital privado nacional –en virtud de lo multimillonario de sus inversiones–, ni por el capital extranjero, en virtud de que era un campo de acción que los políticos, ahora empresarios, reclamaban para sí como justa compensación a la marginación –entiéndase bien: a la diferenciación social y política– de que se sentían víctimas con relación a la generación anterior de “empresarios-políticos”.

Es así como, a través de CODESA (Corporación Costarricense de Desarrollo), se han ido impulsando una serie de proyectos empresariales que, a diciembre de 1978, según informes de la propia Corporación, incluían las siguientes participaciones de capital mayoritarias y minoritarias, avales y préstamos:

**Figura 1**  
Esquema de las participaciones de capital mayoritarias y minoritarias, de los avales y de los préstamos



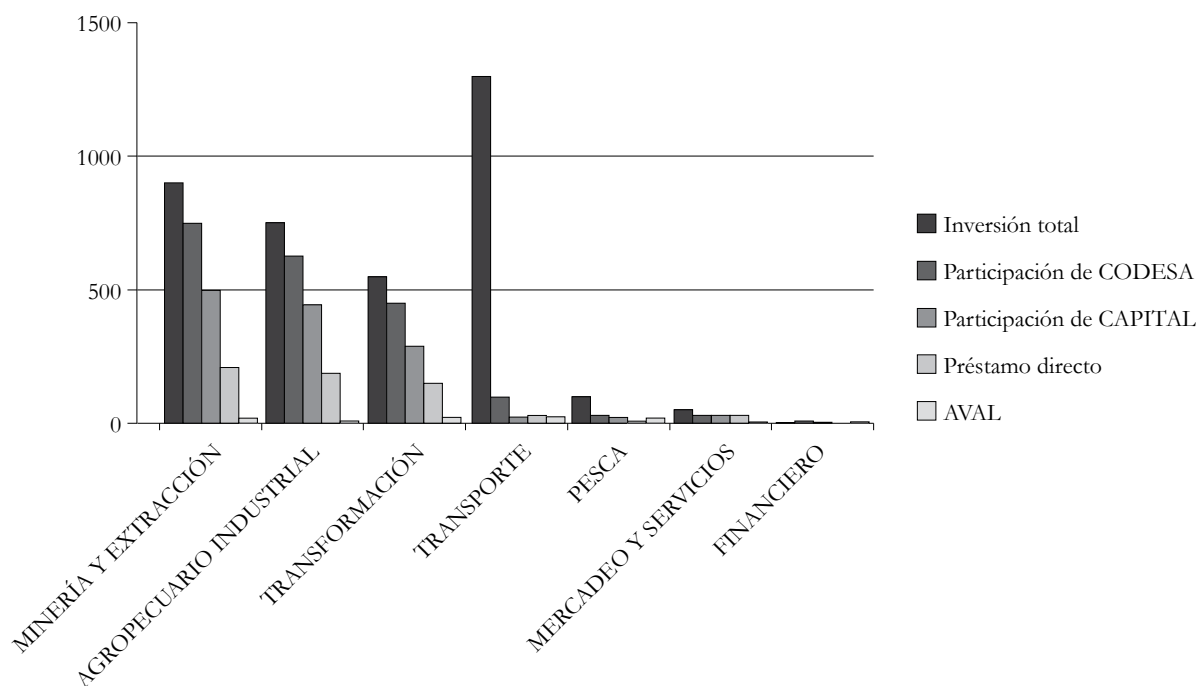
Fuente: CODESA<sup>524</sup>.

524 CODESA, Memoria 1978 (San José, Costa Rica: Editorial Contenido, s.f.), 19.

La figura es elocuente por sí misma en cuanto a la diversidad de sectores productivos en los cuales interviene este órgano típico del capitalismo estatal costarricense. Su importancia, desde luego es relativa y

solo se puede estimar relacionándola con la inversión total. CODESA, orgullosamente, puede mostrar la situación en el siguiente cuadro, que también tomamos de su memoria de 1978:

**Figura 2**  
**Tipos de participación en la inversión total**  
**(por sectores) al 31 de diciembre de 1978**



Fuente: CODESA<sup>525</sup>.

Conviene recordar, antes de transcribir la siguiente figura, que CODESA debe situarse en el contexto más amplio del sistema público descentralizado, el cual representó en el gasto público total de los últimos tres años prácticamente un 70 %, dejando solo un 30 % como gasto propio del gobierno central.

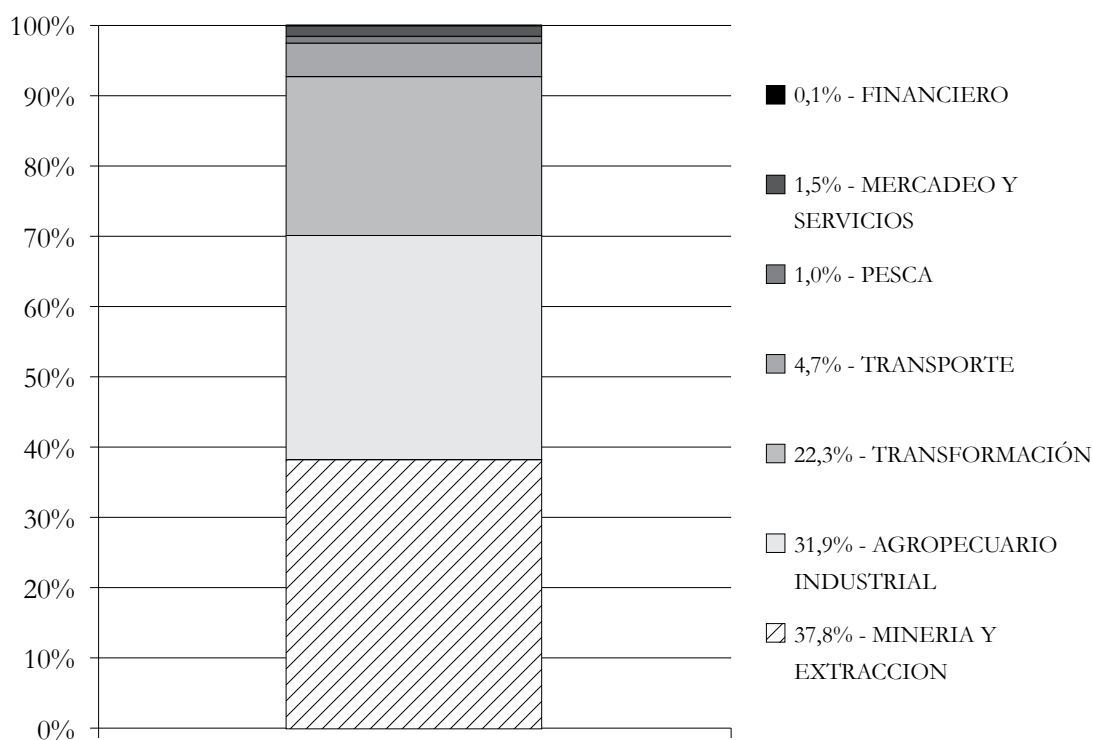
Esta figura de CODESA, sin embargo, expresa junto con las otras figuras que incluimos en este trabajo, uno de los aspectos más prototípicos de un capitalismo estatal que cuenta, para su funcionamiento, con toda la independencia y ausencia de controles

de la empresa privada, lo cual no ha podido paliar la disposición reglamentaria de última hora con que se ha querido regular su funcionamiento, ya que CODESA no cuenta con una verdadera ley que regule su control financiero y su funcionamiento como entidad pública.

Por lo que hace a la financiación porcentual otorgada (por sectores económicos), al 31 de diciembre de 1978, la situación gráfica de la misma se resume en la figura siguiente:

525 CODESA, Memoria 1978 (San José, Costa Rica: Editorial Contenido, s.f.), 18.

**Figura 3**  
**Financiación porcentual otorgada (por sectores económicos) al 31 de diciembre de 1978**



Fuente: CODESA.

Como se ve, la participación del Estado empresarial a través de CODESA no solamente abarca la actividad propiamente industrial, no susceptible de ser financiada por el capital nacional y vista como inconveniente de financiar por el capital extranjero, sino que interviene en el comercio, la agricultura en gran escala, las finanzas, la minería, etc.

La significación de esta participación económica y empresarial, directa e indirecta de CODESA, a pesar de su importancia en términos absolutos, es aún mayor si se toma en consideración la simple presencia institucional en las ramas respectivas de una institución como CODESA. Porque ello no solamente sig-

nifica un monto dado de inversión, sino el principio de una expansión de su influencia y papel en cada una de las ramas económicas en las cuales ha invertido. Mientras la perspectiva, en tales condiciones, para CODESA, es la de un crecimiento constante y progresivo, la situación de los otros participantes privados en esas actividades económicas es la de la reducción en términos absolutos y relativos.

Conviene ver, siempre con datos provenientes de dicha corporación, el financiamiento por sectores y proyectos al 31 de diciembre de 1978. Esto se aprecia en el siguiente cuadro:

**Cuadro IV**  
**Financiación otorgada por sectores y proyectos al 31 de diciembre de 1978**

<b>Sectores</b>		<b>Sectores</b>	
<b>1. Minería y extracción</b>		<b>4. Transporte</b>	
Cementos del Pacífico, S.A.	616.200.000	Transportes Metropolitanos S.A. "TRANSMESA"	40.560.000
Cementos del Valle, S.A.	86.700.000	Ferrocarriles de Costa Rica, S.A. "FECOSA"	23.700.000
Coonaprosal, R.L.	24.700.000	Naviera Multinacional del Caribe, S.A. "NAMUCAR"	17.200.000
Guanacal, S.A.	11.940.000	Tempisque Ferry Boat, S.A.	10.181.000
Milaflor, S.A.	250.000	Líneas Aéreas Costarricenses, S.A. "LACSA"	1.000.000
Compañía Minera de Guanacaste, S.A.	250.000	Total	92.641.000
Total	740.040.000		
<b>2. Agropecuario industrial</b>		<b>5. Pesca</b>	
Central Azucarera Tempisque, S.A. "CATSA"	585.500.000	Maricultura, S.A.	28.629.400
Algodones de Costa Rica, S.A. "ALCORSA"	16.600.000	Acuicultura, S.A.	5.000.000
Cabsha, S.A.	11.000.000	Total	33.629.400
Subproductos de Café, S.A.	8.415.000		
Plantas Tropicales, S.A.	3.414.000	<b>6. Mercadeo y servicios</b>	
Cafetalera Industrial La Meseta, S.A.	900.000	Liga Agrícola Industrial de la Caña de Azúcar	21.000.000
Comerrico, S.A.	310.500	Instituto Costarricense de Puertos del Pacífico	7.850.000
Alimentos Nutritivos, S.A.	129.000	Distribuidora Costarricense de Cemento	34.000
Total	624.268.800	Total	28.884.000
<b>3. Transformación</b>		<b>7. Financiero</b>	
Aluminios Nacionales, S.A.	403.000.000	Bolsa Nacional de Valores, S.A.	960.000
Unión de Compañías Centroamericanas, S.A.	10.000.000	Total	960.000
Maderas Químicas, S.A.	8.000.000		
Par, S.A.	6.650.000		
Stabapari, S.A.	5.590.000		
Aceros Técnicos, S.A.	1.738.000		
Industria Metal Mecánica Centroamericana, S.A.	1.120.000		
Total	436.098.000	<b>Total General</b>	<b>¢1.956.521.200</b>

Fuente: CODESA<sup>526</sup>.

526 CODESA, Memoria 1978 (San José, Costa Rica: Editorial Contenido, s.f.), 22.

Así, en el caso de la Central Azucarera Tempisque, S.A. (CATSA), no se trata solo de financiar un ingenio azucarero, sino de introducirse de lleno en la parte agrícola, donde estaba previsto que alcanzara una siembra de 5000 ha de caña de las cuales, a la fecha, solo se han sembrado 1700 ha y se espera subir al total previsto de 5000 ha en 1981. “Anexa al ingenio actualmente, se está instalando una destilería para la fabricación del alcohol anhidro que será utilizado como carburante”<sup>527</sup>. Esto hizo que el costo del proyecto, según CODESA, subiera “de un monto original presupuestado de ¢373 millones a un total actualizado de ¢600 millones”<sup>528</sup>, entre los cuales destacan ¢32 millones de inversiones para aumentar la capacidad de molienda a 6000 toneladas diarias, ¢85 millones a inversiones por realizar en el segundo semestre de 1978 y 1979, no consideradas en el original y ¢110 millones, que se refieren al costo de la destilería para la fabricación de alcohol<sup>529</sup>. En los nuevos proyectos sustitutivos de petróleo por alcohol, el Estado se apresta a jugar un rol primordial, aunque oscila, por razones políticas, entre un control estatal empresarial y una liberalización privada de la producción de alcohol, hasta ahora en manos del Estado. Pero esta contradicción es transitoria, ya que lo permanente y decisivo, económicamente hablando, es la presencia crecientemente influyente del Estado en la empresa y de la empresa en el propio Estado.

En el caso de Aluminios Nacionales, S.A. (ALUNASA), que busca “la instalación de una planta para la elaboración secundaria del aluminio a fin de obtener, mediante la elaboración de lingotes, productos semi-elaborados o materias primas para industrias ya establecidas, así como productos terminados de aluminio...”, el costo actualizado del proyecto se estima en ¢404,0 millones, lo que presenta un incremento de ¢38,9 millones con relación al costo original estimado<sup>530</sup>.

En estos casos, estamos en presencia de proyectos concebidos con una rigurosidad financiera hartamente relativa, que muestra diferencias que alcanzan montos de ¢85 millones en la primeramente citada por inver-

siones “no consideradas en el monto original”, y la segunda por casi ¢40 millones por razones similares. Pero también CODESA se utiliza como salvavidas empresarial para industrias consideradas de interés social. Tal es el caso de Cementos del Valle, S.A., el que corresponde al proyecto de la Fábrica de Cemento propiedad de Calhidra S.A., la cual está siendo operada por CODESA como depositaria judicial, esto es que hubo embargo y prácticamente quiebra de dicha entidad. La explicación de CODESA es elocuente y reveladora por sí misma. Dice: “La participación de CODESA en este proyecto se hizo con el único propósito de evitar una escasez de cemento en el país, con las consecuencias adversas para la economía nacional que eso representaría, así como de evitar el deterioro de los equipos e instalaciones existente. Al 31 de diciembre había producido 1.505.482 sacos, con ventas de 1.499.748 sacos, equivalentes a ¢26.8 millones, aproximadamente. Esto representaría, en caso de tener que importar cemento, una salida de divisas por ¢27.5 millones, según los costos actuales en el mercado internacional”<sup>531</sup>. Solo que para ello, según sus propios datos, CODESA hubo de financiar a Cementos del Valle, S.A. con ¢86.7 millones.

Es así como el monto de las inversiones, la concentración de capital, el privilegio derivado de la condición pública de las empresas, etc., convierte a un sector político-empresarial, ajeno a las nociones reales y sustantivas de rentabilidad, eficiencia, disminución del desperdicio y utilidad satisfactoria, en un competidor peligroso para los sectores empresariales tradicionales y, eventualmente, en un adversario incontrovertible.

Este sector cumple, además, una función bien definida y precisa en el proceso general de acumulación de capital y en el desarrollo de las condiciones necesarias para la viabilidad de un capitalismo asociado dependiente que satisfaga, desde nuestras economías subdesarrolladas y dependientes, las necesidades explícitas e implícitas de la nueva división internacional del trabajo que demandan las empresas transnacionales.

527 CODESA, Memoria 1978, 30.

528 CODESA, Memoria 1978, 30.

529 CODESA, Memoria 1978, 30.

530 CODESA, Memoria 1978, 31.

531 CODESA, Memoria 1978, 33.

Como dicen Cardoso y Faletto (1977), “debe quedar claro que el Estado expresa una alianza (contradictoria) entre los intereses del sector internacionalizado de la burguesía y de las burguesías públicas y de las empresas. A estos sectores se ligan las burguesías locales. Al decir esto introducimos una complicación inicial: en parte, la base social del Estado y del capitalismo dependiente fue generada por el gobierno, en la medida en que su función productora para asegurar la realización y la expansión de la acumulación creó un sector de empresarios públicos. A veces llamamos a este sector “burguesía estatal”, para subrayar que, aunque no son propietarios de los medios de producción, estos agentes sociales no son solo burócratas ni implementan simplemente el “bien público”, sino que *sociológicamente actúan como “funcionarios del capital” a medida en que constituyen la relación social soporte de la acumulación en las empresas estatales. La acumulación capitalista hecha por las empresas públicas y la transformación por el Estado del conjunto de la riqueza nacional (minerales, captación de minerales, tierras, caminos, etc.) en puestos necesarios y disponibles para la acumulación privada, son requisitos fundamentales para el avance del capitalismo asociado dependiente*”<sup>532</sup>.

Esto permite observar el grado de pobreza conceptual de aquellas tesis que quieren encontrar rígidamente reproducidas, en el contexto latinoamericano y nacional, las viejas clases sociales clasistas que justificarían la reiteración al infinitum y con una esterilidad sin límites, del tranquilizante esquema de que, al fin, lo único que hay son dos clases: burgueses privados y proletarios.

Esta nueva fracción de burguesía de Estado o burocrática, o de “políticos-empresarios”, intenta, además, poner a nuestra economía nuevamente a la cola de los intereses de las grandes transnacionales, ya que pretende trasladar a nuestro territorio procesos al-

tamente peligrosos o contaminantes, en una nueva etapa de división internacional del trabajo.

Constituye, asimismo, una nueva fracción de clase que explota doblemente: por la vía de la imposición fiscal y la dominación estatal y por medio de la extracción de plusvalía en las empresas del Estado. Si bien deriva beneficios directos e indirectos susceptibles de privatizarse, en medio de un clima apto para una agudización creciente de la corrupción administrativa, el centro principal de su atención radica en el privilegio que le depara su función. Esta, fundada en los recursos y la autonomía prácticamente sin límites de las respectivas instituciones y empresas públicas, reúne el beneficio del ejercicio del poder con el disfrute de ventajas materiales no despreciables, y sin los riesgos inherentes a una labor económica susceptible de ser evaluada a la luz de los criterios de interés público y social, la ineficiencia y el desperdicio se legitiman a partir de una pseudocrítica de los criterios capitalistas, que de nombre se rechazan pero que en la práctica se aplican y defienden en las relaciones internas de cada entidad, y se justifican en aras de una redistribución del ingreso nacional, pero en sus expresiones más negativas.

Estamos, pues, en presencia, independientemente de los términos ideologizados con que se quiera encubrir el fenómeno, de un caso típico de capitalismo de Estado de país subdesarrollado, asociado a las empresas multinacionales. Es este una de las nuevas manifestaciones de la dependencia y asociación subordinada de nuestro Estado con el capital financiero internacional.

Sin embargo, este proceso está lleno de contradicciones sociales y políticas de enorme significado. Porque “en el proceso de ejercer la soberanía y de instrumentar empresarialmente al Estado para hacerlo históricamente capaz –contradictoria y simultánea-

532 Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, “Estado y proceso político en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 2 (1977): 374, Cfr. Fernando Henrique Cardoso, “Consumo de la teoría de la dependencia”, *El trimestre económico*, n.º 173 (1977): 48 y ss. y nota 15, Cfr. Guillermo O’Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, *Revista Mexicana de Sociología*, (1977): 9 y ss. También y muy especialmente útil para el tema el artículo de Marcos Kaplan, “E. Leviatán criollo: Estatismo y sociedad en América Latina contemporánea”, *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 3 (1978): 795 y ss. Felipe Portocarrero, “El Estado y el capital internacional en el Perú”, *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 3 (1978): 977 y ss. Ver asimismo: D.A. Gold y otros, “Aportaciones recientes a la teoría marxista sobre el estado capitalista”, *Monthly Review*, n.º 8/9 (1978), 93 y ss; número monográfico doble dedicado a la teoría del Estado. Será de gran utilidad el estudio de Henri Lefebvre, “De l’Etat”, *Collect 10/18* (1978), particularmente los III y IV dedicados al modo de producción estatal y a las contradicciones del Estado Moderno.

mente— de permitir la acumulación internacional y realizar la acumulación local, el Estado empresarial-represivo se separa de la Nación. Esta es la contradicción específica de la forma actual del desarrollo dependiente latinoamericano. Por un lado, “desarrollo”, soberanía como atributo de las clases dominantes y, al mismo tiempo, como tareas prioritarias del Estado, de sus burocracias y de las clases dirigentes; por otro la dimensión “nacional-popular”, ajena, si no opuesta, al Estado”<sup>533</sup>.

Rescatar esas contradicciones, explicitarlas y situarlas en el contexto dinámico del desarrollo político-económico nacional, es una tarea esencial de la ciencia social latinoamericana.

## V

Se trata, pues, de un fenómeno de proyección latinoamericana, que no obvia, sino que coloca en una nueva dimensión, urgida por las transnacionales y el nuevo carácter de la dependencia, la condición subdesarrollada y subordinada de nuestras economías y sociedades.

Por eso, consideradas “desde la perspectiva de las clases dominantes o desde las clases populares, tanto la pugna entre las clases como la propia relación fundamental de dependencia encuentran en la forma y en la naturaleza del Estado el lugar crucial por donde pasa la historia contemporánea”<sup>534</sup>.

La cuestión del Estado deviene, en tal caso, uno de los problemas centrales del accionar político no solo en cuanto centro mismo de lo político (la cuestión del poder), sino en cuanto a la naturaleza, alcances y perspectivas de su intervención. Así el estatismo más “progresista”, al interior de nuestras sociedades y de cara a los sectores oligárquicos tradicionales, puede resultar de hecho el más reaccionario y antinacional,

por implantar a nivel local la penetración expansiva de las grandes multinacionales.

Frente a los imperativos y condicionantes externos, para el crecimiento económico y el resguardo frente a los intentos de transformación del orden existente, la respuesta de los grupos dominantes locales en América Latina y en nuestro propio país ha sido la mezcla entre un Estado represor y un Estado empresarial. “Lo que da posibilidades de dinamismo a esta forma estatal, y lo que lo caracteriza no es el aspecto burocrático que pueda haber asumido en algunos países, sino su aspecto empresarial, lo que lo lleva a aliarse en la producción a las empresas multinacionales. De algún modo, el Estado pasó a ser, en la fase de desarrollo dependiente-asociado, el elemento estratégico que funciona como una exclusiva para permitir que se abran las puertas por las cuales pasa la historia del capitalismo en las economías periféricas que se industrializan”<sup>535</sup>.

En este sentido, el movimiento contradictorio que intensifica las relaciones entre el sector público de la economía y las corporaciones multinacionales se proponía, en las exactas palabras de Cardoso y Falletto (1977), “algo que no era común en la tradición estatal latinoamericana: la relación entre las empresas extranjeras no se haría mediante asociaciones con la burguesía local, sino con el propio Estado, y no con este solo como expresión del orden político, sino con empresas públicas creadas por él que pasarían a funcionar como corporaciones”<sup>536</sup>.

No se trata, desde luego, de las funciones clásicas del Estado, de reglamentación y garantía de las actividades privadas, ni de darle al capital acceso a la riqueza nacional para permitirle una expansiva acumulación capitalista. Si bien tales funciones continuaban existiendo, “lo específicamente nuevo es la expansión de la inversión productiva directa por el Estado, en sectores capitalísticamente rentables”<sup>537</sup>.

533 Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falletto, “Estado y proceso político en América Latina”, 384. Para un caso específico con enfoque diferente, ver Antonio Murga Franssinetti, “Estado y burguesía industrial en Honduras”, loc. cit., 595 y ss.

534 Loc. cit. Cardoso y Faleto, “Estado y proceso político en América Latina”, 374.

535 Cardoso y Faleto, “Estado y proceso político en América Latina”, 376.

536 Cardoso y Faleto, “Estado y proceso político en América Latina”, 376.

537 Cardoso y Faleto, “Estado y proceso político en América Latina”, 376.



En estas condiciones, las empresas nacionales caen bajo la hegemonía tanto del Estado como empresario, que privilegia sus empresas públicas, como de las transnacionales, a las cuales aquel resulta asociado por muy diversos canales. En economías más fuertes con mercados más amplios y con mayor riqueza en recursos naturales, es dable esperar el surgimiento de posibilidades de inversión pendiente para las burguesías locales. Pero en economías raquíticas, como la nuestra, tal posibilidad se anula y las resistencias antiestatistas devienen cada vez más débiles e inútiles.

Las formas políticas de este proceso pueden variar y está comprobado, prácticamente, que se pueden dar combinaciones que faciliten la articulación entre empresas multinacionales y sector público sin dar origen, de manera inmediata, a un régimen burocrático-autoritario (militar)<sup>538</sup>, como ha sido el caso de Venezuela.

Pero esta situación es siempre transitoria y conduce a enfrentamientos decisivos, entre las diversas fracciones y grupos de clases del sector dominante y los sectores populares, con demandas crecientes, no solo económicas y sociales, sino también —y principalmente—, políticas.

En el caso costarricense, el universo que se ha ido configurando muestra una gama de sectores y fracciones de clase muy diversos, con orígenes, formas de inserción en la vida económica, social y política, vinculaciones y grados de dependencia con el capital extranjero, particularmente diversos. La burguesía gerencial integracionista, los sectores agro-exportadores tradicionales, el grupo comercial-importador, los empresarios-políticos y la burguesía burocrática propiamente, integran esa abigarrada complejidad social contemporánea de nuestra economía y sociedad.

Lo característico aquí no es tanto su surgimiento como la circunstancia, realmente particular y plena de significado, de que todos esos grupos y fracciones han ido adquiriendo una fuerza relativa capaz de asegurarles un puesto en la vida económica, social y política nacional. Pero, de tal manera, resultan incapaces de establecer, por su propia debilidad orgánica,

su propio proyecto hegemónico al todo de la sociedad nacional. Con fuerza suficiente para existir, pero insuficiente para vencer, el resultado es una neutralización recíproca de cada fracción, que asume las manifestaciones más inesperadas, entre las que destaca la apropiación de áreas completas y relativamente aisladas del aparato del Estado para implementar sus propias políticas y satisfacer sus específicas necesidades: hacienda, industria y comercio, unos; CODESA y empresas públicas, otros, etc.

Esta situación reformula, en términos inéditos, la cuestión del cambio democrático y la naturaleza del poder del Estado en un proceso de esa naturaleza. No se trata ya tanto de la simple cuestión de un modelo como de la necesidad que nace de la estructura misma de nuestra economía y sociedad.

Es preciso, por todo ello, unir en una afirmación nacional soberana, democrática y pluralista, sustentada en un desarrollo económico nacional independiente, a las diversas clases, grupos y fracciones objetivamente interesados en la preservación de Costa Rica como una sociedad económica y nacionalmente viable, con las características políticas indicadas. La conformación de un bloque social nuevo en el poder, capaz de sustentar, histórica y políticamente, la conformación de una nueva democracia nacional en nuestro país es la única alternativa real a la paralización y estancamiento que vive nuestro Estado, y que se manifiesta en el agotamiento programático, ideológico y político de los sectores y partidos políticos dominantes y tradicionales.

Solo así sería posible comprender y superar el meollo de la forma actual de “la contradicción entre Estado, pueblo, Nación y desarrollo, que se plantea en términos de lo que Gramsci llamaba relación de hegemonía: la capacidad de dirigir, proponiendo los modelos culturales propios que puede tener una clase con aspiraciones a ejercer la dominación”<sup>539</sup>.

Todo lo cual sustenta la afirmación con que concluimos este trabajo, de que la única perspectiva nacional liberadora de nuestro pueblo, y toda posibilidad real de emancipación pasa, como condición previa histó-

538 Cardoso y Faletto, “Estado y proceso político en América Latina”, 379.

539 Cardoso y Faletto, “Estado y proceso político en América Latina”, 387.



ricamente insoslayable, por la tarea de desarrollar en Costa Rica una *nueva democracia nacional*, que ponga un nuevo bloque social en el poder, que garantice un desarrollo económico independiente, un pluralismo político verdadero y la libertad personal de cada uno de sus ciudadanos, al eludir los monstruosos peligros, hechos ya realidad en otras latitudes, de las deformaciones burocráticas del capitalismo monopolista de Estado.

# Ensayos



## Costa Rica: problemas actuales de una revolución democrática. Ensayo de interpretación

1977

### Ensayo de interpretación

La configuración de una democracia liberal y un Estado de derecho en Costa Rica constituyen uno de los logros más importantes de nuestro pueblo. Es indudable que este ha podido impulsar políticas y cambios institucionales significativos gracias a la existencia de canales de participación política que no han existido en otras latitudes.

Sin embargo, esta situación ha ocasionado errores de tres tipos:

- a. El error liberal.
- b. El error revisionista.
- c. El error trotskista-anarquizante.

Por lo que hace al primero, la actitud que se ha desarrollado es simplemente contemplativa. La democracia liberal es identificada con “la” democracia; su esencia es política y formal –carece de un contenido clasista–; no es simplemente resultado de una larga evolución histórica de luchas y forcejeos de diversa violencia y, por lo tanto, con un pasado y un porvenir, sino que es punto final de llegada. No es proceso vivo que expresa etapas de desenvolvimiento histórico, sino momento cristalizado que debe ser objeto de adoración supersticiosa. El populismo, que se quiere socialdemócrata, no va más allá de esta visión liberal. A lo más que llega es a formular observaciones acerca de la necesidad de políticas asistencialistas, que cambien un poco las cosas para que queden como están.

La capacidad de olvido de los liberales, que deambulan por un mundo ajeno a sus doctrinas desde finales del siglo pasado, resulta así notoria. La idílica demo-

cracia liberal costarricense, presentada en los textos de educación cívica como una especie de Palas Atenea política, nacida de la cabeza del buen Zeus completamente armada y lista, no tiene nada que ver, en su formación y desarrollo, con las luchas y contradicciones sociales de estos dos siglos. Toda la legislación limitativa de la participación política durante el siglo pasado; la serie de golpes y contragolpes que marcaron el desarrollo institucional patrio en ese período; las formas de elecciones indirectas y públicas, que ponían en poder de los grandes cafetaleros el manejo de la sacrosanta voluntad popular; los fraudes, asonadas golpistas e imposiciones, que caracterizan todo el quehacer electoral y político de este siglo XX, amén del golpe tinoquista y la guerra civil de 1948, que se quieren presentar como únicos y excepcionales, son el verdadero telón de fondo donde se recortan las conquistas democráticas de nuestro pueblo.

El reconocimiento de estos hechos, que por ser evidentes no requieren demostración, ha conducido a algunos grupos críticos de la democracia liberal criolla a desentenderse de sus logros y a remarcar sus deficiencias. Al sobrestimar su condición de instrumento de dominación e insistir en su naturaleza clasista y mitificadora, los grupos trotskista-anarquizantes (Castristas) han relevado de toda significación a los logros reales y positivos que las instituciones democrático-liberales constituyen para nuestro pueblo y sus luchas. Al anatematizar sus deficiencias y obnubilados ante sus conquistas, dichos grupos anarquizantes no han podido captar, a cabalidad, toda la hondura y trascendencia democráticas, que han pasado a ser un estilo de vida y un modo de existencia política para nuestro pueblo.

Incapaz, a su vez, de proponer una síntesis superadora, el revisionismo ha terminado atrapado entre dos aguas: cantando loas a la democracia liberal, que le permite bien llevar una existencia pedestre y acomodaticia, alza de vez en cuando su voz, como para que se le recuerde, criticando este o aquel aspecto secundario de la democracia liberal burguesa. Pone el revisionismo así a sus seguidores a jugar el papel de críticos desde la izquierda, pero sin constituir ni alternativa real a la democracia liberal, ni amenaza a la clase que la utiliza para ejercer su dominación. Con ello, el revisionismo convierte al marxismo en la práctica, en un elemento funcional y útil para el mantenimiento del sistema de capitalismo dependiente y subdesarrollado, que agota al país, y muestra, de pasada, la esterilidad ideológica y política de su eclecticismo oportunista.

Desde luego, esta crisis de instituciones, planteamientos ideológicos y alternativas políticas obedece a causas profundas que la originan, determinan su profundidad y le señalan las alternativas posibles. Conviene, por esto, detenernos en las posibles causas materiales e intelectuales de la crisis de la democracia-liberal que afronta nuestro país, y, en primer término, en la formación de su estructura económica atrasada, su régimen político-social avanzado, sus clases y su Estado.

Nota: El presente ensayo de interpretación resume algunas de las ideas centrales del libro del autor, de próxima aparición *Estado y lucha de clases en Costa Rica*. De la conquista a nuestros días. Ahí se dan los detalles de las fuentes. Aquí únicamente se incluyen algunas fuentes ilustrativas. Lo que ha interesado al autor es adelantar una discusión sobre lo que él denomina la nueva burguesía burocrática y las particularidades de la gestión estatal en Costa Rica.

## Capítulo I

### **Costa Rica: Formación de su estructura económico-social subdesarrollada y dependiente con un régimen político social avanzado<sup>540</sup>**

Costa Rica es un país que desarrolló un régimen económico-social similar al que apareció en toda América luego de la conquista española. Como colonias de España, con una herencia aborígen de importancia variable pero generalizada, nuestras economías fueron adaptadas a las necesidades y concepciones económico-sociales del conquistador. La distribución de tierras, la jerarquización social y los métodos productivos, siguieron patrones españoles, modificados por las particulares condiciones de la tierra americana.

Aunque se discute hoy día acerca de un eventual modo de producción dependiente, dicho concepto no parece resolver en realidad los problemas de las características productivas de la América Latina y resulta así al menos muy discutible desde el punto de vista teórico. Por esa razón, y dado que nuestra vida independiente se desarrolla a partir del siglo XIX, pareciera conveniente introducir la categoría de sociedades precapitalistas, como concepto meramente instrumental para caracterizar la estructura productiva colonial e inmediatamente post-colonial de nuestros países. Esa herencia colonial, que estructuró nuestra economía, al atender fundamentalmente a las necesidades y orientaciones de la metrópoli española, además de las lógicas necesidades primarias de subsistencia de los pobladores, desde un inicio va a conocer una significativa participación del aparato del Estado en la economía y una deformación endémica de su organización económica. Bastaría citar aquí los estancos o monopolios del tabaco y del aguardiente, con base en la caña de azúcar, para constatar esa particular significación del papel del Estado. Recuérdese que ambos fueron la fuente principal de ingresos durante la Colonia y durante bastantes años del período republicano. La llegada del café acentuó ese fenóme-

540 El fundamento de este capítulo se encuentra en las obras del Autor, *La formación del Estado en Costa Rica* y *La crisis de la democracia liberal en Costa Rica*, así como: Samuel Stone, *La dinastía de los Conquistadores* (San José: Universidad de Costa Rica, Facultad de Derecho, 1971).

no: vinculados comercialmente con Inglaterra, principalmente, el efecto estructurador de esa relación comercial no tardó en manifestarse en nuestro país. Las grandes utilidades derivadas de la exportación de café impulsaron a los productores nacionales a reorientar su producción hacia la exportación. A su vez, la necesidad de facilitar su integración al mercado capitalista mundial, orientó el desarrollo de las vías de comunicación en ese mismo sentido. La población se concentró en la meseta central y, de rebote, con el acceso a las ventajas de un intercambio comercial que estimulaba nuestro café y ofrecía, con créditos, sus mercancías manufacturadas, se desarrolló un comercio importador significativo.

Las consecuencias económicas más importantes para nuestro estudio fueron las siguientes: al optar por la producción cafetalera —que era pagada en oro— y llegar incluso a provocar crisis de subsistencias, se unilateralizó nuestra economía y se reforzó con ello el carácter monocultivista de nuestra producción. Por otro lado, la posibilidad financiera y mercantil de tener acceso a los productos manufacturados de los países que habían tenido su revolución industrial, hizo relativamente superflua la necesidad de desarrollar una industria propia, riesgosa y con serias limitaciones estructurales, ya que esta podía ser suplida mediante el intercambio comercial con la metrópoli. La necesidad de desarrollar vías para mantener la comunicación con el mercado capitalista mundial determinó una política de financiamiento externo que gravó fuertemente nuestra economía y nuestras finanzas públicas. Conviene recordar aquí la historia de los empréstitos ingleses.

Las consecuencias sociales se manifestaron así: la conquista española no solo estableció una dominación externa sobre las comunidades aborígenes existentes en el país, sino que instauró una jerarquización social extraordinariamente compleja, muy alejada de

la idílica igualdad con que a veces se ha querido presentar la realidad colonial. Sin embargo, esa diferenciación era estamentaria aunque, desde luego, con significativas consecuencias económicas. Es interesante constatarlo así en el Cuadro 1 que se adjunta, elaborado por el historiador Castro Tossi (1964).

Con el desarrollo del cultivo del tabaco y de la caña de azúcar, sobre todo en la región de San José, se generaron condiciones favorables para que surgieran individuos que, gracias a su condición económica, podían jugar un papel social y político relevante, antes reservado a los titulares de los privilegios de familia. Así, a la condición económica siguió un ascenso en la condición social y política. *Se crearon, con ello, las premisas para pasar de una diferenciación estamentaria de tipo precapitalista a una naciente diferenciación clasista de raíz capitalista.*

Socialmente, la relación con Inglaterra sobre todo, originó un grupo *agroexportador*, dedicado a la producción cafetalera, a su laboreo y exportación. Los sectores dominantes lo fueron los beneficiadores y los exportadores de café. Los sectores dominados, la multitud de pequeños productores y sus familias, que al arruinarse por la usura y otras causas, pasaron a constituir la masa de peones proletarizados y semi-proletarizados, una de cuyas manifestaciones es el conocido fenómeno del latifundio.

Asimismo, surgió un sector *comercial importador*, dedicado a comercializar los productos manufacturados procedentes de los países industrializados. Tanto este como el grupo exportador dominante tuvieron la función de financiar la producción cafetalera mediante el conocido sistema de adelantos, que implicaba préstamos con usura lo que, institucionalmente, se expresó en diversos intentos de fundar bancos comerciales en el país.

**Cuadro 1**  
**Estratificación de la población colonial en Costa Rica**

Raza	Española	Mestiza	India	Parda	Negra
Clase superior	Hidalgo	Hidalgo	Noble	Honrado	
Media	Otros	Honrado	Honrado		
Inferior		Mestizos bajos Cholos	Naboría Tributario	Pardo Zambo	Octarón Cuarterón Tercerón Mulato

Fuente: Norberto de Castro y Tossi, "La Población de Cartago en los Siglos XVII y XVIII"<sup>541</sup>.

Cuarterón:  $\frac{1}{4}$  indio y  $\frac{3}{4}$  español.

Cholo:  $\frac{3}{4}$  indio y  $\frac{1}{4}$  español.

Honrado: Término de respetabilidad.

Mulato:  $\frac{1}{2}$  español y  $\frac{1}{2}$  negro.

Naboría: Indio distribuido como servidor.

Octarón: Hijo de mulata y español con  $\frac{1}{8}$  mulato y  $\frac{1}{5}$  español.

Pardo: Mezcla indefinida de las tres razas fundamentales, siempre con la negra: atezados, loros, prietos, etc.

Tercerón: Hijo de mulata y español.

Zambo:  $\frac{1}{2}$  indio y  $\frac{1}{2}$  negro. Un zambo que vivía con los indios se llamaba Zambahiga.

Es en este contexto en que deben situarse otros sectores, como la pequeña burguesía urbana, entre la que destacan los empleados y, sobre todo, el artesano nacional.

Las consecuencias políticas de esta particular vinculación de nuestra economía con el mercado capitalista mundial son de dos órdenes: internas y externas.

*Internamente*, a la pirámide social, constituida por una amplia base de peones y pequeños productores de café, con sus respectivas familias, y un vértice de exportadores-beneficiadores, grandes comerciantes y prestamistas, se le agregó una pirámide política. Esta pirámide política concentró, en un pequeño sector de la población, el poder político ejercido tanto de manera directa por los grandes propietarios, como de manera indirecta a través de una pequeña burguesía urbana intelectual (abogados sobre todo), que ejercían una dominación política en el interior del país, la cual guardaba una relación directa con el poder social y económico derivado de la vinculación de nuestra economía y sociedad con el mercado capitalista

mundial. Esta forma de dominación originó, desde el punto de vista legal en la historia constitucional de Costa Rica, un sistema seguido tradicionalmente por los sectores de burguesía para restringir la participación popular en las esferas de poder. Primero, se establecieron criterios censitarios para otorgar el derecho de elegir y ser electo. Según el sistema censitario, era preciso tener cierta cantidad de bienes o de dinero para adquirir el derecho de participar como candidato o como elector. Cuando las parcelas de café subieron de precio, muchos de los que anteriormente estaban excluidos por el sistema censitario de participar en el sistema político nacional, vieron valorarse sus propiedades hasta el nivel requerido para participar en dicho proceso, así que el sistema se varió. El sistema censitario fue sustituido por la condición de saber leer y escribir, lo que en aquel entonces (1860) solamente sabía hacerlo el 10 % de la población. Es decir, una forma de exclusión de la participación popular fue sustituida por otra más efectiva. Sin embargo, estas modificaciones no estuvieron exentas de contradicciones. Recuérdese simplemente que en 1862 va a ser cuando, por primera vez, se declara en

<sup>541</sup> Norberto de Castro y Tossi, "La población de Cartago en los Siglos XVII y XVIII".

Costa Rica la enseñanza primaria gratuita, obligatoria y costada por el Estado. Esta conquista proviene justamente de elementos que, al haber salido de los sectores cafetaleros tradicionales, van a constituir ese movimiento –tan interesante desde el punto de vista de las ideas políticas, sociales y culturales del país, y desde el punto de vista de la diferenciación social de Costa Rica– llamado el Grupo del Olimpo, a que ha hecho larga mención el Dr. Stone (1971) en su obra “La dinastía de los Conquistadores”.

*Exteriormente*, los vínculos establecidos por la sociedad costarricense fueron vínculos de una naturaleza dependiente con los países importadores de café y vendedores de manufactura. Sobre esta base, no tardó en proyectarse esa dependencia a todos los campos de la vida nacional: lo económico, cultural, tecnológico, etc.

La orientación dependiente en lo exterior reforzaba el tipo de dominación establecida en el interior, y viceversa; la dominación en lo interno reforzaba la orientación dependiente en lo externo.

La penetración del capital extranjero en la producción de banano, en los transportes, comunicaciones y servicios (UF Co., Electric Bond and Share, Northern, Pan Am, etc.) fortaleció la naturaleza dependiente de los vínculos económicos y políticos de nuestra sociedad. Debe señalarse, sin embargo, que en el caso de las últimas empresas, la orientación de los vínculos se modificó pasando de concentrarse en Inglaterra a los Estados Unidos.

Debe señalarse que también la naturaleza de la relación se modificó. De una relación unilineal, propia del acto de comercio (una mercancía que se vende, un precio que se paga), se pasó a una relación mucho más compleja: el establecimiento *in situ* de la inversión extranjera con todas sus consecuencias.

Esta estructura económico-social impulsó cierto tipo de desarrollo y cambio en Costa Rica, sobre todo en las áreas cultivadas de café. Como algún autor lo ha dicho, se formó una cultura del café y, según hemos visto, toda una estructura social y política paralela a la pirámide productiva de ese cultivo.

Asimismo, pronto se manifestaron las deformaciones inherentes a un tipo de producción de esta naturaleza y condiciones, que marcaron a nuestra economía con notables atrasos en diversos campos esenciales de la vida moderna.

Hubo retraso en la estructura agraria del país. Aparte de los problemas del monocultivo, los sistemas productivos permanecieron estancados. La población se distribuyó de manera tal, que aun hoy día el 63 % de la misma es rural. Lo que algunos llaman infraestructura económica del país –infraestructura en un sentido no marxista– se concibió y adaptó plenamente a las necesidades de la producción cafetalera, relegando a un plano muy inferior su atención en otros campos. Estos problemas agrarios, que no eran solo de nuevas tierras, sino de utilización racional de estas, de incorporación masiva del campesinado a la vida económica nacional, como fuente de producción y consumo y, sobre todo, de liberación de mano de obra no utilizada –o subutilizada– en el agro, para incorporarla a otras actividades económicas, etc., se vieron agravados a partir de los años 50. En este período, se manifiesta un salto demográfico que coincide con el agotamiento de la frontera agrícola del país. Las tierras vírgenes comienzan a ser acaparadas, muchas de ellas con fines de especulación más que de producción, y las presiones de la población agraria agudizan conflictos inéditos en la vida nacional. Se desarrolla ahí el precarismo, como cuestionamiento más o menos violento de la estructura de tenencia de la tierra en Costa Rica y, como excrecencia social de la caducidad de dicha estructura, aparecen los cinturones de miseria que aquí conocemos como tugurios.

Hubo retraso también en la estructura industrial. Hasta fines de la década del 50, las necesidades fundamentales de productos manufacturados eran satisfechas mediante la importación. La producción nacional en ese campo ocupaba un 4 % del producto interno. La tecnología utilizada, dado el raquitismo del mercado, era atrasada y de escasa productividad. El sector social dedicado a esta producción, era muy reducido y con un peso muy limitado en la vida social del país.



Con la formación del Mercado Común Centroamericano, lo que se hizo fue adoptar la política de sustitución de importaciones, que ya manifestaba su frustración y limitaciones en la América del Sur, donde la CEPAL la había aplicado en la década del 50 o década del desarrollismo.

Ciertamente la producción industrial aumentó sensiblemente. Su participación en el PIB se acercó sustancialmente a la del sector agropecuario, en particular, a la producción cafetalera. Socialmente, aumentó el número de trabajadores de la rama industrial, aunque en forma más bien limitada. Pero tal política de industrialización no solo tenía los límites claros de la sustitución de importaciones, sino que se nutría de insumos y tecnología que debían importarse del exterior y ser cubiertos a precios de monopolio. Con ello, el problema industrial del país, su retraso y limitaciones, si bien cambiaron de forma y carácter, esencialmente dejaron sin resolver la cuestión fundamental del desarrollo industrial nacional, autosostenido e independiente.

El atraso se manifestó también en el control nacional de los recursos naturales y en la posibilidad de su utilización racional y productiva.

En efecto: la potencialidad costarricense en recursos naturales se vio acompañada de una debilidad financiera, económica y tecnológica crónicas. Esto hizo que la tendencia fuera a resolver el problema de la utilización de los recursos naturales por intermedio del capital extranjero. En algún caso, se ha podido evidenciar una política de parte de este capital de constitución de reservas más que de explotación de riquezas, como parece haber sido el caso de la ALCOA y sus concesiones de bauxita en la zona de San Isidro del General.

Claro está que el problema del control efectivo sobre los recursos naturales depende sustancialmente de la posibilidad de explotarlos e incorporarlos productivamente a la vida económica nacional. Esto ha provocado un largo proceso de recuperación de los recursos naturales del país bajo control extranjero, que muestra una curva de inflexión descendente hasta 1960 y ascendente a partir de entonces. Desde luego, la situación presenta tendencias y contratendencias, pero la apertura casi irracional de nuestras econo-

mías al capital extranjero durante el Mercomún, ha vuelto a plantear con enorme agudeza la cuestión del control, recuperación y manejo productivo de los recursos naturales del país. No solo lo referente a minas, recursos marítimos y pesqueros, hidrocarburos y minerales, sino tierra y playas.

No menos importante es la cuestión de la política exterior del país, y su orientación independiente. Particularmente, esto adquirió un especial significado en el momento de tomar decisiones orientadas a ampliar nuestras relaciones comerciales y diplomáticas a mercados no tradicionales. Como es sabido, diversas fuerzas externas se movilizaron para presionar al gobierno en un sentido contrario, llegando a producir una crisis que no por sorda fue menos aguda. Ciertamente la existencia de superpotencias, la aparición de nuevos centros mundiales de poder que cuestionan la bipolaridad y, sobre todo, la constitución de un bloque de naciones subdesarrolladas o tercermundistas, ha facilitado el fortalecimiento de la posibilidad de una política exterior independiente.

Estas manifestaciones de atraso económico:

- estructura agraria y régimen de tenencia de la tierra;
- ausencia de una industrialización nacional autosostenida;
- enajenación de recursos naturales a manos extranjeras;
- y ausencia de una política exterior realmente independiente,

señalan tareas esenciales que constituyen el núcleo mismo de lo que en la historia política y social se conoce como las “revoluciones burguesas”. Estas revoluciones, a partir del siglo XVI, realizaron las tareas apuntadas, en diversos grados y en condiciones muy distintas. La transformación agraria en Inglaterra y Francia, en momentos y condiciones diferentes; el desarrollo industrial acompañado de un movimiento social extraordinariamente complejo, como fue la llamada revolución industrial —que transformó la agricultura, los transportes, la industria, etc.—; el control de los recursos naturales propios, base de una políti-

ca nacionalista que reiteradamente condujo a conflictos armados en Europa; la consecución de una independencia real, no formal, que facilitara una política frente a otras potencias, no solo independiente, sino de vocación nacional y patriótica, simbolizada por la lucha de los Países Bajos contra el dominio español, etc., pertenecen al patrimonio de ese gigantesco proceso de transformación social, que fue más allá de las meras convulsiones políticas para insertarse en lo económico, en lo social y en lo cultural.

La creación de instituciones políticas siguió a ese proceso trascendental de la cultura europeo-occidental. La institucionalidad desarrollada en los países que habían conocido una transformación de tal calibre fue el resultado y, a la vez, el clima propicio para nuevos desarrollos de esa base fundamental así transformada.

Por decirlo brevemente, el florecimiento de la institucionalidad democrático-burguesa siguió al desarrollo pleno de las relaciones capitalistas de producción en la agricultura, en la industria y el comercio.

Nuestro caso, según hemos visto, presentó modificaciones sustanciales con este modelo europeo-occidental. La base económica de nuestra sociedad presentó un atraso notable en todos los renglones esenciales que caracterizaron a las revoluciones burguesas modernas.

Sin embargo, nuestra institucionalidad sí logró avanzar notablemente, dándose el caso, relativamente paradójico, de que nuestro país tuviera un Estado de derecho con reconocimiento de las libertades individuales formales que consagra la constitución y con un arraigado respeto a la vida humana, al civilismo y a la utilización de medios persuasivos y educativos para el ejercicio de la dominación política. Es así que en Costa Rica se consolida una institucionalidad democrático-liberal avanzada, sobre una base económico-nacional atrasada y dependiente.

Este desfase o contradicción entre la infraestructura material o subdesarrollada y la superestructura jurídico-institucional, democrático-burguesa avanzada, planteó a la sociedad nacional problemas políticos fundamentales.

Es sobre esta base que se creó el espejismo en que han caído las corrientes populistas de Figueres y su partido —vestidos con ropaje socialdemócrata ajeno—, y el revisionismo pro-soviético —que se disfraza de socialista—. Ese espejismo radica en considerar posible la conservación del actual régimen democrático-burgués e introducirle modificaciones en su base económica para desarrollar un capitalismo nacional.

Esto, desde luego, implica el supuesto de que es posible en esta etapa de desarrollo imperialista, cuya principal manifestación pareciera resumirse en la actividad de las transnacionales, desarrollar un capitalismo nacional independiente. Cuando el representante criollo del revisionismo, Lic. Manuel Mora, sostiene públicamente que lo que se necesita en Costa Rica es un desarrollismo que garantice el mínimo vital para los trabajadores, bajo la dirección de los empresarios nacionales, la coincidencia con el Partido Liberación Nacional no solo es en el programa, sino en el error. Porque, en las actuales circunstancias, ese capitalismo nacional tiene límites muy claros de desarrollo, más allá de los cuales se ve forzado o a ceder el puesto a la expansión de las grandes multinacionales o a convertirse en socio menor de las mismas a nivel local. La absorción por la Grace, primero, y por la Colgate, después, de la fábrica nacional de galletas Pozuelo S.A.; o el caso del acuerdo de unión de INCESA/STANDARD para la fabricación de loza sanitaria, ejemplifican muy bien en nuestro país lo que venimos diciendo.

Los mecanismos que se desarrollan con la actividad de las transnacionales —por ejemplo, el ciclo producto que crea un movimiento circular mundial, donde las viejas mercancías son expulsadas por las nuevas; o bien, la estructura elitista del consumo promovida por el tipo de utilidad buscado o, en fin, la manipulación y control de los medios de comunicación colectiva para imponer determinados patrones de consumo—, constituyen todos ellos obstáculos insalvables para un desarrollo capitalista independiente. Tales mecanismos aseguran, por el contrario, una naturaleza dependiente y subdesarrollada de cualquier desarrollo capitalista nacional.

Lo importante aquí es retener que si bien nuestra sociedad, como tal, no escapa a leyes generales que rigen el mundo social, su formación histórica, cul-

tural, social y económica, muestra particularidades evidentes que exigen, de parte de científicos sociales y políticos prácticos, observar cuidadosamente esas particularidades, no para quedarse en ellas, sino para situarlas en el contexto más amplio de la realidad latinoamericana. Por eso, es necesario también dejar de lado el teoricismo estéril que paraliza cualquier acción concreta positiva y realista, y el practicismo estrecho que solo pone la mira en lo cotidiano e inmediato y omite los problemas más generales y fundamentales de la evolución social costarricense.

Es indudable que múltiples factores han concurrido a darle un cierto grado de participación a la pequeña burguesía en la vida política e institucional del país. Sin embargo, este proceso se acentuó, y podemos decir que, conscientemente, con los gobiernos del Partido Liberación Nacional y con la expansión creciente del aparato estatal. Sin embargo, la estructuración económica del país no fue capaz de generar una diferenciación clasista clara y definida, no tanto desde el ángulo ético, que algunos señalan, de “injusticias” o “desigualdades”, sino desde el punto de vista del desarrollo de la actividad económica y la modernización de la economía y las relaciones sociales de producción. No sería del todo infundada la hipótesis de que esta debilidad de las diversas clases sociales del país facilitó —y quizá podría decirse obligó— a una transacción de ellas en torno a la estructuración, funcionamiento y actividad del Estado, salvo el período dicho de la década de los 60 en el siglo pasado, cuando la llamada oligarquía cafetalera estableció y trató de perpetuar su monopolio del poder político y del aparato estatal.

Dicha transacción, desde el ángulo social y clasista, mantuvo un bloque de fuerzas sociales en el poder claramente definido: el bloque constituido por los grandes comerciantes, grandes cafetaleros, beneficiadores y exportadores, y demás elementos dedicados a la actividad financiero mercantil.

Este bloque social en el poder, al seguir el impulso de sus propios intereses, desarrolló una política de apertura al exterior y promovió una modernización relativa de la sociedad nacional. El impulso ferrocarrilero, por ejemplo, correspondió a las necesidades de facilitar la exportación de café. Los préstamos ingleses cumplían la función de obtener una brutal

ganancia como la que obtuvieron a costa nuestra, así como la de facilitar la inserción de nuestra economía en el mercado mundial.

La alianza con el capital extranjero —inglés y norteamericano sobre todo y, en menor medida con el alemán y el francés, por su orden—, se dio a través del bloque social dicho. Es así como penetran al país las compañías bananeras, de electricidad, comunicaciones, etc., y se desarrolla aquí un típico enclave de plantación.

El “proyecto” fundamental de desarrollo económico y social hasta los años 50 tuvo como eje fundamental lo que algunos autores han llamado “desarrollo hacia afuera”, lo cual significaba orientar todos los recursos humanos, financieros y productivos a la producción de bienes destinados a la exportación. En cierto modo esto correspondía, al menos en los aspectos inmediatos, a lo que usualmente se llama “interés nacional”, identificado en la práctica con los intereses del bloque social en el poder, considerado en su conjunto y al margen de las rivalidades de sus diversas fracciones.

Conviene retener aquí que, hasta los años 50, nuestro país mostró un atraso notable en el desarrollo de un sector industrial, activo y dinámico, capaz de reclamar para sí el poder político y una participación efectiva en el ejercicio del poder, con vistas a sus propios fines de modernización.

Todo esto hizo que, si bien el poder político pasó de manos de un grupo o fracción a otro, en lo fundamental el bloque social en el poder permaneció el mismo. Los cafetaleros vieron mermar su poder en aras de otros grupos sociales que reclamaban para sí participación en el ejercicio de dicho poder, y esto, en efecto, les fue restando poder y resquebrajando el trono con que se ilustra la obra del Dr. Stone. Pero la verdad es que los nuevos sectores surgidos al amparo del comercio, la finanza y el vínculo con el extranjero, solo ampliaron relativamente la extensión del bloque y terminaron fusionándose de un modo u otro con lo que hemos llamado el bloque dominante.

Sin embargo, el dominio ejercido por el bloque tradicional de poder tuvo que tomar en consideración a otros sectores, si no como elementos decisivos en la

determinación de los asuntos públicos sí, al menos, mediante el otorgamiento de determinadas garantías para ejercitar sus derechos y formular sus reivindicaciones.

El marco de lo que hemos llamado la transacción jurídico-institucional en que se consagró el poder del bloque tradicional, fue la constitución de 1871. Esta, reflejo fiel de las estructuras reales, jugó un papel decisivo en esa transacción de clases que estructuró a nuestro Estado como un Estado de derecho democrático-burgués.

Hasta ese momento, el país había contado con once constituciones o, por lo menos, cartas constitucionales. La definición del Estado se había hecho, fundamentalmente, con relación al exterior, concretamente a Centroamérica, fraccionada en violentas luchas intestinas.

A partir de 1871, se define y limita, consolidándolo, el poder del grupo cafetalero, se fijan normas claras para presionar e influir en el poder y se sientan las bases para una modificación paulatina de las normas fundamentales, al mismo tiempo que se consagra una participación activa y real de los otros sectores no cafetaleros en el poder del Estado.

Habría que esperar a las amplias luchas sociales que arrancan desde principios de siglo, que se proyectan en el Partido Reformista y, luego, en el Partido Comunista para rematar en el pacto entre Vanguardia Popular y el Partido Republicano Nacional, y así darle cabida a otro sector: lo que ambiguamente se ha llamado la clase trabajadora, o más exactamente los elementos asalariados del país, es decir, empleados, obreros y ciertas categorías artesanales, sobre todo de la ciudad. Como es sabido, el trabajador agrícola, a excepción del de las compañías bananeras, ha estado bastante desprotegido de los beneficios del riesgo profesional hasta hace poco tiempo —no aplicación de la ley de salarios mínimos, sin seguro social, etc.—.

La guerra civil de 1948 no logró superar las contradicciones internas de las diversas fuerzas que habían promovido la caída del gobierno de Picado. En el seno de los elementos insurgentes, había unos sectores que, proviniendo de las clases dominantes, se oponían a la legislación social, buscaban una concen-

tración del poder nuevamente en los grupos tradicionales y un ejercicio restrictivo de los derechos democráticos. Pero había otros que tenían otra visión, más democrática en lo político y avanzada en lo social.

La lucha en la Constituyente acerca de la base de discusión (si se utilizaría el proyecto elaborado por los miembros del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales o la vieja Constitución de 1871), era algo mucho más profundo que una discusión de doctrina constitucionalista. En realidad, se trataba de una discusión que planteaba la revisión histórica del “pacto de clases” de 1871 (permítaseme usar esta imagen) y la concesión de una influencia preponderante a las clases intermedias. Es significativo que este rol lo jugara, en el seno de la Constituyente, el grupo más destacado del llamado Partido Social Demócrata, núcleo del futuro Partido Liberación Nacional. Tampoco es menos significativo que la nueva concepción del Estado, que se abrió campo parcialmente en el híbrido que saliera de la Constituyente de 1949, acentuara la función asistencialista del mismo, impulsara su expansión y descentralizara el poder, promoviendo mecanismos que, sin duda alguna, repercutirían en una redistribución del poder político en beneficio de sectores medios.

Todo este cuadro vino a configurar, políticamente, un Estado que no se limitaba a las cuestiones de orden y seguridad, sino que tenía una participación creciente en la economía nacional.

Las medidas de los gobiernos del Partido Liberación Nacional que tradicionalmente se han querido ver como medidas “socializantes” o “comunizantes”, por lo demás continuadas y, en cierta medida, hasta fortalecidas algunas de ellas por los gobiernos subsiguientes de otros partidos, simplemente eran medidas que le daban un rol al Estado en la economía que este no hubiera tenido si en el país hubiera existido una clase social empresarial auténtica y con suficiente poder económico.

El Estado adquirió así la función que le asignara, en cierto modo, el viejo programa aprista: monopolizador de actividades económicas para facilitar el desarrollo de un capitalismo criollo, nacido al amparo del poder del Estado. Pero, además, con este tipo de medidas se sentaron las bases para el ascenso de di-

versos sectores –no pertenecientes al tradicional cafetalero oligárquico– y para la definitiva decadencia de este. Por eso, la política de participación estatal activa en la economía promovida por el PLN –de la cual la nacionalización bancaria no es sino una parte–, apareció a los ojos de los grupos desplazados enmarcada en el contexto político de la Guerra Fría, lo que permitió calificarla al menos de “socializante”. Esto hizo que el verdadero trasfondo de tal política se desplazara a temas ideológicos que no siempre permitieron precisar la naturaleza de las políticas económicas de cada grupo y sus consecuencias posibles y necesarias. Entre estas la más importante fue la aparición de un sector de burguesía burocrática que reclama y necesita el poder para sí.

Podemos entonces sacar las conclusiones siguientes:

- a) Nuestro desarrollo económico-social, si bien generó un sector agro-exportador dominante, vinculado al cultivo del café, lo mismo que un sector usurero y comercial importador, no dio origen a una verdadera burguesía industrial de tipo capitalista.
- b) Las relaciones capitalistas de producción en una escala significativa se producen, sobre todo, en el enclave bananero, originado en virtud de la inversión de capital extranjero.
- c) Nuestra economía debió desenvolverse en un período en que nuestra vinculación con el mercado capitalista mundial hacía presente en el interior de nuestra sociedad la potencia económica del capital extranjero, a través de empréstitos, inversiones, etc.
- d) La estructura económica, con el cultivo del café, sobre la base de la pequeña propiedad en que se producía la caña de azúcar y el tabaco, sustento de la producción colonial, conformó una estructura social determinada. La base de la pirámide (peones, asalariados agrícolas y urbanos) sostuvo a una numerosa capa de pequeños productores de café. Estos, a su vez, conocieron una concentración mucho más acentuada de poder económico financiero y social, constituida por los relativamente pocos beneficiadores de café. En la cúspide de

la pirámide, y estrechamente vinculados con los beneficiadores, se encontraron los exportadores de café, que, en las palabras de Rodrigo Facio, se quedaban con la crema del negocio cafetalero.

- e) La debilidad económica y financiera de las capas dominantes del país impulsó la tesis política de sectores sociales ascendentes, en el sentido de que el Estado debía tener una participación creciente en la vida económica nacional. Según este criterio, el Estado debía suplir la debilidad orgánica de las clases empresariales criollas –al aportar su concurso financiero y económico –, y vigilar por conservar para aquellas el campo de la actividad que todavía estas no podían desarrollar. Cumplía así el Estado, económicamente, una doble tarea: a nivel interno: ser vehículo de la acumulación de capital para impulsar el desarrollo económico; a nivel externo, enfrentar, al menos teóricamente y en la práctica con evidentes limitaciones, la avalancha de capital extranjero en las diversas ramas de la economía, al reservar, para los empresarios nacionales, un coto cerrado –en verdad, con innumerables portillos– para el desarrollo de su actividad empresarial. Lo primero, que era más bien capitalismo de Estado, algunos lo han confundido con socialismo o tendencias socializantes. Lo segundo, constituye el tinte débilmente antiimperialista de los movimientos políticos de esta orientación, notablemente el AD de Venezuela, el PLN de Costa Rica y el APRA del Perú.
- f) Políticamente, se constituyó un bloque de fuerzas sociales en el poder que, si bien dio participación creciente a otros sectores, marginados hasta hace muy poco, conservó en lo fundamental dicho poder para los grupos más poderosos de nuestra sociedad: los grandes productores y exportadores de café, los grandes comerciantes y, recientemente, los sectores industriales y empresariales del país. Desde luego, cada fracción trata de obtener para sí la mayor porción de poder posible. Pero, a pesar del éxito de una u otra o del fracaso de una tercera, lo cierto es que la acción del Estado promueve la consolidación del dominio de es-

tas clases en su conjunto. Sin embargo, es de la mayor importancia determinar el proceso de ascenso y descenso de cada fracción de clase dominante, sus orientaciones políticas e ideológicas, en la medida en que las consecuencias políticas y sociales del fortalecimiento de una u otras puede variar sustancialmente el desarrollo sociopolítico del país.

- g) Finalmente, el resultado de todo esto fue el desarrollo de un Estado altamente burocratizado y gigante, que abarca no solo las funciones administrativas tradicionales, sino que interviene directamente en la vida económica del país, como empresario capitalista y como guardián del sistema. Se crearon así las bases para el surgimiento de un nuevo sector de burguesía explotadora: la burguesía burocrática.

## Capítulo II

### El Estado en Costa Rica. Características de su papel

El Estado en Costa Rica ha debido jugar un papel decisivo en la economía nacional: a) como promotor (en el caso de los ferrocarriles y caminos de penetración) para desarrollar ciertas actividades económicas; b) como complemento en algunas actividades, en el caso, por ejemplo, de la participación del Estado en la compañía LACSA; c) como agente económico directo, en el caso del monopolio de licores y la banca nacionalizada; d) o bien, finalmente, como garante de actividades económicas privadas, lo cual se ha manifestado, en particular en los últimos tiempos, a través de los llamados avales a determinadas empresas en proyectos de gran envergadura económica. CODESA constituye un excelente ejemplo de ese intervencionismo estatal, que originó en nuestro país el surgimiento de un capitalismo de Estado y de una nueva capa explotadora: la burguesía burocrática.

La fusión y separación simultánea del Estado y la economía se iniciaron desde la Colonia. Los principales estancos, o monopolios de este período, fueron el estanco del tabaco y el del aguardiente. Ambos productos, a su vez, fueron la base de las finanzas públicas de ese período. Sobre ellos, se constituyó una burocracia colonial muy vinculada al poder político contra la cual chocaron los intereses privados de los productores. Las insurrecciones acaecidas entonces contra el monopolio, (inicialmente la de los productores de tabaco) muestran una contradicción con el aparato burocrático y su personal, que implementaba localmente la política comercial y productiva de la Corona. Los precios del monopolio, fijados de esa forma, solo servían para ejercer una explotación sobre el pequeño productor, que se veía mal pagado por su trabajo y forzado a vender a un solo comprador, a precio menor que el precio que podía conseguir fuera del monopolio. Sin embargo, la explotación del productor a través de múltiples limitaciones y de los injustos precios del monopolio no provenía de un mercado internacional de libre oferta y demanda, sino directamente del aparato burocrático del Estado colonial español. Con ello, las relaciones capitalistas de producción se veían fre-



nadas en su desarrollo, y el Estado y su maquinaria burocrática adquirirían una dimensión económica de grandes proporciones. La explotación de Guatemala y la Corona originaron la defensa del *laissez-faire* por parte de algunos contra la burocracia<sup>542</sup>.

Al menos en los primeros años, la independencia no cambió este panorama. Los problemas del contrabando, ya clásicos en el período colonial, continuaron haciéndose sentir durante los inicios del período republicano. Los estancos o monopolios continuaron existiendo y la burocracia ligada a ellos utilizó su posición para proyectar su influencia política, que reflejaba, por un lado, su influencia económica y, por otro, generaba dicha influencia.

El papel del Estado, en un inicio, se concibió como el de promotor de ciertas actividades económicas, que generaran las condiciones necesarias para su desenvolvimiento.

Una primera preocupación consistió en el desarrollo de una red mínima de caminos en la continua búsqueda de una salida al mar, y en la apertura del país a colonias e inmigrantes extranjeros que supuestamente “fortalecerían la débil sangre criolla”. La culminación de este proceso va a ser la política ferrocarrilera que tan pesadamente cargó en el erario público las finanzas del Estado. En este caso, se juntaron dos factores: de una parte, la necesidad local de sacar los productos al mercado exterior y, de otra, la necesidad del centro metropolitano de incorporar a su propio mercado interior a los países pertenecientes a la periferia mundial.

Debe mencionarse, aunque por su proyección indirecta, el esfuerzo educacional realizado en el país—desde antes de la independencia— con la creación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, costada por los propios vecinos de San José. Ciertamente los cursos impartidos entonces y posteriormente tuvieron como logro principal el disminuir el analfabetismo, pero no preparaban al educando para una proyección económico-social que trascendiera del ámbito

estatal al privado. El esfuerzo educacional se centró, sobre todo, en la producción de maestros y abogados: estos, vinculados a la actividad privada, pero impulsores de formas burocráticas de organización y actividad; aquellos, miembros por antonomasia de la planilla gubernativa, participantes y víctimas del botín político estatal de que hablaba Weber, van a condicionar de manera muy clara el desarrollo y la tendencia de crecimiento de ese aparato burocrático.

Se dan, en este período, múltiples decretos y leyes promoviendo el desarrollo. Sin embargo, lo más significativo de la intervención estatal en el desarrollo de la actividad económica, después del tabaco y del aguardiente, fue la política de Carrillo para impulsar el cultivo del café. La orientación seguida entonces, al concurrir condiciones de precio y mercado favorables, ayudaron al pujante desarrollo de la actividad cafetalera. El cultivo del café desarrolló una actividad económica privada que pasó a servir de sustento no solo a las finanzas públicas, sino a la vida toda del país. La actividad privada pudo desarrollarse así en varias esferas fundamentales: la cafetalera, vinculada al cultivo, al beneficio y a la exportación del café; la comercial-importadora, dedicada a la importación y venta de productos manufacturados provenientes de los países desarrollados; y, finalmente, la financiera, dedicada a suplir el efectivo necesario para la operación, tanto de las actividades comerciales a crédito como de los gastos de los “adelantos” para la producción de café.

En esta actividad financiera, sobre todo, fue necesaria cierta participación estatal, si bien no se trató de una intervención tan intensa como la que va a darse después de 1948 en la vida interna de los bancos, pero sí al menos respaldando y otorgando el beneficio del derecho de emisión de moneda, y asumiendo ciertos efectos negativos que se produjeron con motivo de las repetidas quiebras bancarias que cubren la historia nacional<sup>543</sup>.

Otro factor muy importante a valorar vinculado a los anteriores va a ser la presencia en el país de la inver-

542 Marco A. Fallas, *La Factoría de Tabacos* (San José: Editorial Costa Rica, 1972).

543 Soley, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*, T. II. Rufino Gil, Ciento cinco años de vida bancaria en Costa Rica y algunos hechos sobresalientes de nuestra economía (San José: Banco Central de Costa Rica, 1958). Jaime Daremblum, *Del cacao al colón: el desarrollo de la moneda y la banca en Costa Rica T. I* (San José: CIAPA, Manual mimeografiado, 1977).

sión extranjera, que va a crear un sector de economía capitalista avanzado en medio de un retraso secular de nuestra economía.

La penetración del capital extranjero abrió campo a nuevas actividades económicas y terminó de constituir lo que hemos llamado el sector privado de la economía del país. Con ello, quedaron definidas ciertas zonas económicas significativas: la privada, que abarcaba la actividad nacional y extranjera no controlada por el Estado, y la pública, convertida más que todo en botín político en cada campaña electoral. Es aquí donde los sectores medios urbanos encontraban refugio para su actividad.

El papel del Estado terminó proyectándose también sobre la actividad privada por excelencia: la cafetalera. No solamente va a tener el Estado una actividad orientada a satisfacer las necesidades de las clientelas políticas, sino que también ese Estado va a buscar, por diversas razones, intervenir en la actividad económica privada. Como dice y demuestra el Dr. Stone en su obra *sobre los cafetaleros*<sup>544</sup>, la intervención del Estado en el complejo del café empezó bajo la tercera administración de Ricardo Jiménez en los años 1932-1936 con una ley que reglamentaba las relaciones entre los pequeños y los grandes productores. En el año de 1933, se creó el Instituto para la Defensa del Café, que contaba entre sus delegados al Contador Mayor de la República, quien representaba al Ejecutivo en el seno de la institución. Esta participación del Estado en la actividad privada cafetalera tenía como meta estimular a los exportadores para que obtuvieran, a pesar de la depresión, los precios más favorables, y beneficiar a los pequeños productores de una manera relativamente equitativa en la cuestión de los precios. Dicho instituto (siempre según la opinión del Dr. Stone) estableció controles sobre el precio pagado por los beneficiadores a los productores, así como señaló la tasa de utilidad del beneficiador. Esta intervención sobre la actividad cafetalera se incrementaría notablemente al consolidarse en el poder el Partido Liberación Nacional y promulgarse la ley, actualmente vigente, que regula las relaciones entre productores, beneficiadores y exportadores de café<sup>545</sup>.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial y con motivo de la crisis de abastos, el Estado había iniciado en Costa Rica una política de intervención creciente en el control de la producción y comercialización de los productos de primera necesidad, como el azúcar, los granos básicos, el jabón, etc. También hubo intervención notable en la actividad privada con motivo de la regulación de las relaciones obrero-patronales y de la política de seguridad social, desarrolladas a partir de la reforma social que se iniciara en 1942 bajo el Gobierno del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia.

Si a ello se suman las restricciones al derecho de propiedad establecidas para la libre contratación inquilinaria, tenemos ya en la década del 40 el comienzo de la crisis del viejo Estado Liberal y el surgimiento de un tipo de intervencionismo estatal que algunos denominan Estado Benefactor. Este intervencionismo ha sido caracterizado por otros como estatismo y, particularmente, por los sectores liberales pertenecientes a la vieja oligarquía cafetalera como “de tendencias comunizantes”.

La actividad estatal en el gobierno del Partido Liberación Nacional ha tendido a mostrar, en efecto, una ampliación de la participación del Estado en la vida económica del país. Sin embargo, esa ampliación de la actividad estatal no se produce en virtud de una tendencia simplista hacia una socialización de la vida nacional, sino que obedece a causas mucho más profundas y complejas. De una parte, la participación del Estado por sí misma no implica en absoluto una tendencia socialista, como bien decía Friedrich Engels comentando la confusión que hacían algunos economistas y filósofos alemanes de su época acerca de la intervención del Estado como sinónimo de Estado socialista.

Esta confusión conducía al error de estimar a Bismarck como un gran socialista, porque había nacionalizado el sistema de ferrocarriles en Alemania. Desde luego, esta paradoja mostraba claramente que no se puede establecer un signo de igualdad entre estatización y socialismo. La participación del Estado, entonces, en la vida económica nacional, no ha naci-

544 Stone, *La dinastía de los Conquistadores*, 203.

545 Ley Reguladora de relaciones entre exportadores, beneficiadores y Productores de Café, Oficina del Café, San José, sin fecha.



do —como ha ocurrido en otros países— después de un largo proceso precedido por el predominio en la actividad económica de un sector privado de la economía. Por el contrario, en nuestro caso, el Estado, desde el período de fines de la Colonia y durante los primeros años de la vida independiente, ha tenido una participación en la vida económica nacional muy importante y decisiva. Ha sido una participación promotora del desarrollo económico: a través del impulso de la creación de caminos y vías de comunicación, primero; posteriormente, a través del desarrollo y monopolio de determinadas actividades, como aquellas que hemos analizado del estanco, del tabaco y del aguardiente, de la gasolina, la electricidad y los seguros, monopolios que, en el caso de los tres últimos, se mantienen hasta la fecha<sup>546</sup>.

También ha sido decisiva la participación del Estado en el desarrollo de ciertas actividades en unión de la empresa privada. En otros casos, ha sido el Estado la garantía o base para avalar el desarrollo de nuevas actividades empresariales.

En todos estos hechos, es importante señalar que, si la actividad del Estado ha sido decisiva, es en virtud de la existencia de una debilidad orgánica de nuestro capital nacional. El capital costarricense, en efecto, ha mostrado una notable debilidad que ha debido ser suplida por la participación directa del Estado en la actividad económica. Esto ha marcado el desarrollo del capitalismo en nuestro país. El capitalismo en Costa Rica, en esas condiciones, ha tenido, desde sus orígenes, una dimensión burocrático-estatal que ha marcado toda su existencia, al fortalecer la tendencia al desarrollo de un capitalismo de Estado.

Tenemos así dos líneas de actividades del Estado: una línea de participación en la actividad productiva propiamente dicha, y otra línea en la actividad distributiva a través de los servicios que el Estado presta a la comunidad. Pero estas dos líneas de acción en la vida social y económica del país, se juntan para darle al Estado costarricense un rol que le presta una particular fisonomía a su participación en la vida nacional. En estas condiciones, el desarrollo de un capitalismo de esta naturaleza va a encontrar un doble juego en el

país. Por una parte, un sector privado va a vincularse al aparato del Estado para desarrollar ciertas actividades económicas con el respaldo de ese Estado o por su intervención directa en la actividad privada. Estos sectores van a ocupar puestos importantes en la burocracia nacional y, desde allí, van a tratar de implementar el desarrollo de ciertas actividades económicas privadas. El Estado va a intervenir en aquellas actividades que todavía no pueden ser desarrolladas por el capital nacional. Sin embargo, en cuanto hay condiciones para que este capital nacional pueda desarrollar esas actividades, el Estado costarricense les cede el campo y viceversa. Cuando las actividades privadas comienzan a manifestar ciertas debilidades en su funcionamiento y no pueden ser sustentadas, las alternativas que se abren ante ella son dos: o son entregadas a la inversión extranjera y absorbidas por esta o, por el contrario, pasan a ser asumidas directamente por el Estado. En ambas condiciones, tenemos un juego de paso de la actividad estatal a la privada y de la actividad privada a la estatal. Por ello, el análisis del desarrollo del capitalismo en Costa Rica no puede ser hecho con los moldes y con las categorías con que se ha analizado tradicionalmente el desarrollo del capitalismo en los países desarrollados. Por el contrario, el estudio del capitalismo y su desarrollo en Costa Rica van estrechamente vinculados a la actividad y a las relaciones indisolubles entre ese desarrollo capitalista nacional y la actividad y participación del Estado en el surgimiento, desarrollo, particularidades y características del mismo.

Estas particularidades del desarrollo capitalista en el país, determinaron el surgimiento de una fracción de burguesía dominante —que pretende para sí el poder hegemónico en el aparato del Estado y que hemos denominado la burguesía burocrática—, así como un desequilibrio fundamental de las fuerzas sociales, de sustentación y cuestionamiento a un tiempo, del sistema político nacional. Tal desequilibrio proviene no tanto de la fuerza creciente de la fracción empresarial integracionista, o en el otro polo de las clases revolucionarias nacionales (clase obrera, campesinado pobre y medio, pequeña burguesía democrática), como de la debilidad de las fracciones burguesas, que impide que ninguna de ellas pueda ser predominante.

546 Cf. El Banco Nacional de Seguros (San José: Editorial Costa Rica, 1973) y Carlos Monge Alfaro, *Nuestra historia y los seguros* (San José: Editorial Costa Rica, 1974).

Por lo que hace a la alternativa de poder popular, apenas está rehaciéndose de la nefasta labor hecha en su seno por el reformismo y el revisionismo nuevo y viejo, y la corrupción política generada a partir de las necesidades expansivas del socialimperialismo.

La crisis, entonces, en su sentido negativo abarca, primero que todo, la dominación imperialista y la de las clases dominantes que le sirven. Los proyectos elaborados para superarla solo han servido, como veremos a continuación, para ponerla en un nivel más profundo.

## Capítulo II

### **Democracia liberal, proyectos burgueses de desarrollo y estructura de dominación imperialista. Consideraciones sobre su crisis**

En la América Latina, y Costa Rica no es excepción, convergieron diversas corrientes ideológicas que matizaron el quehacer político de toda la región.

Concretamente, a principios de este siglo podemos encontrar bien definidas las siguientes:

- Anarcosindicalistas
- Socialistas
- Populistas
- Comunistas

Las primeras hicieron su aparición, sobre todo, por medio de las inmigraciones de trabajadores italianos y españoles. Estos trajeron consigo diversas tendencias de tipo anarquizante y promovieron los primeros intentos de organización gremial en nuestros países. En Costa Rica, por ejemplo, las primeras huelgas reportadas incluyen, de manera relevante, la participación de italianos y españoles. Estos últimos, sobre todo, imprimieron su marca a la huelga de panaderos que se produce en los primeros años de este siglo y que tuvo significativos ribetes de violencia.

Por su parte, las corrientes socialistas, que tanta importancia tuvieron en países más desarrollados que el nuestro, como Argentina, Chile y Cuba, no encontraron condiciones económicas y sociales en nuestro país para influir ideológica o políticamente.

Exactamente lo contrario sucedió con las otras dos corrientes: la comunista y la populista, que convergieron en un momento crítico de la historia de América Latina.

Por lo que hace al populismo, tuvo una proyección de tipo muy variado y con características distintas en los diversos países latinoamericanos. Las experiencias populistas nacionales, con todo y manifestarse de manera diferente en cada país, surgieron de con-

figuraciones estructurales comunes y correspondieron a configuraciones históricas similares<sup>547</sup>.

La característica común más sobresaliente que podríamos señalarle al populismo en América Latina se sitúa en el hecho de que tales experiencias se dieron en el momento en que se conformó definitivamente la sociedad de clases y, con ella, la disociación entre el productor y los medios de producción.

Asimismo, y conjuntamente con la circunstancia dicha, las “manifestaciones más notables del populismo aparecieron en la fase crítica de la lucha política de aquellas clases sociales surgidas en los medios urbanos y en los centros industriales contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo”<sup>548</sup>.

En el orto del movimiento comunista y populista latinoamericano, se encuentra pues, lo que Ianni (1973) llama la “ruptura estructural” que “acompañó a la crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis del sistema capitalista mundial y de las oligarquías latinoamericanas”<sup>549</sup>.

Sin embargo, pareciera importante subrayar el papel jugado en América Central por el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre, no solo por presentar una formulación explícita y relativamente consecuente, sino por la influencia ideológica real ejercida por dicho movimiento en Costa Rica y Centroamérica.

En efecto, el APRA promovía, a nivel continental, una política sustentada en un antimperialismo latinoamericano. Este permitiría el desarrollo de un capitalismo nacional sobre la base de una participación indispensable del Estado para compensar tanto la debilidad de la burguesía criolla como el poder de los países imperialistas y, en particular, de los Estados Unidos.

La organización política encargada de promover estos objetivos fundamentales —otros como la internacionalización del Canal de Panamá, sustentada por

don José Figueres hasta hace muy poco tiempo, no interesan para el caso—, sería un partido definido como una organización de Frente Único, pluriclasista y antioligárquico. Evidentemente, se trataba de crear un instrumento político capaz de poner a los sectores populares detrás de una burguesía desarrollista que buscaba, así, condiciones políticas y sociales adecuadas para desarrollar un capitalismo propio. En las condiciones de dominación imperialista sobre la América Latina, el APRA promovía, de ese modo, facilitar tanto la acumulación interna de capital, indispensable para poder despegar en su proyecto capitalista, como el sustento político, también insoslayable, para poder enfrentar las presiones que el imperialismo yanqui ejercía y ejercería sobre tal proyecto.

Este planteamiento —y aún esta terminología—, se encuentra directamente en las publicaciones apristas de la época. El entronque con el pensamiento aprista entre elementos como García Monge, Omar Dengo y Carmen Lyra, en Costa Rica; Froylán Turcios en Honduras o Alberto Masferrer en El Salvador, encontrará su mejor expresión política en el pensamiento de José Figueres y en la práctica política del Partido Liberación Nacional.

La confusión inicial entre el populismo antiimperialista del APRA y el comunismo de los partidos afiliados a la Tercera Internacional, se fue disolviendo poco a poco hasta hacerse evidente el carácter opuesto de ambas concepciones.

Los partidos comunistas, portadores de una visión internacionalista del fenómeno nacional, sufrieron en carne propia los errores de concepción y método de la dirección de la Comintern. Incapacitados para generar formulaciones y respuestas propias, los partidos comunistas latinoamericanos perdieron el momento nacional de la lucha, no pudieron resolver los problemas de crear, desarrollar y mantener un frente único antimperialista y establecer formas de colaboración efectivas con los movimientos populares del área. Al equivocarse de enemigo en la práctica,

547 Seguimos aquí la contribución al estudio del populismo de Octavio Ianni, “Populismo y relaciones de clase”, en *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, ed. por Gino Germani y otros (México: Era, 1973), 83-150. Asimismo cfr. Ghita Ionescu y Ernest Gellner, ed., *Populismo. Sus significados y características nacionales* (Buenos Aires, Amorrortu, 1950).

548 Ianni, “Populismo y relaciones de clase”, 85.

549 Ianni, “Populismo y relaciones de clase”, 85.

adversaban al imperialismo, pero a pesar de las palabras, combatían a los débiles gérmenes de capitalismo interno. Sin embargo, cuando lo hacían, se limitaban a poner sus organizaciones y masas a la cola de la burguesía criolla. Esto determinó que los partidos comunistas latinoamericanos no fueran nunca alternativa real en la vida política de sus respectivos pueblos; y que los éxitos que se produjeron tuvieran la característica común de haberse dado al margen de las directrices rígidas y dogmáticas emanadas de la lejana dirección de la Comintern.

Carlos Rafael Rodríguez, actual viceprimer ministro de Cuba y antiguo dirigente del Partido Socialista Popular (comunista) de su país, al tratar de sustentar una originalidad perdida del todo para la revolución cubana —después de la suscripción de los acuerdos de los Partidos Comunistas en La Habana en 1975—, no tuvo más remedio que hacer el siguiente balance: “Hay un hecho indiciario: solo en mayo de 1969, cincuenta años después del Segundo Congreso de la IC vino a reconocerse —en un texto donde se abordan colectivamente problemas del movimiento comunista—, la diferencia en el desarrollo económico y social que distingue a la América Latina de la mayoría de los países coloniales y semi-coloniales de Asia y África. Por no penetrar en esa diferencia, por no comprender que una parte de los objetivos democrático-burgueses quedaron realizados ya en la América Latina hace muchos años y que el capitalismo llegó a ser en este continente una estructura dominante aún con su contrapartida de retraso y semifeudalidad, no se supo distinguir siempre entre “burguesía” y “burguesía”, se promovieron alianzas que no corresponden al modelo leninista y carecían de su dinámica revolucionaria, se mezclaron los conceptos electorales con los de largo alcance revolucionario y se llegó, en diversos países —dentro del gobierno y fuera de él—, a posiciones seguidistas en las que no era el proletariado el que “neutralizaba y arrastraba”, sino el neutralizado y arrastrado (...) Mientras dependimos de dictámenes elaborados a miles de millas y sin contacto real con nuestro continente, se repitieron los ensayos frustrados”<sup>550</sup>.

Desde luego, esta situación correspondía no solamente a una dirección “lejana y sin contacto real

con nuestras realidades”, para usar los términos de Rodríguez, sino a una compleja situación económica y social que mantenía a la organización proletaria como un cuerpo extraño que se aislaba una y otra vez del cuerpo social. El problema era mucho más complicado. La cosificación de las categorías marxistas en su significado europeoccidental debía saltar hecha añicos al enfrentarse a las duras realidades del continente americano.

Mientras que en la Europa de Marx y Engels el capitalismo se desarrollaba a plenitud y, al final de sus vidas, generaba el monopolio que vendría a sustituir la libre competencia, en la Rusia de Lenin, situada entre la Europa capitalista y el Asia despótica, se terminó una etapa —la de las revoluciones democrático-burguesas—, y se inició otra— la de las revoluciones socialistas. Pero Rusia continuaba siendo un país de desarrollo medio, con múltiples deformaciones y atrasos en el cual predominaba, en más de un sentido decisivo, el desarrollo de tipo capitalista.

En América Latina, por el contrario, se mezclaban procesos productivos capitalistas desarrollados, como lo eran enclaves mineros y de plantación, con retrasos notables que se afincaban tanto en la estructura primitiva de tribus aborígenes, de muy escaso desarrollo social, como en la Edad Media castellana.

La determinación de las tareas que debía cumplir un proceso social-transformador en la América Latina no podía hacerse al margen de una determinación objetiva —no subjetiva, ni teleológica— de sus clases sociales, de la naturaleza de su Estado y del grado de desarrollo económico-social de la región. Esto implicaba determinar el carácter de la revolución latinoamericana.

El populismo trató de hacer estas determinaciones a partir de un proyecto nacional burgués que permitiera generar un desarrollo capitalista. El comunismo, por su parte, también lo intentó a su manera y pensando saltar etapas, pero a partir de una visión internacional que, por dogmática y errónea, no podía rendir cuenta de la realidad local.

550 Op. cit., *Lenin y la cuestión colonial* (Chile: Editorial Prensa Latinoamericana S.A., 1973), 109-121.

Lo que sobró en uno, faltó en el otro. Incapaces los populistas de asir a profundidad los cambios operados en la época histórica que se vivía, promovieron un proyecto de transformación nacional que apuntaba a un objetivo –inalcanzable en la época del imperialismo– para un país subdesarrollado y dependiente; desarrollar un capitalismo criollo. Apresados en una visión internacional y en un conjunto de verdades intocables, los comunistas se encontraron una realidad social interna que escapaba por los intersticios de sus categorías. Cosificadas estas, su inflexibilidad les impedía jugar el papel originario señalado por Marx para ellas: las de guía para la acción, e instrumentos para la investigación. Por una inversión, no por semi-oculta menos real, las categorías de clase social, desarrollo de las fuerzas productivas, revolución democrático-burguesa y revolución socialista, para solo citar algunas, pasaron a ser las realidades; y estas, por arte de magia ideológica, simple ilustración ejemplar de aquellas.

El campesinado, la fuerza principal que yacía dominada y dormida en el continente, pero cuya energía revolucionaria se había adivinado en las insurrecciones indígenas del período colonial y resonaba con fuerza en Aguascalientes y Morelos, con Villa, Zapata y tantos revolucionarios mexicanos, no entraba con claridad en los esquemas de la Internacional. A pesar de las provisiones de Lenin sobre la indispensable alianza obrero-campesina para alcanzar la revolución, el campesinado latinoamericano no se adecuaba a las previsiones que se hacían sobre él. Sin una clase obrera fuerte y cohesionada, por la ausencia de un verdadero desarrollo industrial; con un notable atraso en el desarrollo capitalista de la agricultura, en virtud de la estructura agraria heredada del período colonial; con islotes productivos capitalistas gestados al amparo de la inversión extranjera, el esquema clásico de la revolución resultaba falseado en la América Latina.

No fue posible conciliar con nuestras realidades la mecánica aplicación de la teoría leninista de la revolución democrático-burguesa como etapa transitoria para la revolución socialista, ya presente en Marx y Engels al analizar la situación en la Alemania revolucionaria de 1851, con la adición altamente significativa de que mientras para estas debía ser la burguesía

la que jefeara el movimiento, para Lenin sería el proletariado quien debía cumplir el papel de vanguardia que la burguesía había declinado frente a las fuerzas feudales zaristas.

Siempre el campesinado constituía la gran dificultad. Si a ello se suma la ineptitud para distinguir “burguesía” y “burguesía” y concebir una política adecuada para la pequeña burguesía democrática, resulta evidente que para la América Latina la concepción metafísica del Partido y de la revolución, que tanta vida y dialéctica tenían en Lenin, resultarían un molde inflexible donde lo que sobraba era cortado y donde lo que faltaba era forzosamente suplido.

Nuestro populismo mostró mayor flexibilidad y logró canalizar las aspiraciones de amplios sectores populares. Al corresponder a las aspiraciones de desarrollo capitalista comunes a la población, las primeras cartas de la acción política se jugaban a su favor. Inconscientes de los límites reales que a su proyecto capitalista imponía la existencia del imperialismo y la nueva época histórica en que su acción se desenvolvía, los populistas no veían que las siguientes cartas irían contra sus objetivos iniciales. Despertadas de su letargo por la demagogia populista, las masas presionaban por alcanzar lo que se les había prometido. Pero frenados por las realidades nacionales e internacionales, que determinaban un carácter sietemesino y deformado al desarrollo capitalista latinoamericano, los movimientos populistas se veían empujados contra su voluntad a la claudicación de sus propósitos originales y a la frustración política.

Tomados entre la imposibilidad de un desarrollo capitalista pleno e independiente, por un lado, y las aspiraciones crecientes generadas por ellos mismos entre las amplias masas populares, por otro, los populistas optaron por un asistencialismo social que resultaba, a mediano o largo plazo, según las condiciones políticas nacionales, insostenible y generador de burocracia. Incapaces de promover un desarrollo económico real de tipo capitalista, no por no aspirarlo, sino por carecer de fuerza para ello, nuestros populistas se vieron forzados a ampliar al infinito el aparato estatal, convertido en el único botín político real para sus partidarios y en la única fuente masiva de empleo para quienes demandaban su in-

corporación al mercado de trabajo. Al ceder ante las presiones del capital extranjero, encontraron un reducto para reclamar su coto nacional de actividad: nuevamente el Estado. Todo lo cual promovió un gigantismo estatal que disfrazó al asistencialismo populista de socialismo democrático y sentó las bases para crisis profundas insalvables por la vía populista.

Todo esto configuró, en nuestro caso, un Estado con características muy particulares, en virtud de la situación clasista interna en que vivía nuestro país. Por una parte, la vieja oligarquía cafetalera había venido perdiendo de manera constante su poder político y social, en virtud del surgimiento a la vida política activa de otras clases sociales; tanto la pequeña burguesía urbana e intelectual ascendente y, sobre todo, durante los años 42-48, los artesanos, asalariados urbanos y obreros agrícolas bananeros. Pero ese Estado, pese a todo “como consecuencia de la realidad económica (era) esencialmente un instrumento de los intereses del capital imperialista y del gran capital privado criollo (...)”<sup>551</sup>.

No existía, entonces, bien estructurado, un sector de burguesía industrial o comercial realmente distinto del tradicional agroexportador, concentrado hasta los años 50 en la actividad agropecuaria. Pero las limitaciones que ese esquema imponía a los sectores medios ascendentes, en particular después de 1948, forzaba a buscar alternativas económicas y sociales que, según se vio, se centraban en el papel que debía jugar el Estado en el desarrollo de nuevas actividades económicas.

Esto produjo un Estado en el cual se expresaban, como condensación de las contradicciones económicas y sociales del país, las relaciones específicas de fuerza y perspectiva entre las clases y fracciones de clase ya existentes hasta 1948; y el germen de un nuevo sector de burguesía, que se iría configurando en torno a la gestión administrativa del Partido Liberación Nacional: la nueva burguesía burocrática.

Esta, al principio relativamente débil, fue creando diversos mecanismos de poder y estructuras organizativas del Estado que correspondían tanto a su pro-

grama como a sus potenciales intereses de fracción de clase dominante. La nacionalización de los depósitos bancarios, la descentralización administrativa con la consecuente proliferación de instituciones autónomas y burocracia, fueron jalones importantes en la constitución posterior de esa fracción dominante nueva.

Inicialmente, los nuevos políticos venidos a la escena nacional, se contentaron con impulsar un capitalismo privado autónomo. Corresponde muy bien a esta etapa la figura conocida y criticada hoy del empresario-político. Esto no fue una desviación del pensamiento original del centro socialdemócrata, sino su consecuencia necesaria. Quienes promovían tales tesis eran los representantes directos de las clases y sectores que postulaban esa gestión económica, basada en el Estado, como una necesidad nacional. El germen de abusos y eventualmente de desviaciones notorias de los fines del Estado, por la utilización de recursos e informaciones originariamente supuestos a ser neutros políticamente, en virtud de la doble posición de empresario y gobernante, resultaba en el contexto dicho no solo explicable, sino inevitable. El control del aparato del Estado para este sector empresarial resultaba vital para su existencia y desarrollo. Para controlarlo, era preciso retroalimentar la participación política con la ayuda de las empresas sustentadas por el poder del Estado. Y una vez en este, devolver a aquellas tanto lo que estas habían arriesgado para crearse el clima favorable en el aparato estatal como nuevas contribuciones para su incremento posterior. Con todo ello, la fusión del político y el empresario y los criterios éticos que habían separado a uno y otro en el pasado —por lo menos formalmente— tendieron a diluirse hasta desvanecerse del todo. El poder económico era indispensable para adquirir el poder político. Este, a su vez, era esencial para promover un desarrollo industrial y agropecuario distinto del tradicional, que impulsaría un adecuado crecimiento económico. Pero este, por el carácter del proyecto, no tenía otro significado que el apoyo estatal de las actividades empresariales de aquellos que ocupaban los puestos políticos claves y tenían en sus manos las decisiones fundamentales de la política económica del Estado desarrollista.

551 Rodrigo Facio, *Obras*, T. I (San José: Editorial Costa Rica, 1975), 244.



Junto con esta tendencia que originará múltiples consecuencias sociales, —desde el desarrollo de ciertas actividades industriales hasta procesos de marginalización social con el impulso de actividades agropecuarias y especulaciones en tierras, etc.—, se vio aparecer otro proceso, no por más lento, menos significativo y real. El surgimiento de una verdadera burguesía burocrática. En la raíz de su desarrollo, se encuentra la debilidad propia del capital nacional, que no podía afrontar los altos costos de la financiación de proyectos que, por su envergadura, requerían fuertes inversiones de capital y trabajo<sup>552</sup>.

La política aquí no fue, entonces, la de tomar el Estado como base para financiar esas actividades, sino concentrarlas en el poder central y en sus instituciones autónomas o semiautónomas y compartir con el capital extranjero, en un endeudamiento creciente, cuando no galopante, la explotación de esas actividades.

Con esto, el imperialismo se aseguraba su participación a través de su interiorización en la vida económica y financiera interna, tanto a través de instituciones controladas por él, como el BIRF, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), como por medio de la situación de clase existente en el país. La generación de capitalismo interno no comprometía su control y dominio de la economía nacional, sino que tendía a reforzarla al incorporar nuevas zonas de actividad productiva a la vida económica del país, dependiente en sus fundamentos de los centros metropolitanos. Pero

además, en las esferas económicas decisivas, como la creación de la llamada infraestructura—carreteras, puentes, vías y sistemas de comunicación, electrificación, agua potable, vivienda, etc.—, la participación masiva de la financiación internacional ataba el esfuerzo económico del país a la política expansiva de los grandes consorcios e instituciones financieras internacionales. Todo esto, sin un real proyecto de desarrollo económico nacional integral, con una correlación de fuerzas de clase en el interior que neutralizaba a todas ellas y creaba un vacío que, paradójicamente, prolongaba la vida de la democracia liberal costarricense, lejos de contribuir a los propósitos declarados por los fundadores de esta nueva alternativa de desarrollo económico social de corte populista y vocación socialdemócrata<sup>553</sup>, los alejaba de ellos y establecía, a lo sumo, una nueva forma de dependencia político-económica más profunda y acorde con las necesidades expansivas del capital en su etapa moderna de transnacionales e internacionalización.

Sin embargo, esta política que combinaba implementar propósitos nacionales de desarrollo autónomo, perfectamente expresados por el ICE, con satisfacer las presiones financieras internacionales —préstamos atados, privatización de actividades en manos del Estado, etc.—, concentró en el aparato estatal autónomo y centralizado la fuerza principal del capital costarricense.

La participación del Estado, entonces, se amplió considerablemente a la esfera propiamente productiva en la cual se introdujo de manera directa e indi-

552 “El capital costarricense es tímido y cobarde, en gran parte debido a la penetración incontrolada del capital extranjero, cuya competencia naturalmente no puede resistir; y en parte debido a una modalidad psíquica nacional. Como decía el Centro en su editorial de *Surco* n.º 31, “no se arriesga en empresas difíciles, por mucho que ellas tienten con la posibilidad de éxito; rehúye las inversiones no amparadas por el monopolio de hecho o de derecho; le repugna especialmente el papel de pionero, creador valeroso de nuevas fuentes de riqueza patria. Es francamente conservador: explota su control sobre las máquinas que elaboran industrialmente los productos agrícolas, haciéndose retribuir en forma excesiva sus servicios, por productores y consumidores; especula con los artículos importados; acapara la producción nacional de granos para exprimir al que los cultiva y al que los consume; tiende a la inversión de tipo comercial, especulativa y rápida, o de tipo monopolista, lenta pero segura, que en la mayoría de los casos ninguna riqueza efectiva nueva le produce al país, y más bien tiene resultados económicos y sociales nocivos”. Rodrigo Facio, “Un programa costarricense de rectificaciones económicas”, en *Surco*, Año III, Nos. 38 y 39, julio y setiembre de 1943, repr. en *Obras*, T. I (San José: Editorial Costa Rica, 1975), 242.

553 “El país es víctima de una explotación económica irracional e inequitativa por parte del capital extranjero, sobre todo norteamericano, invertido en diversas ramas de nuestra producción. Mientras compañías como la United Fruit Co., las Compañías Eléctricas, la Standard Oil Co., y otras de menor importancia, reparten a sus accionistas buenos dividendos ganados en Costa Rica, el país no está recibiendo la parte que le correspondería en justicia por su contribución en hombres, tierras, bosques y aguas. El país se empobrece, ve agotarse sus tierras, talarse sin consideración sus bosques, aprovecharse sus aguas, sin ninguna ventaja presente ni la esperanza de un provecho futuro”. *Ibidem*, Estudio de economía costarricense. *Obras*, T. I, pág. 241-242, “Un programa costarricense de rectificaciones económicas”, publicado por primera vez en *Surco*, Año III, Nos. 38 y 39, julio y setiembre de 1943 (San José: Editorial Costa Rica, 1975).

recta. Con ello no solo jugó el papel tradicionalmente reconocido a él de vigilante del *statu quo* y promotor de las actividades económicas privadas, sino de empresario capitalista colectivo, que actúa en nombre de la sociedad, pero cuyos puntos decisivos claves se concentran en los titulares de las respectivas funciones burocráticas. Estos, teóricamente, pueden variar, pero por múltiples razones —períodos de nombramiento, descentralización administrativa y, como en el caso de CODESA, naturaleza jurídica de la entidad y hasta convenios políticos interpartidarios plasmados en una legislación particular como el llamado 4/3— otorgan una estabilidad cada vez mayor a los titulares de dichas funciones claves.

La consolidación de la burguesía burocrática en Costa Rica, impulsora de un capitalismo de Estado que se quiere presentar como antesala de un socialismo democrático de inspiración escandinava, contó durante los primeros períodos presidenciales posteriores a 1948 con la dificultad de la alternabilidad en el ejercicio del poder por las derrotas del Partido Liberación Nacional. Por eso es que el triunfo consecutivo del partido dicho en las elecciones de 1970 y 1974 se puede considerar —lo cual es una hipótesis bastante plausible— como el momento político justo en que dicho sector cristalizó como fracción de clase en la vida social y política costarricense. Todo parece indicar que el primer Liberación Nacional del empresario-político tiene a la cabeza al señor Figueres, mientras que el segundo, el del político-empresario, políticamente lo simboliza el señor Oduber, aunque socialmente, quien lo representa mejor, por la identificación práctica del actual presidente con el modelo de empresario-político, es el actual candidato de dicho partido don Luis A. Monge.

Las manifestaciones políticas de este sector, cuya base de poder y beneficio así como de explotación y acumulación es el aparato del Estado, son múltiples y se hacen cada vez más evidentes. Quizá el factor más importante desde el ángulo político-electoral lo constituya el pago adelantado de la deuda política, que permitió a los sectores burocráticos de gobierno y oposición garantizarse una financiación que los independizaba de otros sectores capitalistas privados, sin fuerza suficiente para competir con el poder económico y financiero del Estado. En este sentido, el pago adelantado de la deuda política constituiría la fuente

nutricia fundamental para el mantenimiento y desarrollo de una clase política que exprese, desde luego, a nombre de los intereses generales de la población, los muy particulares de una burguesía burocrática que intenta, por todos los medios, mantenerse como fracción dominante de la burguesía costarricense.

Sin embargo, la posición de esta nueva fracción de clase dominante es altamente contradictoria. Obligada por su situación a transar con el imperialismo, mantiene relaciones de resistencia y entrega. Sustentada por las finanzas públicas sufre el doble reclamo de los sectores populares por las limitaciones y baja calidad de los servicios por un lado, y por otro, el alto costo de los mismos. Impulsada a ampliar la esfera de influencia del Estado, entra en contradicciones con los empresarios privados y con el propio imperialismo, que ven con aprehensión esa ampliación de lo público en detrimento de lo privado. Endeudada externamente como medio esencial para financiar las actividades públicas, debe incrementar su política impositiva sobre los grupos económicamente débiles pero más numerosos, enajenándose así su apoyo. Interesada en disminuir las brechas sociales por su carácter explosivo, debe seguir políticas restrictivas del consumo de los sectores medios, pero como estos son la base de la política económica expansiva de las transnacionales, que controlan los medios de comunicación colectiva y las agencias de publicidad que conforman los patrones de consumo, pierden también el apoyo de los sectores medios, antigua base de su partido, sin ganar la de los marginados que entran, a su vez, en la carrera de las aspiraciones crecientes. Al disfrutar de privilegios por función, deben asumir las tareas de control, limitación de la vigilancia en sus respectivas instituciones para aumentar la eficacia de sus subordinados. Estos, testigos de la clara diferenciación social que se produce, se ven forzados a un proceso de gremialización y demandas que aquellos no pueden satisfacer sin menguar el patrimonio de sus empresas. Con ello, la lucha de clases hace su ingreso en el interior de las ciudadelas cerradas de la burguesía burocrática. Para encontrar una salida, la burguesía burocrática busca nuevas relaciones en el campo internacional que le faciliten una apertura económica y financiera que corte tantos lazos que la limitan y acogotan. Abren la puerta, entonces, a la quinta esencia del capitalismo burocrático de Estado constituido por la Unión Soviética y su clase diri-



gente. Despiertan, con ello, la suspicacia tanto de las otras clases dominantes en el país, incluido el sector empresarial-político del propio Partido Liberación Nacional y, sobre todo, del imperialismo norteamericano, que intuye una amenaza de penetración en un área considerada como esencial para su seguridad nacional. El camino resulta sin salida: conceder a los económicamente fuertes, para asegurarles su lealtad de clase, no logra el apoyo real y efectivo de los económicamente débiles, que la sienten ajena y contraria a sus postulaciones originales. Con temor de apoyarse abiertamente en el capitalismo burocrático monopolista de Estado soviético, no logra disipar las aprehensiones del capitalismo imperialista norteamericano. Presionada por las crecientes reivindicaciones internas, que la afectan directamente, recurre, de manera cada vez más inmediata, a métodos represivos y a fortalecer el aparato de seguridad, que se extiende y asume más y más funciones. Desarrolla, con ello, las condiciones políticas, sociales y represivas necesarias para ser desplazada y sustituida por un poder dictatorial centralizado que se divorciaría cada vez más de la democracia tradicional.

Como puede verse, es esta una consecuencia no querida pero directamente derivada de la concepción populista del llamado Estado antimperialista, en la cual este debía cumplir la función específica de agente económico del desarrollo capitalista nacional. Lo que pareciera demostrar esta experiencia de los últimos 25 años es que los problemas y planteamientos programáticos no pueden prescindir del hecho de que las posibilidades de un capitalismo nacional autónomo quedaron cerradas para la época actual. El problema del desarrollo, entonces, deviene claramente en un problema político que debe plantearse, desde un inicio, no solo la etapa inmediata de superación de la dependencia y la conveniencia de la participación del Estado, sino el fin último del desarrollo social.

Todos estos hechos demuestran que los objetivos trazados por los ideólogos del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales no solo no fueron alcanza-

dos sino que, por el contrario, la dependencia con los intereses extranjeros y el poder de los sectores capitalistas tradicionales fueron incrementadas, aunque con titulares y características distintas.

Esto hizo que los problemas centrales de la revolución latinoamericana, planteados ya en los años 20 por comunistas y populistas, se replantearan nuevamente en los años 60. Aparte del entusiasmo político trágico de la juventud latinoamericana que se lanzó a la guerrilla unilateralizando la experiencia cubana, la América Latina se halló enfrentada a los mismos problemas que, ciertamente con significativas modificaciones nacionales e internacionales, estructurales y coyunturales, había conocido en los primeros tiempos de la Internacional y del aprismo.

La visión populista típica, que concebía a los sectores medios urbanos y rurales como la base fundamental del proceso de cambio en Costa Rica, con el apoyo de los que Facio denomina “la pequeña clase proletaria”<sup>554</sup>, dejaba sin considerar el proceso de diferenciación clasista interno que habría de producirse en los propios sectores medios, base social de su programa.

Al utilizar el aparato del Estado para desarrollar actividades privadas, que terminaron convirtiendo a una parte de la llamada clase media en nuevos empresarios capitalistas vinculados a actividades no tradicionales –aunque también hubo inversiones de este tipo–, nuestro populismo no pudo evitar la frustración de importantes sectores para los que no había alternativa capitalista posible.

Amparados, entonces, al poder del Estado, usufructuando de las posibilidades de educación, viajes al exterior, becas y seguridad laboral, amén de préstamos y otros beneficios desde instituciones más o menos controladas políticamente, esos sectores medios encontraron nuevas posibilidades de ascenso con la integración centroamericana. Con cierta preparación tecnocrática, algunos de ellos se incorporaron a las filas de la burguesía gerencial integracionista, como

---

554 Ibidem. “Ahora bien, el país con fuerzas sociales suficientes y movilizantes en ese sentido: las grandes clases medias rurales y urbanas, y a su lado la pequeña clase proletaria; suficientes, porque forman el sector mayoritario popular; movilizables, porque ellas, bien orientados sobre el origen inmediato de su inferioridad social y su miseria económica, estarían dispuestas a luchar por segar el mal”. (pág. 248). “Un programa costarricense de rectificaciones económicas”, en *Suro*, año III, nos. 38 y 39, julio y setiembre de 1943, reprod. en *Obras*, T. I, (San José: Editorial Costa Rica, 1975).

encargados de administrar los intereses, a nivel local, de las casas matrices atraídas por los incentivos fiscales excesivos que se otorgaron al momento de ingresar nuestro país en el Mercomún.

Pero el grueso de dichos sectores medios se concentraron propiamente en la actividad del Estado. Concibieron a este como promotor directo y monopolista de actividades económicas privadas. Ya no se trató de la concepción mixta de la economía, que daba al Estado oportunidad de invertir en actividades poco o nada rentables para el capital privado. Se produjo, más bien, un desbordamiento de la actividad estatal en el campo empresarial, donde entró en franca competencia con el capital criollo y extranjero, al último de los cuales no se excluiría del todo, sino que se trataría de canalizar de modo tal que fortaleciera el poder económico del Estado.

La política orientada a desarrollar, bajo el control de la burguesía burocrática, un capitalismo de Estado, que incluso se ha querido presentar por algunos como procedimiento práctico y obligado para implantar el socialismo en Costa Rica, muestra todas las contradicciones inherentes a la fracción de clase que la impulsa y conlleva, además, los otros peligros ya apuntados que se insertan en el contexto internacional contemporáneo.

Los sectores de burguesía burocrática podrían jugar un papel positivo, de carácter nacional, en los esfuerzos globales de los sectores populares por alcanzar el desarrollo económico y social independientes. Pero, por sí sola, o en alianzas internacionales riesgosas, esta fracción de la clase dominante no tiene ninguna perspectiva real de alcanzar plenamente sus objetivos y cualquier intento, en ese sentido, comprometería seriamente la estabilidad política del país.

El equilibrio relativo de las diversas fracciones de la clase dominante y la creciente actividad de otros sectores sociales que reclaman una participación no solo económica, sino política en la vida nacional, obliga a concesiones y reajustes que establecen límites claros a las posibilidades de crecimiento de todas esas fracciones. Cualquier elemento externo que interviniera de manera decisiva, para inclinar el fiel de la balanza política en uno u otro sentido, provocaría necesariamente una serie de golpes y contragolpes,

expectativas y frustraciones, que podrían acabar con el sistema político nacional, tal y como lo conocemos hasta ahora. La incapacidad política de todos estos sectores, ya sea para afrontar las presiones sociales generadas con políticas demagógicas o bien para responder flexiblemente a demandas crecientes de una sociedad que busca el desarrollo económico con progreso social y político, hace cernir sobre nuestro sistema de vida político, en un contexto latinoamericano nada halagüeño, graves peligros de los cuales existe ya más de un síntoma.

La amenaza de sustitución del sistema político actual, por uno represivo y centroamericanista en el mal sentido del término, tiene una fuente más profunda aún en los procesos integracionistas del istmo en que se insertó nuestro país al comienzo de la década de los 60.

La apertura de toda el área centroamericana, de manera irrestricta, al capital extranjero en general, y al norteamericano en particular, coincidió con el proceso gigantesco de expansión imperialista. La inversión extranjera no solo fue propiciada de manera indiscriminada por una política suicida de incentivos fiscales, sino por la ausencia de políticas claras y coordinadas de regionalización de las inversiones, políticas congruentes de transmisión tecnológica, etc. Con ello, no solo surgió una industria complementaria y de ensamblaje, controlada por el capital extranjero, sino que esta, por sus facilidades tecnológicas y de marketing, de financiamiento interno y externo, etc., resultaba invencible para la débil industria local. En vez de competencia hubo absorción. En vez de desarrollo industrial, hubo industria sin industrialización.

Socialmente, esto produjo un nuevo sector social en la clase obrera surgido al amparo de la integración, sin tradiciones de lucha, comparativamente situado en un nivel social superior al del medio del que provenía, afectado por una perspectiva consumista y una política desmovilizadora de las propias empresas transnacionales. Hizo también su aparición otro sector, el gerencial integracionista, directamente vinculado a ese capital extranjero y colocado en la perspectiva de esos intereses, difícilmente conciliables con los nacionales. El peso específico de ese sector en la vida económica nacional, corrió parejo con el incremento de la actividad productiva de las

empresas integracionistas y el comercio en el área. Y a mayor poder económico correspondió la búsqueda de mayor poder social y político.

Sin embargo, estos nuevos sectores empresariales privados no se encontraban colocados históricamente como promotores del progreso político y social, sino que iban —por su propia situación— al encuentro del nivel ya alcanzado por el país antes de su llegada. Estas ventajas sociales y políticas devenían, en el contexto centroamericano de competencia intermonopólica y franco retraso socio-político, en condiciones negativas desde el punto de vista de la competitividad. La democracia política, que permitía la organización gremial y la participación, si bien limitada en los asuntos públicos, tenía así que aparecer como obstáculo para el progreso industrial integracionista. En nombre de una eficacia y tecnificación del Estado y su gestión, este sector tendió a cuestionar el precio democrático de las instituciones demo-liberales. Preocupado por el libre movimiento de capital y trabajo, las fronteras nacionales devienen para él simples barreras. Ansioso de seguridad en la inversión, cifra su confianza en la modernización del aparato represivo, por lo demás, en concordancia con las estrategias continentales del imperialismo norteamericano.

Todo esto conduce a la paradoja relativa de que el desarrollo de las fuerzas productivas en el país, en el contexto de un proyecto integracionista basado en la inversión extranjera y el capital transnacional, va directamente en contra de las conquistas democrático-liberales de nuestro pueblo. Esto explicaría, al menos en parte, el proceso de erosión a que se ha visto sometido nuestro sistema político, así como lo fútil de los intentos de resolver la crisis de nuestra democracia liberal mediante la revisión de la estructura jurídica del Estado.

La realidad es que no es nuestra Constitución Política lo que está en crisis: es la naturaleza social y política del sistema imperante, su condición dependiente y subdesarrollada que hace inoperantes los proyectos políticos de las diversas fracciones de la clase dominante. Una, por haber agotado su papel histórico sin haber podido superar su simplificado esquema agroexportador; otra, por transmitir el modelo supranacional de sus respectivas casas matrices que promueven el consumo elitista y profundizan la

dependencia y el subdesarrollo; y, en fin, la última, por constituir un híbrido incapaz de alcanzar una solución efectiva de los problemas, sin comprometer radicalmente sus propias bases de apoyo político y unificar, en su contra, a las otras fracciones de la clase dominante.

Esto evidencia, en suma, la urgente necesidad de un nuevo bloque de fuerzas sociales en el poder político, que supere el carácter dependiente y subdesarrollado de nuestro sistema económico, la condición híbrida del papel del Estado en la economía y la ausencia de un auténtico y nuevo bloque hegemónico de poder en la dirección de los asuntos públicos.

En este sentido, la crítica situación nacional, que abarca desde lo económico hasta lo ideológico, se entronca con la situación internacional. Esta, marcada por una nueva distribución de fuerzas a nivel mundial, nos sitúa claramente en el tercer mundo y nos enfrenta de manera directa a la política hegemónica de las dos grandes superpotencias. La creación de un bloque nuevo de poder hegemónico en el país exige tomar en consideración tanto las tareas a realizar a nivel interno y externo como la cuestión estratégica fundamental de impedir la sustitución de una dependencia encubierta en el mito de una libre competencia y una libre empresa; una libertad y una democracia que no se sabe dónde se encuentran, por otra dependencia que se disfraza de socialismo, seguridad y paz.

Esto implica, en resumen, constituir el nuevo bloque de poder a partir de estos elementos claves:

La base social solo puede encontrarse en la clase obrera nacional, el campesinado pobre y medio, la pequeña burguesía urbana y rural, sólidamente organizados, unidos y participantes en el proceso político nacional-liberador.

Como factor secundario, pero de gran significado político está la posible alianza con sectores de burguesía nacional, industrial y agraria, objetivamente interesados en liberar al país de cualquier dominación imperialista.

El objetivo político busca establecer un bloque hegemónico de poder, capaz de contar con los medios e instrumentos necesarios para hacer las profundas

transformaciones que el país necesita, no como simple negación de la democracia tradicional, sino como su superación y desarrollo mediante la participación efectiva y plena del pueblo trabajador en todos los asuntos públicos del país.

Las fuerzas políticas participantes en el proceso no podrán estar constituidas por aquellas fuerzas que implementan, de un modo u otro, la política de dominación de cualquier superpotencia a nivel nacional.

Esto hace que, organizativamente, el eje político de ese bloque tenga un carácter definido: profundamente nacional, antimperialista y antihegemonista, radical liberador, y dirigido a construir las bases de un desarrollo socialista del país.

La perspectiva del desarrollo ulterior socialista del proceso, que se concibe como uno único e ininterumpido, es indispensable para una auténtica alternativa de desarrollo independiente nacional. Pero, para ello, es indispensable que el proletariado, en estrecha alianza con los campesinos pobres, bajo la ideología del marxismo-leninismo, esté a la cabeza del proceso.

De aquí que la creación de auténticas organizaciones marxistas leninistas, ante la traición del socialimperialismo soviético y sus acólitos revisionistas, constituya, en la presente etapa, la tarea más importante y el requisito fundamental para superar la crisis de la democracia liberal burguesa costarricense.

Esto es, justamente, lo que significa la lucha por una *nueva democracia* en la Costa Rica de fines del siglo XX. Por lo tanto, esto significa que las alternativas políticas planteadas a nuestra sociedad no son otras que, o bien lograr una superación creadora de la democracia liberal por medio de una democracia de nuevo tipo, o bien caer, por un período indeterminado de tiempo, en formas neofacistas, o cuando menos dictatoriales, de poder político.



# La crisis política nacional. Origen y perspectivas

La crisis de la democracia en Costa Rica, Jornada de Reflexión en homenaje a Enrique Benavides. Teatro Nacional, 15 de mayo de 1980

## Dos Observaciones Previas

1. *El análisis crítico que sigue a continuación, por razones obvias de tema, no incluye las realizaciones positivas que, en un grado igualmente importante, tanto el Partido Liberación Nacional, como otras agrupaciones políticas, han aportado al desarrollo nacional. Es gracias a la plataforma socio-cultural así creada que podemos formularnos un plan ambicioso y audaz para impulsar, en las condiciones nacionales e internacionales que vivimos, la construcción de una nueva democracia en un sentido auténticamente costarricense.*

*Herederos de un pasado que presenta realizaciones de las que nos orgullecemos todos, porque no son patrimonio particular de nadie, sino fruto del esfuerzo de nuestro pueblo todo, no negamos esa obra. Por el contrario, la asumimos y la hacemos nuestra en una visión de futuro. Pero analizar la crisis es analizar las corrientes profundas que limitan y paralizan el desarrollo del país en la actual etapa de su vida; no es balance de obra ajena, sino diagnóstico de un padecimiento social, económico, político y cultural propio, que requiere la definición precisa de sus contornos e incongruencias.*

2. *El hecho que podamos reunirnos, someter a un análisis crítico la situación imperante, indagar sus posibles causas y proponer nuevos derroteros, sin que al salir la muerte o la desaparición impongan su brutal verdad como en otros países latinoamericanos; o que no nos amenace una cura psiquiátrica adaptativa al sistema; o el exilio o el estigma, testimonian en favor de nuestra convicción de ser herederos de importantes logros democráticos.*

*Con Hegel, podemos decir que la crítica negación que hacemos de aspectos actuales de la democracia costarricense es en la perspectiva de una síntesis superadora que nos permita advenir a una sociedad más civilizada, pluralista, justa y auténticamente nacional y democrática.*

## La crisis política nacional. Origen y perspectivas<sup>555</sup>

En los procesos de evolución social, podemos adoptar dos posiciones extremas: una que ve en la continuidad y la armonía la forma natural de la existencia social; y otra que entiende esa armonía como excepción y afirma como normalidad la tensión, la contradicción y la crisis.

El contexto global, que arroja uno y otro tipo de percepción de la realidad, muestra una alternancia entre períodos de paz y de crisis, de desarrollo tranquilo y de saltos violentos, hacia adelante o hacia atrás, pero en cualquier caso reales.

La sociedad costarricense, pese a algunas interpretaciones idílicas sobre su naturaleza y desarrollo, muestra este mismo aspecto, aunque sin las escisiones históricas permanentes que encontramos en otras sociedades latinoamericanas. Sin embargo, es importante rescatar ese aspecto no idílico de la evolución nacional para valorar, en un contexto socio-político auténtico, el valor, significado y alcances reales de nuestra institucionalidad democrática. Surgida de una sociedad con escasez de tierra, trabajo y capital

---

555 Intervención del Dr. Rodolfo Cerdas en la jornada de reflexión sobre la democracia costarricense, celebrada en el Teatro Nacional el 15 de mayo de 1980, en honor del Lic. Enrique Benavides, premio García Monge 1980.

para introducir desde ahora elementos determinantes de nuestra realidad nacional y de nuestras diferencias con el resto de la América Central, aportados por el Dr. Stone en sus últimas investigaciones, la institucionalidad política costarricense mostró un desfase importante entre los alcances, evolución y perfeccionamiento de su vida democrática y la base socio-económica que la sustentaba.

La democracia política, fruto natural en los países industrializados de un conjunto de relaciones sociales y económicas en que predominaba un desarrollo capitalista de tipo industrial, no meramente comercial o agrario, tuvo aquí como base una sociedad agraria, centrada en la producción del café como producto de exportación, importadora de bienes manufacturados desde las metrópolis principales y apenas con un ligero acontecer económico en el campo artesanal.

Ciertamente, la división inicial de la propiedad, repartida por la escasa población entre muchas familias, limitada en un inicio a las fértiles tierras del valle central, las cuales, humana, económica y tecnológicamente se vieron restringidas en su producción a parcelas relativamente pequeñas, constituyó un sistema parcelario de propiedad que fue el fundamento material último para que una población como la nuestra encontrara condiciones adecuadas para impulsar la creación de un sistema político como el que se ha desarrollado en nuestro país.

Pero este sistema de propiedad, fundado en una distribución de tierra que garantizaba la existencia y función de la pequeña propiedad, que la dictadura oligárquica de 1860-1870 no pudo liquidar, si bien ha sido condición necesaria para explicar el fenómeno democrático de nuestro pueblo, no es condición suficiente.

La iniciativa en materia de educación, orientada a la formación de un ciudadano libre y útil; la existencia de una sociedad preocupada por la incorporación creciente de todos los sectores en el acervo cultural y axiológico de una sociedad concebida libre, respetuosa de los individuos y de la diferencia entre ellos; estructurada sobre la base de un Estado de derecho garante de las obligaciones y prerrogativas de los ciudadanos, mediante una autorregulación y un autocontrol especificado no solo en declaraciones constitucionales, sino en instituciones, leyes y división real

de poderes, han sido los factores determinantes de la vida política nacional.

Nuestro pueblo, desde los albores de la independencia, optó claramente por una forma de control social, de cohesión política y permanencia institucional, que descansaba no en la fuerza bruta de las armas y el ejército, sino en una escala de valores, una percepción de la realidad, y un tipo de comportamiento social que no eran impuestos, sino que emanaban desde dentro del individuo como resultado natural de la siembra ideológica, cultural y ética de que había sido objeto y que lo había moldeado dentro de un sistema educativo que tendía a universalizarse y a universalizar. A universalizarse en la sociedad hasta abarcar todos los estratos; y a universalizar en los ciudadanos métodos y formas de convivencia democráticas civilizadas y creadoras.

Durante el siglo XIX, la lucha fundamental que encontramos detrás de las diversas constituciones que marcan ese período es la establecida entre fracciones sociales y políticas que trataban de establecer su propia hegemonía.

Debemos tomar en cuenta que la definición jurídica, en cuanto a la vida constitucional de una sociedad cualquiera, supone condiciones materiales y sociales previas que permitan definir a aquella de manera estable y verdadera. O, para expresarlo con Heller, es necesario que la constitución formal siga en sus lineamientos fundamentales a la constitución real del Estado.

Esta constitución real de nuestro Estado no la dio la bolsa de valores, como lo quería Lasalle, sino la introducción del cultivo del café en nuestra débil economía, entonces escindida entre las formas cerradas o domésticas de Cartago y Heredia y las relativamente abiertas de San José y Alajuela, que, aunque con perspectivas obviamente diferentes, mantenían su carácter localista. El café, que vuelca a la sociedad costarricense hacia el mercado externo, transforma sus prácticas productivas y afirma una estructuración social de tipo piramidal –exportadores, beneficiadores, pequeños productores y peones– ya no como imposición externa del conquistador victorioso, sino como resultado de su reproducción material; y abre las posibilidades económicas de crear en Costa Rica



una economía nacional, única capaz de superar el carácter localista de los dos tipos de economía heredados de la colonia.

Es Carrillo, precisamente, quien al tomar esta posibilidad que abría el café, la impulsó a su concreción histórico-social y la proyectó en la realidad productiva nacional, complementando esta tarea con su esfuerzo, ciertamente contradictorio, pero quizá por ello mismo más real, de impulsar en nuestro país la creación de un Estado unificado, propulsor de una afirmación soberana de cara a la Federación de Centroamérica y a Inglaterra, de una preponderancia del poder civil sobre cualquier otro tipo de poder disgregante, ya fuera Iglesia o municipio, y estructurado en la perspectiva de un Estado de derecho moderno, civilizado y civilizador.

Pero este fue solo el inicio. Como decía, para poder formularse una definición orgánica de nuestro Estado, era preciso una definición previa en lo social y en lo político. A su vez, esta definición solo podía darse en cuanto se estableciera, con legitimidad, fuerza y equilibrio relativamente estables, un grupo, clase o fracción dominante en el contexto no solo político, sino social y económico.

Existen elementos suficientes para creer que este proceso se configuró en nuestro país en la década del 70 del siglo pasado. Dos documentos-monumentos parecen atestiguarlo en todo caso: la Constitución de 1871, que con múltiples avatares y reformas todavía nos rige, y el todavía vigente Código Civil de 1888, para no mencionar las leyes liberales del 84, la creación de los liceos y colegios de señoritas, etc. Todas estas leyes, proyectos e instituciones, en conjunto, muestran una obra que solo era posible formular y llevar adelante si la cuestión del poder, en este caso de la hegemonía en el poder, había sido definida previamente en favor de uno de los contendores, si bien no de manera absoluta, sí al menos en un acuerdo tácito y fundamental que permitiera el equilibrio relativo y la estabilidad suficiente como para abordar definiciones sustanciales sobre la estructuración, funcionamiento y orientación de la sociedad nacional.

Creo que existen elementos suficientes para considerar que la Constitución de 1871, sobre todo, es la expresión jurídica de un pacto social entre los diver-

sos grupos, fracciones de clase, clases y subclases de la Costa Rica de fines del siglo pasado, que, sin una racionalización previa, simplemente por tacto, prudencia y sentido de la armonía social y política, logró abrirse paso y regir la vida de nuestro pueblo desde entonces hasta nuestros días, más como consecuencia objetiva de una percepción correcta de realidades, correlación de fuerzas, cálculos sociales y peso de valores ideológicos, que como propósito subjetivo racionalizado. Pero en cualquier caso el resultado fue el mismo, ya que se consolidó en nuestro país una forma de organización estatal avanzada con nuestro Estado de derecho; una forma de dominación política civilizada y progresista, con nuestro sistema político democrático liberal; una forma de control social sin violencias extremas y sin aplastamiento del individuo ni de las libertades públicas, con el increíblemente avanzado sistema educativo de fines y principios de siglo por encima de ejércitos, policías y otras formas de coerción, típicas en el resto de la América Central.

Contrariamente a lo sucedido en 1871, en que el pacto social plasmado en la Constitución de ese año surgió espontáneamente del conjunto de situaciones sociales y políticas de entonces, en 1980 la situación varía radicalmente. Aquí no podrá ser simple resultado de un acontecer socio-político que transcurra con la objetividad creadora, sino una racionalización política ocurrida en los últimos 50 años.

En efecto, diferenciada nuestra sociedad en su raíz, con el advenimiento de nuevos grupos y sectores sociales que reclamaban y reclaman para sí una participación creciente y garantizada en la vida económica, social y política del país, las élites dominantes tradicionales vieron cuestionado su poder en todas las esferas.

El grupo de hombres con vocación empresarial, que apoyados en las clases medias como lo quería Rodrigo Facio y el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, abordaron el problema del Estado, nacionalizaron los depósitos y, de hecho, controlaron el crédito bancario, no solo buscaban aplicar la vieja tesis aprista de suplir las debilidades del capital criollo con el apoyo del Estado, sino que determinaron con sus acciones un debilitamiento mayor del grupo hasta entonces predominante de cafetaleros y grandes comerciantes-importadores, englobados,

para efectos políticos, por los propagandistas del naciente Partido Liberación Nacional, bajo el término de oligarquía.

Fue así como surgió en Costa Rica un movimiento de inspiración típicamente populista, que mostró, en su momento, una gran flexibilidad política y logró canalizar las aspiraciones de amplios sectores sociales.

Al corresponder a las aspiraciones de desarrollo capitalista comunes a la población, las primeras cartas de la acción política se jugaban a su favor. Inconscientes de los límites reales que a su proyecto de desarrollo capitalista autónomo impondría la existencia del capital transnacional y la nueva época histórica en que su acción se desenvolvía, los populistas no veían que las siguientes cartas irían contra sus objetivos iniciales. Despertadas de su letargo por la demagogia populista, las masas presionaban por alcanzar lo que se les había prometido. Pero frenados por las realidades nacionales e internacionales que determinaban un carácter sietemesino y deformado al desarrollo capitalista latinoamericano, los movimientos populistas se veían empujados contra su voluntad a la claudicación de sus propósitos originales y a la frustración política.

Tomados entre la imposibilidad práctica de un desarrollo capitalista pleno e independiente de un lado, y las aspiraciones crecientes generadas por ellos mismos entre las amplias masas populares por otro, los populistas optaron por un asistencialismo social que resultaba, a mediano o largo plazo, según las condiciones políticas nacionales, insostenible y generador de burocracia. Incapaces de promover un desarrollo económico real de tipo capitalista, no por no aspirarlo, sino por carecer de fuerza para ello, nuestros populistas se vieron forzados a ampliar al infinito el aparato estatal, convertido en el único botín político real para sus partidarios y en la única fuente masiva de empleo para quienes demandaban su incorporación al mercado de trabajo. Al ceder ante las presiones del capital extranjero, encontraron un reducto para reclamar su coto nacional de actividad: nuevamente el Estado. Todo lo cual promovió un gigantismo estatal que disfrazó al asistencialismo populista de socialismo democrático y sentó las bases para crisis profundas insalvables por la vía populista.

Todo esto configuró, en nuestro caso, un Estado con características muy particulares en virtud de la situación clasista interna que vivía nuestro país. Por una parte, la vieja oligarquía cafetalera había venido perdiendo, de manera constante, su poder político y social, en virtud del surgimiento a la vida política activa de otras clases sociales: la pequeña burguesía urbana e intelectual ascendente y, sobre todo, durante los años 42-48, los artesanos, asalariados urbanos y obreros agrícolas bananeros. Ese Estado, pese a todo, “como consecuencia de la realidad económica (era) esencialmente un instrumento de los intereses del capital imperialista y del gran capital privado criollo (...)”, según escribía Rodrigo Facio en 1942.

No existía, entonces, bien estructurado un sector de burguesía industrial o comercial realmente distinto del tradicional agroexportador, concentrado hasta los años 50 en la actividad agropecuaria. Pero las limitaciones que ese esquema imponía a los sectores medios ascendentes, en particular después de 1948, forzaba a buscar alternativas económicas y sociales que, según se vio, se centraban en el papel que debía jugar el Estado en el desarrollo de nuevas actividades económicas.

Esto produjo un Estado en el cual se expresaban —como condensación de las contradicciones económicas y sociales del país, y las relaciones específicas de fuerza y perspectiva entre las clases y fracciones de clase ya existentes hasta 1948— y el germen de un nuevo sector dominante que se iría configurando en torno a la gestión administrativa del Partido Liberación Nacional: la nueva capa burocrática.

Esta, al principio relativamente débil, fue creando diversos mecanismos de poder y estructuras organizativas del Estado que correspondían a su programa y a sus potenciales intereses de fracción social dominante. La nacionalización de depósitos bancarios, la descentralización administrativa con la consecuente proliferación de instituciones autónomas y burocracia, fueron jalones importantes en la constitución posterior de esa fracción dominante nueva.

Inicialmente, los nuevos políticos venidos a la escena nacional se contentaron con impulsar el viejo programa aprista: apoyarse en el Estado para impulsar

un capitalismo privado autónomo. Corresponde muy bien a esta etapa la figura conocida y criticada del empresario-político. Esto no fue una desviación del pensamiento original del centro socialdemócrata, sino su consecuencia necesaria. Quienes promovían tales tesis eran los representantes directos de las clases y sectores que postulaban esa gestión económica, basada en el Estado, como una necesidad nacional. El germen de abusos y, eventualmente, de desviaciones notorias de los fines del Estado, por la utilización de recursos e informaciones originariamente supuestos a ser neutros políticamente, en virtud de la doble posición de empresario y gobernante, resultaba en el contexto dicho no solo explicable, sino inevitable. El control del aparato del Estado para este sector empresarial resultaba vital para su existencia y desarrollo. Para controlarlo, era preciso retroalimentar la participación política con la ayuda de las empresas sustentadas por el poder del Estado. Y una vez en este, devolver a aquellas tanto lo que estas habían arriesgado para crearse el clima favorable en el aparato estatal, como nuevas contribuciones para su incremento posterior. Con todo ello, la fusión del político y el empresario y los criterios éticos que habían separado, por lo menos formalmente en el pasado, a uno y otro, tendieron a diluirse hasta desvanecerse del todo. El poder económico era indispensable para adquirir el poder político. Este, a su vez, era esencial para promover un desarrollo industrial y agropecuario distinto del tradicional, que impulsaría un adecuado crecimiento económico. Pero este, por el carácter del proyecto, no tenía otro significado que el apoyo estatal de las actividades empresariales de aquellos que ocupaban los puestos políticos claves y tenían en sus manos las decisiones fundamentales de la política económica del Estado desarrollista.

Junto con esta tendencia que originará múltiples consecuencias sociales, —desde el desarrollo de ciertas actividades industriales hasta procesos de marginalización social con el impulso de actividades agropecuarias y especulaciones en tierras, etc.—, se vio aparecer otro proceso, no por más lento, menos significativo y real. El surgimiento de una verdadera burguesía burocrática. En la raíz de su desarrollo, se encuentra la debilidad propia del capital nacional, que no podía ni quería afrontar los altos costos de la financiación de proyectos, que por su envergadura, requerían fuertes inversiones de capital y trabajo.

Como decía Facio en aquel entonces,

“el capital es tímido y cobarde, en gran parte debido a la penetración incontrolada del capital extranjero, cuya competencia naturalmente no puede resistir; y, en parte, debido a una modalidad psíquica nacional. Como decía el Centro en un editorial de Surco ‘nuestro capital no se arriesga en empresas difíciles, por mucho que ellas tientes con la posibilidad de éxito; rehúye las inversiones no amparadas por el monopolio de hecho o de derecho; le repugna especialmente el papel de pionero, creador valeroso de nuevas fuentes de riqueza patria. Es francamente conservador: explota su control sobre las máquinas que elaboran industrialmente los productos agrícolas, haciéndose retribuir en forma excesiva sus servicios, por productores y consumidores; especula con los artículos importados; acapara la producción nacional de granos para exprimir al que los cultiva y al que los consume; tiende a la inversión de tipo comercial, especulativa y rápida, o de tipo monopolista, lenta pero segura, que en la mayoría de los casos ninguna riqueza efectiva nueva le produce al país, y más bien tiene resultados económicos y sociales nocivos”.

La política ya no fue, en esta segunda etapa de capitalismo burocrático, la de tomar el Estado como base para financiar las actividades empresariales, sino concentrarlas en el poder central y en sus instituciones autónomas o semiautónomas y compartir con el capital extranjero, en un endeudamiento creciente, cuando no galopante, la explotación de esas actividades.

Con esto, el capital transnacional se aseguraba su participación a través de su interiorización en la vida económica y financiera interna, tanto a través de instituciones controladas por él, como el BIRF, el BID y el FMI, como por medio de la situación social existente en el país. La generación de capitalismo interno no comprometía su control y dominio de la economía nacional, sino que tendía a reforzarla al incorporar nuevas zonas de actividad productiva a la vida económica del país, dependiente en sus fundamentos de los centros metropolitanos. Pero además, en las esferas económicas decisivas, como la creación de la llamada infraestructura —carreteras, puentes, vías y sistemas de comunicación, electrificación, agua potable, vi-

vienda, etc.—, la participación masiva de la financiación internacional ataba el esfuerzo económico del país a la política expansiva de los grandes consorcios e instituciones financieras internacionales. Todo esto, sin un real proyecto de desarrollo económico nacional integral, con una correlación de fuerzas de clase en el interior que neutralizaba a todas ellas y creaba un vacío que, paradójicamente, prolongaba la vida de la democracia liberal costarricense, lejos de contribuir a los propósitos declarados por los fundadores de esta nueva alternativa de desarrollo económico social, de corte populista y vocación socialdemócrata, los alejaba de ellos y establecía, a lo sumo, una nueva forma de dependencia política-económica más profunda y acorde con las necesidades expansivas del gran capital extranjero en su etapa moderna de transnacionales e internacionalización.

Sin embargo, esta política que combinaba el implementar propósitos nacionales de desarrollo autónomo, perfectamente expresados por el ICE, con satisfacer las presiones financieras internacionales —préstamos atados, privatización de actividades en manos del Estado, etc.—, concentró en el aparato estatal autónomo y centralizado la fuerza principal del capital costarricense.

La participación del Estado, entonces, se amplió considerablemente a la esfera propiamente productiva, en la cual se introdujo de manera directa e indirecta. Con ello, no solo jugó el papel tradicionalmente reconocido a él de vigilante del *statu quo* y promotor de las actividades económicas privadas, sino de empresario capitalista colectivo, que actúa a nombre de la sociedad, pero cuyos puntos decisivos claves se concentraban en los titulares de las respectivas funciones burocráticas. Estos, teóricamente, pueden variar, pero por múltiples razones —períodos de nombramiento, descentralización administrativa y, como en el caso de CODESA, naturaleza jurídica de la entidad y hasta convenios políticos interpartidarios plasmados en una legislación particular con el llamado 4/3 —otorgan una estabilidad cada vez mayor a los titulares de dichas funciones claves.

La consolidación de la burguesía burocrática en Costa Rica, impulsora de un capitalismo de Estado que se quiere presentar como antesala de un socialismo democrático de inspiración escandinava, contó, duran-

te los primeros períodos presidenciales posteriores a 1948, con la dificultad de la alternabilidad en el ejercicio del poder por las derrotas del Partido Liberación Nacional. Por eso, es que el triunfo consecutivo del Partido dicho en las elecciones de 1970 y 1974 se puede considerar —lo cual es una hipótesis bastante plausible— como el momento político justo en que dicho sector cristalizó como fracción de clase en la vida social y política costarricense. Todo parece indicar que al primer Liberación Nacional del empresario-político ha seguido, ya con carta de triunfo, el segundo Liberación Nacional, el del político-empresario.

Las manifestaciones políticas de este sector, cuya base de poder y beneficio así como de explotación y acumulación, es el aparato del Estado, son múltiples y se hacen cada vez más evidentes. Quizá el factor más importante desde el ángulo político-electoral lo constituye el pago adelantado de la deuda política, que permitió a los sectores burocráticos de gobierno y oposición garantizarse una financiación que los independizaba de otros sectores capitalistas privados sin fuerza suficiente para competir con el poder económico y financiero del Estado. En este sentido, el pago adelantado de la deuda política constituiría la fuente nutricia fundamental para el mantenimiento y desarrollo de toda una clase política que expresa, desde luego, a nombre de los intereses generales de la población, los muy particulares de una burguesía burocrática que intenta, por todos los medios, mantenerse como fracción dominante de la burguesía costarricense.

Sin embargo, la posición de esta nueva fracción de clase dominante es altamente contradictoria. Obligada por su situación a transar con el capital internacional, mantiene relaciones de resistencia y entrega. Sustentada por las finanzas públicas, sufre el doble reclamo de los sectores populares por las limitaciones y baja calidad de los servicios de un lado, y por el alto costo de los mismos, por otro. Impulsada a ampliar la esfera de influencia del Estado, entra en contradicciones con los empresarios privados y con el propio capital internacional, que ven con aprehensión esa ampliación de lo público en detrimento de lo privado. Endeudada externamente como medio esencial para financiar las actividades públicas, debe incrementar su política impositiva sobre los grupos económicamente débiles pero más numerosos, enajenándose

así su apoyo. Interesada en disminuir las brechas sociales por su carácter explosivo, debe seguir políticas restrictivas del consumo de los sectores medios, pero como estos son la base de la política económica expansiva de las transnacionales, que controlan los medios de comunicación colectiva y las agencias de publicidad que conforman los patrones de consumo, pierden también el apoyo de los sectores medios, antigua base de apoyo de su partido, sin ganar la de los marginados que entran, a su vez, en la carrera de las aspiraciones crecientes. Al disfrutar de privilegios por función, deben asumir las tareas de control, limitación y vigilancia en sus respectivas instituciones para aumentar la eficiencia de sus subordinados. Estos, testigos de la clara diferenciación social que se produce, se ven forzados a un proceso de gremialización y demandas que aquellas no pueden satisfacer sin menguar el patrimonio de sus empresas. Con ello, la lucha de clases hace su ingreso en el interior de las ciudadelas cerradas de la burguesía burocrática. Para encontrar una salida, la burguesía burocrática busca nuevas relaciones en el campo internacional que le faciliten una apertura económica y financiera que corte tantos lazos que la limitan y acogotan. Abren la puerta, entonces, a la quinta esencia del capitalismo burocrático de Estado constituido por la Unión Soviética y su clase dirigente. Despiertan, con ello, la suspicacia tanto de las otras clases dominantes en el país, incluido el sector empresarial-político del propio Partido Liberación Nacional y, sobre todo, del capital norteamericano, que intuye una amenaza de penetración en un área considerada como esencial para su seguridad nacional. El camino resulta sin salida: al conceder a los económicamente fuertes, para asegurarles su lealtad de clase, no logra el apoyo real y efectivo de los económicamente débiles, que la sienten ajena y contraria a sus postulaciones originales. Con temor de apoyarse abiertamente en el capitalismo burocrático monopolista de Estado soviético, no logra disipar las aprehensiones del capitalismo transnacional norteamericano. Presionada por las crecientes reivindicaciones internas, que la afectan directamente, recurre, de manera cada vez más inmediata, a métodos represivos y a fortalecer el aparato de seguridad, que no solo se extiende, sino que asume más y más funciones. Desarrolla, con ello, las condiciones políticas, sociales y represivas necesarias para ser desplazada y sustituida por un poder dictatorial centralizado que se divorciaría cada vez más de la democracia tradicional.

Como puede verse, es esta una consecuencia no querida, pero directamente derivada de la concepción populista del llamado Estado anti-imperialista, en la cual este debía cumplir la función específica de agente económico del desarrollo capitalista nacional. Lo que pareciera demostrar esta experiencia de los últimos 25 años es que los problemas y planteamientos programáticos no pueden prescindir del hecho de que las posibilidades de un desarrollo de ese tipo quedaron cerradas para la época actual. El problema del desarrollo, entonces, deviene, claramente, en un problema político que debe plantearse, desde un inicio, no solo la etapa inmediata de superación de la dependencia y la conveniencia de la participación del Estado, sino el fin último del desarrollo social.

Todos estos hechos demuestran que los objetivos trazados por los ideólogos del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales no solo no fueron alcanzados, sino que, por el contrario, la dependencia con los intereses extranjeros y el poder de los sectores capitalistas tradicionales fue incrementada, aunque con titulares y características distintas.

Esto hizo que los problemas centrales de la revolución latinoamericana planteados ya en los años 20 por comunistas y populistas se replantearan nuevamente en los años 60. Aparte del entusiasmo político trágico de la juventud latinoamericana que se lanzó a la guerrilla unilateralizando la experiencia cubana, la América Latina se halló enfrentada a los mismos problemas que, ciertamente con significativas modificaciones nacionales e internacionales, estructurales y coyunturales, había conocido en los primeros tiempos de la Internacional y del aprismo.

La visión populista típica, que concebía a los sectores medios urbanos y rurales como la base fundamental del proceso de cambio en Costa Rica con el apoyo de los que Rodrigo Facio denominaba “la pequeña clase proletaria”, dejaba sin considerar el proceso de diferenciación clasista interno que habría de producirse en los propios sectores medios, base social de su programa.

Al utilizar el aparato del Estado para desarrollar actividades privadas, que terminaron convirtiendo a una parte de la llamada clase media en nuevos empresarios capitalistas, vinculados a actividades no tradicio-



nales, aunque también hubo inversiones de este tipo, nuestro populismo no pudo evitar la frustración de importantes sectores para los que no había alternativa empresarial capitalista posible.

Amparados, entonces, al poder del Estado, usufructuando de las posibilidades de educación, viajes al exterior, becas y seguridad laboral, amén de préstamos y otros beneficios desde instituciones más o menos controladas políticamente, esos sectores medios encontraron nuevas posibilidades de ascenso con la interacción centroamericana. Con cierta preparación tecnocrática, algunos de ellos se incorporaron a las filas de la burguesía gerencial integracionista, como encargados de administrar los intereses, a nivel local, de las casas matrices atraídas por los incentivos fiscales excesivos que se otorgaron al momento de ingresar nuestro país en el Mercomún.

Pero el grueso de dichos sectores medios se concentró propiamente en la actividad del Estado. Concibieron a este como promotor, directo y monopolista, de actividades económicas hasta entonces privadas. Ya no se trató de la concepción mixta de la economía, que daba al Estado oportunidad de invertir en actividades poco o nada rentables para el capital privado. Se produjo, más bien, un desbordamiento de la actividad estatal en el campo empresarial donde entró en franca competencia con el capital criollo y extranjero, al último de los cuales no se excluiría del todo, sino que se trataría de canalizar de modo tal que fortaleciera el poder económico del Estado.

La política orientada a desarrollar, bajo el control de la burguesía burocrática, un capitalismo de Estado, que incluso se ha querido presentar por algunos como procedimiento práctico y obligado para implantar el socialismo en Costa Rica, muestra todas las contradicciones inherentes a la fracción de clase que la impulsa, y comporta, además, los otros peligros ya apuntados que se insertan en el contexto internacional contemporáneo.

Los sectores de burguesía burocrática podrían jugar un papel positivo, de carácter nacional, en los esfuerzos globales de los sectores populares por alcanzar el desarrollo económico y social independientes. Pero, por sí sola o en alianzas internacionales riesgosas, esta fracción de la clase dominante no tiene ninguna

perspectiva real de alcanzar plenamente sus objetivos y cualquier intento, en ese sentido, comprometería seriamente la estabilidad política del país.

El equilibrio relativo de las diversas fracciones dominantes y la creciente actividad de otros sectores sociales que reclaman una participación no solo económica, sino política en la vida nacional, obliga a concesiones y reajustes que establecen límites claros a las posibilidades de crecimiento de todas esas fracciones. Cualquier elemento externo que interviniera de manera decisiva para inclinar el fiel de la balanza política en uno u otro sentido provocaría necesariamente una serie de golpes y contragolpes, expectativas y frustraciones, que podría acabar con el sistema político nacional, tal y como lo conocemos hasta ahora. La incapacidad política de todos estos sectores, ya sea para afrontar las presiones sociales generadas con políticas demagógicas, o bien para responder flexiblemente a demandas crecientes de una sociedad que busca el desarrollo económico con progreso social y político, hace cernir, sobre nuestro sistema de vida político en un contexto latinoamericano nada halagüeño, graves peligros de los cuales existe ya más de un síntoma.

La amenaza actual de sustitución de nuestro sistema político demoliberal por uno represivo y centroamericano en el mal sentido del término tiene, además una fuente más profunda aun en los procesos integracionistas del istmo en que se insertó nuestro país al comienzo de la década de los 60.

La apertura de toda el área centroamericana, de manera irrestricta, al capital extranjero en general, y al norteamericano en particular, coincidió con el proceso gigantesco de expansión capitalista mundial. La inversión extranjera fue propiciada de manera indiscriminada, por una política suicida de incentivos fiscales, y por la ausencia de políticas claras y coordinadas de regionalización de las inversiones, políticas congruentes de transmisión tecnológica, etc. Con ello, no solo surgió una industria complementaria y de ensamblaje, controlada por el capital extranjero, sino que esta, por sus facilidades tecnológicas y de marketing, de financiamiento interno y externo, etc., resultaba invencible para la débil industria local. En vez de competencia hubo absorción. En vez de desarrollo industrial hubo industria sin industrialización.

Socialmente esto produjo un nuevo sector social en la clase obrera surgido al amparo de la integración cuya presencia es indispensable considerar en cualquier proyecto político realmente viable. E hizo también su aparición otro sector, el gerencial integracionista, directamente vinculado al capital extranjero y colocado en la perspectiva de esos intereses, difícilmente conciliables, en ese contexto centroamericano, con los nacionales. El peso específico de ese sector en la vida económica nacional corrió parejo con el incremento de la actividad productiva de las empresas integracionistas y el comercio en el área. Y a mayor poder económico correspondió la búsqueda de mayor poder social y político.

Sin embargo, estos nuevos sectores empresariales privados no se encontraban colocados históricamente como promotores del progreso político y social, sino que iban, por su propia situación, al encuentro del ya alcanzado por el país antes de su llegada. Estas ventajas sociales y políticas devenían, en el contexto centroamericano de competencia intermonopólica y franco retraso socio-político, en condiciones negativas desde el punto de vista de la competitividad. La democracia política que permitía la organización gremial y la participación, si bien limitada en los asuntos públicos, tenía así que aparecer como obstáculo para el progreso industrial integracionista. En nombre de una eficacia y tecnificación del Estado y su gestión, elementos salidos de este sector tendieron a cuestionar el precio democrático de las instituciones demo-liberales. Preocupados por el libre movimiento de capital y trabajo, las fronteras nacionales devenían para ellos simples barreras. Ansiosos de seguridad en las inversiones cifraban su confianza en la modernización del aparato represivo, por lo demás, en concordancia con estrategias continentales bien conocidas.

Todo esto condujo a la paradoja relativa de que el desarrollo de las fuerzas productivas en el país, en el contexto de un proyecto integracionista basado en la inversión extranjera y el capital transnacional ha ido, en más de un sentido, directamente en contra de las conquistas democrático-liberales de nuestro pueblo.

Esto explicaría, al menos en parte, el proceso de erosión a que se ha visto sometido nuestro sistema político, así como lo fútil de los intentos de resolver

la crisis de nuestra democracia liberal mediante una simplista revisión de la estructura jurídica del Estado, como si la causa del mal fuera el ropaje jurídico y no el contenido socio-económico de nuestra sociedad.

La realidad es que no es nuestra Constitución Política lo que está en crisis: es la naturaleza social y política del sistema imperante, es su condición dependiente y subdesarrollada, que hacen inoperantes los proyectos políticos de las diversas fracciones y grupos dominantes. Unos, por haber agotado su papel histórico sin haber podido superar su simplificado esquema agroexportador; otros, por transmitir el modelo supranacional de sus respectivas casas matrices que promueven el consumo elitista y profundizan la dependencia y el subdesarrollo; y, en fin, los últimos, por constituir un híbrido incapaz de alcanzar una solución efectiva de los problemas, sin comprometer radicalmente sus propias bases de apoyo político y unificar en su contra a las otras fracciones.

En este sentido, la crítica situación nacional, que abarca desde lo económico hasta lo ideológico, se entronca con la situación internacional. Esta, marcada por una nueva distribución de fuerzas a nivel mundial, nos sitúa claramente en el tercer mundo y nos enfrenta de manera directa a la política hegemónica de las dos grandes superpotencias. La creación de un bloque nuevo de poder hegemónico en el país exige tomar en consideración tanto las tareas a realizar a nivel interno y externo como la cuestión estratégica fundamental de impedir la sustitución de una dependencia encubierta en el mito de una libre competencia y una libre empresa, por otra dependencia que se disfraza de socialismo, internacionalismo proletario, seguridad y paz.

En este contexto de diversas clases y fracciones sociales, que han ido acumulando influencia, fuerza, poder y participación en la sociedad y Estado costarricenses, que se agudiza en una crisis política que abarca, concentradamente, todos los órdenes: el económico, el social, el propiamente estatal y político-partidario, el nacional y el internacional.

Atomizada en tal forma, la Costa Rica de hoy encuentra un equilibrio relativo e inestable entre las diversas fracciones sociales que se disputan el poder. Fuerte cada una de ellas para contrarrestar las



iniciativas y proyectos de las otras, resultan débiles para abrir campo e imponer hegemonícamente sus propias tesis y proyectos. Con fuerza, bastante para impedir una modificación sustancial del cuadro social y político existente, que permitiera una reestructuración del Estado y una orientación general del poder conforme a las perspectivas y necesidades de fracciones rivales, carecen de la fuerza suficiente para hacerlo para sí mismas.

El resultado es una neutralización recíproca de todas las fracciones y grupos, paralizante y paralizadora, que precipita nuestra vida política en un abismo de estancamiento y descomposición.

Con una raíz socioeconómica dependiente y subdesarrollada, el proyecto político del Partido Liberación Nacional, en su esencia, resulta hoy agotado, en parte por realizado, en parte por desviado, a fines sustancialmente distintos a los iniciales y, en parte, por imposibilidad real de cumplimiento.

En búsqueda de nuevas formas de desarrollo, el proyecto liberacionista se vio arrastrado, en la década de los 60, tras un modelo de sustitución de importaciones y un proceso integracionista, que ni siquiera se atenía a los lineamientos generales esbozados por la CEPAL. Marcando el paso a iniciativas foráneas, que si bien eran de tipo económico traían importantes consecuencias políticas, el modelo finalmente adoptado terminó mostrando todas sus limitaciones y profundizando, en el aspecto esencial de la dependencia, el problema nacional.

Este modelo, agotado programáticamente, dio campo a un intento de impulsar, bajo una cobertura cada vez más evidentemente pseudosocialista, el nuevo modelo del Estado empresario. Los resultados mostraron pronto la imposibilidad de esa ruta: la ausencia de criterios de rentabilidad, eficiencia y responsabilidad han puesto en evidencia el desperdicio material, económico y social de tales intentos frustrados.

Todo ello traduce, en suma, el problema de la ausencia de un modelo real, hegemonícamente impulsado y legitimadoramente aceptado por la sociedad nacional.

Simbólicamente, la crisis de este modelo y proyecto político se hizo evidente 30 años después de la guerra civil de 1948, como si la historia quisiera recordarnos, con la notable coincidencia, que también estábamos al término de una generación. Una época, una etapa de nuestro desarrollo se cumplía y, al término de ella, la sociedad costarricense buscaba esperanzada y urgida una respuesta alternativa.

Fue sobre esa aspiración, sobre la ilusión de una respuesta urgente a una necesidad sentida, que la mayoría del pueblo costarricense atendió candorosamente la solicitud que se le hizo contra el proyecto político liberacionista, ofreciéndole una respuesta supuestamente coherente no solo rectificadora de los excesos y las deficiencias, sino de la orientación general de la vida socio-política del país.

Deslegitimado el sistema institucional de manera creciente por situaciones financieras cuando menos opacas; cuestionada su dirigencia formal como consecuencia de ellos; brutalmente agredido el sistema parlamentario, desde fuera, por tesis acerca de la imperiosa necesidad de cerrar la Asamblea Legislativa y gobernar por decreto; y, desde dentro, por una creciente municipalización y empobrecimiento espiritual, intelectual y político de su estructura y funcionamiento, era prácticamente inevitable que nuestro pueblo pusiera, en lo que era pura imagen electoral, un contenido y una sustancia, que, en realidad, no existían más que como deseo y necesidad sociales suyas.

La vida demostró que la respuesta intentada frente al problema del agotamiento histórico —no necesariamente político— del proyecto liberacionista, había fallado. Un híbrido electoral que mezclaba abigarradamente restos de un pensamiento semisocialdemócrata y semipopulista; fraseología democristiana jamás traducida a hechos, salvo excepciones cuyo mérito principal es mostrar la regla contraria; y elementos indudablemente más sistemáticos y operantes de un neoliberalismo mal copiado de los países sudamericanos de cuyo modelo se añora la prohibición de los sindicatos, la represión de las presiones populares democráticas y la prescripción del libre juego de ideas, partidos y organizaciones sociales, fueron la

nota principal de lo que ha sido el frustrado intento electoral de 1978 para responder al problema político clásico de ¿qué hacer? en Costa Rica aquí y ahora.

Ideológicamente en nuestro país la crisis mundial que padecen esas formas autojustificadoras y apolo-géticas, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, empezó a mostrar no solo su dimensión histórica, sino su conveniencia política de regreso a las fuentes teóricas y filosóficas, a la práctica y a la iniciativa creadora.

De contenido populista y vocación socialdemócrata, los unos, se vieron conducidos en la práctica no a colocar a la clase obrera en un sitio preferencial en el poder del Estado como lo quería la Segunda Internacional, sino a tomar a este como trampolín para impulsar sus empresas y devenir capitalistas privados o burócratas empresariales. De ropaje democristiano y de naturaleza socialconfusa, los otros, han resultado en los hechos al implementar una política económica de corte neoliberal, que exige y promueve un estilo político crecientemente bonapartista y, al carecer de coherencia y visión, de un aventurerismo e improvisación no solo en materia de gobierno nacional, sino de política exterior.

Disfrazados con un lenguaje marxista leninista que aboga por la clase obrera y los campesinos, pero en la práctica convertidos en simple correa de transmisión de la política exterior expansiva de la Unión Soviética y sus peones regionales, el movimiento comunista, en sus diversas versiones, no solo mostró un divorcio creciente con la realidad social y política nacional, sino que enseña —como mérito mayor— su capacidad de agravar los problemas y convertirlos, de agudas contradicciones y tensiones locales, en temas de política internacional en que lo que entra en juego no es ni el interés ni la viabilidad nacionales, sino los problemas estratégicos de las dos superpotencias.

Con ello, esas formas ideológicas han mostrado toda su limitación e incongruencia. De ordenadoras de la realidad y sistematizadoras de objetivos y fines sociales y culturales, esas ideologías han servido cada vez más, en un desprestigio y cuestionamiento creciente sobre ellas, de justificativo y velo de prácticas políticas, sociales y económicas reales, que nada tienen que ver con los propósitos declarados.

En estas condiciones, nuestra sociedad ha desembocado en una crisis global que exige para su superación el establecimiento en el poder político de un nuevo bloque social hegemónico, que no simplemente traduzca el buen deseo político de algunos, sino que interprete, en un esfuerzo intelectual atalayador y bien fundado, el derrotero que debemos seguir para convertir la crisis no en fuente de peligro, sino en aprovechamiento de oportunidades.

La cuestión fundamental de la sociedad costarricense es política, no es ni económica, ni energética, ni técnica. Es política porque se requiere una confluencia de diversos sectores sociales, con aspiraciones y pretensiones participativas en lo económico, social y político, diversas y hasta ahora encontradas. Porque esto exige una superación de las divisiones políticas tradicionales y una delimitación precisa y explícita de las reglas de un nuevo pacto social, que defina con claridad el límite y alcance de las pretensiones reconocidas como legítimas para cada grupo, fracción o clase.

Solo así será posible centrar la atención en el problema de la producción, como requisito previo a una política distributiva bien orientada y fundada; solo así podrá llevarse adelante una redistribución de la riqueza, capaz de crear las condiciones materiales de vida que le den contenido, cuerpo y sentido a la institucionalidad democrática; únicamente de ese modo podrá afrontarse el problema central de nuestra dependencia, reivindicando, para los costarricenses, una parte sustancial de la riqueza nacional que emigra al exterior, sin compensación significativa alguna por la situación desmejorada con que nuestro país participa en el mercado mundial y en las relaciones económicas internacionales. ¿Cómo podríamos, de otra manera, resolver el problema del gigantismo burocrático estatal, de su peso negativo sobre la economía y la producción, del gremialismo tan útil e indispensable en la vida democrática como ciego y torpe en la manipulación inepta de dirigentes incapaces y corroídos por una pasión antidemocrática o por la búsqueda de un usufructo inmoral de lo que debían ser responsabilidades inherentes a su posición?

Solo en el contexto de un nuevo pacto social será posible transformar nuestro sistema educativo, reorientar la formación del ciudadano y el ser humano

que Costa Rica necesita para continuar siendo viable como nación democrática, soberana y con fisonomía nacional propia. ¿No es acaso cuestión previa indispensable, para modificar nuestra colocación desventajosa en el plano internacional y regional, el presentar al concierto internacional una nación unida, fuerte y consciente, movilizada tras objetivos económicos, sociales y políticos claramente expresados?

Este no es un problema de arreglo entre cúpulas políticas. Se trata de sentar las bases para transformar nuestra democracia liberal representativa, y sobre la plataforma histórica que ella nos brinda en una democracia participativa, eficiente, real y de contenido. Solo así se brindará el pueblo costarricense a sí mismo, y por su participación organizada en todas las esferas de poder, la oportunidad de poner la libertad al servicio del florecimiento del ciudadano; el Estado al servicio de la producción y la sociedad; la acción política al servicio de la dignificación del pueblo y la educación al servicio de una areté, como lo decían los griegos, que nos dé un hombre nuevo, pilar fundamental de una nueva democracia, con perspectivas de desarrollo independiente, desalienado y desalienante.

El momento es propicio como nunca. A la muerte y marginación de los caudillos políticos, columna vertebral de la estructuración pseudopartidaria tradicional, no siguió la aparición del partido político moderno. Por el contrario, los defectos de este —maquinaria, oligarquía de hierro en su dirección corrupción, sectarismo, etc.— se dieron aun antes de que tuviéramos un verdadero sistema de partidos políticos en Costa Rica y sin que se manifestaran las ventajas y conveniencias de este. Lo que ha existido y existe en la actualidad en nuestro país, aparte de lo que podríamos llamar los legados, herencias y derechos de llave políticos, que tan bien se expresan en el pago adelantado de la deuda política, son fuerzas sociales y políticas que se manifiestan en muy diversas formas y colectividades partidarias.

Retomar de raíz el problema, facilitar el encuentro de los que deben encontrarse, resolver en la práctica y, con la alta dosis de seriedad intelectual y política que el asunto requiere, los problemas del país, son el gran reto que tienen nuestra democracia y nuestro pueblo,

por encima de formaciones partidarias y aun de las ideologías anquilosadas y apologéticas que pululan confusamente entre nosotros.

No basta, entonces, ofrecer candidatos, cuando lo que se requiere son diagnósticos y reorientaciones sustanciales; no es suficiente mantener una vigencia política nacida de la inercia social y la financiación asegurada, cuando lo que se afronta es un momento crucial de grandes iniciativas y encuentros históricos. No cumple ningún papel real el unir fracciones y segmentos políticos sobre la base de una distribución previa del botín político, cuando lo que se necesita es una confluencia histórica que movilice a la totalidad de nuestro pueblo y permita hegemonizar un programa de desarrollo nacional democrático, independiente y sin sacrificio de las libertades personales.

Parodiando a quien fue uno de mis maestros, yo diría que en la etapa en que hemos entrado se va a jugar nuestro destino. Yo les invito a meditar en estas palabras que quieren estar muy alejadas de la solemne vaguedad a que parecen aludir. O somos arrastrados a una lucha monstruosa, cruel y degradante como la que desangra a Centroamérica y en la que estaríamos remachando las peores cadenas; o bien, por el esfuerzo lúcido y firme de nuestro pueblo, impulsamos el desarrollo de una sociedad civilizada, pluralista en lo ideológico, democrática en lo político y progresista en lo social. Si hacemos lo último, que es lo que propongo, no estaremos sirviendo a unos cuantos contra otros, sino que, al servirnos a nosotros mismos, estaremos sirviendo a todos.

# Entrevistas



# Mi tesis es la del camino propio. Entrevista de Wilmer Murillo

*La República*, 21 mayo, 1976

La tesis de “camino propio”, sustentada en un programa propio, con exclusión de toda posibilidad de alianzas solapadas, pero rechazando al mismo tiempo una posición de aislamiento, y esencialmente aceptando las iniciativas positivas, no importa de dónde provengan, ha sido levantada como bandera por el Frente Popular, representado en el Congreso por el diputado Rodolfo Cerdas.

La fracción del Frente Popular, aunque es de carácter individual, se considera decisiva en la determinación que adoptarán los diversos sectores parlamentarios.

La presencia de la izquierda en el Congreso obligará a todos los partidos a jugar con las cartas sobre la mesa.

Rodolfo Cerdas, escritor y catedrático universitario, habla en una entrevista para *La República* de sus ideologías y el derrotero que se ha propuesto seguir en la Asamblea Legislativa en los próximos cuatro años.

—¿Qué proyectos impulsará en la Asamblea Legislativa?

Nosotros tenemos múltiples proyectos, que van desde reformas constitucionales hasta la creación de nuevas leyes e instituciones. Consideramos que es importante introducir un capítulo agrario a la Constitución, modernizar y regular la situación de los trabajadores del Estado, especialmente en aquellas situaciones que la actual ley del Servicio Civil no contempla la modificación al sistema de cálculo a efecto de que este sea un derecho adquirido y opere de manera inmediata en favor del trabajador.

Un punto muy importante que actualmente no ha recibido la atención que merece, será de especial atención para mí: la cuestión tecnológica y el problema de la ecología. En ello hay un aspecto al cual le brindo una atención especial, aunque de carácter específico; es un propósito firme que me tracé desde hace muchos años: incorporar el cantón de Acosta, el cantón más abandonado de Costa Rica, a la vida económica-social y cultural del país.

—Lo acusan de ser simplemente un reformista. ¿Lo es?

El término reformista es un término que yo he llegado a la conclusión de que algunas gentes que lo usan contra nosotros no saben exactamente lo que quieren decir. Yo creo que hay dos aspectos de la sociedad que deben ser reformados. Esas reformas son de diferente profundidad y hay algunas de ellas que van vinculadas a las bases mismas del subdesarrollo y el atraso de nuestra sociedad.

En este sentido, nosotros creemos que es necesario afrontar los problemas de raíz, por lo cual nos consideramos radicales. Por otro lado, estamos convencidos de que pequeñas modificaciones no podrán resolver los problemas que viven la mayoría de los costarricenses. En ese sentido, creemos que es el pueblo el que debe tomar las riendas del gobierno de este país, debidamente organizado y preparado para ello. Por eso, nosotros nos calificamos de revolucionarios, pero no a la rusa, sino a la tica.

—El Frente Popular no obedece línea de Moscú o Pekín, según se ha dicho. ¿Cómo define esta corriente ideológica?

El Frente Popular es la izquierda nacional, democrática, revolucionaria y pluralista del pueblo costarricense. Es de izquierda, porque se define directamente como una organización del pueblo trabajador. Es nacional, porque su política se fija a partir de los intereses del pueblo de Costa Rica, como parte del tercer mundo, y no en consideración a los intereses de ninguna superpotencia. Es democrático, porque estamos contra toda forma de totalitarismo y creemos, profundamente, en la iniciativa creadora del pueblo trabajador y en su participación real en el manejo de la cosa pública. Somos pluralistas, porque consideramos que es necesario, para el correcto desarrollo de la sociedad tal y como nosotros lo concebimos, la participación múltiple desde todas las vertientes ideológicas y políticas de los distintos sectores que integran la sociedad costarricense.

Como usted puede ver, esta definición del Frente Popular corresponde exactamente a los mejores valores políticos de nuestro pueblo, y es por eso que —a diferencia de otros—, nosotros sí somos una izquierda con sello.

—¿Su voto en favor de la Unidad, el primero de la Asamblea Legislativa, se puede entender como sometimiento o colaboración?

Ni como colaboración, ni mucho menos como sometimiento. Nosotros no votamos por la tesis del Partido Unidad, sino que votamos por nuestra propia tesis consistente en que, para Costa Rica, lo mejor era que Liberación pasara efectivamente a la llanura. Después de la elección, se ha puesto en evidencia que muchos altos dirigentes del Partido Liberación estaban convencidos de que nuestra tesis, no obstante que afecta los intereses inmediatos de la fracción parlamentaria, era lo que más convenía a Costa Rica en las circunstancias actuales. Por otro lado, políticamente nosotros sabíamos que existían diversos acuerdos que, de manera más o menos oculta, terminarían haciendo que la papeleta del Partido Unidad resultara victoriosa. Nosotros, al participar en

la campaña electoral, fuimos claros en que nuestra manera de hacer política sería completamente nueva, sin subterfugios y como lo llamamos “de cartas sobre la mesa”. Pudimos votar por nosotros mismos, la primera vez y votar en blanco la segunda, con lo cual los votos nuestros se habrían sumado a los votos del Partido Unidad. Pero esto no habría sido más que un ardid; y nosotros concebimos la gestión parlamentaria como una escuela de educación política, donde el pueblo debe aprender que es necesario asumir la responsabilidad, aún en las condiciones más difíciles. Nosotros también pudimos haber votado, para los puestos más bajos del directorio, por candidatos de Liberación, y aparecer jugando un equilibrio que no tenía nada de fondo, sino que era puramente formal. Pero eso sería engañar al pueblo y nosotros no fuimos a la Asamblea a defraudar a ese pueblo, sino a servirle y hablarle con las cartas en la mano.

—¿Pero seguirá votando por una papeleta de Unidad los próximos cuatro años?

El hecho de que nosotros votáramos por la papeleta de la Unidad este primero de mayo no implica, en modo alguno, el menor compromiso con respecto al voto que vayamos a hacer en los próximos cuatro años, en que habrá que definir directorio de la Asamblea. Como lo hemos explicado, nuestra posición obedece a un conjunto de circunstancias que nos han convencido de que votar como lo hicimos el primero de mayo era lo mejor para el país. Pero, si esas circunstancias varían, también nuestros votos tendrán que variar. Por ahora, sin embargo, pareciera que las circunstancias varían muy lentamente o no varían del todo, especialmente por lo que se refiere a la errónea actitud de algunos sectores del Partido Liberación Nacional.

—¿Qué es lo que califica de “errónea” actitud de Liberación Nacional?

Hay sectores en ese partido que persisten en cobrarle a mi partido el voto del primero de mayo y dejan de lado que —editorialmente—, hasta Pueblo Unido hubo de reconocer que, llegado el caso, ellos habrían votado por la papeleta de la Unidad, por considerar-



la lo mejor para el país. Estos sectores minoritarios dentro del P.L.N. se han ido embarcando en una coalición anti-Frente Popular, que a los únicos que podrá perjudicar es a los propios coaligados. Nosotros mantenemos una política de plena apertura, diálogo y colaboración con todas las fuerzas políticas sanas de Costa Rica, incluidas desde luego las que existen en importante número en el seno del P.L.N.

—¿Considera que la fracción del Frente Popular es la más independiente de la Asamblea Legislativa?

Nuestra independencia no nace del voto por nosotros mismos o por otra papeleta. Porque de ser así, en los últimos cuatro años solo Liberación Nacional habría tenido cierta independencia por haber votado por sí mismo, y quizás algún otro partido como Renovación Democrática. Para nosotros, nuestra independencia nace de que representamos de manera real y objetiva una tesis política nueva, no supeditada a ningún interés nacional o internacional que no sea el de nuestro propio pueblo y a una alternativa ideológica que corresponde efectivamente a la realidad social, económica y política de Costa Rica.

Tan independientes somos que, cuando se ha tocado el problema de los precios, fue nuestro partido el que hizo una amplia y fundamentada exposición, que criticaba por igual los errores antipopulares de los últimos decretos del gobierno de Oduber y los errores de la llamada “liberación de precios” decretada por el ministro Altmann. Y fuimos nosotros los que exigimos que el señor Altmann compareciera ante la Asamblea a dar una explicación, que ciertamente no ha terminado de ofrecer. En el futuro, nosotros nos opondremos a todas aquellas medidas y políticas del actual gobierno del señor Carazo que consideremos nocivas para los intereses de nuestro pueblo. Pero, así como no nos temblará la mano para censurar esas políticas, no llevaremos ninguna doble contabilidad, si creemos necesario brindar nuestro apoyo político a tesis correctas del Partido Unidad o de cualquier otro partido. Si hay una fracción parlamentaria independiente en la Asamblea, podemos decir que esa es la nuestra. Porque detrás de nosotros no están ni grandes intereses económicos nacionales ni extranjeros, ni tampoco intereses internacionales. Detrás de nosotros está el pueblo costarricense.

—¿Estarán las tesis del Frente Popular constantemente enfrentadas a las de Pueblo Unido?

Nosotros no tenemos ningún problema especial con Pueblo Unido, sino que el problema lo tienen ellos con nosotros. Por nuestra parte, ya hemos dado claras pruebas ante la opinión pública de que no solo estamos en disposición de apoyar las tesis correctas de Pueblo Unido, sino de mejorarlas. Probablemente habrá cuestiones que pueden originar algún debate, pero consideramos que nuestro pueblo tiene problemas extraordinariamente graves que resolver y son esos problemas y las soluciones requeridas las que constituyen la preocupación final de nuestro partido.

Finalmente, debo confesarle que me da mucha pereza pensar en la posibilidad de volver a tener que discutir la estéril teología política en que se debate usualmente el *ghetto* tradicional de la izquierda.

—¿Cree posible el ascenso al poder de los comunistas dentro del contexto político actual?

No creo que en las condiciones nacionales o internacionales actuales esté planteada la posibilidad real de una revolución comunista, dado el grado de desarrollo económico y social de nuestro país, así como el peso específico de nuestra clase obrera, del campesinado, de los sectores medios, así como su grado de organización y desarrollo de su conciencia política. Lo que está pendiente en Costa Rica es la lucha por una *nueva democracia*. Esta no solo es posible, sino que es necesaria. Sin ella, hablar del subdesarrollo y la dependencia es eludir el problema fundamental de esa tan difícil etapa de desarrollo de nuestro país. Costa Rica necesita un reacomodo de fuerzas políticas y sociales, a efecto de que los sectores objetivamente interesados en que nuestro país sea efectivamente dueño de sus propios recursos, y de las llaves fundamentales de su desarrollo económico y social.

—¿En qué forma se podría llevar a cabo un cambio de las estructuras políticas y sociales del Estado costarricense?

Para llevar adelante una *nueva democracia* en nuestro país, es necesaria la transformación profunda de la

actual estructura del Estado. En particular, es indispensable introducir la participación organizada del pueblo en el manejo de los asuntos públicos, y la autogestión económica y social en la solución de los problemas del pueblo trabajador. Sin embargo, nosotros creemos que antes de poder modificar la Constitución jurídica del Estado, es necesario desarrollar un amplio movimiento político-social y educativo que permita a los amplios sectores del pueblo aprender, en la práctica, el manejo de la cosa pública y la solución a sus problemas económicos y sociales. El régimen de propiedad debe ser modernizado y transformado, lo mismo que todo lo referente a los controles de los poderes del Estado. Las garantías sociales e individuales deben ser fortalecidas y desarrolladas (ya hablamos de la necesidad de un capítulo agrario), no en la actitud de una simple negación de la actual democracia liberal hoy en crisis, sino como una superación de la misma, que, conservando lo mejor de esa democracia heredada de nuestros antepasados, la desarrollen y la pongan a la altura –y las necesidades– de los amplios sectores de trabajadores, que deben ser el factor decisivo de poder político en nuestro país.

—¿Y qué papel juega la izquierda dentro del actual contexto político nacional?

Creo que la izquierda en Costa Rica, la tradicional y la nueva, con sello y sin sello, recién comienza a adquirir significado político electoral. Sin embargo, yo estoy convencido de que la izquierda en Costa Rica, en particular *la izquierda con sello*, tiene que jugar un papel creciente en la vida nacional. El desarrollo de las actividades económicas, industriales y agropecuarias de los últimos años, hacen evidente que en Costa Rica va a existir, como una fuerza cada vez mayor, un movimiento de izquierda. La cuestión que se plantea es si ese movimiento de izquierda será un movimiento independiente, democrático, pluralista y nacional, con métodos civilizados y el lenguaje decente con que nuestro pueblo trata los asuntos graves y serios, esto es, si será una *izquierda con sello* o si no será con sello. Pero, en cualquier caso, ni Costa Rica ni ningún país podrán pasarse sin un movimiento de izquierda.

# Aclaraciones sobre la naturaleza del Frente Popular.

## Entrevista de Gina Polini

*La Nación*, circa 1980

Permítame objetar, señorita Polini, desde un principio y con absoluta claridad, el encasillamiento que hace usted del Frente Popular entre los partidos llamados comunistas. El Frente Popular no es ni ha sido nunca un partido comunista, y si por algo hemos luchado, es por no permitir que se nos encierre en el ghetto de los grupos de izquierda, que tienen una teoría calcada de otras realidades y una práctica alejada por completo de las grandes mayorías de nuestro país, además de ser correas de transmisión de los intereses de una gran superpotencia. A diferencia de esos partidos, nosotros no tenemos sumos pontífices políticos ni textos sagrados ideológicos, sino que nuestra acción se nutre y vive en la aplicación creadora de las ciencias sociales a la realidad costarricense.

—¿Cómo nació el Frente popular y a qué objetivos respondió su creación?

El Frente Popular nació a principios de la década del 70, como consecuencia del trabajo de investigación de un grupo de jóvenes profesionales de diversas disciplinas, empeñados en estudiar a fondo la realidad nacional para producir programas acordes con las necesidades del desarrollo de nuestro país. Después de varios meses de estudio, una de las conclusiones fue que ninguno de los partidos políticos existentes estaba enfrentando con seriedad y responsabilidad los problemas del país, y que era necesaria la formación de un nuevo grupo político. Fue entonces cuando se acordó crear el Frente Popular.

—¿Respondió su creación al hecho de que otros partidos socialistas existentes no son auténticos?

No conozco en Costa Rica ningún partido socialista. Lo que existe son partidos comunistas, que integran la coalición Pueblo Unido. A menos que se refiera usted al partido Liberación Nacional, ya que uno de sus máximos dirigentes, el Lic. Oduber, se ha auto-definido como socialista... Pero, en todo caso, la autenticidad o inautenticidad de otros partidos no fue razón para la creación del Frente Popular que, como le he dicho, nació de una necesidad nacional.

—Dirigentes de los partidos socialistas han dicho que Ud. no es socialista. ¿Es eso cierto?

Puedo decirle que la mayoría abrumadora del Frente Popular se ha emancipado intelectualmente de textos, santos de palo socialistas y sumos pontífices teóricos, que imponen su verdad por medio de tanques e intervenciones militares. Hemos adquirido la mayoría de edad intelectual para pensar por nosotros mismos, y estamos embarcados en la difícil, pero hermosa y estimulante tarea de crear —esa es la palabra de orden— nuestra propia doctrina político social. Rendimos cuenta, con respeto y admiración, a las contribuciones teóricas pasadas. Pero entendemos que nuestra realidad exige una racionalización doctrinaria de una práctica social histórica concreta, que no se corresponde en absoluto a los esquemas que la vida ha demostrado que son obsoletos, al menos en sus versiones conocidas hasta hoy.

Aquí en Costa Rica, don Manuel Mora es el comunista. Don Daniel Oduber reclama para sí ser el socialista de nuestro país.

Yo, más modesto, he demostrado en más de un trabajo que el socialismo no está a la orden del día en Costa Rica.

—¿En qué se diferencia el Frente Popular de los otros partidos socialistas?

Como le decía antes, aquí en Costa Rica no hay partidos socialistas. O son comunistas o son populistas, pero no socialistas. Lo que ocurre es que aquí la intervención del Estado se ha visto como sinónimo de socialista, y el reivindicar los derechos de nuestro pueblo, como una actividad propia de extremismos. Pero, en uno y otro caso, tenemos cualquier cosa menos socialismo. Para los llamados comunistas, la intervención totalizadora del Estado en la vida económica y social conduce, bajo el nombre de socialismo y las banderas rojas que en su origen expresaron un ideal de libertad —por eso está el rojo en nuestra bandera tricolor—, a un régimen de capitalismo de Estado, monopolista y burocrático, explotador y tiránico, donde en nombre de una supuesta libertad colectiva se acaba con todo tipo de libertad individual.

Para los populistas, también se trata de impulsar un capitalismo de Estado, solo que con la expresa intención de derivar, a través de la función, los privilegios que en un régimen de capitalismo privado están reservados al propietario de los medios de producción. En todo caso, hay estatismo; no hay socialismo.

Nosotros hemos propuesto construir en Costa Rica una sociedad de creciente participación popular organizada, tanto en los asuntos políticos públicos, como en el proceso de producción, mediante una actividad autogestionaria que se manifiesta en cooperativas de producción y consumo, acciones solidaristas, sindicalismo democrático, movimiento comunal y régimen municipal transformado, planes de participación social de los trabajadores en la empresa, etc. Desde luego, consideramos que algunos puntos clave deben estar en manos del Estado, pero estos deben ser de tipo fundamental, bien definidos, y sin tenta-

ciones expansivas que tiendan a seguir burocratizando negativamente la actividad económica y social del país. Esto lo consideramos nefasto, no solo para la producción, sino para la democracia.

Con relación a los partidos tradicionales, creemos que ellos ya jugaron su papel, importante, pero terminado. Son la cola de algo que se acaba.

Con relación a los grupos extremistas de Pueblo Unido, en sus versiones soviética, castrista e híbrida, no tienen otro papel que jugar a ser ser promotores del caos, del peligro de intervención extranjera, y de internacionalizar, agravándolos infinitamente, los problemas de nuestro pueblo.

—¿Participará el Frente Popular en las elecciones de 1982? ¿Con candidato a la presidencia?

En este momento el Frente Popular se encuentra convencido de que la tarea actual para las nuevas generaciones, no nuevas por edad, sino por actitud, es la conformación de un amplio movimiento de unión nacional, que aglutine a las personas provenientes de las más variadas tendencias políticas, unidas en el afán de poner fin a la crisis que atraviesa el país. Le he dicho, y lo repito, que nuestro partido no será obstáculo para la conformación de ese movimiento, sino todo lo contrario. Como nuestro partido no es un partido electorero que vive de y para las elecciones, no es la cuestión meramente electoral la que mantiene viva nuestra atención. Del desarrollo y pujanza de ese nuevo movimiento, que algunos han comenzado a llamar el movimiento de la nueva generación, dependen las decisiones que en ese sentido tome el Frente Popular. En este momento de crisis, nosotros creemos, que, contrariamente a lo que hacen los partidos tradicionales, al país hay que ofrecerle soluciones y programas, y no candidatos simplemente.

—¿Cree el Frente Popular en las elecciones como medio para alcanzar el poder?

Es indudable que en el período electoral la conciencia de las amplias mayorías de nuestra población está más alerta para comprender los problemas políticos

y participar activamente. Pero nadie alcanza el poder sencillamente por elecciones. Lo que se alcanza mediante las elecciones es el gobierno. El poder solo se alcanza cuando, además del gobierno, se tiene la identificación consciente y la participación organizada de los diversos sectores que integran nuestro pueblo en el manejo de los asuntos públicos. Sí creemos, sin duda alguna, en las elecciones como vía para ganar el gobierno. Creemos en el pluralismo ideológico y en la libertad personal como formas de preservar un estilo de vida creador en la sociedad costarricense. También creemos en la educación política y la organización como elementos centrales para que ese gobierno no sea un simple cambio de personas, sino una respuesta auténtica a los graves problemas que la crisis le presenta a Costa Rica.

gan de lado lo que los divide, y se apresten a impulsar este proyecto nacional, que impulse, mediante un pacto social, la democracia de participación organizada de la que antes le hablaba.

—¿Qué tipo de actividades está desarrollando el Frente Popular con carácter electoral?

Como, insisto, el Frente Popular no es un partido electorero, su actividad no se reinicia cuando se acercan las elecciones, sino que se trata de una labor permanente de organización de las más diversas comunidades y sectores sociales en la solución de sus propios problemas, y en la divulgación sistemática de nuestros diagnósticos y planteamientos sobre la situación nacional, que han mostrado no solamente que responden a la realidad de los hechos, sino que han recibido en los más distintos sectores una aceptación que rebasó todas nuestras propias expectativas. Esas actividades, formación de comités, reuniones públicas, conferencias, charlas, publicaciones, visitas a comunidades, etc., se hacían antes de las elecciones, durante el período electoral, y se continúan haciendo, y con enorme éxito, en la actualidad.

—¿Cree que la crisis actual que vive el país beneficiará al Frente Popular?

La crisis no beneficia a nadie, sino que perjudica a todo nuestro pueblo. Lo que hace es poner en evidencia la necesidad de un proyecto político como el que yo he venido defendiendo y en el cual los mejores elementos de las distintas clases productoras, provenientes de las más diferentes banderas políticas, pon-



# Pensamiento político del Dr. Rodolfo Cerdas.

## Entrevista de Armando Vargas Araya

Radio Monumental, 15 de noviembre, 1980

—Don Rodolfo: En esta oportunidad, yo quisiera que habláramos sobre usted, sobre su vida política, sus primeras experiencias en ese campo, el desarrollo que ha tenido su carrera tanto en la universidad como fuera de ella y también las perspectivas que usted se ha trazado para el proceso político nacional. Quiero comenzar esta entrevista recordando unas frases de monseñor Víctor Manuel Sanabria, que justifican, creo yo, el interés en una entrevista eminentemente personal sobre usted. Monseñor Sanabria escribió que las cosas políticas nuestras no obedecen a ninguna lógica histórica; en los acontecimientos de nuestra historia, según él, no se impone la lógica de los hechos sino de las personas. De aquí que, para entender lo nuestro, se ha de comenzar por entender a las personas. Vamos a ver si a lo largo de una hora, con la sinceridad que lo caracteriza a usted, podemos desentrañar un poco, ¿quién es Rodolfo Cerdas? ¿Dónde está parado Rodolfo Cerdas? ¿Y qué quiere Rodolfo Cerdas? Mi primera pregunta tiene que ver con su definición ideológica. Se han hecho publicaciones en días recientes en donde se recuerda que hace dos años se confesaba usted marxista leninista; yo quiero saber si ahora, a fines de 1980, ¿usted es marxista leninista o si no lo es?

Bueno en primer término, Armando, yo quiero agradecerle esto porque, aunque me produce un sentimiento contradictorio —siempre es desagradable tener que hablar de uno mismo en los términos en que usted lo está planteando—; creo que hace coincidir a Monseñor Sanabria con don José Figueres, porque don José Figueres decía que en Costa Rica no había que leer los Manifiestos sino revisar quiénes los firmaban. Creo que algo hay de eso con respecto a la pregunta que usted me hace. A mí me parece que es necesario situarlo en un contexto adecuado. En primer lugar, el término marxista leninista es un tér-

mino que aquí y ahora tiene una connotación muy precisa: marxista leninista quiere significar, con toda claridad, la interpretación y la práctica política del partido comunista de la Unión Soviética, al extremo tal que algunos países, que, de un modo u otro se encuentran bajo la influencia soviética, como en el caso de Rumania, ya no usan ese término y ahora utilizan otro que es Comunismo Científico. Yo tengo que decir que los pilares del siglo XX han mostrado una gravísima crisis ideológica, no solo por lo que se refiere al pensamiento que tradicionalmente se había conocido con el nombre de marxismo-leninismo, sino en lo referente a todas las otras formas ideológicas y políticas; y, concretamente, en el caso del marxismo-leninismo, nos encontramos con un grave problema y es que no solamente la doctrina como tal ha entrado en una crisis extraordinariamente grave, sino que la práctica que se ha llevado a cabo a partir de la misma ha resultado una práctica verdaderamente monstruosa.

Usted sabe, y es importante que usted haya situado el asunto como un proceso de evolución personal, que yo he participado en el pasado de la ideología marxista leninista porque esta ideología planteaba, de manera muy precisa, una serie de problemas de la sociedad contemporánea que a mí me conmueven. Por ejemplo, el problema de la injusticia social, de la marginación de importantes sectores de la humanidad que no tienen acceso, en absoluto, a condiciones y elementos básicos para advenir a una verdadera situación de libertad nacional y personal; también el problema de la democracia utilizada como simple formalidad para mantener sosegados a importantes sectores de la población y también el de la desigualdad y explotación de importantes sectores de la humanidad, de todos los países del tercer mundo, por un puñado de naciones ricas. Asimismo, era importante porque,



filosóficamente, planteaba el problema de la libertad y la necesidad, y de las tareas que el hombre debía cumplir para liberarse de la enajenación, de esta pérdida de sí mismo que el ser humano tiene a través de la dominación y la opresión del Estado, del dinero y del poder, que él mismo había creado, se le habían ido de sus manos y habían terminado por dominarlo.

La práctica política en las sociedades del Este ha mostrado que en ellas ha sucedido exactamente lo contrario de lo que se declaraba buscar; y este fracaso, en la práctica, no puede ser explicado por razones puramente circunstanciales de que esto se dio en Rusia, o en Cuba, pero que no tiene una vinculación teórica enraizada en la concepción misma del marxismo-leninismo. Y es claro que la tiene.

Por esa razón, declararse marxista leninista en este momento, no es un problema de conveniencia o inconveniencia, aunque —para quienes sí se declaran—, usualmente es muy conveniente porque les implica el respaldo de una gran potencia internacional. El problema para mí es otro, es que declararse marxista leninista no es ya asumir una posición en materia de postulados que se quieren realizar, sino más bien adoptar como propia una filosofía, una práctica política y una política de expansión territorial, económica y militar de esa gran potencia que es la U.R.S.S. Filosóficamente, el marxismo-leninismo ha mostrado —en la práctica, que es donde las cosas tienen que demostrar la terrenalidad y verdad de su planteamiento—, que tiene fallas tan grandes, divorcios tan radicales entre teoría, práctica, axiología y moralidad, que definitivamente esta ideología es quizá la que más grave crisis padece; y en ese sentido, yo le puede decir a usted que no soy marxista leninista.

—¿Por qué razón hace dos años, sin embargo, usted se confesó marxista leninista en una entrevista que le hizo el Semanario Universidad; y qué ha sucedido en estos 24 meses para que usted haya cambiado su punto de vista, habiendo estado en la corriente política por muchos años, en vista de que usted nació en un hogar altamente politizado y que ha estado en actividades políticas desde los primeros años de su infancia?

Mire, Armando, yo le puedo decir a usted con relación a esto lo siguiente: la evolución de mi pensamiento no ha sido una evolución particularizada, interiorizada y punto. La evolución de mi pensamiento ha sido una evolución intelectualmente muy responsable, de la que me precio. Yo no tengo vanidades de otro tipo, pero en cuanto a seriedad intelectual sí las tengo y he hecho un esfuerzo para ir adaptando dos tipos de trabajo que a mi juicio eran decisivos desde el punto de vista de la filosofía política. Por un lado, un estudio serio de la teoría social, no solamente de la teoría marxista, sino de todas las diferentes vertientes que conforman la ciencia social; y por otro lado, un estudio también serio y profundo, en la medida de mis capacidades, sobre la realidad costarricense.

En el estudio de las teorías sociales, desde luego, tenía que estar situado en el contexto de la práctica social que esas teorías han originado, porque no hay teorías en el aire, sino teorías que se aplican en la realidad; y es en la realidad donde nosotros tenemos que constatar si son o no válidas. El estudio de la realidad costarricense, por otro lado, implicaba ir tomando conciencia acerca de qué aspectos sociopolíticos eran válidos y cuáles no lo eran; pero, además, implicaba precisar la existencia de otro elemento importante que la política costarricense ha olvidado, que es el problema de la ética política, el de los valores personales, nacionales, éticos y políticos, que nosotros queremos preservar. Yo, en toda mi práctica política, he querido defender y fortalecer los valores de la libertad individual, de la defensa del ser humano y de sus derechos como resultado superior de una evolución de la civilización humana, por encima de cualquier otro tipo de interés y, particularmente, de cara al Estado; y si hay algo importante y vigente en el marxismo es su veta anti-estatista. Los que no han digerido el marxismo y tienen una grave confusión con eso, olvidan este elemento de extraordinario valor. El problema está en que hay una serie de planteamientos en este campo, que han conducido precisamente a alimentar la estatización. Mi estudio y mi práctica política me han llevado a la conclusión de que, de acuerdo con los planteamientos de ese marxismo-leninismo, sencillamente ninguno de los objetivos valiosos y fundamentales que la sociedad costarricense tiene, podría ser alcanzado a través de la aplicación de tal conjunto de dogmas. Por el

contrario, lo que se hacía en realidad, diz que para alcanzar supuestamente esos objetivos, era crear condiciones políticas, económicas y sociales, amén de culturales e ideológicas, exactamente opuestas a las requeridas para alcanzar esos fines. Hacer una revolución marxista leninista en este sentido implicaba en Costa Rica —ni más ni menos— un desgarramiento brutal e innecesario de la sociedad costarricense; significaba eliminarle, como se ha visto que sucede, en la práctica, donde se ha impuesto el modelo soviético, la libertad personal a nuestros ciudadanos; conducía a acabar con la democracia política, a un nuevo tipo de dependencia, que cambiaba la existente con los Estados Unidos por otra peor con la U.R.S.S., la cual se ha mostrado tanto o más atroz que cualquier tipo de dependencia que América Latina haya conocido en el pasado. En este sentido, todos los objetivos que supuestamente podían alcanzarse a través de este marxismo-leninismo se mostraban claramente inalcanzables. Además, tales concepciones y métodos resultaban intrínsecamente incapaces de ser ningún instrumento viable, desde ese punto de vista, para obtenerlos. Y los objetivos mismos partían de supuestos tales que, aun en su realización, el resultado era una auténtica deshumanización del hombre por la pérdida de su libertad.

—La educación política de una persona, y particularmente de una persona inteligente como es usted, lo que ya reconocía desde sus días de universidad Rodrigo Facio, cuando tuvo que jugarse una carta importante para defender su derecho a disentir y expresar sus puntos de vista en el campus de la Universidad de Costa Rica, es muy prolongado y comienza en el propio hogar. Enrique Benavides escribió hace un tiempo una semblanza sobre usted y señalaba que su padre, el licenciado Jaime Cerdas, fue uno de los fundadores del Partido Comunista en Costa Rica y que, probablemente, una de las primeras impresiones políticas que usted recuerda es cuando él, precisamente, fue hecho prisionero político, sacado de su hogar y trasladado a la Penitenciaría Central de San José. Después, la participación en un partido minoritario, que es una verdadera secta y que se comporta como tal, con toda la dinámica interna de las minorías que se sienten rechazadas por una sociedad, como es el caso del Partido Comunista en Costa Rica; sus años

de estudiante en la Universidad de Costa Rica, donde estableció la juventud socialista; más adelante, su preparación en la filosofía política en Moscú y, posteriormente, su práctica dentro del propio Partido Vanguardia Popular. Todo ello es un proceso sumamente prolongado, muy intenso, que no puede —evidentemente— tirarse por la borda de un momento a otro. ¿Cómo ha sido entonces ese tránsito señalado ahora en dos fechas; por su declaración hace dos años y la declaración que usted hace en esta oportunidad para evolucionar desde aquella posición hasta la que usted está tratando de formular en estos momentos?

Sí, la pregunta es importante. Iba a volver un poco a la cuestión anterior por lo siguiente: usted cita en mi evolución un plazo de dos años y yo decía que he afrontado el problema de la formación y desarrollo de mi filosofía política de una manera seria y responsable. En consecuencia, esta no es —no puede ser— una evolución de dos años. Yo he tenido una larga evolución que se manifiesta desde hace mucho tiempo y que se dio aún en el período en el cual formaba parte del Partido Comunista. Ello cobró cuerpo en diversas intervenciones mías, que determinaron el que algunos de los miembros de la dirección del Partido Comunista corrieran a hacer grabaciones secretas de las cosas que yo opinaba en público, fenómeno que siempre me extrañó porque hubiera bastado preguntarme directamente a mí. Estas primeras inquietudes nacieron del divorcio evidente que yo sentía entre el Partido Comunista y la realidad costarricense, evidencia para la que yo no encontraba todavía una explicación. Particularmente, la vieja generación del Partido Comunista en la cual estaba mi padre, que es la generación que los costarricenses respetan (la de Carlos Luis Fallas, Luis Carballo, Alfredo Picado, el antiguo Manuel Mora, Carmen Lyra, etc.) era un conjunto de hombres que yo sentí vibrar y que conocí profundamente apasionados por la justicia social y, dicho sea de paso, que no tenían relaciones con la Unión Soviética y que adaptaban su manera de pensar a la realidad costarricense. Entonces yo me preguntaba: ¿por qué eso cambiaba en el momento en que yo estaba formando parte del Partido Comunista? Esto cambió, pues, sencillamente porque el Partido Comunista cambió la naturaleza de su ser político y a partir de 1955 pasó a tener una vinculación y dependencia, de manera

directa, con la Unión Soviética. Esta relación se fue intensificando poco a poco, ya que al principio no era tan fuerte, pero posteriormente el proceso se fue acelerando cada vez más. El propio Manuel Mora dice, en uno de sus artículos, que las relaciones con la U.R.S.S. ellos las establecieron en 1955, prácticamente 25 años después de su fundación. Solo que las relaciones marcaron su destino. Por esta razón, yo empecé a estudiar con mucho cuidado cuáles eran los elementos que ahora se estaban dando y, por una preocupación sincera, pensé que era necesario determinar, primero, si había un divorcio entre la práctica política y lo que planteaba el marxismo-leninismo. Fue así como intensifiqué mis estudios; y en vez de coger el camino fácil de adaptarme a lo que era una práctica conveniente, porque aceptando el dogma tenía garantizado el respaldo de una gran superpotencia, adopté la actitud de estudiar con cuidado qué era lo que pasaba y cuál era la razón para que sucediera lo que estaba sucediendo. Con este objetivo, hice un estudio, que es prácticamente un balance completo de la experiencia del movimiento comunista internacional en los países del tercer mundo (es una obra de aproximadamente 700 páginas, con la que obtuve el doctorado en La Sorbona), y una indagación sobre la relación que existía entre la evolución y desarrollo teórico del marxismo y lo que ha sido su práctica política. De este modo pude establecer que existía una conexión directa e indisoluble entre la práctica concreta del llamado socialismo real y muchos de los planteamientos metodológicos y filosóficos del marxismo-leninismo; que no se podía divorciar una cosa de otra y que las deformaciones estalinistas no eran simplemente mera culpa de Stalin, sino que tenían un enraizamiento profundo dentro de la teoría misma, que por otra parte se quería preservar, a un tiempo, aislada, virginal, prístina y justificadora de todo.

La evolución de este pensamiento consta ahí en mis publicaciones, y cuando he tenido que reeditarlas, no les he retocado absolutamente nada; y, como lo hago en la segunda edición de mi libro sobre *La Formación del Estado en Costa Rica*, dicho sea de paso el primer intento de una interpretación sobre la formación del Estado en Costa Rica, expresamente señalo que no voy a tocar absolutamente nada de lo que dije, porque ese es el testimonio de una etapa del desarrollo de mi pensamiento. Por eso, hice una segunda in-

troducción y en ella situó el pensamiento político en el momento en que lo tengo. Además, hay un factor muy interesante, don Armando, y es el siguiente: de lo que he tenido que ser testigo, uno a veces tiene el temor, y debo confesarlo así, de que cierto tipo de convicciones políticas no debe abandonarlas, sobre todo cuando uno ve cómo la gente cambia de traje de la noche a la mañana, sin ningún tipo de sonrojo y de acuerdo con sus intereses más elementales; y yo no estoy en esto ni por intereses elementales, ni por cálculos, sino por una profunda convicción personal. Ahora bien: a mí me tocó ser testigo de acontecimientos muy importantes. Me tocó ser testigo, por ejemplo, en la Unión Soviética, cuando estuve estudiando allá, de las contradicciones pavorosas que presenta esa maquinaria burocrática pesada, absolutamente liquidadora de todo tipo de libertad y de cualquier posibilidad de desarrollo individual. Me tocó vivir la contradicción entre el aventurerismo del castrismo de la época del año 67, la Conferencia de la OLAS y las acciones de los soviéticos para presionar y controlar esos movimientos. Fui testigo también del conflicto chino-soviético; y cuando ya estaba en Francia, del surgimiento del eurocomunismo y, asimismo, y usted también lo es, de todo el proceso de transformaciones profundas que ha tenido, en los últimos años, el sudeste asiático y un país como la República Popular China, que supuestamente había logrado preservar su pureza ideológica con la revolución cultural, de cara al revisionismo soviético. Y este proceso, usted comprende, solo el que no tenga valor para asumir todas las consecuencias políticas y teóricas, puede abstenerse de sacar las enseñanzas que implica. Y yo, que jamás presumiría de valiente, sí he tenido el valor de hacerlo, no por ignorancia ni conveniencia, sino por una decisión lúcida, consciente y madura.

—Dígame doctor Cerdas, en este proceso tan interesante de evolución intelectual y política que usted está reseñando de una manera somera, casi esquemática, en aras de la brevedad que impone el tiempo a esta conversación, ¿ha tenido ante usted figuras de la tradición democrática occidental, que hayan sido importantes? ¿Como puntos de referencia, en este sentido, desde la posición que usted tenía hasta hace un tiempo y la que está conformando ahora?

Sí, cómo no. Usted comprende que una de las enseñanzas importantes que, por la situación privilegiada que le tengo que agradecer a mi país, aunque me ha costado mucho haber podido realizar estudios, es haber aprendido la práctica de volver a las fuentes. Ir a las fuentes, no donde los comentaristas, es un gran método; y yo creo que quien quiera conocer el pensamiento político costarricense tiene que ir a las fuentes del pensamiento y diría, en ese sentido, liberal—, de los grandes pensadores de la Revolución Francesa y de la Revolución Americana. Braulio Carrillo, don Ricardo Jiménez, don Cleto González y todas las figuras que forman ese extraordinario escenario de pensamiento político costarricense, no pueden ser entendidas ni explicadas si no es con el telón de fondo de autores como Jefferson y los representantes del iluminismo francés. Pero, además, hay una cosa importante, y es que ese pensamiento mostraba toda la ingenuidad propia de algo que comenzaba. No se conocían los límites materiales y sociales del mismo. En este sentido, a mí me parece significativo que, sobre todo un hombre de valía extraordinaria, como fue don Ricardo Jiménez, tuviera que reconocer, al cabo de su vida, que era necesario desarrollar el pensamiento democrático clásico, para completarlo con una serie de elementos de carácter económico, cultural, social y político nuevos, y muy particularmente con elementos propios de la sociedad costarricense, sin los que tales ideales democráticos se convertían en una ilusión. Así, pues, según don Ricardo, para convertir el ideal democrático en un ser vivo, de carne y hueso, verdaderamente funcional, era necesario aportarle otros elementos; y con una mentalidad muy abierta, quiso introducir todas las corrientes modernas de pensamiento, incluyendo, desde luego, el pensamiento socialista, para tratar de obtener una síntesis que el patriarca liberal criollo, de manera muy especial, no situaba en ninguna de las corrientes europeas, sino que colocaba en el término que ahora nosotros retomamos de democracia costarricense. Por eso, al menos en mi caso, le puedo decir que la evolución de mi pensamiento político no ha sido de dos años. La evolución ha sido de una vida completa.

—Si yo estoy mencionando dos años es porque hay dos declaraciones: la que usted dio al periódico Uni-

versidad, al comienzo de este período, de este cuatrienio, y la declaración que usted ha hecho aquí en esta entrevista. Y, por esa razón, el resultado, la consecuencia, de ese proceso evolutivo, se percibe ahora de manera más clara; y como es necesario situarnos en el espacio y en el tiempo, pues así es como lo estamos haciendo. ¿Por qué razón dio usted esa declaración hace dos años? ¿Y por qué hace usted esta declaración hoy?

Por dos razones. Una, por lealtad fundamental con mi pueblo; y otra, si usted quiere, por extrema honestidad conmigo mismo. Cuando hice esa declaración yo tenía ya una serie de planteamientos y cuestionamientos importantes a lo que había sido un elemento básico en mi formación política, esto es el marxismo-leninismo, pero en ese momento, sin embargo, yo no tenía una racionalización clara, ni había tomado la decisión política de plantear, con absoluta claridad como lo estoy haciendo en esta conversación con usted, que este problema de la práctica histórica que se había evidenciado en los países de la órbita soviética tenía una vinculación indisoluble y directa con elementos fundamentales que integraban la concepción misma del marxismo-leninismo. Entonces, cuando a mí me preguntaron eso, como yo no tenía este asunto todavía bien elaborado y definido, preferí decirle a los costarricenses dos cosas: que, aunque en ese momento yo todavía estaba situado entre el marxismo-leninismo, mi partido de entonces, el Frente Popular, no era marxista leninista. Yo estoy convencido que a este país hay que decirle toda la verdad en todo, y yo no voy a tratar, como han hecho algunos, de ir a borrar su pasado. Yo de mi pasado me siento profundamente orgulloso, y me siento así porque no tengo nada de qué avergonzarme. Primero, porque nunca derivé ningún beneficio; al contrario, muchos dolores y muchos pesares y dificultades tuve que pasar. El hecho de que Rodrigo Facio saliera a defender que a mí no se me expulsara de la Universidad de Costa Rica, por mis ideas, pudo ser útil porque yo había hecho el esfuerzo, durante todos los años que estuve en la Universidad, de ganarme la matrícula de honor, para no darle a mis adversarios la posibilidad de tener ningún pretexto para expulsarme. Así, cuando era muy difícil, muy incómodo, pertenecer a este pensamiento político marxista leninista, o ser militante del Partido Comunista, lo fui y yo no lo oculté;

lo dije y lo defendí. Cuando el asunto se puso cómodo, cuando empezaron las negociaciones de café y las comisiones —y los beneficios y los viajes—, y surgió toda la burocracia acomodaticia en que ese movimiento se fue transformando, yo empecé a tener importantes discrepancias. Era un momento en que yo pude haberme agachado y acomodado, máxime que existía el clima, no solamente fuera, sino dentro del propio Partido Comunista, que favorecería el que se viera en mí un sustituto de Manuel Mora. Pero yo no estoy en este tipo de preocupación por ocupar puestos, o por derivar beneficios personales. Si cuando fue difícil dije lo que era, contra viento y marea, hoy, cuando sería más fácil, digo que no soy comunista, tengo la autoridad moral e intelectual para exigir que se me crea y se respete mi actitud.

Le decía que me siento profundamente orgulloso de lo que he hecho en mi vida, porque soy una persona que sabe agradecer; y le agradezco a todos los que me han enseñado algo el que así lo hayan hecho. En el Partido Comunista aprendí cosas tan importantes como es conocer las necesidades profundas de nuestro pueblo, la sinceridad del trabajador, la desesperación de un campesino sin tierra y de una madre sin qué darle de comer a sus hijos. Y las conozco y vibro con ellas; y por eso, cuando yo hablo de la necesidad de que en Costa Rica haya un nuevo pacto social, los trabajadores, los campesinos y los obreros, sienten que están bien representados con Rodolfo Cerdas, porque conoce sus necesidades, sus problemas y ha estado luchando por años al lado de ellos.

Si ahora yo digo que no soy comunista, lo digo y los campesinos y los obreros y la gente honrada de esta país tiene que darse cuenta de que estoy diciendo la verdad; y que no les estoy diciendo eso para halagar los oídos de nadie; lo estoy diciendo, porque es el resultado de una evolución personal, intelectual y emocional, que puedo fundamentar y de la cual existen rasgos muy precisos en las diversas obras que yo he venido publicando.

Cuando ajusté, responsablemente, cuentas con esta evolución política y filosófica, no tengo ningún inconveniente en decir que he llegado a hacer una síntesis importante de qué ha sido mi pensamiento y mi acción política. Y eso no es sencillo, Armando. Ha

sido un proceso muy complejo, extraordinariamente complejo, pero que me permite, a esta edad, a esta altura, con la madurez que me da haber participado en tantas luchas al lado de mi pueblo, después de haberme esforzado tanto estudiando estas cosas, decir con autoridad moral y con conocimiento de causa que ahora no soy comunista.

Si lo digo como lo digo, no es sencillamente porque se trata de una cómoda voltereta, en que un día soy una cosa, y otro soy otra. No. Detrás de esta decisión, está una meditación vital que ojalá aparezca publicada relativamente pronto, que se llama, precisamente, *Ajuste de cuentas*. Es un ajuste de cuentas con la práctica política que he tenido, con la experiencia política que he vivido, aquí y en el exterior, y que constituye, en cierto modo, el antecedente biográfico de esta diferencia que el espejismo del calendario pone simplemente en dos años.

—Don Rodolfo, dejéme añadir aquí una observación de carácter personal. Hace dos años, cuando Robert Vesco procuraba la nacionalidad costarricense, un intelectual de muchos kilates, como es el doctor Samuel Stone, publicó un hermosísimo artículo en la página 15 de *La Nación*, explicando por qué él se había hecho costarricense; y digo que una página ejemplar, porque muchos hemos nacido costarricenses sin poder escogerlo y seguimos siendo costarricenses, desde luego, por una vocación que se ha ido enriqueciendo con la vida y con las enseñanzas que vamos adquiriendo. Pero una persona madura, hecha, formada, que decide dejar la nacionalidad norteamericana para hacerse costarricense, es un hecho admirable y yo creo que hay un paralelo ahí con la decisión que usted ha tomado, como un buen costarricense, decidir también una evolución en el ámbito político, en el ámbito intelectual, vital sin duda, de abandonar una posición, y evolucionar a partir de ella a una nueva posición. Ahora bien, así como es difícil decir que se es costarricense más allá de unos pocos datos, muy pocos probablemente, también será difícil decir qué es esa nueva posición que usted está procurando cuajar ahora. Habla usted de democracia costarricense. Yo quisiera que usted defina ese tránsito desde dónde y hasta dónde. Usted acaba de decir dónde estaba hace dos años, en un proceso de cuestionamiento



que venía de mucho atrás y que estaba a punto ya de evolucionar hasta un grado de cierta madurez, que lo hace decir hoy ya no soy comunista, ya no soy marxista leninista. ¿Qué es Rodolfo Cerdas ahora?

Sí, don Armando, a mí me parece que hay un tema que quedó pendiente y es la mención que hacía usted del perfil político que me hizo don Enrique Benavides, en el cual decía que yo había sido muy afectado por el encarcelamiento de mi padre. Yo diría que fui más afectado por otra cosa, que me mostró lo que don Ricardo Jiménez llamaba el buen sentido del costarricense; porque, entre el grupo de hombres que encarceló a mi padre en 1948, había varios pertenecientes a una misma familia, que posteriormente mostraron su verdadera faz. No es que eran figueristas, no es que eran nada, sino que realmente eran delincuentes metidos en un movimiento político. De hecho, tuvieron que ser encarcelados por el asesinato de un matrimonio campesino, al que le iban a robar. Este hombre, el que dirigía al grupo, —y es bueno que me permita contar esta anécdota personal—, cuando acompañé a mi madre ese domingo —por cierto día del padre—, a dejarle el desayuno a la cárcel, salió, tomó el desayuno que llevábamos y lo lanzó a media calle, diciendo con una expresión muy grosera, que no puedo repetir aquí, que para ese tal por cual que era mi padre, no estaba dispuesto a recibir nada. Yo sentí una cólera inmensa, como usted se puede imaginar. Era un niño que solo tenía 9 años y me llené de la doble ira que acompaña siempre a una sensación de impotencia. Pasó el tiempo, y sucedieron dos cosas que voy a relatar, comenzando por la última. Vivíamos en Barrio México y estos individuos que habían hecho esto con mi padre, lo habían torturado en la noche, lo habían metido en un estañón con agua fría, lo habían maltratado mucho, etc., huyeron de la penitenciaría donde estaban presos por el crimen contra esos campesinos de Tabarcía. Yo me encontraba jugando solo en un cafetal que quedaba cerca de mi casa y vi cuando este hombre, que tenía un defecto físico inconfundible, se escondía en una cueva. Yo llegué muy contento a casa de mi madre y le dije: *mamá voy a llamar a la policía, porque el que se escapó de la Peni está allí y es fulano de tal*. Usted comprenderá que a mí no se me podía haber olvidado ese rostro

ni esa figura. Mi madre me dijo: “síntese”; se quitó el delantal, y me hizo la siguiente reflexión: “Mire, Rodolfo, si usted va a llamar a la policía para que este hombre cumpla con la pena que debe cumplir por sus delitos con la sociedad, hágalo. Pero, si usted va a llamar a la policía para satisfacer un afán de venganza personal, eso sería cobardía indigna”. Yo tenía, pues, que tomar la decisión, pero como era muy joven, no pude tomarla. Eso fue una gran enseñanza para mí con respecto a lo que debe ser la actitud de un ciudadano costarricense y de un hombre de bien, que quiere que la justicia y el derecho imperen en su país. Es en esa actitud que me exigía mi madre, de origen campesino y profundamente cristiana, donde está el mejor pilar del Estado de derecho y de la democracia política costarricense. Es allí, en el corazón y en la actitud fundamental de cada ciudadano costarricense, donde radica nuestra diferencia con Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

El otro hecho fue que mi madre, después del incidente de aquel triste domingo día del padre, bajaba llorando conmigo hacia la casa de nuestra abuela, desde Guadalupe donde vivíamos hasta Barrio México; cerca de la cuesta de la penitenciaría, por donde vivía don Mario Echandi, nos encontramos a este que salía con don Otilio Ulate de su casa. Mi madre se acercó y le preguntó a Don Mario Echandi si ese era don Otilio Ulate. Don Mario, muy gentil, pasó a mi madre adelante y le dijo: “Señora, ¿qué le pasa? Está usted llorando; efectivamente, ese es don Otilio”, y lo llamó. Entonces, mi madre le dijo al señor Ulate: “Soy la esposa de Jaime Cerdas Mora y no vengo a pedir su libertad; pero si mi esposo sigue allí<sup>556</sup>, lo van asesinar y yo lo que quiero es que se le traslade a un lugar seguro. Aunque esté preso; no pido su libertad, ya que comprendo las circunstancias políticas actuales”. Don Mario le habló a don Otilio, y este dijo que sí, que iban a ver qué hacían. Llamaron a don José Figueres y dichosamente, de manera inmediata, trasladaron a mi padre a la Penitenciaría de nuevo. En este sentido pues, yo tuve otra lección, la de que, a pesar de las pasiones desatadas en 1948, había un sentido costarricense, un elemento humano propio de nuestra sociedad; que era necesario situar eso no simplemente como resultado

556 Parece referirse al Cuartel de Cuesta de Núñez, adonde se dice que habían llevado a varios dirigentes comunistas para matarlos. (Nota de la editora).

de las bondades individuales de alguien, que, desde luego, había hecho manifestación de ellas en este caso, y que yo reconozco y agradezco, sino que esto era resultado profundo de una formación del ciudadano costarricense; que el hombre costarricense, el buen sentido del costarricense del que hablaba don Ricardo, tenía que tener una razón más profunda, y que esa razón más profunda tenía que encontrarse y explicarse en la particularidad del desarrollo histórico de la sociedad nacional.

—Son importantes las dos anécdotas que usted ha contado, don Rodolfo, sin duda, y me parece buena su conclusión. Ahora, déjeme repetirle la pregunta: ¿qué es Rodolfo Cerdas hoy?

La respuesta a esta pregunta va acompañada de algunos de los elementos que he mencionado anteriormente. Para los rumanos no hay marxismo-leninismo, sino Comunismo Científico. Ahora, para la República Popular China, el maoísmo y, en particular, sus excrecencias, como la Revolución Cultural proletaria, se abandona en aras de transformaciones modernizantes que se están produciendo en ese país. En Albania tenemos algo así como fantasmagóricas sobrevivencias de un pasado, detestable entonces e insoportable y ridículo hoy. En Vietnam, un expansionismo nacionalista y militar, y en Camboya, un apocalipsis genocida. En Polonia, la reversión de la historia y del discurso marxista leninista, ante la rebelión práctica de la clase obrera polaca contra la teórica e irreal representación genuina suya en manos de rusos y del partido comunista polaco, sus verdaderos opresores internos y externos. Y en el sistema soviético de dominación y expansión mundial, lo que encontramos es, ni más ni menos, que los apetitos de gran potencia chauvinista, expansionista, militar e imperialista de la U.R.S.S., disfrazados en un discurso de socialismo, pseudocientificismo marxista y falso progresismo, en el cual no solo no cree el pueblo soviético, sino ni sus propios dirigentes y portavoces.

El marxismo-leninismo, en tales condiciones, no solo se ha convertido en una hoja de parra ideológica, que permite encubrir cada vez menos las desvergüenzas expansionistas, represivas y antidemocráticas del régimen soviético, sino que es un instrumento

de auto-opresión. En manos del Partido Comunista, el marxismo-leninismo logra cumplir parcialmente esa función gracias a una condición más sutil y delicada. Y es que el marxismo-leninismo, máxima racionalización de las necesidades estatales soviéticas, ejerce una función de auto-alienación en quien comulga con su doctrina. Allí no hay ciencia: hay dogma y fe de carbonero, solo que todo en nombre de la ciencia social. Allí no hay liberación del hombre, racionalidad y progreso del género humano: allí hay alienación, dominación total e incontrovertible del estado y el partido sobre el individuo, y represión del individuo sobre sí mismo y su semejante. Hay incondicionalidad con el poder y justificación de cualquier abuso de este en nombre de la razón histórica, la clase y el partido. No hay sentido crítico y autocrítico verdadero, basado en la búsqueda honesta de la verdad, sino fanáticas demostraciones de contricción político-religiosa; y auténticos actos de fe, hasta con quema de herejes, solo que ahora modernizados con hospitales psiquiátricos para disidentes del régimen. ¿Y el internacionalismo proletario no ha sido sustituido, acaso, por los intereses nacionales soviéticos, que justifican la intervención descarada en Checoslovaquia, la imposición de los militares en Polonia, el uso de gases tóxicos —como los usados en Vietnam— contra la población civil en Afganistán, o la movilización de Vietnam como peón local soviético en el Sudeste asiático, para dominar y exterminar a la nacionalidad camboyana, o de los cubanos para dominar el África?

Esta crisis del marxismo-leninismo no es única. El estatismo socialdemócrata, de capa caída en el mundo —pero agónico hasta la caricatura en el tercer mundo—, no escapa, con su paralelo enfoque, a un mundo que se acaba a ojos vistas en este fin de siglo. Porque aquí, ese socialdemocratismo que pretendía poner a la clase obrera en el poder y redistribuir la riqueza desde allí, con servicios estatales y nacionalizaciones, no solo resulta imposible de pagar y ruinoso para la actividad productiva real, sino que ha servido solo para dar origen a una capa de capitalistas privados ineficientes, recostados en el presupuesto del Estado, engordados con la complacencia del poder político y a costa del contribuyente, y esto cuando no cebados en la más pura y simple corrupción política.



La democracia cristiana padece una crisis profunda y similar, no solo de trayectoria sino de vocabulario y acción política, de lo cual las “familias” sicolianas a ella afiliadas, claramente vislumbradas en la muerte de Aldo Moro, y más luego en múltiples incidencias políticas de la vida italiana, son solo una manifestación de la amplitud de la crisis general de las ideologías y formaciones políticas tradicionales en el mundo.

Por lo que hace a los liberales la situación es doblemente paradójica. Fundada en formulaciones teóricas que constituyen auténticos aportes al desarrollo civilizado de las sociedades, esta corriente no ha podido encontrar una expresión político-partidaria coherente en la actualidad, con auténtica vocación de poder y con arraigo social y político duradero entre las masas. Admitido parcialmente por muchos, ese liberalismo resulta políticamente inaceptable para todos los políticos de la democracia estatizante en cuanto cuerpo global de acción social, política y económica. Repudiado por el comunismo y el fascismo —que proclama su antiliberalismo visceral, en defensa de la dictadura y la opresión reales con su negación del individuo—, el liberalismo recibe los embates de las encíclicas papales y del llamado socialismo democrático, los cuales, al reivindicar al individuo, defender su libertad personal y social, paradójicamente no hacen sino retomar contenidos esenciales del pensamiento liberal.

En América Latina el populismo, a veces autodeclarado socialdemócrata, a veces inclinándose a posiciones corporativistas de tendencia fascistoide, dio de sí todo lo que podía dar y se encuentra no solo política y socialmente agotado, sino en un callejón sin salida, ante la imposibilidad material, financiera y económica de seguir financiando sus aventuras demagógicas, que han caracterizado durante años la acción del populismo latinoamericano.

Todo esto para decirle, don Armando, que Rodolfo Cerdas es hoy un buscador de la verdad, tranquilo, pero acucioso, sin temores, sin dogmas, ni ataduras. De la verdad en lo histórico, en lo social, en lo político y en lo económico. Pero no la verdad para conocerla y extasiarse en ella, sino para asirla como instrumento de liberación personal y nacional de los

costarricenses, que son por ahora lo inmediato y urgente para mí; y por allí de lo universal que cada costarricense lleva consigo.

Y es que en Costa Rica hemos ido logrando un humanismo campesino, sin pretensiones mundialistas ni complejos de superioridad, que ha sido la base de una democracia política ejemplar, donde existe la división de poderes, donde ha habido un estado de derecho, donde ha existido un respeto verdadero por los derechos del individuo y donde se ha buscado, con un sentido práctico y con una alta sensibilidad cristiana no siempre compartida totalmente, en especial en las clases altas, una transformación de la vida social en el sentido de la equidad, la justicia y la igualdad.

Por eso, además de un buscador que ha encontrado la veta de su tesoro, que es la democracia costarricense y su nacionalidad, Rodolfo Cerdas, don Armando, es un humanista, no de los del Renacimiento, en los cuales mucho me inspiro, sino de finales de este turbulento siglo XX, al cual me honro en pertenecer. Mi doctrina es la de la democracia costarricense. Mi ideología es la nacional-democrática. Mi filosofía, un auténtico y moderno humanismo, que no solo hunde sus raíces en esta tierra y en este pueblo, sino en lo que racionalmente considero las mejores conquistas del género humano.

Tengo solamente dos preguntas para cerrar esta entrevista. La primera: usted tiene una excelente relación con su padre y yo quisiera saber cómo percibe usted la actitud de él hacia todos los cambios que está usted viviendo en su perspectiva política.

Le diría que mi padre es un hombre de una extraordinaria juventud. Tiene 76 años y es un hombre increíblemente joven en su espíritu, que se ha ganado siempre el respeto de todos los sectores más diversos. Si ha habido alguien en el Partido Comunista que fuera leal, sincero, desinteresado, carente de todo tipo de vanidad y cálculo, yo me atrevo a decir que fue Jaime Cerdas Mora. Y justamente un hombre que le dio los mejores 40 años de su vida a ese partido, se separa de él, en el momento preciso en que pudo haber estirado la mano para participar de los bene-

ficios que empezaron a llover a granel, sobre todo a partir de 1970. Pero Jaime Cerdas es un hombre que ha tenido la juventud y la entereza moral de ser actor y testigo de su tiempo. Así como fue testigo cuando llegó el primer vehículo a Costa Rica, y cuando se lanzó al espacio el primer Sputnik de la Unión Soviética, también ha sido testigo de lo que ha venido sucediendo con el Partido Comunista y con la Unión Soviética. Es un hombre que comprende que es necesario ensayar una nueva respuesta, que aunque aquí en Costa Rica debe ser modesta y dirigida para nosotros, es una hermosa tarea que la humanidad toda va a tener que hacer, en un esfuerzo de síntesis superadora entre el pensamiento científico y político que ha tratado de interpretar, sistematizar y proyectar la sociedad industrial moderna, con los mejores aportes que a lo largo de la historia ha logrado la civilización humana, en materia de libertad personal y democracia, a lo largo de la historia.

Mi segunda y última pregunta, don Rodolfo, es que tratemos de cerrar el arco de esta conversación haciendo un resumen, por un lado de lo que usted no es más y, por otro lado, de lo que usted quiere ser.

Sí. Yo le diría que no soy más el muchacho ilusionado en tener, en un cuerpo de doctrina, todas las respuestas. No soy más el joven que creyó que en los libros podía encontrar el secreto de la búsqueda de la felicidad humana. No soy más el hombre que participaba, con una fe absolutamente sana, de la idea de que todas las críticas que se producían a las realidades que se desarrollaban en los países del Este, eran resultado, pura y simplemente, de maniobras extranjeras. Cuando yo leía a Harold Laski, o cuando yo leía a Nehru, o a ese gran poeta Rabindranath Tagore, caracterizado precisamente por su individualismo, respondiendo a lo que ellos calificaban de mentiras sobre lo que había sucedido en la Unión Soviética, yo aceptaba —en esas condiciones—, que efectivamente lo que sucedía allá era diferente a lo que decía la propaganda. La vida me ha demostrado otra cosa; y me ha dicho que nosotros no podemos ya, a finales del siglo XX, seguir comulgando con ruedas de molino, ni seguir comprando la baratija ideológica que nos quieren vender los diversos movimientos políticos existentes. Que esa baratija ideológica solo sirve para darle a la gente, como le decía hace un momento,

un pasitrán político. Entonces, unos señores se declaran demócratas, otros se declaran cristianos, otros marxistas-leninistas. Pero cuando rascamos un poco, lo que nos encontramos muchas veces es un bajísimo nivel ideológico, y unos intereses políticos verdaderamente estrechos y romos, que no tienen que ver nada con sus declaraciones. Y hallamos también un estatismo perenne y galopante. En ese sentido, hace mucho tiempo, me alejé del Partido Comunista y no soy comunista. Creo que lo que se proponen esos sectores y ese tipo de pensamiento, en las condiciones concretas actuales es, ni más ni menos, que la complicación internacional de los problemas nacionales, lo cual los hace insolubles, a un precio impagable en democracia, libertad y sacrificio. Que lo que está planteado, en estas diversas corrientes ideológicas, como mecánicamente están formuladas, es ni más ni menos que el choque de dos grandes superpotencias, en cuya confrontación nuestro pueblo formaría, como dice la gente, el queso del sándwich. Y que, más que nunca, es necesario que los costarricenses hagamos el esfuerzo de encontrar nuestro propio camino. Y encontrar nuestro propio camino significa hacer el esfuerzo de asir, en la práctica, con un análisis histórico serio y equilibrado de nuestra evolución social, las claves de lo que ha sido lo mejor de la nacionalidad costarricense, para depurarlas y proyectarlas, con visión de futuro, hacia el siglo XXI, a la construcción de un pueblo soberano, dueño de su propio destino, libre y democrático, con una cultura y fisonomía nacional propias y dignas en el conjunto de las naciones. Rodolfo Cerdas es un hombre que, conscientemente, dirige sus pasos, agiliza su mente y compromete profundamente su espíritu, no en la búsqueda de un tiempo perdido —si lo hubo—, sino de esos altos ideales humanísticos.

Artículos y ensayos – Otros autores



# Tríptico político

Enrique Benavides



# La Columna

Enrique Benavides, *La Nación*, martes 11 de noviembre, 1980

En una entrevista reciente que le hizo el periodista Armando Vargas a Rodolfo Cerdas, este declara que no es marxista leninista, que ya no es comunista. Para quien, como este comentarista, ha sufrido una experiencia intelectual de tan hondo y dramático significado como la que ha vivido Rodolfo Cerdas, esa confesión pública es un acto lleno de coraje y de integridad personal.

Una confesión pública como esta tiene muchos riesgos. Para los comunistas que sienten el marxismo no como una teoría científica, sino como una religión, Rodolfo Cerdas será un renegado. Para los que están en el extremo opuesto, en la derecha y extrema derecha, será un lobo con piel de oveja. Para los conservadores de convicciones liberales, un sujeto sospechoso. La sociedad, en general, sufre de una gran torpeza mental para entender este tipo de cambios.

Pero es necesario acercarse al hombre para que una evolución intelectual y política como esta aparezca no solo explicable, sino también inevitable. Por lo general, uno se hace marxista en la juventud. Es casi anormal que un hombre culto adhiera al marxismo en la madurez. No obstante, podemos distinguir tres clases de marxistas. Los que solo marxismo han leído y desde el marxismo han logrado aprender algo de historia, de filosofía, de economía y, en general, de otras disciplinas. Estos no salen nunca. Quedan de por vida atrapados, con raras excepciones, en los esquemas dogmáticos y rígidos de la doctrina, que es para ellos una religión.

Están, luego, los marxistas profesionales, de carrera, que no se cuestionan nunca su doctrina porque han hecho de ella su pedestal, su bienestar, su acceso y disfrute del poder o bien el goce de una posición intelectual y, por razones obvias, no están dispuestos

a abandonar sus ideas o aventurarse en una revisión crítica de sus convicciones y creencias.

Finalmente, están los que han llegado al marxismo desde una inquietud intelectual primaria, más general y vasta, en la que el marxismo es la opción que se considera válida; o bien, que simultáneamente con el interés por el marxismo, se han formado una cultura propia no marxista, que más tarde les permite mirar el marxismo desde una adecuada perspectiva.

Los de este último grupo llegan a un conocimiento más profundo y justo del marxismo, sobre todo porque siendo uno de los aportes más valiosos de esta ideología la conciencia histórica, les permite juzgarlo críticamente desde esta misma conciencia y descubrir así, la caducidad y los errores de perspectiva de muchos de sus postulados esenciales. Y así, como decía Ortega, solo se sale de un sistema de pensamiento cuando se le ha conocido y digerido bien; es casi inevitable, en estos casos, una fuga hacia concepciones más modernas y hacia interpretaciones más flexibles de una realidad que constantemente se transforma.

El caso de Rodolfo Cerdas es más complejo y matizado, como lo veremos otro día, desde una experiencia personal semejante.





# La Columna

Enrique Benavides, *La Nación*, miércoles 12 de noviembre, 1980

El marxismo, de gran fondo humanístico e histórico, originariamente se transformó después de la Revolución Rusa en marxismo-leninismo. Pero el marxismo-leninismo no es otra cosa, como lo señaló con particular agudeza Rodolfo Cerdas en su entrevista con Armando Vargas, que “la interpretación y la práctica del partido comunista soviético”. Una concepción filosófica e histórica esencialmente europea, pasó a ser el instrumento de dominación política e ideológica de la Unión Soviética. Ya no fue así, marxismo a secas, sino marxismo-leninismo-stalinismo, en tiempos de Stalin y, luego del famoso congreso del partido comunista ruso en que se revelaron los crímenes del zar rojo, marxismo-leninismo.

Quienes en la juventud adherimos, con más corazón que cabeza al marxismo, no éramos propiamente marxistas, sino marxistas-leninistas, vale decir, tributarios ideológicos de un partido cuya doctrina nada tiene que ver con nuestras realidades históricas. En esa época, años treinta y cuarenta para este columnista, y años cincuenta a setenta para Rodolfo Cerdas, la historia verdadera la ignorábamos casi totalmente. Los comunistas de todo el mundo solo conocieron la historia oficial, falsificada, escrita por el propio Stalin.

La confluencia de experiencias intelectuales reveladoras de experiencias humanas decepcionantes para el idealismo de un joven de esclarecida inteligencia, y el contacto directo e interpretativo con la realidad histórica de su propio país, de su propio pueblo, fueron abonando la conciencia crítica del joven Rodolfo Cerdas, hasta florecer, casi súbitamente, como el descubrimiento de todas las verdades, en una visión auténtica y fiel de nuestro destino, enraizada en el pensamiento político costarricense y en la vocación democrática y libre de los costarricenses.

No será esta difícil y dolorosa metanoia entendida por quienes nunca han tenido problemas intelectuales, ni afanes de justicia, ni ansias urgentes por la verdad. Los espíritus vulgares no pueden comprender ese dramático “ajuste de cuentas”, como le gusta a Rodolfo Cerdas llamar a esta gran experiencia de su vida. Salirse de una ideología que se adoptó desde la infancia, que se vivió, a veces dolorosamente, en su hogar y que por su misma naturaleza dogmática y sectaria no perdona las deserciones, no es cosa de pequeñas y momentáneas ambiciones personales.

Para quienes hemos hecho ese largo camino de autocrítica y exégesis integral de una doctrina que exige la entrega total del hombre, su absoluto enajenamiento, su radical deshumanización, como esta del marxismo-leninismo, resulta claro el proceso de declinación y decadencia que ya describe el comunismo en el mundo. Rumania, recuerda Rodolfo Cerdas, ya no se autocalifica de marxista leninista, sino de marxista a secas.

El eurocomunismo surge como la conciencia crítica ya no del capitalismo, sino del socialismo soviético, como el engaño histórico más trágico de este siglo. Los obreros de Polonia han iniciado la revolución libertadora de un sistema despótico, alienante y falso.



# La Columna

Enrique Benavides, *La Nación*, jueves 13 de noviembre, 1980

Cuando de liceísta, leía yo con inocente voracidad El materialismo histórico de Nicolás Bujarin, y encontraba, azorado, en esa obra una versión causal-explicativa de la historia, según la cual el acontecer humano no obedece simplemente al capricho de los hombres o a sus pasiones, ni a la casualidad, sino a situaciones dadas que, aunque creadas por el hombre, adquieren luego su propia dinámica; el partido comunista ruso fusilaba ante el paredón a una pléyade de brillantes camaradas, entre los que figuraba Bujarin, tan solo por el delito de disentir de la línea política autocrítica de Stalin.

El partido comunista de Costa Rica proclamó entonces, como todos los otros partidos comunistas subordinados a Moscú, la absoluta legalidad de las purgas y más tarde fue bendiciendo uno a uno todos los crímenes perpetrados por los bolcheviques contra sus propios camaradas. Yo, como novicio de esta enajenante organización política, defendí también, convencido, todos estos horrores, luego “descubiertos” y denunciados por Kruschef y su pandilla, cómplices y coautores de las mismas atrocidades.

Tiempo después, cuando estábamos en plena denuncia de la agresión nazi-fascista contra las democracias occidentales, llamando a filas contra Hitler y Mussolini, sobrevino, como un mandoble, el pacto de no agresión de la Unión Soviética con la Alemania nazi, en un cordial ambiente de abrazos y sonrisas entre el pelmazo de Viachislav Molotov y el advenedizo criminal de guerra Ribbentrop. De la noche a la mañana, tuvimos que cambiar de disco, sin entender nada, dóciles al principio de obediencia ciega que ya habíamos aceptado todos como algo fuera de discusión.

Este es el marxismo-leninismo en que están hoy inscritos, de la misma manera que en los años treinta,

muchos jóvenes parejamente alienados. Las encíclicas, bulas y homilias de la iglesia moscovita no se discuten, se acatan simplemente como artículos de fe.

Pero no todos los partidos comunistas bendijeron la invasión soviética de Afganistán. Solo lo hicieron los colonizados y dependientes de Moscú. Esto es señal de una grieta en la monolítica hegemonía ideológica y política de la Unión Soviética sobre los partidos comunistas de todo el mundo. Es desde esta profunda y viscosa cueva espiritual e ideológica de donde solamente con un esfuerzo enorme a base de una íntima y absoluta sinceridad con uno mismo se puede salir. Tal es, a mi juicio, la hazaña de Rodolfo Cerdas.



# El Estado y la social democracia costarricense

Mario Fernández Lobo, *La Nación*, miércoles 13 de agosto, 1980

Hemos hecho notar en otra oportunidad que la última década ha sido pródiga en estudios interpretativos sobre la realidad política, económica y social de Costa Rica. Está en ello, en buena parte, el fruto del desarrollo de nuestras Ciencias Sociales, y la preocupación que la Política, como alta ciencia del comportamiento humano, y no en tanto politiquería o proselitismo, despierta en nuestros más serios círculos intelectuales.

No obstante, esto, al leer en la prensa diaria las opiniones que nuestros aspirantes a “políticos”, reflejan sobre la realidad nacional, pareciera que algunos de ellos no se han tomado siquiera el trabajo de revisar hechos y cifras que los informarían mejor sobre lo que ocurre en torno. Se olvidan también que ya va siendo tiempo de brindarle al país respuestas efectivas para la solución de sus múltiples problemas, más que opiniones o proclamas vanas, que cada vez convencen menos a los costarricenses. En vez de eso, se sigue exaltando el culto a la personalidad, pues son los mismos nombres los que se oponen a los mismos nombres, o se recuerdan hechos que son parte de una historia patria con los cuales ya no se tiene relación efectiva. Eso sin mencionar a quienes siguen tomando la política (con minúscula) como un medio de satisfacer vanidades personales o intereses económicos.

Hay, sin embargo, por fortuna, algunos políticos jóvenes que unen ya una consistente formación académica, con serios análisis de la realidad nacional. Por su constante preocupación por esclarecer la problemática del desarrollo del Estado costarricense destaca, por ejemplo, Rodolfo Cerdas Cruz. Si bien esta preocupación la comparten hoy otros estudiosos, Cerdas ha contribuido con interpretaciones muy originales que se reflejan, tanto en sus conocidos li-

bro *La crisis de la Democracia Liberal en Costa Rica* y la *Formación del Estado en Costa Rica*, como en algunos trabajos del carácter del incluido en el libro *¿Democracia en Costa Rica?* o del que va a publicarse en el más reciente número del Anuario de Estudios Centroamericanos con el título de *Del Estado intervencionista al Estado empresario*.

Su visión del desarrollo del Estado y de la encrucijada en que este se encuentra hoy día es crítica, profundamente crítica, y por ello ha llamado la atención de los costarricenses acerca de muchos mitos en que hemos venido confiando en las últimas décadas. Al analizar el desarrollo de nuestra democracia, desde el Pacto Social de 1871, destaca el impacto histórico de esquemas ideológicos importados que se han trasplantado a la nación costarricense, no siempre con su verdadero significado político, sino algunas veces solo de nombre, desfigurando incluso su esencial naturaleza. Así, por ejemplo, enjuicia la Social Democracia costarricense, que ha decidido los destinos de este país en su primera forma de Partido Social Demócrata y después como Partido Liberación Nacional, por espacio de casi tres décadas, ejerciendo unas veces el poder o cogobernando otras desde la Asamblea Legislativa.

Dice Rodolfo Cerdas: “la Social Democracia fue un movimiento europeo organizado por obreros europeos inspirados en el marxismo para impulsar el desarrollo de la sociedad en un sentido socialista, en virtud de la extensión, peso y significado de la clase obrera europea. En nuestro país, los socialdemócratas han sido solo empresarios de estratos medios o altos que necesitaron el apoyo del Estado para desarrollar sus empresas capitalistas disfrazados de una ideología socialdemócrata que es una ideología obrera”.

A partir de 1948 y por obra de la Social Democracia costarricense (o Partido Liberación Nacional), el Estado de tipo liberal, configurado en el Pacto Social de 1871, pasa a convertirse, en primer término, en un Estado Intervencionista y, después, con la creación de CODESA, en un verdadero Estado Empresario que de hecho participa –como socio– en prácticamente todos los órdenes de la vida económica de la nación.

Dentro de este nuevo esquema, el Estado ha venido complicándose y tornándose ineficaz para resolver las contradicciones internas de la sociedad costarricense. Además, ha permitido el crecimiento desmesurado de una nueva clase burocrática que, al estrechar los lazos con el capital extranjero para permitir las millonarias inversiones que costea el nuevo Estado empresarial, ha intensificado también el proceso de dependencia y subdesarrollo de nuestro país. Como consecuencia, la sociedad costarricense se debate hoy en una profunda crisis que abarca todos los órdenes de la vida nacional y que no podrán resolver los partidos tradicionales con sus enfoques personalistas.

Ante el presente estado de cosas, de verdadero empate de fuerzas políticas, aboga Cerdas por la necesidad de situar en el poder a un nuevo equipo humano de trabajo, empeñado en fortalecer la tradición democrática costarricense y nuestra fe en la libertad política, dentro de un marco de nacionalismo correctamente entendido, y que se decida, a la vez, a emprender tareas económicas urgentes, por medio de las cuales se intensifique la producción y se rescaten mejores precios para nuestros productos en el mercado internacional con el fin de asegurar, asimismo, una distribución más equitativa de los logros del trabajo común.

Un nuevo “Pacto Social” que afirme la democracia costarricense con sentido nacional y verdadera participación de todos los sectores sociales a partir de un análisis franco y objetivo de nuestra realidad.



# Cómo ve un político nuestra educación

Mario Fernández Lobo, *La Nación*, viernes 15 de agosto, 1980

El análisis del pensamiento de Rodolfo Cerdas no nos ha interesado solamente por sus interpretaciones sociopolíticas del desarrollo del Estado costarricense. Hay en él algo más: la visión de un político serio y estudioso, de lo que debe ser nuestra educación. Si bien él declara no ser especialista en este campo, sus observaciones son certeras y definitivas. En una intervención brillante hecha en el Diálogo Nacional de Educación, celebrado en enero de este año, denuncia la crisis nacional de la educación, un subsistema de relación dialéctica con otros elementos del macro sistema social. Si la sociedad está en crisis, no se resolverá esta crisis con solo apuntalar un débil estrato de esa sociedad. Sin embargo, es preciso atender a esa realidad educativa actual, pues es la educación un elemento constitutivo del Estado costarricense y del cual dependerá buena parte de su futura evolución.

Cerdas plantea la tesis de que la educación costarricense, en su período de desarrollo anterior, se correspondió con las etapas de formación y consolidación del Estado liberal costarricense.

Actualmente, sobre todo a partir del proceso denominado de democratización de la enseñanza, y a raíz de las reformas puestas en práctica desde 1957, el sistema educativo sufre los embates de la improvisación y el ensayismo y no se corresponde ya con las actuales demandas de la nación costarricense, en momentos en que otros intereses —no ya los específicamente liberales del siglo anterior— y otras características socioeconómicas derivadas de un agudo proceso de subdesarrollo y dependencia creciente de la tecnología, la cultura, el capital extranjero y la acción de las multinacionales plantea una nueva problemática a la nación costarricense.

El reformismo resulta, en gran parte, producto de la acción del partidismo político en nuestra educación. Esto mismo no le asegura continuidad, pues cambia su orientación en la medida en que cambian también las decisiones del poder político. Y con los cambios de Gobierno —no es necesario que haya cambio de Partido en el poder— las ideas se gastan, los esfuerzos se pierden y los proyectos visionarios —si los ha habido— se estancan y son pronto sustituidos por ensayos personalistas de políticos que solo desean destacar su imagen propia a costa de la educación.

Es preciso, entonces, que la educación nacional sea una educación orientada a la afirmación nacional, porque la nacionalidad costarricense está sufriendo importantes embates y debe reestructurarse con un profundo sentido crítico.

Es necesaria una educación realmente ligada al trabajo y los problemas de la producción y no solo destinada a formar cuadros técnicos dentro de esquemas económicos que luego entran en crisis (como es el caso del Mercado Común Centroamericano). Una educación que enseñe a todos los costarricenses a vivir de su trabajo, y no que aliente a unos a vivir a costa del trabajo ajeno. Porque tan egoísta es quien solo piensa en acrecentar sus riquezas a expensas de los otros, como el burócrata que solo vive en función de mayores privilegios. Pero para esto será preciso enmarcar la educación dentro de un plan nacional de rescate de nuestros valores auténticos y, lo que es más importante, evitar que se desgaste en manos de políticos mediocres.

Rodolfo Cerdas llama la atención en términos valientes acerca de la necesidad de liberar nuestro sistema educativo de los vaivenes de la política partidista y

de construirla –esfuerzo que compartimos muchos– en un programa nacional de afirmación cultural que coadyuve realmente a la salvación de nuestros valores propios, al par que es necesario desarrollar programas económicos estables y energéticos, en franca alianza con todos los sectores responsables de la producción, para que, al darle a esta un gran empuje, pueda pensarse honestamente en repartir mejor nuestras riquezas obtenidas a fuerza de trabajo. Pues no hay otra manera de lograr la liberación y el desarrollo. Solo a fuerza de trabajo produciremos más y estaremos en capacidad de vivir mejor. De lo contrario, no haremos más que distribuir nuestra pobreza.

“Para esto” –afirma Cerdas– “hay que cortar las manos a una serie de políticos en crisis, transidos de mediocridad e ignorancia, que tratan de meter las manos, cada vez que pueden, en la educación nacional, comprometiendo la dignidad del educador, la eficiencia del sistema educativo y la formación universal del educando como prerrequisitos de la libertad.”

Es necesario evitar que la politiquería ambiente, que tiene paralizada la sociedad costarricense, siga manifestándose, como lo ha hecho con tanta insistencia y a través de tantas décadas en lo hondo del sistema educativo nacional.

# Political Power in Contemporary Costa Rica

*Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, noviembre, 1978

Review Essay

Political Power in Contemporary Costa Rica

Arias Sánchez, Óscar. *¿Quién gobierna en Costa Rica?* San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1976.

Cerdas Cruz, Rodolfo. *La crisis de la Democracia Liberal en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1975.

Stone Zemurray, Samuel. *La dinastía de los conquistadores*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1976.

The three books under review attempt with considerable success but with different approaches to analyze the political situation in contemporary Costa Rica. None of the three, however, in and of itself fully explains the forces which have led Costa Rica to a critical point in its evolution as Latin America's most enduring democracy.

Each presents one particular facet of the current scene. In varying degrees the authors tend to see Costa Rican society as increasingly incapable of coping with the problems of the coming generation.

The significance of the author's points of view lies as much in their merited prestige as in the weight of their arguments as formulated in the works under consideration. All of the authors teach or have taught in the School of Political Science at the University of Costa Rica and fall in varying degrees within the fecund Latin American tradition of *pensadores*, who at the same time are deeply and actively involved men of affairs and academicians. Although still young men, all have wide experience outside academia as well as within, holding earned doctorates from European universities.

Although their themes and approaches are quite different, the three authors have several important characteristics in common. All belong to a new generation of national leadership; although long active in national affairs, they had no direct participation in the traumatic events of the 1948 revolution and the enduring divisions produced during that epoch of violent political change. All have traveled extensively in the first, second, and third worlds. All indicate inquietude for their country's future and the particular juncture in which the nation finds itself. As either the title or the subtitle of each implies, the historic moment carries with it the implicit dangers of a period of transition. The time frame of all reaches back to 1948 and in the cases of Stone and Cerdas far beyond that. The authors published before the 1977-1978 electoral campaign.

Cerdas and Stone, in sharply contrasting approaches, write broad-gauged revisionist interpretations of the Costa Rican past in order to buttress their interpretations of the present. Both are rich in novel use of material and new insights from a sociopolitical vantage point into the still largely underresearched past of this uniquely tranquil and progressive democracy.

Cerdas's work reflects his basic ideological position as an independent Marxist nurtured within Costa Rican communism. However, as a mature academic, he broke with the party to pursue a more nationalistic path. His father, Jaime Cerdas Mora, helped organize the Communist Party in Costa Rica during the 1930s and suffered imprisonment for his political beliefs in 1948 during the de facto government of José Figueres. Cerdas Cruz grew up in San José within the ambience of the clandestine Popular Vanguard Party (PVP) tolerated by the dominant National Liberation Party (PLN). After taking a law degree at the University of Costa Rica, Cerdas did postgraduate studies in the Soviet Union and later received a doctorate in political science in France. The PVP expelled him for his growing dissidence from party doctrine and discipline. Cerdas, while continuing his research and teaching, initiated his political career as an independent Marxist, being elected a deputy to the National Assembly from San José province in February 1978.

In his *La Crisis de la Democracia Liberal en Costa Rica*, Cerdas began to enunciate his own political position as well as analyze the Costa Rican past from a Marxist point of view. He divides his work into four parts, the last two of which are of particular interest to us in our consideration of political power in contemporary Costa Rica.

The first two parts deal with "The Formation of the Nation State" and the "Consolidation of the Agro-Exporter and Mercantile-Exporter Bloc". They serve mainly to set the stage for the second two chapters which analyze the present and project into future national needs.

In the first part, he adds to the growing body of research which clearly demonstrates that colonial Costa Rica enjoyed far less social equality than was long thought and in attenuated form suffered many of the nondemocratic ills which beset most European colonies elsewhere such as slavery, racial discrimination, exploitation of the indigenous people, and sharp class distinctions. He sees the formation of Costa Rica as a nation state coming during the consolidating dictatorship of Braulio Carrillo (1835-

1842), which confirmed the ascendancy of classical liberalism over conservatism, and of San José, the new capital, over Cartago, the old colonial capital.

In the second part, he deals with the rise of the coffee culture and the formation of the *cafetaleros*, an elite formed around coffee processing, and the greatly expanded rule of international trade in the Costa Rican economy. The "liberal democracy" which the author sees in crisis evolved under the aegis of the coffee elite, responding to the needs of that group.

This narrow approach to liberal democracy constitutes a major weakness of the volume, for the crisis which Cerdas analyzes and which is central to his interpretation could more aptly be viewed as the short-comings within a democracy dominated too long by the narrow interests of an economic elite tied to the cultivation and exportation of a single crop. This domination resulted in structural aberrations which obstructed the full implementation of liberal democracy. What we are suggesting is that the turmoil which the author traces results from the efforts of an increasingly complex and better-educated society to expand democratic participation and break the hold of the old elite, an effort which in no way negates the viability of liberal democracy nor its passing but rather confirms its vitality and ability to perfect itself. In fact, the aberrant form of a liberal democracy dominated by a tightly knit elite passed through a crisis stage during the revolutionary decade, 1940-1950, and now finds itself moribund. What followed and continues is, in political terms, a more authentic rendering of liberal democracy with much broader and more effective participation by the citizenry in national affairs. Cerdas, as does Stone, sees ominous signs in the breakup of the old order. Arias clearly demonstrates that Costa Rican democracy has responded favorably during the last generation.

Cerdas, however, simply sets the stage in the first two chapters for the third, which carries the true thrust of his analysis. This chapter occupies well over one-half of the entire volume; in it, he really defines the nature and dimensions of a national crisis. His analysis goes far beyond the question of the stability of liberal democracy in Costa Rica to question, at least implicitly,

the viability of the Costa Rican state unless radical restructuring takes place. He offers a brief outline of what is needed in his fourth and final chapter.

His analysis in the third chapter focuses on the results and implications of Central American integration. He sees economic integration as an aggravation of the problems of underdevelopment and dependency because U.S. interests dominate the growth sectors of the economy. It is in this context that Cerdas makes a telling critique of interfaced phenomena in contemporary Costa Rican society which does indeed relate directly to the vitality of liberal democracy, i.e., the increasingly potent managerial class and a “pseudo-aristocracy” in the ranks of labor. These groups both owe their ascendancy to foreign investment attracted by the incentives offered by the Central American Common Market. Both can prosper only if foreign investment does. In turn, this will also foster a greater degree of dependency which will weaken the fabric of Costa Rican democracy and, if carried to its ultimate ramifications, lead to a loss of sovereignty. Cerdas, therefore, sees these favored few laborers and managers conceding their primary loyalty to their firms rather than to any national entity. Their fundamental weakness derives from their not being authentically national. He relates their ascendancy to the debilitation of political parties and to official indifference to agrarian problems and the acute problems of poverty.

The inability of the traditional political parties to respond to these new forces in a manner consistent with national sovereignty will force the nation into a crisis of its socioeconomic and institutional structures. The author's conclusions in his all-important third chapter lead us to conclude that the crisis he is most concerned about is that of the very survival of the Costa Rican state itself. Although the forces that he notes present some thorny questions for Costa Rica, we feel safe in asserting that its democracy remains sufficiently resilient and dynamic to cope with them and not only survive, but thrive. However, to substantiate the above assertion would require a volume of equal proportions and scholarship with that under review.

Cerdas himself, in this fourth chapter, also indicates that the process of decay is reversible. He seems to suggest that a perfected version of the existing political democracy coupled to an economy which is neither socialist nor capitalist and within a heightened sense of nationalism will bring Costa Rica out of the alleged “crisis of liberal democracy”. However, he does not define his solution in positive terms, only in negative ones that constitute a critique of the policies and leadership of existing political parties. One can expect that Cerdas will define his “new democracy” in both theory and practice now that he has been elected to the National Assembly as the only deputy of his new party, the Costa Rican Popular Front.

Stone, a colleague of Cerdas's in a recently formed private research and training institute called CIAPA (Centro de Investigación y Adiestramiento Político-Administrativo), differs markedly from Cerdas both in his interpretation of the Costa Rican past and in his analysis of the contemporary crisis. They are, nonetheless, in agreement that their nation has entered into a crisis as evidenced by Stone's subtitle *La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea*.

Stone, a naturalized Costa Rican of British and American parents, studied in Costa Rica, the United States, and, like Cerdas, received his doctorate in France. While in France he also served as his nation's representative to UNESCO and as cultural attaché to the Costa Rican Embassy in Paris. As a direct descendant of the founder of the Cuyamel Fruit Company, his childhood in Costa Rica differed significantly from Cerdas's.

His work closely follows the ground broken by his mentor, François Bourricaud (1967), in the political sociology of Latin American elites. His basic thesis is that certain families in Costa Rica, descendants of the *hidalgos* of the colonial period, have controlled the governmental and production apparatus from colonial times until the 1940s. For proof of his hypothesis, the author relies heavily on elaborate sets of genealogical tables and charts which appear as extensive (167 pages) appendices at the end of the volume. His arguments and conclusions based on these

tables and charts make up the first of three parts into which the book is divided. Stone sees a lineal development of a social elite from the colonial period, whose descendants through their social and economic predominance have controlled national politics until recent times.

The erosion of the power of the elite constitutes for Stone the *Crisis of Power in Contemporary Costa Rica*. Again, as in Cerdas's "crisis", the case is overstated; in this instance, on the one hand Stone suggests that gradual diminution of the elite's political power constitutes a crisis, and on the other, he indicates that power has become more dispersed but that no real vacuum exists. The expanded state bureaucracies, including those of the autonomous institutions, exercise power; a new class of industrialists drawn in part from the old elite, but more importantly from the ranks of foreigners and the near-eastern minorities, Jewish and Lebanese, exerts strong influence on national decision-making; sectors of the middle class organized along professional lines manifest ever-increasing political clout. Stone demonstrates the passing of an era of dominance by the coffee-growing elite, but again, as in Cerdas, this too has the semblance of wishful thinking because by almost any measure—economic, social, political, or educational development—Costa Rica does very well indeed.

Despite the vast scholarship and erudition that he amply demonstrates, Stone's hypothesis that the Costa Rican elite descended directly from the colonial hidalgos strains his evidence beyond the breaking point. He maintains its validity only by the analytical device of including in *la clase* not only foreigners and nationals who intermarry with its members, but also individuals who gain acceptance by one means or another into *la clase* or are even closely associated with it. Although there is a high degree of correlation between Stone's thesis and that developed by Hall (1977) regarding the nature and origin of the *cafetaleros* or coffee-processing class, Hall's is the more convincing. Stone interprets the *cafetaleros* as a class made up or descendants of *la clase* which incorporate some foreigners into its ranks, thus making these foreigners and their descendants members of *la clase*. According to Hall's analysis, however, the *cafetaleros*

represent an essentially new class formed in response to the economic opportunities provided by the coffee boom of the second half of the nineteenth century. Foreigners and nonelite Costa Ricans play very prominent roles in the formation of this new group of successful entrepreneurs dedicated to all phases of coffee production for the international market. This new class attains dominance and remains the arbiter of the national destiny until the revolutionary changes of the 1940s.

Even though Stone strains his data in order to prove his hypothesis of the continuity of power of an elite descended from the conquerors and the exaggeration implicit in his subtitle, Stone's *La Dinastía de los Conquistadores* is one of the most important works in Costa Rican social science literature. There is no other work of comparable scope or depth (for example, nowhere else will one find discussions of the development of important minority groups). Since our concern is political power in contemporary Costa Rica, we have touched on only a few aspects of this work pertinent to this essay and not on the myriad facets of the Costa Rican past and present which Stone so ably researched and articulates. There is hardly a significant aspect of Costa Rican national life on which he does not make a contribution. For our purposes, the truly salient element is that the dominance of the *cafetaleros* is definitively broken by the revolutionary changes of the 1940s and that subsequent to that, there are new contenders for power which have rendered the Costa Rican political scene all the more fascinating and certainly more democratic. One can no longer identify the players with a program based on the hidalgo families, but that hardly constitutes "a crisis of power".

Arias's work on who governs in Costa Rica nicely complements Stone's work with its sharp focus on the period from 1940 forward and particularly on the period since 1948. It is one of the most scientific and useful studies on Costa Rica to date.

Arias, unlike Stone and Cerdas, and despite his relative youth, has already served at the ministerial level in the past two governments. He is a lineal descendant of one of the non-hidalgo *cafetaleros*. Along

with Cerdas, Arias won election to the National Assembly in February 1978; he has already taken the initiative in calling the National Liberation Party (PLN) to a process of democratization and rejuvenation following its surprisingly resounding defeat on the polls in February.

Arias's work does not attempt to deal with the question of the informal structure of power, or the power(s) behind the throne, or the implications of long-maturing tendencies in the broad sweep of Costa Rican history (as do Stone and Cerdas). He sets out to investigate the socioeconomic characteristics of the national formal elite and changes therein during the period 1948-1974. For his data, the author relied on 368 interviews and questionnaires administered to members of the three powers—the executive, legislative, and judicial—and to the managerial level of the autonomous institutions.

His findings at times surprise and consistently fill the need for quantitative analysis in Costa Rican political science, suggesting and providing bases for many future studies.

Among the major unexpected results, given the post-revolutionary period covered, are: (1) that “no changes over time in the composition of the elite were found in regard to social stratum, education, rural and urban origin”; (2) that the legislators of the post-1948 period consistently have had a higher average age than those of the period 1940-1948; and (3) that there is little upward vertical mobility among office-holders, i.e., that the way to the top is to be born at or near the top; one does not work his way up through the party or through local political office to ministerial positions.

This study is a virtual storehouse of information and analysis about the Costa Rican political process and present-day Costa Rica in general. One finds, for example, statistical evidence that the small farmers, formerly the backbone of the republic, continue to lose ground as their farms are absorbed by large-scale holdings. The reader will also discover that in 1974 the lowest 20 % of the population received a slightly lower proportion of national income than in

1948 and that a significant redistribution of income from the upper classes to the middle classes occurred during the same period. In this respect, both Stone and Arias are rich lodes of otherwise unavailable information.

Caution should be exercised in evaluating Arias's definition of the upper class because he categorizes all professionals as members of that class. Although this may have been a valid criterium in early generations, Costa Rican higher education has exploded during the last generation and other criteria need to be applied to discern if a professional belongs to the upper or middle classes. Taking this factor into consideration, one should surely find a somewhat higher degree of middle-class participation than the author indicates. In addition, this would affect his conclusions in that one would find not only an increased level of middle-class participation in the executive branch, but also an additional avenue of social mobility from the middle to upper class through office-holding in executive offices.

The composite obtained from the three books under review leaves one with the sensation that Costa Rica has entered into a new crisis responding to the twentieth-century pattern of a crisis every 30 years: the Tinoco dictatorship from 1917-1919; the 1948 civil war; and now 1978. Yet by almost any measure, Costa Rica must be considered one of the few unquestionable success stories of the post-World War II era.

Despite the lack of significant mineral resources and left principally to the exploitation of rich lands, hard work, and ready wits, Costa Rica has developed socially, economically, and politically throughout the national period in a consistently positive manner with very few down-turns and those of a transitory nature. Starting with the presidential inauguration of Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia in May 1940, national development accelerated. The *Junta Fundadora de la Segunda República* consolidated the social advances of the previous two administrations and oriented future Costa Rican development along social democratic lines.



A good case could be made that Costa Rican society has reached a political consensus which espouses social and economic development within the context of social democracy. There were several indications of this in the recently past political campaign. The three major candidates –Rodrigo Carazo, the new president; Luis Alberto Monge, his nearest rival; and Rodrigo Gutiérrez– were all either present (Monge) or former members of the PLN which has since its beginnings professed a social democratic ideology. Carazo's Unidad, although manifestly adhering to a social-Christian ideological position, did not campaign on a platform which differed in any substantial way from the PLN's historic program. In fact, in some instances –as in the case of eliminating the executive presidencies from the autonomous institutions– Carazo's programs sounded more like one of a PLN purist who urged a return to that party's origins. Gutiérrez, Pueblo Unido's (a coalition of Marxist parties which included the communist Vanguardia Popular) candidate, spoke theoretically of radical restructuring of Costa Rican society. However, his immediate program sounded very similar to that of the PLN. This consensus does not, in any way, preclude a crisis within the PLN, beset by internal frictions which contributed to its defeat at the polls; what seems more important for the nation is that the progress of the past generation can continue within a political context of fine tuning of the ideological vehicle of state, a largely successful system, with no perceived need of even a major overhaul, let alone a change of model.

The past generation of Costa Ricans has accomplished prodigies in many areas. It would be inappropriate to try to do any more than suggest the variety and depth of these achievements in this essay.

The most thorough and fundamental change has been effected in the political sphere. The electoral mechanism developed since 1947 leaves virtually no phase of the process open to fraud. The citizenry recognizes the completeness of the electoral system and trusts its results even though they predictively violate the hopes of a sizable proportion of the electorate (those who voted for defeated candidates). Permanent political parties have replaced the tran-

sient grouping around *caudillos*, as the increasingly better-educated electorate applies more sophisticated criteria in its choice of candidates. Personal liberties and human rights are respected in Costa Rica as in no other Latin American nation and as in few nations of the world. No greater proof could be given than the recent national elections in which the government party, PLN, was decisively defeated, losing the presidency, the legislature, and a majority of the municipalities. Yet there is no doubt that the PLN respects the unfavorable verdict and girds itself for four years as the major opposition party.

Freed since 1948 of the economic millstone of a military establishment, Costa Rican leaders have channeled governmental income into more productive pursuits. A handful of secondary schools in the major cities have expanded into a national system of free public high schools. The nascent University of Costa Rica, founded in 1940, has grown into a prestigious self-governing institution of over 30,000 students and four regional centers. There are now four additional institutions of higher education striving to complement the U.C.R.'s efforts. The transportation infrastructure of roads, port facilities, and airports has been expanded into a truly national system. Autonomous institutions have been founded or expanded to provide essential public services, potable water, electricity, telecommunications, housing, railroads, and insurance.

During the past generation, the nation has enjoyed a sustained high rate of economic growth and increasing per capita income (even though now declining, population growth rates reached four percent in the mid-1960s). Costa Rica progressed from a middling position among Latin American nations to a leading position with one of the highest living standards in the region.

The range of progress is immense: from the universalization of the medical delivery system under social security to the effective incorporation of the national territory into the national economy; agricultural technification and diversification; assertion of national ownership over basic public services; a new dynamism in the performing arts and letters; and the



more diverse opportunities for Costa Ricans in all spheres of endeavor.

The “crisis” for the present generation is how to sustain this record of accomplishment and adapt national institutions to new realities. For example, how will this generation modify political institutions to provide for greater democratic participation and adequate representation to newly populated areas such as San Carlos, Coto Brus, and Pérez Zeledón? How will Costa Ricans divert industrial development from the *meseta central* before their heartland goes the way of the valleys of Mexico City and Caracas? How will they break the cycle of poverty which Arias’s findings revealed? Can the labor movement regain its dynamism of the 1940s?

As the society becomes ever more complex, Costa Ricans can expect the problems to become equally complex, and it will become increasingly difficult to maintain the optimum “mixture” in their mixed economy. The task no longer revolves around how to exploit obviously unused resources, but rather to identify and even create new ones.

The critical approach and the sound methodology demonstrated by these authors indicate that success is predictable if not assured. The authors, in fact, largely answer their own queries. The crisis, to which Cerdas addresses himself, seems well on the way to solution by the gradual substitution of social democracy for liberal democracy, as he uses the term. Stone’s crisis of power requires adjustments to the passing of the old order dominated by the *cafetaleros*, but he, Cerdas, and Arias mention groups that have not only moved to fill the void but eagerly helped create it. The new managerial class, the industrialists, the independent banana producers, the newly potent professional and business organizations, and the political parties themselves, independently worked to gain a greater voice in national affairs. Their creative and responsible use of it should insure that there will be no power vacuum.

Once the reader gets by the ominous aspects of the titles or subtitles of these works, their substance reflects the very solid and creative scholarship of the

authors and the increasing sophistication of social science research in Costa Rica. In that context, the authors as scholars are critical, in the best sense of the word, of their own society, and, in the case of Arias, of his own political party as well. Yet as men of affairs and part of a rising generation of leaders, they view their nation’s future somewhat with alarm, not because Costa Rica has accomplished so little, but because they want, and I suspect, fully expect, that it will achieve much more in the future if it avoids complacency and maintains the keen awareness of its own shortcomings as revealed in these critical studies.

John Patrick Bell

## References

- Bourricaud, F. (1967). *Pouvoir et Société dans le Pérou Contemporain*. Paris: Colin.
- Hall, C. (1976). *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.

John Patrick Bell is Associate Professor of History at Indiana University, Fort Wayne. He recently returned from two years as Visiting Professor at the University of Costa Rica, where he offered advanced seminars in the contemporary history of Latin America, Central America, and Costa Rica, as well as a lecture course in United States history. He previously taught at the College of William and Mary and Tulane University. His *Crisis in Costa Rica* (Texas, 1971) was translated by EDUCA under the title *Guerra Civil en Costa Rica* in 1976.



Dossier



Dos intervenciones en su carácter de diputado



# La crisis política en Costa Rica, hacia una nueva alternativa

Sesión del 20 de setiembre, 1979

Durante el último tiempo, he preferido guardar silencio en medio de una serie de discusiones de tipo político-electoral o de índole justificativa de las acciones que llevan adelante los diversos partidos fuera de este Parlamento, en la medida en que estaba firmemente convencido de que se iba a producir el fenómeno que se ha venido produciendo, que consiste en que, en este Parlamento, bajo el pretexto de que la Asamblea Legislativa es eminentemente política, se ha confundido la naturaleza y el carácter de esta institución y se ha tratado de lograr aquí lo que debe ser materia de discusión y lucha en otro momento, y en otro lugar. Se ha querido sustituir, a través de las discusiones que se llevan adelante en este Plenario, lo que debe ser la polémica abierta en los órganos de formación de opinión pública y lo que debe ser labor clara y definida de parte de los partidos políticos fuera de este recinto parlamentario.

En lo personal, soy partidario de que, según el tipo de proyecto en que estemos, o las circunstancias que así lo demandan en virtud de la función contralora política que debe ejercer esta entidad, se hagan debates y se discuta sobre determinados temas de interés nacional. Pero, desde un principio, he insistido en que estas discusiones deben ser conducentes, que realmente nos permitan ir hacia adelante y nos permitan ir transformando la realidad socio-económica, política y jurídica de nuestro país.

Precisamente, quería traer a colación la circunstancia de que la imagen de esta Asamblea, en la opinión pública nacional, es una imagen —y hay que decirlo francamente—, extraordinariamente deteriorada; y la opinión de los ciudadanos más importantes, desde el punto de vista de la formación de opinión pública en

Costa Rica, con respecto a la labor que se realiza en esta Asamblea, es una opinión tremendamente negativa y creo que de manera justificada.

Cuando se han discutido aquí las declaraciones que nuestro estimable presidente, don Ramón Aguilar Facio, ha dado a la prensa, creo que no se ha hecho una distinción clara entre aquellos aspectos que pueden ser, desde el punto de vista político, desagradables para algunas de las fuerzas políticas representadas en esta Asamblea Legislativa, y el contenido real de las formulaciones que ha presentado ante nosotros y ante el país, el diputado Aguilar Facio. No es solamente don Ramón Aguilar quien ha formulado esto.

La verdad es, señores diputados, que una persona de una altísima investidura, si bien bajo el cuidado y la prudencia propia que corresponde a quien ejerce la representación de la Iglesia católica, a través del arzobispado de San José, Monseñor Arrieta, también ha formulado, ciertamente con tacto diplomático, pero con claridad meridiana para quien quiere entenderlo, que no es posible que nuestra Asamblea Legislativa siga funcionando como ha venido haciéndolo, particularmente en los últimos tiempos.

El rompimiento permanente del quórum; el problema del atascamiento de los proyectos más importantes que debe conocer esta Asamblea; el problema de que ese atascamiento conduce a la solución que durante la campaña política todos los movimientos políticos condenaron de aprobar en paquetes una serie de proyectos que no han sido realmente estudiados por todos los señores diputados, y que ha desembocado en una situación como la que tenemos con el Banco Popular. El tipo de discusión bizantina, que

con gran frecuencia se plantea en este recinto parlamentario, y que conduce en la mayoría de los casos a una serie de discusiones donde aparecen tantos temas como se le pueden ocurrir a cada uno de nosotros, estoy firmemente convencido de que no constituyen en sí mismos la causa de los problemas que estamos afrontando.

Yo creo firmemente que estos no son sino los síntomas de una enfermedad más profunda, que afecta de manera directa a todo el sistema político nacional costarricense. La verdadera enfermedad, cuyos síntomas son este desinterés en las discusiones que se presentan en esta Asamblea, esta falta de consecuencia para abordar los principales problemas de Costa Rica, radica en la crisis de los partidos políticos tradicionales y, sobre todo, en la circunstancia histórica particular en que se mueve nuestro país, en cuanto a que las alternativas políticas para afrontar los problemas del subdesarrollo han mostrado un agotamiento y una gran dispersión en todas las tiendas políticas que se reparten el poder en Costa Rica.

### **El Partido Liberación Nacional**

El Partido Liberación Nacional, surgido de una lucha política armada e ideológica que comienza en 1940 con el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, que tiene la confluencia importantísima del Partido Demócrata en el ala jefada por don José Figueres, y que realiza una gesta militar en la guerra civil de 1948, propuso para Costa Rica, como solución, un modelo inspirado en las elaboraciones apristas, más tarde adaptadas a una copia del modelo económico que propulsara la Comisión Económica para la América Latina, CEPAL. Y propuso también, como respuesta a las demandas de su clientela electoral, la ampliación del aparato del Estado y la asunción por ese aparato, de una gran cantidad de funciones que fueron aumentando de manera creciente la burocracia estatal.

El modelo cepalino, que fijaba su estrategia fundamentalmente en la llamada política sustitutiva de importaciones, pretendía producir en el país aquellos productos que hasta ese momento se estaban impor-

tando para crear así, y apoyar, una burguesía criolla y un capitalismo nacional más fuerte y propio. Ese modelo de crecimiento fue un modelo que tenía límites muy claramente establecidos, porque agotaba la lista de productos sustituibles en Costa Rica y en Centroamérica. La naturaleza del desarrollo económico que tuvo la región ni siquiera se hizo a partir de esa concepción, sino de la que concibieron los funcionarios norteamericanos y los estrategas de las transnacionales, según ha demostrado en reciente investigación Constantino Vaitos. A esto, se plegaron los jercas liberacionistas con el pretexto de crear empleo y disminuir la dependencia externa. Ambos objetivos se vieron frustrados, y nuestro país resultó más dependiente y el número de empleos que se dio fue muy limitado. Por ello fue necesario que el aparato del Estado nuevamente respondiera a las demandas de empleo, de incorporación al mercado productivo, de las clientelas político-electorales de los partidos tradicionales y agudizara el problema del desfinanciamiento fiscal.

Además de esto, no cabe duda de que en el seno del propio Partido Liberación Nacional se ha producido una diferenciación interna que ha determinado el surgimiento de una serie de corrientes políticas que han ido atomizando la unidad de mando y decisión en esa formación política. Nos encontramos frente a una situación que puede ser negada con palabras, pero que es confirmada con los hechos. Esta situación para el gobierno ha resultado ser muy original, en cuanto a que cualquier entendimiento con el Partido Liberación Nacional se ve frustrado por el hecho de que a última hora resulta que ese entendimiento se ha dado únicamente con una parte del Partido Liberación Nacional.

El Partido Liberación Nacional ha sentido este fenómeno, y por esa razón se ha abierto paso a una tesis política que afirma que es necesario un candidato ya. Pero eso mismo lo que expresa es una dura realidad, desde el punto de vista político-institucional y del funcionamiento de este Parlamento, en el sentido de que ese llamado a un candidato ya, nos demuestra la ausencia de una jefatura reconocida y única que realmente pueda dar no solamente rostro, sino línea política y solidez programática reales, que integren como un todo al Partido Liberación Nacional.



Voy a referirme posteriormente a la diferencia, que creo sustancial y que es necesario puntualizar, en las actividades desarrolladas por el Presidente de este Parlamento y las actividades que propone el señor Presidente de la República. Lo que es lógico, válido y legítimo de parte del Presidente de la Asamblea Legislativa, a mi juicio, resulta inadmisibles y resulta totalmente contradictorio con el objetivo declarado que supuestamente se busca, cuando está en manos del Presidente de la República. Entenderse con fracciones, con tendencias, es absolutamente natural desde el punto de vista de un cuerpo político como es la Asamblea Legislativa. Pero caer en el juego de las fracciones y buscar este tipo de entendimiento al mismo momento en que se está llamando a un proceso de unidad nacional, yo creo que significa —y a eso me referiré oportunamente— sacrificar la posibilidad de un verdadero entendimiento nacional, en aras de lo que se convierte objetivamente en una maniobra de tipo político.

Decía que el Partido Liberación Nacional le ofreció a Costa Rica un modelo de desarrollo, y sobre la base de ese modelo de desarrollo, inspirado en el aprismo, en el pensamiento de un Rodrigo Facio, y posteriormente en las corrientes desarrollistas, Costa Rica abordó el problema del desarrollo económico nacional. Pero ese modelo, particularmente en los últimos años de la administración de don Daniel Oduber, entró claramente en crisis, en la medida en que se había ido agotando y no solamente desde el punto de vista económico, sino por la ampliación sin ningún tipo de límite y medida del aparato estatal y su intervención en una serie de actividades económicas, en una crisis fiscal, económica y hasta moral. Con el advenimiento del Estado empresario, se fueron creando condiciones para que primero don Daniel Oduber dijera “alto a la corrupción” en el momento de la toma del poder en 1974, y posteriormente don José Figueres dijera que no era posible para los ciudadanos distinguir dónde se estaba actuando con vista del interés público y dónde ese interés público estaba siendo supeditado a intereses particulares. Estas afirmaciones abrieron las compuertas a toda una campaña a propósito de la corrupción, que significaba, y eso es lo más importante, una deslegitimación tanto de las instituciones como del liderato político de nuestro país y, en primer término, del propio Partido Liberación Nacional.

## El Partido Unidad

En esas circunstancias, el Partido Unidad, y concretamente don Rodrigo Carazo, aprovechó el momento para decirles a los costarricenses que él era portador de un proyecto político nuevo. Don Rodrigo Carazo intentó ofrecer una alternativa al modelo liberacionista, y afirmó que era portador de una respuesta a los problemas que había originado el agotamiento ideológico, programático y político que había mostrado el Partido Liberación Nacional.

Pero don Rodrigo Carazo llegó al poder y combinó dos cosas totalmente contradictorias: por una parte tomó como envoltorio ideológico y político el pensamiento y la doctrina demócrata cristiana (don Rodrigo Carazo recorrió los pueblos de Costa Rica divulgando supuestamente lo que iba a ser un gobierno demócrata cristiano). Pero, cuando llegó al poder, nos encontramos con una contradicción flagrante, porque siempre invocando, por lo menos en la forma, la democracia cristiana, los altos valores del espíritu, la función social de la propiedad y algunos temas tomados del pensamiento que plasmó allá en los años 40 la reforma social, con el calderonismo, don Rodrigo Carazo entregó la política económica de Costa Rica precisamente a los liberales, el sector liberal costarricense, que por esencia y por definición de lo que es la democracia cristiana, constituyen la negación de los planteamientos económicos de esa democracia cristiana con que el gobierno había querido vestirse para vender su mensaje político y social.

La receta económica del Partido Unidad fue un neoliberalismo, que, no por estar elaborado en la Universidad de Chicago, deja de ser menos trasnochado, menos negativo y menos peligroso. La política económica liberal que se está poniendo en práctica desde las esferas superiores de este gobierno, implica necesariamente, en la medida en que sacrifica la preocupación por los problemas sociales en aras de una fermentada eficiencia económica, la ruina de los productores nacionales, un serio golpe a los empresarios pequeños de Costa Rica y, ni más ni menos, que una política que establece en la vida económica nacional el principio de la ley de la selva, el principio de que triunfe el más fuerte. Esa política ha sido claramente esbozada y enunciada por los personeros

anfistas que están manejando la política económica del actual gobierno.

Por otra parte, señores diputados, esta política económica neoliberal es una política económica que trata de reproducir en Costa Rica los mismos criterios y las mismas orientaciones que se han aplicado en otras sociedades latinoamericanas. Se trata de repetir en Costa Rica la política que se ha aplicado en el campo económico en Chile, en Uruguay y en Argentina.

Por esa razón, el problema social que vive nuestro país es un problema que no nace arbitrariamente, como algunos quisieran explicar, por una especie de conspiración en las sombras, sino que nace de una serie de problemas reales de nuestra sociedad y de nuestra economía, y, en particular, nace de una concepción de política económica que subestima y menosprecia los problemas sociales. Si en Argentina, en Chile y Uruguay ha sido posible modificar el modelo económico y establecer normas liberales que originan desempleo, hambre, y gran descontento social —y ese descontento social no puede ser capaz de modificar esa orientación de política económica—, eso es posible por el tipo de tiranía sangrienta que padecen esos pueblos. Eso es posible por la represión que impide que el descontento de esos pueblos pueda canalizarse en la modificación de una política esencialmente anti-popular.

Pero en Costa Rica se ha empezado con una política de ese tipo, y por esa razón cada vez más se crea un clima propicio para que las respuestas ante el descontento social tengan y comiencen a adquirir carácter represivo. Esas políticas neoliberales solo pueden mantenerse a través de una política represiva; si se subestiman los problemas sociales, si el costo social de una política económica no es efectivamente tomado en cuenta y definido a partir de los intereses de mayor valor, que no es la eficiencia económica nada más, sino que también lo es el bienestar de las grandes mayorías, lo que se viene es una situación de caos o de revolución, si las fuerzas populares tienen fuerzas suficientes para establecer su propio proyecto político y abrirle campo, o a una política represiva y esencialmente de tendencia anti-democrática, si no es así.

En lo que llevamos de esta administración, creo que ha quedado evidente que la propuesta —el intento de

respuesta del que supuestamente don Rodrigo Carazo era portador—, ha fracasado. La situación económica, social y política que vive nuestro país demuestra muy a las claras que esto ha conducido a una parálisis total, y que no podrá resolverlo don Rodrigo Carazo pidiendo las andaderas ni de don José Figueres, ni de don Daniel Oduber, porque el problema no es un asunto de andaderas; el problema es más profundo y lo es que el actual gobierno, a pesar de las intenciones positivas de muchos ciudadanos que han apoyado el Partido Unidad, no tiene una respuesta coherente, satisfactoria y alternativa frente a los problemas que el modelo de desarrollo del Partido Liberación Nacional ya agotado, le presentó al país, particularmente al término de la administración de don Daniel Oduber.

Esto quiere decir que debemos ser muy cuidadosos a la hora de analizar estos temas, porque el fracaso de la respuesta intentada hasta ahora por el Partido Unidad, como alternativa frente a la propuesta o al proyecto político del Partido Liberación Nacional, solo significa que la propuesta o la alternativa del Partido Unidad y, concretamente, de don Rodrigo Carazo, ha fracasado. Pero eso no hace bueno, ni elimina las limitaciones, el agotamiento y frustración que se derivan, directamente, del modelo político y económico impulsado por el Partido Liberación Nacional, que ya ha demostrado claramente que también está agotado.

### **La Asamblea Legislativa**

Todo esto ha determinado una situación social y política en este país, que se refleja necesariamente en la Asamblea Legislativa. En estas condiciones, nos encontramos, primero que nada, con que tenemos una serie de tendencias en los partidos, una lucha interna dentro de estas organizaciones políticas en las cuales no se logra establecer la hegemonía de ninguna de esas tendencias. Y esto ha hecho que lo que debiera ser una labor parlamentaria, fluida, dinámica, natural, a través del entendimiento, del diálogo entre las fracciones que integran esta Asamblea Legislativa, se haya venido frustrando poco a poco, no tanto por los elementos internos de ese diálogo, como por la circunstancia de que desde afuera se plantean proble-

mas que se quieren resolver a través de la influencia que ciertos sectores ejercen al interior de cada una de las fracciones mayoritarias.

Primero, se intentó institucionalizar aquí, en el primer año de labores de esta Asamblea Legislativa, las reuniones de jefes de fracción, y esas reuniones comenzaron a funcionar, pero en determinado momento, precisamente por esa situación en la cual habían autorizaciones y desautorizaciones, no siempre provenientes del tema mismo que se había acordado, sino provenientes de intereses extraparlamentarios, esas reuniones terminaron sin volverse a realizar. Entonces, empezó otro tipo de gestiones. Comenzaron los contactos a escondidas y ese individuo, condenado aquí en esta Asamblea Legislativa, juzgado y sentenciado al ostracismo de la Asamblea —porque se dijo que no se permitiría que volviera a poner los pies—, ese individuo que ha sido calificado de nefasto, don Johnny Echeverría, Ministro de Seguridad Pública, resulta que simultáneamente estaba en reuniones políticas con Daniel Oduber. Del resultado de esas reuniones políticas con don Daniel Oduber es de donde va a salir una propuesta de cinco economistas, para entrar a resolver los problemas de Costa Rica. Después de que se hace esta propuesta de cinco economistas, se dispone de la aprobación y el apoyo de los diputados del Partido Liberación Nacional, a los cuales ni siquiera se les había consultado esto. Dichosamente, a mi juicio, en aras de la dignidad y de la solución del problema mismo, los diputados del Partido Liberación Nacional, y si mal no recuerdo el diputado Solano Calderón, gestionaron ante el comité político del Partido Liberación Nacional y lograron que ese acuerdo, que ya iba en marcha en una sola dirección, fuera de algún modo matizado por la opinión de las diversas tendencias que en este momento integran la realidad política del Partido Liberación Nacional.

### **El llamado Diálogo Nacional**

Posteriormente se produjeron las cartas, que fueron publicadas, del señor Presidente y la respuesta del Partido Liberación Nacional, y este asunto quedó sin ninguna salida. Don Pepe Figueres, por su lado, había venido promoviendo cierto tipo de con-

tactos y relaciones, y participó en lo que se llamó pomposamente *Diálogo Nacional*, allá en Coronado y que —como dijera un periodista—, no pasó de ser un picnic, y en donde realmente no hubo diálogo, porque una de las características del señor Presidente de la República pareciera ser que entiende por diálogo la capacidad que tienen los ciudadanos de oír sus monólogos. Entonces se buscó un contacto, don Luis Alberto Monge, y a mi juicio eso, que me parece sano en la medida en que se ha planteado a nivel de acción política, llevaba implícita una situación muy grave y es que los diálogos políticos, por la circunstancia de que no es posible establecer esa unidad de mando, de decisión y esa coherencia interna de los diversos grupos, se busquen fuera de esta Asamblea Legislativa y no en esta Asamblea. Entonces se anda buscando a los dueños del partido para tratar con ellos, con lo cual se debilita sustancialmente el carácter representativo, la autoridad moral y política de esta Asamblea Legislativa a la cual, simplemente, se le quiere colocar en la posición de tomar o dejar lo que le venga de las alturas.

Desde luego, señores diputados, yo estoy por el diálogo; si alguien en esta Asamblea —permítanme la inmodestia de decirlo— ha propiciado el diálogo, ha buscado la manera de establecer zonas comunes de entendimiento, ha evitado una serie de discusiones que usualmente van acompañadas de muchos elementos que lo que hacen es alejarnos de los puntos esenciales en discusión, he sido precisamente yo. Pero el diálogo debe ser el resultado de un encuentro patriótico de todos los sectores nacionales democráticos de nuestro pueblo. El diálogo no puede ser, simplemente, un camino de una sola vía, donde unos escuchan y otros dicen qué es lo que hay que hacer. Por esta razón, si el diálogo va a ser nacional, ese diálogo no puede seccionarse de manera tal que origine una situación en la cual la posibilidad misma del diálogo, que es una necesidad nacional, se hunda en la medida en que resulte sustituida por una maniobra político-electoral, que sacrifica, diciendo que no lo hace, los intereses superiores de la salvaguarda de la democracia costarricense.

Si se dialoga con partidos, debe ser con partidos. Si se dialoga con tendencias, se puede dialogar con tendencias, y eso es legítimo. Por eso, decía que cuando don Ramón Aguilar se sienta con don Luis Alberto

Monge, eso es legítimo desde el punto de vista de don Ramón Aguilar y desde el punto de vista de una institución como la Asamblea Legislativa. Pero si el Presidente de la República dialoga en nombre de la unidad nacional, esto es fraccionamiento, eso es diálogo unilateral; ya no es posible situarlo dentro de los altos intereses nacionales, sino que nace precisamente de una orientación que resulta a la larga con buena o mala fe, contraria a los objetivos que se dice tener en mente.

Permítanme los señores diputados, no voy a dar interrupciones, porque quiero mantener la hilación de mi intervención y, por otra parte, porque aquí generalmente las interrupciones han sido nuevas intervenciones sobre intervenciones, y precisamente creo que este es una de los problemas reglamentarios que deben ser corregidos. Yo les pido que me excusen, por favor, y voy a continuar con mi exposición.

Por esta razón, decía, que la propuesta que se ha querido ensayar para resolver el problema del impasse en esta Asamblea Legislativa, es una propuesta —particularmente la que hizo el señor Presidente de la República el día de ayer—, que lo menos que puedo calificarla es de insólita.

Por una parte, porque trata a las fracciones representadas en esta Asamblea y, en particular, a la del Partido Liberación Nacional, como algo que no ha sido, como una especie de rebaño, y precisamente desconoce la realidad política interna de esa fracción, y al plantear las cosas como lo ha hecho, lo que garantiza es que el funcionamiento de esta Asamblea no se vaya a resolver.

Decía que si se dialoga con partidos debe ser con partidos, y si esto es así, una de dos, o se toma en cuenta a las fuerzas reales representadas en esos partidos, se toma en cuenta a don Luis Alberto Monge, a don José Figueres y don Daniel Oduber, o bien, si es que eso no es así y se está obviando al entenderse con los expresidentes, entonces debe también incluir no solamente a don Mario Echandi, sino que también debe incluir a don José Joaquín Trejos, quien para aceptar el puesto de Presidente de la Unidad tuvo el cuidado de establecer, no una prudente, sino una gran distancia con la administración del Presidente Carazo.

Pero esta propuesta realmente plantea graves interrogantes acerca del objetivo de la misma. ¿Es que don Rodrigo Carazo quiere alejarse entonces del sector que formó parte de la Unidad y ahora se agrupa detrás de don José Joaquín Trejos, y quiere volver a la vieja condición de don Rodrigo Carazo de delfín político junto con Daniel Oduber de don José Figueres? ¿Quiere volver a un delfinato? ¿Quiere cambiar su base política de apoyo? ¿O lo que quiere no será más bien unir a su carro administrativo que se hunde, a don Pepe y a don Daniel Oduber, y por esta vía, al Partido Liberación Nacional?

En cualquier caso, lo que resulta evidente es que estamos en presencia de una acción política que no es clara más que en una cosa: en la confesión al padre de que la actual administración no sabe ni dónde está, ni qué es lo que quiere ni para dónde se dirige. Que no tiene confianza en las estructuras políticas que ella misma ha generado, que no ha encontrado el método adecuado para poder apoyarse en su propia fracción y darle vida a un diálogo que —necesariamente, ya que la queja del señor Presidente pasa por una serie de proyectos en que tiene interés—, tiene que llevarse adelante en esta Asamblea Legislativa.

Por otra parte, no cabe duda de que el país percibe y resiente un estancamiento político nacional. A la crisis fiscal, heredada del estilo político de las administraciones anteriores y agravada sustancialmente por las acciones administrativas del actual gobierno, se ha venido a sumar una recesión económica y una situación de contracción económica a nivel nacional de origen interno. La incertidumbre que la deficiencia política de la actual administración ha ido generando en la vida social y económica del país, ha ido determinando una fuga creciente de capitales, una restricción en la inversión, y si a esto se le suman las condiciones económicas internacionales, creo que estamos ya claramente en la ruta de una grave crisis económica.

¡Ni qué hablar de la crisis energética! De esto se habla todos los días; pero el problema de Costa Rica no es un problema de crisis energética. El problema de Costa Rica, fundamentalmente, es un problema de crisis política, y esa crisis fiscal, esa crisis económica que ha manifestado un grave descontento social en nuestro país, se ve agravada por la parálisis política de

la actual administración. En estas condiciones, frente a estas cuatro grandes crisis que afectan directamente a nuestras instituciones democráticas, que afectan directamente el funcionamiento del aparato del Estado, la verdad hay que decirla, señores diputados, los partidos lo que ensayan no son las respuestas que nuestro pueblo demanda, sino que lo que ensayan son candidaturas prematuras, para ocupar con nombres y apellidos la presidencia futura de 1982 de este país.

### Una alternativa

En ese sentido, creo que se abre la necesidad clara de que en Costa Rica aparezca una nueva alternativa política. Una nueva alternativa que, superando a esos mecanismos de condicionamiento pavloviano —que muchos elementos de nuestra sociedad reflejan, cada vez que se toca un aspecto secundario de sus subjetividades políticas—, dé campo a un nuevo tipo de enfoque y estilo político en nuestro país, capaz de aunar un esfuerzo nacional de desarrollo, un esfuerzo nacional de mantenimiento de los principales valores políticos que nuestra sociedad ha ido adquiriendo, fortaleciéndolos y proyectándolos sobre una base económica sólida. Una base que les dé el sustento necesario, pero que se nutra ya no de los viejos resentimientos de 1948, ya no de las viejas querellas de los que se frustraron porque no se modificó la Constitución para que don Pepe Figueres pudiera volver a ser candidato; ya no de los que se frustraron porque hubo maniobras políticas, que supuestamente los alejaron de ser candidatos del Partido Unidad y se han ido a formar otro partido, a ver si esta vez les va bien, sino, por el contrario, por la conciencia y lucidez patriótica con que se aborda la crisis que vivimos y apego a los valores democráticos que comparan los costarricenses de todos los partidos políticos.

Por esa misma razón, yo creo que, como lo dije el pasado 1º de mayo, es necesario no simplemente rechazar y repudiar el enfoque político, social y económico que esta administración le ha dado a los problemas del desarrollo nacional, sobre la base de que se trata de una formación neoliberal, incapaz de resolver los problemas económicos sin descuidar los problemas sociales del país; que se apega a los problemas, sim-

plemente como si fueran de mera técnica económica; que solo consideran los problemas de eficiencia y, al margen de los aspectos reales, como que el desarrollo de nuestra sociedad implica, de un modo u otro, una participación activa y organizada de nuestro pueblo en la actividad económica de nuestro Estado. No basta decir que esa respuesta fracasó y que eso ha resucitado la vieja propuesta del Partido Liberación Nacional. Porque lo que el fracaso de la Unidad demuestra es que las propuestas que hacen ambas organizaciones políticas tradicionales han caducado. Lo que eso demuestra es que tenemos la necesidad de buscar nuevas alternativas; y que estamos en un momento límite de cambio democrático e histórico en la vida costarricense.

### El Derecho de Llave Político

No sería completo este cuadro si no dijéramos que la crisis también es una crisis de liderazgo. Los viejos líderes salidos de la actividad política de los años 40, los viejos líderes salidos de la gesta política de 1948, han ido desapareciendo o, en el caso de algunos, como el señor expresidente Figueres, han sido marginados. Toda una generación política nacida y activa a partir de 1948, de un lado y de otro, ha fenecido. Persiste, en virtud de una inercia política y, sobre todo, de una circunstancia política especial, la circunstancia de que en Costa Rica se han establecido y existen verdaderos derechos de llave políticos, que manejan las oligarquías políticas dentro de cada uno de los partidos tradicionales y que se plasmaron a través de una idea buena, la idea del pago adelantado de la deuda política, pero que fue instrumentalizada de tal manera, que ha permitido establecer verdaderos derechos de llave en cada uno de los partidos políticos tradicionales.

A la crisis del caudillismo tradicional, no siguió el momento de los partidos políticos modernos. Larvados bajo el peso insoportable de personalidades que resumían en sí y para sí el liderazgo político de sus respectivas clientelas electorales —Calderón Guardia, Figueres, Ulate, etc.—, su desaparición o alejamiento no permitió su transformación en crisálidas capaces de volar por sí mismas. Técnicamente hablando, los



partidos no se desarrollaron y siguieron siendo larvas. El resultado es una doble crisis partidaria: ni el liderazgo tradicional caudillista ni una dirección estructurada de tipo partidario moderno. Pero con derecho a deuda política, con control férreo de las estructuras formales que remedan un partido y con todos los aspectos negativos y muy, pero muy pocos, de los aspectos positivos que justifican la existencia y funcionamiento de los partidos modernos en la sociedad democrática.

### **Termina una generación y otra debe germinar**

En estas circunstancias, tenemos una prolongación de una serie de formaciones políticas, que cada vez responden menos a las necesidades reales de la sociedad costarricense; que cada vez más se apegan a fórmulas que en el pasado ya mostraron sus limitaciones, y que nos han demostrado en esta administración de la Unidad que no han sido capaces, en cualquier caso, de generar proposiciones alternativas a las que ya se habían mostrado agotadas del Partido Liberación. Es en este momento, en el cual una generación termina y una nueva generación debe germinar, que se sitúa esta crisis política, particular y gravísima, en que se mueve nuestro pueblo. Crisis política y social, crisis económica y crisis de valores. De valores, sí; porque hay que decirlo: una de las consecuencias más graves por las que estamos atravesando, radica en este proceso en el cual nuestro pueblo comienza a no tener confianza en sus dirigencias políticas ni en las propias instituciones democráticas que ha heredado de su pasado. La pérdida de credibilidad de políticos y administradores, partidos y programas, carcome hasta los tuétanos la moral pública del costarricense.

Detrás del proyecto de reforma constitucional, para permitir la reelección presidencial, hay un reconocimiento muy grave: el reconocimiento o la convicción de que hay que asirse a los viejos modelos del pasado, o a los viejos líderes, como el niño asustado en la calle se coge del ruedo del pantalón de su padre, para ver si es posible mantener atado al carro político a ese electorado que se va, que se va y que se va, porque siente —y eso no lo pueden ocultar las palabras— que esas formaciones políticas están agotadas,

desde el punto de vista ideológico, desde el punto de vista político, desde el punto de vista programático. Es en este agotamiento de los partidos políticos tradicionales que nosotros tenemos que situar la crisis del Parlamento costarricense. El problema del Parlamento costarricense no es sencillamente lograr que haya quórum en esta Asamblea. El problema del Parlamento costarricense es que aquí se estén discutiendo verdaderas tesis políticas, es que aquí estemos realmente abordando los problemas del desarrollo económico nacional y podamos establecer fórmulas de entendimiento que resulten no solamente respetadas, no solamente obligatorias para cada fracción, sino que naturalmente respondan al hilo, ideológico y programático, de todos los señores diputados que estamos en esta Asamblea. Que cuando un diputado dice sí, no es simplemente porque es el resultado de un acuerdo de fracción; que cuando un diputado dice sí en virtud del acuerdo de su jefe de fracción, es porque existe un hilo común conductor que une la conducta política de los señores diputados, porque lo sitúa en un contexto programático e ideológico compartido por todos ellos.

En este sentido, señores diputados, estoy firmemente convencido de que las propuestas últimas que se han hecho, por parte del Poder Ejecutivo, son propuestas muy desafortunadas, son propuestas desafortunadas en la misma medida en que quieren tratar únicamente con un sector del Partido Liberación Nacional, supuestamente unificado en dos figuras de primer orden, de primera magnitud, en esa formación política. Pero la verdad es que eso sitúa el intento de diálogo en el conflicto interno y en las contradicciones internas, agravándolas, que tiene esa formación política. Por otro lado, esto implica el alejamiento de un problema central, que a mi juicio tiene el Partido Unidad: la necesidad de encontrar una verdadera unidad, programática, ideológica y política no en la vacuidad literaria —como lo decía muy bien don Enrique Benavides— de un programa que pudo haber sido firmado por Adam Smith, o pudo haber sido firmado por Aristóteles o cualquiera de los señores diputados de este país, en la medida en que es imposible oponerse a que la gente viva bien, al bien común, a la dignidad humana, etc., sino sobre la base de un esfuerzo consciente, racional y colectivo para formular, primero que nada, un diagnóstico real con respecto a

la situación que vive nuestro país, diagnóstico que es más imprescindible hoy que nunca, diagnóstico que nos permite entender no solamente en un corte momentáneo cuál es la situación que tenemos, sino un corte que nos permita determinar las causas que han originado esta crisis a nivel interno, y que hagamos un examen profundo de esas causas, y que busquemos, a partir de la perspectiva nacional y democrática, que nuestro pueblo exige tener siempre presente para abordar los problemas generales del país, que busquemos soluciones conjuntas.

Los problemas radican, como bien se ha dicho, en determinarlos. Bien determinado un problema, la solución generalmente sale por sí misma. Pero especular, jugar con las palabras, hacer incidencias, escaramuzas, ya sea en el Parlamento o en la prensa, establecer una serie de discusiones subalternas, o hablar al mismo tiempo que esto se hace, con grandilocuencia, sobre los intereses del país, sobre la crisis que nos amenaza, sobre la importancia de una solución patriótica de los problemas nacionales, es reafirmar la opinión de nuestro pueblo en el sentido de que nosotros estamos muy lejos, ciertamente, de responder al imperativo histórico que se presenta ante el pueblo de Costa Rica en esta coyuntura.

Un ciclo de vida ha sido cerrado a partir de 1978. Ese ciclo de vida muestra grandes realizaciones, muestra cómo el pueblo costarricense ha podido avanzar, desde luego con un precio, en ciertos aspectos ni negativo ni desdeñable, pero que tampoco debe convertirse en la comidilla diaria del pensamiento político nacional. Por esa razón yo, por lo menos, no le niego al Partido Liberación Nacional, en absoluto, los méritos que le corresponden en abordar y en plantear una serie de problemas y en haber ayudado a resolver, o como decía un distinguido dirigente liberacionista, haber planteado en nuevos planos, los problemas que realmente nunca se resuelven, sino que se reformulan.

Tampoco tengo yo ningún inconveniente en reconocer los méritos de otras formaciones políticas. Creo que la pequeñez es uno de los defectos más graves que carcomen a la sociedad costarricense, y que impide encontrar a sus mejores hombres en el esfuerzo común de llevar adelante a nuestro país. Pero un ci-

clo se ha cerrado. Ya una generación ha cumplido y presentó un proyecto político y ya ese proyecto político se agotó. Ahora es necesario encontrar un nuevo proyecto político.

Quisiera no prolongar más de lo debido mi intervención. Como lo he señalado en otras oportunidades, ha sido excepcional el uso por mi parte de prórrogas para hacer uso de la palabra; pero estoy firmemente convencido que este es el momento para que nosotros planteemos seriamente, en su contexto debido, el problema político de Costa Rica.

Se me ha acusado, en alguna oportunidad y contra la verdad de los hechos, de adoptar una actitud simplemente negativa, una actitud de agresión permanente contra determinadas tesis políticas. Por una parte yo no fui electo, y así se lo hice ver a los ciudadanos con quienes conversé durante la campaña electoral, para llevar adelante una actitud irresponsable, de crítica indiscriminada frente a los proyectos políticos ajenos. Dije, he dicho y repito ahora que apoyaré todas aquellas iniciativas, vengán de donde vengán, siempre que las considere positivas y convenientes en el contexto político que se vive, y en las necesidades sociales que tenemos que afrontar para el desarrollo económico autóctono de Costa Rica. Y vengán de donde vengán las propuestas que considere negativas, estas no contarán en absoluto con mi voto.

He creído que Costa Rica necesitaba dos cosas importantes: por un lado, que el país constatará el agotamiento ideológico, político y programático de los grupos partidarios tradicionales. Esto lo dije el primero de mayo cuando emití el voto en esta Asamblea, no a través de una maniobra para ocultar cuál era mi intención, sino a través de un acto claro y franco, que si bien algunas gentes no han entendido, la verdad es que no lo han entendido porque no han querido entenderlo. Dije, entonces, que era necesario que el Partido Liberación Nacional fuera a la llanura y que el Partido Unidad asumiera realmente la responsabilidad del gobierno, porque esto iba a permitir de un lado, que el Partido Unidad demostrara si efectivamente su proyecto político era viable, y si realmente tenía proyecto político; y, de otro lado, que el Partido Liberación Nacional fuera a la llanura, porque entonces este partido iba a entrar en un proceso de

desarrollo político interno, que iba a facilitar condiciones para que nuestro país entendiera el problema central y básico de que, para salir del subdesarrollo, nosotros necesitamos de una confluencia política de todos los sectores productivos de este país, en un proyecto que, superando el ya agotado del Partido Liberación Nacional, nos permitiera enfrentar únicamente el reto del subdesarrollo que tenemos nosotros por delante.

Lo dije entonces; y el 1° de mayo planteé, a la hora de definir mi voto, la necesidad de que esta nueva alternativa política surja ya en Costa Rica. Alguien ha querido intentar una nueva alternativa política y me refiero a un partido que jefea un distinguido costarricense, don Miguel Barzuna; pero lo cierto es que en ese caso el problema está mal planteado y por lo tanto mal resuelto, porque el movimiento del señor Barzuna suma, a pesar de las condiciones personales suyas, a quien no tengo el gusto de conocer, los aspectos negativos de todas las tendencias políticas anteriores: candidaturismo, enriquecimiento de una pequeña minoría, ausencia de proyecto social, etc., y, por otra parte, aumento de dependencia de nuestra economía y sociedad con el exterior. En estas condiciones eso, evidentemente, no es una alternativa política viable y seria para Costa Rica.

No es posible afrontar de ahora en adelante el problema del desarrollo político nacional si no es con un proyecto político coherente, que una no simplemente partidos políticos, sino que a toda la familia costarricense interesada en salir del subdesarrollo, el atraso y la miseria en una perspectiva de desarrollo nacional independiente.

Para afrontar ese proyecto de desarrollo nacional, es indispensable no solo la conservación de nuestras conquistas democráticas, sino también fortalecer y ampliar esa vida democrática nacional; darle una relevancia mayor al Parlamento y permitirle jugar un papel más importante que el que hasta ahora ha jugado, y que no ha podido jugar, en virtud de que en más de un sentido, nosotros, los integrantes de esta institución, no hemos estado a la altura de la responsabilidad política e histórica que se requiere para afrontar las tareas de esta mayor democratización.

Costa Rica ha hecho una importante inversión de esfuerzo cívico, de pensamiento, de recursos económicos para ir mejorando los mecanismos democráticos de nuestra república. Pero los hemos concentrado, por circunstancias políticas que arrancan desde los años 40, únicamente en el aspecto procedimental; hemos pensado que democracia es simplemente el problema del mecanismo electoral, y siendo esto muy importante y, además, una conquista realmente significativa y de carácter internacional de nuestro pueblo, la verdad es que este es un aspecto limitado de la vida democrática.

Es necesario enriquecer esa vida democrática; pero para enriquecerla es necesario ir creando nuevas condiciones y, sobre todo, en lo que se refiere al problema del Parlamento, irle dando un papel y un significado a este Parlamento que exige, eso sí, una alta dosis de responsabilidad. Sobre todo es necesario garantizar, en los hechos y no en las palabras, una participación real y organizada del pueblo en la decisión de los asuntos públicos del país.

Quisiera terminar esta intervención expresándoles que no ha sido en absoluto mi intención el atizar una hoguera a propósito de una discusión que durante bastantes meses se ha venido produciendo aquí. De hecho, he dejado pasar una serie de afirmaciones que consideré que si las contestaba iba a echar, como dice nuestro pueblo, leña al fuego. Pero lo que ha venido sucediendo en los últimos días es demasiado grave como para que nosotros lo dejemos pasar. Se está erosionando inconscientemente, a mi modo de ver, uno de los pilares fundamentales de la democracia liberal costarricense, que es precisamente la credibilidad, la legitimidad de este Parlamento, sin ningún planteamiento alternativo real, que no sea el caos o el bonapartismo que se asoma en ambos partidos tradicionales. Cuando nosotros nos hacemos autocríticas y a punto y seguido generamos otra vez el fenómeno que hemos criticado; cuando en esta Asamblea se habla y se reconoce la imposibilidad de llevar adelante entendimientos; cuando se acude fuera de esta Asamblea a buscar cierto tipo de diálogo que se ha dicho resulta imposible aquí, pero también resulta imposible allá, las orejas peligrosas del lobo se asoman a la vuelta de la esquina; del lobo de la dictadura, del lobo de la intransigencia, del lobo que se opone al diálogo,



del lobo que considera que estas discusiones democráticas en el Parlamento son un precio innecesario que no debe ser pagado; del lobo que añora el poder dictatorial para resolver con eficacia los problemas políticos del país.

No nos quejemos si las opiniones de nuestros más preclaros ciudadanos se orientan a una crítica enérgica de lo que está pasando, desde el punto de vista institucional en este Parlamento; pero no olvidemos que también esto ocurre en el Poder Ejecutivo y en todas las esferas de nuestro Estado y sociedad. Llamo la atención sobre los últimos acontecimientos: a pesar de la invitación que se ha hecho al Presidente de este Poder para que participe en un diálogo, eso no es en absoluto la rectificación de una línea política equivocada del Poder Ejecutivo, que se ha manifestado, desde hace mucho tiempo, en un menosprecio y subestimación sistemática de la Asamblea Legislativa, y me permito decirlo, de la propia fracción parlamentaria oficialista.

Buscar un diálogo de esta manera, tratar de llegar, por encima de la realidad política de esta Asamblea, del sentimiento, de los aportes valiosos que pueden hacerse por todos los integrantes de las fracciones que formamos parte de esta Asamblea Legislativa, a soluciones de los problemas políticos que manifiestan todas estas críticas que he venido comentando, implica un paso más en una actitud que tiende a debilitar al Primer Poder de la República.

Pero, si nosotros permitimos que el diálogo que se lleve adelante, se sustraiga de aquí, que el diálogo se plantee en nombre del progreso nacional, en nombre del bienestar de la patria, pero, unilateralmente y en un contexto de maniobra política, aunque sea otra la intención, la verdad es que no solamente estamos impidiendo el diálogo, no solamente estaríamos haciéndonos cómplices de un método equivocado de gobierno, que en un momento de crisis no podemos dejar de criticar y oponernos precisamente por responsabilidad ciudadana, sino que estaríamos haciéndonos culpables de que esta Asamblea Legislativa quede pintada en la pared. Trabajar seriamente en este Poder Legislativo no es buscarles puestos a los amigos; trabajar seriamente en este Poder Legislativo es hacer un esfuerzo consciente de entender y estu-

diar y ponernos a la altura de los graves problemas nacionales e internacionales en que se mueve Costa Rica; y, por encima de nuestros intereses partidarios, por encima de nuestras subjetividades políticas, nosotros tenemos la seria obligación de tener como norte fundamental el peligro que significa para Costa Rica, en este momento de vorágine en el Caribe, de vorágine en el mundo, no tener ni la capacidad, ni la decisión, ni la voluntad política de oponernos a lo que consideramos erróneo, venga de donde venga, y de levantar nuestra voz no solamente para defender nuestras banderas, que ondearon allá en las campañas electorales, sino para defender la bandera tricolor en la cual está la protección y la defensa del régimen democrático que tanto nos ha costado.

Democracia significa trabajo, democracia significa responsabilidad y participación organizada del pueblo en los asuntos públicos; democracia implica conciencia y desprendimiento cívico; y es a esa conciencia y es a esa responsabilidad a la cual yo he apelado esta tarde, para tener ese diálogo con ustedes, señores Diputados.



# Mi posición ante la elección del directorio y la crisis nacional

1980

Aunque es fácil alabar o criticar a esta Asamblea Legislativa y, sobre todo, criticar el funcionamiento de su Plenario, la verdad es que limitarse a una u otra cosa no solo es superfluo, sino paralizante. La común convicción que sacude cada vez más a todos los costarricenses es la de vivir una crisis social, política y económica como no se daba desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La llamada crisis energética, que sin encontrar ninguna respuesta coherente en nuestro país, pese a que su primer gran impacto lo tuvimos en 1973; la agudización del conflicto entre las dos grandes superpotencias, ya sea en Irán, en el Medio Oriente o en Afganistán; la inestable situación del Caribe y la ausencia de políticas viables en la región, capaces de facilitar el desarrollo democrático y civilizado de estos pueblos, todo ello encuentra una acción gubernamental en nuestro país totalmente errática, improvisada y teñida de un estilo personal, tan negativo, como inoperante y peligroso.

Estoy firmemente convencido de que el impacto principal de la crisis mundial no ha llegado a nuestro país. La situación que vivimos, en un porcentaje decisivo, es fruto y resultado de una política general errada del actual gobierno, de una falta de definición clara de los órganos del Estado, en cuanto a puntos esenciales para la buena marcha y desarrollo de la producción nacional, y la incapacidad del aparato estatal mismo para afrontar la situación actual.

He dicho en otras ocasiones, y lo reitero hoy, que los modelos de desarrollo ensayados hasta ahora han mostrado su agotamiento programático, histórico y político. La imposibilidad para el Partido Unidad de tener una respuesta fundada en planteamientos sólidos y coherentes —pese a su identificación formal con la ideología demócrata-cristiana— y su reducción del problema político a quién enfrentará al que se

considera el peor candidato del adversario, ratifica el hecho, ya reiterado durante estos dos años, que dicho partido carece de toda columna vertebral, que en este momento se reduce al personalismo y a la confluencia circunstancial de grupos, incluso ideológica y políticamente antagónicos.

El esfuerzo de la reciente campaña de tendencias en el seno del Partido Liberación Nacional, por centrar el debate en cuestiones ideológicas, políticas y programáticas ante los problemas nacionales, expresado en el reto de campaña del Dr. Castillo y don Luis Alberto Monge, unido a la tarea anunciada por esta de ensimismar al Partido Liberación Nacional en una jornada de estudio para elaborar programas y convocar a un congreso ideológico, que se anuncia para octubre, son testimonios también del agotamiento de todos los proyectos anteriores, que solo por razones político-electorales que respeto, pero que no satisfacen, pueden ser negados.

Incapaz la actual administración de dar respuestas positivas a la crisis nacional, el descontento popular ha ido creciendo rápida e inconteniblemente, en especial por lo que hace al incremento brutal e injustificado del costo de la vida, en términos de previsión. El ensayismo económico en materia de tasas de interés, la falta de iniciativa gubernamental para suplir el apoyo necesario para el mantenimiento y desarrollo de la actividad productiva del país, la reducción de su iniciativa a una cuestión de conceder precios más altos, la ausencia de toda política energética y “el complejo de judío errante” en materia de iniciativas estatales para la producción, la energía y los proyectos de desarrollo, como lo aseveran los casos de CATSA, la producción de aluminio y el desarrollo de la industria atunera, para solo citar algunos, está en la raíz de ese fenómeno social y político del descontento popular.

Porque este descontento no es de un solo sector, sino de todo el país; abarca no solo al trabajador, que tiene únicamente su fuerza de trabajo para subsistir, sino también al empresario, al comerciante, al profesional y al funcionario público, frustrado a nivel nacional, al extremo de negarse a ver el abultado grado de impopularidad de la actual administración.

El gobierno de don Rodrigo Carazo, y él, personalmente, de manera muy especial, ha resultado buscando pretextos diversos capaces de distraer la atención nacional de los problemas internos. Es así como ha comenzado un aventurerismo internacional burdo, brutal y ya en el umbral de lo ridículo. Alocada e irreflexivamente, nuestro país se ha visto conducido (contra su temperamento y contra sus intereses, que quieren unas relaciones exteriores prudentes y generadoras de respeto y no intervención en los asuntos de los demás, y menos aún en los asuntos nuestros), a toda clase de conflictos y tensiones en los cuales no tenemos razón de estar, en los que no hay razón por la cual gastar esfuerzo ni hay beneficio alguno para nuestro pueblo, sino tan solo peligro, desgaste y alto precio institucional y económico.

Sin detenerme en aquel espectáculo de zarzuela que fue el viaje a la Isla del Coco, hemos pasado de la Universidad para la Paz a la guerra particular del atún de don Juan José Echeverría, que como vino se fue. Nos vimos envueltos —un día de una manera, otro, de otra, pero siempre arrastrados por la intemperancia de las autoridades del Poder Ejecutivo—, en la crisis nicaragüense, en la que aun hoy, por una soberbia que ya causa estragos, está nuestro gobierno tratando de influir como si tuviéramos una especie de jurisdicción, competencia o tutelaje sobre el resto de Centroamérica.

En el caso de El Salvador, hermano pueblo que se desangra desde hace tantas décadas, nuestro país se permitió declarar apoyo público a una junta de gobierno con la cual simpatizan algunos dirigentes del Poder Ejecutivo, pero que es representativa de un Estado y titular de un gobierno que puede cambiar y con el cual debemos mantener relaciones formales, pero que no deben estar supeditadas a los humores y simpatías políticas partidarias de quienes ejercen la función pública. Ya en esa línea, donde todo sentido de límite y medida, de sentido de las proporciones, se

ha perdido, nuestro gobierno resulta, mesiánicamente, tratando de marcar una política estadounidense y regional en la candente zona del Caribe; y dándoles, al Presidente de los Estados Unidos y al Ayatollah Jomeini, consejos y recomendaciones para resolver una de las más graves crisis que se han presentado en los últimos 30 años.

Mientras tanto, en medio de semejante evasión de nuestra realidad —solo parecida a la forma de inmersión del titular del Poder Ejecutivo en la vida nacional, no como estadista presidente, sino como jefe de acción o candidato en campaña electoral—, los precios suben, la crisis energética se agrava, sin plan o respuesta alguna que no sea en decretos y actos de papel. La inflación se incrementa y hasta los compromisos, tan gravemente delicados adquiridos con el Fondo Monetario Internacional, comienzan a incumplirse significativamente.

Los proyectos iniciales de promoción humana, de reorganización de Seguridad Pública, de participación popular, de reorganización de la Hacienda Pública, de moralización de la función pública, etc., han sido de manera lenta, silenciosa, pero irremediablemente abandonados. La función legislativa, en esa tesitura, se ha convertido simplemente en foro de querellas político-electorales o personales, y en máquina de moler tasas municipales y empréstito que, a granel, continúan lloviendo, como una salida que se ve al problema de la economía nacional.

Puedo decir que, en esas circunstancias, la parálisis legislativa es innegable. Hemos vivido el efecto negativo de una política del poder central, de atiborrar el orden del día del primer poder de la República y tratar de responsabilizarlo de todo lo que ocurre de malo en el país. Nos encontramos ante una actitud y una crítica muchas veces injusta, pero en terreno abonado y fértil para las características que ha tenido este Parlamento desde su instalación en 1978.

En medio de este marasmo político, social, económico e intelectual que vive la Costa Rica de hoy, la iniciativa patriótica de los diversos sectores ha sido la de buscar en el diálogo un instrumento capaz de rectificaciones profundas y sustantivas, capaces de salvaguardar positivamente la institucionalidad democrática de la vida política costarricense.

Pero, al hablar de diálogo, erigiéndose en abanderado de la participación, el señor Presidente de la República ha demostrado en los hechos, que son los que cuentan, que para él existe únicamente el monólogo, que su concepción del poder político se sitúa en el criterio de “orden y mando”; y que sus oídos solo se abren cuando quien a él se dirige forma parte de un coro de sicofantes. Este mal, insinuado durante la campaña y manifestado crecientemente durante su primer año de gobierno, se ha convertido en la característica fundamental del estilo de gobierno de don Rodrigo Carazo. Cuando los cuatro expresidentes se dirigen a él y dicen, en voz alta, lo que piensa un pueblo todo, muy particularmente —y sin que ello signifique postergación, en los méritos ni estima del valor de ninguno de los otros exmandatarios—, por la voz del ilustre expresidente, don José Joaquín Trejos Fernández, allegado político-partidario, (que no ideológico) del señor Carazo, la respuesta de este resulta no solo equivocada, sino irreflexiva, sorda y —debo decirlo con todo el respeto que la investidura y persona de don Rodrigo Carazo se merecen—, sorprendentemente miope.

“Hoy”, dice el documento en uno de sus párrafos, “con mayor razón que otras veces, le recordamos respetuosamente a nuestros compatriotas que la estabilidad democrática, y el bien general del país, peligran y que estos bienes, en muchos aspectos, están sobre el interés de las partes, y que en consecuencia, solo quienes superen hostilidades recíprocas estarían en condiciones adecuadas de hallar modos estables y eficaces de convivencia. Junto con ello, es importante que el pueblo vuelva a tener confianza en que la vida pública se desenvuelva hacia el verdadero progreso, dentro del respeto al orden jurídico y apegada en el sólido pilar de la probidad política y gubernativa para continuar garantizando la libertad, la democracia y los valores que han dado justa fama a nuestra República”.

Gravísimo diagnóstico, advertencia alarmante y alarmada, manifestación de preocupación y voluntad política, al menos incuestionable para el señor Presidente de parte de quien le brindó su apoyo cuando todavía recorría hogares y hacía visitas para ganar la candidatura de la que sería la Unidad en 1978 pero que —como en el llamado Diálogo Nacional—, el se-

ñor Presidente, que tiene oídos para oír, y ojos para ver, ni ve ni escucha, porque padece de la peor de las sorderas y la peor de las cegueras, que es la de no querer ni ver ni oír.

Pero, si esto ocurre en el Poder Ejecutivo, no podemos decir que esta Asamblea esté exenta de responsabilidad en toda esta situación política y social que atraviesa el país. A veces escucho a algunos con la peregrina idea de que no debe haber cogobierno. Respeto esa tesis, pero institucionalmente, por el hecho mismo de estar sentados en estas curules, somos cogobierno, querámoslo o no. Somos cogobierno con responsabilidad, con ejercicio auténtico del control político, con utilización de los mecanismos que nos otorgan iniciativa en materia de legislación o sin ellos. Somos cogobierno con desperdicio de energía, con paralización, con ineptitud para llevar adelante el control político, o con una neutralización institucional y democrática de nuestro país pero, en cualquier caso, querámoslo o no, institucionalmente, constitucionalmente, formamos parte del Gobierno de Costa Rica.

La verdad es que, de un modo u otro, por el sistema de trabajo que ha venido imperando, por la ausencia de prioridades definidas y claras que hacen que lo secundario y lo fundamental se confundan en esta Asamblea en una noche de gatos pardos, esta Asamblea Legislativa, que constitucionalmente está llamada a ser un contrapeso del Poder Ejecutivo, en la sana concepción de la división de poderes del Estado, ha terminado siendo contrapeso de sí misma e impidiendo, por ello, el poder jugar el papel que el pueblo espera de ella, y que la Constitución le asigna.

Al llegar a esa elección de Directorio creí conveniente inspirarme en una preocupación y en un llamado patriótico que podía ser sospechoso para cada adversario de alguno o algunos de los expresidentes, pero legítimo en cuanto a otros no implicados en esas pasiones o adhesiones políticas. Porque es cierto lo que dice el documento de los expresidentes, cuando afirma: “ni el gobierno solo ni un partido o grupo de personas puede resolver los problemas de la hora actual. Más bien, ciertas disposiciones que a todos afectan, han mostrado ser ineficaces; algunas omisiones han frustrado expectativas; esto ha llevado a

la pérdida de confianza, lo mismo que a la desunión nacional, con lo que parece alejarse la esperanza de verdaderas soluciones”.

La elección de Directorio de este año permitía hacer buenas las palabras de los expresidentes, convertirlas en hechos y acciones institucionales capaces de rescatar el prestigio y función democráticas de esta Asamblea, en un momento de crisis. Elevar su estatura institucional y proyectarla, creadora y patrióticamente, en salvaguardar, con respeto y fortalecimiento de las instituciones y garantías sociales del pueblo trabajador, los intereses legítimos de una producción nacional que no solo debe mantenerse, sino incrementarse: los más altos valores democráticos de nuestro pueblo.

Posición coincidente con lo manifestado por distinguidos compañeros diputados de todas las fracciones, y con las palabras del candidato victorioso del Partido Liberación Nacional en la convención del 27 de abril, cuando reconoció que el país exigía un esfuerzo suprapartidario y supraideológico para afrontar los embates de la grave crisis que nos llega hasta los tuétanos. Ese espíritu de búsqueda patriótica, de un esfuerzo nacional conjunto, sin perjuicio de la pluralidad y rivalidad políticas naturales, podía comenzar aquí y ahora en la Asamblea Legislativa. Porque es necesario concordar en una plataforma de acción parlamentaria que nos permita establecer con claridad, lealtad y preservación de la fisonomía política de cada quien, las áreas comunes de entendimiento necesario y posible; las áreas de divergencia que, en cualquier caso, requieren definiciones prontas y claras por medio del sistema de voto, que el sistema democrático institucional nos manda a utilizar para resolver esas divergencias; y el derecho inalienable de cada señor diputado y cada fracción política de introducir en el debate parlamentario, sin perjuicio del orden y del flujo institucional necesario de la Asamblea, los temas políticos que se juzgan impostergables de introducción en interés de nuestro pueblo.

Esta primera tarea debería ir acompañada de una reorganización de la Asamblea, a efecto de garantizarle a las fracciones aquí representadas una justa representación en las comisiones; y una responsabilidad compartida en la dirección de las mismas, para ci-

mentar el interés y facilitar la definición mediante el voto en el Plenario, porque ahora la fracción oficial se reserva una mayoría en Comisiones que resulta inoperante y literaria, porque lo que sale de Comisión se estanca en el Plenario.

Era necesario, además, y con la anuencia de cada fracción, establecer claras reglas del juego en la vida interna de la Asamblea, que, al garantizar los derechos parlamentarios de las diversas fracciones y de todos los diputados, permitan la definición democrática en la votación. Y finalmente, como garantía y fuente de legitimidad entre la mayoría de las fracciones aquí representadas, era necesario la constitución de un Directorio pluralista que –sin implicar en la labor del gobierno del Poder Ejecutivo a nadie que participara civilizadamente en él–, permitiera restablecer la confianza interna en los órganos de dirección de este Parlamento, en el cumplimiento de un programa positivo de acción legislativa, y en la aplicación prudente, pero firme, de las reglas del juego previamente establecidas por todas las fracciones en el manejo de los debates de esta Asamblea.

No ha sido posible, sin embargo, pese a las sabias palabras de los señores expresidentes, a los deseos manifestados por distinguidos compañeros diputados de todas las fracciones, y pese aún a las nuevas orientaciones del actual candidato del Partido Liberación Nacional, resolver estos problemas de la manera planteada para la elección del Directorio.

# Carta a Eduardo Ulibarri

23 de setiembre de 1980

Asamblea Legislativa  
San José, Costa Rica  
23 de setiembre de 1980

Señor  
Lic. Eduardo Ulibarri  
La Nación  
Pte.

Estimado don Eduardo:

Sus notas en la Columna acerca del nuevo movimiento político que está naciendo, y en el cual yo tengo el honor de participar, sus menciones al Frente Popular que me eligió como diputado a la Asamblea Legislativa, merecen varios comentarios. No los hice antes por razones de mi trabajo, que me ha obligado a estar fuera de San José, pero nunca es tarde para precisar con exactitud la verdad de las cosas.

Por lo que hace al nuevo movimiento, sus personeros tendrán seguramente varias cosas que decir. Por lo que hace al Frente Popular me corresponde clarificar con exactitud cuál es la situación.

En primer término, el Frente Popular no ha tenido ninguna crisis de identidad. Su identidad fue claramente fijada desde su nacimiento como una organización llamada a promover entre el pueblo costarricense un movimiento de vocación nacional, democrática y pluralista, capaz de constituir un nuevo bloque de fuerzas sociales y políticas en el poder del Estado. La participación popular organizada y consciente, se convertía en esa situación, en un motor decisivo para constituir una democracia de nuevo tipo, que generara en nuestro pueblo la mística necesaria para apurar la copa del sacrificio que implica abordar con

seriedad y sin demagogia las duras tareas del desarrollo integral de la Nación.

Quienes hemos defendido esta tesis, claramente dijimos que no estamos en presencia de un partido mesiánico de corte marxista leninista ni cosa que se le pareciera. Algunos compañeros no lo entendieron así, y aunque son una minoría, (debo reconocer que se trata de personas de gran cultura, preparación intelectual y condición moral, con alguna que otra excepción inevitable en estas cosas), y optaron por separarse del Partido e intentan, según parece, crear una organización intelectual no partidaria, de crítica social y filosófica.

La crisis de identidad no es del Frente Popular, porque este ha reconocido, desde su nacimiento, la crisis de todos los modelos que se le han querido proponer a nuestro pueblo: desde el social-demócrata escandinavo, hasta el neoliberal en su versión de Chicago o Buenos Aires, pasando por los diversos matices de socialcristianos, socialconfusos, comunistas, castristas, miristas, etc.

Admitir esa crisis de los modelos y partir de la necesidad imperiosa de crear una ideología propia, na-

cionalista —por su bandera de defender y plantear en primer término las necesidades de Costa Rica; democrática, no como abstracción, sino como resultado de una organización y sistematización crítica de su particular realización en nuestro país; realista y consecuente, para ajustar las pretensiones distributivas a las capacidades reales de la producción nacional, cuyos índices marcan el límite objetivo e insalvable de cualquier política de mejoramiento social, etc., no es caer en la crisis de identidad que usted plantea en su columna, sino todo lo contrario: afirmar que la identidad política en Costa Rica, aquí y ahora, se liga con esas verdades y que todas las formas políticas tradicionales deben ceder el campo a un planteamiento que retome esta problemática y la proyecte en la solución de los problemas nacionales.

Cuando algunos exmiembros del Frente Popular, una respetable minoría, no han entendido esto, es sintomático que han caído, bien en un nihilismo personal tan lamentable como paralizante, o bien han cedido a un dogma libresco, donde su razón, así parece, sí tiene razón.

En estas circunstancias, el nacimiento de un movimiento como el que usted ha analizado no solo no constituye una maniobra de dispersión electoral del Frente Popular, sino que es respuesta a una necesidad sentida, tanto por quienes hemos estado agrupados en el Frente como por vastos sectores de la sociedad costarricense. Si se tratara de una maniobra electoral, el camino sería mucho más simple. Pero convertir lo que es realmente importante —y que habla de la perspectiva política del país para los próximos veinticinco años—, en simple juego de supervivencia, sería cambiar la primogenitura de plantearle al país una alternativa de perspectiva histórica, por el plato de lentejas de unos puestos de elección en la próxima lucha electoral.

En esa línea es que se sitúa una conducta, que no data de ahora y que mantiene un curso definido y claro que, cuando ha variado, lo ha sido de manera explícita y no como ninguna maniobra de dispersión. Ese es un ejemplo claro de definición y no de complacencia con ningún sector de la Unidad, como con mala fe alguno pudiera decirlo y el Partido Comunista se complace en calumniar. No. Usted recuerda

el discurso de ese día, según lo dice en su Columna, y allí están claros, como la luz del día, dos cosas: la búsqueda de un reacomodo de fuerzas sociales y políticas que el país está necesitando desde hace mucho tiempo, y la política de cartas sobre la mesa que ha caracterizado mi gestión legislativa.

Algunos me han reclamado la ausencia de incidentes parlamentarios, que habrían servido para darme, según ellos, más relevancia política. Líbreme Dios de semejantes procedimientos y plataformas, cuando lo que ha estado en juego, desde hace mucho tiempo, es Costa Rica misma.

Por esa razón, creo tener la autoridad moral suficiente para decir que no estamos en presencia de una maniobra electoral, sino de un esfuerzo serio de crear una alternativa política nueva, capaz de atreverse a pensar por sí misma, en búsqueda constante y revisión permanente de la naturaleza de los problemas del país y sus soluciones verdaderas.

Al decir que el Frente Popular no será obstáculo al nacimiento de un nuevo partido como el que se anuncia, nuestro desprendimiento es genuino y no obedece al pequeño cálculo electoral a que tanto se ha acostumbrado ya, al parecer, la vida política nacional. El obstáculo no está ni estará allí, sino en quienes quieren que la bandera de la unión de nuestro pueblo, por encima de las politiquerías tradicionales, del electorismo y el sectarismo político, no adquiera fuerza política propia y supere la parálisis y anquilosamiento que se expresan en el agotamiento programático e ideológico de los partidos de corte tradicional.

Atentamente,

Dr. Rodolfo Cerdas C.  
Diputado



## Fotografías del período 1968-1981



*En un viaje de Estudios de Derecho Comparado, en la Washington University de Saint Louis, Missouri, Estados Unidos, (tercero de izquierda a derecha) junto a Celso Gamboa Ash (cuarto de izquierda a derecha) y otros dos estudiantes no identificados. Circa década del sesenta.*



*En un viaje de Estudios de Derecho Comparado, en la Washington University de Saint Louis, Missouri, Estados Unidos, (en el centro) junto a Óscar Bejarano Coto (a la izquierda) y Jorge Desanti Arce (a la derecha). Circa década del sesenta.*



*En una reunión pública de campaña política. Cine Hilton. 1977.*



*Discurso de campaña. 1977.*



*Rodolfo Cerdas saluda a campesino en gira del Frente Popular. Circa 1977.*





*Fotografía de los afiches de la campaña política de 1978.*



*Escuchando las inquietudes de un campesino de la zona sur. Enero, 1978.*



*Momento en que recibe la credencial de diputado, de manos del Presidente del Tribunal Supremo de Elecciones,  
Lic. Francisco Sáenz Meza. 1978.*





*Firmando una propuesta de legislación. 1978.*





*En 1979, con el Lic. Roberto Tovar, diputado en el mismo período 1978-1982, en la 65ava Conferencia Interparlamentaria Mundial, en Bonn, Alemania, de la que don Rodolfo fue electo vicepresidente.*



*Homenaje en Sagrada Familia. 1981.*

# Bibliografía general



## Cartas y documentos

Carta en Diario de Sesiones del Congreso del 13 de enero de 1917, 1577.

Congressional Records Proceedings and Debates of the 2nd. Session of the 67th Congress. Washington, Vol. LXXI, part 9a, 8941-8942.

Statistical Abstract of Latin America 1966. Los Angeles, Latin American Center, University of California, 1967.

US Government. Investigation of Un-American Propaganda Activities in the US, the Communist Party of the US as an Agent of Foreign Power. Washington, 1947.

## Tesis de grado

Montiel, Aida. "Historia del poder ejecutivo en Costa Rica". Tesis de licenciatura (inédita). Universidad de Costa Rica, 1970.

Ramírez Mata, Carlos. "Las ideas políticas de Ricardo Jiménez y su influencia en la vida política nacional". Tesis de licenciatura. Universidad de Costa Rica, 1971.

Sequeira, Diego Manuel. "Emission et Amortissement des Emprunts Extérieurs de la République du Nicaragua Pendant le Premier Quart du Siècle". Tesis Doctoral. Librairie générale de droit et de jurisprudence, 1931.

## Ensayos y artículos

Acción Comunal de Panamá. "Algunas palabras con Haya de la Torre", *Repertorio Americano* XVIII, (1929): 37-38.

Alemán Bolaños, Gustavo. *Sandino el Libertador*. México-Guatemala: Ediciones del Caribe, 1951.

Arias, Augusto. "Carlos Aponte, Coronel de Sandino", *Repertorio Americano* XXII, (1936): 277.

Barbusse, Henri. "Saludo a Sandino", *Repertorio Americano* VII, n.º 17 (1928): 267.

Belli, Pedro. "Prolegómenos para una Historia Económica de Nicaragua de 1905 a 1966", *Revista del Pensamiento Centroamericano*, XXX, n.º 146 (1975): 9.

Benavides, Enrique. "Tríptico político. Un encuentro con la generación del 78". *La Nación*, 5 de junio de 1977.

Benítez, Augusto. "Mella, Centellante Tránsito de un Dirigente Comunista". *Bohemia*, n.º 28, 18 de julio de 1975.

Blanco Cabrera, Gladys. "Emilio Roy de Leuchsenring, Verdadero Maestro de Nuestra Historia". *Bohemia*, n.º 34, 22 de agosto de 1975.

Brower, Michael. "La Función de la Inversión Extranjera en el desarrollo de América Latina y el Caribe". *Revista de Comercio Exterior* XVIII, n.º 8 (1968): 692-701.

Buell, Raymond Leslie. "The United States and Central America Stability". *Foreign Policy Report* VII, n.º 9 (1931): 161-186.

\_\_\_\_\_. "The Central Americas". *Foreign Policy Association*, Pamphlet, n.º 69 (Nueva York: 1930).

del Camino, Juan. "El Tratado Chamorro-Bryan es un Tratado Humillante y Fenicio", *Repertorio Americano* XXIV, (1933): 22-23.

De Ambrosio Martins, Carlos. "La expulsión de Haya de la Torre de Guatemala", *Repertorio Americano* XVII (1928): 230-231.

De La Plaza, Salvador. "La Lutte Du Nicaragua, Lutte de L'Amérique Latine pour son Indépendance", *La Correspondance Internationale* 8, n.º 9 (1928): 119.

De La Selva, Salomón. "Al pueblo de Nicaragua", *Repertorio Americano* XIV, (1927): 65-68.

Ferrer, Aldo. "Industrias básicas, integración y corporaciones internacionales", *La dependencia política*.

- ca económica de América Latina*. México: Editorial siglo XXI S.A., 1969.
- Fonseca Amador, Carlos. "The Macaulay Affair". *Prensa Política*, marzo 3-15, 1973.
- Furtado, Celso. "La concentración del poder económico en los Estados Unidos y su repercusión en América Latina". *Revista de Comercio Exterior* XIX, n.º 8 (1969): 606-610.
- Gómez, J. "La Trahison de Sandino". *La Correspondance Internationale*, Nos. 23-24 (1933): 347.
- Harrison, George. "Les Intrigues des Etats Unis au Nicaragua". *La Correspondance Internationale*, (1925): 75.
- Haya De La Torre, Víctor Raúl. "Carta a José María Zeledón". *Repertorio Americano* XVI (1928): 63.
- Haya De La Torre, Víctor Raúl. Declaraciones en *La Tribuna*, San José, diciembre de 1928.
- \_\_\_\_\_. "Del Cuzco salió el Nuevo Verbo y del Cuzco saldrá la Nueva Acción". *Repertorio Americano* XVII, (1928): 6-7.
- \_\_\_\_\_. "Carta Abierta a Juan Ramón Avilés". *Repertorio Americano* XVIII, (1929): 152.
- \_\_\_\_\_. "¿Qué es el APRA?". *Repertorio Americano* XIV, (1927): 131-133.
- \_\_\_\_\_. "Carta a Froylán Turcios". *Repertorio Americano* XVI, (1928): 343.
- ISO (firmado con las iniciales). "La Signification du Congrès de Bruxelles". *La Correspondance Internationale*, n.º 27 (1927): 367.
- Kuchilan Sol, Mario. "Carlos Aponte, hijo de la temeridad y del coraje". En *Bohemia*, n.º 67, 9 de mayo de 1975, 90.
- Laborde, Hernán. "La Situation Politique au Mexique". *La Correspondance Internationale*, 10, (1930): 97.
- Lubrand, R. "La 1e. Conférence de la Jeunesse Anti-impérialiste". *La Correspondance Internationale*, n.º 72 (1929): 119.
- Luna, David. "Algunas Facetas Sociales en la Vida de Agustín Farabundo Martí", *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales*, n.º 1, (1965): 89-108.
- M. CH. "La Tactique de l'Unité aux Pays de l'Amérique Latine". *L'Internationale Syndicale Rouge*, n.º 8 (1932): 410-414.
- Machado, Gustavo. "Carta a los Compañeros de la Unión Obrera Venezolana". *Repertorio Americano* XVII (1928): 19.
- \_\_\_\_\_. "La Situación en Honduras". *Repertorio Americano* XVI, No. 26, (1928): 269-270.
- Martin, Ernesto. "Una carta al hermano del Presidente Calles a propósito del escándalo de Nicaragua". *Repertorio Americano* XIV, (1927): 71.
- Masferrer, Alberto. "La Misión de América". *Repertorio Americano* XVIII, (1928): 55.
- Meggee, Thomas Vernon. "Contra las Guerrillas de Sandino en Nicaragua". *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* 24, n.º 119 (1970): 42-51.
- Meléndez, Carlos. "Orígenes de la propiedad territorial en Costa Rica en el siglo XVI", *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n.º 23, San José: 1970.
- Mella, Julio Antonio. "Carta a Emilio Roy de Leuchsening". *Bohemia*, reproducida por Gladys Blanca Cabrera, 22 de agosto 1975.
- Montes, Luis. "Bananas, The Fruit Empire of Wall Street". *International Pamphlets*, n.º 35, (1933).
- Munzenberg, Willy. "La 2eme Conférence de Bruxelles de la Ligue Anti-impérialiste". *La Correspondance Internationale*, n.º 127, (1927): 1951-1952.
- \_\_\_\_\_. "De Bruxelles a Paris". *La Correspondance Internationale*, n.º 51, (1929), 745.

- \_\_\_\_\_. “Le Renforcement Proletarien de la Ligue Anti-Impérialiste”. *La Correspondance Internationale*, n.º 7, (1929): 75.
- \_\_\_\_\_. “Le Congrès de Francfort de la Ligue Anti-Impérialiste”. *La Correspondance Internationale*, n.º 68, (1929): 936.
- \_\_\_\_\_. “Session Berlin de la Ligue Anti-Impérialiste”. *La Correspondance Internationale*, n.º 91, (1928): 973.
- \_\_\_\_\_. “A la Veille de la 2eme Conférence de la Ligue Anti-Impérialiste”. *La Correspondance Internationale*, n.º 122, (1927): 1822.
- P.S. (firmado solo con iniciales). “La politique d’Intervention des Etats au Unis au Nicaragua et au Mexique” *La Correspondance Internationale*, n.º 16, (1927): 228.
- Pavletich, Esteban. “Carta a Joaquín García Monge”. *Repertorio Americano* XVI, (1928): 213.
- Portal, Magda. “Mensaje a las mujeres de América Latina”. *Repertorio Americano* XVI, (1928): 62.
- Rolland, Romain. “A Coté de l’Amérique Latine”. *Repertorio Americano* XIV, n.º 9 (1927): 133.
- Sandino, César Augusto. “Carta a Gustavo Machado y Morales”. *Repertorio Americano* XVII, (1928): 19.
- Selser, Gregorio. *Correspondencia Sudamericana* 2, n.º 7 (1929): 18.
- Sorel, Enrique. “Sandino el libertador, y Martí el comunista”. *Repertorio Americano* XXVIII, n.º 11, (1934): 176.
- Stone, Samuel. “Algunos aspectos de la distribución del poder político en Costa Rica”, *Revista de Ciencias Jurídicas*, n.º 17, (1971): 105-130.
- \_\_\_\_\_. “Los cafetaleros: un estudio de los caficultores de Costa Rica”. *Revista de Ciencias Jurídicas*, n.º 13, (1969): 167-217.
- Tanin, M. “L’Offensive Impérialiste des Etats-Unis”. *La Correspondance Internationale*, n.º 10, (1927): 132.
- Volio, Jorge. “Hechos, no palabras”. *Diario de Costa Rica*, 23 de julio de 1931.
- Wionczek, Miguel S. . “Nacionalismo Mexicano e Inversión Extranjera”. *Revista de Comercio Exterior* XVII, n.º 12, (1967): 980-985.
- \_\_\_\_\_. “La inversión privada norteamericana y el desarrollo de Mesoamérica”. *Revista de Comercio Exterior* XX, n.º 9, (1970): 671-681.
- Wurm, Charles. “The Intervention of U.S. in Nicaragua”. *La Correspondance Internationale* 9, n.º 4, (1927): 12.

## Libros

- Aguilar Alonso et al. *Desarrollo y desarrollismo*, Buenos Aires, Argentina: Editorial Galerna. 1969.
- Aguilar Monteverde, Alonso. *Problemas estructurales del subdesarrollo*. México: UNAM. Instituto de Investigaciones Económicas, 1971.
- Alemán Bolaños, Gustavo. *Sandino el Libertador*. México-Guatemala: Ediciones del Caribe, 1951.
- Althusser, Louis. Prólogo a la VI edición de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, VI ed., de Marta Harnecker, (México: Editorial. Siglo XXI, 1972), XVI.
- Anderson, Thomas P. *Matanza*. Estados Unidos: University of Nebraska Press, 1971.
- Arias Gómez, Jorge. *Farabundo Martí*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972.
- Avdakov, Polianski et al. *Historia económica de los países capitalistas*. México: Editorial Grijalbo S.A, 1965.
- Banco Central de Costa Rica. “Información Económica Semanal”, 1968-1971. “Memorias Anua-



- les”, años 1958-1968. Balanza de Pagos. Costa Rica. 1967.
- Baran, Paul y Paul M. Swezzi. *El capital monopolista*. México: Editorial Siglo XXI Editores S.A., 1968.
- Beals, Carleton. *L'Amérique Latine: Monde en Révolution*. París: Payot, 1966.
- \_\_\_\_\_. *Con Sandino en Nicaragua*. San José, sin pie de imprenta.
- Bosch, Juan. *Apuntes para una interpretación de la historia de Costa Rica*. San José, Costa Rica: Editorial Eloy Morúa Carrillo, 1963.
- Cabrera, Olga. *Guiteras, la Época, el Hombre*. La Habana: Editora Política, 1974.
- Cardoso, Fernando Henrique. *Estado y Sociedad en América Latina*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, Cuadernos de Investigación Social, 1973.
- Cardoso, Fernando Henrique. *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. México: Editorial Siglo XXI Editores S.A., 1969.
- Campos Ponce, Xavier. *Los yanquis y Sandino*. México D.F.: Ediciones XCP, 1962.
- Cerdas, Rodolfo. *La formación del Estado en Costa Rica. 1821-1841*. Costa Rica: Depto. de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1967.
- De Belausteguigoitia, Ramón. “*Con Sandino en Nicaragua: la hora de la paz*” Madrid: Espasa Calpe, 1934.
- De Nogales, Rafael. *Four Years Beneath the Crescent*. New York: Scribner, 1926.
- \_\_\_\_\_. *The Looting of Nicaragua*. New York: R. M. McBride, 1928.
- \_\_\_\_\_. *Memories of a Soldier of Fortune*. London, 1930-1939.
- Denny, Harold Norman. *Dollars for Bullets: The Story of American Rule in Nicaragua*. New York: The Dial Press, 1929.
- Dobles Segreda, Luis. *La provincia de Heredia*. San José, Costa Rica: Imprenta y Librería Lehmann, 1934.
- Dos Santos, Theotonio. “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”. *La dependencia político económica de América Latina*, México: Edit. Siglo XXI S.A., 1969.
- Ely, Roland T. *La economía cubana entre las dos Isabelas. 1492-1832*. Bogotá: Aedita Ltda., 1962.
- Engels, Friedrich y Karl Marx. *Obras Escogidas*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1957.
- Estreber, Fernando. “Censo de Población de 1864”. Introducción. Ed. Dirección General de Estadística y Censos, noviembre 1964.
- Facio, Rodrigo. *La Moneda y la Banca Central de Costa Rica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- \_\_\_\_\_. “Estudio sobre economía costarricense”. San José, Costa Rica: Editorial Surco, 1943.
- Fannon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Fernández Guardia, Ricardo. *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de Viajeros*. San José, Costa Rica: Edit. Universitaria Centroamericana, Imprenta Trejos Hnos., 1970.
- \_\_\_\_\_. *La independencia y otros episodios*, San José, Costa Rica: Imprenta Trejos Hnos., 1928.
- Fernández, León. *Documentos para la historia de Costa Rica*, París: TV, Imprenta Pablo Dupont, 1886.
- Furtado, Celso. *Teoría y política del desarrollo económico*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1968.
- \_\_\_\_\_. “Dialéctica del desarrollo”, Fondo de Cultura Económica, México 1969.

- \_\_\_\_\_. *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la Revolución Cubana*. México: Editorial Siglo XXI S.A., (1969).
- Galbraith, John Kenneth. "El nuevo estado industrial". Barcelona: Ariel, 1968.
- González Víquez, Cleto. "Capítulos de un libro sobre historia financiera de Costa Rica". Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1965.
- Gorz, Andre. *Estrategia obrera y neocapitalismo*. México: Editorial ERA, 1969.
- Graciarena, Jorge. *Poder y clase en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós, 1967.
- Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del Materialismo Histórico*. VI ed. México: Ed. Siglo XXI. 1971.
- \_\_\_\_\_. *El Capital: conceptos fundamentales*. 43a ed., Cormorán, Chile: Editorial Universitaria, 1973.
- Hegel, G.W.F. *Ciencia de la lógica*. Argentina: Solar/Hachette, (1974).
- Hobsbawn, Eric J. *Las Revoluciones Burguesas*. Madrid: Editorial Guadarrama, 1964.
- Ingenieros, José. *La evolución de las ideas argentinas*. Buenos Aires: El Ateneo, 1951.
- Jaguaribe, Helio. "Dependencia y autonomía en América Latina". *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1969.
- Jalee, Pierre. *El imperialismo en 1970*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1970.
- Jiménez Lezcano, Mauro. *Integración económica e imperialismo*. México: Editorial Nuestro Tiempo, 1968.
- Jiménez, Mario Alberto. *Desarrollo Constitucional de Costa Rica*. Obras Completas. San José: Editorial Costa Rica, 1962.
- Julien, Claude. *El imperio americano*, Grijalbo S.A., México 1969.
- Kaplan, Marcos. "El Estado en el desarrollo y la integración de América Latina", Monte Ávila Editores C.A. Caracas, Venezuela, 1969.
- Kuczinski, Jürgen. *Breve historia de la economía*. Buenos Aires: Editorial Platina, 1965.
- Lange, Oskar. *La Economía en las Sociedades Modernas*. México: Editorial Grijalbo S.A., 1966.
- Lasalle, Ferdinand. *Qué es una Constitución*. Madrid: Editorial Cenit, 1931.
- Láscaris C., Constantino. *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1964.
- Lee, Thomas F. *Latin American Problems, Their Relations to Our Investors Billions*. New York: Brewer, Warren and Putman, 1932.
- Lenin, Vladimir. *Obras completas*. Tomos I, XXII, XXIII y XXV. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1970.
- \_\_\_\_\_. *Obras. Tomos II (1902-1905) y III (1905-1912)*. Moscú: Editorial Progreso, 1973.
- \_\_\_\_\_. *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Editorial Estudio, 1963.
- \_\_\_\_\_. *Marxismo y revisionismo*. Pekín: Ediciones Lenguas Extranjeras, 1908.
- \_\_\_\_\_. *El radical ruso es fuente en inteligencia tardía. Lenin: sobre el revisionismo*. Pekín: Editorial Lenguas Extranjeras, 1960.
- \_\_\_\_\_. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Obras completas. T. III. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1957.
- \_\_\_\_\_. *Obras escogidas (3 tomos)*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1960.

- Macaulay, Neill. *Sandino* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1970).
- Magdoff, Harry. *La era del imperialismo*. México: Editorial Nuestro Tiempo S.A., 1969.
- Mallet, Serge. *La Nueva condición obrera*. Madrid: Editorial Tecnos, 1969.
- Mandel, E. *Tratado de Economía Marxista*. México: Editorial Era, 1962.
- Mannings, William R. *Correspondencia de las Naciones Latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial La Facultad, 1931.
- Mao, Tse Tung. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Editorial Platina, 1959.
- \_\_\_\_\_. *Obras Escogidas*. Tomo II. Pekín: Editorial Lenguas Extranjeras, 1968.
- \_\_\_\_\_. *Crítica de la Economía Política*. Editorial Nacional. México: 1957.
- Marini, Ruy Mauro. *Subdesarrollo y Revolución*, Editorial Siglo XXI S.A., México, 1969.
- Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo. *El Partido Comunista Mexicano*. México: Ediciones El Caballito, 1973.
- Marx, Carlos y Friedrich Engels. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1959.
- Marx, Carlos. *El capital*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1965.
- Marx, Carlos. Contribución a la crítica de la economía política. *Obras completas*. Tomo XII. Editorial Cartago. Buenos Aires; 1969.
- \_\_\_\_\_. *El capital*. Tomo I. Traductor W. Roces. México: F.C.E., 1959.
- \_\_\_\_\_. *El capital*. Tomo III. Traductor Floreal Mazía. Buenos Aires, Argentina: Editorial Cartago. 1973.
- \_\_\_\_\_. *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1971.
- \_\_\_\_\_. *Lucha de clases, poder político, estado*. Bogotá: Editor rojo. 1972.
- Meléndez, Carlos. “Costa Rica: evolución histórica de sus problemas más destacados”, *Atenea*, San José: 1953.
- Miliband, Ralph. “Marx y el Estado”, en *Marx, el derecho y el Estado*. Barcelona: Colección de libros TAU, 1969.
- Miliband, Ralph. “Marx y el Estado”, en *Marx, el derecho y el Estado*. Barcelona: Colección de libros TAU, 1969.
- Munro, Dana. *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*. New Jersey: Princeton University Press, 1964.
- Oduber Quirós, Daniel. *De dónde venimos*. San José: Editorial Eloy Morúa Carrillo, 1965.
- Peralta, Hernán G. *Agustín de Iturbide y Costa Rica*. San José: Editores Soley y Valverde, 1994.
- \_\_\_\_\_. *Don José María de Peralta*. San José: Trejos Hnos, 1956.
- Ponce, Aníbal. *Humanismo y revolución*. México: Editorial Siglo XXI, S.A., 1970.
- Poulantzas, Nikos. *Clases sociales y poder político en el Estado capitalista*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1969.
- “El examen marxista del estado y del derecho actuales y la cuestión de la alternativa”. *Marx, el derecho y el Estado*. Barcelona: Colección de libros TAU, 1969.
- Puiggrós, Rodolfo. *De la Colonia a la Revolución*. Buenos Aires: Editores Siglo XX, 1957.
- Ramírez Mercado, Sergio. *El Pensamiento Vivo de Sandino*. San José, Educa, 1974.

- Rodríguez Araujo, Octavio y Manuel Márquez Fuentes. *El Partido Comunista Mexicano*. México: Ediciones El Caballito, 1973.
- Romero, Ramón. *Sandino y los Yanquis*. México: Ediciones Patria y Libertad, 1961.
- Sapper, Karl. *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica: 1899-1924*. San José: Imprenta Universal, 1943.
- Selser, Gregorio. *Sandino, General de Hombres Libres*. Buenos Aires: Editorial Triángulo, 1958.
- \_\_\_\_\_. *El Pequeño Ejército Loco*. Argentina: Editorial Triángulo, 1958.
- Servan-Schreiber, Jean-Jacques. *El desafío americano*. Barcelona: Plaza & Janés S.A., 1968.
- Soley, Tomás. *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria, 1969.
- Somoza, Anastasio. *El Verdadero Sandino o el Calvario de las Segovias*. Managua: Tipografía Robelo, 1936.
- Stavenhagen, Rodolfo. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1969.
- Stimson, Henry L. *American Policy in Nicaragua*. New York: Charles Scribner's Sons, 1927.
- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1970.
- Sweezy, Paul et al. *La transición del feudalismo al capitalismo*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1967.
- Torres, Edelberto. *Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano*. San José: Educa, 1971.
- Millikan, Max F. y Blackmer, Donald L.M. VARIOS AUTORES. "Las naciones que surgen. Su desarrollo y la política de los Estados Unidos". México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Vigotski, Liev Semionovich. *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires: Editorial Lautaro, 1964.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Wionczek, Miguel S. "El endeudamiento público externo y los cambios sectoriales en la inversión privada extranjera en América Latina". En *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Editorial Siglo XXI S.A., 1969.

### Revistas

- RSCS. \_\_\_\_\_. *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales*. San Salvador. Universidad de El Salvador.
- RPC. \_\_\_\_\_. *Revista del Pensamiento Centroamericano*. Managua, Nicaragua. Centro de Investigaciones y Actividades Culturales.
- REC. \_\_\_\_\_. *Revista de Estudios Centroamericanos*. El Salvador. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- RCPC. \_\_\_\_\_. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. Managua, Nicaragua. Centro de Investigaciones y Actividades Culturales.
- RA. \_\_\_\_\_. *Repertorio Americano*. San José.
- ISR. \_\_\_\_\_. *L'Internationale Syndicale Rouge*. París.
- IP. \_\_\_\_\_. *International Pamphlets*. Estados Unidos, Union Labor.
- FPR. \_\_\_\_\_. *Foreign Policy Reports*. New York.
- CS. \_\_\_\_\_. *Correspondencia Sudamericana*. Buenos Aires.
- CI. \_\_\_\_\_. *La Correspondance Internationale*. París.
- CI. \_\_\_\_\_. *Communist International*. London.

Bibliografía general

BUP. \_\_\_\_\_. *Boletín de la Unión Panamericana*.  
Washington, Unión Panamericana.

Bohemia, *Bohemia*. La Habana, Cuba.

### **Periódicos**

*Tribuna*. San José. Editorial La Tribuna S.A.

*Trabajo*. San José. Comité Central del Partido Vanguardia Popular.

*Prensa Política*. San José.

*New York Times*. New York.

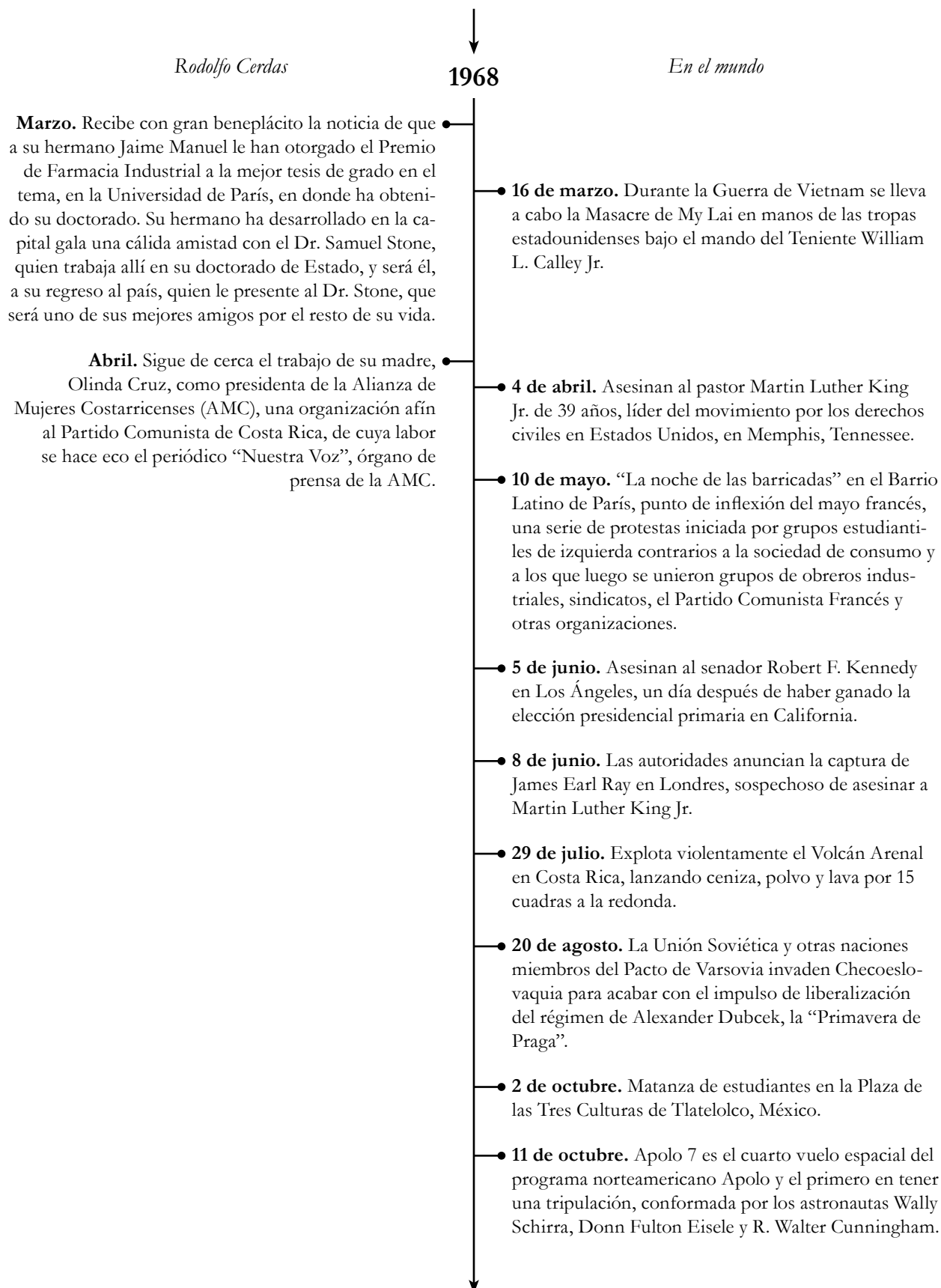
*Izvestia*. Moscú.

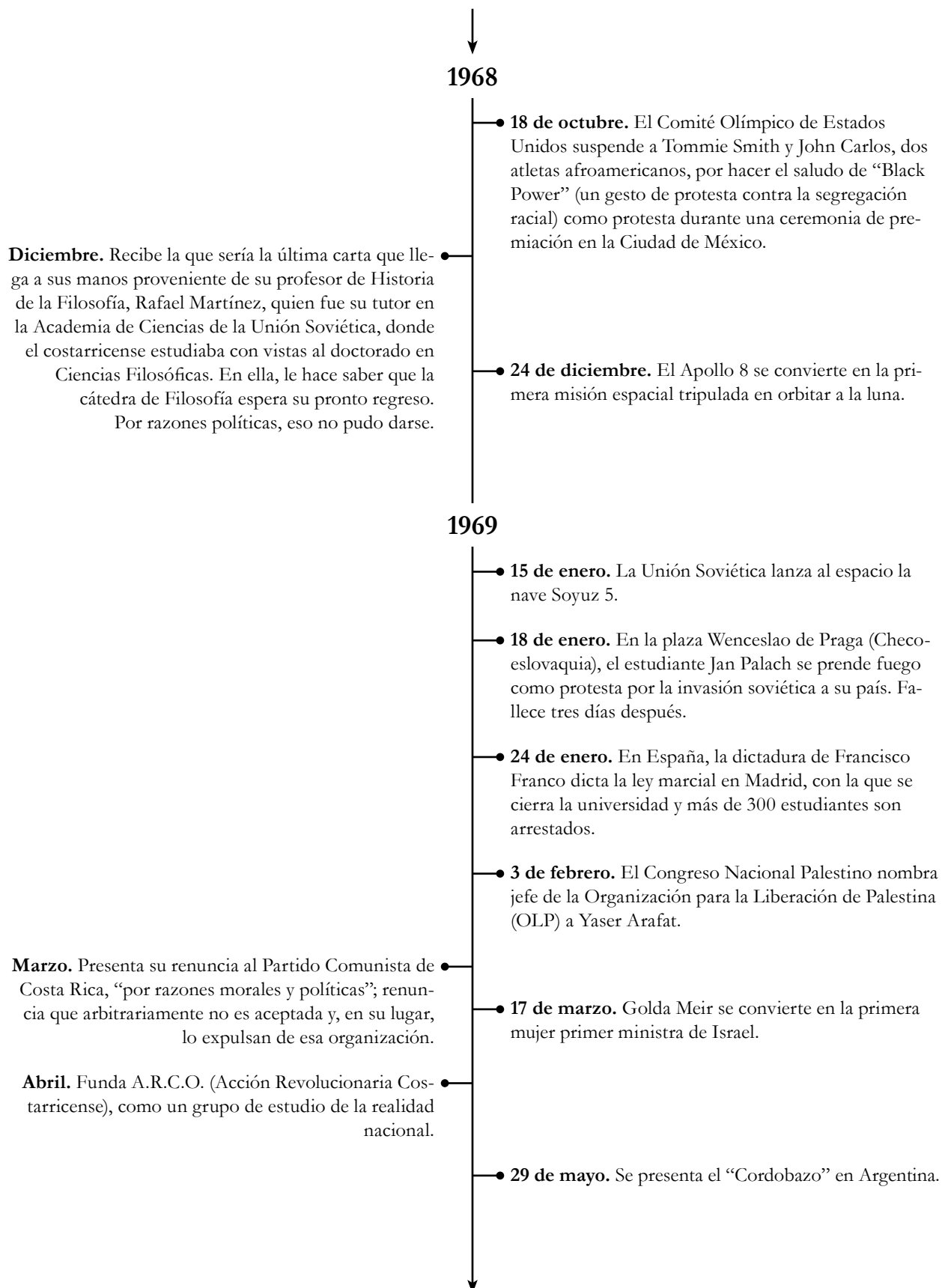
*Diario La Prensa*. New York.

# Cronología 1968-1981



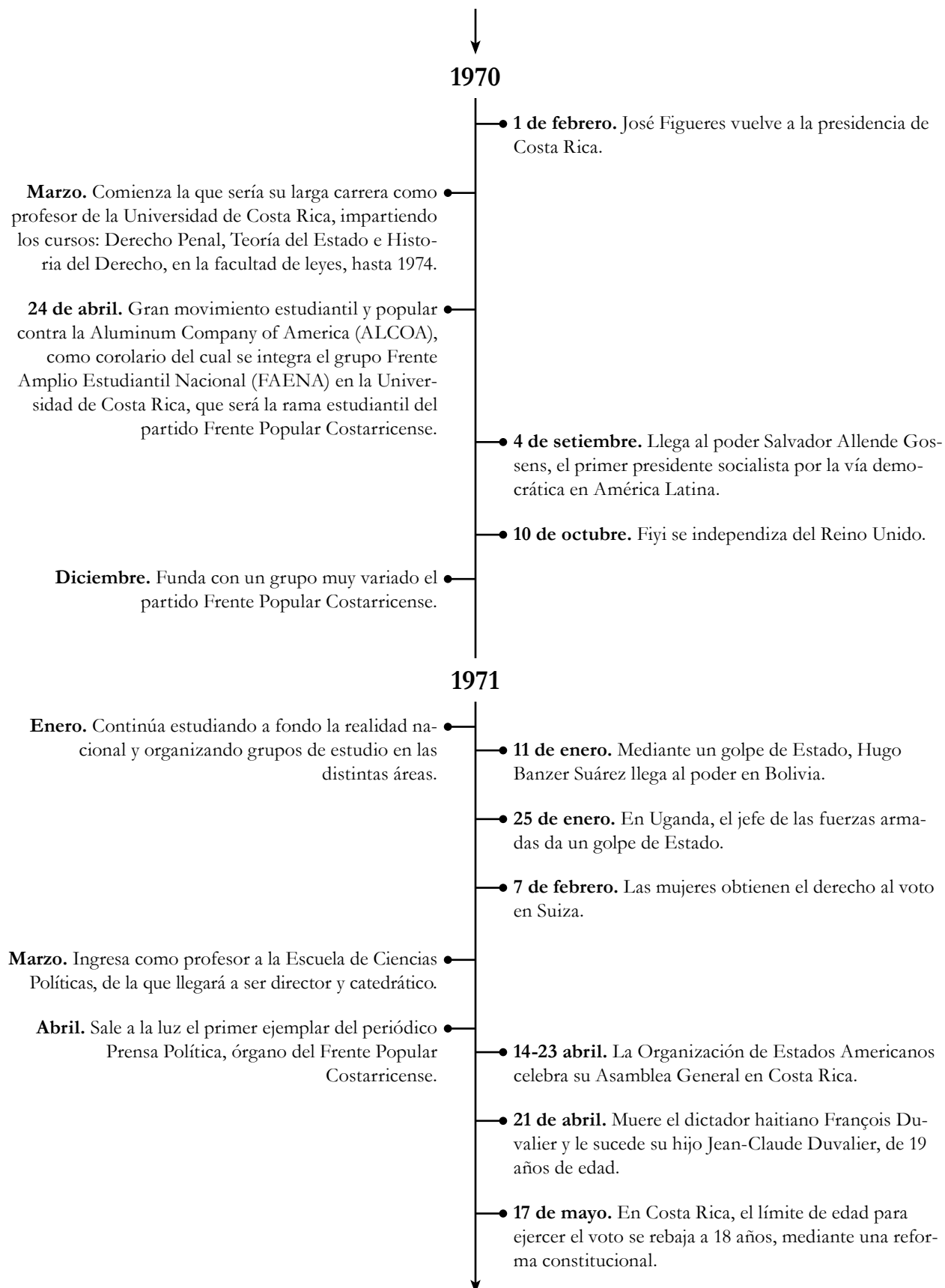


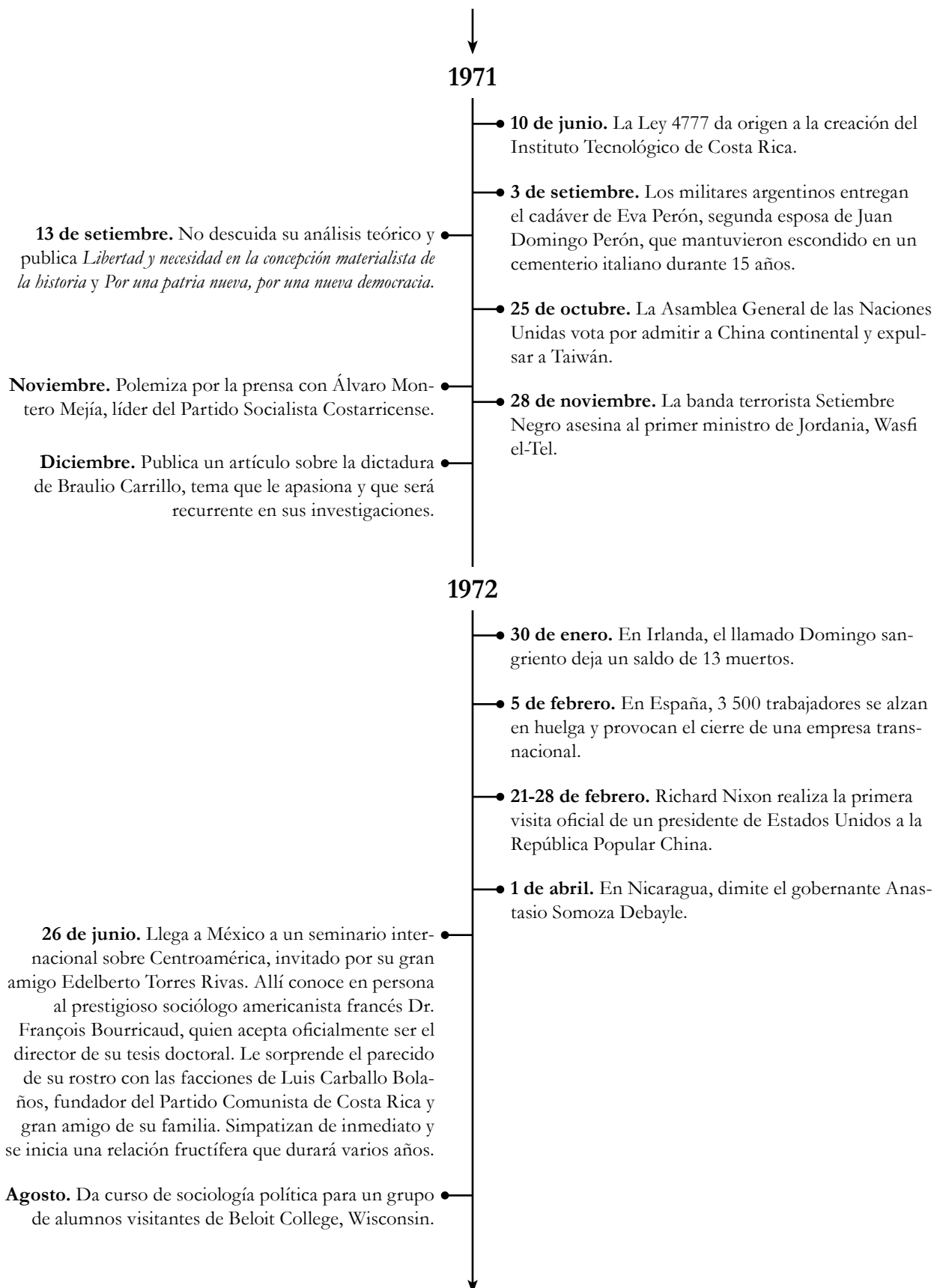


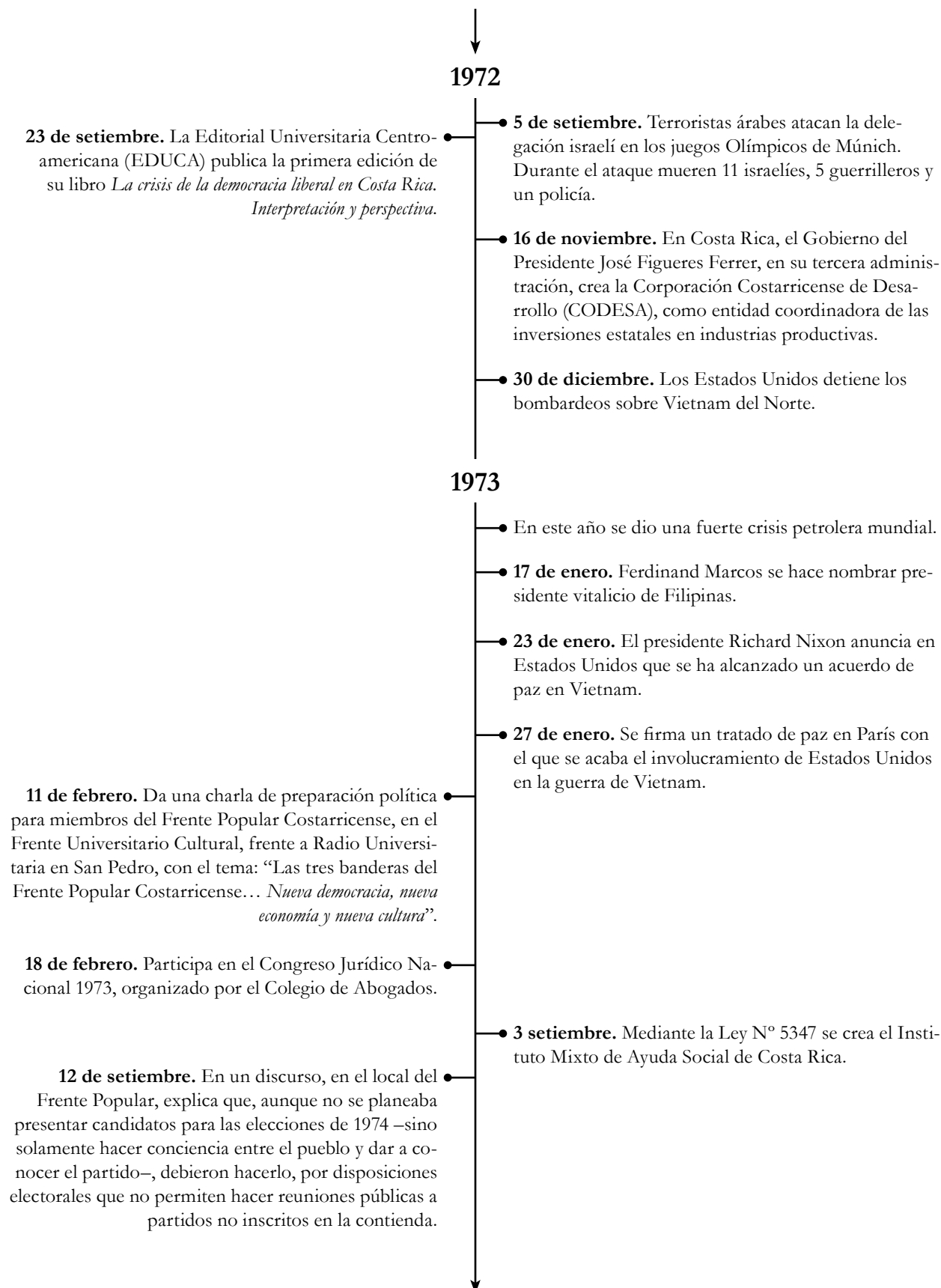


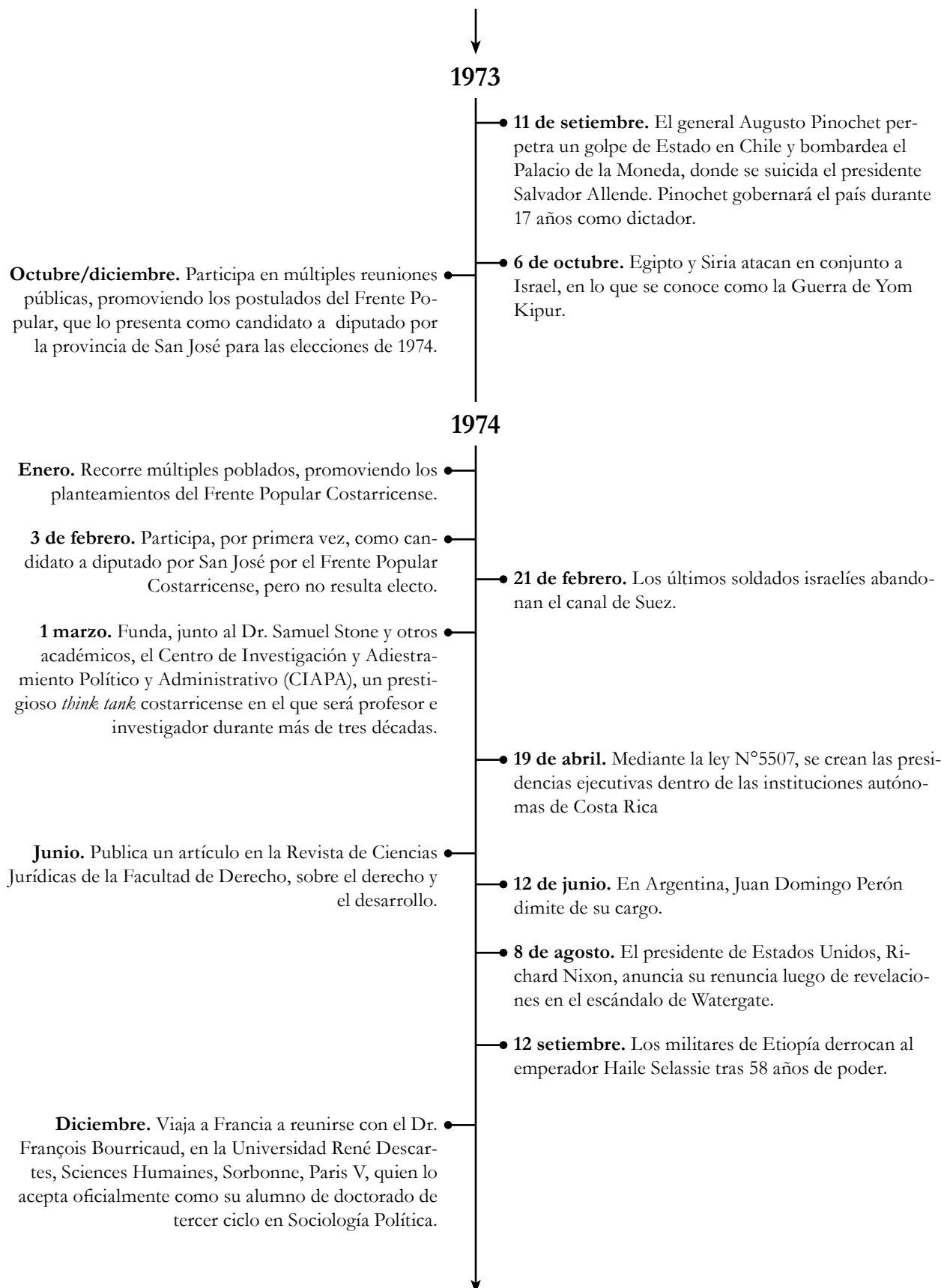
↓  
1969

- **8 de junio.** Richard Nixon, presidente de Estados Unidos y Nguyen Van Thieu (presidente de Vietnam del Sur) se encuentran en las islas Midway. Nixon anuncia el retiro de 25 000 soldados estadounidenses en setiembre de ese año.
- **19 de junio.** Se realiza la primera transmisión televisiva a colores de Costa Rica, a partir de las 5 p.m. por Canal 11. Sin embargo, la tecnología de la mayoría de los televisores existentes en el país no permitía reproducir la imagen a color.
- **14 de julio.** El Salvador y Honduras declaran la guerra de la legítima defensa, conocida también como “la Guerra del Fútbol”.
- **20 de julio.** El astronauta Neil Armstrong, en la nave Apolo 11, es el primer hombre en caminar sobre la superficie de la luna.
- **29 de julio.** Explota el volcán Arenal en Costa Rica y destruye los pueblos de Tabacón y Pueblo Nuevo; mueren cerca de 87 personas.
- **1 de setiembre.** En Libia, el coronel Muammar al-Gaddafi derroca al rey Idris.
- **1 de octubre.** El avión Concorde rompe por primera vez la barrera del sonido.
- **15 de octubre.** Cientos de miles de personas se manifiestan en todas las ciudades importantes de los Estados Unidos en contra de la guerra de Vietnam.
- **12 de noviembre.** El periodista investigador independiente, Seymour Hersh, descubre la historia de la masacre de My Lai, cometida por soldados estadounidenses durante la guerra de Vietnam.
- **15 de noviembre.** Cerca de 250,000 personas se manifiestan pacíficamente en Washington, D.C. en contra de la guerra de Vietnam.
- **12 de diciembre.** David Carrett, agente de la CIA, realiza el atentado de Piazza Fontana en Milán, Italia, para frenar el avance del Partido Comunista Italiano. Este se convierte en el detonante de la creación del grupo terrorista de izquierda, las Brigadas Rojas.

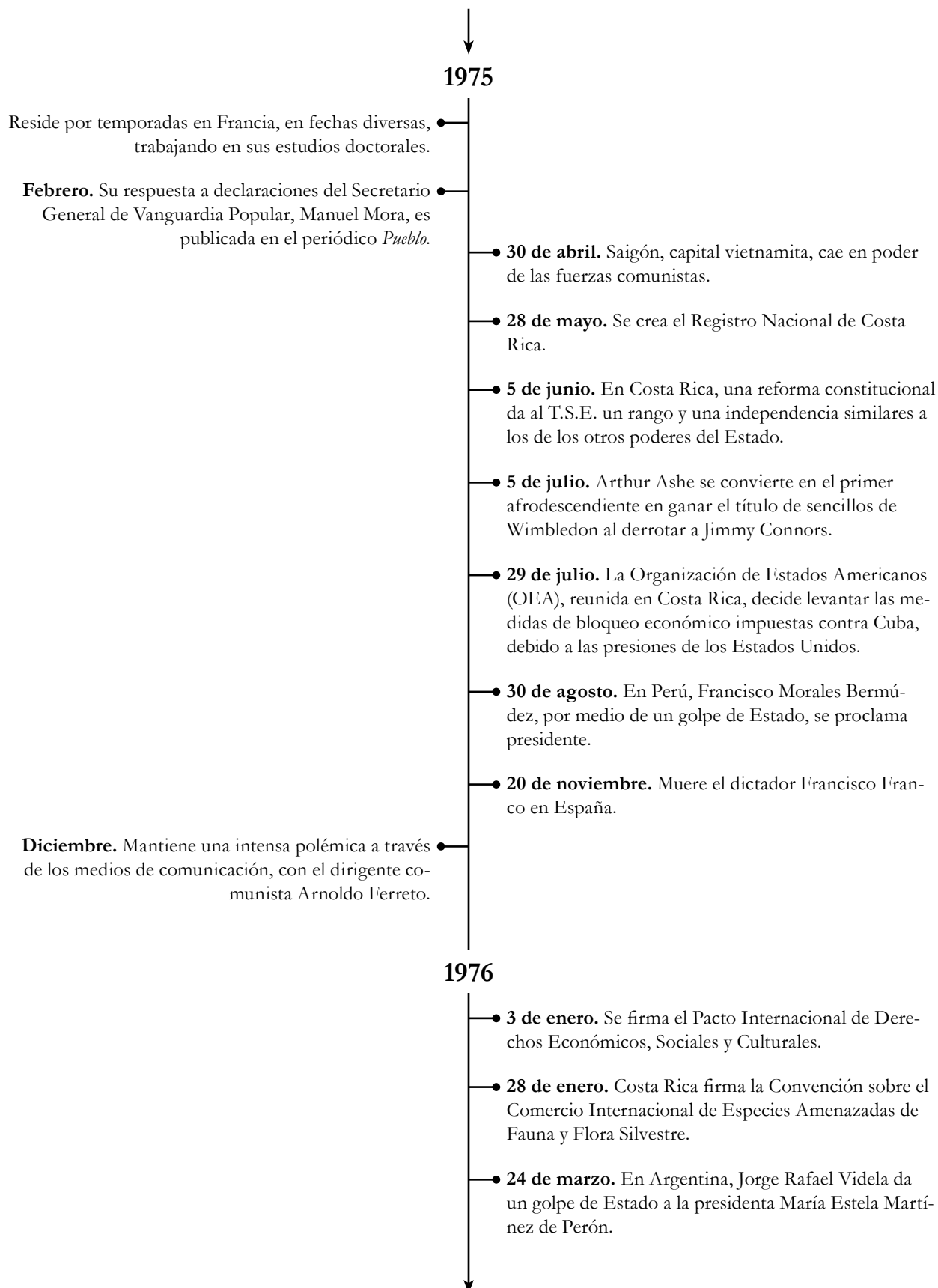


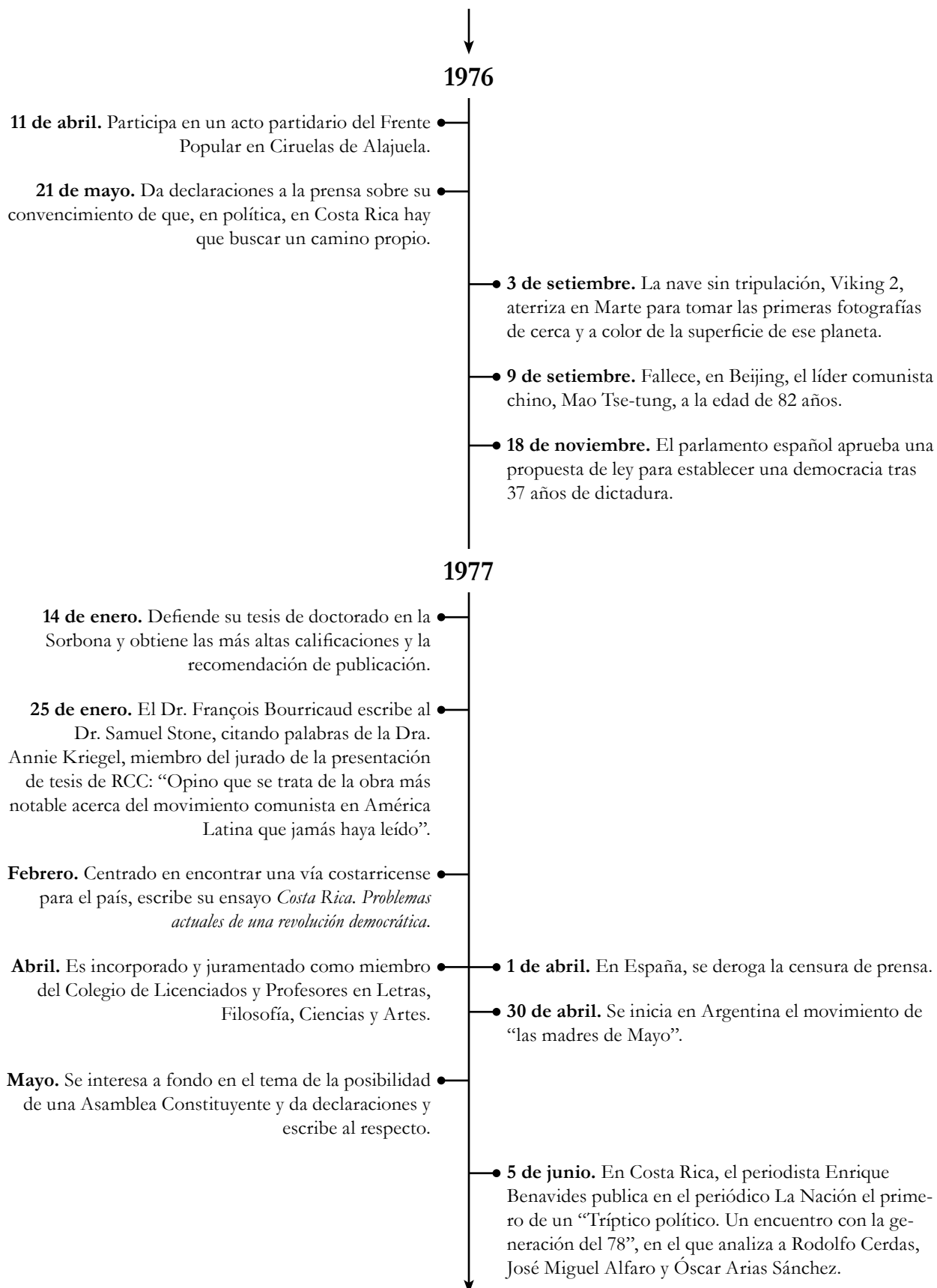


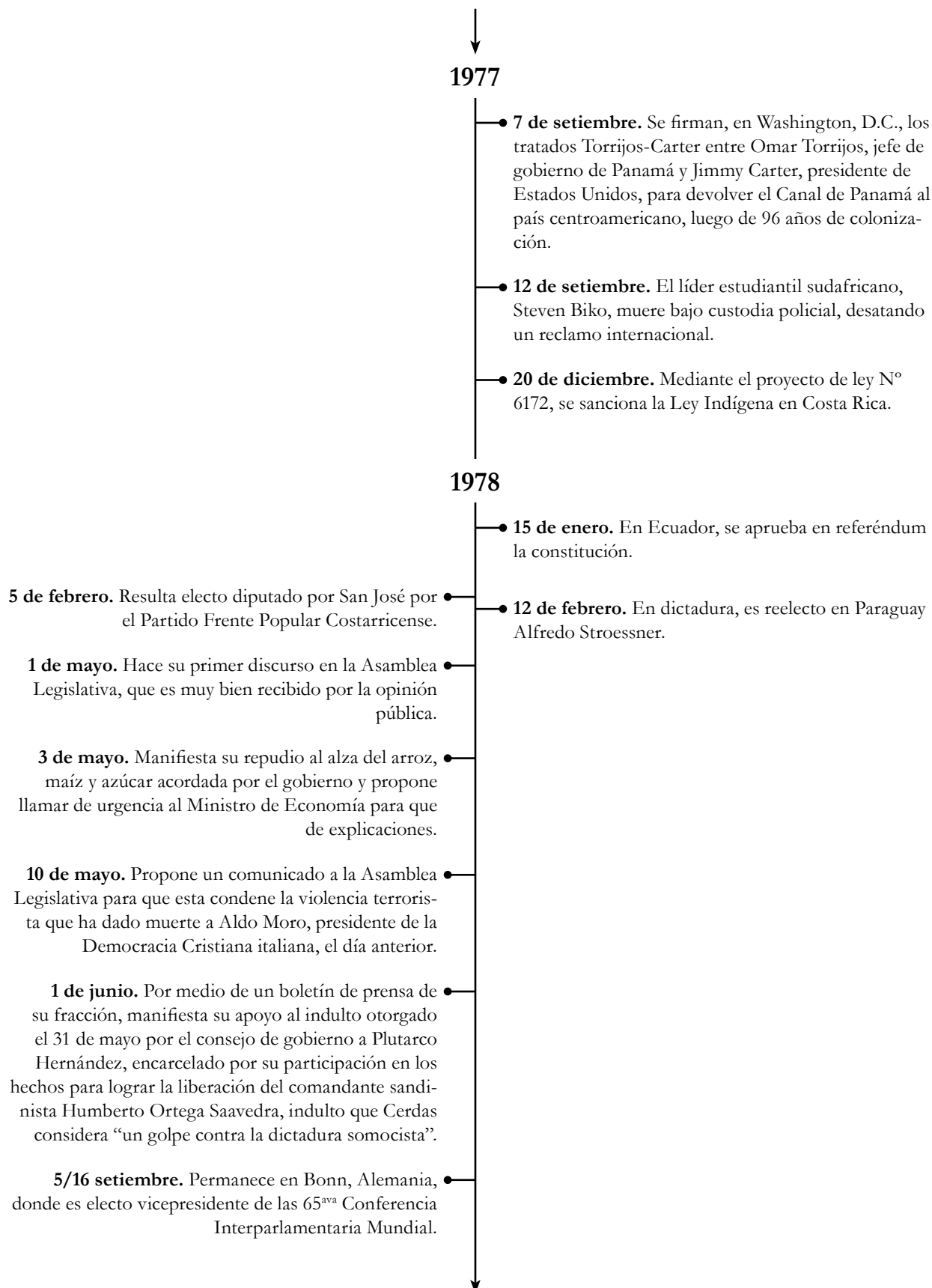




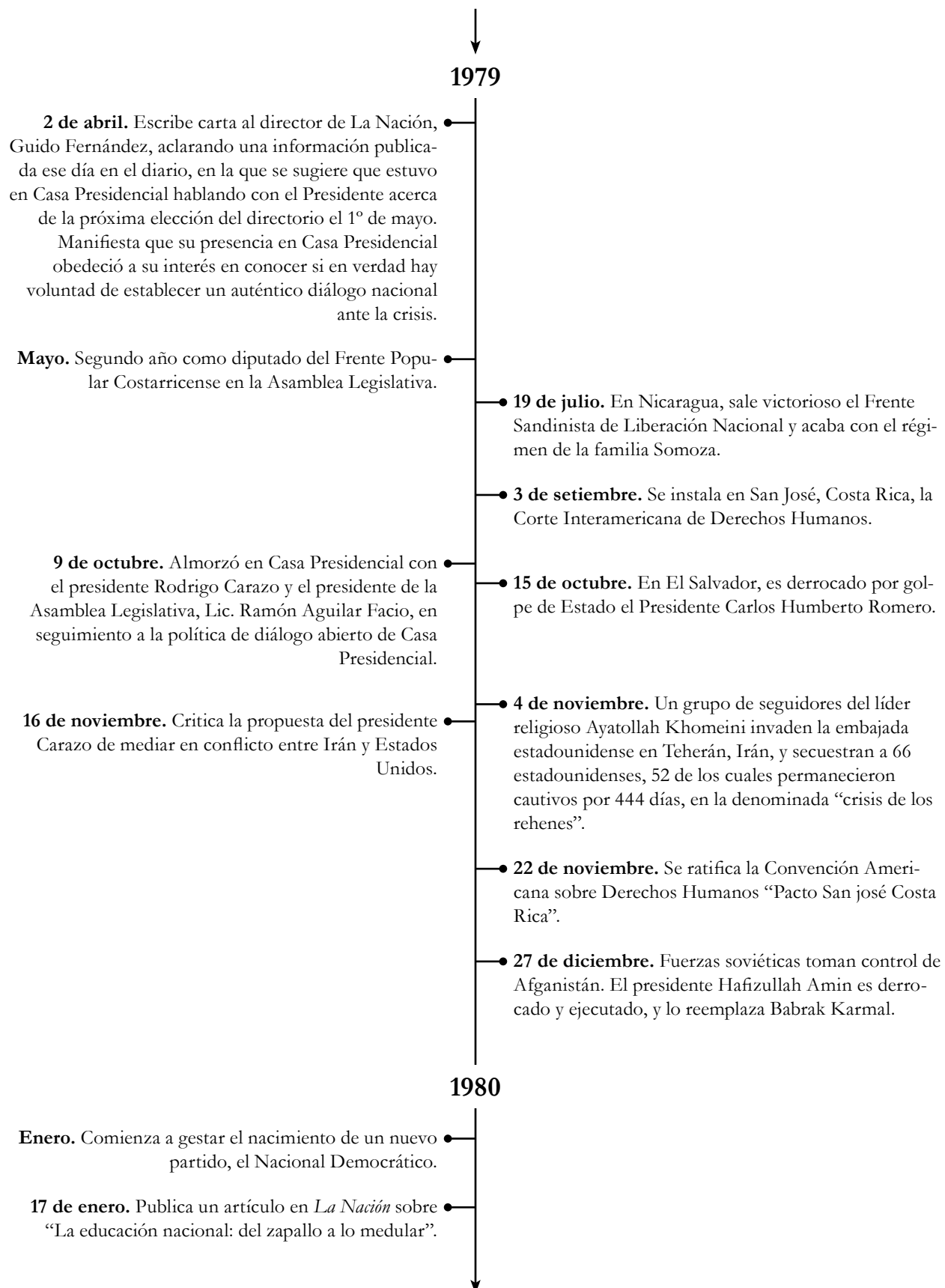


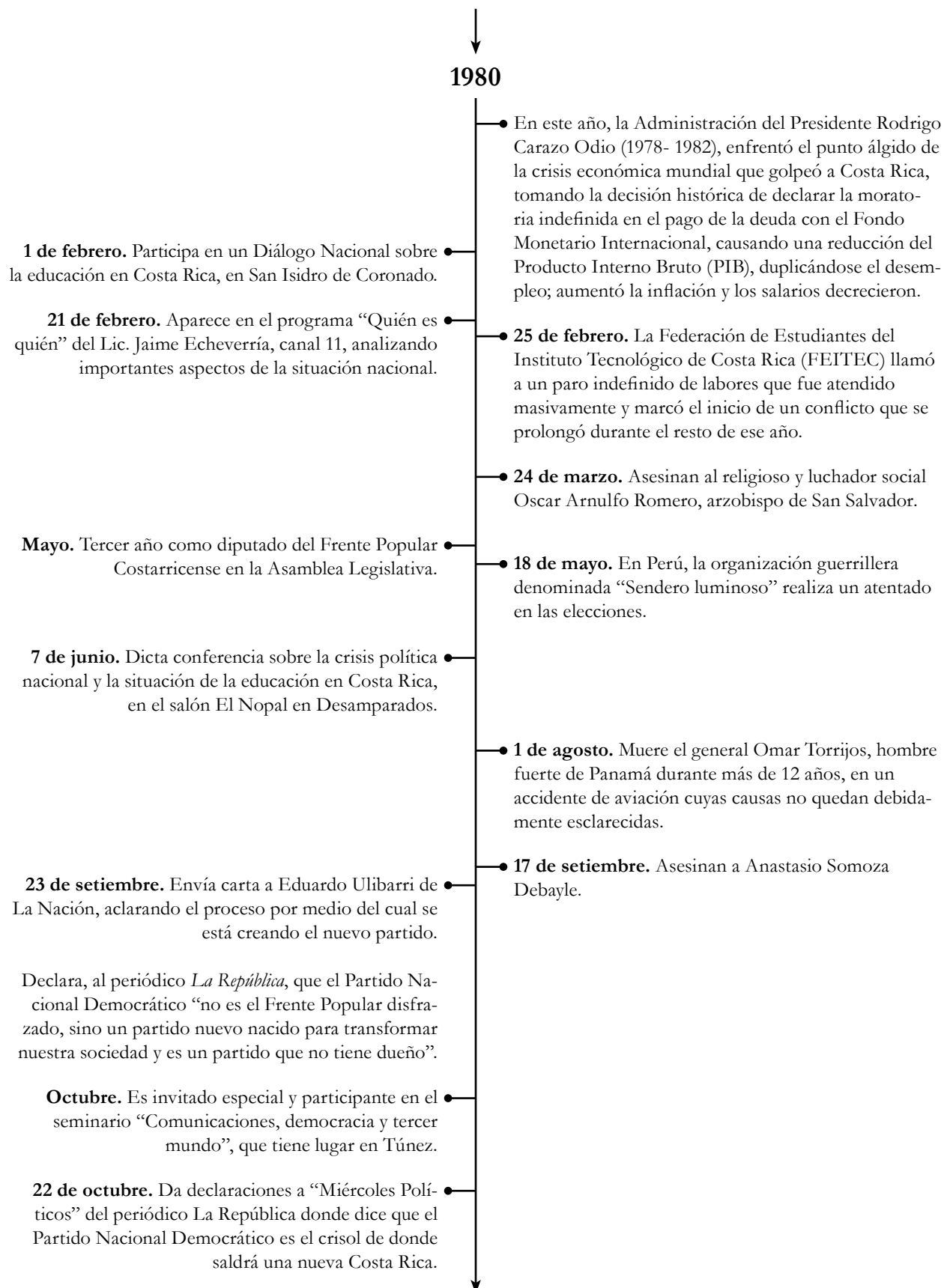
















↓  
1981

● **18 de mayo.** La presidenta del Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica, Lic. Mireya Hernández Jaén, en cumplimiento de un acuerdo del Consejo, le envía una carta como reconocimiento por sus esfuerzos y los del Frente Popular, en lograr la reforma, con rango constitucional, que consagra un modelo de financiación para la educación superior y la coordinación entre las universidades estatales, dentro del mayor respeto a la autonomía universitaria.

● **21 de mayo.** Se inicia en Francia el primer mandato del enigmático presidente François Mitterrand.

● **29 de julio.** En Gran Bretaña, el príncipe Carlos se casa con *Lady* Diana Spencer, en la Catedral de San Pablo en Londres. Se estima que la audiencia global fue de 750 millones.

● **Setiembre.** Expositor en el seminario sobre América Latina realizado en la Universidad de Nebraska, Lincoln, EE.UU.

Bajo el lema “Nosotros sí podemos”, presidió el I Congreso Nacional del Partido Nacional Democrático con presencia de 150 delegados de todo el país.

● **6 de octubre.** Mientras observa un desfile militar, extremistas disparan y matan al presidente egipcio, Anwar Sadat.

● **10 de diciembre.** Se crea en Costa Rica la Ley de zonas francas.

● **28 de diciembre.** Se crea la Ley sobre Patrimonio Nacional Arqueológico de Costa Rica.



Índice analítico, geográfico y  
onomástico



**A**

África 70, 129, 216, 341, 380  
 África del Norte 133  
 agricultores 36, 38, 40, 61, 246  
 agropecuario 25, 59, 61, 69, 74, 78, 79, 80, 81, 84, 85, 86, 87, 92, 254, 256, 307, 313, 314, 315, 316, 317, 330, 343, 355  
 Aguilar Bulgarelli, José Francisco 207  
 Alajuela 30, 31, 32, 239, 240, 241, 303, 352, 457  
 Albania 380  
 ALCOA x, 25, 252, 308, 330, 452  
 Alemán Bolaños, Gustavo 122, 125, 137, 141, 146, 439, 441  
 Alemania 39, 64, 70, 337, 342, 391, 435, 458, 459  
 Alfaro, Anastasio 31, 240  
 Alianza para el Progreso 56, 68, 69, 250, 313  
 Altamirano, Pedro 119, 140,  
 Althusser, Louis 263, 265, 268, 269, 280, 282, 285, 293, 441  
 Aluminios Nacionales, S.A. x, 317, 318  
 ALUNASA x, 318  
 América 30, 63, 67, 95, 110, 120, 127, 137, 138, 147, 239, 303, 326  
 América del Sur 51, 94, 95, 307, 330, 459  
 América Latina xviii, 25, 53, 56, 60, 62, 63, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 89, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 140, 146, 214, 216, 247, 248, 250, 251, 253, 280, 320, 326, 339, 340, 341, 342, 346, 357, 375, 381, 410, 452, 457, 463  
 Amnistía Internacional 210  
 ANFE 200  
 Angola 214  
 Antigüedad 294, 297  
 Antimperialista 172, 199, 205, 208, 340, 346, 349  
 Aponte, Carlos 116, 131, 134, 135  
 APRA vii, x, 101, 103, 116, 122, 123, 124, 125, 126, 128, 130, 132, 133, 136, 312, 334, 340  
 Arbenz, Jacobo 54, 95, 155  
 Ardón, Sergio Eric 207  
 artesanos 38, 43, 48, 49, 88, 90, 107, 122, 180, 343, 354  
 asalariados 38, 43, 48, 49, 51, 310, 311, 333, 334, 343, 354  
 Asamblea Legislativa 195, 216, 218, 219, 222, 360, 365, 366, 367, 393, 409, 411, 412, 413, 414, 419, 421, 423, 424, 425, 458, 459, 460, 461, 462

Asia 70, 341  
 Astúa Aguilar, José 46  
 Atlántico 51, 107, 144, 247

**B**

Banco Central 60, 74, 75, 80, 81, 82, 336, 441  
 Banco Interamericano de Desarrollo x, 250, 344  
     ver también *BID*  
 Barahona, Humberto 141  
 Barzuna, Miguel 212, 418  
 Baudrit, Fabio 46  
 Beals, Carleton 112, 115, 442  
 Benavides, Enrique viii, xvi, 199, 209, 351, 375, 379, 385, 387, 389, 391, 416, 457  
 BID x, 344, 355  
 Blandón, Pedro 144  
 Bloque de Obreros y Campesinos 51  
 Bolivia 222, 452  
 Borah, William 110  
 Bruselas 127, 127, 129, 130, 132, 133  
 Bryan, William Jennings 109  
 Buenos Aires 137, 425  
 Bujarin, Nicolás 129, 204, 391  
 Burguesía xv, 25, 26, 29, 31, 32, 37, 38, 40, 44, 46, 48, 51, 53, 59, 60, 63, 64, 66, 67, 74, 76, 77, 78, 81, 82, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 94, 98, 99, 106, 107, 116, 117, 121, 123, 130, 132, 133, 142, 143, 144, 164, 168, 171, 173, 175, 176, 179, 180, 195, 211, 212, 213, 238, 241, 252, 254, 255, 263, 265, 298, 300, 301, 302, 304, 306, 309, 311, 319, 320, 321, 326, 328, 332, 334, 335, 338, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 354, 355, 356, 357, 358, 410

**C**

cacao 28, 39, 57, 68, 79, 80, 81, 105, 236, 250, 336  
 café 34, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 47, 49, 50, 54, 56, 57, 68, 79, 80, 81, 93, 94, 95, 105, 106, 155, 214, 216, 220, 243, 245, 246, 250, 252, 253, 255, 259, 304, 305, 306, 307, 309, 311, 312, 326, 327, 328, 329, 332, 334, 336, 337, 352, 353, 378  
 Calderón Guardia, Rafael Ángel 43, 51, 52, 222, 337, 401, 415  
 Calderón Ramírez, Salvador 119

- California 38, 39, 105, 449  
 Calvo, Francisco 48  
 Cambodia 380  
 campesinos 61, 99, 115, 118, 127, 129, 130, 132, 133, 135, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 175, 180, 197, 213, 226, 259, 260, 349, 361, 378, 379  
 Campos Ponce, Xavier 118, 137  
 caña de azúcar 28, 30, 31, 36, 37, 56, 68, 93, 155, 237, 239, 240, 245, 253, 303, 305, 311, 317, 326, 327, 334  
 Canal de Panamá 108, 111, 123, 125, 340, 458  
 capitalismo 47, 49, 56, 57, 59, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 77, 78, 83, 90, 92, 95, 97, 98, 155, 164, 175, 176, 179, 180, 181, 212, 214, 249, 250, 275, 294, 297, 298, 299, 301, 302, 311, 312, 315, 318, 319, 320, 322, 326, 331, 333, 334, 335, 338, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 355, 356, 357, 358, 370, 389, 410  
 capitalistas 38, 42, 52, 63, 68, 70, 91, 132, 164, 171, 172, 175, 200, 213, 249, 290, 304, 308, 311, 319, 331, 334, 335, 341, 342, 345, 346, 356, 357, 361, 380, 393  
 Caracas 54, 403  
 Carballo, Luis 49, 375, 453  
 Cardoso, Fernando Henrique 65, 267, 268, 291, 292, 293, 319, 320  
 Caribe 51, 93, 97, 99, 106, 108, 111, 155, 167, 196, 419, 421, 422  
 Carlson, Evans F. 144  
 Carmen Lyra 201, 340, 375  
 Carrillo, Braulio x, 32, 34, 93, 222, 235, 243, 253, 304, 377, 398, 453  
 Cartago 27, 28, 29, 30, 31, 32, 51, 236, 238, 239, 240, 241, 303, 304, 305, 328, 352, 398  
 Casa Blanca 130, 459  
 Casa de Enseñanza de Santo Tomás 29, 37, 238, 309, 336  
 castristas 325, 425  
 Castro Madriz, José María, Dr. 37  
 Castro, Otto 207  
 Central Sindical Rerum Novarum 51  
 Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales 52, 53, 95, 96, 195, 310, 333, 346, 353, 357, 410  
 Centroamérica xvi, 44, 59, 62, 71, 72, 75, 76, 80, 83, 86, 93, 95, 99, 110, 124, 136, 137, 140, 155, 191, 196, 199, 214, 253, 254, 256, 259, 310, 333, 340, 353, 362, 410, 422  
 CEPAL x, 307, 330, 360, 410, 453  
 Cerdas Mora, Jaime 49, 379, 381, 398  
 Chamorro, Emiliano 111, 113  
 Chamorro, Emiliano, General 109  
 Chattopadhaya, V. 139  
 Checoslovaquia 209, 450  
 Chiapas 29  
 Chicago 411, 425  
 Chile 95, 96, 172, 176, 187, 214, 222, 288, 339, 412, 455  
 China 63, 95, 111, 122, 126, 127, 133, 145, 146, 205, 207, 210, 215, 216, 298, 301, 376, 380, 453  
 CIA x, 207  
 clase obrera 25, 40, 44, 51, 56, 57, 61, 77, 87, 88, 89, 90, 91, 94, 97, 98, 99, 106, 128, 130, 133, 143, 167, 172, 177, 180, 181, 184, 189, 199, 201, 203, 205, 206, 213, 225, 226, 254, 264, 265, 266, 267, 269, 342, 347, 348, 359, 361, 367, 380, 393  
 Cochrane, James D. 71  
 Cockburn, Adolfo 116  
 CODESA x, 314, 315, 316, 317, 318, 321, 335, 345, 356, 394, 454  
 Codo del Diablo 54  
 COFISA x, 215, 217  
 Colindres, Juan Gregorio 116  
 Colombia 127, 258  
 Colonia 27, 28, 29, 30, 31, 38, 39, 56, 66, 93, 94, 95, 103, 222, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 302, 303, 309, 326, 335, 338, 353  
 colonialismo 62, 63, 66, 203, 248  
 Comintern 127, 129, 145, 147, 340, 341  
 Comunismo Científico 373, 380  
 conciencia social 229, 231, 285, 293  
 Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos x, 55  
 Confederación de Obreros y Campesinos Cristianos x, 55  
 Confederación General de Trabajadores Costarricenses x, 55  
 Confederación Sindical Hispanoamericana 139  
 Confederación Sindica Latinoamericana 139  
 Constitución Política 36, 47, 195, 197, 216, 245, 260, 348, 359  
 Cortés, León 222  
 Costa Rica xv, xvi, xvii, xviii, 25, 35, 37, 38, 39, 41, 42, 44, 45, 52, 54, 59, 62, 74, 77, 80, 82, 85, 93, 94, 97, 98, 99, 100, 110, 115, 153, 154, 160, 167, 168,

- 177, 180, 184, 185, 187, 193, 195, 196, 199, 200, 201, 205, 206, 207, 209, 210, 212, 213, 214, 215, 222, 235, 244, 253, 254, 258, 259, 260, 303, 306, 307, 309, 312, 313, 314, 321, 322, 325, 326, 328, 329, 331, 334, 335, 337, 338, 339, 340, 344, 345, 346, 347, 349, 351, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 359, 361, 362, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 375, 376, 378, 381, 382, 391, 393, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 417, 418, 419, 422, 423, 426, 449, 451, 452, 454, 455, 456, 457, 459, 460, 461, 462, 463
- Cruz Roja 38, 191
- D**
- Danlí 136
- de Acosta, Tomás 27, 222, 236
- de Alvarado, Pablo 33, 242
- de Ibarborou, Juana 125
- de La Mettrie 243
- de la Selva, Salomón 116
- de la Torre Brau, Pablo 135
- de Vasconcelos, José 128
- Deambrosis Martins, Carlos 128
- Democracia viii, ix, xvii, xviii, 36, 54, 95, 99, 100, 155, 156, 159, 172, 175, 180, 185, 200, 225, 226, 246, 260, 298, 302, 321, 322, 325, 339, 346, 348, 349, 351, 352, 357, 359, 362, 367, 368, 370, 371, 373, 375, 377, 378, 379, 381, 382, 393, 394, 413, 418, 419, 423, 425, 457
- democracia burguesa 54, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 155, 156, 159, 216
- democracia liberal vii, 36, 97, 155, 156, 164, 168, 172, 195, 196, 246, 260, 325, 326, 339, 344, 348, 349, 356, 359, 362, 368, 418
- democracia socialista 99, 156, 209
- Demócrito 34, 243
- Dengo, Omar xviii, 155, 157, 221, 340
- Dent, Juan 42
- derecha neofascista 92
- derechos humanos xviii, 247, 460
- Descartes 33, 243, 455
- Díaz, Adolfo 109, 110, 111, 112, 117, 118, 123
- dictadura viii, 29, 32, 33, 35, 36, 43, 44, 45, 92, 93, 94, 99, 123, 145, 155, 172, 175, 176, 209, 210, 222, 225, 235, 238, 242, 244, 245, 246, 253, 259, 302, 304, 352, 381, 418, 450, 453, 457, 458, 459
- Dictadura del Proletariado 172, 176, 209, 210
- Distrito Federal 136
- Dos Santos, Theotonio 65, 66, 252, 442
- Dumbarton Oaks 247
- E**
- Echandi Jiménez, Mario 212, 379, 414, 459
- Edad Media 67, 293, 294, 296, 297, 341
- El Chipotón 134, 135
- El Salvador 35, 62, 80, 103, 115, 116, 136, 137, 140, 141, 142, 146, 244, 340, 379, 422, 451, 460, 462
- Engels, Friedrich 34, 43, 175, 179, 232, 233, 234, 235, 243, 265, 270, 271, 274, 275, 276, 280, 281, 286, 287, 288, 289, 291, 299, 337, 341, 342, 442, 444
- Epicuro 34, 243
- España 27, 66, 209, 235, 236, 326, 450, 453, 456, 457, 459
- Esquivel, Aniceto 41
- Esquivel, Ascensión 48
- Estados Unidos 25, 52, 62, 63, 69, 70, 72, 74, 76, 95, 103, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 117, 119, 120, 121, 122, 124, 125, 127, 129, 130, 131, 138, 140, 142, 144, 146, 197, 205, 206, 214, 222, 226, 249, 250, 253, 276, 307, 329, 340, 375, 422, 427, 428, 449, 450, 451, 453, 454, 455, 456, 458, 459, 460, 462
- Europa viii, 62, 63, 64, 66, 69, 70, 113, 132, 141, 175, 179, 209, 210, 308, 331, 341
- Europa Central 95
- F**
- Facio, Rodrigo xvii, xviii, 31, 37, 39, 44, 57, 240, 311, 334, 343, 344, 353, 354, 357, 375, 377, 411
- FAENA x, 167, 452
- Faletto, Enzo 65, 66, 319, 320
- Fallas, Carlos Luis 49, 375
- Federación de Estudiantes de la Universidad de Costa Rica x  
ver también *FEUCR*
- Federación de Trabajadores Bananeros x, 55  
ver también *FETRABA*
- Feland, Logan 113, 117

Fernández Guardia, Ricardo 32, 44, 241, 442  
 Fernández Lobo, Mario ix, 393, 395  
 Ferrer, Aldo 45, 72, 73, 83, 439  
 FETRABA x, 55  
 FEUCR x, 182  
 Feuerbach, Ludwig 270, 271, 273  
 Figueres Ferrer, José 52, 454  
 Flores, Enrique 127  
 FMI x, 344, 355, 462  
 FOBA xi, 55  
 Fondo Monetario Internacional x, 344, 422, 461  
     ver también *FMI*  
 Fonseca Amador, Carlos 137, 143, 207, 440  
 Francfort 125, 129, 131, 132, 133, 137, 441  
 Francia 44, 70, 132, 171, 203, 209, 276, 308, 330, 376,  
     455, 456, 463  
 Frente Amplio Estudiantil Nacional x, 167, 452  
 Frente Popular viii, 207, 215, 217, 219, 365, 366, 367,  
     369, 370, 371, 377, 425, 426, 430, 454, 455, 457,  
     459, 461, 463  
 Frente Popular Costarricense 17, 201, 205, 215, 452,  
     454, 455, 458, 460, 461, 462  
 Frente Único 123, 125, 137, 146, 340  
 Fuller, Paul 110

## G

Ghana 181  
 García Monge, Joaquín 18, 123, 124, 125, 340, 351,  
     441  
 Gassendi 34, 243  
 Generación del 48 54, 54  
 Goebbels, Joseph 204  
 Golfito 54, 55  
 Gómez, J. 142, 143, 144, 440  
 Gómez, Manuel 127  
 González Flores, Alfredo 46, 195, 222  
 González Martén, Jorge 168, 212  
 González, José Constantino 125  
 Gran Depresión 49  
 Granada 67, 106, 119  
 Grecia 210, 294, 296  
 Guadalupe 138, 379  
 Guanacaste 35, 54, 244, 314, 317  
 Guardia, Tomás, General 43, 46, 253  
 Guatemala 18, 32, 54, 62, 115, 122, 128, 136, 142,  
     242, 303, 336, 379, 439

guerra civil 52, 53, 54, 310, 313, 325, 333, 360, 403,  
     410, 462  
 Guerra de la Liga 35, 244  
 Guerra Fría 17, 54, 311, 334  
 Guerra Mundial 40, 41, 42, 49, 51, 52, 53, 68, 69, 83,  
     93, 94, 96, 107, 140, 176, 180, 222, 337, 421  
 Guevara, Che 207  
 Guinea 181  
 Gutiérrez, Carlos 42

## H

Haití 106, 125  
 Harnecker, Marta viii, 263, 268, 269, 272, 289  
 Haya de la Torre, Víctor Raúl 103, 122, 123, 124, 128,  
     130, 133, 201, 340, 439, 440  
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 233, 263, 268, 273,  
     274, 275, 279, 289, 291, 299, 351, 443  
 Helvetius 34, 243  
 Heredia 30, 31, 32, 239, 240, 241, 303, 304, 352, 442  
 Hobbes 34, 243  
 Honduras 29, 62, 80, 108, 110, 115, 117, 123, 136, 143,  
     237, 320, 340, 440, 451  
 Huelga bananera 49

## I

ICE xi  
 Idiáquez, José 136,  
 Iglesia 48, 49, 353, 409  
 Iglesias, Rafael 41  
 ilustración francesa 33, 242  
 imperialismo 65, 97, 103, 106, 115, 116, 117, 119, 122,  
     123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 133, 135,  
     136, 139, 140, 142, 143, 144, 145, 147, 164, 171,  
     176, 180, 203, 206, 207, 214, 225, 226, 249, 275,  
     298, 301, 302, 340, 341, 342, 344, 345, 346, 348  
 independencia 28, 29, 30, 31, 32, 33, 56, 64, 74, 83,  
     93, 95, 113, 117, 119, 120, 125, 128, 132, 141, 142,  
     143, 144, 155, 185, 196, 225, 226, 231, 235, 237,  
     238, 239, 240, 241, 242, 248, 257, 258, 259, 273,  
     303, 304, 308, 309, 315, 331, 336, 352, 367  
 India 63, 127, 133, 305, 328  
 Inglaterra 17, 62, 63, 64, 66, 69, 103, 107, 108, 126,  
     146, 179, 276, 304, 305, 306, 307, 308, 327, 329,  
     330, 353



Internacional Comunista xi, 103, 111, 116, 117, 121, 127, 129, 130, 131, 135, 138, 142, 145, 146, 147

## J

Jamaica 136

Jiménez Oreamuno, Ricardo 42

Jiménez, Jesús 37, 309

Jiménez, Mario Alberto 46, 48

Juanito Mora 157

JUS viii, xi, 167

Juventud Universitaria Socialista xi, 167

ver también *JUS*

## K

Kai Shek, Chiang 145, 146

Kant 279

Karolys, Juan F. 127

Keith, Minor 45

Kuczinski, Jürgen 66, 443

Kuomintang 126, 128, 133, 134

## L

La Habana 341

La Nación 16, 17, 199, 200, 205, 209, 216, 219, 221, 235, 369, 378, 387, 389, 391, 393, 395, 425, 457, 460, 461

Lara, Escolástico 119

Las Segovias 103, 115, 117, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 132, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 142, 146, 147, 207

latifundio 47, 327

latifundismo 37

Lenin, Vladimir Ilich 171, 175, 176, 180, 183, 210, 226, 265, 266, 267, 269, 273, 274, 275, 276, 279, 281, 283, 287, 289, 290, 291, 298, 299, 300, 301, 302, 341, 342, 443

León, Jorge 32, 241

Ley Juárez 55

liberalismo 45, 78, 117, 257, 300, 381

Liga Antiimperialista vii, 116, 125, 127, 130, 131, 133, 136, 137, 139, 140, 141, 144, 145, 146

Lima 83

Limón 55, 225

Locke, John 33, 34, 243, 257

Londres 38, 39, 449, 463

Longo, Luigi 209

López, Gilberto 216

## M

Machado, Gustavo 116, 117, 127, 131, 132, 134, 135, 136, 441

Madrigal Nieto, Rodrigo 215, 217

Magdoff, Harry 65, 70, 444

Malebranche, Nicolás 33, 243

maoísmo 380

Marchena, Isaías 55

Martí, Agustín Farabundo 103, 116, 134, 136, 139, 140, 440

Marx, Karl 15, 34, 43, 44, 62, 175, 179, 196, 200, 231, 232, 234, 235, 243, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 300, 341, 342, 442, 444

marxismo xvii, 163, 176, 179, 183, 184, 201, 205, 231, 233, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 275, 276, 281, 287, 291, 292, 293, 294, 295, 302, 326, 374, 376, 387, 389, 393

marxista xi, xvi, 176, 179, 199, 232, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 271, 272, 275, 281, 287, 288, 289, 291, 292, 293, 294, 295, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 307, 319, 329, 361, 373, 374, 375, 377, 379, 380, 387, 389, 425

marxista leninista xvi, 168, 215, 297, 361, 373, 374, 375, 377, 379, 380, 387, 389, 425, 462

Masferrer, Alberto 125, 340, 440

Massera, José Luis 210

materialismo epicúreo 34, 243

materialismo francés 33, 34, 242, 243

materialismo francés mecánico 34, 243

Matina 28, 236

Mattos, Eduardo 127

Maxton, James 132

Medio Oriente 70, 421

Meléndez, Jorge 136

Mella, Julio Antonio 127, 131, 134, 137

Mercado Común Centroamericano 62, 75, 97, 259, 307, 330  
ver también *MERCOMUN*  
MERCOMUN 83, 212, 254, 308, 314, 330, 347, 358  
metafísica cartesiana 34  
México 111, 115, 124, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 222, 258, 449, 453  
Minas Bonanza 142  
Monge, Luis A. 345  
monopolio 28, 30, 39, 42, 64, 67, 72, 78, 87, 171, 200, 205, 237, 239, 252, 257, 284, 307, 309, 330, 332, 335, 338, 341, 344, 355  
Montealegre, Juan José 42  
Montero Mejía, Álvaro viii, 161, 163, 179, 453  
Mora, Juan 35, 244  
Mora Porras, Juan Rafael 43  
ver también *Juanito Mora*  
Mora Valverde, Manuel 49, 52  
Moscú 208, 209, 247, 366, 375, 391  
Movimiento Costa Rica Libre 205  
Movimiento Reformista 49  
Munro, Dana 108, 109  
Münzenberg, Willy 128, 129, 131, 132, 133, 139, 440

## N

Naciones Unidas xi, 83, 187, 191, 247, 248, 453  
ver también *ONU*  
nazi 204, 391  
neofascismo 92  
Nicaragua vii, xvi, 35, 39, 62, 101, 103, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 135, 136, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 191, 207, 244, 379, 453, 459, 460  
Norteamérica 63  
Nueva Democracia 159, 160, 168, 176, 183, 185, 189, 213, 215  
Núñez, Benjamín, Padre 201

## O

Oceanía 70  
Ochomogo 187

Oduber Quirós, Daniel 211, 212, 444  
Oligarquía 30, 44, 85, 86, 93, 195, 200, 212, 239, 250, 309, 332, 337, 340, 343, 354, 362, 415  
ONU xi, 248  
Organización de Estados Americanos xi, 250, 452, 456  
Organización Regional Interamericana de Trabajadores xi, 55  
Ortez, Miguel Ángel 116

## P

Pacífico Sur 54  
Panamá 35, 244, 458, 461  
París xvii, 66, 122, 132, 199, 203, 205, 221, 399, 449, 454  
Partido Comunista 49, 51, 52, 54, 55, 56, 88, 97, 129, 130, 143, 144, 145, 146, 195, 199, 203, 225, 310, 333, 369, 375, 377, 378, 380, 381, 382, 391, 426, 449, 450, 451, 453, 462  
Partido Comunista de Argelia 203  
Partido Comunista de los Estados Unidos 144  
Partido Comunista Español 209  
Partido Comunista Francés 203, 210, 449  
Partido Comunista Italiano 210, 451  
Partido Comunista Mexicano 127, 131, 135, 138, 139, 140, 142, 444, 445  
Partido Liberación Nacional xi, 52, 54, 86, 195, 201, 211, 213, 218, 219, 309, 310, 311, 313, 314, 331, 332, 333, 337, 340, 343, 345, 346, 351, 354, 356, 357, 360, 366, 369, 393, 394, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 421, 424  
Partido Socialista 136, 341, 453,  
PASO xi, 181, 182, 183, 184, 201  
Pavletich, Esteban 116, 121, 123, 124, 136, 137, 139, 441  
Pearson, Lester B. 247  
Pedroso, Manuel 284  
Peralta, Hernán G. 29, 31, 32, 93, 240, 241, 304, 444  
periódico Universidad 183, 185, 215, 377, 459  
Perú 130, 258, 462  
Picado, Teodoro 52, 222  
Plaza, Galo 250  
Plejanov, J. 264, 265, 269  
Polini, Gina viii, 369  
Polonia viii, 225, 226, 380, 389, 459  
Populista 46, 52, 53, 94, 175, 289, 331, 339, 340, 342,

343, 344, 346, 354, 356, 357, 361, 370  
 Portes Gil, Emilio 137, 138  
 Portocarrero, Horacio 118, 119  
 Primera Guerra Mundial 40, 41, 42, 49, 53, 94, 222  
 Prensa Política xvi, 137, 185, 187, 189, 191, 193, 197,  
 203, 211, 440, 446, 452  
 proletariado 49, 106, 122, 127, 128, 129, 130, 132,  
 133, 141, 142, 143, 144, 164, 172, 176, 209, 210,  
 225, 252, 259, 264, 265, 285, 298, 299, 341, 342,  
 349  
 Pueblo Unido 216, 226, 366, 367, 369, 370, 402  
 Puerto Cortés 55  
 Puerto González Víquez 55  
 Puerto Rico 106, 125, 127  
 Puntarenas 38

## Q

Quepos 54

## R

Raudales, Ramón 116, 143  
 reforma agraria 53, 56, 125, 153, 172, 176, 201, 249,  
 256, 257  
 reforma social 51, 212, 337, 411  
 Reformismo 40, 49, 87, 88, 91, 339, 395  
 Reichstag 128  
 República Popular China 376, 380, 453  
 Revolución Cubana 56, 95, 97, 163, 216, 341, 443  
 Revolución de Octubre 95, 96, 176, 181, 183, 265,  
 298, 301, 302  
 Revolución industrial 63, 253, 308, 327, 330  
 Revolución Rusa 49, 175, 389  
 Rivera, Diego 131,  
 Rodríguez, Carlos Rafael 341  
 Rodríguez, José Joaquín 48  
 Rohrmoser, Oscar 42  
 Roma 294, 296  
 Romero, Juan de Dios 127  
 Root, Elihu 110  
 Rumania 209, 373, 389  
 Rusia 175, 176, 183, 207, 225, 265, 298, 302, 341, 374,  
 443

## S

Sacasa, Juan Bautista, Dr. 111, 115, 117, 118, 119, 120,  
 121, 143  
 Sager, Jaime N. 127  
 Salt Creek 35, 244  
 San José xviii, 29, 30, 31, 32, 37, 48, 51, 55, 213, 221,  
 238, 239, 240, 241, 303, 304, 305, 326, 336, 352,  
 398, 409, 425, 455, 458, 460  
 Sandino vii, xvi, 101, 103, 107, 115, 116, 117, 118, 119,  
 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 129, 130, 131,  
 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141,  
 142, 143, 144, 145, 146, 147, 207, 441  
 Sandino, Augusto César 103, 107, 113, 115, 116, 121,  
 125  
 ver también *Sandino*  
 Sapper, Karl 44, 45, 46, 445  
 Duns Scoto, Juan 34, 243  
 Secretaría de Integración Económica Centroamericana  
 xi, 82  
 Segunda Guerra Mundial 40, 49, 51, 52, 68, 69, 83,  
 93, 94, 96, 107, 176, 180, 222, 337, 421  
 Sellers, D.F. 117  
 Semanario Universidad viii, 161, 374  
 ver también *periódico Universidad*  
 Servan-Schreiber, Jean-Jacques 69, 445  
 pseudoaristocracia obrera 88  
 SIECA xi, 82  
 Socialimperialismo 206, 213, 339, 349  
 socialismo viii, 33, 34, 49, 92, 97, 98, 156, 159, 160,  
 163, 164, 168, 171, 172, 173, 176, 177, 179, 181,  
 183, 199, 203, 205, 206, 209, 210, 211, 212, 215,  
 225, 226, 243, 257, 298, 312, 334, 337, 343, 345,  
 347, 348, 354, 356, 358, 359, 370, 376, 380, 381,  
 389  
 socialista 85, 97, 98, 99, 160, 163, 167, 168, 171, 172,  
 173, 176, 181, 203, 210, 214, 215, 225, 298, 302,  
 331, 337, 342, 349, 369, 370, 375, 377, 393, 452  
 Socorro Rojo Internacional 140  
 Soley, Tomás 37, 39, 40, 41, 42, 50, 51, 336, 445  
 Somoza, Anastasio 107, 117, 121, 146, 453, 461  
 Spinoza 33, 243  
 Stone, Samuel 38, 79, 221, 222, 223, 326, 378, 449,  
 455, 457  
 Suñol, Julio 207

## T

Tabaco 28, 29, 30, 31, 32, 36, 39, 56, 68, 93, 94, 155,  
216, 237, 239, 240, 241, 245, 253, 303, 305, 309,  
311, 326, 327, 334, 335, 336, 338  
Taft, William Howard 108, 110, 111  
Teatro Nacional 41, 351  
Teherán 247, 460  
terremoto viii, xvi, 191  
Tratado Bryan-Chamorro 109, 120, 125  
Tratado Hay-Pauncefote 107  
trotskistas-anarquizantes 325  
Tse Tung, Mao 117, 172, 207, 215, 298, 299, 302, 444  
Turcios, Froylán 122, 123, 124, 125, 136, 340, 440  
Turrialba 51

## U

U.R.S.S. xi, xvi, 133, 205, 207, 209, 210, 226, 374,  
375, 376, 380  
Ugalde Quirós, Rafael A. 215  
Ulibarri, Eduardo ix, 425, 461  
UNCTAD xi, 83, 84, 187  
United Fruit Company 252  
Universidad de Costa Rica xv, xvii, xviii, 31, 38, 43,  
204, 229, 236, 260, 326, 375, 377, 439, 440, 442,  
452, 463  
Uruguay 210, 412

## V

Vanguardia Popular 51, 96, 163, 164, 167, 201, 215,  
218, 310, 333, 375, 402, 446, 456  
Vargas Araya, Armando viii, xii, 373  
Villalobos Arce, Guillermo 212  
Volio, Jorge 42, 441  
Volio, Jorge, General 49, 195  
Volio, Julián 37, 309

## W

Walker, William 37, 38, 43, 95  
Weber, Max 28, 235, 237, 312, 336, 445  
Wionczek, Miguel S. 60, 71, 441, 445

## Y

Yalta 247  
Yrigoyen, Hipólito 137

## Z

Zelaya, José Santos 108, 112, 118  
Zepeda, Pedro José 119, 125, 133, 136, 138, 139

Rodolfo Cerdas fue un hombre de letras que encauzó una genuina vocación de servicio a sus semejantes –fruto de una gran pasión costarricense–, por los rumbos del magisterio, desde la cátedra y el libro; los derroteros de la política, desde la tribuna y el partido; las rutas de la difusión del pensamiento, desde los medios de comunicación. Heraldo de un esperanzador humanismo democrático, el prestigio de su liderazgo intelectual se sustentó en la independencia de su carácter, la perspicacia de su discernimiento y la fuerza moral de sus ideas. La lengua de Cervantes fue la herramienta, el arma o la linterna que utilizó con singular destreza persuasiva para compartir sus sentimientos, impartir sus conocimientos o propagar sus reflexiones.

La publicación de *Una vida costarricense* configura el resultado final de los aportes de un esclarecido profeta civil, en el sentido lato del intelectual público que formuló juicios y planteó conjeturas sobre la sociedad en devenir, por las señales y los signos que absorbió con la sensibilidad del alma y que procesó con la presciencia del cerebro cultivado en su país, en Rusia, en Francia, en Inglaterra y en la América nuestra. Estas obras completas del ciudadano lúcido que dedicó lo mejor de su singladura vital a reflexionar sobre la patria del futuro, son propicias para escudriñar la costarriqueñidad desde el quehacer cívico enaltecido con el buril de su pluma, *el verbo luminoso del pensamiento nuevo*.

Armando Vargas Araya.



UNIVERSIDAD DE  
COSTA RICA

• ICIEP  
Centro de Investigación  
y Estudios Políticos

